



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

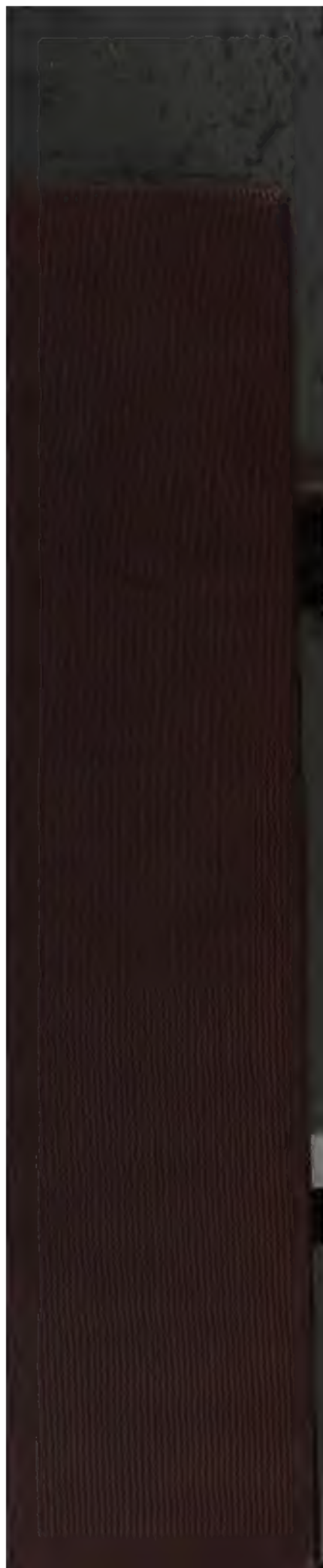
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







1





.

.

.

.

.

.

.

VARONES ILUSTRES
DE LA
COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION



TOMO VI

ALEMANIA.—AUSTRIA.—POLONIA.—INGLATERRA.
CERDEÑA.—PORTUGAL.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1860

Nº 11

VARONES ILUSTRES

TOMO. SEXTO



P. CLAUDIO JAYO

LA vida de este siervo de Dios está escrita entre los santos de Baviera, en el último tomo, por ser grande la fama de santidad que dejó en aquella provincia.

Y es digno de consideracion, que el mismo año que murió el Apóstol de las Indias, S. Francisco Javier, en las últimas partes del mundo, igualando los doce años de tan grande apostolado, fué tambien en Viena de Austria la dichosa muerte del apostólico P. Claudio Jayo, saboyano de nacion, del obispado de Céneva, y uno de los diez primeros que fundaron nuestra Compañía.

Juntóse este ilustre varon en París á los siete primeros Padres teólogo ya y sacerdote. Despues de unos buenos ejercicios y de haber pasado en ellos tres dias enteros sin comer ni beber cosa alguna; hizo su viaje y peregrinacion de París á Italia con la edificacion y ejemplo que los demás.

Luego que se confirmó la Compañía, con ocasion de una grande discordia que habia trabada entre el pueblo y el clero de Balneo-Regio, villa dos jornadas de Roma, ilustre por haber nacido en ella S. Buenaventura, fué enviado allá el P. Claudio Jayo para que con su celo y prudencia sosegase aquella turbacion.

No fué muy bien recibido de ninguna de las partes, porque no trataban de otra cosa ménos que de paz. Pero despues que hizo juntar el pueblo y les predicó, dando razon de sus intentos y combatiendo con muchas razones dichas con grande fervor y espíritu, se llevó tras sí los corazones de todos, templándolos para todo lo bueno.

Finalmente, en pocos dias con su buena industria y celo quitó los encuentros y pesadumbres que no se esperaban componer sin muchas muertes y escándalos, haciendo, con mil bendiciones y parabienes de todos, que se juntasen los enemistados en un lugar público y se abrazasen tiernamente, pidiéndose y dándose perdon los unos á los otros; y luego, para confirmacion y seguro de la amistad, que recibiesen el cuerpo de Cristo nuestro Señor, símbolo y fuente de la paz, cosa que algunos en muchos años no habian recibido por ocasion de los odios y enemistades.

No sólo hizo el Padre este fruto, ántes con sus continuos sermones que la gente frecuentaba mucho, hizo en todos tanta mudanza, que no parecia el pueblo ser el que antes: acudian tantos y con tantas veras á confesarse, que no sólo le ocupaban todo el dia, sino le dejaban poco de la noche para descansar, porque habiendo durado las confesiones hasta mucha parte de la noche, despues, muy de mañana, antes de abrir la puerta de la posada, estaba ya cercada por todas partes de gente, descando confesarse y procurando entrar por fuerza por la puerta, por la ventana, ó por cualquiera parte que se ofrecia á propósito para poder llegar á los piés del Padre.

Con todo eso, no le faltaba tiempo para enseñar la doctrina á los niños y gente ruda, cogiendo á todas manos prósperamente copiosos frutos, los cuales porque se extendiesen más y porque á la caridad y celo del fervoroso ministro del Evangelio nada satisfacía, pasó á Brigia á hacer rostro á unos herejes y arrancar con su trabajo é industria la cizaña que sembraban, que era tanta y crecia tanto, que llegaba á darse á conocer en Roma, y ahogaba en Brigia la buena semilla.

Trabajó el religioso varon todo el año, con admirable provecho de las almas, con el ayuda que despues le fué del H. Estrada, no sólo instruyéndolas y confirmándolas en la doctrina y costumbres de buenos cristianos, sino adelantando á muchos á abrazar la perfeccion. Más de cien mancebos de buenos talentos y esperanzas se entraron en diferentes Religiones, y algunos de ellos en la Compañía.

Pero despues de haber hecho los primeros Padres la profesion de cuatro votos, fué el P. Claudio Jayo enviado á la ciudad de Favencia, adonde, entre otras obras maravillosas de servicio de Dios y ayuda de los prójimos, resucitó la saludable costumbre de la primitiva Iglesia de recibir los Sacramentos de ocho á ocho dias.

Fundó para esto una Congregacion de personas pías y devotas, que fuesen con el ejemplo adelante, y con su industria y diligencia llevasen tras sí á los demás, con lo cual crecieron tanto las confesiones que apénas le dejaban al Padre respirar; fué tan grande la mudanza de vida de los faventinos, que ellos mismos no se conocian.

Instruyó tambien el Padre su Congregacion para que atendiese á las obras de piedad y misericordia, y hacíalo con grande loa y provecho de los necesitados.

Elegian de los mismos congregantes un médico (que era el mejor de la ciudad) un letrado y un procurador, que acudiesen de gracia á las enfermedades y pleitos de los pobres.

Otros se encargaban de pedirles limosna, y otros recogian los huérfanos pobres, y los vestian, y acomodaban, y todos se ocupaban en todas las obras

de misericordia, de manera que estaba hecha Favencia un retrato de la Iglesia primitiva por la industria, fervor y celo del P. Jayo.

Mas, cuando él andaba en más fervor y en medio de una fertilísima cosecha espiritual, le llegó obediencia del Sumo Pontífice para que con el P. Bobadilla fuese á Ratisbona á llenar el vacío que el P. Fabro dejaba en Alemania; y así, dejándolo todo, se fué de camino á Bolonia, adonde, como si estuviera de propósito, fué admirable el fruto que hizo.

Entró por Alemania discurriendo y trabajando en muchos lugares incansablemente, llevado del celo de la salud y remedio de las almas.

Principalmente hizo asiento insistiendo en el trabajo de Ratisbona, adonde á menudo visitaba al Obispo, advirtiéndole lo que debia hacer y exhortándole á que lo hiciese.

Trataba familiarmente con los Canónigos, promoviéndolos en todo género de virtudes, ya con pláticas particulares muy fervorosas, ya dándoles los ejercicios espirituales de la Compañía.

Predicaba al Senado con grande acepcion y aplauso; y adonde quiera que hallaba disposicion, no dejaba de sembrar la buena semilla del Evangelio; y para que no creciese la cizaña, procuró con su autoridad é industria que no se permitiese predicar á un hereje muy recibido y querido en la ciudad, lo cual fué causa que muchos se levantasen contra el Padre, y juntos con otros del clero que no le eran muy afectos por tenerle por autor de la reformation, cosa que á ellos no les sonaba bien; le hicieron contradiccion y guerra.

Pero cuando más trabajos y peligros amenazaban y cercaban al verdadero discípulo de Cristo, entónces, como tal, más gozo sentia en su corazon, diciendo con gran valor y serenidad, cuando más le amenazaban que lo habian de echar en el Danubio, que no importaba nada, pues para el cielo tan bien se puede caminar por el agua como por la tierra.

Algunos hubo que, con efecto, trataron de matar con veneno ó castigar con destierro al contraveneno de sus errores y destierro de sus tinieblas; pero Dios nuestro Señor, para mucha gloria suya, lo guardaba con su providencia paternal.

Los verdaderos católicos, y especialmente el Obispo, lo traian sobre sus ojos, mirando por él, alegrándose mucho, significándolo con demostraciones exteriores, de ver el valor y celo con que se oponia al furor de los herejes y á la desenvoltura de los pecadores, y el fervor y espíritu con que á ellos les aprovechaba en virtud y los prevenia para defenderse de los asaltos de los enemigos, yendo delante con un ejemplo perfectísimo de vida.

Tomó á explicar la epístola de S. Pablo *ad Galatas*, con grande concurso de oyentes, entre los cuales eran los religiosos de casi todas las Religiones y

aun los mismos luteranos, y todos le oían con tanto gusto y perseverancia, que ni otros dos predicadores luteranos ni la grande ocupacion de las vendimias eran poderosas para disminuirle los auditorios, ni impedir la cosecha de copiosos frutos espirituales.

Fueron tan importantes en Alemania los trabajos y sudores así del Padre Jayo, como del P. Fabro y P. Bobadilla, que si la divina Providencia no los hubiera opuesto armados de su gracia al ímpetu furioso de la herejía, en breve llorara Alemania de verse luterana; porque los impíos ministros de la maldad discurrían por todas partes, derramando ponzoña y atosigando fácilmente los pueblos, sin hallar resistencia ni contradicción en los ministros católicos, ántes grandes disposiciones para recibir la mala semilla de los errores, porque todos comunmente, así nobles como plebeyos, estaban poseídos de la codicia y del amor de una vida libre.

Sólos los Padres, sin perdonar trabajos ni temer peligros, hacían guerra animosamente á tantos y tan grandes enemigos en público y en secreto, desafiándolos á disputas, deshaciendo los embustes y mentiras con la fuerza de la verdad católica, y curando el tósigo de la mala doctrina con el antídoto de la verdadera religion, fortaleciendo á los príncipes y Prelados católicos con industrias y exhortaciones, para que, segun la obligacion, tomasen las armas en defensa de los suyos y de la verdad.

El P. Claudio Jayo estaba de presidio en Ratisbona, adonde, por ser ciudad libre, hacia más sangrienta guerra el enemigo con grande estrago de la religion católica, sin haber quien se le opusiese; porque el magistrado y demás superiores no curaban de ahuyentar los herejes, ántes el mismo Senado habia concedido dos iglesias de la ciudad á los ministros de la maldad, en una de las cuales vendían su falsa secta y ritos los luteranos, y en otra otros herejes que daban la comunión á los legos en ambas especies de pan y vino, sin ser poderoso á impedirlo por sí el Obispo sin el favor del emperador.

A los unos y á los otros hacia incansablemente guerra de dia y de noche el Padre, impidiendo que no se extendiese el fuego; de manera que la parte de la ciudad que no se quemó ni chamuscó, siempre reconoció haber sido por su industria, desvelos y trabajos; porque él, con sus lecciones sagradas, en las cuales admiraba y atraía á los mismos enemigos de la verdad, y con los demás ministerios continuos conservaba á los católicos, así religiosos como seglares.

Exhortaba eficazmente al Obispo á reformar las costumbres de sus súbditos, y dábale el modo cómo se hiciese con suavidad y con efecto, sin alboroto ni ofension; no cesaba en público y en secreto de amonestar al Senado que no favoreciese los impíos errores de los herejes.

Por lo cual no es de maravillar que se levantase otra tempestad mayor que la pasada. No pudieron llevar los herejes y gente desalmada que un hombre extranjero hiciese resistencia á su obstinacion y diese continua batería impugnando su falsa libertad; aunque no les dió licencia la divina Majestad para que pusiesen manos en su siervo, haciéndolo con su favor inexpugnable, por más que él fuese pobre y sin armas, triunfando su caridad del odio mortal de sus enemigos, la mansedumbre y paciencia de la insolencia y furia de los malos.

No dejaba de insistir en sus amonestaciones y consejos, haciendo bien y obligando á los más adversos y malévolos.

Habíase salido el Obispo de la ciudad; visitóle el Padre dándole cuenta del peligro en que estaba su Iglesia y persuadiéndole viniese á promulgar un grande jubileo, que Su Santidad habia concedido á toda la cristiandad.

Lo cual sucedió muy bien, porque, promulgando el jubileo y yendo algunos católicos adelante con su ejemplo, todos se animaron á hacer las diligencias y ganarlo, con grande provecho de las almas, y trabajo excesivo del Padre, é increíble rabia de los herejes que estaban á la mira, á los cuales trataba con mucha blandura y amor á fin de curarlos.

Para hacerlo mejor y poder ser todo á todos, se puso muy de propósito á aprender la lengua natural, sin retraerle ni la aspereza de ella, ni el verse ya hombre docto en ciencias mayores y de mucha edad; y por este medio trajo muchos herejes á la luz de la verdad y santas costumbres.

A los que veia pertinaces en sus errores, despues de haberlos una y dos veces amonestado, evitaba su trato segun la doctrina del Apóstol; y nuestro Señor castigó severamente á algunos que no se quisieron aprovechar de la misericordia que por medio del Padre les hacia.

Entre ellos fueron dos muy principales: el uno un doctor seglar, que en grande perjuicio de la religion católica persuadió al Senado la Comunión sacramental para los legos debajo de ambas especies de pan y vino.

El otro, apóstata de la Religion del Seráfico Padre S. Francisco, tanto peor que el primero, cuanto de más perfecto estado de vida habia caído; el cual, aunque dias habia tenia en el pecho la ponzoña de la herejía luterana, no se atrevió á vomitarla mientras vió los senadores católicos.

Pero cuando entendió que el Senado estaba caído en el despeñadero de la herejía y tras él otros muchos católicos (porque ya comunmente corria este mal sin haber quien lo impidiese), él tambien se declaró, y, dejado el santo hábito, comenzó á predicar y confesarse maestro de los errores de Lutero, casándose conforme á ellos, juntando maldad á maldad, á la apostasía el sacrilegio.

Procuró el Padre muchas veces y con mucho cuidado recobrar estos dos pobres hombres, reduciéndolos al camino de la verdad que habian dejado; pero no fué en ellos de fruto este trabajo, porque estaba ya la ponzoña de los errores y vicios muy arraigada en el corazon y tenian cerrada la puerta á la luz.

Mas aquel justísimo Juez que tiene providencia de las cosas humanas, y no deja mucho tiempo sin castigo los pecados públicos, notorios y escandalosos, los castigó á entrambos de repente con una pena grande y manifiesta; y así, poco despues le dió al doctor seglar una cruel y repentina enfermedad, que atormentándole desapiadadamente, á fuerza de dolores le quitó la vida, arrojando su maldita ánima en los braseros eternos del infierno.

Al apóstata deshonesto, antes de pasar quince dias le embistieron unos dolores tan grandes, que con un horrible tormento dió su alma á otros mayores de duracion eterna.

A todos fueron notorios estos terribles castigos de la ira de Dios; mas aunque parecian tan eficaces para reprimir á los que iban por los mismos pasos y caminos de perdicion, pocos cayeron en la cuenta, castigando nuestro Señor á los demás con otro mayor castigo de ceguera y dureza de corazon, no sin lágrimas y suspiros del P. Claudio, a quien atravesaba el corazon de dolor ver casi toda la ciudad caida en la herejía luterana.

No se puede dejar de engrandecer y alabar aquí la constancia y celo del duque cristianísimo de Baviera, Guillermo, en defender la religion, el cual, luego que entendió el lamentable estrago que la herejía hacia en Ratisbona, mandó, so pena de la vida, que ninguno de sus vasallos fuese á ella mientras no dejase la herejía é hiciese penitencia de su apostasía, mirando juntamente por el bien de sus vasallos y de los de Ratisbona; de los suyos, reservándolos del contagio pestilencial de los vecinos; y de estos, porque viéndose privados de tan grande y tan necesario comercio como el del ducado de Baviera (en cuyo centro está Ratisbona) dejasen su obstinacion, y, compelidos de la necesidad, se volviesen á su antigua creencia.

Y aunque algunos con prudencia humana temian que este edicto habia de ser causa de algunas revueltas y guerras, el duque con grande valor y cristiandad decia: «Antes perderé el Estado y la vida, que entregue mis vasallos al impío Lutero,» juzgando muy bien que debia preferir la santidad de la religion católica y la salud espiritual y eterna de los suyos, á su propia comodidad temporal y á la paz y seguridad de su Estado.

Lo cual nuestro Señor le ha premiado tan liberalmente, que se ha visto con grande consuelo de los buenos cómo, por la cristiandad y celo de su príncipe y sucesores del Estado y virtud, se ha conservado entera aquella provincia, no sólo en paz y seguridad entre las turbaciones y guerras de Ale-

mania, sino en religion y piedad, hecha presidio de la fe católica contra las huestes de herejías que han destrozado á Alemania, para confusion y condenacion de toda ella, sin que tenga excusa en el juicio de Dios; pues ha tenido siempre y tiene en medio de sus entrañas tan grande número de pueblos fieles y constantes en la antigua y verdadera religion.

Dos años trabajó el P. Jayo en Ratisbona de noche y de dia con increíble vigilancia y cuidado y con excesivo dolor de ver la facilidad con que iba entrando la herejía, sin bastar resistencia ni diligencia humana, porque ya nuestro Señor estaba indignado con aquella ciudad.

Para mostrar más su indignacion, le quitó el único reparo que tenia, dejando ya correr la herejía sin freno, sacado de allí el P. Claudio Jayo. Porque pasando por Ratisbona el Nuncio de Su Santidad y Obispo casertano, le mandó que luego le acompañase á Norimberga, adonde comenzó á trabajar como solia, estableciendo la fe y costumbres cristianas.

Esto duró poco, porque, saliendo el Nuncio de Norimberga, envió al Padre á Ingolstadio, adonde no obstante la buena diligencia del duque de Baviera en impedir el paso á la herejía luterana, ella habia comenzado á entrar, que como mal contagioso y pestilente, fácilmente se pega.

Aquí estuvo el Padre todo el verano reduciendo á muchos de la herejía al gremio de la Iglesia y dando grandes muestras de santidad y doctrina.

Por lo cual, para que fuese de más fruto, por los ruegos y grande instancia del Arzobispo Roberto Armacano y de los doctores de la Universidad que deseaban dar digno sucesor y llenar el vacío del ilustre doctor y defensor acérrimo de la Iglesia, Juan Equío, poco antes muerto; fué forzado á tomar una cátedra de Teología, en la cual dió admirables resplandores de sabiduría y virtud, y con ellos se comenzó á descubrir en aquella Universidad la Compañía y á deshacer las tinieblas de los errores.

Tenia ya en Alemania tanta autoridad el P. Jayo, tanta opinion de santidad y letras y tan grande valor y celo en resistir y hacer guerra á los herejes, que los Prelados católicos, deseosos de atajar tan grandes males como la herejía hacia en sus distritos, procuraron á porfía llevarlo para sí por triaca de la mortal ponzoña.

La ciudad de Ingolstadio sentia mucho el perderlo y hacia mucho esfuerzo para conservarlo, escribiendo sobre ello apretadamente á Roma, ofreciendo nuevos y crecidos salarios á la cátedra, y no dejando género ninguno de honra ni oficio alguno de benignidad y amistad que con él no usase.

En fin, entre todos los pretendientes prevaleció el Obispo de Augusta Oton, persona de mucha autoridad y mano con Su Santidad, que despues fué Cardenal.

A la partida, la ciudad de Ingolstad y Universidad, con las lágrimas en los ojos, mostrando la estimacion y agradecimiento de los ilustres tiempos del Padre, le ofreció liberalmente muchas cosas de comodidad y regalo en el camino; pero el verdadero amador de la pobreza, despues de haber decidido, todo lo desechó con grande constancia, superior á la liberalidad de sus devotos.

En el camino le salió al encuentro el Obispo Aistitense, y con la que ya traía del de Augusta, le detuvo dos meses con grande medra, así de su alma como de las de sus ovejas, que fué mayor deseo con que lo habian procurado.

Pasado este tiempo, le envió á Dilinga á caballo y con buena su persona, sin dejarse vencer de los humildes ruegos del Padre desde los peligros de herejes y gente foragida, aunque no pudo conseguir nada para viático.

Llegado el Padre á Dilinga y comenzando á ejercitar sus magisterio, recibió grandes esperanzas de reparar la religion y costumbres del clero como de lo demás del pueblo; porque salia bien á tono y principalmente porque halló en su Obispo Oton unos fervorosos deseos de agradar á nuestro Señor y de adelantarse á su en su santo servicio, que no se podia pedir más.

Para que comenzase la reformation por la cabeza, él en primer lugar hizo unos ejercicios muy de propósito; y aunque ya otra vez se le dio dándoselos el P. Fabro, y habia salido muy aprovechado, se volvió á hacerlos con grande cuidado, sujetándose al P. Claudio como á un nuevo é ignorante en la materia del espíritu, para poder él hacer maestro despues con tanto más acierto y satisfaccion, cuanto con mayor verdad y devocion se habia hecho discípulo diligente del Padre.

En este tiempo salió de Alemania su compañero en tratar las cosas de Dios y de su Iglesia, el P. Fabro, con mucho sentimiento del P. Jayo y con tanta razon de tenerle como pedia la necesidad y desamparo de Alemania y el trabajo grande que se le recrecia, viéndose obligado á hacer por muchos en continuo movimiento por diversas partes.

Así, dejando en breve á Dilinga muy lastimada de su ausencia, hubo de ir á Halisburgo por instancia del Arzobispo, hermano del duque de Baviera, porque se juntaba allí un Concilio provincial, á que venian el Obispo de Augusta y el Aistitense, y querian que el Padre se hallase en él, y con su parecer les alumbrase en lo que debian hacer.

El punto principal era, supuesto que en otro Concilio se habia tratado de concordia y union entre los católicos y herejes, y la resolucion se reservaba para

se había de juntar en Vormacia, qué era bien hacer
 debía de responder al emperador que lo solicitaba.
 dificultad del negocio y los inconvenientes á que
 no era razon que habiéndole á él Su San-
 cuenta, entrase en Concilio sin su autoridad
 y libertad santa, afirmó que no le era á
 católicos deseaban, pero de religion, que estaban reservadas
 que los herejes no sa-

Señor dos muy grandes, que le tuviese por excusa-
 te el emperador la maldad yaber tiempo para poder es-
 de Dios y descrédito de su la luz que el Padre los po-
 fuerza de armas, como loburgo todo el tiempo del
 lugar con el de nuestro los Obispos que le consul-
 ociendo los Prelados catóh-

ejos, que con pieles de ovejasajo; porque no se trató
 este rebaño del Señor, se piron él.

éndolas, especialmente siguierre á la larga en este
 porque estaban muy caidos. El primero, que los
 viltado y sin fuerzas, que apé, de la religion se ven-
 edicar y enseñar la fe y religión entre legos y gente
 así, ellas se iban entrando

obviar estos daños, persu con los católicos en toda
 en su distrito fundase intífice, se habian de tener y
 usen las letras sac-

católicos pob para publicarlo, sino para tener á la mano las
 a los Prelados que le consultaban, pero, aunque

pidió con grande instan-
 cia

prometió al Padre en su nom-
 bre y de todos los demas Prelados que se ajuntarian en aquella doctrina, y no

determinarian cosa alguna en junta- ciles sin autoridad del Sumo Pontífice.

Esta fué la suma y resolucion de aquel Concilio de comun parecer de to-
 dos y con tanta constancia, que decía el Obispo de Augusta, imbuído en la
 doctrina del Padre, que antes perderia diez obispados, su patrimonio y la mis-
 ma vida, que consintiese en una minima cosa con los Interanos, declarandose
 en todo enemigo suyo, sin hacer caso de su violencia, embustes ni aschanzas.

El Obispo salisburgense, por su grande autoridad y valor, se mostró
 an firme y resuelto en contradecir los errores con la doctrina y per-suasion
 del Padre, que por respeto á la fraternidad y respetos humanos, en nada
 podía condescender con ellos.

Satisfecho el Padre con dejar tan buen presidio ~~en Dilinga~~ las lágrimas salían con mucho consuelo á Dilinga, á procurar más ~~en Dilinga~~ de los ilustres, ~~en Dilinga~~ las almas, sin querer recibir ninguno de los ~~en Dilinga~~ de comodidad y ~~en Dilinga~~ los Prelados le ofrecían. ~~en Dilinga~~ pobreza, despues de ha

En Dilinga comenzó á trabajar fervorosamente, superior á la liberación, ~~en Dilinga~~ mas no pudo perseverar allí mucho, por ~~en Dilinga~~ gusta le llevó tras sí á Vormacia, par el Obispo Aistitense, y ~~en Dilinga~~ caída, y para luz del Concilio que detuvo dos meses con gran ~~en Dilinga~~ se esperaba; y juntamente, á ~~en Dilinga~~ las de sus ovejas, que fué m ~~en Dilinga~~ to Padre dando cuenta del ~~en Dilinga~~ ocurado.

con Su Santidad de poner ~~en Dilinga~~ envió á Dilinga á caballo y con ~~en Dilinga~~ por medio del sagrado ~~en Dilinga~~ C ~~en Dilinga~~ ncer de los humildes ruegos del ~~en Dilinga~~ F ~~en Dilinga~~

Visitaba y confirmaba ~~en Dilinga~~ gente foragida, aunque no pudo ~~en Dilinga~~ viesien celosos y constante ~~en Dilinga~~ así á ellos como á los ~~en Dilinga~~ Dilinga y comenzando á ejercitar su ~~en Dilinga~~ cuentas sermones. ~~en Dilinga~~ zas de reparar la religion y costum ~~en Dilinga~~

Aquí se le juntó el ~~en Dilinga~~ más del pueblo; porque salia bien ~~en Dilinga~~ fieles hijos de la Igles ~~en Dilinga~~ que halló en su Obispo Oton unos ~~en Dilinga~~ mones, de palabra y ~~en Dilinga~~ dar á nuestro Señor y de adelantar ~~en Dilinga~~ pretendian del empc ~~en Dilinga~~ que no se podia pedir más. ~~en Dilinga~~ príncipes y Prelados ~~en Dilinga~~ se la reformation por la cabeza, él ~~en Dilinga~~ nacion alemana, que era ~~en Dilinga~~ de propósito; y aunque ya ~~en Dilinga~~ Sede Apostólica; por cuya de ~~en Dilinga~~ habia salido muy aprove ~~en Dilinga~~ des peligros, insistieron y acabaron ~~en Dilinga~~ tándose al P. Claudio ~~en Dilinga~~ eficaces que ni el emperador, ni su hermano, para poder él h ~~en Dilinga~~ lados concediesen con los herejes. ~~en Dilinga~~ cion, cuanto cor ~~en Dilinga~~

Tenia el P. Jayo frecuentes lecciones de Escritura ~~en Dilinga~~ Padre. ~~en Dilinga~~ concurso, y admiracion y fruto. ~~en Dilinga~~ tar las ~~en Dilinga~~

Toda la cuaresma le oyó los sermones el rey de romanos con ~~en Dilinga~~ príncipes y señores de la córte y algunas veces el emperador, admirando to ~~en Dilinga~~ dos la grandeza de doctrina, erudicion y elocuencia de los sermones, y mu ~~en Dilinga~~ cho más la devocion, fervor y espíritu con que los predicaba, acompañando ~~en Dilinga~~ la admiracion y estimacion con grandes mudanzas de vida.

El que más aprecio y gusto mostraba de los sermones y eficacia divina del Padre era el rey de romanos, D. Fernando, que no contentándose con oirlos, le sacaba por fuerza al Padre los papeles, y trasladándolos, los comunicaba y repartia á otros, especialmente Prelados y príncipes, extendiéndolos de esta manera por casi toda Alemania.

Los Prelados católicos estimaron al Padre como á principal promotor de

en y costumbres católicas y martillo de los herejes, y por él hicieron concepto de la Compañía.

Ado de Su Santidad, Alejandro Farnesio, le trató muy familiarmente, y la primera cosa de importancia sino con su consejo é industria.

ite, aunque en el Concilio Wormaciense no salió como el César y católicos deseaban, por lo ménos por la industria del P. Claudio para que los herejes no saliesen con nada de lo que pretendian, y

tro Señor dos muy grandes provechos; el primero, que conocido el emperador la maldad y obstinacion de los herejes en de Dios y descrédito de su corona, se determinó de ren- á fuerza de armas, como lo hizo con el favor del Sumo primer lugar con el de nuestro Señor.

conociendo los Prelados católicos de Alemania los engaños herejes, que con pieles de ovejas pretendian á fuer de lobos

lazar este rebaño del Señor, se pusieron en cuidadosa vela corriéndolas, especialmente siguiendo un saludable consejo

que porque estaban muy caidos los estudios de Teología muy aviltado y sin fuerzas, que apenas habia cuál y cuál sa-

se predicar y enseñar la fe y religion, ni refutar las false- jes, y así, ellas se iban entrando libremente por todas par-

para obviar estos daños, persuadió el Padre á los Prelados a uno en su distrito fundase un colegio ó colegios, en los cua-

nseñasen las letras sagradas á mancebos escogidos en natural de católicos pobres, que pudiesen despues con caudal de virtud

ernar las iglesias, enseñar los fieles y refutar y ahuyentar los he- e fué poner un grande presidio de la fe y buenas costumbres en

ia.

ocuraron los Obispos del Concilio que el Padre diese una vuelta, visitan- o y reparando sus Iglesias; pero no pudo corresponder á todos como queria, orque con órden de Su Santidad estaba aplicado y determinado á la dispo- cion del Obispo de Augusta.

Con él se partió á Dilinga, negociando entre tanto los demás su presencia or vía de Roma; en especial el Obispo salisburgense que pedia con grande stancia á nuestro Santo Padre que volviese á leer la cátedra en la ciudad : Ingolstadio.

En Dilinga y su comarca y en el ducado de Baviera discurrió y trabajó n admirable provecho; en especial redujo á muchos de los errores de Lutero gremio de la Iglesia católica, deshechos en dolor y lágrimas de su vida scarriada; con lo cual crecia tanto cada dia la fama y estimacion de su per-

sona y hechos heróicos, que muchos príncipes hacian instancia y muchas diligencias por llevarlo á sus tierras.

Por entónces ninguno pudo alcanzar lo que deseaba, porque, juntándose en aquel tiempo el sacrosanto Concilio tridentino, le envió á él por teólogo suyo el Obispo de Augusta y Cardenal de la Santa Iglesia.

En Trento fué muy bien recibido del Cardenal tridentino; pero no quiso el Padre usar de su liberalidad ni tomar la posada que le estaba aparejada, sino, venciendo con el afecto de humildad y pobreza la grande resistencia y liberalidad de tan gran Prelado, se fué á posar al hospital.

De aquí lo acompañó, sin poderlo él impedir, toda la familia del Cardenal para que visitase á los Legados y presentase los poderes del Cardenal, en cuyo nombre venia.

Los Cardenales lo recibieron y honraron, así este dia como los siguientes, con grandes demostraciones públicas y secretas, no sólomente por las grandes y encarecidas recomendaciones y calificaciones del Obispo de Augusta, sino mucho más por la grande fama que ya tenian de sus grandes letras, religion y celo, y de las obras heróicas en remedio de las almas, que por tantas partes de Alemania habia hecho.

Estuvo en Trento el P. Claudio Jayo solo, aguardando á sus compañeros y el principio del Concilio desde el mes de diciembre hasta el de mayo; pero no estuvo ocioso, ántes por la grande estima que de su persona tenian, cargaban de él las causas más graves.

Llamábanle á todas las juntas, así particulares como públicas y comunes; consultábanle los Prelados, apreciando y estimando mucho su sabiduría y prudencia; y, como si esta no fuera bastante ocupacion, atendia con mucho cuidado á administrar los santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía con mucho provecho de las almas y grande gusto del Cardenal de Trento, así por el bien comun de sus ovejas, como porque era muy aficionado y devoto del Padre.

Trataba con él todas sus cosas con mucha confianza, tan familiarmente como un íntimo amigo con otro, aprovechándose mucho de su trato en el celo y salud de las almas y en la misericordia de los pobres.

No contento con la limosna que por manos de los suyos hacia, la quiso hacer tambien por las suyas, dando á todos ejemplo de humildad y caridad cristiana; y así, el Juéves Santo, juntando en una sala grande muchedumbre de pobres, se entró con ellos con solo el P. Claudio (que era el promotor de estas obras) haciéndolos sentar en una rica y regalada mesa: él mismo, descubierto, los sirvió la comida, y despues dió agua á manos, y vestidos todos de nuevo, con una buena limosna de dinero y otra mayor espiritual de un

bueno y fervoroso razonamiento, los envió edificados y remediados, quedándose despues á comer con el Padre con grande alegría y buena refeccion de pláticas espirituales.

Vinieron al Concilio el P. Diego Lainez y el P. Salmeron, y, dejadas otras posadas acomodadas y honradas que les ofrecieron, se fueron al hospital con el P. Jayo, y juntos los tres trabajaron tanto y con tanta edificacion y fruto como se dijo en la vida del P. Lainez, á que ayudó singularmente lo mucho que de antemano tenia merecido con su virtud y letras el P. Jayo.

Por lo cual, vacando en este tiempo el Obispado tergestino (que es en Italia) el rey de romanos, D. Fernando, determinó se diese al P. Claudio, cuyas letras y virtud admiraba y reverenciaba sobre manera el cristianísimo rey.

Y por tanto, conociendo los malos tiempos que corrian y el contagio pestilente de la herejía, que en todas partes prendia, y el grande peligro de aquella iglesia por la vecindad que tenia con Alemania; juzgaba por necesario encargarla á un tan grande, tan santo y tan vigilante pastor, que si no, se habia de perder.

Escribió al P. Claudio cartas muy apretadas, pidiéndole tomase aquella empresa propia de su vigilancia, caridad y celo, si Su Santidad se la encargase, cosa que el rey tenia por cierta; que no habria para él mayor contento ni de más provecho para aquella Iglesia.

El P. Claudio, muy de atrás aborrecia las prelacias y dignidades: siendo estudiante escribió en unas *Horas de nuestra Señora* algunas sentencias de S. Agustin, S. Gregorio y S. Bernardo de cuánto se habian de huir las honras y puestos honrosos, y siempre las tenia en la memoria y muy asentadas en su corazon, y se habia ido confirmando en esta doctrina, como habia ido creciendo en experiencia y letras, y especialmente mirando la vocacion é Instituto de la Compañía, que tanto extrañaban los puestos altos y dignidades.

Luego que entendió los intentos del rey, no sólo se armó de grande fortaleza y valor para resistirlos, sino que pidió con grande instancia socorro á nuestro Santo P. Ignacio, rogándole apretadamente que hiciese y mandase hacer oracion á nuestro Señor para que no permitiese que se le echase tan pesada carga, y lo mismo procurase negociar con Su Santidad y con todos los demás que conviniese, diciendo de sí que aborrecia tanto semejante eleccion, que si la obediencia no le tuviera atado en Trento, sin duda ninguna divirtiera el negocio huyendo y escondiéndose.

Con mucha razon el sapientísimo varon se temia de tomar dignidades, habiendo muchas veces leido cuánto las temieron y huyeron los santos, y visto lo que escribió S. Gregorio Nacianceno cuando rehusaba tomar el

obispado, que este miedo era el mayor de todos los miedos, y este peligro el sumo y último de todos los peligros.

Vino el Obispo lavacense, confesor del rey, á tratar en su nombre con el Padre aceptase el obispado. Oyó el Padre el recado del rey; y aunque ya tenia resolucion de lo que habia de responder, pero, porque no pareciese que arrojada y ciegamente se determinaba, pidió una hora de término para encomendar el negocio á Dios en la oracion, y despues respondió que, mirándolo delante de Dios nuestro Señor y conforme su conciencia, juzgaba que de ninguna manera debia ni podia recibir carga que era mucho mayor que sus fuerzas; que hacia al rey muchas gracias por la estimacion que tenia de su persona y mercedes que le hacia; mas le rogaba encarecida y humildemente, que para semejantes cargos buscase otra persona que no fuese de la Compañía; lo cual decia porque tambien habia hecho instancia poco antes el rey para que el P. Bobadilla tomase otro obispado.

Con esta resolucion despidió al Obispo procurador del rey, el cual, viendo que por este camino no negociaba nada, tomó otro, á su parecer, más fácil para salir con su intento.

Escribió á Su Santidad pidiéndole y rogándole con instancia que compela con su autoridad y precepto al P. Jayo á tomar el obispado, por ser persona dotada de rara virtud y admirable sabiduría y necesaria para conservar aquel rebaño del Señor sano y libre del ímpetu y atrocidad de los lobos carniceros de los herejes.

Escribió tambien á su embajador, para que solicitase este negocio con Su Santidad, instando diligentemente hasta salir con él. Lo cual él lo hacia tan cuidadosa y apretadamente, y Su Santidad estaba tan inclinado, que nuestro Santo P. Ignacio, despues de largas y fervorosas oraciones y diligencias, hallaba todas las puertas cerradas para impedirlo.

El embajador, para cumplir con su rey y darle gusto, daba de dia y de noche recia batería. Los Cardenales amigos y demás personas poderosas, devotas de la Compañía, estaban por el rey; á quien el Pontífice, juzgando que pedia una cosa muy ajustada y en beneficio de la Iglesia, queria dar gusto, sin dejarse persuadir de las muchas razones con que el Santo Patriarca probaba ser estas elecciones muy peligrosas y perjudiciales á la Compañía.

Pero en cosa al parecer tan desesperada, no desfalleció nuestro Santo Padre, ántes lleno de confianza en Dios y sustentado de oraciones, intentó otro medio que salió eficaz y como dado del cielo, y fué, que habiéndose de juntar el dia siguiente los Cardenales con el Pontífice á concluir aquella eleccion, negoció por medio de la señora D.^a Margarita de Austria, que era su penitenta, que la difriesen algunos dias, y en el entretanto escribió al rey

D. Fernando una carta apretadísima, para que mudase de parecer y destejese la tela que habia comenzado. La carta decia las razones siguientes:

«Muy conocida tengo, Señor, la voluntad que V. M. tiene de honrar nuestra Compañía y el cuidado y celo de socorrer las almas de sus vasallos, y por lo uno y por lo otro le hago las mayores y más cumplidas gracias que puede mi pequeñez, rogando á la suma Bondad y Sapiencia inspire á V. M. el modo cómo pueda conseguir cómodamente lo que con tan santo celo desca.

»En lo que toca á nuestra mínima Compañía, el mayor beneficio y el más singular favor que V. M. nos puede hacer es, si nos ayudare á caminar segun nuestra profesion, fiel y sinceramente; á la cual son tan contrarios los cargos y honras, que llanamente y segun la verdad de lo que siento, puedo afirmar que, pensando de qué manera se podria esta Religion destruir, no sé otra más eficaz para ello que el de admitir obispados.

»Porque los primeros fundadores de la Compañía se juntaron con un espíritu y propósito firme de discurrir por todas las partes del mundo á la voluntad de Su Santidad en busca de la salud de las almas; de manera que el principal y propio espíritu de esta Religion es discurrir con toda humildad y rectitud de intencion de una ciudad y de una provincia en otra por gloria de Dios y salud espiritual de los prójimos, sin encerrarse en region ó provincia alguna, como han de hacer los Obispos; el cual Instituto no sólo ha confirmado la Sede Apostólica, sino tambien Dios nuestro Señor desde el cielo ha dado claras muestras de que lo aprueba, con muchos y varios frutos que se ha dignado de hacer en las almas por medio de los nuestros.

»Pues como el ser y alma de las Religiones consista en conservar el primer espíritu de su vocacion, está claro que mientras nosotros conservemos este nuestro, se conservará nuestra Religion, y si él se perdiese, que ella se perderia.

»Tambien se puede entender cuán perniciosos son á la Compañía los obispados por esta razon: la hora de ahora no somos en la Compañía más de nueve profesos, y de estos á los cuatro ó cinco han ya querido hacer Obispos; á lo cual todos y cada uno de ellos ha resistido constantísimamente; pues si ahora uno lo admitiese, luego los demás entenderian que tambien á ellos les era lícito otro tanto y lo admitirian; y ya no sólo se desharia la Compañía por faltarle el primer espíritu de su vocacion, sino tambien por faltarle los miembros de que se compone.

»Finalmente, siendo así que esta mínima Compañía hasta ahora ha aprovechado y edificado mucho á los prójimos con los ejemplos de santa humildad y pobreza, si nos viesen ya honrados y hacendados, toda esa buena opi-

nion se oscureciera y seria de mucho estorbo para el ejercicio fructuoso de nuestros ministerios.

»Mas no hay para qué amontar razones; dejámonos á la clemencia y sabiduría de V. M.; ponémonos debajo de su proteccion y amparo, pidiendo y suplicando encarecidamente por la sangre de Jesucristo que, porque estamos ciertos que por aquí amenaza á nuestra Compañía su ruina y destruccion, V. M. por su benignidad y religion nos ataje y ahuyente tan graves males, y tome esta pequeña y nueva manadita por suya, y como tal la conserve sana y entera para la gloria de la eterna Majestad, que guarde á V. M. religiosísima y la enriquezca y colme continuamente de sus celestiales dones.»

Estas razones, y la autoridad de tan Santo Patriarca, y, principalmente, Dios nuestro Señor que se inclinó á los piadosos deseos de sus siervos, trocaron de tal manera el ánimo del rey cristianísimo, que al punto despachó á su embajador, mandándole que dejase aquel negocio que tenia comenzado y aún casi del todo acabado.

Apartado el rey de su pretension, Su Santidad, que principalmente se movia por su instancia, luego desistió de la eleccion del P. Claudio, especialmente ponderando las razones del Santo P. Ignacio, con que resistia á las honras y dignidades de los de la Compañía, que no eran solas las que escribió en su carta al rey, sino otras muchas muy eficaces, que me pareció poner aquí para que se entienda con cuán buen por qué se ha cerrado esta puerta en la Compañía.

La primera, porque de ordinario se eligen para las dignidades y obispados las personas más graves y lucidas de la Religion; y así, queda ella privada de los que la habian de ilustrar y como desustanciada, ni tiene vigor para conservarse y perfeccionarse á sí, ni para servir y ayudar á la Iglesia.

De más de esto, en siendo un religioso puesto en honra ó dignidad, muchas veces los otros que estaban quietos se desasosiegan, y los que no se acordaban de la prelación por estar léjos, ahora que la ven delante de los ojos, engañados de su resplandor, la apetecen; que es muy natural en los hombres el deseo de la gloria, y muchos se van antes tras el aplauso y blasones de la virtud, que tras la misma virtud; y teniendo puesta la mira en la honra, no se hace cosa de provecho, porque de torcida intencion, como de mala raíz, no pueden ser buenas las obras, aunque en sí lo parezcan.

Piérdese la sencillez religiosa, porque, teniendo el ánimo con deseos de subir, procura llegar á lo que desea con artificios y tratos disimulados; y así, no hay lisura en las palabras ni en el modo de proceder, ántes todo es aparente y fingido, de manera que ya en las casas de Religion, desterrada la religion, vereis introducidas unas costumbres políticas, y que la corte ha hecho asiento en la escuela del espíritu.

Esta razon era de las que más fuerza hacian al Santo P. Ignacio, y él la ampliaba, sacando de aquí la destruccion de la Compañía. «Doscientos (decia) somos de la Compañía, poco más ó ménos, los cuales han entrado aficionados y atraídos de la humildad; y de estos muchos, si se introdujese el tomar y buscar honras, ofendidos de ver decaida la observancia del Instituto, lo dejaran, otros se inquietaran con el espíritu de la ambicion de los que han de entrar de nuevo; los que vinieren con buen pié, tocados del amor de la vida humilde y quieta, tenerse han afuera, viendo que no hallan lo que desean y buscan, y los otros entrarán movidos de ambicion, raíz de que nada bueno se puede esperar; y habiendo unos que aprueben las honras y dignidades, y otros que las reprucben, entre los demás males, no se puede evitar moralmente el encuentro y discordia de las voluntades, pestilencia grande de las comunidades.»

Finalmente. siendo verdad clara y experimentada que cualquiera buen religioso ama y desea la humildad y recogimiento; el que fuere ménos virtuoso y aprovechado será el que quiere salir á puestos lucidos y de inquietud y distraccion para subir de ahí á las dignidades; de donde se seguirá que los imperfectos se inquieten y aspiren á las ocupaciones de lucimiento para sacudir por ahí el yugo de la obediencia, y tambien que la Iglesia tome por ministros y Prelados los ménos idóneos y virtuosos, con grande detrimento suyo.

Estas y otras semejantes razones tenía y proponia nuestro Santo Padre para excusar la eleccion de los de la Compañía en los obispados, y dejar para despues tan cerrada la puerta, que ellas en sí son muy eficaces y singularmente tienen fuerza respeto de los nuestros, cuyo particular Instituto profesa huir semejantes cargos, y con eso se ha de conservar y crecer.

Con esto, pues, sacó nuestro Santo Padre á su compañero el P. Jayo de la afliccion en que estaba.

Pero salió con nueva estimacion y fama, por haberse divulgado mucho la determinacion de hacerle Obispo y el valor y constancia con que resistió á la eleccion, quedándose en su humildad y pobreza.

El gran duque de Ferrara, que descaba entablar un nuevo modo de vida y andaba para ello buscando maestro que le pudiese guiar, teniendo noticia del P. Claudio Jayo y de sus raras dotes, juzgando que era lo que podia desear, lo pidió instantemente á nuestro Santo Padre y á Su Santidad, para que con su virtud y letras le ayudase á perfeccionar su alma y á gobernar su Estado con provecho de sus súbditos; en lo cual tambien instaba mucho la duquesa con las mismas veras.

Nuestro Santo Padre escribió por orden de Su Santidad al Padre que, dejando á Trento, por haberse ya interrumpido el Concilio, fuese á Ferrara como lo pedia el duque, diciéndole cuánto deseaba servir con toda la Compañía.

ña al duque, para mostrarse agradecido al favor que hacia á la Compañía desde sus principios, y que estimaba esta ocasion que se ofrecia de darle gusto, y le encargaba que, así en leer como en predicar ó cualquier ministerio de nuestra profesion, estuviese á la voluntad y disposicion del duque, pues él lo merecia y Su Santidad se lo concedia para eso: de manera que el tiempo que en Ferrara estuviese, lo tuviese por Superior y le obedeciese en todas las cosas del servicio de Dios y provecho de su alma propia y las de los prójimos, y cuando el duque diese lugar entónces entendiese á ejercitar los demás ministerios de la Compañía.

Llegado el Padre á Ferrara, se fué derecho al hospital y comenzó á socorrer con mucha diligencia y fruto á las necesidades de los pobres, así corporales como espirituales.

Pretendió el duque acomodarle y regalarle con grande liberalidad, y aunque en muchas cosas no lo pudo el Padre impedir, en razon de mudar posada nunca vino en ello, diciendo que estaba con más gusto entre los andrajos y malos olores de los pobres, que entre los regalos y algalias de los cortesanos.

En el hospital de las huérfanas de Sta. María de Rosa hizo admirable fruto en las almas, predicando y administrando los Sacramentos á un grande número de personas que allí acudia.


En el de Sta. Ana tenia cada dia copiosas cosechas espirituales, con admiracion y edificacion de todos y grande consuelo y alegría del Cardenal Salviato, Obispo de aquella ciudad; el cual, para cooperar á sus gloriosos trabajos, le comunicó toda su potestad y autoridad para todo lo que quisiese.

Quien principalmente se pagaba de la persona del Padre y de sus fructuosos empleos era el duque, apreciando mucho y pregonando siempre su rara virtud y admirable sabiduría, ayudándose y guiándose por él en todo, aunque el Padre en todo se gobernaba por su voluntad, segun que tenia orden de nuestro Santo Padre y del Sumo Pontífice.

No hacia cosa el duque en el gobierno de su Estado sin el parecer del Padre; confesábase con él, y juntamente sus hijos y toda la nobleza, con gran reformation de costumbres.

Pero siempre el Padre acudia con más gusto á los pobres enfermos y debiles, socorriéndolos en todo genero de necesidades.

Predicaba continuamente; hizo pláticas y leyó lecciones con mucho fruto por espacio de un año, cogiéndolo especialmente en continuas confesiones, que no le dejaban en todo el dia y gran parte de la noche, sin impedir el gran concurso ni de las confesiones ni de los sermones el rigor del frio y la mucha copia de nieve, que por oirle y tratarle por todo pasaban sin hacer caso.



Fueron admirables los efectos que de sus trabajos se siguieron en la reformation de sus costumbres, que no los diremos en particular por ser muy semejantes á otros que en esta historia y en otras de nuestros primeros Padres quedan referidos.

Lo que no se puede dejar de especificar es que con la eficacia grande de su predicacion y fervoroso celo quitó un grande número de torpezas escandalosas, reduciendo muchas mujercillas perdidas á vida recogida, y muchas á monasterios, y otros tantos hombres, encenagados en este vicio abominable, á vida honesta, con admiracion y edificacion de todos.

Conservábase todavía fresca la memoria del P. Jayo en Ingolstadio, el sentimiento de haberlo perdido y el deseo grande de volverlo á recobrar; el cual crecia más cada dia al paso que crecia la opinion de santidad y letras del Padre; por lo cual, por medio del cristianísimo duque de Baviera, pretendieron con grande instancia, y alcanzaron con extraordinaria alegría, que volviese otra vez á aquella Universidad á alumbrarla con su doctrina, y juntamente otros dos de nuestra Compañía, á eleccion de nuestro Santo Padre; sólo insistian en particular por la persona del P. Jayo.

Mucha dificultad tuvo el sacar al Padre de Ferrara por la resistencia del duque, que no le parecia poder vivir sin él; pero entró de por medio el Cardenal Farnesio, su pariente, rogando, y, lo que apretó más, el Sumo Pontífice, mandando al Padre tomase esta empresa.

El lo hizo, llevando consigo al P. Salmeron y al P. Canisio, y para tener autoridad en aquella Universidad y en toda Alemania contra los herejes, se doctoraron de camino en Bolonia, dia de S. Francisco, despues de haber hecho sus ejercicios literarios con grande satisfaccion de todos.

Por el camino fueron tan honrados y deseados de los Prelados y príncipes, y en Ingolstadio recibidos con tantas demostraciones de amor y estimacion como se dijo en la vida del P. Salmeron, y no hay para qué repetir aquí.

Comenzó el P. Claudio á leer los Salmos de David con mucho aplauso, y todos tres lo tuvieron tan grande, que luego comenzaron los Prelados y príncipes y las cabezas de la Universidad á tratar de fundar un colegio de la Compañía, para asegurar y perpetuar los grandes frutos que de los Padres cogian.

Pero no pudieron gozar mucho tiempo de este bien, que lo muy bueno tiene muchos pretendientes; y el Cardenal de Augusta, justo apreciador de los talentos del P. Jayo y solícito del bien de su iglesia, para repararla, y aprovecharla, y dar luz á un Concilio que presto habia de tener en Augusta, alcanzó de Su Santidad se lo diese con gusto de nuestro Santo P. Ignacio, mas con grande sentimiento y lágrimas de la Universidad y no poca ofension con el Cardenal que los privaba de tanto bien.

En Augusta comenzó luego el Padre á dar grandes resplandores de santidad y doctrina, alumbrando con ellos así á los Prelados que se juntaron al Concilio, dándoles consejo y resolucion en todo lo que trataban, como á los demás del pueblo, trabajando incansablemente en todo género de ministerios, dándoles fuerza y eficacia con un raro ejemplo de vida y continua y fervorosa oracion.

Redujo muchos herejes al gremio de la santa Iglesia. Otros de desbaratadas costumbres, por la industria del Padre se redujeron á vida concertada y virtuosa.

Entre estos fué muy ejemplar la mudanza de vida de un sacerdote: era persona muy noble y muy rica, mas de vida muy desbaratada y escandalosa; gastaba todo el tiempo en ruines conversaciones y juegos, teniendo las tablas en casa para tener cerca la ocasion y serla él á muchos de pecar.

Consumia su mucha hacienda en continuos convites y glotonerías, en regalar caballos y vano fausto de criados.

Habló el Padre á este sacerdote y movióle con sus buenas razones á hacer unos ejercicios; hizolos con mucho fervor, y en ellos le mudó nuestro Señor tanto el corazon, que salió otro hombre muy diferente del primero.

Quitó luego la tablajería y uso de jugar de todo punto, las parlerías, convites y fausto secular, viviendo con grande recogimiento y templanza, ocupado en leer los santos y en el trato con nuestro Señor.

Celebraba cada dia Misa con mucha devocion, gastando su hacienda en obras de piedad y misericordia con grande ejemplo de toda la ciudad.

Las cuales obras y otras de mucha edificacion, que nuestro Señor se dignó hacer por medio de su siervo el P. Claudio, dieron principio á las fundaciones de colegios que despues se fundaron en Alemania.

De aquí, á instancia del rey de romanos, D. Fernando, fué con otros doce de la Compañía á Viena, para levantar aquella Universidad y en toda la Austria la fe.

Habia la herejía inficionado ya en gran parte la Universidad, y toda la Austria lo estaba tanto, que no habia de diez partes, y aún algunos dicen de treinta, una sin este pestilencial contagio.

Corrian los libros y doctrina de los herejes libremente, y andaban en las manos de todos, criándose con ellos los niños, y mamando los errores con la leche.

Los monasterios estaban desiertos, y los religiosos que habian quedado despreciados y aviltados; y así, no habia quien tomase este género de vida.

De la misma manera se despreciaban los sacerdotes, por donde ningun hombre de letras se queria ordenar; en tanto grado, que en veinte años no



habia salido sacerdote alguno de una Universidad tan insigne como la de Viena.

Muchos de los católicos se corrian de parecerlo, porque los herejes los llamaban por mofa *Papistas*. No se hallaban curas ni quien cuidase del culto divino; no habia uso de Sacramentos, y el que habia comunmente era sacrilego, no confesando los pecados en particular sino por mayor y en confuso.

Recibian los legos la Eucaristía en ambas á dos especies de pan y vino; los sermones todos se ordenaban á engrandecer la fe y los merecimientos de Cristo, sin acordarse de las obras de virtud, como si no importaran nada.

Este era el estado de Austria, sin haber quien intentase el remedio, sino el cristianísimo rey, en que para dárselo llevó al P. Claudio con sus compañeros.

Comenzaron luego á trabajar insigneemente, como lo pedia la necesidad y su celo ardiente. El P. Jayo, para hacer rostro y confundir á los herejes, leia públicamente la epístola de S. Pablo á los romanos con admirable aplauso é igual fruto, alumbrando á los herejes y confirmando y mejorando en las costumbres á los católicos.

Ejercitaba los demás ministerios nuestros con extraordinario fervor é incansable trabajo, como lo pedia la gravedad de la necesidad, que era sobremanera grande, así por las guerras civiles y con los turcos, como por la insolencia grande de la herejía.

Pero el trabajo fué sobre sus fuerzas, y la pena del estrago de aquella Iglesia le cargó tanto, que aún con poca enfermedad lo acabó y consumió la vida, á los seis de agosto, llevándole nuestro Señor á premiar su santo celo y continuos trabajos tomados por su gloria y servicio de su Iglesia; castigando en esto Su Majestad acerbísimamente el desenfrenamiento y errores de Alemania, eclipsándole el sol que la alumbraba y calentaba, por no haberse aprovechado de él como debiera.

Su muerte fué muy sentida y llorada de los buenos como pérdida del Padre comun de los fieles, que así lo llamaban comunmente, y *Angel de Dios, Patron de católicos, Doctor esclarecido y muro inexpugnable de la Iglesia, terror y martillo de los herejes*, contra los cuales peleó valerosamente en Italia, Baviera, Suevia, y en las demás partes de Alemania, en los Concilios Augustano, Wormaciense y otros de Alemania, y en el Sacrosanto Tridentino, deshaciendo y refutando sus embustes y errores y confirmando á los fieles en la doctrina y costumbres católicas, alumbrándolos con la luz de la verdad, como Apóstol de Alemania, que así le llamó el ilustre doctor de ella, el P. Canisio.

Tuvo mucha autoridad con los católicos y los herejes por sus muchas letras humanas y divinas, facilidad y prudencia en el decir; y por esto y su rara vir-

tud, mucha estimacion y mando para todo lo bueno, dió á conocer la Compañía en Alemania, fundóla y dilatóla para mucha gloria de Dios, y ganóle amigos y protectores, en que tenia mucha mano.

Era de blanda condicion, apacible, mostrando siempre en el rostro grande agrado y alegría modesta, junta con religiosa gravedad; sólo le vieron triste y lloroso al tiempo que se vió á peligro de ser Obispo.

Fué siempre amator de la santa pobreza, conservando el vestido pobre y pobre la comida, sin que se la pudiese descantillar un punto el trato frecuente con los príncipes y Prelados grandes y su grande liberalidad, con la cual muchas veces le ofrecian dones y le hacian mucha instancia los admitiese.

El estudio y continuacion de su oracion fué admirable; despues de otra mucha oracion, no se le pasaba dia sin dos ratos largos, uno de la vida de Cristo nuestro Señor conforme la representa la Iglesia, y otro de su santísima Pasion.

Era grande endurador del tiempo, sin dejar pasar ninguno de balde, y para esto le tenia distribuido muy menudamente, y guardaba la distribucion con gran puntualidad.

Era modestísimo en todo su modo de proceder, y en sus palabras y trato muy mirado y moderado sin olor de arrogancia, altivez ó presuncion; y aún en las disputas con los herejes, poniendo mucha eficacia y fuerza para convencerlos y confirmar á los católicos; guardaba tanta modestia y comedimiento, que nunca se dieron de él por ofendidos, siendo ellos tan vidriosos y arrogantes.

Su modo de enseñar en las escuelas era muy claro y con grande distincion, pero con grande fundamento y firmeza; en especial leia y explicaba con grande claridad y fecundidad de ingenio las cuestiones gravísimas de la justificacion, predestinacion, de *fide et operibus*, y otras semejantes, segun que pedia el tiempo presente, para resistir y oponerse á los engaños y errores de los herejes.

Fué la muerte de este ilustre varon muy sentida y llorada de todos los buenos, mostrando en esto lo mucho que le estimaban.

La Universidad de Viena se juntó toda, graduados y estudiantes, con muchas lágrimas á hacerle honras y obsequias; y porque la iglesia que los nuestros entónces tenian, estaba cerca de los muros, y á peligro de que, sobreviniendo los enemigos (que andaban insolentes y cerca) la profanasen, quisieron enterrarlo con grande solemnidad en la iglesia de S. Nicolás, que era entónces de los Padres de S. Francisco, con mucho gusto de aquellos religiosos Padres, que amaban y estimaban mucho á nuestro P. Claudio.

La Universidad de Ingolstadio, luego que supo la muerte de su maestro,

no se contentó con hacer de presente sentimiento grande y honras, sino que quiso que quedase para siempre memoria de tan insigne varon y de su agradecimiento y estimacion que de él tenia; y así, le puso un epitafio y elogio que sirve bien á lo uno y á lo otro y se ve en el aula de Teología de esta, manera, despues del nombre de Jesus, que está por armas.

«Claudio Jayo, saboyano, Doctor, Teólogo y Catedrático, de la Compañía de Jesus, varon de agradables costumbres y que siempre juntó en uno las letras con la virtud, alcanzó en esta Universidad opinion de santidad con las cabezas, con la gente mediana y con los más ínfimos; de todos era grandemente amado, y á todos igualmente provechoso. Fué uno de los diez primeros autores y fundadores de la santa Compañía de Jesus. Pasó de esta Universidad á la de Viena de Austria, y de allí á los gozos eternos que siempre tuvo en el corazon y delante de los ojos, el año 1552. Murió á seis de agosto el año trece de la fundacion de la Compañía, y el cuarto entre los diez primeros Padres sus fundadores.»

P. NIEREMBERG.

P. LEONARDO KESELIO

ENTRE otros muchos que ganó para la Compañía en Lovaina el P. Francisco de Estrada con sus sermones, fué uno el P. Leonardo Keselio, á quien el P. Pedro Fabro recibió allí en la Compañía y le confesó generalmente.

Fué de los nueve primeros que llevaron consigo á Portugal desde Lovaina los PP. Andrés de Oviedo, y Juan Aragon, y Francisco de Estrada, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro.

Despues fué enviado el P. Leonardo Keselio á Colonia con otros dos súbditos, que el P. Fabro quiso residiesen allí, con esperanza de que se fundaria colegio en aquella ciudad.

No se puede explicar el gran celo con que el P. Leonardo acudia á la salud de las almas, siendo juntamente Superior de catorce que ya tenia consigo el año de mil y quinientos y cincuenta, á los cuales sustentaba parte de limosna que el P. Canisio le enviaba, y parte con la caridad y liberalidad del P. Prior de la Cartuja.

Ayudábale nuestro Señor al P. Leonardo, adornándole con gracias dadas para ganar las almas y tratarlas, y para sanar tambien las enfermedades corporales.

Aconteció una vez que fué llamado de un Superior de un convento de religiosos, para que ayudase á morir á un religioso que ya estaba oleado y desahuciado: y en llegando el P. Leonardo al convento, le dió gana al enfermo de confesarse con él generalmente desde que era niño hasta entónces.

Apénas comenzó á confesarse, cuando la enfermedad se iba remitiendo, y cuando acabó de hacer la confesion quedó del todo sano y bueno, y se levantó como si no hubiera tenido enfermedad, andando por sus piés con el vigor con que andaba estando sano.

Otro á quien el demonio atormentaba en su cuerpo algunas veces, en confesándose con el P. Leonardo, salió el demonio de él y jamás volvió.

Otra matrona estaba muy afligida porque se le habia tornado loco un hijo mancebo á quien amaba mucho; y rogando ella al P. Leonardo Keselio que tuviese consigo este hijo algunos dias, quiso Dios que, estando con el Padre, volviese en su juicio por las oraciones de este siervo de Dios, el cual fué muy devoto de nuestro Padre S. Ignacio aún cuando vivia.

Por las muchas maravillas que habia oido decir de su santo Padre, y por la gran devocion que le tenia, eran tan vivos y ardientes los deseos de verle y tratarle, que no dudó escribirlos y proponerlos al Santo, pidiéndole que le diese licencia para ir á pié á Roma, que con sóla su vista se daria por satisfecho y por bien empleado el trabajo del camino, y ninguno más que por ver y tratar un santo tal y tan grande.

Es un género de bienaventuranza en esta vida saber estimar á quien Dios estima, y ver á los hombres á quien desean tener en su compañía los ángeles.

Recibió S. Ignacio la carta, y la respuesta fué que se estuviese quedo, porque su asistencia importaba para el divino servicio; que por ventura Dios nuestro Señor trazaria las cosas de manera que se viesen sin tomar trabajo de tan largo y peligroso camino.

Un *quizás* de los santos tiene más seguridad y certidumbre que todas las promesas de los reyes, porque va fundado en la divina confianza ó en la satisfaccion que les da Dios de condescender con sus peticiones; y parece que en la respuesta dió S. Ignacio á entender que ya sabia el modo con que Dios queria consolar al P. Leonardo, y para esto alcanzó de Su Majestad un medio que no fuese trabajoso á quien lo pedia.

Habiale parecido la respuesta de S. Ignacio enigmática, y esperaba la declaracion del suceso. Y, habiendo de distancia desde Roma á la ciudad de Colonia más de trescientas leguas, un dia, estando bien descuidado el P. Leo-

nardo, vió entrar por su aposento á su bienaventurado P. S. Ignacio: diósele a conocer, estuvo con él un grande espacio de tiempo hablando, mirándole Leonardo con curiosidad y con no ménos afecto y devocion que admiracion, y de repente se desapareció, dejándole con su visita consoladísimo, no cesando de dar gracias á Dios que por un modo tan admirable, ó poniendo al santo en un mismo tiempo en dos lugares, ó supliendo la distancia de tantas leguas con su poder, ó con el ministerio de algun ángel, le hubiese traído de tan léjos para que le viese, y le habia cumplido en esta vida sus deseos.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco fué el P. Leonardo á Neomago ó Nimega, que dista de Colonia diez y nueve mil pasos, y allí hizo mision y cogió gran fruto.

Fué grande el concurso de gente que acudió á confesarse y á pedirle consejos; y aunque todo el dia y parte de la noche los oia, apénas podia satisfacer á la muchedumbre.

Era grande la abundancia de lágrimas que derramaban los que habian tratado con él, lo cual decia el Padre que jamás le habia sucedido como allí, y que no se sentia cansado de trabajar; ántes cuanto más trabajaba, sentia mayores fuerzas para trabajar más.

Un Canónigo, que le hospedó en su casa, decia que en cien años atrás no se habia visto tal fervor en la gente, ni oídose cosa semejante de lo que allí se habia visto este año.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, deseaban mucho en un pueblo de Neomago un colegio de la Compañía; y una piísima doncella, que tenia en la Compañía dos sobrinos, hijos de su hermana, que eran el P. Pedro Canisio y P. Teodorico, habia deseado comprar á la Compañía unas casas que allí habia, con sitio bastante para colegio.

Dióle Dios una enfermedad grave, de la cual pensó se moria, y llamó á un hermano suyo, á quien dió ochocientos ducados en oro para comprar aquellas casas, y las compró (aunque repugnaba el hermano lo que la hermana hacia) y delante de un escribano y testigos hizo donacion de esta casa á la Compañía.

Publicóse esta manda, y uno de los principales de la ciudad, que por ser hereje aborrécia esta Religion tan contraria á su secta, y otros que se le juntaron, juzgando que la Compañía les seria dañosa, fuéronse al Senado y acusaron á la piadosa doncella con falsas imposiciones.

Temiendo el Senado que no hubiese mayores turbaciones, mandó al Padre Leonardo Keselio (que estaba ya allí, y habia venido llamado para ayudar á morir á esta señora) que se fuese luego de la ciudad.

Oido este mandato, fué el P. Leonardo, acompañado de muchos nobles, adonde el Senado se habia juntado, y quejóse de esta injusticia que se le hacia,

pidiendo la causa de este edicto: mostróles las Bulas Apostólicas de la confirmacion de la Compañía; mas el Senado no quiso verlas, sino darle por escrito las causas porque le mandaba salir de la ciudad, que eran las siguientes:

«La primera, porque habia entrado de noche en la ciudad; la segunda, que habia hecho juntas particulares ocultas; la tercera, que habian causado tumulto.»

Mas como eran causas ridículas y falsas, fácilmente deshizo el Padre estas calumnias; y viendo que no era ocasion entónces para desengañarlos, por estar apasionados é incapaces de percibir la verdad, tuvo por mejor irse él mismo que no ser echado de allí con infamia.

Pero por haberse ido el Padre no se enfriaron en sus deseos los que descaaban la Compañía, ántes les tenian aparejadas alhajas de casa que darles, y para la iglesia ornamentos, cálices, corporales y otras cosas.

Dios nuestro Señor castigó á los que se atrevieron á impedirlo, porque al cónsul, que fué el autor para que echasen de allí al P. Leonardo, se le mataron luego dos hijos el uno al otro; riñendo, ambos quedaron muertos, y poco despues murió el padre; y al que dió la sentencia del edicto le dió una calentura hética que le acabó la vida.

Lo que perdió entónces el P. Leonardo, ganó en Colonia, donde tuvo mucha miés de confesiones de enfermos, que quedaron milagrosamente sanos en sus cuerpos, confesándose con el siervo de Dios.

El año de mil y quinientos y cincuenta y siete, pasando el P. Pedro de Rivadeneira por Colonia con el P. Doctor Diego de Ledesma, conoció el P. Leonardo los pensamientos del P. Ledesma, y le habló á propósito de lo que pensaba, quitándole una tentacion; y otra vez le sucedió lo mismo, confirmandole en que Dios le daria castidad y perseverancia en la Compañía.

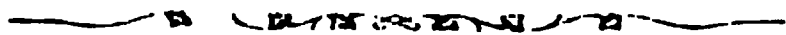
Este mismo año fué el P. Leonardo á Roma á la Congregacion general, y vuelto á Colonia, procuró instruir y guiar á toda virtud á los mancebos que estaban en los convictorios.

Lo que más admiró fué, que el P. Leonardo, sin ayuda de leyes ni reglas, con sola su oracion, caridad, simplicidad, obediencia y diligencia los trajese tan concertados en todo, que parecian seminarios de religiosos, los cuales fueron despues la sal de Alemania que la libraron de la corrupcion de la herejía.

En semejantes obras del servicio de Dios empleó su vida este grande varon, y en la muerte recibió copioso premio de ellas.

Más larga historia merecian las virtudes de este siervo de Dios; ahora contentarémonos con estas noticias.

P. NIEREMBERG.



P. PEDRO MIGUEL

FUÉ el P. Pedro Miguel de nacion aleman y natural de Colonia. Entró en la Compañía año de 1558, á los 19 de mayo. Pasado el tiempo de la probacion y habiendo estudiado la Filosofía, le enviaron á París á estudiar la Teología, y tuvo por maestro al P. Juan Maldonado, á quien él enseñó la lengua hebrea.

Profesó en la Compañía el estudio de la retórica y la lengua hebrea, porque en esta, en la latina y alemana estaba muy versado, y en la griega y francesa bastantemente erudito.

Juntó maravillosamente á su sabiduría mucha prudencia y grandeza de ánimo, por lo cual le amaron mucho algunos príncipes y señores de Alemania, teniéndole por familiar amigo, escribiéndole cartas con mucha llaneza.

Era el P. Pedro Miguel muy deseoso del bien de todos, así público como particular: fué Rector en Spira seis años, y ocho en Monasterio de Westphalia, donde empezó y acabó un suntuoso edificio para las escuelas, sin tener dineros ni rentas, sólo fiado de la liberalísima mano de Dios, y con la misma grandeza de ánimo puso los fundamentos primeros á la iglesia nueva.

Fué persona de grande humildad y caridad fervorosa, enemigo de pompas del mundo, ajeno de gravedades y lleno de cortesía agradable; y con estas gracias no sólo era querido de sus amigos, sino tambien de los poco afectos á la Compañía, y no ménos aún de los mismos herejes.

Procuró siempre que la Compañía fuese estimada de todos, y en la antigua Sajonia dilató mucho su nombre; y aunque tenia pocas fuerzas y débil la complexion, jamás cesaba de trabajar, buscando nuevos modos para destruir las herejías; y así, por su cuidado é industria se redujeron á la Iglesia católica muchos herejes.

Confutó con doctos escritos á Estéfano Isaac, que siendo judío, se hizo Cristiano perverso, pues se alistó por ministro y secuaz de Calvino, por lo cual decia mil errores contra el culto de las santas imágenes.

Escribió una *Apología* contra Juan de Munster, el cual estaba muy soberbio con la nobleza de su linaje y con un poco de gramática que sabia, con que provocaba y desafiaba al P. Pedro Miguel á que disputase; pero el servo de Dios le hizo callar y humilló su arrogancia.

De modo que gastaba su vida en escribir libros, y sustentó en la fe á muchos católicos; lo cual, así como para con los buenos le hacia amable, así con

los enemigos de la católica religion le granjeaba odio y enemistad, porque los confundia con su vida ejemplar, con sus palabras y escritos.

Muchas veces le buscaron para prenderle y matarle, y otras le engañaban fingiéndose sus amigos: en una ocasion le convidaron á comer, y entre los manjares le dieron veneno sin que él lo pudiese sentir; pero luego que conoció haberlo comido, tomó algunos remedios, y finalmente lo echó, aunque con mucho dolor y trabajo, con que quedó al presente bueno.

Pero como el veneno hizo presa en el estómago, le dejó la salud muy flaca, porque en ciertos tiempos le molestaba aquel pestífero humor, dándole mucha pena; y así, siendo Superior del colegio monasteriense, tomó unos baños para curarse, y aún en ellos no estaba ocioso, teniendo tan poca salud.

Supo, pues, que tres mujeres herejes estaban tambien en los baños, y con sus palabras y persuasiones las convirtió á la católica religion.

El serenísimo duque de Baviera vino tambien á los mismos baños y visitó muchas veces al Padre, gastando muchas horas sólo con él y asentado en su cama en conversacion santa y piadosa, y encargaba á los médicos tuviesen sumo cuidado en curarle, por si pudiese cobrar la salud; pero ellos le dijeron que no tenian esperanza de que sanase, y que el mal se iba agravando más cada dia.

Su Alteza, con caridad tervorosa, hizo que en su propia litera le llevasen á la ciudad de Maguncia para curarle; mas no aprovechó, porque le acabó la vida el antiguo veneno á los 25 de agosto del año de 1595, á los cincuenta y tres de su edad y treinta y siete de Religion.

Las obras que escribió este santo Padre refiere el P. Felipe Alegambe. Cuentan á este siervo de Dios entre los mártires de la Compañía el mismo P. Alegambe y otros autores.

P. NIEREMBERG.

P. MARTIN LATERNA

El P. Martin Laterna fué de nacion roxolano, y de patria Drohobitense; tuvo padres virtuosos y nobles, y desde sus primeros años fué inclinado á los estudios de letras: en las humanas salió tan docto por su feliz memoria y continuo trabajo, que se aventajó á todos sus condiscípulos.

Siendo mancebo, se le ofreció ocasion de ir á Braunsberga, ciudad de Prusia, donde habia plantado la Compañía el Cardenal Estanislao Hosio, y en-

tónces florecia allí muy próspera y admirable en virtud y doctrina, á pesar de los herejes.

Causóle mucha admiracion la vida tan religiosa que en ella se profesaba, y los seglares que frecuentaban la comunión por consejo y parecer de los Padres; y así, empezó luego á tener grandes deseos de entrar en ella.

Por esta causa escribió al Rector del colegio de Braunsberga algunas cartas en prosa y á los demás religiosos en verso, pidiéndoles se dignasen de recibirle por compañero; y habiéndose preparado con los ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, fué admitido en la Compañía á 10 de mayo del año de 1571.

Despues de cumplido el noviciado, se entregó á los estudios de Filosofía y de Teología, en los cuales salió tan aprovechado, que mereció el lauro doctoral en la Universidad de Vilna.

En el estudio de las virtudes, y en especial en la reina de todas, la caridad, se adelantó tambien de tal modo, que no cesaba de dia y de noche de trabajar, oyendo confesiones ó predicando, porque sólo deseaba con todas sus fuerzas atraer á los pecadores á mejor modo de vida.

Ocupóse por mucho tiempo con increíble trabajo en misiones apostólicas. Estuvo tres años en los ejércitos con admirable constancia, cuando traía guerra Estéban, rey de Polonia, contra el moscovita, acudiendo á los latinos á hacerles sermones, y juntamente en Polonia era predicador del rey.

Ilustró muchas ciudades de aquel reino con sus trabajos; estas fueron Cracovia, Vilna, Grodna y Leópolis. El año de 1586 fué á Roma por mandado del rey, y acabados los negocios á que habia ido, se volvió otra vez á proseguir y ejercer el oficio de predicador de la casa real.

En Cracovia le hicieron Procurador de la casa de Sta. Bárbara, y aunque era persona de tantas dotes, se ocupó en aquel ministerio con obediencia muy pronta.

Desde allí le hicieron Superior de la Residencia Leopoliense; y es cosa increíble con cuánta benevolencia redujo á su amistad y de toda la Compañía al Arzobispo y los demás moradores de aquella ciudad. Allí predicó por espacio de siete años con gran aprobacion y concurso de todos.

Despues le mandaron fuese por predicador de Segismundo, rey de Suecia, y, al partirse, le fueron acompañando el Arzobispo y mucha parte de la ciudad, con lágrimas amorosas, causadas del dolor por su ausencia.

Llegó á Suecia con una enfermedad que le sobrevino de las molestias de la navegacion, y habiendo descansado un poco de tiempo, le aconsejaron los médicos que volviese á Polonia; y así, se volvió á embarcar á veinte y nueve de setiembre del año de mil y quinientos y noventa y ocho.

Un dia despues que empezó su navegacion le cautivaron unos soldados de

Cárlos, duque de Sudermania y tio del rey Segismundo, que todos son herejes y enemigos capitales de toda la Religion de la Compañía; á él y á todos los navegantes, que eran polacos, les despojaron de todo lo que llevaban y los llenaron de oprobios contra el Romano Pontífice y los llamaban *papistas*. que entre ellos se tiene por gran ignominia.

Pero el P. Martin, juzgando que en ocasion tan excelente le tocaba á él principalmente la confesion de la fe católica y ortodoxa, empezó con ponderosas razones á persuadir á sus compañeros la firme constancia.

Esto fué causa de que coligiesen sus enemigos que él no sólo era católico, sino tambien sacerdote; y sabiendo que era tambien de la Compañía, le afligieron con varias afrentas, y despues de muy mal tratado, le condenaron á muerte.

Metíanle en la boca un poco de pan, y por burla le decian que lo comiese con gusto, que despues le darian abundante y copiosa bebida; últimamente, le desnudaron todo el vestido y le metieron en un esquife, y haciéndose á la vela, puestos en alta mar, le echaron á pique, muriendo felizmente ahogado á 30 de setiembre del año de 1598, cumplidos cuarenta y cinco de edad y veinte y siete de Religion.

El Arzobispo Leopoliense, sabiendo su muerte, dijo sus alabanzas gloriosas en una pública oracion, y el año siguiente Estanislao Niegozzenio, secretario del rey, escribió otra latina, intitulándola: *Laterna Paloniac*, en que le daba lauro de mártir.

Pero quien mejor lo dió á entender fué la suma bondad de Dios, que es quien conoce las almas, y por cuya causa peleó nuestro fuerte soldado.

Sucedió, pues, que Laurencio Bicckowski, noble polaco y varon piadoso, que acompañó al P. Martin en la jornada de Suecia, y le regaló en la enfermedad que tuvo, causada, como dijimos, de la navegacion del mar; fué preso y cautivo el año de 1602 por unos tártaros crueles; y para que de noche no se fuese de la cárcel oscura, le ataban las manos por las espaldas á los pies con mucho rigor, y venia á quedar en forma de globo, y luego le dejaban colgado en el aire, atado á una viga, que atravesaba sobre una cueva ó calabozo.

Estando, pues, así pendiente una noche, que fué á 7 de junio, empezó en aquel tormento á invocar fervoroso la ayuda de Dios, cuando de repente vió que un hombre rodeado de luces divinas se le acercaba: venia asentado en una carroza blanca de cuatro caballos, como si anduviera sobre las ondas del mar, el cual se declaró diciendo que era el P. Martin Laterna, y luego al punto desató al colgado, el cual se halló sin prisiones, y juntamente le puso el dichoso mártir en un campo de la ciudad de Leópolis, que distaba de la prision muchas leguas, lo cual se hizo en un momento.

Quedó con esta vision atónito y suspenso, dudando si aquel era verdadero suceso ó ilusion de la noche, hasta que con el dia conoció la verdad, hallándose libre y los cordeles hechos pedazos en tierra, y distante de sus contrarios cincuenta millas.

Este milagroso suceso se puso en estampa en la ciudad de Roma con pública autoridad y licencia, y se comunicó á todos, y alabaron al Señor por tan grande milagro

Las obras que en servicio de la Iglesia y bien de las almas escribió el siervo de Dios Martin Laterna, las refiere el P. Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

P. TEODORICO CANISIO

EL P. Teodorico Canisio fué hermano de parte de padre del gran siervo de Dios y apostólico varon el P. Pedro Canisio, y natural de Nimega: nació año de 1531.

Siguió á su santo hermano en el estudio de las ciencias, principalmente Filosofía y Teología, en las cuales salió eminente, y de veinte y un años las profesó y fué graduado en ellas; ni en las buenas costumbres se aventajó ménos; fueron tan buenas y tan castas, que en toda su vida no perdió la flor de su virginidad, no sólo en el cuerpo, pero ni en el ánimo con algun torpe deseo.

No era su natural para el mundo; y así, le traia muy afligido y perplejo el estado que habia de tomar; no tenia sosiego ni descanso hasta que se determinó á seguir en todo á su hermano, entrándose con él en la Compañía de Jesus.

Cesaron con esto todas sus congojas y turbaciones, no ménos que cuando una nave, combatida de las furiosas olas de una recia tormenta, toma puerto seguro.

Pidió á su hermano le recibiese en la Compañía de Jesus y la suya. No fué tan fácil de alcanzarlo, porque le probó el P. Pedro Canisio con varias experiencias, y, como lo hizo con el bienaventurado S. Estanislao de Kostka, le mandó ir á Roma para que allí lo negociase y pidiese á S. Ignacio nuestro Padre que vivia entónces.

Temia el P. Pedro no le inclinase algun afecto de la carne y sangre, y para asegurarse mejor, le remitió al Padre de su espíritu. Holgóse S. Ignacio con el nuevo y tan fino pretendiente; y así por ser hermano del P. Pedro, cuya fama de santidad, letras y celo, despues de haber llenado á Alemania pasaba á Italia, como por las excelentes prendas del mismo Teodorico y sus vivos deseos; le recibió luego, y á pocos dias, por haber dado señaladas muestras de virtud, le hizo su compañero para que acudiese á su aposento y le asistiese á lo que era necesario ayudarle por su vejez y grandes ocupaciones de su cargo.

Estando tan cerca del fuego, no es mucho se encendiese el fervoroso mancebo, ni los rayos del sol tan vecino podian dejar de ilustrarle mucho; y así fué lo que se aprovechó de los heróicos ejemplos de virtudes de S. Ignacio, hasta que partió de esta vida á la eterna, para recibir los premios que merecian sus muchos trabajos y obras raras.

Dos años fueron los que asistió Teodorico al Santo Patriarca; en ellos (aunque tan pocos) aprovechó por muchos. Era muy caritativo, consolaba grandemente á los enfermos hablándoles de Dios altísimamente.

Una vez, estando hablando con el P. Teodorico Gerardo Absterodamio, que estaba enfermo, oyó el doliente entre la misma conversacion á los ángeles que le hacian música celestial, acompañando con sus voces acordadas las fervorosas razones de nuestro Teodorico Canisio, el cual, habiéndose graduado de doctor en Teología en la insigne Universidad de Bolonia, fué luego enviado á Alemania, donde vivió tan ejemplarmente como habia comenzado, y acabó prodigiosamente.

Su muerte correspondió á la vida, sino que la vida fué santa y la muerte santísima, como tambien los años que más se le acercaban.

Hizo casi por toda su vida oficio de Rector en los colegios más principales en Baviera y Suevia. Tenia gran cuidado del aprovechamiento espiritual de sus súbditos. Entre otros medios de que para esto se aprovechaba, era uno que, siempre que hablasen, fuese de cosas de Dios; y así, introdujo que el rato de descanso que hay despues de comer, fuese conferir lo que se habia leído en la leccion del refectorio, y sobre ello hablar de cosas santas. Con esto le parecia prevenir lo que por palabras inútiles podia dañar el demonio meridiano.

Buena prueba es de su acertado gobierno que treinta años gastó en ser Rector de Monachio, Dilinga é Ingolstadio, y aunque alcanzó tener algun alivio de esta carga del gobierno, pesadísima para su mucha humildad, concediéndole retirarse á Lucerna, donde trabajó mucho y ayudó grandemente al espíritu de los de casa y los de fuera; le tornaron presto á la Universidad de Ingolstadio para que gobernase á los que con tanta bondad y prudencia lo habia hecho antes.

Esto, y ser necesarios en aquella Universidad sus letras y ejemplos, le sacaron otra vez al campo siendo ya de sesenta y tres años; jubilóle últimamente la falta de salud, quebrantada de sus muchos trabajos, á los cuales sólo se rindió la edad, no el ánimo del siervo de Dios.

La instancia de lo médicos le hicieron volver á Lucerna año de 1597, el mismo que el apostólico varon Pedro Canisio trocó la vida mortal por la inmortal.

Sucedió un caso notable leyéndose en el refectorio la carta en que se daba aviso de la muerte y heróicas virtudes del P. Pedro Canisio; porque, estándolo oyendo su hermano Teodorico, se pasmó yerto y todo sin sentido, quedando de allí adelante tan lastimado su cuerpo y potencias, si no es el entendimiento y voluntad, que se olvidó de todas sus letras y aún de su propio nombre, lo mismo que sucedió á Messala y Alberto Magno.

Perdió tambien el uso de la lengua y de los otros miembros del cuerpo; pero para testimonio de su santidad y consuelo de su devocion, le quedó libre enteramente la lengua para pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y María, y los dedos de la mano para formar la señal de la cruz; otras cosas ni podia hablar como queria, ni formar como gustaba.

Tuvo otras circunstancias esta enfermedad que daba bien á entender no ser natural sino milagrosa y enviada del cielo, para ejercicio de paciencia del P. Teodorico y manifestacion de su virtud. Quien habia servido á nuestro Señor en muchas santas obras y tantos gobiernos, convenia que mereciese no sólo con hacer, sino con padecer; y así, aunque hizo obras muy dignas de memoria, no ha quedado mayor de otra cosa que de su paciencia y enfermedad milagrosa, que le purificó y ejercitó por espacio de muchos años, en que mereció más que en mucho mayor número de los de salud; entendióse haberle alcanzado de Dios el P. Pedro Canisio que tuviese en esta vida el purgatorio.

Lo cierto es que le habia profetizado mucho antes esta enfermedad nunca vista; porque, yéndole una vez á ver el P. Teodorico, le dijo su santo hermano Pedro: «Mirad, Teodorico, que os ha de suceder una cosa notable con la nueva de mi muerte;» y bien notable fué este accidente, como hemos dicho, en el cual de tal manera perdió el uso de la lengua y la memoria, que parece que ni uno ni otro perdió; porque, aunque él no sabia, ni podia leer, ni pronunciar lo que otros leian, entendia lo que leian y decian; y así, con señas, ó condescendia cuando era así lo que decian, ó repugnaba cuando era lo contrario.

Podia tambien algunas veces formar palabras, pero no las que queria, sino en lugar de una pronunciaba otra, ocurriéndosele diversas á la lengua y pronunciando muchas veces la que ménos queria; sólo le quedó entera libertad

para los nombres de Jesus y María, los cuales únicamente pronunciaba como y cuando queria clara y distintamente.

Siete años pasó con este trabajo, imposibilitado de tratar con otro sino con Dios, con el cual se estaba regalando; y su divina Bondad le comunicaba muchos sentimientos divinos y luz de lo por venir.

Túvole este accidente algunas veces en punto de muerte; una principalmente, llevándole á Augusta, le dieron la Extremauncion, y lo mismo fué recibirla que recobrar sentido y voz. Dijo á los Padres que le rodeaban la cama, que bien se podian ir, que no habia de morir entónces; fué claro milagro, y parece le sanó entónces S. Ignacio, cuyo compañero de aposento habia sido, porque le aplicaron una reliquia suya.

Prosiguió despues con el mismo estado su accidente, porque no le quiso quitar el Santo la materia de sus merecimientos, que con el trabajo de aquella penosa dolencia se le aumentaban mucho; y cierto, fué cosa trabajosísima estar tantos años como si estuviera en la soledad de un yermo, porque con ninguno podia hablar ni contar sus males, ni recibir el alivio que los enfermos suelen con las visitas.

Veníanle á ver muchos señores y príncipes; pero ni podia ni queria hablarlos. Su santo silencio y ejemplo servia por palabras y por sermones. No le quedaba ya amor á cosa del mundo; y así, como sólo tenia á Jesus y María en el corazon, sólo los tenia en la boca. Sentado y levantado, enfermo y muriéndose, todo era pronunciar, todo era invocar á Jesus y María.

Otra maravilla fué, que habiéndosele olvidado leer, sin conocer las letras del A, B, C, sólo estos santísimos nombres podia y sabia leer, conociéndolos donde estaban escritos.

Sentia mucho no poder rezar las Horas canónicas, y por sólo ellas quiso de nuevo aprender las letras y ponerse á deletrear como niño. Pero ni aún en esta disposicion estaba, y se hubo de contentar con la suave repeticion de estos suavísimos nombres de Jesus y María; y como no cesaba la boca muda de pronunciarlos, tampoco la mano, entorpecida para otras acciones, lo era para formar la cruz de nuestro Redentor: la cual no era más lerda ni ménos continua para señalar la insignia de Jesucristo, que la lengua para nombrarle.

Venian algunos á recibir salud de su mano, pues tenia en ella su señal, muy satisfechos, que con sólo bendecirles con tan vivífica señal, habian de cobrar la sanidad perdida.

De esta manera estuvo tantos años, no sólo sin gusto ni consuelo de esta vida, sino con muchas ocasiones de paciencia; porque, fuera de la penalidad de su mal, le sucedian muchas por no saber explicarse; porque, así como él solia decir unas cosas por otras, le daban tambien unas por otras; ni por se-

ñas de las manos se explicaba mejor, porque en ellas tenía también semejante torpeza y error al de la lengua, y sólo de formar la señal de la cruz tenía señorío de seguridad cierta.

Una vez, teniendo la garganta mala, señaló como pudo con la mano hacia la boca: entendió el enfermero que le dolían las muelas y hace que le saquen una, la que le pareció mejor; después echó de ver su yerro por el mal de la garganta que se descubrió, quedando el siervo de Dios con su mal y con su muela ménos; pero con mucho merecimiento de su rara paciencia, que ni enfado mostró de aquel yerro de la cura. A este modo le sucedían otras cosas, en que el Señor le labraba primamente para su ciudad santa.

Llegó el tiempo en que tenía ya Dios á su siervo sazonado para el cielo y bien purificado. Púsole en lo último el mal, dieronle los Sacramentos, y en recibiendo el de la Extremaunción, exclamó á grandes voces cuanto él pudo, diciendo: «Al cielo, al cielo;» cosa que maravilló á todos. Luego prosiguió á pronunciar y repetir sus queridos nombres Jesús y María, sin cesar hasta que murió; y como le iba faltando el aliento y habla, que no podía pronunciar entrambos, pronunciaba el uno; y cuando ni á uno entero podía, pronunciaba la mitad.

Por esta maravilla de pronunciar con tanta constancia y libertad, y leer sólo estos dos nombres, olvidado de todas las demás letras y ciencias, fué celebrado este siervo de Cristo con este símbolo y epigrama.

JESUS MARÍA

*Ingenium tristis delevit nobile casus,
Et rapuit quicquid legerat ante labor.
Nomina bina tamen morbus, quae salva reliquit,
Plus potuere, omnes quam docuere scholae.*

Vuelto en romance dice así:

*En este ingenio ninguna
Ciencia un caso dejó en pie,
Porque el ingenio áun no esté
Exento de la fortuna;
Mas no borró fuerza alguna,
De Jesús y de María
El nombre á su fantasía:
Porque en él la escuela vea,
Que el amor prendió en su idea
Más que la escuela en la.*

Aunque la lengua estaba tan puesta en Dios, no ménos estaba la i formando siempre la cruz, clara señal de como tenia puesto el corazon alma en las cosas divinas, y que quisiera con el Profeta se regocijara en sus huesos y miembros en su Dios, pues los que tenia libertad, así en su memoria y servicio.

Estaba en aquella hora de la muerte figurando tantas veces la señal cruz con la mano derecha cuantas pronunciaba Jesus con la boca, que siempre; y habiéndosele helado y amortecido esta mano, suplió sus con la izquierda, hasta que tambien desfalleció con el mismo conato.

Restituyó últimamente su dichosa alma á su Criador con gran paz y la misma serenidad y apacibilidad que cuando sano. Murió en Ingolstadt á 5 de setiembre del año 1606.

Teníanle todos por santo; y así, por la inocencia de su vida le llamaban ángel, y como de tal quedó su rostro, más semejante á vivo que á difunto.

Fué sepultado en nuestra iglesia de Sta. Cruz junto al altar de Todos los Santos, con los cuales celebrará en el cielo eternos triunfos de la cruz, que le amó y abrazó en vida y muerte.

La vida de este siervo de Dios escribió y publicó el P. Mateo Raderer, primióse, fuera de eso, en los *Anales del colegio de Ingolstadt*, y anda bien junta con la vida del venerable Pedro Canisio, su hermano. Ultima te está impresa entre los *Santos de Baviera*, en el cuarto tomo, que se titula *Bavaria Pia Sancta*.

Escribió tambien de este religiosísimo varon el P. Francisco Sachin el segundo tomo de la *Historia de la Compañía de Jesus*.

P. NIEREMBERG.

H. JACOBO BIRUVA

El devotísimo H. Jacobo Biruva fué flamenco de nacion y natural de Vertheria, donde nació el año de mil y quinientos y treinta y cuatro; aunque vino tarde á la casa de Dios, estuvo en ella tanto y le sirvió con grande diligencia, que llegó á tanta perfeccion como dias de vida, esto no ménos lleno de merecimientos que de años.

Llegó hasta los ochenta y dos de edad: á los treinta y ocho le tocó e

ñor para que, dejando el mundo, se recogiese á servirle en la Compañía de Jesus. Era criado de un caballero holandés en tiempo que entró la herejía en aquellas provincias, y, por huir su pestilencia, vino á Roma, desterrándose de su misma patria.

Gastó dos años en aquella santa ciudad en visitar sus templos y santuarios, venerando las reliquias de los mártires, y ocupado todo en oracion y santas obras, con las cuales se dispuso para que le alumbrase el Padre de las lumbres y le diese la dádiva escogida y don perfecto de la gracia de la vocacion religiosa.

Fué recibido en la Compañía para Hermano Coadjutor el año de mil y quinientos y sesenta y dos, por su segundo General, el P. Diego Lainez.

Deseó grandemente pasar á las Indias para padecer más por Jesucristo; pero conmutósele este deseo en la Asistencia de Alemania, adonde fué enviado.

Hizo en Dilinga con el oficio de Sotoministro cuantos le mandaban con tanta puntualidad, que apenas le ordenaba la obediencia una cosa, cuando estaba hecha. Por su rara virtud fué enviado á Landsperga, donde estuvo veinte y tres años, ayudando al Rector del noviciado en el ejercicio y gobierno de los novicios, á los cuales no ménos edificaba que animaba con su ejemplo.

No le notaron todo el tiempo que le conocieron en la Compañía culpa venial ni que tuviese apariencia de ella. Fué señor de su lengua, y así, lo fué de sí, sin descubrirse en él afecto desordenado.

Su devocion y lágrimas eran muchas, principalmente cuando comulgaba, lo cual era por lo ménos dos dias en la semana. Nunca cesaba de rezar; traía siempre una imágen consigo para poder hacerlo mejor y á todos tiempos con su veneracion y vista. Cuando salia fuera, en entrando el Padre á quien acompañaba en alguna casa, él sacaba su imágen del seno, y, recogido en un rincón, se hincaba de rodillas, para tratar él con Dios mientras su compañero trataba con los hombres.

Era devotísimo del agua bendita, la cual echaba en la comida, bebida y en todas las cosas, y Dios le echaba á él sus bendiciones, favoreciéndole con algunas maravillas, multiplicando las cosas. Las trojes daban más trigo para mas, y para más tiempo de lo que podian, y lo mismo era del vino y otras cosas necesarias.

No había mal año en el colegio donde era Sotoministro: fué esto cosa muy sabida y admirada de todos, especialmente en una gran carestía, que dieron entonces las oraciones de este siervo de Dios lo que negaron los campos, y sobró en casa no sólo para mas número de sujetos, sino tambien para más tiempo. Esta milagrosa gracia de este siervo del Señor fué muy celebrada de muchos, singularmente de Jacobo Bidermano, excelente poeta.

Padeció con la vejez este fervoroso Hermano, molestísimos achaques y agudos dolores. Una vez estaba tratando con otro Hermano de cuán terribles dolores eran los que padecía; el otro los disminuía y no lo quería creer; calló con grande humildad el H. Jacobo, pero nuestro Señor habló por él, porque á la noche siguiente le dieron tan grandes dolores al Hermano incrédulo, cuantos padecía el H. Jacobo, al cual envió á pedir perdon y juntamente sus oraciones, para que Dios se apiadase de él, porque no podia llevar tan intensos dolores, reconociendo que habia sido castigo de Dios por no haberle creído ni compadecídose de él.

Oyó nuestro Señor á su siervo, y libró al incrédulo, ya que habia conocido su culpa, de la pena de ella. Ni faltó el cielo en aliviar al que era ciudadano suyo acá en la tierra; porque sanó milagrosamente al H. Jacobo por intercesion de S. Bennon de unos grandes dolores de quebradura.

Al fin, con tanta paciencia como edad, fué libre de sus penalidades el pacientísimo Hermano y traspasado á reinar con Cristo, pues habia vivido padeciendo con él. Fué su dichoso tránsito á 27 de diciembre del año de 1606. Su vida está en los *Annales Landspergenses* de la Compañía; escribióla tambien el P. Mateo Radero, y anda entre los *Santos de Baviera*, en el cuarto tomo.

P. NIEREMBERG.

P. PAULO HOFFEO

El P. Paulo Hoffeo fué de nacion aleman y natural de la ciudad de Binga en la diócesis de Maguncia, varon verdaderamente de la Compañía de Jesus, y luminar grande y de toda Alemania.

De él y de Pedro Canisio solia decir el sapientísimo duque de Baviera, Alberto, lo que la Iglesia de los dos príncipes de los Apostóles S. Pedro y S. Pablo: «Pedro Canisio y Paulo Hoffeo, ellos, Señor, nos enseñaron tu ley.»

En Binga, pues, patria suya, el P. Paulo cayó de una torre muy alta, y al caer hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, de entrarse en nuestra Compañía, entónces recién fundada; y al mismo punto se levantó sano y bueno.

En Embrica, en Colonia y en Roma estudió divinas y humanas letras, y asignado entre los primeros al colegio de los alemanes, que entónces nuestro

P. S. Ignacio empezaba á instituir en Roma el año de 1552; tres años despues le recibió en la Compañía nuestro Santo Patriarca.

En el colegio Romano hizo oficio de Ministro, siendo Rector el P. Sebastian Romeo. El año de 1558, graduado en Bononia de Doctor en Teología, fué enviado á Alemania, y de ahí á tres años, á los diez y seis dias del mes de marzo, hizo en Praga la solemne profesion de los cuatro votos, y poco despues, mandado que sustituyese al P. Juan de Victoria en los estudios de Viena; interpretó allí la sagrada Escritura.

Pasados otros tres años, llamado á las escuelas de Ingolstadio, sucedió en el Rectorato del colegio al P. Pedro Lanoyo. Fué Prelado aceptísimo entre los nuestros en la ciudad de Monachio, y por trece años enteros gobernó toda la Alemania alta, venerado y respetado singularísimamente por la excelente opinion de su virtud y sabiduría de todos los príncipes de Bohemia y Austria.

Hallóse en cuatro Congregaciones generales, y tres veces á la eleccion de Prepósito general. El año de 1581, cuando el P. Claudio Aquaviva sucedió en el Generalato al P. Enerardo Mercuriano, habiendo venido á la eleccion como Provincial, señalado asistente por Alemania, se quedó en Roma; y habiendo ejercitado este ministerio por espacio de diez años, visitó toda la Alemania superior y toda la provincia del Rheno.

Y finalmente, en lo último de su vida, cuando muy viejo, volvió á Ingolstadio á regir aquel colegio, hasta que, quebrantadas las fuerzas de la naturaleza, sólo las tuvo para sustentar esta carga. Jubilado últimamente por su agravada ancianidad, los postreros años los consagró todos á Dios y al ejercicio de la paciencia, que en tan graves y acerbos enfermedades, como gota de manos, de pies y otras, insigne mente calificó; y viendo la salud del cuerpo en aqueste estado, hizo muchas veces en aquel tiempo confesion general de todas sus culpas; y aunque la gota en los dedos era continua y casi siempre tal que le inhabilitaba para el uso de la pluma; como tenia por costumbre escribir sus confesiones, por todos aquellos dias le apretaba mucho ménos, como que con esta indulgencia cedia la enternidad del cuerpo á la salud espiritual.

Acabada la última confesion, y habiendo pedido y dádole los extremos Sacramentos, quiso despedirse de los de la Compañía de Jesus y suya, porque seria, á su parecer, la vez postrera que les hablase.

Lo primero pidió perdon á todos y les rogó con humildad, que estuviesen todos en él como él estaba en todos y en cada uno. Y al fin, habiéndolos exhortado á que en el servicio de Dios fuesen liberales; despreciándose á sí sólo, consoló á los demás y los alentó á la esperanza de la eterna salud y coronó el acto dando las gracias porque, al recibir los Sacramentos, con tanta caridad le habian asistido.

Rogó tambien que le encomendasen al R. P. General y al P. Provincial quien habia servido segun sus fuerzas, que le supliesen las faltas y aceptas su voluntad con gratitud y benevolencia.

Dió á entender juntamente á los circunstantes, que los que hubiesen asistirle á lo poco de vida que le quedaba, le hablasen no más de lo necesario, porque habia determinado en su corazon emplear aquel breve tiempo conversacion con Dios, con los santos sus patronos y con los demás moradores del cielo.

Hizo frecuentes actos de contricion, y manifestó con señales claras el dolor que en su alma sentia de cualquier yerro pasado, y entre otras fué esta bien singular. Teniendo cerca al Superior le solia decir repetidamente con ponderaciones de ánimo verdaderamente humilde, que habia sido tan malo, que no pudiera desesperar de su salvacion, si no fuera Dios tan misericordioso; y conociendo de sí mismo tan bajamente, protestó que habia estudiado en todo el discurso de su vida no querer, ni ejecutar nada, aún en el tiempo de tan grave y acerba enfermedad, ni aún hacer la confesion general que hizo, sin consentimiento de su Prelado.

Y esta tan exacta obediencia entre las otras virtudes fué la principal que en la Compañía le dió tan gran opinion de santo; y todos, revestidos de aquel espíritu, y cada uno de por sí se le encomendaron como á patrono, de cuya intercesion se prometian el remedio y la consolacion de sus particulares defectos.

Así pasó casi un mes entero, hasta que, á 17 de diciembre, el año de 1664 á los ochenta y cinco de su edad y cincuenta y cuatro de Religion, en los piadosos afectos y abrazos de sus hermanos y compañeros, dió el espíritu á su Criador en la ciudad de Ingolstadio.

Por aquellos mismos dias poco más ó ménos, antes que al P. Hoffeo hubiese apretado esta gravísima enfermedad, habia muerto una religiosísima madre, mujer del médico de nuestra Compañía, la cual en el dia último de su vida habia destinado tres granadas que enviar al Padre, y luego en habiendo espirado, se le apareció visiblemente, convidando á nuestro enfermo á que fuese á gozar de las felicidades que ella gozaba.

Quedó su semblante despues de muerto hermoso, apacible y como risueño, y tal que parecia que estaba vivo y que queria hablar á los que le veian.

Algunos años antes, visitando la provincia y tratando ya de poner los primeros fundamentos al colegio de Lucerna, le saltó de repente una enfermedad con que le llevaron á Augusta, donde le dieron la Extremauncion; y llorado de todos, fueron tantas las oraciones, votos y promesas de los nuestros, que de los umbrales de la muerte le volvieron á la vida; porque

P. Juan Rastello, inglés, se fué á la iglesia del Salvador, que distaba ocho mil pasos, y ofreció su vida á nuestro Señor por la del P. Paulo Hoffeo, pidiéndole encarecidamente que aceptase este ofrecimiento.

Aceptóle Dios y manifestólo; porque no hizo más que venir el Padre á casa, acostarse en la cama y morir, y levantarse sano el enfermo, por quien el difunto fué víctima particular.

Digno es de memoria lo que sucedió el año de 1600. Habíanle hecho al Padre un oratorio en que, como viejo, dijese Misa más acomodado: llamábale él su Belen. Estando aquí en oracion, se le apareció el demonio dando saltos y jactándose que emprendia una novedad no esperada. Atemorizado el Padre con tan triste nueva, le rogaba á Dios con afectuosas ansias que librase á aquel colegio de todo mal. Pasáronse apenas tres dias, cuando se vino al suelo una pared vieja, y cayéndose juntamente una puentecilla sobre la cual se hallaban entónces algunos religiosos de los nuestros, cayeron en una cueva que estaba debajo; pero no pudiendo ya con el grave peso sustentarse más la pared del muro, mató á dos y descalabró á otros; y el P. Hoffeo recogido á su Belen, huyendo las honras y aplausos públicos, repitió continuamente las gracias del beneficio.

Levantábase á las tres de la mañana y hasta las seis estaba en oracion; despues decia Misa, y dicha, gastaba en leer y escribir lo demás del tiempo. Sus palabras eran pocas y esas muy medidas y recatadas.

Tan severa fué y tan constante su abstinencia en la comida que, en virtud de esta dieta, pasó con una gota molestísima hasta más de los setenta años de su edad. Aborrecia los manjares regalados; aún cuando se hallaba enfermo, sólo gustaba de los que eran más fáciles de prevenir y eran comunes á todos.

Fué tan amante de la pobreza, que sin licencia del Superior no usaba de las cosas menudas.

Honraba á la Virgen nuestra Señora con gran piedad, devocion y culto, y ayunaba todas sus vigiliass religiosísimamente; y habiendo llegado á tan viejo sin haberle nadie oido cantar, pocos dias antes de su muerte compuso versos y entonó himnos á esta soberana Virgen.

Averiguóse con atencion que muchas almas de los difuntos vinieron á las puertas de su aposento á pedirle limosna de sus sufragios; y, estando en Ingolstadio, se sabe que hablando alguna vez con los estudiantes de casa, les reprendió y avisó que no hiciesen cosa alguna sin preceder licencia de los mayores, no fuese que viniesen del purgatorio á pedirle socorro en aquellas penas.

Escribió este varon insigne el *libro romano*, traducido de latin en

aleman, pero sin nombre suyo. Y en el de los Teólogos de Baviera otro librito de *Communionem sub una tantum specie*. Y otro en que confutaba á los herejes Smidelino y Spangeborgio.

P. NIEREMBERG.

P. JACOBO RHEM

NACIÓ el P. Jacobo Rhem el año de 1546 en Brigancia, junto al lago de Lucerna, mayor de Helvecia, llamado Acronio.

Desde niño fué muy dado á la piedad, y de tan buenas costumbres como tuvo los deseos, que siempre fueron de servir á Dios, guardando por toda su vida gran entereza en ella y en todas sus acciones.

Estudió en Dilinga con grande diligencia. De allí pasó á Roma, donde á la edad de veinte años, entró en la Compañía de Jesus, siendo su General el bienaventurado S. Francisco de Borja.

Apénas hubo puesto los pies en la casa de Dios, cuando dió admirables muestras de lo que deseaba servirle.

Entró á hacer la primera probacion, segun las constituciones de la Compañía, apartado de los demás en un aposento retirado. Y para probar el Soldado á su nuevo soldado, trazó las cosas de manera que en tres dias no le dio de comer, olvidándose de él totalmente el Ministro.

El fervoroso novicio no habló palabra ni dió á entender nada, aunque moria de hambre; hasta que preguntándole el P. Rector varias cosas acerca del modo cómo se hallaba en la Religion, entre otras cosas le preguntó de la comida, si le hacia mal ó parecia poca la comida religiosa.

Fuéle al novicio forzoso responder; y así, confesó la verdad, diciendo con gran encogimiento que hasta entónces no habia probado bocado. Quedó muy asombrado el Rector no ménos del silencio del paciente mancebo, que del estado destuido de su Ministro, y mandó que luego le diesen de comer.

Fué siempre abstinentísimo nuestro Jacobo Rhem, así el tiempo que estuvo en Roma como todo el resto de su vida, que pasó en Alemania donde fué enviado.

Aborrecia todo regalo, ni le habia otro mayor para él que lo que se daba á toda la comunidad, sobrándole siempre todo. Aun cuando estaba enfermo

en su mayor vejez, no queria cosa particular, ni en ninguna cosa fué más singular que en lo poco que comia y mucho que ayunaba.

En la mesa le arrebatava tanto el pasto espiritual de su alma con la leccion sagrada, que no percibia gusto en el manjar ni en la bebida, ni sabia qué era lo que comia; sólo del pan de lágrimas gustaba, porque eran muchas las que derramaba en la mesa, y más copiosamente por la noche al tiempo que se leen los Santos del Martirologio; porque, encendiéndose en deseo de su imitacion, mientras se abrasaba su corazon en fuego de amor divino, se bañaban de agua los ojos y mejillas.

No habia para él cosa más gustosa que la mortificacion y afligimiento de su carne, y fuera de las disciplinas y cilicios que usaba ordinarios y rigurosos, fué invencible su paciencia en las cosas que se le ofrecian sufrir.

No mató ni se quitó ninguno de los animalillos y gusanos inmundos que criaban los vestidos y cuerpos humanos; habian hecho ya morada entre cuero y carne en varias partes de su cuerpo; mas él, con un sufrimiento insuperable, nunca buscó alivio de esta plaga.

Por esta y otras mortificaciones penosísimas le llamaban los otros religiosos *el peto ó cola* de paciencia.

No fué ménos heroica su modestia, con tal freno de los ojos, que no conocia de rostro á los religiosos con quien habitaba y cada dia trataba, aunque á todos conocia por hermanos en Cristo, y reconocia por Superiores, y amaba extrañamente; ni es mucho no alzase los ojos para ver cosas curiosas que nunca quiso mirar, pues aún para mirar á los siervos de Cristo que tanto veneraba, no los levantaba del suelo. No parece que le servian para otra cosa los ojos sino para llorar, teniendo un continuo don de lágrimas.

Despreciábase á si como al más vil hombre del mundo. No consentia que nadie le sirviese en cosa alguna, ántes él en todas servia á todos, honraba á todos, y de nadie queria ser honrado, ni jamás hubo queja en su boca de persona nacida.

Jamás se vió tener el animo alterado, por mayores ocasiones que le dieron algunos convictores y estudiantes seglares, cuya cuenta y gobierno corria por él. Jamas porfiaba, porque, aunque tuviese razon, si otro le contradecia, luego callaba, cosa para él no muy pesada por el mucho amor que tenia al silencio, en que era extremado.

Llegó á tal pureza de alma y compostura de cuerpo, que no le notaban la menor falta del mundo.

Estaba muy afligido por la gran ceguedad, como él decia, de su alma, pues él no conocia sus faltas, y no era sino que no las hacia; y así, era menester buscar materia de absolución, trayendo á la memoria lo que faltaba, porque falta,

ni un pecado venial advertidamente cometido no le hallaba, con tener gran luz que abundantemente le comunicaba el Señor.

La pureza del cuerpo competia con la del espíritu; fué tan puro y casto en toda su vida, que guardó por toda ella la flor de su virginidad.

No usaba de cosa ninguna sin licencia de sus Superiores, la cual pedia para las cosas más mínimas. No proponia á cosa que le mandaban.

Cuarenta y nueve años vivió en los seminarios y convictorios de los seglares, teniendo cuenta con su crianza y espíritu, oficio bien molesto para el siervo de Dios, y nunca quiso pedir le aliviasen de aquel trabajo, que no le fué pequeño lidiar tan largo tiempo con muchachos de tan diversos ingenios y naciones como allí concurrían.

Deteniale en aquella ocupacion, muy contraria á su gusto, el serlo de los Superiores. Á lo que más se atrevió su modestia, por entender no faltaba en la obediencia, su querida virtud, fué pedir los últimos meses de su vida venir á nuestro Colegio más á menudo á comer, para consolarse y animarse á mayor fervor, como él decia, con el trato y ejemplo de los nuestros, á los cuales y á todos él lo daba de singular edificacion y virtud.

Amaba grandemente á sus colegiales, principalmente á los más humildes. No habia para él gusto como aprovechar á los más desvalidos y rudos. Cuando estaban malos, no se apartaba de la cabecera de su cama de dia y de noche, pasándosele en esta misericordiosa ocupacion muchas, casi sin pegar los ojos.

Tenia más cuidado del bien de sus almas que el de sus cuerpos; y junto con sus entrañas de piedad, en ocasiones mostraba gran resolucion.

Estaba malo un estudiante que llevaba impacientísimamente la enfermedad: llegó á decir de Dios algunas quejas injuriosas. Reprendióle el santo Padre algunas veces, avisóle de su pecado, amenazóle severamente sino se enmendaba.

No cesó por eso el impaciente doliente; mas el celoso Padre á media noche le despidió de casa y mandó que le llevasen á otra parte, queriendo con esta severidad corregir al enfermo, y advertir, y escarmentar á los demás, y que ántes pereciese uno que peligrasen todos.

Sus oraciones podian mucho con Dios; y fueron muchos los que sanó milagrosamente de sus enfermedades. Tenia el santo un altar, delante del cual solia orar, y componiale con algunas rosas y flores. Un enfermo que estaba con gravísimo dolor de cabeza, confiado en la santidad del P. Rhem, tomó algunas de ellas y púsoselas sobre la cabeza; luego quedó sin dolor y sanó totalmente.

Una abadesa del convento de los Ángeles, de la ciudad de Viena, estaba

muy gravemente enferma; pidió al siervo de Dios la encomendase á nuestro Señor, y lo mismo fué hacerlo él, que cobrar ella salud, por lo cual reconocida le envió á dar el debido agradecimiento.

Estaba un caballerito muy ilustre malo de una postema y desahuciado de los médicos; dijo Misa por él el P. Jacobo con tanta devocion y lágrimas, que por la copia de ellas le fué necesario pararse algunas veces. Llevóle luego el Viático; apénas se le hubo dado, cuando Dios le concedió la vida del enfermo, y, como amigo fiel, le reveló haber sido oida su peticion, con lo cual el santo Padre muy alegre dijo al Regente de aquel convictorio, cómo no se habia de morir aquel mancebo; dicho y hecho, cobró luego salud con admiracion de los médicos.

La devocion y amor que tenia con la Virgen Santísima, fué aún más que de hijo para con su madre: deseaba la tuviesen todos impresa en su corazon; y las diligencias que para esto hacia eran testimonio de su deseo. Siempre traia en la boca aquellas palabras del Angel: *Ave María*.

Instituyó en la Universidad de Ingolstadio, donde vivió treinta y dos años, una Congregacion de la Madre de Dios, á la cual llamó *Coloquio de la benditísima Virgen*. por ser su principal instituto hablar é introducir palabras y conversaciones de cosas santas.

Entre otras leyes de esta piadosa Congregacion, una era que no habian de cometer los que eran congregantes pecado mortal, y el que se atreviese á cometerle quedase *ipso facto* excluido de ella sin participar los frutos é indulgencias que la concedió Su Santidad, quedando privado de todo hasta que, habiéndose confesado, se reconciliase con Dios y con su Madre Santísima, diciendo devotamente el himno del *Ave maris Stella*.

Confirmó este piadoso instituto el Papa Paulo V, año 1614; pero así esta exclusion como su reconciliacion era siempre secreta. Fuera de esto, cada ocho dias se habian de confesar y juntarse los sábados y fiestas para orar, rezar, hablar de Dios ú oir alguna plática espiritual.

Los que se ausentaban, para participar los privilegios é indulgencias que gozaban presentes, habian de leer las reglas y direcciones de la Congregacion cada tres meses, y escribir cada año á los congregantes de Ingolstadio; en cesando de esto, quedaban excluidos, hasta que tornasen ó por cartas se disculpasen y enmendasen.

Tenia el siervo de Dios tan presentes aún á los ausentes de su Congregacion, que cuando alguno se moria, se lo revelaba Dios y luego avisaba á los congregantes para que le encomendasen al Señor.

Una vez dijo en público á todos los congregantes juntos que encomendasen á Dios á uno de ellos, nombrándole por su nombre, que habia muerto en

tierras muy lejas de allí. Notaron el día y hora en que el Padre lo dijo, y hallaron después cómo el siervo de Dios no se engañó en cosa, porque aquel mancebo murió en aquella misma sazón en España.

Era muy ordinario venir á visitarle las ánimas del purgatorio y pedirle sus oraciones; tocaban á la puerta del aposento, lo cual hacian tanto más recio cuanto tenían más necesidad de sus sufragios. Unas le pedian ayunos, otras disciplinas, otras otras penitencias, y Sacrificios sobre todo.

Solíanse también oír en un cementerio cercano muchos lamentos y voces de las ánimas de los difuntos que estaban clamando las ayudase, diciendo: «P. Jacobo, P. Jacobo, P. Rhem, ruega por nosotros.»

Apareciósele una vez uno de los nuestros; preguntóle si estaba en el purgatorio, y como no le respondiese que sí, le tornó á preguntar que en qué estado estaba: respondió que en gozo inenarrable, y le comunicó tan grande al P. Rhem, que no cabia en sí del alegría y dulzura espiritual que sentia; y no se acordaba vez de esto, que no derramase muchas lágrimas de ternura.

Otra vez, habiendo dicho Misa de difuntos, le preguntaron ¿por qué habia dicho aquella Misa? respondió con gran verdad el siervo de Dios: «Por uno de la Compañía que se ha ahogado en el río Danubio.» Luego se supo que en aquel mismo tiempo el P. Ferdinando Melchiorio, que iba desde Ingolstadt á Ratisbona, se ahogó al pasar el Danubio por haberse hecho pedazos la barca en que pasaba.

Mientras decia Misa, derramaba de devoción copiosas lágrimas, elevábase con los altos sentimientos que nuestro Señor le comunicaba, y así, se paraba muchas veces é interpolaba aquel tremendo sacrificio.

Viéronle muchas veces en la Misa levantado en el aire y bien distante del suelo, porque el espíritu, que conversaba en los cielos, se llevaba tras sí al cuerpo.

Tuvo un tiempo gran deseo de saludar á su Madre, la Virgen Santísima con un renombre que la fuese muy agradable y que comprendiese en sí muchas de sus grandezas y alabanzas. Tuvo revelación que ese renombre y elogio seria llamarla *Madre admirable*, lo cual cifraba en breve sus excelencias soberanas.

Estaban diciendo un día sus congregantes las letanías de la Madre de Dios con mucha música, y al decir aquellas palabras: *Mater admirabilis*, se le apareció la Virgen al P. Jacobo rodeada de admirables resplandores y luces con una hermosura del cielo.

Fué tanto el gozo con que llenó el alma de su siervo, que saltando desde un rincón de la capilla donde estaba en oración, pasó hasta la mitad de aquella devota Congregación llevado de una fuerza divina, y allí prorrumpió:

voces diciendo y repitiendo tres veces: «Madre admirable, Madre admirable, Madre admirable,» estando espantados todos.

Jacobo Damiano escribe que oyó el P. Rhem una voz del cielo que repetía este renombre de la Virgen de *Madre admirable*, y mandó á los estudiantes que de la misma manera lo hiciesen y venerasen este admirable nombre.

Decía que había conocido cuán agradable era á la Virgen Santísima aquella su Congregacion del Coloquio, y el decirle aquel breve elogio de sus grandezas.

Tuvo una vez contradiccion en este servicio que hacia á la Virgen, aunque de personas de sana intencion; por lo cual, mal informado el P. Paulo Hoffeo, Visitador de la Compañía, le mandó que deshiciese aquel Coloquio; pero mudóle el corazon muy presto la misma Virgen, imprimiéndole un tan gran temor de que le habia de castigar por aquello y porque podia mucho con ella el P. Jacobo, que revocó su mandamiento, ordenándole que prosiguiese en lo comenzado, sin que hiciese mudanza alguna en su Congregacion.

Fué admirable el don que tuvo de profecía, sucediendo todas las cosas como él las habia dicho. Señaladamente profetizó las rebeliones de los herejes contra el emperador Ferdinando II, y la insigne y milagrosa victoria que alcanzó el duque de Baviera junto á Praga, cuando deshizo el ejército del conde Palatino intruso por rey de Bohemia.

Las cuales cosas profetizó el año de 1614 y 1615, y las escribieron los que se las oyeron, é iban despues por sus memorias, escritas tanto tiempo antes; mostrando y mostrando las cosas tan notables que despues sucedian, habiéndolas previsto y anunciado con tanta verdad y puntualidad el P. Jacobo Rhem.

Refiriendo todo esto el P. Mateo Radero, añade de las profecías de este siervo de Dios estas palabras: «Conoció y dijo muchas cosas del estado de la república y del imperio, de los tumultos públicos y guerras civiles, muchas de las cuales cosas ya han sucedido, otras pasan ahora y otras se esperan, porque determinó los años en los cuales afirmó que habia de gozar Alemania de grande paz y serenidad, y nosotros, si vivimos algun tiempo, lo veremos.

«Hasta ahora no ha salido falso cosa que haya dicho, y no dudamos de las futuras. Señaladamente dijo las cosas que acontecieron año de mil y seiscientos y diez y nueve, y mil y seiscientos y veinte. Otras muchas cosas dijo.»

Ni obró ménos maravillas este siervo de Dios, pero él las disimuló y encubrió por su grande humildad y modestia; mas no pudo tanto que no le tuviesen todos por santo y varon admirable en palabras y obras: ni le llamaban con menor nombre que de Santo á boca llena; teníanse por muy dichas las personas insignes en sangre, leticia y humildad de poderle hablar ó ver.

Con esta veneracion y opinion de santidad, y, lo que más es, con la misma santidad aumentada con heróicos actos de virtud, perseveró hasta la muerte que fué como la vida, santísima una y otra.

Murió en Ingolstadio á doce de octubre, año de mil y seiscientos y diez y ocho, siendo de edad de setenta y dos años.

Tres dias antes que muriese, por temerse muy cercana su última hora, se apresuraban los de casa para darle la Extremauncion: él decia que no era aún tiempo; pero echando de ver que el Superior era de parecer que se le diesen luego, no habló más palabra, obedeciendo hasta la muerte tan perfectamente como lo habia hecho en vida.

Sus reliquias veneraron y veneran como de gran santo así los de casa como los de fuera.

Escribió su vida el P. Mateo Radero y anda en el último tomo de la *Biographia varia sancta*.

Celebra la santidad de este siervo de Dios en unos excelentes faleucios Jacobo Bidermano, lib. 1, Epigram. Escribió tambien de este mismo Padre el P. Juan Burgesio, libro de *Patrocinio Virginis*.

Jacobo Damiano, lib. VI, cap. IV, en su *Synopsi*. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*, y Gaspar Lechnero en su *Parthenio*, lib. 1, cap. IX.

P. NIEREMBERG.

P. ERTMANNO TOLGSDORF

FUÉ el P. Ertmanno Tolgsdorf de nacion pruteno, del cual dijo con mucha razon el Obispo de Livonia, Otton Schen King, que era Padre y apóstol de aquella provincia; porque habiendo Estéban, rey de Polonia, ganado aquella tierra del moscovita, el Obispo Varmiense, Martin Cramero, envió allá algunos sacerdotes para que con todas sus fuerzas restaurasen en aquellas partes la fe católica, que habia más de cincuenta años que habia faltado de los corazones de aquella gente.

Uno de los de la mision fué Ertmanno, que á la sazón era canónigo gutstadiense: tenia insaciable sed de la salud de las almas, y habiéndole cabido por suerte en aquella provincia el curato volmariense, fué increible el cuidado que puso en cultivarlo, procurando en todo llevar almas á Cristo.

Despues que á costa de su trabajo aprendió en breve tiempo la lengua de

aquella gente, escribió en ella doctísimos libros para el aprovechamiento de aquellas almas.

Pero los herejes de la ciudad de Riga no quisieron admitir la Religión de la Compañía, aunque les compelia á ello Segismundo, rey de Polonia; y así, le pareció á S. M. no llevarlo con todo rigor, sino tener un poco de espera, y que en el interin les quitasen todos los bienes á los herejes y los depositasen en poder de algun sacerdote seglar.

Eligieron para este ministerio á Ertmanno, y los herejes le admitieron con mucho gusto, porque, como tenia un natural muy agradable y trato modesto, juzgaron que no les haria perjuicio ni daño alguno.

Fuése luego y tomó posesion de la casa que antes tenia la Compañía, y allí empezó á adornar con mucha curiosidad el templo; volvió á renovar y resucitar los sermones y todas las ceremonias eclesiásticas y católicas; dispuso que se cantase el canto Gregoriano, lo cual hacia él mismo con unos muchachos á quien él habia primero enseñado, y así cantaban todas las Horas canónicas.

Pero ninguno sabia las antífonas ni himnos de memoria, ni ménos tenían á mano libros en que leerlos; y así, el devoto sacerdote lo compuso todo de nuevo y lo asentó en diversas partes, para que se pudiesen cantar; y de este modo de antífonas é himnos usa hoy la iglesia de S. Jacome, y de allí lo ornaron las demás iglesias de toda Livonia.

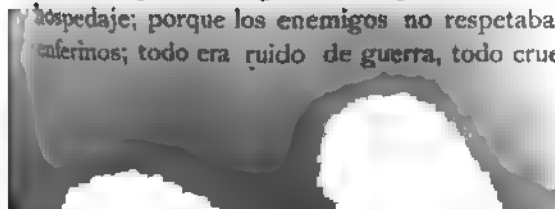
Finalmente, el año de 1591 admitió la ciudad de Riga la Religión de la Compañía, y luego el siervo de Dios se entró en ella, entregándose á sí y á su casa juntamente á la disposicion de los Superiores, que le admitieron con mucho gusto.

Enviáronle luego á Cracovia á tener los años de probacion, y empezó el soldado valeroso de Cristo la nueva vida religiosa con increíble humildad y obediencia.

Despues le enviaron á Riga, y allí se dedicó todo á la salud de las almas: acompañó al Obispo Vendense en la visita de toda aquella diócesis; y viendo el Padre que estaba muy falta toda aquella comarca de operarios de la villa de Cristo, hizo llamar de Prusia algunos mancebos, los cuales sustentaba él propio, pidiendo para ello limosna; y habiéndolos enseñado bastantemente, les encargó aquellas parroquias é iglesias para que las cultivasen.

Su principal ocupacion era andar en misiones, las cuales fueron muy penosas y llenas de muchos trabajos por las continuas guerras que duraron en Livonia por más de catorce años por las armas de los suecos.

A cada paso los lugares se despoblaban de sus moradores, y no se hallaba hospedaje; porque los enemigos no respetaban á los necesitados, viejos, ni enfermos; todo era ruido de guerra, todo crueldades y latrocinios; y así, al



siervo de Dios fuera imposible escapar de tantos peligros, si no hubier con especial auxilio del cielo.

Era tanta la mortandad, que pisaban los difuntos cadáveres por las sin tener quien los socorriese, pero el devoto Padre, con el gran celo c nia de la salvacion de las almas, los ayudaba como podia.

Siguióse de aquí, que viendo la plebe su gran caridad y fervor, le en ron á estimar sobre manera, y públicamente en su vulgar idioma le lla *Anciano venerable, Señor, Padre comun y Obispo de Livonia*, y otros no de agradecimiento y estimacion.

Era el siervo de Dios muy amador de la riquísima virtud de la po Cuando rezaba de noche el Oficio divino, no tenia otra luz más costos una tea de pino encendida, aunque estaba con los ojos muy tiernos mucha edad y trabajos.

Nunca buscaba apetito en los manjares, sino la buena hambre y nec del sustento, y procuraba fuese el más ordinario, y le solia guardar par una semana calentándolo cada dia.

Los últimos diez y seis años de su vida, que los vivió en la ciudad da, estando lleno de años, y penosas enfermedades, y falta de los dientes comia ordinariamente manjares livianos, y no por eso aflojó en el fervor tinuo trabajo, porque él, casi solo, sin otra ayuda, llevaba el peso de a residencia.

En los dias de fiesta gastaba las primeras horas de la mañana en co luego predicaba á los alemanes, despues decia las letanias y otros ofic párroco, y despues de haber dicho Misa hacia una plática al pueblo, quedaba algun tiempo, volvía de nuevo á oir confesiones.

Despues de comer enseñaba á los niños y rústicos la doctrina cri luego cantaba las vísperas, y si habia necesidad, administraba los Sacr tos á los enfermos, y siendo solo, y teniendo tan acabadas las fuerzas multiplicados los años, á todo acudia sin hacer falta, causando en tod tas admiraciones.

Finalmente, le apretaron más los dolores hasta quitarle la vida, la cual felizmente, pronunciando el dulcísimo nombre de Jesus repetidas vece de octubre, año de 1620, á los setenta de su edad y veinte y nueve de Re

Escribió este siervo de Dios en lengua livónica unos catecismos, ser himnos y antifonas de la Iglesia, los cuales compuso por la falta que de libros, y usan de ellos las iglesias de toda Livonia hasta ahora.

P. NIEREMBERG.



P. NICOLAS CUSANO

EL P. Nicolás Cusano fué aleman; nació en la ciudad de Cusa en el campo de Tréveris, á 6 de noviembre de 1574, y el de 1601 entró en nuestra Compañía de Jesus, ya docto en la Teologia y graduado en ella, y la leyó á los religiosos en el colegio imperial de S. Maximino.

Hizo la profesion de los cuatro votos el año de 1614: fué varon verdaderamente insigne y perfecto alumno de la Compañía.

Pasados los dos años del noviciado, le enviaron á Luzemburgo, donde por tiempo de un año enseñó á los niños los principios de la gramática, y de allí fué enviado por aquellos pagos y lugares á enseñar y á instruir á los rudos, pobres y humildes lo conveniente y necesario para su salvacion, en cuyo ministerio constantísimamente se empleó todo y lo ejecutó con igual perseverancia.

Leyendo despues en el aula de medianos, antes de mediodia predicaba en la ciudad, y por la siesta se salia al campo mientras era hora de leccion, á ganar para Dios algunas almas.

Jamás le apartaron de este propósito ni las lluvias, ni los frios, ni peligros de ladrones, ni otros riesgos, por grandes y graves que fuesen, ni otras mil descomodidades y molestias que las más veces se le ofrecian; porque, á pesar de los mismos riesgos, se arrojaba intrépido á las empresas.

Confesóle tal vez al Superior que todas las que salia a este modo de batallas, le temblaba todo el cuerpo; pero que despues, reprimiendo el miedo con la fortaleza del ánimo, iba tan alegre y tan pronto como si fuera á las delicias de un regalado banquete.

Un dia antes de las misiones que hacia, se prevenia pidiendo en el refectorio perdon de sus faltas; fregaba las ollas y tomaba una disciplina.

Caminaba con una gran carga de librillos, de rosarios y de cosas semejantes, que no le agravaban poco y embarazaban; pero todo le era fácil por tener qué dar á los que le oian, para inclinarlos y reducirlos.

Entretenia con continua oracion todos sus caminos, si no es que se detuviese á enseñar á algun pastor ú otros hombres rústicos; y con lo que en esto se tardaba, solia esperar al compañero que venia léjos, porque no podia atener con él; tal era el aliento de este diligentísimo Padre.

No perdia del tiempo sólo un instante, y muchas veces, por redimirle, admitia un jumento para el compañero porque pudiese seguirle, que él casi

siempre iba á pié, sino es que en un mismo dia hubiese de predicar en diversos lugares, principalmente cuando llovía.

Si sucedia tal vez que, hospedado de la gente rica y noble, la comida era más que la ordinaria, él procuraba satisfacerse con los manjares más viles, y se levantaba de la mesa á sus sagrados ejercicios.

Muchas veces, con la priesa de caminar de un lugar á otro, faltándole las fuerzas naturales, se quedó atollado en medio del lodo.

Meses enteros (y esto muy ordinariamente) se sustentaba con unas puches de harina y agua fria ó con un pedazo de pan negro y una corteza de queso desabrido.

Su cama era el suelo y allí dormia cubierto con sólo el manteo; el invierno en algun lugar más templado, lo demás del año al sereno.

En todos treinta y tres años no usó de defensa del frio, como se acostumbra en Alemania por los grandes frios, si no es el postrer año de su vida, empezando á convalecer de una gravísima enfermedad.

Suele Dios con secretísima providencia ejercitar á sus mayores amigos. Obrando el Padre de esta manera y tolerando tantos trabajos por el bien de las almas, no pudo evitar las calumnias de los mal intencionados.

Atreviéronse algunos hombres perversos á poner dolo en su castidad y aun á acusarle de hereje; pero, aunque el inocentísimo siervo de Dios tuvo estos males por los mayores, todas estas avenidas de tribulaciones no pudieron extinguir su caridad, ni remitir el ardiente celo de la gloria del Señor y provecho de los prójimos.

Pareciéndole breve término la provincia en que asistia, se extendió á la Lotaringia y toda aquella comarca, con tan feliz cosecha y copioso fruto, que él mismo afirmaba, aunque modestísimo, que le habia hecho mayor en un pueblo sólo por espacio de ocho dias, que en todos los tiempos pasados todos los curas y religiosos que en toda aquella tierra habian trabajado.

Un clérigo Decano de aquellos campos no queria que entrase en su parroquia, pero vencido de la santa porfía del Padre, le permitió que predicase un sermon en ella, y habiéndole oido el Parroco antes rebelde, se echó humilde á sus piés y se confesó, siendo ejemplo grande á sus feligreses.

Componia felizmente los pleitos y discordias particulares, y castigaba severamente ó reprendia la mala costumbre de juramentos y maldiciones, y en muchos lugares enteros la extirpó de todo punto.

Amplificó grandemente la devocion de la Virgen nuestra Señora, instituyendo en muchas partes, y en especial en todas las casas donde posaba, que rezasen su rosario y su letanía antes de acostarse.

En esto se ocupaba fuera de casa, pero no ménos dentro de ella era ejemplo universal de todas las virtudes.

Nunca le vieron orar sino de rodillas, sin buscar descanso ni arrimo alguno; y en la oracion era tanto su sentimiento y tan tierna su piedad, que parecia todo derretirse en lágrimas, y lo mismo le sucedia no pocas veces atendiendo á la leccion en la mesa.

Fué tan devoto venerador del nombre santísimo de Jesus, que no sólo cuando le pronunciaba, sino tambien cuando le escribia, se quitaba el bonete de la cabeza con afectuosísima reverencia.

Nunca permitió que en su presencia se murmurase del prójimo; excusaba sus faltas aligerándolas ó interpretándolas á mejor viso.

Nunca le vieron airado ni desabrido, siendo tan vivo y tan eficaz, que cuando predicaba era como un fuego en sus acciones y en sus palabras; pero todas eran centellas del que ardia dentro de su corazon.

Nunca dejó de acudir á nadie, ántes estuvo siempre prontísimo para favorecer y ayudar á todos.

Fué su observancia tan puntual en las ceremonias de la Misa, que llegó á ser pasmo y edificacion de todos los que le oian y ministraban.

¿Cuándo no estuvo diligentísimo al imperio de los Superiores que apenas insinuaban su voluntad, cuando él la obedecia y ejecutaba? ¿Cuál era su pobreza en todas las cosas? Usaba continuamente de los vestidos más viejos ó más traídos, y acababan con él con dificultad que se pudiese algo nuevo.

Con grandes muestras y estudio raro de humildad y sujecion, se aconsejaba en las dudas de los que sabia que en la ciencia le eran inferiores.

Ultimamente, este varon, grande en todas sus obras y ejercicios, fué singularísimo ejemplar y perfectísima norma de la religiosa disciplina, y por esto tan venerable y tan amado así de los propios como de los extraños, que nadie dudaba de compararle con los santos mayores que venera la Iglesia, proponiéndole á todos los nuestros, que se ejercitan en las misiones apostólicas, por dechado que imiten todos y espejo en que se miren y se compongan.

Entre estos oficios de caridad, y de ayudar á morir á muchos, y andar entre los cadáveres por todos los pagos de aquel país, le vino la enfermedad y la muerte, despues de recibidos todos los Sacramentos, en Luxemburgo, á veinte de abril del año de mil y seiscientos y treinta y seis.

Escribió el P. Nicolás Cusano un libro intitulado *Escuela cristiana*, en el cual se explican todas las cuestiones de nuestra fe. Fué aceptísima esta obra, y así, se imprimió muchas veces. Y el Reverendísimo Obispo de Madauro, despues de haberla leído, mandó que se leyese en todo su obispado en lugar de los sermones.

Escribió más otro volumen que se intitula *Sapientia christiana*, que es como un compendio de toda la Teología escolástica.

Y otro cuyo título es *Dux viæ*, en que se refutan los errores de los herejes y se prueba la verdad católica.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN FALCO

QUIEN fué en Alemania admirado por santo, razon es que en todas partes se sepa haber sido varon de Dios.

Fué el P. Juan Falco aleman de nacion y natural de Magdeburgo. Siendo de edad de veinte años, entró en la Compañía el de 1603, y habiendo vivido en ella ejemplarísimamente en todo género de virtudes hasta el de 1626, á 24 de setiembre murió en Maguncia con excelente opinion de santo.

Ardió en su alma, mientras vivió, celo tan fervoroso y tan incansable de la honra de Dios y provecho espiritual de los prójimos, que le sucedió muchas veces predicar seis y siete sermones en un dia en todos los templos y santuarios de la ciudad.

No se contenia su espiritu en estrechos límites; corria por todos los pagos y lugares de la comarca sin más prevencion para sustentarse que un poco de pan y queso, y con sólo este regalo predicaba, exhortaba, catequizaba, acomodándose en la doctrina a la capacidad de los oyentes.

Nunca su fervor se apagaba, ni se satisfacía la hambre de aprovechar y convertir almas: en los conventos de monjas y dentro de casa á los nuestros hablaba de esto sólo aún despues de mesa, si encontraba ocasion de coger algun fruto ó de sazonarle.

Estos espíritus tan celosos sacaba el Padre de la oracion, á cuyo ejercicio y al de una mortificacion tan rigurosa como continua se daba todo.

En la oracion ardia tan encendido en amor de Dios, que solia decir: «¡Oh quién tuviera mil corazones para amarle con todos ellos!»

Tan afectuoso, tan dedicado al Sacrificio de la Misa, que por ninguna urgente necesidad dejó ni un dia de celebrarla ni de haberse confesado antes, porque no se mezclase con su pureza ni la más pequeña imperfeccion.

Y todo esto lo ejercitó en todas sus obras y acciones, con tan atenta circunspeccion, que ni la salud del cuerpo, ni la opinion de su nombre, ni otra razon humana pudo vencerle.

Habia hecho voto de no dar gusto al sentido en la comida ni bebida, más que lo preciso ó forzoso á la necesidad natural.

Era frecuentísimo en el cilicio y la disciplina, y nunca fué á predicar sin que hubiesen precedido estos ejercicios de la mortificación de su carne; macerábala muchas veces con tan dilatados ayunos y con alimento tan desabrido, que parece que no quisiera vivir con más que con sólo espíritu.

Su urbanidad, su agrado, su afabilidad, paciencia y mansedumbre, fueron en él virtudes maravillosas; ni le detenían juicios humanos, ni le inquietaban conversaciones, ni hacia caso de chismes, ni las cosas de este género le impedían para que dejase ni por un punto de satisfacer á su ministerio con todas las circunstancias de fervoroso y evangélico ministro de la palabra de Dios, entregado todo al aprovechamiento de las almas con desprecio de sí mismo.

Y en medio de estos cuidados, atenciones y desvelos á ninguno era molesto, de ninguno se quejaba; tan sin curiosidad de los negocios ajenos y con tanto olvido de lo que no conducía al último fin, como si no viviera en este mundo; sólo cuidaba de corregirse y de castigarse, estudiosísimo en la observancia de las reglas.

En el principio de cada mes, hincadas las rodillas se ponía á los pies del Rector, renovando el voto de la obediencia y prometiéndole obedecerle muy puntual en todo lo que le mandase.

Cuentan de este Padre humildísimo que solía todas las noches poner los zapatos á la cabecera, queriendo significar con esta accion, que era indigno de poner él su cabeza donde otros pusiesen los pies.

Era su ingenio grave, agudo y prontísimo para el consejo; y con todo era admirable la religiosa simplicidad con que hablaba, comunicaba y se portaba con todos.

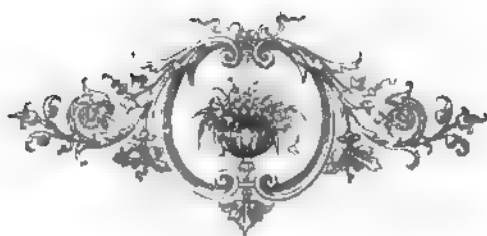
Tan desnudo su espíritu de ambicion y de intereses humanos, que nunca en su modo de obrar se notó acepcion de personas, ni en oír las confesiones hizo jamas diferencia del rico ni del pobre, del esclavo ni del señor, indiferente con todos siempre, y sólo inclinado adonde podía hacer mayor provecho.

Veíasele con frecuencia en las plazas y lugares públicos, y á los que hallaba en ellos vagos ú ociosos, con cierto linaje de fuerza los persuadía al Sacramento de la Penitencia, enseñándolos, ~~doctrinándolos~~, y cantando en medio de todos sagrados himnos y letrillas de devocion, iba orando y dando gracias al Soberano Señor, en cuyo nombre los convertía.

Era singular gracia la que tenia en cantar versos de los santos, con que le parecía que honraba á Dios y á los santos.

Escribió este santo varon en lengua vulgar, para mucho bien de las almas, un libro intitulado *Memorial del amor divino: otra Manudccion á la fe católica*. Muchas canciones de Jesus, de María y de muchos santos. *Anillo espiritual. memorial dado del Esposo al alma. Excitatorio espiritual al amor de Dios* y otros muchos opúsculos, con que procuraba encaminar á todos á mejor vida.

P. NIEREMBERG.



A U S T R I A



H. MANUEL NIGRO

[O es justo que sepulte el olvido la constancia con que un religiosísimo Hermano y no ménos celoso de nuestra santa fe y culto divino, dió la gloriosamente por Cristo en Transilvania el año de mil y seiscientos y a seis de junio, lo cual sucedió de esta manera.

Andaba por aquella tierra un famoso hereje, enemigo capital de la Iglesia, con nombre de cristiano, perseguidor de Cristo y de cuantos seguian su a y católica fe.

Este ministro del infierno usó de todas cuantas artes pudo para desarraigar del mundo el culto de Dios y de sus santos, y con mayor rabia y conato ó todas sus huestes contra el Santísimo Sacramento del altar.

Para tener mayores fuerzas y hacer más crecidos daños, hizo alianza con turcos que lindan con aquel reino, y, juntando sus armas, entraron con diabólico furor en Claudiópolis, ciudad ilustre de Hungría, hiriendo y matando, quemando, derribando y destruyendo como unas furias infernales cuanto contraban tocante al culto divino y á la religion católica.

Como su más entrañable odio es siempre contra los jesuitas, á quien ten por sus mayores enemigos, embistieron en nuestro colegio, capitaneados el hereje, y entraron como unas furias infernales en la casa y en la iglesia, ultrajando las imágenes y los altares, quebrando y pisando las cruces, destruyendo y baldonando las sagradas imágenes de Cristo y de la Santísima Virgen, haciendo fuego y abrasándolas, robando y despedazando los ornamentos de la Misa, y los frontales, y aras de los altares, y, echando el sello en horribles sacrilegios un hereje maldito y descomulgado, con diabólica audacia quebrantó el sagrario, y sacó el Santísimo Sacramento, y lo arrojó en el suelo, y lo pisó una y muchas veces, echándolo á los perros como perro muerto.

Á este lamentable espectáculo se halló presente Manuel Nigro, que sacristan del colegio, y el celo santo que ten por su oficio le detuvo á mirarse y á mirar antes por él que por su oficio, quedando fácilmente

guardar, poniéndose en salvo cuando entraron los enemigos; mas quiso ofrecerla por Cristo, guardando su templo y defendiendo la honra de sus imágenes lo mejor que pudiese.

Aunque por ser tantos y tan crueles los enemigos, no pudo impedir su entrada; cuando vió la crueldad con que ultrajaban las imágenes y acometían al Santísimo, con más ánimo que fuerzas y con más celo de la religion que poder de armas, se opuso á los sacrílegos, afeándoles sus maldades y amenazándoles con el castigo del Altísimo: de que muy ofendidos, indignados y rabiosos de verle tan constante en la fe católica y tan celoso de la honra del Santísimo Sacramento, embistieron contra él y descargaron un grande golpe con una hacha de acero sobre su cabeza, acuchillándole é hiriéndole, y uno de ellos le disparó un escopetazo que le pasó de parte á parte, y cayó su cuerpo muerto en el suelo, y su alma voló coronada de martirio gloriosamente al cielo.

Éra este santo Hermano observantísimo religioso, humilde, obediente, fervoroso y ejemplo de devocion y de celo santo á todos, adornado de mucha piedad y caridad para con Dios y los hombres, y de otras muchas virtudes, las cuales esmaltó con el matiz de su sangre, vertiéndola animosamente por Cristo nuestro Señor y por defender su culto, y honra, y la reverencia que se debe á su santísimo Cuerpo Sacramentado y á las imágenes de sus santos.

Su martirio fué celebrado en todo el reino de Transilvania, y su cuerpo es venerado como de santo mártir.

Escriben de él, como de tal, Juan Argenta, *Epist. ad Sigismundum Regem Poloniae: Ann. Societatis Iesu, 1606*. Transyl. Gaulter, ó Ultreman, Felipe Alegambe, Juan Bautista Rho en su *Varia Historia*, lib. VI, cap. V, y con versos muy elegantes escribe su martirio el P. Gerardo Montano.

P. ANDRADE.

PP. MELCHOR GRODECIO Y ESTEFANO PUNGRATZ

EL P. Estéfano Pungratz fué húngaro, y el P. Melchor Grodecio alemán, de la provincia de Silecia.

Cuando el príncipe de Transilvania, Gabriel Berleemo, calvinista, ocupó la ciudad de Cassovia, fueron presos estos dos santos mártires, y tentados ya con promesas, ya con amenazas á que dejasen la fe.

Siendo todo en vano, los desnudaron, y con hachas encendidas les quemaron los costados, y con otros atrozísimos tormentos fueron atormentados, sufriendolos con grande valor.

Finalmente, los tiranos metieron al P. Estéfano una lanza hasta las entrañas, y, medio agonizando y espirando, le echaron una sogá al cuello, dejándole por muerto.

Despues al P. Melchor, dándole muchas heridas, le degollaron, y, atadas las manos, lo echaron en una necesaria, adonde habian echado medio vivo al P. Estéfano.

Fué cosa rara que la sangre de estos santos mártires, que estaba esparcida por las paredes y techo, no fué posible que con ninguna arte ni industria se pudiese borrar ni quitar.

Fué este glorioso martirio á 7 de setiembre de 1619. Escribe de ellos Juan Argent. *Epist. ad Reg. Polon.*

P. PEDRO JIMENEZ

EL P. Pedro Jimenez fué español y natural de Toledo.

Acabados en Roma sus estudios y ordenado de sacerdote, fué enviado a Viena de Austria el año de mil y quinientos y ochenta y dos, donde luego empezó á leer la Teología y á predicar en italiano.

Pocos años despues, mudado á la nueva Universidad que se fundó en Gratz, fué el primero canceller de aquella recién nacida Academia, y profesor de las ciencias divinas.

Allí tuvo grandes disputas con los más principales herejes, en especial con Baltasar Fisquero, que era el caudillo de todos, en cuyas batallas demostró el Padre la valentía de su ingenio, letras y espíritu; y amilanó tanto á estos enemigos de nuestra fe, que estaban como niños en su presencia encogidos y temerosos, diciendo á voces, por disculparse, que temblaban de este español.

Llamábanle el *Patrono de los jesuitas*, y en públicas conclusiones presidió muchas veces á los nuestros con universal aplauso.

Fué Rector de Clangensurto, de Olomucio, y de Gratz: en estas y en cualquier parte siempre semejante á sí mismo, y venerable á los demás.

Fué varon de excelente ingenio y de prudencia maravillosa, y de tan constante ánimo, que no sólo no se rendia á las adversidades, sino que cuanto estas eran mayores, tanto más crecia su fortaleza.

Habia un gravísimo pleito entre el serenísimo archiduque de Austria, Carlos, y una de estas Academias, y el P. Pedro Jimenez con libertad religiosa le representó á este príncipe todos los privilegios que él habia concedido á esta Universidad, integérrimo defensor de su causa.

Sucedió en Olomucio el año de mil y seiscientos y diez y nueve que los comisarios de los herejes que hacian guerra á la Compañía vinieron á nuestro colegio, y habiendo publicado las causas de confiscarnos los bienes, mandaron que les entregasen las llaves del templo y del colegio, y que se saliesen de él los Padres si no quisiesen experimentar el extremo último del rigor.

El P. Pedro Jimenez, que entónces era Rector, respondió en presencia de toda la multitud de aquella gente, levantando los ojos y las manos al cielo, que las causas de esta confiscacion no eran verdaderas, y que esto lo afirmaba delante de Dios, de los ángeles y de los hombres, y que esto lo protestaba una vez y otra: lo dijo á los enemigos en altas voces; y en cuanto á las llaves respondió así: «Las llaves del templo no puedo entregar, porque son de la casa de Dios, de cuyo alcázar soy el alcaide, y fuera traidor si las entregara, y tengo de serle leal aunque me cueste la vida; y si me la quitáredes tendré la muerte por beneficio; y porque no perdais tiempo cansándoos en esto tan vanamente, os hago saber que entregué las llaves al magistrado eclesiástico, porque entiendo que le pertenecen á él y no á vosotros.

»Las llaves del colegio en vano las pedís, teniendo ya el mismo colegio; y así, en lo que toca á estas llaves no tenemos dificultad.» Y últimamente concluyó en esta forma: «Los Padres obedecerán á la necesidad, sacudiendo el polvo de los zapatos, segun el precepto de Jesucristo, porque sólomente será su patria adonde tuvieren licencia de servir á la gloria del Señor.»

Y habiendo añadido algunas razones á esta sustancia con fortaleza maravillosa, los comisarios volvieron á porfiar que les diesen las llaves ó entregasen al que las tenia.

El Rector persistia negando ambas cosas: la primera, porque las llaves no estaban en su poder; la segunda, porque él no podia revelar el secreto en perjuicio de otro.

Así se hubo con los herejes, animoso, fuerte y constante; mas por defender la justicia y dignidad de la Compañía, nunca dudó oponerse como muro á los reyes y emperadores, y esta grandeza de ánimo la templaba con tan religiosa humildad, que se hacia amar de todos.

No habia en sus acciones qué censurarle, ni arrogancia en las palabras, ni

insolencia en las costumbres, ni curiosidad en el hábito, ni en su proceder cosa singular.

Diéronle licencia para hacer la profesion de los cuatro votos, y él no la quiso admitir hasta que la hubiesen hecho los más antiguos; porque los que le excedian en la edad le precediesen tambien en aquella honra.

Excusaba cuanto podia el trato y conversacion de los poderosos, y ya era comun reparo de los príncipes que iban á la Compañía, que nunca parecia el P. Jimenez.

Fué tan celoso y observante de la pureza, que estuviera por decir que fué nimio en este cuidado, si pudiera haber en ello nimiedad. No sufria que en su presencia ó que quien se hallaba con él pronunciase una palabra ó hiciese algun ademan que tuviese olor de ménos decente. Resplandecia en su rostro lleno de canas una virginal vergüenza y honestísima castidad.

Estando en Viena, vió que unos hombres con la licencia de mozos hablaban en el templo á unas mujeres; no se pudo contener; asiólos por el brazo y echólos fuera, diciendo que aquel lugar era casa de oracion, no teatro de impudicias.

Jamás en toda su vida, ni en los últimos años de su vejez, permitió que le ayudasen á vestir ni á desnudar.

Fué templadísimo en la comida, y de su porcion tomaba siempre lo más vil, y en la mesa de la comunidad nunca consintió que le prefiriesen en cosa alguna, hasta que, por la flaqueza y debilidad del cuerpo, le mandaron que aceptase algo particular.

Puso estudio singularísimo en la observancia de la pobreza y de la obediencia; y queriendo que la guardasen con toda exaccion los súbditos, se mostraba afable, benigno y fácil á las necesidades de todos.

No permitia que faltase á los suyos lo necesario ni conveniente, porque á todos amaba con tierna caridad y benevolencia.

A los que eran en algo reprehensibles, los argüia con severidad paterna y los advertia de los menores descuidos, porque no llegasen á ser disposicion para los mayores. Las razones humanas que dan los hombres segun el espíritu de la carne, con verdad simple y sincera las rechazaba y las deshacia.

No empezaba negocio alguno, aunque pareciese muy leve, que no lo meditase primero.

Era su celo tan increible, ó tan fervoroso su afecto en mirar por la honra de Dios y en aumentar la perfeccion religiosa en la Compañía, que parecia consumirse si veia que se hacia ó se toleraba cosa que estorbase á este aumento, y ponía grande solicitud en que con efecto se corrigiese.

Cuanto era fácil y blando con los dóciles y modestos, tanto era severo y

duro con los ménos cándidos y sencillos. Muchas veces solia afirmar que cuidaba poco de su muerte; pero que deseaba con todas ansias que toda la Compañía conservase despues de él muerto el espíritu de su Santo fundador.

Era atentísimo y frecuentísimo en el estudio de las letras divinas, y penetraba íntimamente en los secretos más escondidos de su más alta profundidad.

De aquí que en los coloquios públicos y privados era gran copia la que tenia de sentidos exquisitos y singulares, juntándose en su decir y reprender eficacia poderosa con suavidad admirable, una compasion ternísima y facilidad de lágrimas.

Daba gran parte del dia á la oracion y contemplacion, y principalmente en los años últimos. Su union con Dios llegó á ser tan íntima, que ya parecia que los sentidos se enajenaban de sus oficios. Allí concebía un ardor, que despues en suspiros y exclamaciones con ímpetu grande se desataba.

Muchas veces necesitaba de estarse parado en la Misa, porque no le dejaba ir adelante la vehemencia de las consolaciones divinas; y nunca dejó de decirla, ni en la edad más quebrantada, mientras en el altar pudo volverse al pueblo.

Y celebraba este Sacrificio con tan devota piedad, que una gran señora muy entendida, muy prudente y religiosa, fundadora del colegio novomedense, de una vez sola que oyó su Misa, le juzgó por varon de gran santidad.

Despues de haberla dicho, para dar gracias oia otras dos; verdaderamente diligentísimo en la continua veneracion de la Eucaristía.

Siempre que le era posible asistia en el templo á los Oficios divinos, y cuando por el rigor del invierno no podia, los celebraba á la misma hora espiritualmente en su aposento.

Recreábase de mil modos con la música de la iglesia, unas veces deshecho en lágrimas, otras veces arrebatado en profundo éxtasis. Pero los tonos que oían á vanidad ó á menor decencia que la que requiere el templo, por artificiosos que fuesen y las letras muy ingeniosas, vehementemente las detestaba.

Introducía muy á menudo conversaciones de Dios, y de las que obligaban á más cuidado se pasaba con gusto á hablar con otros con quien estos coloquios eran más libres.

Con grandes mociones del alma levantaba los ojos al cielo, y solia decir que con todo lo que habia trabajado en la Compañía comprara de buena gana el aspecto de su externa hermosura, aún sin el desco de ver lo que es sobre toda imaginacion de su interior forma.

Pues si entre los cuidados del gobierno y tan varias ocupaciones, eran sus ardores tan fervorosos, fácil es de conjeturar con cuánto mayor incendio infla-

mado creceria en estos actos, despues de la tercera probacion que se acostumbra en la Compañía.

Era agudísimo en discernir la santidad comun de los religiosos, en que tambien entraba la de los nuestros, de la que es más extraordinaria, propia y singular de la Compañía; y á los profesores de esta se la solia señalar como con el dedo.

Fatigado de lo mucho que trabajaba, por cobrar nuevas fuerzas para el espíritu con el alivio del cuerpo, se retiró unos dias á Milestadio, que es un monasterio de la provincia de los grecenses, en los fines de Carintia.

Allí le empezó una pequeña calentura, pero, como le cogia tan debilitado y tan flaco, brevemente le acabó.

No se le oyó una queja en su enfermedad; todo era hablar de Dios, tomar muchas veces agua bendita y hacerse cruces en la frente y en el pecho; y recibidos todos los Sacramentos, se preparó como quien esperaba hacer aquel viaje á la eternidad.

Finalmente, los últimos tres dias, habiéndole ya faltado la habla, con señas respondia y continuaba lo que de Dios decian los circunstantes; y entre estos ejercicios y coloquios, con gran tranquilidad dió su espíritu este varon verdaderamente grande en ingenio, doctrina y prudencia, y en la santidad propia de la Compañía.

Murió á 29 de noviembre el año 1633, y de su edad ochenta y uno, de los cuales habia vivido los cincuenta y nueve en la Compañía, y antes de los cuarenta y tres habia hecho la solemne profesion de los cuatro votos.

Escribió el P. Pedro Jimenez una oracion que predicó en Gratz á las honras del serenísimo Carlos, archiduque de Austria, el año de 1590.

Una disputacion que tuvo con Baltasar Fisquero, luterano, de *Fide iustificante*, en la Universidad de Gratz, el año de 1592.

Y con sólo el título de «Un religioso de la Compañía en la provincia de Austria» escribió un *Compendio ó perfectísimo Breviario de todas las meditaciones de los principales misterios de nuestra fe, de la Vida y Pasion de Cristo nuestro Señor y de la Virgen, Madre de Dios*, sacadas de los seis tomos de *Meditaciones* del P. Luis de la Puente.

P. NIEREMBERG.



POLONIA



P. BENEDICTO HERBESTO

El P. Benedicto Herbesto fué de nacion roxolano, provincia que pertenece al reino de Polonia.

Antes que entrara en la Compañía, se graduó de maestro en la Universidad de Cracovia, y fué catedrático en ella mucho tiempo.

Despues fué canónigo y predicador insigne en Posnanía: con su autondad y ejemplo de vida reprimió el ímpetu de los herejes que en aquellos tiempos infestaban la Iglesia, y obligaron á aquel gran Cardenal, Estanislao Hosio, á escribir á este insigne varon una carta, en que le aconseja no desampare aquella ciudad, porque en él sólo consistia todo su remedio.

Siendo ya de edad de cuarenta años, dejadas las dignidades que tenia y bienes que poseía, fué á Roma el año de mil y quinientos y setenta y uno, y se entró en la Compañía, donde fué varon admirable, y en quien resplandeció todo género de virtudes.

Con su ejemplo convirtió á nuestra santa fe católica á Isabel Radzivila, princesa Palatina, la cual habia sido primero calvinista, despues arriana, y á la postre profesó el judaismo, y con lo que sabia de la Escritura disputaba vanamente con los doctores católicos; mas la victoria de esta alma tan perdida se reservó para este bendito Padre é invicto vencedor de las herejías.

En las misiones de la Rusia, Podolia, Pocucia, Volhinia y las demás partes de aquel reino gastó la mayor parte de su vida, predicando y confesando, haciendo increíble fruto en todas ellas, ayudando á sus Obispos y Prelados, de quienes alcanzó grande autoridad y respeto.

Disputaba acérrimamente con los herejes, saliendo siempre victorioso en las disputas que tuvo con ellos, con una rara modestia; y fué tanto el fruto que hizo, que le llamaban el *apóstol* de aquellas provincias.

En la humildad, obediencia y pobreza se aventajó á todos. En el trato familiar con Dios fué continuo, que parece era la oracion su principal sustento, porque ninguna ocupacion le divertia de ella; dos horas antes que los demás se levantaba á tenerla, en los veinte y dos años que vivió en la Compañía, sino es que lo impidiese alguna grave enfermedad.

Pedia este humilde Padre á los Superiores, estando ya impedido y enfermo que no podia hacer otra cosa, le encargasen á los Hermanos Estudiantes y Coadjutores, para que los instruyese en el espíritu y les señalase los puntos de la meditacion de cada dia.

Finalmente, viendo ya que se moria por la gran flaqueza que sentia en sí, se armó con los santos Sacramentos de la Iglesia. No queriendo hacer cama, avisó al enfermero se retirase, que queria orar un poco, y que antes de la hora no entrase.

Despues, cuando vino, halló al siervo de Dios en medio del aposento hincado de rodillas, que habia dado su espíritu al Señor.

Sucedió este felicísimo tránsito en Jaroslavia, á cuatro de marzo de mil y quinientos y noventa y tres.

Tuvo este apostólico varon en medio de los pueblos, con la ocupacion de la vida mixta, semejante muerte á la que tuvo S. Pablo ermitaño en el retiro del yermo con la quietud de la contemplacion.

No se contentó este siervo de Dios con lo que disputó, predicó y obró contra los herejes, sino tambien con la pluma les hizo guerra, escribiendo doctos y utilísimos libros, los cuales refiere Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

P. BLAS PLOZZINIO

ERA el P. Blas Plozzinio del reino de Polonia, y nació en Lovicio de Masovia.

Siendo de diez y nueve años, entró en la Compañía, y estudió, y leyó en ella con gran aprobacion de todos Filosofia y Teología escolástica; mas no por los empleos de escuelas dejó los de la caridad y humildad.

Acudia á las cárceles y hospitales muy ordinariamente, y en casa ejercitaba los oficios más humildes de los Hermanos Coadjutores.

No hablaba sino de Dios, y donde él asistia, hacia que todos hablasen de lo mismo; todo era en él santidad y edificacion, y conforme á eso obró nuestro Señor por él cosas maravillosas, aún siendo de muy pocos años, y antes de ser religioso.

Reconociendo su gran virtud un amo á quien servia, en una gran falta de agua que hubo en Polonia con mucha afliccion de todos, le mandó á su criado que pidiese á Dios lluvia. Apartóse luego el virtuoso mancebo á hacer oracion y obedecer el mandato de su señor: ¡cosa maravillosa! estando el cielo muy sereno, empezó á llover luego.

Pidió á nuestro Señor que le diese una muerte de muchos dolores, por imitar á Cristo nuestro Redentor, pero breve para no ser cargoso á otros, lo cual le fué concedido, y oyó del Señor la concesion de entrambas peticiones, declarándole el dia de su muerte, como lo dijo él despues, determinando el dia en que habia de morir.

Sintieron algunos Padres despues de muerto, con particular experiencia, cuán agradable fué á Dios su bendita alma, por las mercedes que alcanzaron por su intercesion.

Dos de ellos en particular pidieron á nuestro Señor, cuando murió, por los méritos de su siervo, que les concediese grande dolor y verdadera contricion de sus pecados, con lo cual se sintieron tan contritos, con tanta abundancia de lágrimas, que eran sus ojos hechos dos fuentes de ellas.

Murió en el colegio calisiense á veinte y dos de octubre, el año de mil y seiscientos y treinta y cuatro años, siendo él de treinta y cuatro años.

Los libros que escribió testifican la cordial devocion que tuvo con la Virgen.

P. NIEREMBERG.



INGLATERRA



P. JUAN CORNELIO

EL martirio del ilustre confesor de Cristo, Juan Cornelio, escribió el Obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, y es de esta manera.

En la parte occidental de Inglaterra, en la provincia de Dorchestria, residía una señora viuda, hija del conde de Darby, que había sido mujer de Juan Arundel, que comunmente se llamaba el gran Arundel; vivía en una casa de campo por estar más recogida.

El gobernador de aquella provincia, teniendo sospecha si esta señora recibía en su casa algun sacerdote católico (porque ella lo era y toda su familia, y vivía junto á la mar); enviaba frecuentemente algunos que espiasen la tierra, y cercasen la casa, y buscasen lo más secreto de ella.

Finalmente, un criado de malas costumbres, que andaba aficionado de una moza de la casa, pensando que por esta vía alcanzaria lo que deseaba, trató secretamente con algunos hombres enemigos de aquella señora, para que vienesen con el gobernador, y que él los mostraria dónde estaba escondido un sacerdote católico.

Vienen armados, entran en la casa y pasan hasta un aposento, donde, hallando los ornamentos de decir Misa y al sacerdote, échanle mano y le sacan con muchas risas y voces.

Este era el P. Juan Cornelio, que había diez años que fué á Inglaterra del seminario de Roma y (como abajo diremos) le recibieron en la Compañía: hombre docto, de grandes virtudes y señalado en el oficio de predicador, que en estos años había ejercitado con notable aprovechamiento de las almas.

Preguntáronle por qué huía de ellos, pues los Apóstoles nunca tal cosa habían enseñado. «Antes (dice él) S. Pablo Apóstol en Damasco fué descolgado por una ventana del muro por escapar de las manos de los que le buscaban» y como á esto no tuviesen qué replicar, le preguntaron su nombre, patria y cuánto tiempo había estado allí escondido; respondió que pocos días antes había venido á ver á su madre que allí tenía.

Entre tanto, la familia de aquella señora estaba atemorizada y de miedo

negaban conocerlo; mas, como esto no fuese verosimil, la hija mayor de aquella señora, que se llamaba Dorotea, que muchos dias antes habia con voto prometido á Dios castidad y ser religiosa de la Orden de Sta. Brígida; quiso tomar sobre sí todo el peligro por librar de él á los de su casa, y constantemente confesó que ella habia traído, escondido y sustentado aquel sacerdote.

Tomás Bosgravio, sobrino del señor Juan Arundel, viendo al sacerdote en pié, maltratado y sin sombrero, pareciéndole indigna cosa, se quitó el suyo y le cubrió con él, á quien reprendió mucho el gobernador porque favorecia y habia dado su sombrero á un traidor. «No es traidor» dijo Tomás. «Pues vos le acompañareis,» dijo el gobernador; y así, le echaron mano y le llevaron preso.

Partióse el gobernador con la presa, dejando guarda en la casa que velase de dia y de noche, para coger, si por ventura saliese, algun otro sacerdote.

Sacan al P. Cornelio á caballo con grande espanto del pueblo, que habia concurrido gran número de gente: llévanle á casa del gobernador, donde los ministros herejes disputaron fuertemente con él; mas nuestro Cornelio defendió la verdad católica con tanta eficacia, que fué á muchos de grande fruto.

El gobernador le atajó la plática, temiendo que, si duraba, habia de persuadir á muchos de su casa á ser católicos, y uno de ella, criado suyo, se salió de su servicio para serlo.

Unos caballeros principales que de esta disputa salieron muy contentos, deseaban oírle predicar; mas no lo osaban intentar por ser en aquella provincia desusado y peligroso.

Escribió el gobernador á Lóndres al Supremo Consejo para saber lo que se haria de aquel sacerdote. Responden que le procuren reducir á su opinion, y que, si no sucediese, le enviasen allá, y así se hizo, adonde presentado ante el tesorero, almirante y Arzobispo que llaman de Cantuaria y otros del Consejo, le dijeron muchos baldones y afrentosas palabras, imputándole que tenia mal trato con aquella noble y honesta doncella.

Respondió Cornelio, no haber hecho cosa indigna de su vocacion, sino sólo procurado escapar de las manos de los que le buscaban contra justicia, como la presente necesidad y ocasion lo pedia, y se escribe haberlo hecho S. Atanasio y otros santos.

Repregúntanle en qué otros lugares habia vivido y qué católicos le habian hospedado: responde que era cosa injusta lo que le preguntaban. «Pues á tormentos (dicen ellos) lo habeis de confesar;» y así, le dieron tormento, pero no pudieron sacarle palabra que pudiese redundar en daño de tercero.

Despues del tormento mándanle volver á la cárcel y guardar diligentemen-

te, donde él se comenzó á prevenir con las armas espirituales contra los ímpetus de sus enemigos.

En este medio, el gobernador, para ganar reputacion de hombre celoso con el Consejo de la reina, escribió que no se podia satisfacer el pueblo sino quitando la vida á aquel enemigo de la república.

Con esto perdieron algunos secretos católicos la esperanza de poder con dineros redimir la vida de este siervo de Dios, que hasta entónces se tenia alguna de poderlo librar. Remíténle, pues, al dicho gobernador para que fuese sentenciado con otros hombres, que allí habian sido acusados de varios delitos, y católicos que estaban presos.

Llegó el bendito P. Cornelio á la cárcel del gobernador cargado de prisiones tres dias ántes que se juntasen los demás, los cuales, casi sin dormir ni comer, gastó en oracion y animando á los otros presos con santas palabras: llegó tambien allí la señora viuda, en cuya casa habia sido preso, con un hijo y yerno suyo y poco acompañamiento, porque los demás se habian huido á otras partes y estaban como gente que aguardaba ser en breve condenados á muerte.

Presentan al siervo de Dios ante el juez con otros tres seglares que habian sido de la misma familia; el uno era Tomás Bosgrávio, que dió el sombrero al Padre; los otros se llamaban Patricio y Juan, que habian estado en la cárcel ya diez y seis meses por ser católicos.

Fué acusado el P. Juan Cornelio, porque, siendo sacerdote, habia estado en el reino más tiempo de lo que por las leyes de él está ordenado; y por aumentar el odio del vulgo, le opusieron algunas cosas que habian sacado de un libro, que le habian hallado en el aposento donde le prendieron, en respuesta de un edicto que contra los católicos y sacerdotes habia publicado la reina, para que todos entendiesen que era digno de muerte.

A Tomás le acusaron porque decia que no eran dignos de ella los que hacian el oficio de sacerdote en Inglaterra. A Patricio y Juan, porque en muchas cosas habian dado favor y ayuda al dicho sacerdote, los cuales de tal manera daban su descargo, que bien manifestaban no haber ellos hecho cosa digna de muerte; mas con todo eso, los doce jurados que, segun las costumbres de Inglaterra, fueron elegidos para sentenciar esta causa, en breve tiempo se resolvieron, con grande admiracion del pueblo, en que habian hecho contra las leyes y por ello merecido la muerte.

Sabida que fué la sentencia, los legos se echaron luego á los piés del sacerdote de Cristo para que les echase la bendicion. La ejecucion de la sentencia se difirió para el dia siguiente, y en el ínterin acudieron algunos á la cárcel para animar al P. Cornelio, diciendo que la ejecucion se habia de hacer en otro tiempo; mas él poco se fiaba de ellos, y pasaron la noche en oracion,

sin dormir, animándose aquellos santos confesores de Cristo unos á otros y hablando entre sí de Dios.

Entre las personas que habian entrado en la cárcel, una habia sido aquella noble doncella, Dorotea, con deseo de hablar con su Padre espiritual y recibir la última bendicion, pues se partia de esta vida; á la cual dijo Cornelio: «Pluguiera á Dios que yo tuviera aquí un confesor, porque temo que mis acostumbrados escrúpulos me han de seguir hasta á la cruz;» y parece que temia no hubiese dicho alguna cosa cuando le examinaron, por la cual acelerase su muerte.

Otro dia muy de mañana los tornaron al tribunal, y teniéndolos encerrados algunas horas entre unas rejas, parecia que el pastor habia de ser muerto en el aprisco con sus ovejas. Entre tanto que esperaban á los jueces, gastaban el tiempo en rezar y animarse unos á otros.

Los jueces, en fin, llegaron de camino, y el principal de ellos con mucha priesa y aún con lágrimas en sus ojos, pronunció la sentencia en que condenaba á todos á muerte..

Oida la sentencia, el bendito Padre deseaba hablar á los jueces, mas fuéle mandado callar. Ofreciéronles partido, el cual si aceptasen, serian libres de la muerte, conviene á saber, si quisiesen ir á las iglesias de los herejes; á lo cual contradiciendo ellos valerosamente, los volvieron á la cárcel, donde puestos en oracion esperaban la hora de su pelea.

Llegóse uno que quiso dar á los condenados esperanza de vida, mas P. Cornelio le dijo: «No me querais cebar con esa falsa esperanza: yo leo el oficio de los santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo (en cuya octava se pasaba) y de su dichosísima vista tengo confianza que presto gozaré.»

Pero despues, viendo que apenas le quedaba media hora de vida, tomando la pluma escribió en inglés á Dorotea de esta manera: «El que ama su vida en este mundo, perderla ha, y el que la aborrece, hallarla ha: si yo la hallare por la gracia é inmensa misericordia de Dios (aunque muy indigno y miserable) con grandísimo contento y perpetuo gusto me acordaré de ti; mientras el alma estuviere en este cuerpo, ruega por mí, porque tengo gran confianza que en el cielo nos veremos, si guardares la palabra dada primero á Dios despues á Sta. Brígida, sin quebrantarla.

«Encomiéndote encarecidamente á mi pobre madre, y la promesa de tu voto, acerca de lo cual te he escrito tres ó cuatro veces, y me maravillo que no me hayas hecho mencion de ello. El demonio vela, pero tú no te descuides; escíbeme, para que lleve la carta á Sta. Brígida.

»No me olvido de aquellos que no nombro, Dios te guarde. Vuestro Juan que ahora muere, pero ha de vivir para siempre.»

Acabada la carta llamaron para la cruz al sacerdote de Cristo, y arrastráronle en un zarzo ó rastro de mimbres; los otros tres iban á pié muy contentos. En el camino los llamó el bendito Padre algunas veces y los animó á padecer la muerte con valor cristiano, lo cual ellos hicieron, porque mostraban ir no ménos alegres y contentos que si fueran llamados á un convite.

Ademas de estos tres llevaban á ajusticiar á un hombre por ladron; á éste habló el siervo de Dios, Cornelio, con la brevedad que el tiempo permitia, enseñándole las cosas pertenecientes á la fe católica y lo necesario para la verdadera penitencia, y aprovechó tanto, que luego el ladron públicamente dijo que le era grande alivio para su dolor morir con tales varones.

Llegóse tambien al P. Cornelio un hombre muy honrado y rico de aquella provincia, y le pidió su bendicion echándose á sus piés, y le prometió ser católico y apartarse de las juntas de los herejes.

Llegados á la horca, mandan á Juan, animoso varon, que suba primero la escalera, á lo cual obedeció con singular constancia, y besando el cordel, dijo: «¡ Oh precioso collar! » Hizo protestacion de la fe católica, por la cual dijo que moria, y así colgado, acabó dichosamente.

Tras este fué Patricio, varon muy amado de todos por sus santas costumbres; y habiendo amonestado al pueblo que no habia esperanza ni remedio para la salvacion sino abrazando aquella fe por la cual él y sus compañeros morian, le dieron garrote.

Tras este subió Tomás, que era letrado, é hizo un sermon al pueblo de la certidumbre de la fe católica, el cual todos sin interrumpir oyeron, y los ministros herejes estaban mudos, espantados de su rara constancia.

Finalmente, llegó el sacerdote de Cristo, y, queriendo los verdugos quitarle los vestidos para hacerle despues cuartos más desembarazadamente, les dijo que seria cosa bárbara é inhumana ponerle desnudo, pues los vestidos los habia presto de dejar.

El verdugo quietándose con esto, le dejó con sus vestidos, y él orando un poco en el primer paso de la escalera, besó la tierra y los santos piés de sus compañeros que estaban colgados, y con las palabras del glorioso Apóstol S. Andrés saludó la cruz ; *Oh bona Cruz diu desiderata*, etc.!

Subido ya en la escalera, miró á todas partes, y con grande afecto dijo aquellas palabras del Salmo: *Posuerunt morticinia servorum tuorum escas volatilibus coeli, carnes sanctorum tuorum bestiis terrae*, y comenzando á hablar al pueblo acerca de esto, fuéle impedido por tres veces; pero lo poco que dijo bastó para enternecer á todos y á persuadirles que no se habia hallado en él otra culpa, sino haber procurado en su tierra traer las almas á la fe católica y servicio de nuestro Señor.

Al fin añadió: «Aunque hasta aquí no lo he declarado, yo soy sacerdote de la Compañía de Jesus, en la cual fuí recibido en Lóndres por el Superior que de ella anda en Inglaterra, y deseaba ir con otros que habian de pasar noviciado de Flandes.»

Despues de esto, habiendo hecho oracion por sus perseguidores y por la conversion de la reina y los demás herejes, le echaron de la escalera, y de acabar de espirar, cortó el verdugo la soga, y cayendo en tierra, le sacó el pecho y le sacó el corazon y entrañas.

El cuerpo partieron en cuatro cuartos, que pusieron en cuatro palos y la cabeza enclavaron en la horca. Mas los católicos aquella misma noche quitaron los cuartos juntamente con los tres cuerpos que estaban ahorcados y les dieron sepultura.

Los jueces, despues de haber llevado mucha suma de dinero á la viuda, le dieron una grave repension por haber acogido semejantes personas, y soltándola de la cárcel, se volvió á su casa bien afligida y con mucho acompañamiento, porque, herido el pastor, se habian esparcido las ovejas, con todo eso se alababan los herejes de haber procedido benignamente en este negocio.

Los ciudadanos de aquella ciudad donde esto pasó, pidieron al gobernador quitase la cabeza enclavada en la horca, porque desde que se habia hecho esta injusticia, padecian muchos daños en sus mieses por las tempestades que se habian levantado, como otras veces les habia acontecido en semejantes ocasiones, y toda la gente de aquella comarca quedó sentida y lastimada del suceso.

La vida de este dichoso mártir escribió, como hemos dicho, el P. Diego de Yepes, en el libro 5.º de su *Historia de Inglaterra*, cap. IV. cuenta in *Cathalogo Martyrum Societatis*. De él escribe tambien Benito lib. 1, Jubil. cap. XI, y Gerardo Montano le celebra con un epigrama.

P. NIEREMBERG.

P ROBERTO SUTHUELO

ERA el P. Roberto Suthuelo, de la Compañía de Jesus, hijo de un sacerdote principal de Inglaterra; fué enviado de sus padres á estudiar en la Universidad de Duay, en Flandes, donde llamado de Dios á la Compañía de Jesus, fué á Roma en peregrinacion con otro mancebo noble de la misma edad, y fueron recibidos entrambos en ella.

Acabado su noviciado y estudios de Artes y Teología con mucha satisfacción, fué Prefecto de los estudios en el seminario inglés de Roma, adonde tornó á estudiar con mucho cuidado su lengua natural (que ya habia casi olvidado por haber salido muy niño de Inglaterra) y aprendiéndola con tanta perfección, que escribió despues diversas obras en ella, y en particular un libro de consolacion para los católicos con estilo tan propio y elegante, que no hay cosa mejor en aquella lengua.

Fué enviado el año de 1584 á Inglaterra, donde hizo notable fruto en las almas y convirtió á nuestra santa fe muchas personas principales.

Estuvo algunos años en Inglaterra tragando la muerte y la prision cada dia, sin desistir un punto de su fervor, celo y trabajo. Estaba á vista de tantas calamidades como pasaban los católicos, como lo significa en esta carta que escribió á un su amigo:

«Hasta ahora vivimos, y con salud, indignos como parece de prisiones. Más veces hemos enviado que de allá recibido carta, aunque no se envian sin dificultad, y de algunas sabemos que se perdieron.

»El estado de los católicos recusantes es el mismo que suele, lastimoso y lleno de temores y peligros, mayormente despues que los adversarios esperan guerras. Los nuestros, que están en cadenas, se gozan y consuelan con sus prisiones, y los que están libres, ni cuidan mucho ni piensan que su libertad les ha de durar.

»Todos, por la bondad y misericordia de Dios, se arman para sufrir cualquier cosa que les pueda venir, por dura que sea, con que nuestro Señor sea servido, de cuya gloria y salud de las almas son más solícitos que de sus daños temporales.

»Poco ha prendieron á dos sacerdotes que padecieron tales tormentos en la cárcel de Briduel, que apenas se puede creer; su sustento era muy ténue y tan asqueroso, que de verlo les causaba áborrecimiento; los trabajos continuos y sin moderacion, y no menores en enfermedad que en salud, porque á palos y azotes les hacian cumplir su tarea, por flacos que fuesen; sus camas de paja sucia, su prision hedionda.

»A algunos cuelgan dias enteros por las manos, tocando el suelo sólo con las puntas de los piés: finalmente, los que en aquella cárcel están detenidos, viven *in lacu miseriae et luto faecis*.

»Este purgatorio tambien estamos aguardando nosotros de hora en hora, en el cual Teopliso y Yongo, verdugos de los católicos, ejercitan todos géneros de tormentos; pero venga lo que Dios fuere servido; tenemos esperanza que podremos llevarlo todo con Él, que nos conforta. Entre tanto sean confundidos los que hacen mal, y hable el Señor paz á su pue-

blo, para que (como dice el profeta David) more su gloria en nuestra tierra.

»En los santos sacrificios de V. R. y de todos los amigos humildemente me encomiendo. A 16 de enero 1590.»

En otra escribe, cómo guardaba en Inglaterra los ejercicios religiosos con otros de la Compañía, y esperaba el martirio por premio de sus trabajos; la carta es esta:

«Andamos en medio de estas tempestuosas olas, y no con poco peligro, del cual con todo eso ha sido nuestro Señor servido de librarnos hasta ahora.

»Todos con mucho consuelo renovamos los votos de la Compañía nuestra, segun costumbre, y gastando algunos dias en exhortaciones y espirituales coloquios, *aperuimus ora, et spiritum attraximus*. Paréceme que veo los principios de vida religiosa comenzados en Inglaterra, de la cual nosotros vamos con llanto echando las semillas, para que otros despues con gozo recojan los manojos para el cielo.

»Hemos cantado los cantares del Señor en tierra ajena y en este desierto chupado miel de la piedra y aceite del pedernal; pero estos nuestros gozos se acabaron en tristeza, y súbitos temores nos desparcieron en diversas partes. Pero en fin, con mayor peligro que daño escapamos de la tormenta.

»Yo con otro de los nuestros, pensando evitar á Scila, caimos en Caribdis; pero entrambos pasamos por la misericordia de Dios sin naufragio, y ahora navegamos con seguro puerto. En otra mia escribí los postreros martirios de Bailes y Honero y la edificacion que recibió el pueblo con su santo fin. Con estos rocíos se riega la Iglesia, *ut in stillicidiis huiusmodi laetetur germinans*.

»Aguardamos tambien nosotros (sino somos indignos de tanta gloria) quando vendrá, como del mercenario, nuestro dia; en el ínterin me encomiendo mucho á las oraciones de V. R. para que el Padre de las lumbres nos alumbre y confirme con su espíritu principal. Fecha á 8 de marzo de 1890.»

Al fin llegó á este operario de Cristo la hora de su descanso, y el año de 1592 fué preso por traicion en casa de un caballero, siete millas de Londres, adonde lo llevaron y pusieron en un calabozo del castillo, tan hediondo y sucio, que sacándole de él para el tribunal de allí á un mes, salió tan lleno de piojos, que cubrian sus vestidos y ponian lástima á cuantos le veian, y á su padre mucho más, el cual suplicó á la reina que, si su hijo habia cometido algun delito por el cual, segun las leyes, mereciese la muerte, se la diesen; mas que si no, S. M. tuviese por bien que fuese tratado como quien era, pues era caballero, ya que fuese jesuita, y á él como á padre le diesen licencia de enviarle lo que hubiese menester para sustentar la vida; lo cual se le concedió; y así, le visitaron y enviaron de allí adelante de comer, y una Biblia, y unas obras de S. Bernardo que él mismo pidió para su consuelo.

Al cabo de tres años, con ocasion, como se piensa, de unos estudiantes que prendieron en la mar en un navío de Cales, pasando del seminario de San-Omer al de Sevilla; se resolvieron súbitamente en el Consejo de Estado de quitar al dicho P. Suthuelo la vida, de cuyo martirio escribe el P. Enrique Garneto, su compañero (que fué con él á Inglaterra), lo siguiente á los 4 de marzo de 1595.

«Con esta me ha parecido ofrecer á Vm. una preciosísima fruta de este nuestro jardin, que es el martirio del P. Roberto Suthuelo, mi compañero en un tiempo, y ahora mi señor y abogado, que reina con Cristo en el cielo.

«Estuvo casi tres años en una estrechísima cárcel sin hablar con ningun católico, y fué atormentado diez veces con los más atroces tormentos que esta gente acostumbra dar á ningun delincuente, y el mismo Padre afirmó que le fueron más atroces que los que padecen en el ecúleo, ni los dolores de la misma muerte.

«Y aunque en todo este tiempo no tuvo humano socorro, no le faltaron los divinos; porque, no habiendo podido decir Misa, ni confesarse, ni hablar con persona alguna, nuestro Señor le habia de tal manera consolado y visitado, que salió de la cárcel á morir con ánimo tan constante y quieto como si saliera de una congregacion de personas religiosas á cosa de mucho gusto.

«Algunos dias antes de su muerte le pasaron del castillo de Lóndres á la puerta nueva, que es cárcel de ladrones y homicidas, y estuvo en aquella famosa mazmorra que llaman el *limbo*.

«El dia que fué martirizado no avisaron como suelen el dia antes, porque no fuese gente, y para el mismo efecto justiciaron aquel dia al mismo tiempo en otro lugar á un famoso ladron; mas los católicos dejaron al ladron y se fueron tras el mártir de Cristo, y contáronme todo el suceso que despues escribiré, teniendo lugar, y por ahora brevemente diré lo que pasó en su martirio.

«Luego que llegó al lugar del suplicio, levantándose en pié en el carro, hizo con las manos atadas lo mejor que pudo la señal de la cruz, y comenzó á hablar de esta manera: *Sive vivimus, Domino vivimus, sive morimur, Domino morimur, sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus*.

«Queriendo hablar algo sobre estas palabras, fué interrumpido por la justicia; mas suplicó le diesen licencia para hablar, afirmando que con sus palabras no ofenderia á persona ninguna; y así, otra vez comenzó á decir: «Yo he venido á este lugar para acabar el postrer trance de esta miserable vida, y ruego á Jesucristo, mi Señor, en cuya preciosísima Pasion y Sangre tengo la esperanza de mi salvacion, que haya misericordia de mi ánima: confieso y

protesto que soy sacerdote católico de la Santa Romana Iglesia y religioso de la Compañía de Jesus, por todo lo cual doy infinitas é inmortales gracias alabanzas á mi Dios y Señor.»

»Diciendo esto, uno de aquellos ministros predicadores salió con un dardate y le dijo: «Señor Suthuelo, declaraos, porque si entendeis estas palabras vuestras segun el Concilio de Trento, es cosa perjudicial.»

»El pueblo que estaba presente, mandó á aquel insolente ministro que callase y el Padre le dijo: «Señor ministro, ruégoos no me seais molesto en este poco tiempo que me queda; yo soy católico, y en cualquier modo que interpreteis mis palabras confío de salvarme por los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo: cuanto á la reina, yo jamás he intentado ni pensado mal alguno contra ella, antes siempre he suplicado á nuestro Señor (con aún en esto poquito de vida que me queda hago) que por su infinita misericordia se digne de darla aquellos dones y gracias que su divina sabiduría ser más convenientes para la salud de su alma y cuerpo en esta y en la otra vida, y encomiendo tambien á la misma misericordia de Dios mi miseria patria, y suplico á su divina Bondad que la llene de aquella luz y conocimiento de la verdad, que sea para mayor provecho y salvacion de las almas para gloria eterna de su divina Majestad.»

»Entre tanto que esto decia, volviéndose á uno de los nuestros que estaba, le echó el pañizuelo que tenia en la mano, y prosiguiendo su razonamiento dijo: «Finalmente, suplico al eterno y omnipotente Dios, que en muerte sea para provecho mio y de mi patria y para consuelo de mis hermanos los católicos.»

»Y aguardando que se moviese el carro, hizo otra vez la señal de la cruz y fijos los ojos en el cielo, con grande serenidad dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

»Habiéndole dado un poco de más tiempo, pronunció con grande devoción y ternura algunos otros versos de los salmos: *Benedictus Deus, qui non audivit misericordiam suam a me. Me expectant iusti donec retribuas mihi. Commundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis. Sancta Maria, et omnes sancti intercedite pro me*, etc. Y tornándose á sanguar repitió: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

»Estando colgado en la horca, hizo muchas veces la señal de la cruz por haber el verdugo por descuido puesto la soga de suerte que no le podía ahogar tan presto, y, habiendo tenido abiertos los ojos todo aquel tiempo los cerró cuando le tiró las piernas para ahogarle, lo cual se hizo por particular favor, para sacarle más presto de pena.

»Uno de los verdugos procuró algunas veces cortarle la soga, mas e

ronselo los caballeros, que estaban allí presentes, y todo el pueblo que
veces dió gritos: «Dejadlo, dejadlo.»

El mismo verdugo lo quitó de la horca con grande reverencia, y junta-
e con sus compañeros lo llevaron en brazos al lugar donde habian de
le cuartos, siendo costumbre llevarlo arrastrando por tierra; y uno de
afirmó que jamás habia visto morir otro hombre con tanta piedad, y
os de los mismos herejes, volviendo de este espectáculo, decian públi-
nte que deseaban cupiese á sus almas tan buena suerte como hallarse
a del mártir.

m. suplique á nuestro Señor me haga digno de semejante empresa,
no sé cómo pueda mucho tiempo escapar de las manos de estos ene-
i.»

sta aquí son las palabras de la carta.

spues que el bendito Padre habia ya recibido la sentencia de muerte,
e á él en la cárcel un señor de título de Inglaterra, y le pidió con gran-
erza, y conjurándole por el trance que habia de pasar, que dijese si era
d lo que le habian imputado, que venia para apartar los súbditos de la
encia de la reina.

pondió el siervo de Dios que jamás habia tenido tal voluntad ni pro-
de hacer ó procurar mal alguno á la reina ó á otra persona de aquel
antes que su intencion siempre habia sido de procurar cuanto en él
la salvacion de todos, y que por esto habia vuelto á Inglaterra á ayu-
con los ministerios de su profesion, enseñándoles la verdadera fe y ad-
rándoles los santos Sacramentos de la Iglesia católica, para bien eter-
sus almas; y que por esto sólo habia venido de Roma, y pasado la
vivido algunos años en Inglaterra con harto trabajo y peligro, y des-
ufrido de buena gana las prisiones y tormentos que le habian dado, y
aparejado para sufrir mucho más y de dar la vida por la misma
y tan léjos estaba de arrepentirse de lo hecho, que si estuviera por
lo mismo haria, y vendria una y más veces, no sólo desde Roma, sino
parte más remota del mundo, para procurar la salvacion de la reina,
deseaba como á su propia alma, y que siempre habia rogado á Dios
o Señor por ella, como entónces lo hacia, y por su Consejo, que el Se-
diese gracia y luz de conocer el error en que estaban, y por los mis-
ue le daban la muerte, que no se les imputase.

antado el caballero con esta respuesta, fué y contó á la reina todo lo
abia pasado en la muerte del Padre, alabándole mucho y las raras
s que tenia: lo cual sabido, respondió la reina que le habian engañado
sas relaciones, diciéndola que aquel Padre habia venido para alboro-

tar el reino; y mostró dolerse de su muerte, y mucho más despues de haber visto un libro que habia compuesto el mismo Padre de diversos y muy devotos argumentos, en lengua inglesa, por su entretenimiento y para enseñar á los poetas que tuviesen talento á emplearlo como conviene en honra de Dios y de la virtud, y no usar mal de la poesía; y acertó á hacerlo con tanta gracia, que los mismos herejes han impreso y venden públicamente diversas obras suyas, como son *El llanto de S. Pedro*, *Las lágrimas de la Magdalena* y otras muy leídas y estimadas de todos por la agudeza de los conceptos y elegancia del estilo con que están escritas.

Escribió la vida y martirio de este siervo de Dios el Obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, lib. v de la *Historia de Inglaterra*, cap. VI.

Hace mencion de él el *Catálogo de los Mártires de la Compañía*. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*. Benzonio, lib. I, jubil. cap. XI.

P. NIEREMBERG.

P. ENRIQUE VALPOLO

I

ENTRE los muchos y muy esclarecidos mártires que Dios nuestro Señor ha dado estos años pasados para el aumento de su santa Iglesia católica en el reino de Inglaterra, muy señalado ha sido el P. Enrique Valpolo, sacerdote inglés, de la Compañía de Jesus.

Siendo enviado de España por la obediencia en el mes de agosto del año de 1593 para predicar la palabra de Dios en los reinos de Inglaterra, Irlanda y Escocia; fué Dios servido, para mayor gloria suya y más breve corona de su mártir, que cayese en las manos de los herejes dentro de cuatro meses que partió del seminario inglés, que está en la ciudad de Valladolid de España, donde él residia, y dentro de veinte y cuatro horas que puso los piés en Inglaterra.

Habiendo despues pasado diez y seis meses de dura y rigurosa prision y en ella muchos exámenes, probado muchas cárceles en diferentes partes del reino, dando razon de sí y de sus cosas á varios jueces, teniendo muchas disputas y conferencias con los ministros y predicadores herejes, y sufrido ca

veces tormentos crueles; al fin, tras estas y otras pruebas que Dios ro Señor permitió á este su siervo para mayor gloria suya, fué senten- á muerte y hecho cuartos en Eboraco, ciudad arzobispal de aquel rei- ue en la lengua propia se llama York) en presencia de infinita gente oncurrió á tal espectáculo, causándoles la vista de él tan grande lásti- dolor, que en la mayor parte de los circunstantes se vieron correr abun- s lágrimas de sentimiento y compasion.

é este dichoso varon, Enrique Valpolo, hijo mayor de un caballero ca- , natural de la provincia de Norfolcia en Inglaterra.

no sus padres eran personas nobles y siervos de Dios, criaron á todos jos en esta misma piedad y virtud, ayudando mucho á ello Enrique hermano mayor de todos; y así, procuró sacar de Inglaterra á cuatro mos suyos por librarlos del peligro que podian correr quedando en fuego de herejías y libertades, de los cuales los tres, movidos de su lo, entraron en la Compañía de Jesus, y el cuarto, determinado de se- is armas, sirvió á S. M. Católica en las guerras de Flandes.

óíase criado Enrique por algunos años en los estudios de la Universi- e Cantabrigia, y despues vino á Lóndres por mandado de su padre, studiar las leyes municipales del reino; pero sintiendo gran deseo de las controversias, para defender la religion católica y convencer á los s; las estudió con tantas veras, que en muy poco tiempo alcanzó mu- ticia de ellas; con la cual y con la agudeza del ingenio natural que te- con la mucha suavidad y blandura de costumbres, acompañada de un ervor de espíritu y devocion, convirtió más de veinte personas de im- cia, de los cuales algunos, salidos de Inglaterra, entraron en Religion, ; despues de haberse criado y ordenado de sacerdotes en los semina abajaron fructuosamente en la conversion de sus naturales en Ingla-

e otros que convirtió, fué un mancebo pariente suyo, mayorazgo de su muy inficionado con la secta de los puritanos, en cuya conversion tra- ás de dos años, y fué tan notable y tantas las quejas del padre del tido, que llegó el negocio á los oidos de los del Consejo de la reina, los para pervertirle otra vez, mandaron que muchos teólogos y predica- uyo le hablasen.

lo hicieron primero en Norfolcia y despues en Lóndres, adonde le lle- para este efecto; pero él estuvo muy constante, y salió despues huyen- Inglaterra, y entró en Religion, y despues fué sacerdote y provecho- ro en su patria.

estas y otras cosas semejantes se hizo tan odioso nuestro Enrique á

los del Consejo, que le mandaron buscar por todo el reino, y le fué forzoso, finalmente, salir de él, como adelante se dirá.

Habia sido Enrique hombre de grande ánimo y valor siendo seglar y vi-
viendo en Inglaterra, como lo mostró en diferentes ocasiones, estudiando las
leyes municipales de su patria en el colegio llamado Grayesin, en Lóndres,
donde teniendo varias pependencias con herejes, á quienes se mostraba enemigo
en todas las ocasiones, salió siempre con feliz suceso de ellas.

Pero habiendo despues llegado á Inglaterra el P. Edmundo Campiano el
año de 1580, y padecido glorioso martirio por la defensa de nuestra santa fe
catolica, hallándose nuestro Enrique en las disputas que el P. Campiano tu-
vo con los herejes y en su muerte, y habiendo escrito la historia de todo lo
que en aquel glorioso martirio pasó, aprendió otro camino y espíritu de pe-
lear con herejes, no con armas de hierro ni con valentía corporal, sino con
la fuerza y eficacia de la palabra de Dios.

Así, se determinó de dejar á Inglaterra y entrar en la misma Religion del
P. Campiano y seguir sus pisadas en todo, como lo hizo en su vida, querien-
do Dios nuestro Señor con su maravillosa providencia que tambien le si-
guiese en la muerte con el mismo género de martirio.

Salido que fué de Inglaterra, fué al seminario de Rems, en Francia, donde
estudió Teología por algun tiempo, y de allí fué á Roma y entró en la Com-
pañía de Jesus en el año 1584.

Despues de algunos años, faltándole salud, fué enviado á la Pont-de-Ma-
son, Universidad de Lorena, y algunos meses despues á Flandes, donde
nuestro Señor comenzó luego á ejercitarle en padecer por su causa.

Andando un dia á pié de un colegio á otro por orden de la obediencia,
fué preso por los soldados del enemigo y llevado á la villa de Fregelinga,
en Celandia, que estaba en poder de los rebeldes y tenia presidio de soldados
ingleses, los cuales le detuvieron más de un año tratándole muy mal; y por-
que no pudieron matarle como deseaban, por estar la cárcel en poder de los
magistrados naturales de la tierra; ofrecieron á unos ladrones, que estaban
presos con él, vida y libertad, si de noche le matasen: lo cual supo el Padre,
y para escaparse de esta muerte le fué necesario por muchos meses velar
casi todas las noches, que le fué un tormento perpetuo.

Padeció tambien grandemente de frio por no tener en la cárcel más ves-
tido que una sotana vieja; de lo cual movido un capitan hereje, llamado
Rusel, que le habia conocido en Inglaterra, se quitó un jubon de raso que
traia y se lo dió para abrigarle.

De esta manera pasó este siervo de Dios su prision, hasta que nuestro
Señor le remedió por otra vía, que fué moviendo á un hermano suyo, que es-

en Inglaterra, á venir á Fregelingas, donde, trocando su nombre propio, á servir al mismo capitan que tenia preso á su hermano: con esto tuvo voluntad de verle y tratar con él, y le proveyó de todo lo necesario, y proque los católicos ingleses en Flandes le rescatasen, como lo hicieron. Aluvieron á Bruselas, y fué tanta la devocion que cobró este mancebo, su ano, de ver la virtud y paciencia del F. Enrique, que determinó desde dejar al mundo é irse á Roma á entrar en Religion, como con efecto o.

bia tenido siempre el P. Enrique grandes deseos de ser enviado á Irlanda despues que entró en la Compañía de Jesus, y especialmente desde que vió ya sacerdote y acabados sus estudios de Teología, y así lo habia pedido muchas veces y con gran instancia á sus Superiores; pero mucho despues que tornó de Fregelingas donde le dió nuestro Señor grandes deseos de ir á Inglaterra para padecer martirio.

Despues que fué rescatado y libre de la prision, lo tornó á procurar con gran instancia, cebado de los regalos que nuestro Señor le habia dado en la prision.

Como no se concede esta merced á todos, ni por los tiempos que convenia que muchos fuesen juntos, iban los Superiores dilatándoselo. Qual viendo el P. Enrique y habiendo sabido que en España se habian abierto de nuevo dos seminarios ingleses con la grande piedad y liberalidad de la majestad del rey Católico, el uno en Valladolid y el otro en Sevilla, por aquella vía se comenzaban á hacer misiones en Inglaterra con facilidad; escribió una carta al P. Roberto Personio, pidiéndole que se le otorgase licencia del Padre General para ir á España.

Se le hizo, y fué primero al seminario de Sevilla, y estando allí algun tiempo, pasó despues con el mismo P. Personio al colegio de Valladolid, donde fué Ministro ó Vice Rector, hasta que alcanzó su deseada mision de ir á Irlanda, que sucedió de esta manera.

Desde el principio, poco antes que esto sucediese, á otro seminario de Irlanda, de rito anglicano, por orden tambien de S. M. Católica, en una ciudad de los Estados de Flandes llamada San-Omer, cerca de Inglaterra, para que acogiesen los hijos de los católicos de aquel reino en su tierna edad, así se librasen de las manos de los herejes que los querian quitar á los padres llegando á cierta edad, para pervertirlos y criarlos en su perfecta y tenerlos más guardados, que no saliesen de Inglaterra á los sesenta años.

Lo cual, para obviar este tan grande inconveniente, se propuso á la clemencia del rey D. Felipe II, que seria de grande servicio á nuestro Se-

ñor se fundase un seminario particular para este efecto en aquellos Estados, cerca de Inglaterra.

Su majestad, con aquel católico y real pecho y amor singular que siempre á esta nacion mostró, mandó luego que así se hiciese, lo cual se tuvo por singularísima merced, como lo era; y así, mandó S. M. señalar dos mil ducados de renta para el sustento de los que habian ya venido.

Pero habiendo los ministros de Flandes detenídose en ejecutar este mandamiento de S. M. y no acudido tan puntualmente con la paga, fué forzoso, por haber venido ya á Flandes y á la villa de San-Omer muchos hijos de gente principal y católica de Inglaterra con el aviso del nuevo seminario, que se enviase una persona de España, de propósito, para dar calor en el negocio.

Poniéndose los ojos para ello en el P. Enrique Valpolo, aceptó él la jornada de buena gana, pero con condicion que luego, en dando sus recaudos en Flandes y asentando las cosas del colegio de San-Omer, pudiese pasar á Inglaterra: lo cual le fué concedido, y él contentísimo con esto (llevando unos pre-nuncios grandes de su martirio) fué primero desde Valladolid, donde estaba, á S. Lorenzo el real el mes de agosto del año 1593, á suplicar á S. M. fuese servido de mandar se le diesen nuevas cartas para el efecto dicho.

Habiéndole despachado con grande brevedad, y besado á S. M. las manos por las mercedes continuas y favores grandes que á la nacion inglesa hacia, se despidió y con grande consuelo suyo dió la vuelta al colegio de Valladolid, de donde se partió luego para Vizcaya; y hallando en Portugaleta un navío que estaba aprestado para partirse á Cales, se metió en él para hacer su jornada.

En esta sazón escribió una carta al P. Rodrigo de Cabredo, Rector que era del colegio de los ingleses de Valladolid, de donde se habia partido, que porque muestra bien el ánimo con que iba y esperanzas grandes que llevaba de la merced que nuestro Señor despues le hizo en Inglaterra, me pareció poner aquí un capítulo de ella, que dice así:

«En Flandes tendré cuidado de hacer todo lo que V. R. me ha mandado, y tambien en Inglaterra, si Dios me concede libertad y vida; y sino, no dejaré entónces de tener memoria de V. R. delante de Dios, á cuya divina Majestad me encomiende en sus sacrificios y oraciones y de los demás de su colegio, del cual yo indigno siendo hijo, todo lo que de mí fuere será reputado ser del seminario de Valladolid.

»Plega á Dios que salga de manera, que su divina Majestad sea glorificado, y V. R. y todo el colegio consolado.

»A los Padres, y Hermanos, y algunos nuestros muy queridos, mis humildes é íntimas encomiendas; V. R. por amor de Dios me perdone las faltas y

me tenga en su alma y corazon como hijo, porque así tengo de ser siempre. Nuestro Señor more en su alma de V. R. siempre. Amen. De Portugalete á 3 de setiembre de 1593.»

Esto escribió de allí á la lengua del agua, y haciéndose á la vela, partió de España.

Hubo despues grandes sospechas que se habia anegado el navío en que iba, que fueron nuevas de grande dolor para los Padres del seminario de Valladolid; y quedando por ellas muy afligidos, escribieron cartas de mucha lástima y congoja á Flandes por tal pérdida.

Pero el P. Enrique, llegando despues con el favor de Dios en salvo á Flandes, aunque con grandes tempestades que habia pasado en el navío, sabiendo el sentimiento de los Padres de España; dando gracias al Señor, los volvió á escribir agradeciendo el cuidado que de su salud habian tenido; pero que él habia llegado bueno, y con una santa gracia, añadió que tenia esperanza que su suerte seria no morir ahogado en la mar, sino en tierra colgado de una horca de Inglaterra por amor y servicio de Jesucristo su Dios y Señor.

Acabados sus negocios en la córte de Flandes (lo cual hizo con grande presteza) encomendando á otros lo que él no podia negociar, por el intenso deseo que tenia de partirse presto á Inglaterra fuése de camino á San-Omer, y ayudó á los Padres que estaban ocupados en aquella obra, para asentar el colegio lo mejor que se pudo, porque venian ya muchos niños huyendo de Inglaterra.

Desde entónces ha ido creciendo aquel seminario, de manera que es uno de los más bien puestos y de más fruto que la nacion inglesa tiene.

Del estado y progreso de este seminario y de los fervorosos deseos de su corazon, escribió desde aquí al P. Roberto Personio las cartas siguientes:

«Habiendo escrito largamente á V. R. de Amberes, y pensando hacerlo otra vez dentro de quince dias con la mision de estudiantes que (placiendo á Dios) irán á España en un navío de Cales, que está ya concertado; pudiera pasar ahora con silencio, sino que la obligacion que á V. R. tengo, y el deseo de manifestarle todas las cosas, no me dejan perder ocasion de escribirle.

»Confío en nuestro Señor que dejaremos este nuevo seminario en algun estado razonable. El gobernador no parece contrario; el secretario Ibarra muy inclinado á favorecernos; los oficiales inferiores, aunque en materia de dineros y para gente extranjera sean difíciles, todavía, por saber que es tan á gusto de S. M. y favorecido del príncipe, espero que al fin acudirán á ello.

»Ya tenemos una libranza para la paga de tres meses; V. R. lo haga en-

comendar mucho á Dios, que sin duda lo ha de socorrer, pues es de tan servicio suyo.

»La juventud comienza á venir de Inglaterra en grande número y de mejor, y ningun seminario ha de ser mayor ni más provechoso que este.

»En cuanto á mí, se me ofrecen cosas en las cuales deseara mucho el parecer particular de V. R.; pero, pues por ahora esto no se puede haber, pido oraciones y santos sacrificios á nuestro Señor, para que yo emplee mis acciones, mi vida y muerte fielmente en su mayor servicio.

»Por el poco secreto de algunos en estas partes, mi viaje está descubierto con no poco peligro de perdida, ó por mejor decir, de ganancia mia, quando empleado en esta dichosa mision. *Fungens legatione pro Christo ut peccatorem reconciliet Deo*. En la cual si Su Divina Majestad fuese servido que yo perdiese la vida, cuánta felicidad seria la mia!

»Y por esto, mi amantísimo Padre, doy mil gracias de rodillas á V. R. por tan alto favor que me ha hecho en emplearme en esta empresa, y le pido por amor del mismo Señor, que me pida gracia para ser agradecido á tan alto beneficio, *et digne ambulare tanta vocatione*, delante de su divino acatamiento.

»Al Sr. Francisco Inglesilde escribiré despues con la mision de los estudiantes, y al P. Cresuelo y los dos Rectores de esos seminarios de España para que me encomienden á Dios. Oraciones, Padre mio, y Sacrificios he menester por ahora y no otra cosa.

»Yo soy vuestro *in saecula saeculorum*. El amor eterno de Jesucristo sea con V. R. y con todos, y su santo espíritu encamine todas nuestras acciones á su mayor gloria. De San-Omer á 13 de noviembre de 1593.»

En otra de 19, que fué cinco ó seis dias antes que se embarcase, dice así:

«Tres ó cuatro cartas tengo escritas á V. R. despues que llegué aquí, por las cuales habrá entendido haber sido sin fundamento su miedo de haberme yo anegado en el camino.

»Confío en nuestro Señor me ha ordenado otra suerte de muerte, para su mayor gloria: plegue á Su Divina Majestad que yo dé consuelo á V. R. en toda mi vida y gloria á mi Dios en la muerte, y que sea causa de algun bien á mi patria.

»Aquí se trata de comprar una casa muy cómoda para el seminario; que la vende es Mr. de la Croyx, caballero muy piadoso y católico, y favorecerá al seminario en todo lo que pudiere.

»Lo que me ha lastimado es ver la necesidad temporal que aquí hay, por la cual se han despedido cinco ó seis muchachos, los más lindos que he visto.

»Yo he dicho á los Padres que no pierdan ánimo, porque no podrá falta

Dios á tal obra. Mucho nos favorece el buen secretario; Dios se lo pague.

»Por causa de la pestilencia en Lóndres, no hay comodidad de pasaje para allá; pero yo tomaré cualquier otro que se ofreciere.

»Mucho me he holgado entender que está el P. Cresuelo con V. R., será grande consuelo y ayuda; lo mismo he recibido yo por acá del buen P. Holto, y voy muy animado y confiado en las oraciones y santos Sacrificios de V. R. y de los demás Padres y amigos.

»Yo con esto me despido; la gracia y bendicion de Jesucristo quede con VV. RR. siempre. De San-Omer, á 19 de noviembre de 1593.

II

Su partida á Inglaterra y prision.

Hecho esto, y temiendo, lo que despues sucedió, que no le viniese algun Órden contrario de España, para que se quedase por algun tiempo más largo en San-Omer, por ser ya casi en medio del invierno y estar los pasos cerrados para entrar en Inglaterra, por causa de la grande pestilencia que apunta con su carta; fué tanta la ansia que tuvo el fervoroso Padre de alcanzar presto la corona del martirio que Dios le tenia aparejada, que rompiendo con todas las dificultades dichas, se metió en uno de tres navíos de guerra que salían del puerto de Dunquerque, para correr la costa de Inglaterra y Escocia, habiéndole prometido el capitan de ellos que á él y á otros dos compañeros, que iban con él, los pondria en Inglaterra lo más presto y más secretamente que fuese posible.

De Dunquerque escribió otra carta en que significaba el mismo deseo de Pasar á Inglaterra, y, aunque se le representaban todas las razones que se Podian ofrecer, rompió por todas, y con su valeroso ánimo venia á parar en esfuerzo y deseo de padecer, de tal manera, que él mismo no se conoció, como dice en la carta, y se espantaba cómo ninguna cosa era bastante á poner temor en su corazon.

Partió, pues, de Dunquerque, y dado á la vela, tuvieron tiempo muy contrario por espacio de diez ó doce dias, de manera que no pudieron tomar Puerto hasta los cuatro de diciembre de aquel año de noventa y tres, que echando una barquilla tomaron tierra en una playa llamada Cabo de Ilambero, hacia la parte septentrional de Inglaterra, diez y seis leguas de la ciudad de Eboraco, donde reside el presidente de aquella Chancillería, el cual tambien es gobernador y general de todas aquellas partes del reino.

Entónces lo era el conde de Hingtington, sobrino del buen Cardenal Polo,

pero grandísimo hereje y cruelísimo perseguidor de los católicos; y parece que el demonio habia enviado un mensajero delante para avisar al conde que venia este siervo de Dios á sus manos.

Porque, habiéndose desembarcado una persona que venia en los mismos navíos no se sabe con qué ocasion, y siendo preso; confesó que allí venian otros algunos con intencion de entrar secretamente en Inglaterra, lo cual entendiendo el conde, envió luego dos criados suyos que mirasen en los puertos de la mar qué gente venia.

Toparon con el Padre y sus dos compañeros en un meson, cuatro ó cinco leguas la tierra adentro, en una villa llamada Killam el mismo dia que habian desembarcado; dieron noticia á la justicia, y así, fueron presos y puesto en guarda con mucho cuidado en el mismo lugar donde estuvieron tres dias, hasta que el presidente los mandó llevar presos á la ciudad de Eboraco.

En llegando, fueron llevados delante de él y de los de su Consejo, y haciéndoles algunas preguntas confesaron presto quiénes eran, y así, fueron luego presos en tres diferentes cárceles, y al Padre en particular le pusieron estrechísima guarda, con la cual estuvo preso en aquella ciudad por espacio de dos meses y medio, hasta los 25 de febrero del año siguiente de 1594, en que por mandado de la reina y de su Consejo, fué llevado preso á la ciudad de Lóndres, que dista ochenta leguas de Eboraco.

Estando el P. Enrique preso en esta cárcel de Eboraco, vinieron á disputar con él de las cosas de nuestra religion algunos ministros y predicadores herejes, molestándole, como suelen, más con palabras injuriosas que con argumentos, como el mismo Padre escribió desde la cárcel á otro Padre de la Compañía, llamado Ricardo, el cual, con particular providencia de nuestro Señor, andaba por entónces en aquellas partes, ordenándolo así Su Divina Majestad para dar algun consuelo á este siervo suyo, dándoles á los dos modo de comunicarse por cartas el uno al otro.

Habiendo el P. Ricardo, que estaba libre, escrito una carta al P. Enrique, sin firma para que no se descubriese, respondióle el P. Enrique otra que me pareció poner aquí, que dice de esta manera:

«Aunque en la de V. R. no viene nombre ninguno, con todo eso veo bien que es de amigo y amigo en armas; y así, he recibido grandísima consolacion con sus palabras. Si pudiese conferir con V. R. algunas cosas mias, me seria de grandísimo contento, mas por cartas puedo decir muy poco.

»Encomiéndome, Padre carísimo, en las santas oraciones de V. R. y en las de los demás Hermanos nuestros y amigos en Jesucristo nuestro Señor.

»Lo que se ha de hacer de mi no lo sé hasta ahora. Mas todo es uno, ayudándome Dios con su divina gracia, que está en todas partes y lugares sep-

tentrionales, australes, orientales y occidentales, y las alas de su proteccion y amparo se extienden á todos los lugares donde están los que le sirven, y reverencian, y hacen profesion de glorificar y honrar á su santísimo y preciosísimo nombre.

«Así, confío que será glorificado en mí, así en la vida como en la muerte. *Qui coepit perficiet; vivere mihi Christus est, et mori lucrum.*

»Vienen algunos á disputar conmigo, más con gritos y voces que con palabras y argumentos. No puedo pasar más adelante, *custos adest.* Al Angel custodio nuestro, y á toda la corte celestial, y á nuestro Señor Jesucristo encomiando á V. R.; *memento mei.*»

Esto pasó en la cárcel de Eboraco al principio de la prision del Padre; pero cuando avisado el Consejo real de Lóndres de esta prision y de la importancia del preso, y que era hombre docto, noble y de grande juicio, y jesuita, que habia venido de España, y visto al rey, y vivido con Personio, y que estaba fuerte y determinado en la defensa de su religion, y que no discutía cosas de Estado, como ellos deseaban; dieron parte del negocio á la reina que vivia con grandes sospechas y miedos de los sacerdotes que salen de los seminarios, y particularmente de los jesuitas, y así, se determinó de enviar á Eboraco un hombre de propósito para examinar al Padre con más estudio y cuidado.

Este era el Prefecto de los tormentos, llamado Toplifo, hombre bárbaro y cruelísimo, el cual algunos meses antes en los exámenes y tormentos del Roberto Suthuelo, habia excedido tanto la comision que tenia del Consejo en atormentar y calumniar al mártir, que, averiguadas despues las cosas de los deudos del Padre, que eran gente de autoridad y algunos siguen á la misma reina, fué Toplifo echado en la cárcel y privado del oficio de comisionario y juez; pero con esta ocasion de la nueva prision del P. Enrique fué sacado y enviado otra vez con comision de examinarle, aunque no con tanta autoridad como de primero habia tenido, sino con título sólomente de síndico y descubridor.

III

Exámenes que le hicieron en la cárcel.

Despues que el legado Toplifo á la ciudad de Eboraco, trató con el conde Huntington, era presidente y gobernador (como se ha dicho), la manera que se habia de seguir en el examen del P. Valpolo.

Desprecióles que seria bien primero tratar el negocio por vía de blandura y

persuasion, y así, le aconsejaron que él mismo escribiese una confesion general de toda su vida, y le dieron papel y tinta para ello.

Tambien enviaron algunos teólogos suyos á disputar con él aún más apretadamente; pero mostrando grande ignorancia y quedando confusos, animóse el Padre á escribir un tratado dirigido al mismo presidente y á los de su Consejo sobre las palabras de Cristo: *Cavete vobis á falsis prophetis*, amonestando á ellos y á todos que se guardasen de sus teólogos y profetas herejes, pues no sabian lo que enseñaban.

De todas estas y otras cosas que pasaban da cuenta el mismo Padre en una carta suya que escribió al P. Ricardo, de quien arriba hicimos mencion, el cual de cuándo en cuándo le iba tambien escribiendo, que fué grandísimo consuelo para el preso, porque por este medio venia á entender algo del estado de las cosas de Inglaterra y de los católicos, aunque mucho más le importara (como le escribió el Padre) si hubiera podido hablarle, para guiarse mejor en los exámenes y conferencias con los herejes; pero, no pudiendo ser aquello, agradeció mucho á nuestro Señor este otro consuelo, reconociendo los muchos beneficios que recibia de su bendita mano; y así, en una carta escribió al P. Ricardo las palabras siguientes:

«Las de V. R. me son de gratísima consolacion, y la presencia suya de una hora seria de más momento de lo que puedo escribir, para mejor tratar con estos adversarios; mas lo que es imposible á los hombres es muy fácil á nuestro Señor, y así, espero que lo que en esto me falta, suplirá mi dulce Jesus y Señor por otros medios, cuya celestial consolacion y asistencia he hasta ahora hallado prontísima en las mayores necesidades, y lo mismo estoy bien seguro que será siempre, pues el amor con que nos ama es sempiterno.

»Querer escribir todo lo que me ha pasado por acá con los contrarios, seria nunca acabar y era necesario mucho tiempo.

»En mi exámen he dado por escrito un largo discurso de toda mi vida en los reinos de esotra parte del mar y tierras donde he estado y de todas mis acciones é intenciones, afirmando que todas eran para glorificar sólamente á Dios y aumentar la santa fe católica, con el cual ánimo dije que me determiné de tornar á mi patria, deseando grandemente de volver católicos, no sólo á todo el pueblo y reino, pero aún mucho más á la misma reina y á toda la nobleza de Inglaterra; y así, hice protestacion pública que me esforzaria de hacerlo en todas ocasiones con la gracia del Señor.

»A las cuestiones y preguntas que tocaban á otros, me excusé de responder, aunque me dijo Toplifo que, cuando estuviese en sus cárceles de Briduelo y la torre de Lóndres, donde tiene sus tormentos aparejados, haria que yo lo dijese y respondiese á todo.

Yo le respondí que no permitiría Dios nuestro Señor que yo por ningun
fallo hiciese cosa alguna contra Su Divina Majestad, ó contra mi concien-
cia ó contra la justicia é inocencia de otros.

He tenido muchas cuestiones y argumentos con muchos herejes; y cre-
do que habia de ser juzgado y sentenciado en las Cortes pasadas de esta
ciudad, envié todas las conferencias y disputas, que tuve con los ministros,
residente, por cuya comision se me ha dado papel para escribirlas.

Envié tambien con ellas un largo discurso, por el cual avisaba á todos
que se guardasen de falsos profetas y comenzasen á oír de veras á la santa
Escribana, á la Esposa del Rey, á la Casa, á la Heredad y á la Ciudad de Cristo
nuestro.

Uno de los ministros se quejó de mí al presidente, porque me atreví á
poner semejantes razones por escrito; pero no las supo refutar, y verdadera-
mente me parece que quedan muy confusos. Bendito sea Jesus: *Qui dat os
sibi, cui non possunt resistere sapientes.*

Deseo mucho tener algun libro ó un par de ellos por algunas horas, mas,
si los pudiera haber, Jesus nuestro Dios y Señor está presente, que es eter-
na sabiduría; suplíquele V. R. que me ayude siempre y que todo sea para su
gloria.

En gran manera me espanto que mi bajeza se avecina tanto á la corona
de martirio, como me dicen; mas estoy cierto que la sangre de mi bendití-
simo Redentor y Salvador, y su dulcísimo amor me puede hacer digno de
ello: *et omnia possum in eo, qui me confortat.*

V. R., Padre amantísimo, es el que está en la batalla, y yo estoy ocioso
viendo el real; mas, con todo eso, el santo rey David nos hace las ganan-
cias; y el amor, caridad y conjuncion que en Jesucristo nuestro Se-
ñor junta, nos hace participantes á unos de los méritos de los otros, y
nos podrán ser más unidos y hermanados entre sí, que nosotros dos,
gregati sumus in hoc ministerium simul, como V. R. ve?

Preguntóme el presidente quién era Superior de los de la Compañía en
aquella ciudad, si era éste ó el otro ó quién; mas Toplifo respondió que sabia
quién era Superior, y lo nombró.

Pregunto mucho á V. R. que haga de manera que esta carta sea comun á
todos, que á cada uno de ellos deseo dar á mí mismo, y muy en parti-
cular á todos los carísimos Padres y Hermanos nuestros de la Compañía de
nuestro Jesus, en cuyas oraciones, trabajos y sacrificios tengo parte y
esperanza.

Para mediada cuaresma espero que se resolverá de mí *in vitam, vel in*
eternam; pues volverán á tener aquí cortes, y entre tanto tengo tiempo muy

aparejado para ayudarme y con buen ánimo esperar todo lo que la Majestad de nuestro Señor será servido que se haga de mí.

»Ruego á V. R. que junte sus oraciones santas con las pobres flacas mias, para que pueda yo caminar dignamente conforme á la santa y alta profesion y nombre que tengo, como confío en la misericordia de nuestro Señor que me lo concederá, y no mirará tanto á mis muchas imperfecciones, cuanto á los fervorosos trabajos, oraciones y santos sacrificios de tantos Padres y Hermanos mios, siervos suyos, que se emplean en el mundo en su santo servicio.

»Espero en los merccimientos de mi dulcísimo Salvador y Señor que, vivo ó muerto, estaré siempre aparejado para glorificarle, de donde me vendrá á mi eterno bien.

»Si mi indignidad y poco merecimiento detiene mi corona por ahora, me esforzaré de servirle con más cuidado para ganarla despues; y si su misericordia en este tiempo me la dá, lavaré mis vestiduras *in sanguine agni*, y así, espero le seguiré vestido de blanco.

»Deseo el consejo de V. R. y sus cartas, cuando se pudiere, y en particular oraciones siempre; y así, encomiendo á V. R., mi dulcísimo Padre, á la proteccion de toda la córte celestial, y á los ángeles, y santos, y á la gloriosísima Vírgen, y á nuestro Señor Jesucristo, el cual bendiga á V. R. y á todos los trabajos que toma á gloria de la Santísima Trinidad.

»He confesado en mi exámen que he trabajado por el aumento de los seminarios de España y por el de San-Omer, y lo haria ahora con más diligencia y cuidado, si tuviera tiempo oportuno; y que dí muchas gracias á la majestad del piadosísimo rey Católico por la grande merced y favor que ha hecho al seminario de San-Omer; y que truje carta al gobernador de Flandes y al seminario, para este efecto; todo esto confesé llanamente.

»Por la gracia de Dios he confesado tambien que mis oraciones han sido todas enderezadas siempre á hacer bien á todos y mal á ninguno, á procurar paz entre todos, á dilatar nuestra santa fe católica y el reino de Cristo con todas mis fuerzas.

»Esta es la suma de mi confesion general que al presidente y á Toplifo dí por escrito y firmada de mi mano.

»Preguntáronme, entre otras preguntas, si por ventura el Papa se resolviese de hacer guerra á Inglaterra, qué haria yo; respondí que las circunstancias que entónces ocurriesen me darian más luz, y que en tal caso recurriria á Dios nuestro Señor y le pediria consejo, y que pensaria bien en el negocio antes que me metiese en cosas de guerra. *Hacc et huiusmodi de quibus postea.* Jesus sca con V. R. siempre. *Oremus inuicem.*»

pues que el mártir habia enviado esta carta al P. Ricardo, le vino un ero con cartas de unos amigos católicos, por las cuales le daban á er por cosa cierta que tenian suficientes medios para secretamente li de la prision, y que no faltaba más, para ponerlo en ejecucion, que sólo sentimiento, el cual el Padre no quiso en modo ninguno dar; pues, fuera gusto que mostraba de que le quitasen por esta vía la ocasion del mar- eia tambien muchos y grandes inconvenientes que de ello se seguirian. todo esto, por no parecer que hacia poco caso del ofrecimiento de ta- gos, y por satisfacer á la importunidad de alguna gente principal que edio proponia, se resolvió de remitir la determinacion del caso al rdo, pues no tenia lugar de consultarlo con otro Superior.

ó luego el mismo mensajero con las cartas que traia al dicho P. Ri- el cual, aunque angustiado algo con la priesa que le daban en una cosa a importancia; todavía, habiendo bien considerado el negocio y enco- lole á Dios nuestro Señor, se resolvió que en ninguna manera con- acer ni intentar tal cosa, alegando para esto las razones siguientes.

imera, que aunque la cosa en sí era lícita, con todo eso el quedarse de gran virtud y merecimiento y manifestamente de grande gloria ; y no viéndose igual gloria suya en huir, ántes la huida pareceria se- olver las espaldas al Señor y á la corona del martirio, y podia ser de scándalo á otros y ejemplo para que en semejantes trances las ove- sen grande temor á la muerte, é hiciesen lo mismo, viendo á su Pas- arla y huir estando tan cerca de ella.

de esto, decia que no se podia creer que le saldria cierta y segura y que podria ser que de nuevo fuese con muy grande ignominia cual era más cierto que el poderse salvar.

iente, lo que era de mayor momento y consideracion, era dar oca- con su huida hiciesen los herejes grandísima inquisicion y diligen- do el reino, por lo cual podria suceder que en lugar de uno mu- esta vía viniesen á manos de los ministros, y estos, por ventura, más nénos esforzados que él.

razones las escribió el P. Ricardo, á las cuales el P. Valpolo respon- guientes: «Recibí la de V. R. y el consejo que por ella me da tomo uena gana como de mano de Dios nuestro Señor.

antes razones se me habian á mí ofrecido, pero propuse la cosa á amente para dar satisfaccion á otros, conociendo muy bien el es- nuestra Compañía en semejantes consultas, cuya direccion procuro *in manifestis*, cuando puedo, aunque no haya mucha duda, sien- bráculo de nuestro Cristo Jesus.

mente que me mande dar algun tiempo quieto para poderlo hacer, y que me inquieten ni me interrumpen. »

Con esta carta se movió el presidente á tratarlo áun más cortésmente algunos dias, y permitirle algunos libros, y papel, y tinta; y así, escribió tratados, el uno intitulado: *Attendite a falsis Prophetis*, y el otro *De la racion é invocacion de los Santos*; este postrero tratado agradó y contentó mucho al presidente.

De los otros tratados que prometió no se sabe cosa alguna hasta ahora puede ser que fuese impedido en proseguir, por haberle enviado á Lón como luego se dirá.

Algunos dias despues, oyendo el conde y Toplifo que el Padre iba ganando opinion de hombre prudente y letrado con los tratados que escribia y las disputas y conferencias que habia tenido con los ministros, y más, muchos eran ya de parecer que estaba inocente de las cosas que solian hacerle cargo á otros sacerdotes, de que revuelven la república y tratan materia de estudio; parecióles que seria bien usar del mismo artificio que usaron los fariseos con Cristo nuestro Señor, que es cogerle en las palabras.

Por esto, fuera de todo lo que antes le habian preguntado de palabra y acerca de cosas que le podian perjudicar, á las cuales él habia respondido claramente con toda verdad y sinceridad, le enviaron de nuevo siete artículos mandándole que respondiese á ellos y diese firmado de su nombre lo que respondia, y así lo hizo, que fueron los que se siguen con sus respuestas:

«Decid cuándo os partísteis de este reino y si para esto tuvísteis licencia. Habrá doce años que me partí del reino, y la causa fué para gozar y tener uso de los Sacramentos y libertad de mi conciencia para vivir cristiana y católicamente; y estando ya yo persuadido de la verdad y sinceridad de la doctrina católica, no me curé de pedir licencia para usar de ella.

»¿Dónde fuistes primeramente y hasta dónde llegaste, y quiénes fueron vuestra compañía? Fuíme sin compañía ninguna, haciendo mi viaje con personas desconocidas, las cuales encontré yendo á la villa de Castelnneno en esta misma provincia eboracense, y allí me embarqué para Averdegracia en Francia, no habiendo en el navío más que marineros, á los cuales no me manifesté que era católico hasta que llegué á Francia.

»¿Dónde habeis vivido despues que llegastes de esa otra parte del mar mayor parte del tiempo, hasta vuestra vuelta á este reino, y adónde os habeis empleado cada mes y año, despues que estais fuera de Inglaterra? tuve muy poco en Roan y en París de Francia, de donde me partí á Roan adonde estudié cerca de un año Teología, y despues en Roma casi tanto, hasta que entré en la Compañía de Jesus, en la cual por espacio de

adí totalmente á la oracion mental y á los ejercicios humildes de la oracion debajo del gobierno de mi Maestro espiritual.

Al fin de año caí en una enfermedad de estómago y mal de pecho, por lo que mi General, el P. Claudio Aquaviva, enviado fuera de Roma á un colegio de nuestra Compañía que hay en Pont-Muson, del cual me enviaron á Verdun, adonde en una casa de probacion (como nosotros la llamamos) que allí hay, estuve otro año con los novicios, debajo de la disciplina de otro Maestro espiritual.

Este tiempo recobré la salud y me tornó á enviar la santa obediencia á Pont-Muson, adonde estudié Teología otros dos ó tres años; despues de lo que me habiéndome ordenado de Epístola en Metz, fuí enviado á Flandes, y en Bruselas, en París me ordenaron de Evangelio y de Misa.

Despues fuí á la córte de Bruselas de Flandes, donde la obediencia me enviaron á dar confesiones en italiano, inglés, español y francés; y estando en esta obediencia, fuí llamado de mi Provincial á Tornay, adonde tuve otro tercio de probacion, atendiendo al recogimiento de mi alma y á la oracion segun el uso y costumbre de nuestra Compañía.

Al fin de este año, me señalaron por confesor de nuestro colegio de Bruques, por orden de nuestro R. P. General, á instancia del P. Persone, y despues fuí enviado á España.

Despues me enviaron á Sevilla en la Casa Profesa de nuestra Compañía y en el seminario de San-Fernando, que allí hay, como dos meses, de donde me enviaron á Valladolid. En el colegio inglés de aquella villa fuí Ministro seis ó siete meses.

Despues de esto, fuí enviado á la córte á procurar algunas cartas de favor para la ereccion y fundacion del seminario de San-Omer, y con cartas del Rey que llevaba para uno de los del Consejo de Estado del rey Carlos II. para otros personajes.

Despues me dio audiencia muy grata de S. M., y habiéndole dado las gracias por el favor que me hizo para el dicho seminario hacia, con su licencia y con cartas suyas para Flandes, donde las dí al gobernador y magistrados y solicité la ereccion del dicho seminario juntamente con la ayuda de otros Padres de nuestra Compañía, y de allí, finalmente, he venido á Inglaterra.

Con quién habeis tratado todo este tiempo y cómo se llamaban, así como se llama la nacion inglesa como de cualquiera otra, sean hombres ó mu-

La conversacion con personas fuera de mi religion durante el tiempo de mi obediencia y estudios fué muy poca ó ninguna, sino sólomente con los de nuestra Compañía; despues conversé un poco más, principalmente con los de los nuestros colegios ingleses.

»Cuanto á los seglares, la mayor conversacion era con aquellos que se confesaban conmigo, aunque eran pocos los que hallé de nuestra nacion, pero esto todo brevemente, porque las reglas, órdenes y ejercicios de nuestros colegios nos permiten poco tiempo para poder hablar, y, por lo ordinario, más son saluciones ó breves visitas, que largas pláticas.

»Cuanto á forasteros de otras naciones, no he tenido con ellos familiaridad alguna ni ordinaria comunicacion, sino algunas veces que he sido intérprete por algunos que no sabian la lengua; fuera de esto, he ido á visitar los encerrados y enfermos de diferentes naciones.

»¿A qué fin y propósito han sido enderezadas las pláticas y consultas vuestras en las partes de allende el mar y con qué personas?

»Mis pláticas y consultas han sido enderezadas al mismo fin á que toda mi vida, que es á buscar en todo la mayor gloria de Dios nuestro Señor y bien de los prójimos, para lo cual he usado de todos los medios que se me han ofrecido, buscando oportunidad de dar á todos cuanto podia de consuelo y bien y todo el socorro que me era posible; de tal manera, que á los protestantes de la nueva religion me esforzaba de enderezarlos y encaminarlos á la católica; á los discordes procuraba de unir siempre y hacer paces con todos con todas mis fuerzas, teniendo por una gran misericordia de Dios nuestro Señor para mi alma poder hacer bien á todo género de gente.

»Finalmente, aunque yo haya sido siempre malo y flaco y lleno de imperfecciones, pero con mis oraciones, deseos, propósitos y ejercicios he deseado inclinar y atraer á todos los hombres, por todas las maneras que me han sido posibles, al conocimiento, amor y servicio de Dios nuestro Criador y Señor último fin y bien de todos.

»Por lo cual he juzgado y tenido siempre por mejores aquellos medios que son más espirituales, suaves y conformes á la vocacion á que Dios me ha llamado, y segun ellos me he empleado siempre de buena gana y me emplearía toda mi vida por el mayor bien espiritual y temporal de mi amada y dulce patria, de la cual no soy enemigo ni contrario, sino que la amo con el afecto y amor natural que debe un fidelísimo hijo y ciudadano suyo, prefiriéndola en este amor á todos los demás reinos del mundo en todas las cosas en las cuales no se mezcla ofensa ó deshonor de Dios nuestro Señor.

»¿De quién, y por qué medio, y de qué personas particulares habeis tomado avisos, mensajes ó direcciones para tratar de cosa alguna en este reino despues que entrásteis en él?

»Mi direccion fué principal y casi sólamente del P. Personio. En lo que toca á mis idas á las córtes de España y Flandes y venir aquí á Inglaterra como ya tengo dicho, no he tenido mensajero para cosa alguna de momento.

ninguna parte, sino solamente algunas encomiendas que los amigos de á me han enviado.

quién veníades enderezado, á qué personas, hombres ó mujeres, y cómo van? ¿á qué lugares veníades y por qué causa érades enviado despues trástes?

trando yo en el reino, habia de preguntar en las cárceles por algunos de la Compañía, por medio de los cuales me habia de juntar con mi or, del cual habia de tomar direccion y órden para quedarme y ocupar porque nuestro intento y deseo es procurar hacer bien á todos por los dios que Dios nos inspirare, preguntando y tomando el consejo de Superior en las cosas y negocios dudosos.

nombrar aquí personas particulares para descubrirlas y ponerlas en peligro no puedo hacerlo con buena conciencia, ni es justo que mis hermanos católicos, que viven conmigo en la union de la Iglesia católica, padezcan por causa.

esto, así como estoy prontísimo para hacer por mi patria todo el buen oficio y servicio que me fuere posible hacer, salva mi conciencia debe un católico y religioso sacerdote; así tambien, por otra parte, me siento con la gracia de Dios nuestro Señor, de no hacer jamás lo malo de esto, sino preferir y anteponer siempre la obligacion que se debe á todos cuantos respetos hay en el mundo.»

IV

llevado á Lóndres y en las córtes de Eboraco le hacen cargos.

fueron las respuestas del siervo de Dios, llenas de santidad y piedad como se ve por ellas; pero no por eso satisficieron á la malicia de los inadores, y así, procuraron que la reina mandase llevarlo preso á como fué, y lo llevó Toplifo, tratándole en el camino con grande dureza.

base mucho este Toplifo de llamarse cazador de sacerdotes, diciendome aunque habia sido toda su vida amigo de caza, pero nunca tanto como á veces lo era de caza de sacerdotes romanos.

tambien que era instrumento de la seguridad de la reina, y debia de volver por este camino á su gracia.

vado á Lóndres el fervoroso P. Valpolo como famoso traidor; y para hacer más odioso su negocio y más justificados los tormentos que le daban, sobornaron algunas personas diabólicas que afirmasen que

por su instigacion se habia de matar á la reina, lo cual era artificio muy ordinario de los herejes, y era tan notoriamente falso, que los mismos enemigos suyos no se atrevieron á hacerle cargo de ello despues en su juicio y proceso.

Llegado el siervo de Dios á Lóndres, le echaron en el castillo que llaman la *torre*, y, fuera de los tormentos crueles que le dieron, en todo lo demás le trataron sin género de piedad, como lo testifica en una carta de veinte y tres de octubre del año de mil y quinientos y noventa y cinco, de Lóndres, el Superior de los Padres de la Compañía de Jesus en Inglaterra, en la cual entre otras cosas dice así:

«Fué tratado en la torre de Lóndres el bendito P. Valpolo con grandísima miseria y pobreza, tanto, que el mismo alcaide, con ser un hombre fiero y bárbaro, se movió á preguntar por algunos de los parientes del Padre, y, hallándoles, les dijo que estaba en grande y extraordinaria necesidad, sin cama, sin vestidos y sin abrigo ninguno en tiempo de grandísimos y cruelísimos frios, de manera que el mismo enemigo, por sola compasion, le dió un poco de paja para en que durmiese.

»Fuera de esto, dijo una vez el Padre, estando delante del tribunal y Consejo, con ocasion de responder á lo que le preguntaban, que habia sido atormentado catorce veces, y sábese bien cuán cruel sea un tormento de los que ahora se usan, pues ordinariamente es tenerlos suspensos en el aire seis ó siete horas por las manos, y por causa de ciertos hierros que tienen alrededor de ellas, que es como casi un hilo que corta, vienen á derramar en el tormento mucha sangre.

»Colegiráse bien la fuerza de este tormento de lo que esta cuaresma pasada aconteció á un lego, llamado Jacome Atkinsono, al cual pusieron en este cruelísimo tormento, para que acusase á su propio amo y á otros católicos y sacerdotes, y tuviéronle tanto en él, que le sacaron por muerto al cabo de muchas horas que lo habia padecido, y dentro de dos murió.

»Este tormento se entiende dieron al buen P. Valpolo, porque le hallaron despues de muerto los dos dedos gruesos mancos y heridos, de manera que no podia usar de ellos de ninguna suerte.

»Son estos crueles hombres ingeniosísimos en hallar nuevos géneros de tormentos jamás usados en aquel reino; y así, con extraordinaria crueldad ejercitan la rabia que contra los católicos tienen, particularmente contra la Compañía de Jesus, haciéndoles padecer estos y otros más duros que sufrir que la misma muerte, pero muy propios para mayor corona.»

Hasta aquí son palabras de aquel P. Superior de la Compañía de Jesus que estaba en Inglaterra.

Detuvieron al P. Valpolo en estos ejercicios de suma paciencia en el ca

de Londres casi un año; y no pudiendo sacar nada de él á su gusto, se vieron de volverle á Eboraco, para que en el tiempo de unas Cortes que habian de hacer, fuese en ellas con mayor solemnidad condenado á muerte, como hicieron á nuestro Salvador los judíos en las grandes fiestas de Pascua del cordero en Jerusalem.

descansó más el fervoroso Padre en esta vuelta que habia descansado en su ida y detenimiento en Londres; y parece que le era ya de tanto gusto ver por su Señor, que no queria otro regalo: así lo escribió el mismo Superior que habemos dicho, en aquella carta de los 23 de octubre, de esta manera:

Volvió, pues, á nuestro Padre á Eboraco, para que fuese presentado á la universal junta y Cortes que allí se habian de tener mediada Pascua, y no quiso jamás en todo el camino acostarse en cama, ni aún reposar en ella para alivio del trabajo del camino; así, su reposo era sobre la dura tierra.

Regado, pues, á Eboraco, fué puesto en la prision, donde estuvo muchas semanas hasta que los jueces vinieron á las Cortes.

En la cárcel sola una pobre estera de tres piés de largo, sobre la cual hacia oracion de rodillas gran parte de la noche, y, cuando dormia, era sobre el suelo: fuera de la larga oracion que de noche tenia, y en que gastaba mayor parte de ella, se ocupaba no poco en hacer versos en lengua castellana, en que tenia particular talento y gracia; y así, habia hecho antes de partirse de este reino una obra en verso sobre el martirio del glorioso Juan de la Cruz, la cual agradó tanto á todos, que no sabiéndose el autor, mandó el Consejo á un gentil hombre que la publicó, á que le cortasen las manos y á cárcel perpetua, en la cual murió devotamente al cabo de algunos dias.

Estas son palabras de aquel Padre.

Después de tambien el mismo que, estándose aguardando la venida de los jueces para sentenciarlo, vinieron unos herejes letrados para disputar con él, vino ellos el hijo del Arzobispo de Eboraco, llamado Sandes, que estudiado su Teología al modo de ellos, y con grande ostentacion oró un espacio de hora y cuarto en alabanzas de sus herejías y reprobacion de la doctrina católica, al cual el Padre escuchó con mucha paciencia hasta acabar, luego con maravilloso método, y grande elocuencia, y eficacia de palabra fué refutando punto por punto todo cuanto habia dicho, tanto, que el hereje, admirado de lo que oia, dijo con juramento que aquel hombre tenia profundo entendimiento, y que no se ganaba nada en disputar con él; y despues de haber gastado un dia entero con él, se fueron.

Siguiéronse luego las Córtes, á tres de abril, en las cuales fué condenado á muerte el P. Valpolo de la manera que aquí se dirá.

Los jueces que habian sido enviados por la reina para presidir en estas Córtes eran tres, que se llamaban Beamonte, Hillardo y Elvino, los cuales, viniendo con grande autoridad vestidos de sus ropas parlamentales de grana, conforme á la costumbre del reino, se sentaron en el tablado que para esto estaba hecho, acompañados del conde de Huntington, que, como habemos dicho, era el presidente y gobernador general, y del vizconde gobernador particular de aquella provincia, y de todos los señores de título, y de los que llaman justiciarios, y de mucho número de letrados, y de los oficiales de la justicia y de la corona.

Sentados todos, estando grande multitud de gente á la vista, mandaron que se les presentasen al P. Valpolo, el cual fué llevado á este juicio cargado de grillos y cadenas en medio de muchos ladrones y malhechores para mayor deshonra y confusion suya, y sentenciado á muerte con ellos, como se hizo con su Dios y Señor Jesucristo.

Luego que pareció el Padre delante de este tribunal, le llamó por su nombre propio con voz alta el secretario de las Córtes, diciendo: «Enrique Valpolo, alzá la mano,» que es principio ordinario de la forma del juicio público en Inglaterra, para que todos los presentes lo vean, y particularmente los jueces, y asesores, y los doce jurados, los cuales, conforme á la usanza de aquel reino, han de juzgar y sentenciar el hecho de que es acusado el reo, dejando á los jueces, que son letrados, el mirar el derecho: por esta causa están los dichos doce gentiles hombres señalados y juramentados presentes, para que oigan todo el proceso y vean los testigos y otras probanzas que hay contra el acusado, para que luego despues juntándose, pronuncien la sentencia de si es culpado ó no en lo que se le opone. El siervo de Dios obedió luego el mandado del secretario, y hecha primero la señal de la santa cruz, con que los herejes se ofendieron algo, alzó la mano.

Entónces el secretario, callando todos por un pregon que para ello se dió, declaró la acusacion del Padre con estas palabras: «Sois acusado, Enrique Valpolo, de que, siendo inglés de nacion, nacido en la provincia de Norfolcia de este reino, vasallo de la majestad excclentísima y soberana de la nuestra reina y señora Isabela, hijo mayor heredero de vuestro padre; os partísteis de este reino allende el mar, y allí fuísteis ordenado de sacerdote por autoridad de la Sede romana, y despues, como traidor y enemigo del reino y de la majestad de la reina, tornastes á Inglaterra contra las leyes del reino y fuistes á la villa de Killan, donde os prendieron. Decid si sois culpado de estas traiciones y delitos de lesa majestad.»

respondió el Padre que de ninguna traicion ó delito de lesa majestad era acusado: replicó el secretario conforme á la usanza y forma de aquel tribu-
«¿A quién os remitís en esto?» aguardando á que respondiese el Padre
o suelen los demás reos, que se remitia á Dios y á la patria, es á saber,
allos doce jurados, cuanto á la averiguacion del hecho, y á los jueces y
ores para determinar el derecho, como se dijo.

pero el Padre, sabiendo bien la injusticia que le habian de hacer los unos
s otros, díjoles que él no veia allí juez ninguno competente para deter-
ir su causa, pues todos eran legos, y por ser él sacerdote no habia de ser
ado conforme á todo derecho, sino por jueces eclesiásticos.

esto respondió uno de los jueces, llamado Beamonte, y le dijo: «Valpolo,
s conviene refutar esta forma de juicio, pues estais en Inglaterra, sino
os remitais á la patria segun la costumbre de ella, y hallareis equidad
uestro negocio.»

uego el Padre se remitió á Dios y á la patria, y con esto el secretario
á repetir con voz alta la acusacion ya dicha, y luego hizo pregonar con-
e á la costumbre, que si alguna persona tenia que decir contra Enrique
olo, cuya causa se trataba, viniese.

esto salieron dos ó tres letrados del Consejo de la reina, que fueron el
ado, el solicitador y el fiscal, y comenzó el abogado, llamado Sabelo, á
r al Padre en nombre de todos los que eran de la parte de la reina, y
ándose á los doce jurados que habian de sentenciar la causa, dijo así:
ste hombre, señores, cuya causa se trata, es sacerdote romano y tam-
s jesuita; y conviene mucho que entiendan bien todos los fieles súbd-
este reino y vosotros, señores jurados, para el caso presente esteis
idos que esta secta de jesuitas es una nueva Religion de papistas re-
dos que tienen diversas casas en Italia, Francia y España.

aseo asimismo que se sepa que la Iglesia por muchos años fué gober-
or sacerdotes seglares y despues se levantaron en ella cuatro Religio-
frailes, y últimamente fué instituida ésta de jesuitas, la cual es esti-
mucho de los papistas por los hombres de doctrina y gobierno que
porque, antes de llegar á la profesion, son primero escolares y despues
otes, despues aprobados y últimamente son admitidos por jesuitas
os, siendo ya hombres de grande doctrina y gobierno; y así, como tie-
icha experiencia, tienen tambien uso en cosas políticas y traiciones.»
ste razonamiento quiso responder el siervo de Dios, mas no le deja-
ometiéndole que despues le escucharian, con lo cual prosiguió Sabe-
jo:

nos por experiencia qué estos hombres han sido escogidos para la

exaltacion del rey de España, y para que se haga monarca del mundo, y traiga todos los reinos y tierras á la religion del Papa; porque ¿quién ha sido causa de los grandes trabajos y calamidades de Irlanda sino los jesuitas? ¿y quién lo ha sido de los domésticos y particulares daños de este reino sino estos hombres de esta Religion? ¿Quién ha instigado al rey de España contra nosotros sino Personio y otros de esta Compañía? ¿Quién ha metido tantas discordias en Flandes sino Holto y otros algunos de estos?

»En Francia se han descubierto muchos de ellos que conspiraban contra el rey, y aún el reino de Escocia no está libre de sus impíos y malvados tratos.

»Habemos sabido tambien cómo, poco ha, estos enemigos y traidores jesuitas procuraban la muerte de nuestra serenísima reina; á la cual Dios guarde y libre. Amen.» Y el pueblo con gritos y aclamaciones dijo: Amen.

»¿La rebelion de las tierras septentrionales, la conspiracion del sacerdote Bailardo, y de sus compañeros, y de la reina de Escocia, ¿no se han comenzado por estos Padres (como los llaman) de la Compañía? ¡Buena Compañía, cierto, instituida á lindo fin de urdir traiciones!

»De esta santa Compañía sois vos, Valpolo, uno; pues, conforme á vuestras confesiones, despues que tomastes cierto grado de letras en nuestra Universidad de Oxonio, fuistes á Francia y despues á Roma, y os hicistes sacerdote y jesuita.

»Habeis tratado en España y en Flandes con hombres de grande fama, con el rey de España, con los de su Consejo, con Personio y otros traidores ingleses, los cuales no habeis querido nombrar.

«En particular fuísteis enviado á Inglaterra á un Padre (como vos le llamais) que está acá y se dice Valleio, mas no habeis querido decir dónde mora.

»De manera, señores jurados, que se puede claramente ver y entender que es un escolar jesuita de importancia, hábil, muy apto para la ejecucion de cualquiera grande empresa de traicion, y no puede negar lo que tengo dicho.

»El mismo ha escrito de su propia mano la mayor parte de ello y confesádolo en diversos tiempos, y para prueba de esto, pido que se lean públicamente sus confesiones.»

Con esto, el secretario leyó las confesiones del siervo de Dios arriba dichas, en las cuales confesó que era sacerdote de la Compañía de Jesus y que habia estado en Francia, Italia y España, y visto al Papa, y hablado con el rey Católico, y que fué enviado de Valladolid por el P. Personio, y que negoció en Flandes por el seminario de San-Omer, y que trató con el P. Holto, inglés, de la Compañía en los Estados de Flandes.

Todas las cuales cosas interpretaban los letrados de la reina en mal senti-

é iban haciendo comentarios sobre cada cosa, para hacer sospechoso y oso al P. Valpolo con todos, como si todos estos caminos, viajes y traos del Padre hubieran sido para tratar de algunas grandes traiciones.

Consumióse grande parte del dia en esto, sin dejar hablar nada al mártir Cristo en su descargo ni que otro hablase por él.

Y habiendo muchas veces el siervo de Dios suplicádoles con grande inscia y reverencia que lo oyesen, le interrumpió el juez Hillardo diciéndole: «No es razon, Valpolo, que un traidor tan insigne como vos sois, sea admitido á hablar en este auditorio, pues vuestra confesion, que ya hemos oido, es bastante testigo para condenaros del crimen de lesa majestad, pues habeis confesado esto, y esto, y esto,» y repitió con grande enojo todos los capítulos que el abogado Sabelo habia tocado del Papa, del rey de España, de sonio, de Holto, de los seminarios, de las malas intenciones y obras de jesuitas; concluyendo su razonamiento con decir, que sin más prueba ni cargo podia ser condenado.

Replicó el siervo de Dios que á ningun ladron ó malhechor, por gravísimo que fuese, se negaba audiencia cuando se trataba de quitarle la vida y la muerte, y que mucho ménos á él se la podian negar no habiendo cometido delito ninguno.

Esto respondió el juez Beamonte, que bien podia dar su descargo, pero fuese con mucha brevedad, pues no podian detenerse mucho en su negocio habiendo de sentenciar á otros tambien aquel mismo dia.

Véome acusado, señores (dijo el Padre), de dos ó tres cosas: lo primero que soy sacerdote, ordenado por autoridad de la Sede Romana; lo segundo que soy jesuita, ó de la Compañía de Jesus; lo tercero que he tornado á patria para ejercitar los ministerios ordinarios de estas dos vocaciones, es ganar almas para Dios.

Yo mostraré que ninguna de estas tres cosas puede ser traicion ni crimen de *maiestatis*; no el sacerdocio, que es una dignidad y oficio instituido de nuestro Señor y dado á sus Apóstoles, que fueron sacerdotes, y asi lo fueron los santos Padres y Doctores de la Iglesia, que convirtieron el mundo.

Los que convirtieron nuestra patria á la ley de Cristo fueron tambien sacerdotes, ni hubiera entre nosotros el dia de hoy cristiano alguno, sino hubiese por haber Dios enviado sacerdotes para que trajesen á este reino el Evangelio; luego el ser sacerdote no es ser traidor.»

Es verdad (dijo el juez Beamonte) que ser sacerdote ó jesuita no es traicion, mas haber vos venido al reino contra las leyes de él, os hace traidor.»

Ningun sacerdote (dijo el bendito mártir) por hacer su oficio puede ser

traidor, si el ser sacerdote no lo es,» y con esto gritó y exclamó el pueblo, como si hubiera dicho que repugnaba á un sacerdote ser traidor.

Añadió Beamonte: «Si un sacerdote hiciese alguna maldad contra la persona del príncipe, ¿no seria traidor?» «Su sacerdocio (respondió el Padre) ni seguir los ministerios de su vocacion no le hace traidor; pero si cometiese algun delito ó traicion contraria á su sacerdocio, eso seria otra cosa; mas esto en mi causa no tiene lugar.»

«Vos habeis estado con el rey de España (dijo Beamonte) y habeis tratado y conferido con Personio y otros rebeldes y traidores de este reino, y lo mismo habeis hecho en Flandes con Holto y otros, y habeis tornado á este reino contra las leyes de él, ¿y quereis negar que sois traidor?»

«El conferir ó tratar con alguna persona fuera del reino (dijo el Padre) no puede hacerme traidor mientras no se prueba que tratamos de traiciones; ni tornar á mi patria natural puede imputárseme por crimen de lesa majestad si la causa de mi venida no es para hacer mal ni al reino ni al príncipe.»

«Nuestra ley ordena (dijo Beamonte) que el sacerdote que volviere de esotra parte de la mar y no se presentase á la justicia dentro de tres dias, para hacer la sumision acostumbrada á la majestad de la reina en cosas de la religion, sea tenido por traidor.»

«Luego yo soy libre (dijo el Padre), pues la justicia me prendió dentro de un dia natural despues que llegué á Inglaterra.»

Con esto, hubo ruido entre la gente, porque algunos se reian, otros se enojaban, y parece que Beamonte quedaba algo confuso, de manera que el tercero juez Elbino quiso sacar al compañero del lodo y acabar el negocio, diciendo que todo esto era rodeo, y que lo más breve era preguntar al traidor si estaba aparejado para hacer la sumision á la reina en cosas de la religion que la ley de Inglaterra manda, que es abjurar al Papa y reconocer por cabeza á la reina; y así, le preguntó si queria hacerlo.

Respondió el Padre que no conocia las leyes que habian hecho en Inglaterra en el tiempo que él habia estado ausente, ni qué sumision era aquella que le pedian; que lo que él bien sabia era, que ninguna ley que no es conforme á la ley de Dios, obliga á nadie, y que las sumisiones á los príncipes, si no miraban en primer lugar la sumision verdadera á Dios nuestro Señor, no eran sino lisonjas, y que así, era menester ver y examinar lo que habia de prometer, y añadió:

«Vosotros, señores, estais al presente asentados en juicio como hombres, y juzgais como tales, siendo sujetos á yerro y pasion; mas entended ciertamente que hay un Juez soberano, el cual juzgará rectamente, al cual en todo

por todo debemos obedecer en primer lugar, y despues á los legítimos príncipes en todas las cosas lícitas y no más.»

Despues dijo el presidente: «Grande favor se os hace, Valpolo, pues teniendo contra vos cosas tan graves y claras de traicion, pláticas y conspiracion con las personas sobredichas, las dejamos todas y tratamos con vos tan rablemente, que os ofrecemos el beneficio de la ley, si quereis hacer la sumision que manda la misma ley, la cual si no quereis aceptar, conviene se proceda contra vos, dándoos el castigo que señala la dicha ley.»

El mártir respondió: «No hay cosa en la cual muy de buena gana no me someta, señores, como no sea contraria á Dios. Mas Su Divina Majestad no permita que yo haga acto, por mínimo que sea, en su deshonor, ni V. S. me obligue á hacerlo.

Quanto á la reina todos los dias suplico á Dios nuestro Señor que la eche en su misericordia con su santo espíritu; que la conceda gracia para hacer aquello que debe en este mundo para que despues en la otra vida goce tambien gloria eterna del paraíso; y Dios sabe que á todos los que están aquí presentes, y particularmentr á los que me acusan y me desean dar la muerte, como á mí mismo la salud de sus almas y que vivan la verdadera católica fe, que es el único medio para alcanzar la salvacion.»

Haciendo esto el siervo de Dios con grandes veras y con esfuerzo maravilloso de espíritu, parecia que enternecia ya á muchos; y así, fué luego interdicto con varias voces, principalmente del presidente y del juez Beamon de los letrados de la reina, los cuales, no teniendo ya más que decir y viendo que era perder tiempo tratar más con él de la submision dicha, temiendo tambien que el pueblo no se le aficionase demasiado con oir estas palabras de tan cristiana caridad y ver su paciencia, y que todos los cargos de traiciones y delitos que tantò sonaban al principio contra él, se redujesen á una simple sumision sólamente, en no querer ir á las iglesias de los católicos, la cual si él quisiera aceptar le perdonaran de buena gana todo lo demás (por lo cual se ve tambien evidentemente la verdadera causa de los martirios de todos los demás sacerdotes que en Inglaterra han muerto y mueren de esta manera); por estos respetos, pues, dieron prisa á los letrados para acabar con él; y así, le hicieron una breve recapitulacion de lo que habia pasado, haciendo grande fuerza en las cosas que él mismo habia confesado de su voluntad, que arriba quedan referidas y diciendo:

«En fin, Valpolo, no podeis negar que sois sacerdote y jesuita; que habeis tratado con el rey de España; que habeis tratado con nuestros fugitivos y reos, como Personio, Holto y otros muchos conocidos por nuestros grandes enemigos; que habeis venido á Inglaterra con ánimo, como decís, de ha-

cer bien á vuestra patria, que es en realidad de verdad para sacar los súbditos de la religion establecida en este reino y atraerlos á la Sede Romana, que es como vosotros llamais la Iglesia católica, lo cual conforme á nuestras leyes es traicion y crimen de lesa majestad,» y, volviéndose á los doce, dijo:

»Y así, vosotros, señores jurados, habeis en este negocio de considerar estos puntos y no teneis necesidad de otros testimonios para determinar la causa.»

En esto, volviéndose el Padre á los mismos doce jurados, les dijo así: «Caballeros, yo confieso de buena gana que soy sacerdote y que soy de la Compañía de Jesus ó jesuita, como aquí me llaman; que he venido á convertir á mi patria á la fe católica, y atraer los hombres que están en pecado á que hagan penitencia, y esto no lo negaré jamás: estos son oficios propios de mi profesion, y si halláredes otra cosa en mí que no sea oficio de esta vocacion, no quiero favor ninguno; en lo demás haced conforme á vuestras conciencias, de las cuales habeis de dar cuenta á Dios.»

Con esto se partieron los jurados á consultar la sentencia en una sala, pero duró poco la consulta; y así, volviendo presto, pronunciaron que era culpado y reo: lo cual oyendo el mártir, mostró grande contento, dando muchísimas gracias á nuestro Señor y aguardando la última sentencia de los jueces, los cuales no quisieron darla por entónces, sino mandaron volverle á la cárcel; y así, fué llevado con los brazos atados atrás, como suelen hacer con los condenados. Esto sucedió juéves, á tres de abril, y por ser ya tarde, no se hizo más aquel dia.

V

Es sentenciado á muerte y padece martirio.

El dia siguiente, que fué viérnes, sacaron al mismo tribunal otro sacerdote de los seminarios, llamado Alejandro Realino, natural de la ciudad y Universidad de Oxonio, al cual habian prendido aquellos dias, y usaron con él las mismas ceremonias y circunstancias que habian usado en condenar al Padre Valpolo, leyéndole primero el secretario en voz alta su acusacion de que era sacerdote de los seminarios y que se habia ordenado por autoridad del Obispo romano y no de la reina, y que habia tornado á su patria á pervertir la gente con falsa doctrina, contra las leyes del reino.

En todo respondió el buen sacerdote como habia hecho el P. Valpolo, sino que tardó más en rendirse á ser juzgado por la patria, que es por aquellos doce hombres, instando mucho que los legos no podian juzgar á sacerdotes; y á lo último, viendo que no aprovechaba nada, dijo que, si por fuerza habia

mitir este agravio, á lo ménos no se remitía á los doce jurados, pues por la mayor parte hombres ignorantes y no sabían el mal que hacían, que se remitía á la conciencia de los mismos letrados y jueces presentes que entendían bien la grande injusticia y agravio que se hacía á los santos de Dios en condenarlos por traidores; pero que querían como Pilatos lavar sus manos y echar los pecados sobre los jurados, instigándoles á matar hombres inocentes, y que no quería que hiciesen esto con él, sino que su sangre cayese sobre ellos mismos y no sobre los doce.

Después de esto hubo tantos dares y tomares, que no se pudo acabar el negocio de comer, y pareció que los jueces querían consultar el caso entre sí, pero no lo hicieron.

Veniendo al tribunal después de comer, aunque no pudieron sacar otra cosa del sacerdote Alejandro, con todo esto le condenaron á la pena de muerte, que es á ser ahorcado y hecho cuartos. Esto fué viernes, á cuatro días del mes, y no se puede decir con cuánta alegría recibió la sentencia.

Al día siguiente sacaron otra vez al tablado al P. Valpolo, habiéndole tenido en la cárcel si fuese posible que ablandase algo: y, no hallando misericordia, pronunciaron la última sentencia y se la leyeron: la cual era, que se le llevase á la cárcel y se dispusiese para morir, porque el lunes siguiente ha de ser ahorcado y, antes que espirase, hecho cuartos vivo.

Respondió el mártir que de muy buena gana aguardaría aquella dichosa hora, y agradeció á los jueces la merced que le habían hecho.

En aquella noche y el día siguiente se dispuso para morir, con tanto dolor de su alma, que los que le venían á ver, que eran muchísimos (porque los que están ya condenados á muerte en Inglaterra no se niega esto), lloraban en gran manera de verlo.

De todo se consolaron sumamente entre sí los dos corderos que han de ser sacrificados por su buen Señor, y se abrazaban estrechamente, y en tanto acabar ya este sacrificio, que les parecía largo el tiempo hasta que llegase el lunes de mañana.

Y, pues, y á buena hora vino la justicia á sacarlos, y el sacerdote Alejandro se ofreció primero para ir y ponerse sobre la rastra ó zarzo sobre el cual habían de arrastrar hasta la horca, y llegando á la rastra, se echó á la izquierda, diciendo: «La derecha se quede para el que es mejor que yo.» Y de esta manera echado más de dos horas aguardando la venida del Valpolo al cual detuvieron, parte por la gran multitud que le venía á ver, y parte por algunos ministros y predicadores de los herejes que aún acababan de preguntarle cosas y disputar con él.

Y al fin los ministros su constancia y modestia, y que hablaba de la reina

con mucha humildad y caridad, deseándola bien y rogando á Dios nuestro Señor por ella; uno de ellos fué corriendo á la casa del presidente y le suplicó que detuviese la justicia á lo ménos por aquel dia, quedando los otros con el Padre para persuadirle que aceptase el perdon ó dilacion de la muerte, si se la ofreciesen.

Aunque se entiende que el presidente de buena gana hubiera concedido lo que le se pedia, si hubiera alguna esperanza, por mínima que fuese, de que el mártir aflojaria en algo; pero como no la tenia por lo que con él habia pasado, y tambien porque no estaba en su mano dilatar la ejecucion de la sentencia dada por los jueces, si no fuese con alguna causa ó motivo importante; hizo proponer al Padre esta pregunta: ¿Qué haria él ó aconsejaria que hiciesen otros en Inglaterra, ó por qué rogaria en sus Misas en caso que el Papa descomulgase á la reina, y qué, si la hiciese guerra por la ejecucion de esta sentencia?

A la cual pregunta y á otras semejantes, no queriendo el Padre satisfacerlos en particular, sino decir sólomente que nunca haria cosa ilícita ni contraria á su conciencia, mandó el presidente que se prosiguiese la justicia.

Fué sacado de la cárcel y llevado á la rastra donde estaba, como dijimos, echado ya el buen Alejandro, que más de dos horas le habia aguardado rogando á Dios por él, y edificando al pueblo con sus palabras.

Cuando vió llegar al P. Valpolo, hólgoose infinitamente: la tardanza le habia dado alguna pena; pero, llegando el bendito Padre y abrazándose con él, fué el consuelo de entrambos muy grande y comenzaban á darse la enhorabuena el uno al otro.

Los crueles ministros de la justicia, envidiosos de este consuelo que los dos mártires recibian, se lo estorbaron mandándoles que callasen: y, para que no pudiesen proseguir en secreto la santa plática, pusieron al uno al revés del otro, cabeza con piés, poniendo la cabeza del P. Valpolo á los piés del caballo que los arrastraba, donde iban los piés del buen Alejandro, y así los llevaron arrastrando por la ciudad.

Llegados á la horca, hicieron subir primero al sacerdote Alejandro, para causar algun espanto al P. Valpolo.

Viendo el pueblo que besaba Alejandro la horca, y la escalera, y sogas con grande devocion, comenzaron á burlar de él; y, sin permitirle decir casi nada, le echaron abajo, y así acabó su vida con el nombre dulcísimo de Jesus en la boca, dándola por su Señor, que primero habia dado la suya por él.

Muerto que fué Alejandro, se le mostraron al P. Valpolo, exhortándole y persuadiéndole que no le siguiese, sino que salvase su vida, pues estaba en su mano; pero, viendo que el mártir atendia poco á lo que decian, sino que

imosamente por la escalera, dieron grandes voces y gritos diciéndole en cualquier tiempo (antes de la muerte) que quisiese acomodarse en la voluntad de la reina, ó aceptar el conferir con sus predicadores, la vida.

pondió que le seria mal acomodamiento ofender á Dios y hacer cosa de mala conciencia; y cuanto á los ministros y predicadores, ya habia condisputado con ellos largamente y muchas veces, y sabia bien lo que le decían; y así, les rogaba que no le molestasen más en estas cosas, aprovechaban.

Como esto no dejaban de entretenerle con muchas preguntas, mostrando de oírle, porque respondia con gravedad y brevedad y muy á propósito las cosas que le proponian.

Viéndole deseoso de acabar, para mostrar que tenian algun achaque de muerte, le mandaron que dijese lo que sentia del primado de las cosas eclesiásticas.

Respondió que ella se lo atribuia á sí misma, pero que él ni lo creia ni lo podia de buena conciencia conceder.

Como esto, dijeron que era crimen de lesa majestad, pero todavía le rogaban que pues habia de morir, muriese en paz y caridad con ellos é hiciera oracion con ellos por su salvacion.

Él respondió que, por la gracia y misericordia de Dios, él tenia paz con el mundo y rogaba á Dios por todos, y particularmente por los que eran de mala vida; pero que no podia juntarse con ellos á hacer oracion, si no habia allí algun católico, pues los demás no eran de su comunión; y así como los Sacramentos no le era lícito juntarse con ellos, tampoco en la oracion; pero que él rogaba á nuestro Señor de su parte que los alumbrase á la union de la Iglesia católica, y que viesen el mal estado en que estaban y que, volviendo á la verdad, se aprovecharan de la misericordia de Dios mientras tenian tiempo.

Al efecto pidió las oraciones de todos los católicos que estaban presentes, y que se juntasen con las suyas en aquel postrero y último fin de oracion; con grandísimo fervor de espíritu levantó los ojos al cielo, y lentamente las manos como podia, por estar atadas, comenzó el oratorio y le oyeron con paciencia hasta comenzar el Ave María.

Como acabó, por el aborrecimiento que tienen los herejes de esta oracion, le interrumpieron á gritos, y le echaron de la escalera abajo, desahogado, y cortando despues la soga, le hicieron cuartos, ejecutando la sentencia.

Como esto vieron los presentes, que no pudieron contener

las lágrimas; y se entiende que ninguna cosa ha sucedido en Inglaterra por muchos años, que haya sido para más gloria de Dios nuestro Señor y estima de la religion católica, que este martirio, particularmente en todas las partes septentrionales de aquel reino.

Esto es lo que del P. Enrique Valpolo escribió el Obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, libro v de la *Historia de Inglaterra*. Y conforma con él Felipe Alegambe, en su *Biblioteca*.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO PAGIO

FUE este glorioso Padre inglés de nacion, hijo de padres honrados y ricos de los bienes temporales; criaron á su hijo en la falsa religion que profesaban.

Era de buen natural, despierto, ingenioso, hábil para cualquier negocio, bien apersonado y de tal gracia en todo, que robaba los ojos y el corazon de los que le trataban.

Aprendió las primeras letras con facilidad y salió excelente escribano; y sus padres con designio de que valiese en el siglo y alcanzase puestos de honra y hacienda, le acomodaron con un caballero principal, á quien sirvió de secretario con mucha fidelidad y satisfaccion de su señor, el cual tenia una hija católica y muy devota de la religion cristiana.

Esta se aficionó del secretario, pagada de su buena gracia, habilidad y expediente en los negocios que trataba, y él de la misma manera se aficionó de ella, por ser de muy buenas prendas, así de hermosura como de entendimiento y gracia.

Como vivian de unas puertas adentro, tuvieron ocasion de hablarse, y trataron entre sí de casarse; pero, como ella era tan católica, estaba resuelta de no casarse con persona que no lo fuese; y así, se declaró con él diciéndole: «Yo estimo en mucho vuestra persona y estoy muy pagada de vuestras buenas dotes y gustosa en recibiros por marido; pero hágoos saber que soy católica y tan devota de la fe romana, que estoy certísima es la verdadera y santa fuera de la cual no hay salvacion para el alma; que por ningun caso tomaré por esposo á quien no la profesare. Y por tanto, si quereis casaros con-

lo os falta el ser católico, y si abrazais la fe santa, desde luego me
r vuestra esposa, y con esta condicion os daré como tal la mano.»

is discretas razones respondió con pocas palabras, diciendo: «Yo,
unque nació y me crié en la religion anglicana, estimo en tanto vues-
na, que por ser merecedor de ella, la renunciaré por la romana, y
ego digo que la abrazo, y con esta condicion os doy mano de es-
o resta que me enseñeis esta fe ó me deis maestro de quien pueda
la, en que os ofrezco de poner todo cuidado, para que abreviemos e
»

se holgó la católica doncella de haber ganado para Dios y para sí
e corazon amaba; y, para cumplir su deseo, despues de haberle dado
que tenia de nuestra santa fe católica romana, le envió al P. Juan
Tomsonio, de nuestra Compañía, que andaba encubierto en Lón-
que le enseñase.

re le recibió con grande amor y caricias y le admitió por su discí-
plándole las horas en que habia de venir á aprender la doctrina ver-
re es la luz para caminar al cielo.

le en primer lugar los dogmas de nuestra santa fe; descubrióle los
que vivian los herejes de toda Inglaterra; instruyóle en las verda-
fe católica; persuadióle el valor de los consejos evangélicos, el ca-
a perfeccion, que enseña Cristo en ellos, el precio de la margarita
e la virgidad, el mérito de la castidad y la penitencia corporal y
on de la carne con que se guarda.

s de esto pasó al deprecio de las riquezas y dignidades del mundo,
de su inconstancia y vanidad; instruyóle en la oracion y medita-
ole los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre; y con santa sagaci-
á trasladar algunos tratados espirituales, para que con la misma
ebiese el espíritu que contenian y se persuadiese á despreciar todo
y aspirar sólamente á lo celestial y eterno.

mudanza hicieron en el nuevo soldado de Cristo las lecciones que
perimentado maestro; y, como tenia tan buen entendimiento, obran-
a divina, fácilmente se convenció de las verdades católicas, y jun-
movió á ponerlas en ejecucion, despreciando el mundo y todos
sensuales.

ando el premio y valor de la virginidad y la pureza de los santos,
en un ardiente deseo de imitarlos; y el que vino á diligenciar su
, en primer lugar renunció el casamiento, y por consejo del P. Ge-
de la casa en que estaba, no sin voluntad de la doncella que le
do, y, como tan católica, no quiso impedir sus buenos intentos.

Dió de mano asimismo á todas las pretensiones del siglo, así de honra como de hacienda; y trocado en otro hombre, de hereje perseguidor de la Iglesia se convirtió en ministro fidelísimo de Cristo, gastando su vida y su hacienda en sustentar á los católicos, en amparar á los sacerdotes, defender á los encarcelados, servir y consolar á todos: tanto puede un buen maestro con la luz de su buena doctrina y la destreza en enseñarla.

Ejercitándose en estas y semejantes obras nuestro nuevo soldado de Cristo y su maestro el P. Juan Gerardo en confortar y enseñar á los católicos y administrarles los Sacramentos de la Iglesia; como habia tantos con quien ejercitaba en Lóndres estos ministerios, tenian noticia los herejes de lo mucho que obraba en servicio de la Iglesia y de cómo era jesuita, y no cesaban de dia y de noche de hacer diligencias para prenderle.

Al fin, por medio de un criado suyo, á quien sobornaron con dineros, fué descubierto y preso.

Diéronle cruelísimos tormentos para que descubriese los católicos, y después de penosa cárcel y malos tratamientos, con que no pudieron vencer su constancia, le encerraron en la torre de Lóndres, para ajusticiarle á su tiempo.

Grande fué el dolor y sentimiento de nuestro Francisco con la prision de su santo maestro, y no menor el que tuvo por no poder librarle ó siquiera visitarle, y regalarle, y darle algun consuelo; y como las guardas eran muchas, y era tanto su recelo y el ansia de descubrir á los demás católicos, ni hallaba puerta, ni medio para cumplir su deseo; llevado del amor que tenia á su maestro, andaba á vista de la torre adonde le tenian preso, paseándose cada dia á las orillas del rio, á la parte donde caia la ventana de su aposento.

Miraba de cuándo en cuándo disimuladamente á ella, y cuando se asomaba el Padre, le quitaba el sombrero haciéndole reverencia, á que correspondia su maestro, gustando de ver á su discípulo, estimando las finezas de su amor y las muestras de su obsequio.

Como estas fueron tan continuas, las guardas que estaban en centinela entraron en sospecha, y movidos de los indicios, le prendieron.

Hicieron grandes averiguaciones de quién era, y dónde vivia, y con quién trataba; y como no hallaron la probanza que buscaban y que preguntado negó, y lo mismo hizo su maestro; le dieron por libre y salió de la prision en que habia tenido tanto riesgo, si bien no dejó de costarle su dinero, redimiendo su vejacion á costa de oro y plata, conforme á la costumbre de los herejes, que como no guardan ley con Dios, no la guardan con los hombres.

Habiendo, pues, salido de este riesgo nuestro santo mártir, no por eso se acobardó ni perdió el ánimo ni la devocion que tenia de ayudar y servir á los católicos; antes, como cuando sueltan un rio detenido corre con mayor

, así, cuando le soltaron, de la prision corrió con mayor fervor á convencer á los católicos y confundir á los herejes.

Considerando que, siendo lego y sin letras, no podia disputar con ellos, ni ayudar á los fieles en la administracion de los Sacramentos, habiendo tomado consejo con los más cuerdos, determinó de pasar á Flandes, y esas controversias, y ordenarse de sacerdote para volver á su tierra á proseguir sus intentos.

Este tan santo pasó el mar océano, desterrándose de su tierra y peregrinando por la ajena.

En Flandes comunicó con los de la Compañía, refiriéndoles el discurso de su vida y los intentos con que habia venido, y cómo el P. Juan Gerardo habia sido su maestro y sacándole de las tinieblas de la herejía con la luz de su doctrina, y la prision en que le dejaba con sumo dolor suyo, por no poder salir de ella.

Los Padres le recibieron con mucho amor y le ayudaron y esforzaron en todos sus propósitos, enseñándole las ciencias y juntamente la virtud, de la que necesitaba gran caudal para su empresa; y no es menester poco para ir á la muerte por el amor de sus hermanos, pues, como dice Cristo, no hay mayor grado de caridad que se puede tener con ellos.

Quando, pues, estudiado con mucho cuidado y diligencia todo lo que sus superiores juzgaban necesitaba saber para lograr sus intentos, se ordenó de sacerdote, y con grande gozo de su alma volvió disimulado á Inglaterra.

En Londres y comenzó á confortar á los católicos con admirable fervor y menor elocuencia, declarándoles las verdades católicas y mostrándoles la evidencia de los errores de las herejías que profesaban.

Visitaba y bautizaba los niños de los católicos; decia Misa en secreto y administraba la sagrada Comunión y el Viático á los enfermos y la Extremaunción segun los ritos de la Iglesia, con igual gozo de su alma y consuelo de los que le recibían, quien era como Padre espiritual y maestro, no reparando en el peso de los ministerios que se le encargaban, manifestando en que andaba de la vida, ejercitando en medio de la multitud tanto número de personas estos santos ministerios; pero la caridad vence todo lo vence, y á quien escoge para semejantes obras da el caudal necesario para hacerlas, poniendo en una balanza el oficio y en otra el espíritu y fuerzas para cumplirle.

En Londres una noble matrona que se llamaba Lina, muy rica de bienes temporales y mucho más de los espirituales, porque era católica y amiga de los católicos, de tan grande piedad, que gastaba la mayor parte de su renta en sustentarlos, y hacia gruesas limosnas á los de la Compañía. Era la más devota y amorosa de la Compañía, y la más querida del P. Gerardo, á quien favoreció en la prision cuanto

pudo, y el Padre la habia encomendado á nuestro Francisco Pagio como á querido hijo suyo, y al mismo Francisco encargado que la sirviese y acudiese con mucho cuidado, como siempre lo hizo; y cuando le vió sacerdote fué grande el gozo que tuvo, y mucho más oyéndole decir Misa en su casa y comulgando de su mano.

Pues como se llegase el dia de la Purificacion de la Santísima Virgen María, deseando Lina celebrarle con mucha solemnidad, compuso su oratorio rica y curiosamente, previno á nuestro sacerdote para que dijese Misa, convocó muchos católicos para que la oyesen y comulgasen en ella, lo cual hizo con más devocion que cautela; porque, reparando los vecinos en el concurso de la gente, entraron en sospecha y dieron cuenta á la justicia, la cual vino con presteza con grande muchedumbre de gente, y entraron en la casa de repente al tiempo que, revestido el sacerdote, comenzaba la Misa.

Desnudóse de las vestiduras sacerdotales con gran presteza, y disimulándose con el hábito seglar que traia, no fué conocido por sacerdote; ultrajaron el altar y las imágenes, pisaron el ara, robaron los ornamentos y el cáliz, quebraron las cruces y las imágenes.

Prendieron á Lina y á los que pudieron coger de los católicos; el sacerdote se escapó con tal diligencia, que no pudieron hallarle los alguaciles, aunque hicieron las diligencias posibles para ello.

Mas no por esto flaqueó en su santo ejercicio el esforzado soldado de la milicia de Cristo, ántes prosiguió con más fervor, esforzando y consolando á los católicos, en cuya demanda padeció muchos riesgos de la vida, haciendo perpetuamente mortales diligencias los herejes para prenderle.

Como tenia tan en el corazon el amor y doctrina de su primero maestro. el P. Juan Gerardo, con deseo de imitarle en todo, pidió á los Superiores de la Compañía que le recibiesen en ella para seguir las pisadas de su santo maestro.

El Superior le recibió con grande júbilo de su alma por verse religioso de la Compañía de Jesus, á quien confesaba deber el ser de cristiano que tenia.

Trataron luego de enviarle á Flandes, para que tuviese allí su noviciado, y se enterase de las cosas de la Religion, y bebiese su espíritu; pero Dios le commutó el noviciado de la Compañía de la tierra en el de la Compañía del cielo; porque fué preso de los herejes por católico, y sacerdote, y jesuita, á quien de corazon aborrecen, y condenado por tal á padecer afrentosa muerte.

Sacáronle en un carro con pregones alguaciles y verdugos; y llevado al lugar del suplicio, predicó á todos la verdad católica, persuadiéndoles que no habia salvacion sino en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, cuya Cabeza es el Papa, Vicario de Cristo.

áronle el razonamiento tirando el carro, y quedando colgado de la le abrió el verdugo el pecho y le sacó el corazon, y luego, hecho cuarpusieron en varias partes, y Dios coronó su alma con el lauro de los es en el cielo.

istoria trae el P. Alegambe en la segunda parte de su *Martirologio*, y ez autores que la refieren; y despues la escribió el P. Enrique Moro en *oria de la provincia de Inglaterra*, lib. VI, números 13 y 16. su dichosa muerte á 29 de abril de 1602.

P. ANDRADE.

H. DOMINGO COLIN

H. Domingo Colano ó Colin fué irlandés, natural de la villa de Yoro-el, puerto de mar en la provincia de Momonia.

el año de 1567. Su padre se llamó Juan Colín y su madre Felícitas mbos nobles, señores de su pueblo, llamado la Branche, y muy señatólicos.

n á su hijo en la fe romana, y pasada la niñez, pasó él, siendo ya , á Francia, en el tiempo de aquella liga que los príncipes y católicos reino hicieron contra los herejes hugonotes y calvinistas. Esto fué 1584 hasta el de 1589.

a guerra fué Domingo Colin no sólo valiente soldado, sino muy se-pitan, no teniendo más de veinte y dos años de edad.

la esta guerra, pasó á España con cartas de recomendacion de lel Aguila, que gobernaba las armas de España en las fronteras de

aña se le señaló sueldo competente y digno de su persona, con tí-pitan de la Armada real y con asistencia en la ciudad de la Coruña, noso de Galicia.

uvo ocho años, en que le fué disponiendo nuestro Señor para otra ior milicia, en vida religiosa y en la Compañía de Jesus.

i este tiempo con raro ejemplo de vida, ejercicios de todas las virtu-nas y frecuencia de sacramentos; soldado sólo en el nombre, en las en vida perfecta ejemplo y dechado á los muy santos.

Llegó en este tiempo, en que andaba movido por Dios, al Ferrol, el P. Tomás Vitus, de nuestra Compañía de Jesus, y de su nacion irlandés, varon de celo ardiente, y cuya vida y virtudes pide larga historia.

Dióle cuenta de sus deseos y juntamente de haberlos comunicado con algunos religiosos doctos de Sto. Domingo y S. Francisco, y que todos le aprobaron, y cada uno le ofrecia su Religion áun para ser sacerdote, sabiendo él entónces palabra de latin, pero que él se inclinaba con todo afecto á la Compañía.

Alabóle el discreto Padre sus descos, y aconsejóle que entrase para sacerdote en alguna de aquellas dos Religiones; porque, como el prudente Padre veia la nobleza del capitan, sus empleos conocidos, sus galas y bizarro talen en que fué sin duda de los más señalados que en aquel tiempo se hallaban en España, juzgaba que con dificultad se acomodaria al humilde y trabajoso estado de los legos.

Pero el santo mancebo le satisfizo de manera, que le aseguró que todo su deseo era el de la humildad y desprecio.

Representóle el Padre las dificultades de aquel estado muy vivamente, que alentado se ofreció nuestro Domingo.

Detuviéronle un año para probarle más, y viendo su constancia, le avisaron que viniese al colegio que tiene en Santiago la Compañía.

Despidióse en la Coruña del Adelantado de Castilla, que estaba allí por general de la armada que iba á Inglaterra, el cual amaba y estimaba mucho á nuestro capitan.

Lo mismo hizo de los demás señores y caballeros que iban con el Adelantado, de quien el capitan Colin era muy amigo.

Admiráronse todos de su resolucion.

En fin, acompañado de algunos amigos principales y de sus criados, compuesto con los mejores vestidos y galas que tenia, partió de la Coruña llegó á Santiago.

Allí fué admitido á la Compañía, un martes á 8 de diciembre de 1598, teniendo de edad treinta y un años.

Antes de vestirle el hábito religioso, estuvo algunos meses en casa con el propio suyo de seglar, sirviendo á los enfermos, que habia entónces muchos heridos de aquella grave pestilencia que affigió á España los años de 1598 y 1599.

Servíales con la humildad, caridad y puntualidad, áun siendo seglar, que si fuera muy antiguo y perfecto religioso.

En este tiempo frecuentaba mucho los Sacramentos, y el dia que comulgaba, no tomaba ninguna recreacion ó alivio, gastándole todo y á sólas con Dios.

l tiempo que entró en casa para ser admitido, repararon los de ella en lo no que habia reparado el P. Tomás Vitus; porque, viendo su talle, bizarrías, nobleza y puestos, temieron que podria ser esto asidero para sacar el demonio de la Religion, ó, por lo ménos, de hacer que viviese ménos contento en aquel humilde estado.

Conoció el santo mozo sus pensamientos en sus semblantes, y dijo á todas estas formales palabras: «Podrá ser que se tema de mí la perseverancia en el estado humilde de Hermano que deseo; pues aseguro á vuestras Padres que, cuando me viera con las letras que el mejor doctor de la tierra escogiera otro, porque para él me llama Dios con eficacia.»

Así lo dijo y cumpliólo tan bien, que no dejó el hábito sino es con la vida, y no sino por los filos de la espada.

Trascurrió los dos años de su noviciado en los oficios de su estado con raro ejemplo de vida y de virtudes. Hizo los votos á 4 de febrero de 1601.

Ocurrióse en este tiempo la jornada en que Felipe III enviaba á Irlanda de guerra á los afligidos católicos contra los herejes.

El general D. Juan del Aguila; llevó consigo al P. Jacobo Archero, hombre de todas maneras fervoroso y apostólico, y este por su compañero al H. Domingo Colin.

Partió de Santiago con mucho sentimiento de todos los del colegio, que le acompañaron tiernamente. Díjoles á la partida que esperaba en Dios padecer mucho por su causa.

Embarcóse en la Coruña y llegó á Irlanda. Anduvo siempre en el ejército, con el concierto en sus ejercicios espirituales y quietud de su alma, como si viera en el más retirado colegio. Era rigurosa su penitencia y mortificación; su oracion continua.

Encontraron los enemigos una fortaleza que se llama Dumbuy, en el condado de Wick. Halláronse los católicos con poca defensa.

Estaba dentro el H. Domingo animándoles, pero, no pudiendo defenderse, resolvieron entregar con algun buen partido.

Entregaron al Hermano para que saliese á tratarlo, y, habiendo los herejes dados palabra de seguridad, cuando le vieron en su poder, como cosa que más deseaban, echáronle mano faltando á la fe y promesa. De aquella manera, preso y maniatado, le llevaron á una fortaleza de la ciudad de Corke.

Allí le tuvieron tres meses, y él hizo allí una vida del cielo, orando, castigando su cuerpo con grandes penitencias, predicando á los herejes.

Ocurrió el tiempo de las Córtes, en que se examinan las causas de los presos. Pidiósele á la pública audiencia con su hábito religioso, porque lo pidió

así con instancia, para confesar no sólo con palabras, sino también con el hábito exterior que era católico, religioso y jesuita, y que aquellas eran las únicas causas de su prision y habían de ser de su muerte.

Era el juez de la causa el general del ejército inglés, virrey de Irlanda, llamado Montioy, de profesion hereje. Procuróle reducir con promesas: ofrecióle la gracia de la reina, una capitanía de caballos y dos de infantes y otros muchos acrecentamientos.

De todo hizo poca cuenta el santo Hermano. Tentáronle por medio de sus parientes, representándole el daño grave que se le seguiría en honra y hacienda si no se rendía. Tampoco tuvieron efecto.

Sentencióle el juez á ahorcar y sacar las entrañas medio vivo, castigo ordinario que usan contra los sacerdotes y religiosos católicos. Aceptó el siervo de Dios la sentencia con sumo gozo de su alma.

Afligiéronle primero en la cárcel, con todo género de penalidades y malos tratamientos; salió de ella para el suplicio con su mismo hábito religioso, atadas atrás las manos y con una soga á la garganta.

En llegando á la horca, puso las rodillas en el suelo é hizo un rato oración; luego predicó con gran espíritu y fervor á los católicos y á los herejes.

Acabado el sermon, le derribó el verdugo de la horca, y estando medio vivo, abrió por medio el pecho y le sacó las entrañas y el corazón palpitando, con que dió á Dios su santa alma, para ser coronada en el cielo con diadema de mártir.

Fué el día de su martirio un juéves á treinta y uno de octubre de mil y seiscientos y dos, teniendo de edad treinta y cuatro años y de religion aún no tres cumplidos.

El lugar de su martirio fué la ciudad de Corke, que dista siete leguas no más de la villa de Yorohell, de donde era natural, para que así naciese á Dios casi en el mismo lugar en que había nacido al mundo.

La noche siguiente tomaron los católicos su santo cuerpo y le enterraron en una ermita fuera de los muros de la ciudad, junto á la puente donde fue ahorcado.

Allí fué reverenciado de los católicos, que afirman haber hecho nuestro Señor por su intercesion muchos milagros.

Escriben de este santo mártir las *Annuas* de nuestra Compañía del año de mil y seiscientos y dos, pág. 143. Felipe Alegambe en el *Catálogo de los Mártires de la Compañía*, núm. 128. Padre Enrique Fiz-Simon *Brittanomachia et in Catalogo praecipuorum Sanctorum Hiberniae*. Don Felipe Osullivan en su *Historia*, tom. II, lib. II, cap. IV, fólío 71.

P. NIEREMBERG.

P. ENRIQUE GARNETO

ACIÓ en Notingham, lugar de Inglaterra, el valeroso soldado de Cristo P. Enrique Garneto.

e Inglaterra pasó á Roma, y, siendo de veinte años, entró el de mil y quientos y setenta y cinco en la Compañía.

uvo por Maestro de su noviciado al P. Fabio de Fabiis, varon esclarecido en sangre y mucho más en virtud.

yó Teología del gran Dr. Francisco Suarez, Escritura del P. Benedicto ra, Controversias del Cardenal Belarmino y Matemáticas al P. Cristóbal o, todos tan grandes y excelentes maestros, que éran los mayores del lo en aquellas facultades.

lió tan bien aventajado en ellas el P. Garneto, que leyó en el Colegio ano Hebreo, Metafísicas y Matemática; mas el deseo de aprovechar á e su nacion le hizo dejar las cátedras.

lvió para esto á Inglaterra año de mil y quinientos y ochenta y seis. Su r prudencia era tan grande, que le hicieron dentro de dos años Superior dos los de la Compañía que estaban en aquel reino.

isó á todos admiracion y reverencia la prudencia con que procedió en la santidad con que resplandeció, el trabajo en que se empleó y el fruto izo.

odos era amable, á todos venerable y á todos admirable. Su trato era imo, su corazon muy sosegado, su ingenio agudo, su rostro honestísimo un semblante de ángel, por lo cual los mismos herejes lo amaban, y emigos ménos le aborrecian que le respetaban, y no acababan de en- cer tantos dones de naturaleza y gracia como en él resplandecian.

fué el P. Garneto, que, con ser templado en encarecer las cosas el Car- Belarmino, le llama varon incomparable en la santidad de la vida y en énero de doctrina.

edió en aquel tiempo que unos caballeros de Inglaterra, cansados del on que se perseguia á los católicos, determinaron volar con pólvora en ialado al rey y á las Córtes que habia juntado.

ues de dos meses que se descubrió esta conjuracion, deseando los he- ribuirla á los de la Compañía, procuraron prender algunos de ella, almente al P. Garneto, como más señalado en ella, y al P. Eduardo no y otros.

Comenzaron á proceder contra ellos con un bando ó proclamacion para haberlos á las manos, tan llena de premios y amenazas, que se tenia por caso milagroso podérseles escapar. De la sangre de los dos Padres habia años que estaban sedientos los magistrados.

Dióles noticia de la casa donde estaban escondidos un católico, preso por haber tenido en la suya dos caballeros culpados, pensando por aquí librarse.

La casa era hermosísima y muy fuerte, especialmente la parte donde estaban escondidos los dos PP. Garneto y Eduardo. Por algunos dias, más de diez carpinteros la iban minando por hileras, por suelos y paredes, con grandes agujeros, tanto que temieron no se les cayese áuestas, con ser tan fuerte y tan grande.

Estaba gente de guarda de dia y de noche, sin dejar salir á nadie, aún para la comida necesaria. Y porque estos santos religiosos no estuviesen sin el forzoso sustento de la vida, por un pequeño resquicio de una pared les daban unas doncellas piadosas algunas cosas con que pudiesen sustentarse.

Finalmente, abrieron de manera las paredes, que era imposible dejar de topar el lugar en que estaban escondidos, aunque tan secreto; y como el rostro del P. Garneto era de un ángel, hermoso y venerable, halláronse los ministros, con ser tales, obligados á tratarle con respeto.

Trajéronlos á Lóndres con el caballero en cuya casa los hallaron, que era de los más principales del reino, y muy rico, y más religioso en su trato y proceder, que seglar, aunque casado: la mujer era semejante á su marido.

Redundó de la prision de estos Padres gran edificacion en los católicos y herejes. De todos les hablaron muchos, y con el trato descubrieron en el P. Garneto las grandes prendas que le adornaban de santidad y prudencia, con una apacibilidad muy rara que atraia los corazones de todos.

Tratáronle al principio con blandura y cortesía, y fuera de la torre de la prision, sin atarle, como solian, para ganarle con favores y alabanzas, y dándole lo necesario.

A pocos dias le metieron en la torre y estrecharon la prision con un rigor muy grande, levantándole increíbles testimonios.

Publicaron los herejes que, del miedo del tormento, habia dicho algunas cosas indignas de su virtud y constante ánimo y entendimiento, y que habia revelado cosas de confesion y otras muchas semejantes calumnias; que instaba con el consejo para que le matasen secretamente en la cárcel, por la confusion que le seria salir á morir en público, y que, lleno de miedo, pedia perdón de la vida.

Esto decian tan astutamente, que aún á los católicos más bien intencionados ponian en perplejidad.

ecian otros que le tenían destemplado el cerebro porque le habían tenido seis días y seis noches sin dejarle cerrar los ojos ni con un momento de reposo, y que respondía desordenadamente á cuanto le preguntaban.

Como le podía hablar ningún católico, con que desparciendo estas voces los amigos de la fe y suyos, lo creían muchos, aunque ninguna persona de buen juicio daba fácil crédito á estas nuevas; ántes no se podían persuadir que hubiese desdicho en tan breve tiempo aquel grande entendimiento, aquella virilidad y experiencia grande de cosas; y así, decían que siempre que se hacían en su juicio no diría ni haría cosa que desdijese de su religion y su prudencia.

Desahuciéronse estos rumores el día de las sesiones, en que vieron y oyeron hablar al Padre.

Para averiguacion de lo que le imputaban, usaron de una cautela notable. Puesto en la torre, pusieronle como acaso en un aposento junto al del alcaide, que también murió mártir.

Había en medio una puerta por donde se podían hablar y no ver, y junto á una pared gruesa, donde metieron dos ó tres oficiales de justicia que escuchaban lo que los Padres hablasen, pensando estaban seguros. Llegáronse á la puerta y se confesaron el uno con el otro.

Dijo el P. Garneto: «Entre otras cosas que me cargan, de las dos es fácil el cargo: en la tercera, que es lo de la pólvora, un solo hombre en esta causa puede decir que yo lo supe y ser en eso contra mí.»

Los comparecidos lo iban escribiendo todo, y luego en la confesion fué obligado á decir que era aquello de la pólvora.

El buen Padre le pareció en caso tan intrincado y dificultoso, era ménos conveniente decirles la verdad, y que conociesen en él llaneza y no pensaban más contra él y la Compañía de lo que en la verdad era, pues ella inocente en la materia.

El P. juzgó por más servicio de nuestro Señor, y díjoles: «Con tanta nube de engaños descubriré la verdad:» y era que el P. Grienvello le había dicho licencia del penitente, cómo habían trazado algunos caballeros volar con bombas al Parlamento, lo cual él había afeado, y detestado, y encargado que en todas veras se procurase el evitarlo ó impedirlo de todas maneras; que le dieron licencia para decirlo, porque pasó debajo del sigilo de la confesion en caso que fuese apretado sobre ello, y no de otra manera, y que así lo había negado cuando sin pecado no podía decirlo; mas llegado el caso que lo confesó, con llaneza se lo decía, descubriéndoles lo que había en ello, y que en aquel tiempo, cuando lo entendió, hizo lo posible para callarlo, aunque los que fueron en ello jamás le descubrieron su intento.»

En todos los actos judiciales procuró ablandar cristianamente la gran reza congelada en el pecho del rey y del consejo contra todos los de la Compañía, usando con ellos de palabras blandas, persuadiéndoles que la Compañía no los aborrecia, como ellos decian, ni los tienen por enemigos, ántes los desean su verdadero bien, y así, los vino á ablandar en muchas cosas más de lo que esperaba.

En todo este tiempo ejercitaron su paciencia extrañamente, no atormentando su cuerpo, sino su ánimo y entendimiento con invenciones, quimeras sútiles y calumnias, disfamándole en todo género de materias, en su fidelidad, en la fe, en su castidad, en su templanza, en el comer y beber, que era rara, en su verdad, en su entendimiento y su prudencia y cosas semejantes.

Llegó el día de las sesiones, cuando se habia de ver en definitiva el pleito. Hubo mucha curiosidad sobre el oírle, y mucha gente pagó con tiempo los lugares, y entre ellos, no pocos ministros.

Lleváronle en un coche, cosa muy desusada, hablándole con cortesía los jueces, que fueron seis, Cecilio y el almirante, y el camarero mayor, y Norntanton y otros grandes señores, que reputaron por dicha bañar las manos en la sangre inocente de los sacerdotes de Cristo.

Dijo el Padre que tenia cuatro puntos de que hablar: el primero de la verdad de su católica religion, y comenzó á discurrir muy bien y doctamente.

Interrumpiéronle los jueces, diciendo: «¿Venís aquí á persuadir al pueblo, Señor Garneto? Mas él prosiguió cuanto le fué posible.

En lo poco que le dejaron hablar, mostró su constancia y muy religioso ánimo, acompañado de su acostumbrada humildad y mansedumbre: conocióse haber sido calumnia cuanto de él se habia dicho.

Estuvo el rey y la reina detrás de una ventana, y dijo el rey: «Sobre mi alma, que le hacen agravio en no dejarle hablar.»

Preguntáronle entre otras cosas, la primera, si la Iglesia de Inglaterra era herética, teniendo los dos Credos, cuatro Concilios y Escritura sagrada. Dijo que era herética, porque no estaba á las definiciones del Pontífice Romano.

La segunda, si se podia adorar á Dios en el demonio. Respondió que era cuestion muy metafísica y que no se podia proponer al pueblo, y que así, no se queria cansar en tratar de ella.

La tercera, si habia ahora en la Iglesia cosas de fe, que no lo hubiesen sido en tiempo de los Apóstoles. Dijo que todo lo que ahora hay de fe lo tuvieron por de fe los Apóstoles y la Iglesia entónces, aunque en el tiempo y sucesos varios de cosas del mundo, se habian muchos olvidado é ido perdiendo de la noticia de los hombres.

arta, si se podia dar noticia de una traicion contra el rey y el Esta-
iéndose sólo por confesion. Respondió que de ninguna manera.

rráronse á votar los jueces, y habiendo tardado en el juicio desde las
e la mañana hasta las seis de la tarde, le condenaron á muerte porque
ubrió el suceso de la pólvora, habiéndose sabido en confesion, y jun-
e por ser sacerdote y de la Compañía, que por sus leyes le hacian dos
aidor por esas dos profesiones.

l tiempo que estuvo preso fueron muchos ministros, esto es, los maes-
redicantes de la herejía, á disputar con él, á los cuales decia que si
iba curiosidad ó malicia para urdir algo contra él, que no le ocupa-
empo corto que tenia para vacar á Dios y aparejarse para la muerte.
todo eso, disputaba con ellos con espíritu y eficacia.

do el dia de su glorioso martirio, salió con su pobre vestido ne-
pa larga hasta los piés, y pusiéronle en el carro que tiraban tres ca-

le innumerable gente: fué llevado hasta S. Pablo, distancia larguí-
i en oracion puestas las manos.

tro era muy proporcionado, hermoso y rubio, muy blanco y modes-
así, por la mayor parte el pueblo se compadecia de él y hablaban
gnidad y los católicos con devocion.

on á una principalísima calle donde estaba una muy alta cruz dora-
que le dejasen parar, hiciéronlo, estuvo allí algun espacio haciendo
evotísimamente: llegado á la horca habló con el pueblo con apaci-
egado semblante muy sustancialmente.

la fe católica; detestó las herejías de Inglaterra; exhortó á los ca-
e estaban presentes que fuesen pacíficos y no intentasen tumultos
es, que la causa de Dios se habia de remitir á su divina providen-
acer cosa contra la mansedumbre cristiana.

nente les pidió que hiciesen por él oracion para que Dios le perdo-
r el rey y reino de Inglaterra, para que el Señor le alumbrase.

o, habiendo adorado la cruz (era aquel dia en que se celebraba su
y cruzando las manos en el pecho le echaron de la escalera abajo.
do cortarle el verdugo la soga muy presto, clamó el pueblo que le
orir primero, y algunos arremetieron y le tiraron de los piés; y así,
totalmente muerto cuando le abrieron el pecho: colgaron luego
por la ciudad.

erte y esta sangre fué produciendo bonísimos efectos, porque con
ijeron muchos en persecucion tan dura. Fué su martirio á 3 de
506.

Cuando el Padre fué hecho cuartos, los católicos que se hallaron presentes tomaron disimuladamente por reliquias cuantas menudencias pudieron.

Uno de ellos tomó una espiga de la paja en que quemaron el corazon del siervo de Dios, porque tenia una gota de sangre del mártir, y haciéndola una como guirnaldita, la puso en un cerco con un viril y guardóla bien en una arca.

Sacándola de allí á pocos dias, halló en lugar de la gota de sangre un rostro muy bien proporcionado, con su frente, cejas y narices, boca y barba un poco larga y rubia, y su cuello. La cabeza estaba coronada y en medio de la frente tenia una estrella, inserta en ella una cruz. Debajo de la barba le servia como de ornato un rostro de querubin, como se suelen pintar. Los ojos no estaban abiertos, sino como figura muerta.

Don Pedro de Zúñiga, embajador de España, la tuvo algunos dias é hizo que la viesen muchos del Consejo, y entre ellos el gran Camarlengo dijo era milagro.

Tambien afirmó la venerable vírgen doña Luisa de Carvajal haberla visto, y que es más parecida al Padre despues de muerto. Con semejantes milagros declaró el cielo la inocencia de los mártires.

El P. Eduardo Oldocorno, inglés de nacion, despues de haber gastado diez y ocho años en servicio de la Iglesia y de su patria, sustentando los católicos y convirtiendo muchos herejes con inmensos trabajos que pasó, grandes y continuos peligros de la vida que corrió, y penitencias que por el bien de las almas ejecutó en sí mismo voluntariamente; tuvo la dicha de ser preso juntamente con el P. Garneto, con la ocasion de la conjuracion de la pólvora; y en Vigornia á los siete de abril del año de mil y seiscientos y seis fué por la fe católica ahorcado y descuartizado. Dió tambien el Señor un evidente testimonio de su inocencia, porque el fuego en que quemaron sus entrañas no hubo remedio de apagarle por más agua que le echaron encima. Estuvo seis dias enteros en medio de las lluvias ardiendo en sus cenizas, y últimamente, á vista de todo el pueblo, prorrumpió en una grande llama.

Muchos han escrito de estos insignes varones, como son Andrés Eudaemon *in Apol. pro Garnett. Annuae Soc. Iesu 1606 et 1607. Prov. Velg. Coll. Angl. Bombin. in Vit. Campiani*, cap. II. Argentus cap. XXV. *Epist. ad Sigism. Reg. Polon. Gaulter. in Chronol. Gardon. in Chronogr. Oultreman. in Tab. vir. illust. Soc. Iesu*. Laurencio Beyerlinck en el tom. II de su *Cronografia*, año de 1606.

P. NIEREMBERG.

H. NICOLAS ODOENO

El santo y glorioso Hermano, aunque se llamó en el bautismo Nicolás, por razon de encubrirse á los herejes los muchos años que anduvo en la ayudando á los católicos en hábito secular, se mudó el nombre de Juan, y por ser pequeño de cuerpo, le llamaron Juan el *párvulo* ó *chico*, si bien en la virtud, en el ánimo y el valor fué de los mayores que aquella provincia, y dignísimo por su santidad, y celo, y por la industria con que defendió y conservó á los predicadores católicos en ella, de ser celebrado entre los varones esclarecidos de nuestra Religion, y por haber rematado su santa vida con glorioso martirio.

Las noticias que se tienen de su vida son cortas, porque entró en la Compañía á los principios de ella, que no estaba fundada aquella provincia; pero se le fue religioso, sirvió como si lo fuera muchos años á los PP. Edmundo, Henrico Garneto y Juan Gerardo Tonsonio, y por sus méritos le admitió en la Religion el santo P. Garneto.

De su patria, sus padres y su edad; pero no el tiempo de su muerte, espues diremos.

Él fué de arquitecto, ó maestro de obras, pero tan perito, tan diestro, que parecia tener en las manos entendimiento, segun salian acertadas, curiosas y firmes las obras que hacia.

Religioso desde su nacimiento, y celosísimo de la gloria de Cristo y de la honra de su Iglesia y ruina de la herejía, por lo cual se dedicó todo cuanto pudiese en ayudar á los predicadores de Cristo en Inglaterra.

Como tan extremado en su arte, les fabricó muchos lugares secretos, para que pudiesen esconderse, con tal industria y arte, que toda la maña y diligencia de los exploradores y alguaciles no podian hallarlos.

Como se valian de ellos juzgaban que Dios le habia comunicado don para fabricarlos, como le dió antiguamente á Beseleel y Ooliab para fabricar el Arca y el Tabernáculo, porque más parecian obras de los dioses que de hombre humano.

Al comenzarlas, confesaba, comulgaba y hacia larga oracion acompañada de ayunos y penitencia, suplicando á la Divina Majestad, que le ayudase en lo que obraba para su gloria y servicio.

En el tiempo que duraba la obra, perseveraba en la oracion y peniten-

cia, y, como su intencion era tan buena, Dios le ayudaba de manera que todas salian perfectas.

Por este medio libró innumerables veces á los predicadores y á los otros católicos de las manos de los herejes, que si no fuera por él hubieran acatado con toda aquella cristiandad; y así, decian que tenia más parte en la de Inglaterra el H. Juan Pequeño que todos los predicadores grandes, porque si no fuera por su industria y por la diligencia que puso en guardarlos y ocultarlos de los herejes, que con rabiosa solicitud los buscaban, los hubieran consumido en aquel tiempo.

Juntó con esta industria de su buen entendimiento un grande caudal de virtudes religiosas, en que parece que le formó Dios desde el vientre de su madre.

Éra más humilde que la tierra, empleándose continuamente en los oficios abatidos de la Religion, sirviendo en todos á los siervos del Señor.

Él los curaba cuando estaban enfermos; y cuando sanos, les servia de cocinero y dispensero; compraba y guisaba lo que habian de comer; cosiales y vestidos; lavabales la ropa; acompañabales por los caminos; guardabalos en las ciudades; visitabalos en las carceles y tenia maña é industria para regalarlos.

Si no podia por su mano, por el recelo de no ser conocido, lo hacia por medio de otros, á quien labraba las casas y tenia modo para todo; acomodaba y posada á los recién venidos.

Traia á los católicos á oír Misa y á confesar á lugares tan ocultos, que toda la sagacidad de los herejes no podia impedirlos.

Éra manso, afable, obedientísimo á cuanto le mandaban, de una castidad angelica, resplandeciendo como un angel en medio de tantos vicios.

Su fortaleza, su constancia y su paciencia fue invencible, porque no se escondian á los herejes las obras que hacia, y que por él vivian en su tierra los católicos, y así, hacian todas las diligencias imaginables para cogerle.

Por huir de sus manos, le era forzoso muchas veces vivir en las selvas y montes sujeto á las inclemencias del cielo, á riesgo de ser despedazado y comido de las fieras, sustentandose de las yerbas del campo.

Otras veces se disimulaba labrador, otras pescador, otras tendero, y en esta manera acudia á los fieles y burlaba á los herejes, ofreciendo con alegría á Dios estas penalidades por el aumento de su Iglesia.

Con la finera de esta caridad para con los próximos juntaba un amor devotísimo para con Dios, pareciéndole todo poco y malo cuanto hacia y dexa en su servicio, y una conciencia tan pura de su inculpable vida, que ninguno de cuyo palabra acada ni enojosa, ni impertinosa, ni decir mal de él que le perseguian.

stia componia á los que le miraban, y su silencio y paciencia los su caridad les robaba los corazones; y así, decia el santo P. Gerardo recibió en la Compañía, que era un perfecto dechado de un santo que sin maestro era maestro, y que sin haber tenido noviciado maestro de novicios, dado en tiempo de tantas calamidades y persegución á la Compañía para defensa, alivio y honra suya.

Y, pues, nuestro santo mártir una vida más angélica que humana se dedicó con particular estudio á servir al P. Edmundo Campia, acompañó hasta la muerte que padeció por Cristo; pero con tal que no pudieron los herejes entenderlo.

Un día hablando con otros de su martirio el H. Juan, que no era de la Compañía, movido así de su santidad como del amor que le tenia, de sus virtudes y de la gran modestia, paciencia y fortaleza con que vivió, de que tomaron indicio los herejes para sospechar que era calavera, llevaron á los jueces, los cuales le prendieron y le metieron en un triste calabozo cargado de grillos, de esposas y cadenas pesadas.

El carcelero, con el celo de su falsa religion, mirándole como á un hereje, le hacia terribles tratamientos, diciéndole muchos oprobios y muchas coces, bofetadas y golpes: dejábale sin comer muchos días; y cuando comia algo, era tal y tan malo, que más era para acelerar la muerte que para sustentar la vida.

Y con estas injurias, le encerró en otro calabozo más oscuro, y más penoso con otros tres facinerosos, adonde dobló las injurias y tormentos con tal rigor, que uno de los tres compañeros dió en consumirse de la hambre y del hedor.

El Hermano se vió tan apurado y consumido, que estuvo á la muerte cerca de acabar la vida; porque no le quedó más que la piel de los huesos, cubierto de piojos, sin aliento y sin fuerzas. Entonces le halló y visitó el P. Juan Gerardo Tomsonio, comprando para él la licencia para verle; y dice que le halló tal que no podia moverse, y estaba tendido sobre una rueda que acaso hubo en la cárcel, que esta era la cama regalada en que pasaba su miseria.

Y como tan consumido vivia un espíritu robusto y un ingenio tan claro, hizo una gran alianza y modo al P. Gerardo para salir de aquella cárcel, como

Después de los tormentos pasados, en habiendo convallecido, volvió al mundo como antes á servir á los católicos, y en particular á los

Asentó plaza de siervo más que de compañero con el P. Henrico Garneto, el cual, pagado de sus buenas prendas, le recibió en la Compañía para Coadjutor temporal, por no haber estudiado; pero su humildad era tanta, que no recibiera otro grado aunque se le ofrecieran.

Viéndose religioso, se puso nuevas leyes de mortificación, penitencia, oración y silencio, y se dió con gran fervor al estudio de la pobreza y obediencia y de todas las virtudes religiosas.

Por este tiempo, acompañando al P. Gerardo Tomsonio, fué preso con él y con otro sacerdote que se llamaba Gerardo Fuyubodo, que le acompañaba como criado suyo.

Fueron los tres encerrados en la torre de Lóndres y atormentados cruelmente, porque descubriesen á los católicos.

Tres horas los tuvieron colgados de las muñecas con argollas de hierro y pesadísimas cadenas en los piés, y padecieron otros tormentos; pero su constante paciencia los venció todos, y salieron victoriosos de esta guerra.

El santo Hermano con su buen entendimiento dió industria para librarse de la cárcel, y los sacó y los llevó á una casa que tenia labrada al muro de la ciudad con tal arte, que podian salir al campo y estar ocultos de día, que nadie pudiese hallarlos.

Allí los puso, y regaló, y les trajo caballos, en que salieron al amanecer ser sentidos, y los llevó al P. Henrico Garneto, que andaba oculto por los campos, con quien se consolaron grandemente y trataron de lo que convenia para el buen progreso de aquella cristiandad y gobierno de la Compañía.

Veinte años asistió al P. Garneto, sirviéndole fidelísimamente ya de criado, ya de compañero, hasta que quiso Dios premiar sus santos trabajos prendiéndole en compañía de su santo maestro y del P. Eduardo Oldcomp.

Fué grande el alborozo de los herejes, juzgando que habian echado el mayor lance que podian tener para lograr sus intentos y quitar el mayor vallimiento y defensa á los católicos, encarcelando al insigne artífice de labrar guaridas y escondrijos á los *papistas*, y que ninguno los conocia, ni podia descubrirlos mejor que él.

Determinaron de usar de todas sus mañas para vencerle y hacer que manifestase los católicos; y usando de toda maña, le pusieron al principio en una cárcel segura, pero muy ancha y fácil de ser visitado y regalado de sus amigos, para conocer por esta pinta los que eran de su bando.

Pero el santo mártir, con más prudencia que ellos sagacidad, avisó á todos con secreto que ninguno le visitase ni escribiese, con que dejó burlados sus ardidés con igual rabia y sentimiento de verse vencidos de él.

Armaron contra él todos los géneros de tormentos que pudo inventar

malicia; pasáronle á la torre de Lóndres, adonde le atormentaron dias continuos, teniéndole en el tormento cada dia siete horas, sin leyes del reino, ni términos, ni humanidad alguna, hasta que con la los tormentos se le arrancaron las entrañas y con ellas el alma, que mismo tormento subió al cielo, quedando vencedor de sus enemigos, triunfando de su malicia, sin haber podido desquiciarle un punto de su

rejes, corridos ya de verse vencidos de un hombre pequeño, aunque de en el ánimo, ya de haber usado tan estraña crueldad con el santo; para cubrir su maldad, publicaron que él mismo con un cuchillo rompido las entrañas, y le pintaron hiriéndose el vientre con su ro no pudieron paliar su mentira, porque en el tormento tenia las npedidas, y de los pasados tales que no podia tomar una pluma en y tambien porque el verdugo declaró públicamente la verdad de bia pasado.

gracias á Dios que le dió tan grande esfuerzo para sufrir tres martirio tan flaco, y ser tres veces mártir por la caridad de sus hermanos dando la vida por guardarles la suya, que es el último y supremo esta virtud.

y martirio escribió el P. Garneto como testigo de vista, y la trae Enrique Moro, con nombre de Nicolás Harte, en su *Historia* lib. VII, 5. Y los PP. Juan Nadaso y Alegambe, en sus *Martirologios*.
12 de noviembre de 1606.

P. ANDRADE.

P. TOMAS GARNETO.

P. Tomás Garneto sobrino del invicto mártir Henrique Garneto de la santa sagrada Religion, á quien imitó así en las virtudes y santidad como en el celo de las almas y de la gloria de Cristo.

Como los pasos de su santo tio, dió gloriosamente la vida en la misma Lóndres y en el mismo lugar, aunque no en el mismo dia, coronando su santa vida con el lauro del martirio.

Este glorioso mártir en Lóndres, córte de los reyes de Inglaterra, de

padres nobles y católicos, piadosos y ejemplares en todo género de virtudes.

Su padre se llamó Ricardo Garneto, varon dignísimo de estar escrito entre los esclarecidos de aquel reino por el valor y constancia con que defendió la fe católica romana, por la cual fué preso, aherrojado y maltratado muchas veces, y padeció otros muchos tormentos con igual ánimo y valor, confesando siempre la verdad, sin apartarse un punto de nuestra santa fe, en la cual crió á su hijo Tomás, exhortándole á morir por ella con sus palabras y ejemplos.

Mas, considerando los riesgos que padecía su hijo en su tierna edad, ya de juntarse con malas compañías tocadas de la herejía, que le pervirtiesen, ya de los magistrados y ministros del Parlamento, que con tan viva sed buscaban á los católicos para prenderlos y derribarlos de su constancia, haciendo sacrificio á Dios del amor que le tenia y el dolor que padecía en apartarle de su vista y privarse de su compañía, le envió á Flandes al colegio inglés que tenemos en Audomaro, para que allí estudiase letras humanas y se criase en toda virtud debajo de la tutela y educacion de la Compañía.

Tenia á esta sazón diez y seis años, y en breve tiempo, aprovechándose de su buen ingenio, salió aventajado estudiante; y con deseo de estudiar ciencias mayores, con que pudiese despues aprovechar á sus contemporáneos cuando volviese á su tierra, pasó á España el año de 1595.

Asentó plaza de colegial en el colegio inglés de Valladolid que la Compañía tiene á su cargo.

Aquí estuvo cuatro años estudiando Filosofía, Teología y Controversias, para poder argüir y responder á los herejes; pero, siéndole contrario el temperamento de la tierra, hallándose falto de salud, se resolvió de volver á Inglaterra á recobrarla con los aires naturales.

Antes de partirse, se ordenó de sacerdote, para poder mejor ayudar en el negocio de su salvacion á los ingleses, y en particular á los católicos, predicándoles y administrándoles los santos Sacramentos de la Iglesia.

Corria el año de 1599, cuando nuestro santo mártir entró en Inglaterra en hábito disfrazado, como andan los sacerdotes católicos.

Luego se vió con su amado tío y verdadero Padre, Henrico Garneto, á quien dió cuenta de su viaje y tambien de sus intentos, que eran más de mirar por la salud espiritual de las almas que de la temporal de su cuerpo.

Confirió con él, como tan sabio maestro, los medios que habia de usar, el porte que habia de guardar y el tenor de vida que habia de tener para lograr sus intentos.

Habiendo tomado sus buenos consejos, comenzó su predicacion y á trabajar en la viña del Señor así en las juntas secretas de los católicos, como en

y conversaciones particulares, hablando con tanta energía y espí-
materias espirituales, que causaba admiracion.

La suavidad y retórica celestial movia los ánimos y encendia las vo-
n el amor de la virtud, que todos los que le oian no sólo detesta-
ios, sino que abrazaban las virtudes con tan grande fervor, que en
rofesion de seglares vivian vida religiosa, macerando sus cuerpos
sas penitencias, mortificando sus apetitos, entregándose al silencio
y gastando la vida en obras de misericordia y piedad.

Los casados, de comun conformidad hicieron voto de castidad, vi-
no hermanos en santa continencia, que es cosa rara en aquel reino,
la disoluta licencia que les permite la herejía.

Para á los católicos, deciales Misa y comulgábalos, ayudábalos á bien
solábalos y esforzábalos en las persecuciones que padecian.

Las abras eran llamas que encendian sus corazones en el amor de Dios
le los bienes eternos, y juntamente lograba las ocasiones que se le
: convertir á los herejes, mostrándoles con vivas razones y eficaces
s las verdades de nuestra santa fe católica, con que redujo á mu-
mio de la Iglesia.

Así discurrió por Inglaterra, haciendo oficio de apóstol con admira-
consuelo de los católicos; y quiso Dios premiarle su santo celo y
trabajos, llamándole á vida más perfecta en la Religion de su san-
el P. Henrico Garneto, á quien con repetidas instancias pidió que
en la Compañía, pues lo podia hacer como Superior de ella en

vista su perseverancia, le recibió el año de 1605 con igual gozo
io y sobrino: del tio, por verle religioso; y del sobrino, por verse
añía, de quien habia recibido el espíritu y aprendió las letras

Después le dio el P. Enrique de enviarle á Flandes, á tener su noviciado y á
la vida y estado religioso; pero no logró su intento, porque suce-
año descubrirse la conjuracion de algunos católicos más celosos
es, para volar con pólvora el Parlamento, sobre que se hicieron
s pesquisas para descubrir los conjurados, prendiendo con leví-
os á gran multitud de gente.

Después fueron presos el P. Enrique y su sobrino el P. Tomás Gar-

pues de larga prision y muchos tormentos, fué martirizado en
io se dijo en su vida.

Después de largos exámenes y averiguaciones, fué acusado por
NES ILUSTRES. — TOMO VI

el fiscal de ser católico, y papista, y sacerdote, y haber entrado en Inglaterra contra las leyes del reino, sin licencia del magistrado.

Pero no habiendo prueba bastante para condenarle á muerte, hallándole inocente en el crimen de la conjuración, que era la principal causa que se trataba; por decreto del rey fué desterrado del reino, y, cumpliendo la voluntad de su tío, vino á Lovayna á tener su noviciado.

Era extremado su silencio, continua su oración, rigurosa su mortificación, martirizando su cuerpo con ayunos, cilicios, disciplinas, vigiliass y penitencias, juzgando todos que aquel riguroso tratamiento era pronóstico y como principio de su martirio; y así, le miraban y veneraban como á un mártir vivo de Cristo.

Un año estuvo en el noviciado, en el cual aprovechó tanto como si hubiera estado muchos; lo cual considerando los Superiores y la necesidad que habia en Inglaterra de su persona, para confortar á los católicos en el fuego que se habia encendido de la persecución ocasionada de la conjuración dicha, le enviaron disimulado á aquel reino; pero no tanto que pudiese encontrarse á un expulso ó apóstata de la Religión, llamado Rous, el cual, como apóstata de la fe, le siguió los pasos, y en llegando á la primera ciudad, dio cuenta de su venida al magistrado, por el cual fué luego preso.

Examinado rigurosamente, mandáronle hacer el juramento execrable de obediencia y lealtad al rey, y de tenerle y confesarle por Cabeza de la Iglesia de Inglaterra.

Respondió como católico y religioso con valor y con modestia, que cuanto á obedecer al rey y respetarle como á señor temporal, siempre lo habia hecho y haria; pero jurarle por Cabeza de la Iglesia contra la autoridad del Sumo Pontífice de ella, que por ningun caso lo haria, aunque fuese necesario dar la vida en la demanda.

Airáronse grandemente contra él los magistrados, oyendo esta respuesta como Anás y Caifás contra Cristo, por las que les dió estando preso; que fué mucho que los imitasen en las pasiones los que los imitaban en la vida y la doctrina.

Dijéronle mil oprobios y enviáronle preso á la cárcel de los malhechores.

Pasados cuatro dias, le sacaron á audiencia pública y le acusaron de cuatro crímenes; el primero que era católico; el segundo que era jesuita; el tercero que pervertia los vasallos de la obediencia del rey; el cuarto que no hacia juramento de fidelidad que hacian todos los leales.

A los dos primeros confesó llanamente que era católico y jesuita y que se preciaba de ello. A los dos segundos, que siempre habia sido leal y lo seguía

en lo que no contradijese á la ley de Cristo y á su Vicario, el Sumo

a confesion y respuesta tan santa y tan ajustada á la ley de Dios, condenado á muerte y llevado á la cárcel.

visitaron muchos católicos disimuladamente, y uno de ellos le ofreció su favor para escaparse de la muerte, si se quería descolgar de la torre.

El mártir le respondió que agradecía el favor, pero que no le podía porque más deseaba la soga para estar colgado de ella por Cristo, descolgarse de la torre y perder la corona del martirio: respuesta un S. Sixto ó S. Lorenzo, y de aquellos santos antiguos, que tan se mostraron del martirio; y no es de ménos estima por haber sido glorioso en la flor de su edad, que pospuso la libertad y la vida á la penitosa padecida por Cristo.

Después de su muerte á 23 de junio de 1608 años, y, cumplido el plazo, le trastrando en un seron, con públicos pregones, llevándole por las calles de la ciudad.

Con innumerable gente y más de trescientos caballeros de la primera corte, entre los cuales, el conde de Essexia con muestras de valor le persuadió que hiciese el juramento al rey que le pedia el Par- escaparia de la muerte.

El mártir respondió con voz alta y clara que, si le importara mil veces tal ofensa á Dios y á su Iglesia.

Con constancia, le mandaron subir en el carro que estaba prevenido para la horca.

Después de ir con admirable alegría, y tomando con la mano la soga con la que le morir, hizo sobre ella la señal de la cruz y la besó, como si fuese un collar de oro que Dios le enviaba en premio de sus servicios.

Entonces el verdugo le riñó diciendo: «Dejémonos de gestos y burlerías,» y le respondió: «Amigo, no perdamos la amistad á la partida.»

Después de haber pedido silencio á la inmensa multitud de gente que le oía, dijo con voz alta y clara: «Yo soy sacerdote católico de la Compañía de Jesus, dignísimo de ser de ella; este es el dia para mí más feliz y dichoso de los de mi vida, y pongo á Dios por testigo, que hablo de todo lo que me pasa.»

Entonces le replicó, si hablaba con equivocacion, ó sincera y llanamente. y dijo: «Si no hablara de todo corazon, no habia para qué jurar, ni me forzaba.»

Después de esto al reino jamás ofendí en cosa alguna, ni me pasó por el pensa-

miento, y lo mismo exhorto que hagan á todos los católicos que me oye hago juramento de serle leal y obedecerle en todo lo que no se opusie la ley de Dios y de su Iglesia.

»Yo perdono al apóstata, que me entregó con traicion á la justicia, al nistro que me prendió y al Obispo de Lóndres, que me aprisionó, y á su secretario, que me persiguió, y al alcaide de la torre, que solicitó mi muerte y al abogado real, que tanto hizo contra mí, y á todos los que han tenido parte en mi condenacion, y pido y suplico á la Majestad de Dios que los pene y les haga mucho bien.»

A esta sazón llegó el verdugo á desnudarle, y el mártir con mayor presteza se quitó los vestidos, quedándose en la túnica interior.

Entonces pidió á todos los católicos que le encomendasen á Dios, encomiéndoles pagarlos con sus oraciones en el cielo.

Hincóse de rodillas y, los ojos en el cielo, dijo en alta voz el *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo* y el *Veni Creator Spiritus*.

Llegando á las últimas palabras, tiraron el carro, y clamó el pueblo, y quedó colgado de la horca, hasta que, rematando esta frágil vida, voló á gozar de la eterna al cielo, dejándonos insignes ejemplos de virtudes, y celo de las almas y de invencible constancia en la confesion de Cristo y defensa de la Iglesia.

El rey (según publicó la fama) sintió mal de su sentencia, reprendiendo de imprudentes y mal considerados á los que condenaron á un varón de tales costumbres y que en la muerte se habia mostrado tan fiel vasallo suyo.

Su vida escribió el P. Felipe Alegambe entre los mártires de la Compañía en la segunda parte de su *Martirologio*, y la trae el P. Enrique Morel en su *Historia*, libro núm. 8.

Murió de treinta y tres años no cumplidos, el de 1608 á 23 de junio.

P. ANDRADE.

P. ROBERTO PERSONIO

FUÉ el P. Roberto Personio de nacion inglés, de patria somersetense. Entró en la Compañía en Roma á 4 de julio del año de 1575, teniendo veinte y ocho de edad: allí profesó los cuatro votos á 1.º de mayo del año de 1587.

Fué varon no ménos prudente que docto, digno de toda alabanza por la pureza de vida.

chos que en Inglaterra iban errados en las verdades católicas, él con una redujo al camino seguro; y á otros cristianos católicos confirmó la fe, en que pasó increíbles trabajos, experimentando por instantes los peligros de la vida.

Las veces le buscaron para matarle, inquiriéndole con sumo cuidado, y dándole las posadas, y otras veces con fraudulentos engaños, con que cayó en manos de los herejes; pero siempre salió libre, amparado de la divina; de modo que se puede casi decir que no una vez, sino toda la vida estuvo padeciendo un dilatado martirio.

También se puede llamar Padre de muchos mártires, porque resucitó en la fe católica que estaba ya casi muerta, y, estando para caerse el espiritual edificio, le fortaleció con sus hombros.

Hizo para esto muchos seminarios de mancebos ingleses católicos en Rhemis, y trabajó sumamente para que las astucias y furor de los herejes ó la falta de lo necesario no fuesen causa que aquellas casas se cerrasen.

Ó asimismo que en España, en Sevilla y Valladolid, se erigiesen otros seminarios mediante la liberalidad del rey Felipe II, y en la Alemania inferior. En estos seminarios entran escogidos mancebos nobles ingleses, donde se crían con más fuertes raíces en las verdades católicas y estudian bastante, para que, en siendo de edad suficiente, ordenados de sacerdotes y fortalecidos su espíritu, vuelvan á su patria á disputar con los herejes y proclamar sus errores, con que alcanzan siempre victoria, ó con su confesión su martirio.

Así como nuestro Personio con sólo esta obra ha hecho en Inglaterra mucho fruto.

De esto, en el mismo reino ofreció la vida á muchos peligros por la gloria del nombre de nuestro Señor Jesucristo y dilatación de la fe católica.

Las veces publicaba con los escritos ó las palabras que sólo á eso había ido á Inglaterra, con que se puede decir de él lo que S. Pablo dijo de su discípulo, Apóstol de los filipenses: *Quod propter opus Christi in ad mortem accersit*, que quiere decir, que el Santo había estado con la muerte, sólo por hacer el negocio de Cristo; y con no menor celo que el mismo Apóstol de las gentes escribió de sí mismo, haciendo celo de la salud de las almas de los corintios, diciendo que con tanto gastaba aquel tiempo, aunque se detuviese mucho en procurarse los medios, aunque por amarlos á ellos con tanto cuidado fuera él necesario.

Fué, pues, el P. Roberto desde el principio escogido de Dios para luz de toda Inglaterra, y dióle para tal ministerio muchos dones divinos y humanos.

El amor de Dios y del prójimo era en él ardiente y activo; la magnanimidad increíble, junta con una humildad profunda.

Era su prudencia admirable no sólo para regir las almas, sino para atraer voluntades, á que acompañaba una sinceridad muy amable en todos sus tratos.

Tenia un ingenio muy á propósito para ser Superior; pero fué súbdito de tanta obediencia, que hacia ventajas á todos.

Aunque estudiaba con grande cuidado las letras divinas, se desvelaba con mayor vigilancia en las materias que tratan de reducir á las reglas de los Padres sagrados y preceptos divinos los controversos lugares de los herejes.

Era capital enemigo de la herejía, y deseando que en ningun lugar persistiese, escribió en breve tiempo muchos libros llenos de aguda elocuencia, los cuales leían los mismos herejes sus enemigos, para sacar de ellos elegancia y doctrina, y aprovecharán á muchos de ellos para dejar de ser tan crueles.

Acompañaba á este ánimo generoso tan buena disposicion y estatura de cuerpo, que muchas veces en Inglaterra espantó con su presencia los enemigos que le buscaban.

Tenia tanta eficacia para persuadir todo lo que queria, que los mismos del pueblo alababan el modo de su persuasion.

Ultimamente, él fué soldado tan diestro en las batallas de Cristo y proteccion de la fe contra los herejes, que aunque en la idea se pudiera imaginar otro más apto, pero en la realidad apenas se podrá hallar otro más á propósito.

Todos estos singulares ornatos le dieron facilísima entrada (no sin gran sentimiento suyo) con todos los príncipes y reyes cristianos, con cuya proteccion y dineros sustentó más de treinta años la sagrada mision contra los pecados y crueldad de su patria, á cuya heróica conquista él fué el primero que de los de la Compañía dió honroso principio, á quien acompañó juntamente el P. Edmundo Campiano, mártir de Cristo clarísimo, el año de 1580.

Estuvo en materia tan árdua falto de todo consejo, autoridad y gobierno, porque el P. Claudio Aquaviva, Prepósito general, le cometió en aquella obra divina plenísima potestad.

En medio de tanta benevolencia que le tenían los reyes, nunca pedia cosa particular para sí ni sus deudos; tanto que á un hermano suyo no le quiso dar una carta para el rey D. Felipe II (aunque este monarca le queria mucho por sus heróicas virtudes) para que le amparase en la milicia, porque iba á ser su soldado.

ciendo que el mismo rey queria alcanzarle una púrpura, con mucha oropiosas lágrimas (antes que el rey declarase su intento) le suplicó á te VIII no le diese tal dignidad, lo cual admiró mucho al Sumo Pontífice porque decia que nunca habia pensado tal cosa.

esta hazaña del P. Roberto es necesario que la regulen los sabios con prudente y humano, porque dirán quizá algunos que no se habia de r, sino aguardar á que le ofrecieran la púrpura, para luego excusarse, no pareciese que él mismo se ofrecia al Sumo Pontífice sin buscarle, con anticipada ambicion se jactaba del buen juicio que de él habia el debido. Lo cierto es que fué impulso divino y que se rigió por razon y prudente.

ia el varon cuidadoso, experimentado por otros semejantes sucesos, prevenia al Sumo Pontífice con esta anticipada diligencia para cerrar á la gracia, fuera casi imposible excusarse despues que el rey lo hubido.

la magnanimidad tan heróica correspondieron las demás virtudes en perfecto.

idad con los prójimos fué indefensa hasta dar el espíritu.

cuidadoso desvelo para socorrer como pudiese á todas las partes; paciencia alegre en todas las cosas adversas.

de la piedad y el cuidado de la religiosa observancia iba cada dia con el uso continuo.

das estas virtudes, que le servian de consuelo en la vida presente y as de la eterna futura, últimamente, estando en Roma, murió feliz en más de sesenta años de edad.

ado de todos los nuestros, aborrecido de los herejes, ejemplo de que por su persona ó escritos procuran vencer la herejía.

tóse en la iglesia del colegio anglicano.

P. NIEREMBERG.

- P. JUAN OGILBEO

ngular valor y fortaleza cristiana que tuvo el P. Juan Ogilbeo, el mo con que estuvo en las prisiones, la superioridad con que habló ios, la resolucion con que confesó su fe, la libertad con que trató jes, el gusto y fiesta con que padeció los tormentos, y, por decirlo la que hacia de ellos, le han dado nombre tan ilustre, que merece

ser comparado con los más señalados mártires que en tiempo de Diocleciano padecieron.

Era este invicto mártir escocés de nacion, muy noble por su sangre y descendencia, y el mayorazgo de su ilustre casa.

Pero, para ser más ilustre con la pobreza de Cristo y con el derramamiento de su sangre por su fe y amor, renunciando el siglo se entró en la Compañía de Jesus el año de 1597, habiendo sido primero alumno en el seminario de Duay.

Fué enviado á Gratz de Estiria, donde estudió Filosofía y Teología. Tenia un ingenio muy vivo y agudo y adornado de hermosísimas virtudes.

Era grandemente obediente, humilde, amable á todos y muy caritativo.

Ardia en gran celo de la salvacion de las almas con una insaciable sed del martirio.

Cumplióle el Señor sus deseos; porque, despues de muy aprovechado en letras y en virtud, volvió á su patria para hacer rostro á la herejía y sustentar el partido de la verdad católica, que estaba muy caido en aquella tierra.

Discurrió por algun tiempo con admirable fervor y celo, alentando y confirmando á los católicos, confundiendo á los herejes y reconciliando muchos á la verdad y union de la Iglesia romana.

Anduvo á pié con gran fervor la mayor parte de Escocia. Y porque no faltase á los ejercicios de su mortificacion y penitencia, madrugaba mucho, y en las huertas y campos solos tomaba recias disciplinas.

Yendo á Glasgonia ó Glasqua á peticion de muchos que deseaban oir su doctrina y reducirse por su medio á su antigua religion y creencia, le descubrió y entregó á los ministros herejes, que con grande cuidado le buscaban, un falso amigo, de quien el Padre se habia fiado por las muestras de amistad y benevolencia que le habia mostrado, hasta darle muchas veces ósculo de paz á la usanza de la tierra, entregándole por eso como otro Judas.

Prendiéronle en la plaza de Glasgonia con varios denuestos, golpes y escarnios, concurriendo á su prision grande tropel de gente, la cual le llevó levantado en el aire á la casa del corregidor, donde pasó aquella noche en perpetuas controversias y disputas.

Fué luego á la misma casa el arzobispo hereje: llama al siervo de Dios: no le saludó más blandamente que dándole un recio bofeton, diciendo: «Muy atrevido has sido en decir tus Misas en esta ciudad reformada;» así llaman los herejes á las que han pervertido y reducido á su falsa secta.

El invicto mártir, muy sereno y animoso le dijo: «No has hecho en esto oficio de Obispo, sino de verdugo.»

No lo hubo acabado de decir, cuando, como si se hubiera dado señal, llo-

sobre él de todas partes bofetones, golpes y puñadas; otros le arañaban las uñas, otros le arrancaban las barbas que traía crecidas para disipar, otros el cabello: y acabaran con él, si el conde Flemingo, movido de la crueldad del caso, con su autoridad y persona no hubiera detenido á quien le maltrataban tan bárbaramente.

Entonces volvió en sí el siervo de Dios despues de tantos golpes como le habían dado en la cabeza, cuando le mandan desnudar.

Después ordenaron luego á hacerlo los ministros, y en un momento le despojaron de sus vestidos, unos quitándole las cintas, otros los botones, hasta dejarle desnudo.

Entonces le dieron el Breviario y un compendio de todas las controversias de religión, y lo demás que tenía consigo, y al día siguiente le tomaron en sus poseídos ornamentos, cartas y papeles.

Seguían á hacerle al santo varón con la muerte y grandes tormentos; pero él se burlaba riendo de sus amenazas y de los fieros que le hacían y semblantes que le mostraban.

Ante él que le habían de meter en el cepo: el mártir les decía que fueran fiebres de su palabra, pidiéndoles que cumpliesen lo que prometían.

Con ellos que no querían usar de tanto rigor, sino de mayor cortesía y clemencia con él; mas el santo confesor les replicaba: «Sabed que no es conveniente faltar á la palabra, porque prometeis lo que no hacéis.»

Entonces le dijo á todos la constancia y libertad del Padre: díjole el alcaide de que era extraño, porque los presos no solían aterrarse, sino rogar á los jueces para que no les castiguen.

Entonces le dijo el santo mártir con risa: «Cuerdamente por cierto; pero así lo hacen los presos que tienen vergüenza y afrenta del delito que han cometido, y les pesa de su prision, temiendo ser castigados por sus maldades; pero yo estoy regocijando y gloriando de la causa de mi pena y prision, la cual será mi triunfo.»

«Como habláis,» respondió el alcaide. A lo cual replicó el mártir: «Vos mirad por vuestra cárcel, guardad bien las puertas, no os déis á dormir hasta mañana.»

Así que se vio la maravillosa la grandeza de ánimo y el señorío con que trataba á los herejes y enemigos de Cristo, no haciendo más caso de ellos que si de criados, tratándolos con la santa libertad que la justicia de la ley les daba, como ellos merecían.

Después le llevaron al palacio del Arzobispo, adonde habían congregado un número de predicantes herejes, de señores y varones, y habían convocado á los del Consejo real.

Iba el siervo de Dios muy indispuesto con los golpes del día antes; con todo eso, comenzando á disputar con él, les respondió con tal viveza y picante, que quedaron corridos y bien pesarosos de haberse metido en cosas que no podían defender.

Juzgaba este siervo de Dios que era bien de todas maneras confundir á los predicantes y ministros de la herejía, y él lo hacía por una parte con fuertes razones, por otra con tal picante y mordacidad, que quedaban confusos y abrasados.

Preguntáronle luego si era noble; respondió «que sí, pero que antes de él lo habían sido sus padres.»

Pídenle juramento de si había dicho Misa en los Estados y Señoríos del rey de Inglaterra: respondiéndoles el Padre «que si era eso delito, lo habían de averiguar con testigos, y no con tomarle á él juramento.» «Probarémoslo, dijeron, con el testimonio de muchos que lo vieron.»

No quería hacer mal á otros el siervo de Dios; y así, no quiso declararse totalmente, por lo cual respondió: «Si teneis testigos de satisfaccion, sea enhorabuena y contentaos con ellos, que yo con negar no quitaré la fuerza de su testimonio ni lo confirmaré con mi confesion hasta que me esté bien.»

Preguntáronle más, si acaso era sacerdote, díjoles: «Con los mismos testigos con que me probáredes haber dicho Misa, probareis que soy sacerdote.»

Pregúntanle cómo se llama: «Si me teneis, dice, por sospechoso, ¿para qué me preguntais esas cosas? sacad á luz y probad algun delito, probándole con testigos; porque no me teneis tan obligado que por daros gusto diga cosa ninguna. Yo sólo diré y os daré lo que sólo conforme á las leyes debo, y más no.»

Pregúntanle si reconoce al rey: «Jacobo es, responde él, que es ahora rey de Escocia.»

Mándanle que jure. Pregunta qué ha de jurar. Dicen ellos. «Porque los jueces por mandado y autoridad del rey conozcan si maquináis algo contra el Estado público y os purgueis con el juramento, y si no, sereis tenido por culpado.»

No lo quiso hacer, respondiendo: «El jurar en balde es pecado contra el segundo mandamiento que dice: *No jurarás el nombre de Dios en vano*, y yo hiciera esto, si invocara á Dios por testigo de mi inocencia, sabiendo que por las leyes no me aprovecha nada semejante juramento; las cuales en causas criminales no admiten juramento, y con grande razon, porque muchas veces el amor propio hiciera á muchos jurar falso con daño grande de sus almas sólo por la vida del cuerpo, y así, examinan estas causas con testigos.

»Por lo cual, pues no tengo obligacion de jurar en vano quebrantando

ndamiento, tampoco tengo obligacion de purgarme con juramento de
itos que me acusais; pero si teneis algo contra mí, probadlo con testi-
si esto no podeis, ¿por qué molestais y afligís á un inocente?»

licaron los tiranos: «¿De manera que del todo os cerrais en no querer
or mandado del rey?» «En lo que se manda que no es contra la ley de
dice el Padre, justo es que se obedezca al rey; decidme qué quereis
e.»

onden los herejes: «Que direis sin equivocacion, ni reservacion men-
o lo que os preguntáremos.»

ndió el Padre: «Aunque no estoy obligado por ley alguna, con todo
aré que diré todo lo que me pareciere. Y si fuere preguntado de otra
iré que no lo quiero decir.»

úntanle. ¿Y qué es lo que no quereis decir? Respondió: «Todo lo que en
manera me pudiere perjudicar á mí ó al prójimo inocente descubrien-
católicos que favorecen la obediencia del Pontífice Romano, cuyas
enen en este reino evidente peligro por la malicia de los predicantes.»
or qué (dicen) no quereis decir eso? Respondió: «Porque ni estoy
, ni quiero ofender á Dios.

eramente, no estoy obligado á pecar, lo cual hiciera si lastimara al
inocente.

egundo, la raíz de todas las leyes es el derecho natural, y la natura-
tende su conservacion y no su ruina. Y yo hiciera contra ese dere-
ral, y en él contra todo otro derecho, si me descubriera á mí mis-
e hiciese daño, y á los que me hubiesen asistido.

r eso, ni contra mí ni contra ningun inocente quiero decir cosa nin-
jurar alguna cosa mala ó dañosa.»

iente, despues de largas contiendas, y para librarse de preguntas
is y llenas de envidia y engaño, habiéndole mandado que jurase
e lo que quisiese, juró y dijo su nombre, familia, patria, parientes,
dónde habia estudiado, orden y Religion.

egando á preguntarle si habia dicho Misas en los Estados y Seño-
ey, respondió con gran libertad:

por los edictos del rey y decretos del Parlamento me perjudica á
rójimo, y no toca al fuero del rey; y así, no estoy obligado á decir-
e por ninguna ley estoy obligado á echarme á perder á mí y á
entes.

ieces han de inquerir de los delitos, si los hay, y no de los sacrifi-
ero del rey pertenecen hurtos, traiciones, homicidios, hechizos y
cramentos de la religion.»

No tuvieron qué decir los tiranos, sino que el rey no era lego. Respondió el mártir con mayor resolución, «que no era sacerdote, ni aún tenía grados ó corona.»

Con lo cual pasaron á preguntarle por qué habia entrado en Escocia. Respondió claramente: «Yo entré para hacer guerra á la herejía.»

Preguntáronle: «¿Quién os ha dado jurisdiccion; pues no la teneis del rey, ni de Obispo ninguno?» Respondió el valeroso soldado de Cristo, riéndose, «que el rey y todos ellos no eran más que legos y sin orden alguna, y que así, no tenían jurisdiccion espiritual ninguna.

»Que las ovejas de Cristo fueron encomendadas á S. Pedro, y quien las quisiere apacentar en cualquiera parte del mundo, ha de pedir la jurisdiccion á la Sede Apostólica, á donde, conforme á la promesa de Cristo, con la asistencia infalible del Espíritu Santo y continua sucesion de personas, se conserva y conservará hasta el fin del mundo la autoridad y potestad concedida al Príncipe de los Apóstoles, con la cual Pedro fué establecido para piedra fundamental de la Iglesia, para que fuese Cefas, y se llamase Pedro.

»De aquí (dice) es mi jurisdiccion, la cual por vía ordinaria, contando por todos los Pontífices pasados, puedo reducir al mismo Cristo.»

Dícenle que es crimen *laesae maiestatis* afirmar que el Papa tiene jurisdiccion espiritual en los Estados y Señoríos del rey. Respondió el santo mártir: «Pues sabed que es de fe que la tiene.»

Cuando oyeron esto los herejes, salian de sí de puro furor y saña.

Pregúntanle si se atrevia á firmarlo de su nombre; respondió: «Y con la sangre, si fuere menester;» y así lo firmó.

Tórnanle á preguntar, si el Papa puede deponer al rey. Respondió: «que al rey legítimo é hijo obediente de la Iglesia como á tal, no puede:» y preguntándole, si podrá siendo hereje, añadió «que es opinion de muchos doctores que puede.»

Apretándole más, ¿qué era lo que él sentia? respondió: «Cuando se defina que es de fe, moriré por ello; y cuando fuere juez del rey y del Papa, diré lo que el Papa puede y el rey merece.

»Ahora no estoy obligado á decir lo que siento, mientras no fuere preguntado jurídicamente del juez de las controversias de la religion, que es el Papa ó quien de él tuviere autoridad.»

Preguntándole luego de aquella tan nombrada conjuracion de la pólvora, dijo que aborrecia los parricidios, y que no le parecia bien.

Replicáronle los herejes: «Pues los jesuitas y papistas enseñan esa doctrina.» A lo cual respondió, «que leyesen los que quisiesen los Actos del Concilio Constanciense, y verian cómo los herejes son los que la enseñan, y los

condenan los católicos, porque Wiclef enseña que los súbditos pueden matar á sus señores, cuando pecan, porque entónces pierden su sacerdotio lo cual todo condenó el Concilio.»

más: «La conjuracion de la pólvora sólo fué de unos pocos caballeros de la corte, pero no fué así la vuestra de 15 de setiembre, cuando dicha gente armada quisisteis en el mismo palacio matar al rey con los Consejeros, lo cual pusiérades por obra, si la guarda, ayudada con el conde y los oficiales, no le librara de vuestras manos.

Así mil hombres hay el día de hoy en Edimburgo que tomaron aquellas armas, y otros tantos me pueden ser testigos que tres predicantes iban al pueblo á pelear valerosamente, apellidando Dios y la Iglesia, contra otra parte Dios y el rey, y por este hecho la ciudad de Edimburgo fué quemada.

La verdad es que la sentenciaron y condenaron en gran suma de dinero; contentos con eso vuestro Aquiles, el mayor de los predicantes, que estaba lejos de aquí, Roberto Brusio, escribió al padre del marqués de Devon que viniese para quitar la corona al rey, que no la merecía, pues era á los *papistas*; que él y los suyos le favorecerían; pero el marqués escribió cartas al rey, y algunos predicantes fueron desterrados.

La conjuracion ha sido, no de unos pocos de la corte, sino de los predicantes; que públicamente en la plaza levantaron los vasallos contra su rey. Pero para los jesuitas no podeis traer cosa ninguna, sino sólo unas sospechas entorpecidas inventadas por la envidia. De lo que he dicho el mismo rey os dará fe de vista, y otros muchos.»

En esta ocasion le preguntaron muchas cosas del P. Enrique Garneto; á lo que respondió, que murió sin culpa, y que por todo el mundo no podían descubrir el nombre del que se habia confesado sacramentalmente con él. Entónces el Arzobispo: «Si alguno me confesara algo contra la vida de un hombre sin duda descubriera el nombre del penitente.»

Entonces le dijo el mártir que nadie se podia confesar con él. Dijeron también por eso habia canonizado el Papa al P. Garneto. Preguntóles el Arzobispo como lo sabian: dijeron: «Porque está pintado en Roma entre vuestros pintores.»

Un flaco argumento es (dijo) el que se toma de los pintores y poetas; pero yo digo que es mártir, si le mataron por no descubrir el sigilo de la conjuracion, y si el Papa le ha declarado por mártir, yo daré la vida en donde me lo es.»

Entónces el Arzobispo: «Quitaos de ahí con vuestras hipótesis y suposiciones; decid claramente lo que sentís.»

Respondió el Padre: «Si es verdad lo que escribió desde la cárcel, y fueron testigos los embajadores de dos reyes, que lo dieron por escrito, y otros muchos caballeros, y yo pasando por Inglaterra lo leí; él murió bien, y santamente, y sin culpa de la conjuración de la pólvora.»

Contra esto alegaron los autos públicos. Díjoles el mártir que siendo, como eran, de enemigos, no se les había de dar crédito; y que no sabía por qué no le había de dar á sus autores, dignos de toda fe. «Pero sea lo que fuere (dijo) nadie me ha hecho juez de estas cosas; y así, no tengo de responder más. Yo he venido á mi patria para predicar á Cristo y no á Garneto; yo cuido ahora de mis cosas, como él cuidaba de las suyas, cada uno por sí, y Cristo por todos.»

Había ya veinte y seis horas que ni comía ni bebía el confesor de Cristo, y tenía calentura; y aunque estaba muy caluroso con el fervor de la disputa, pero con un paroxismo que le sobrevino, comenzó á temblar de frío; y así, le mandaron ir á la lumbre, donde un escocés de cerca de su misma tierra le llenó de injurias, llamándole mal hombre, perjuro, mentiroso y que paliaba su profesión malvada é infame con un apellido honroso; que él haría antes de poco tiempo que el noble apellido de los Ogilbeos no fuese más afrentado con la infame mancha de los jesuitas; y que si no tuviera cuenta con tantos caballeros que estaban presentes, y en el palacio del Arzobispo, luego lo echara en un horno ardiendo.

Estas palabras tan injuriosas oyó el mártir con gran paciencia y serenidad con la cual le respondió que si estaba resuelto á echarle en la lumbre, que no lo podía hacer en ningún tiempo más á propósito que entónces, porque estaba muerto de frío; pero que tuviese cuenta no se esparciesen sus cenizas y carbones por la casa, porque tendría necesidad de barrerla, pues la había ensuciado.

Con estas y otras gracias hacia burla de las amenazas de aquel hombre de manera que los mismos que estaban presentes y deseaban ver al Padre en otra parte, para dejarle hecho una criba á puñaladas, hacían burla del hombre; y él mismo, conociendo la verdad, le prometió todo favor y ayuda.

También el cónsul de la ciudad afirmó delante de todos que no era P. Ogilbeo, sino Estuardo y natural de su tierra; que su hermana era predicante y no vivía lejos de la ciudad, y que en ella vivía aún su madre.

No faltaron luego falsos testigos vecinos de la ciudad que lo juraban, por más señas contaban algunos hurtillos que había hecho siendo muchacho travesuras y entradas de huertas.

El siervo de Dios lo negaba y ellos afirmaban; todos le condenaban por perjuro.

la siguiente lo preguntaron á la que decian ser su madre, que no le dió por hijo, porque no tenia pegados los dedos y no parecia bobo, ni hijo, sino demasiado agudo; y así, tornó el Padre á hacer burla de la hacian de él, y con mucha gracia les abrasaba con sus dichos; que darse entre los términos de modestia les picaba mucho, porque era con ortigas, que no con púas, ni con espinas, sino con su vello blanco.

Llevaron al mártir á la cárcel, donde le ataron con dos argollas á una barra de hierro labrada á modo de pértiga, que pesaba doscientas libras, de modo que podia sólo estar sentado y echado de espaldas, pero no de pie, ni estar en pie sino muy poco, ni aún para las necesidades naturales.

En varias disputas tuvieron con el siervo de Dios, que siempre alcanzó á vencer á los enemigos de la fe, confundiéndolos con sus razones y agudeza, de modo que quedaban corridos y muy pesarosos.

El mismo Padre en una carta que escribió á nuestro P. General Claudio Berlinghieri dice de las disputas estas palabras: «Las disputas han sido casi particularmente tres que han sido con los más doctos, y lo mismo con otros diferentes casi cada dia.

Con los doctos argüimos con silogismos, con los otros con discursos. Y ellos han quejado que arguyo con demasiada viveza y picante, dos veces detenido con ellos por escrito; pero aunque me prometieron la respuesta he podido alcanzar.

Ya ya no me ve nadie de los que solian disputar; ántes hay mucho que no me visite nadie, sino es á hurtadillas y pocas veces.

Las disputas han sido principalmente de la Misa, de S. Pedro, del juez de controversias. De la Misa traté, así por escrito como de repente, en forma de silogismos; de manera que los mismos predicantes comenzaron á dudar de sí, y despues nadie me respondia ni acometia.»

En una carta que escribió á un amigo suyo, dice: «Como lo echaban todo me vi forzado á vencer con voces sus voces, no de uno, sino de muchos. Con fervoroso celo y apretar los dientes ha sido necesario reprimir la ira y violencia de los calumniadores.

De manera que, viendo que les daba en rostro con sus vicios verdaderos con lo que á todo el mundo, comparándolos con las fingidas calumnias y con las sospechas contra los católicos, les pesó y tuvieron vergüenza de continuar el juego.

Al proponer el primer silogismo y no sabiendo probar con el segundo la proposicion que les habia negado; les dije que no podian probar lo

que decían; hice instancia que lo probasen si podían, y si no que defendían una causa mala y falsa, porque quien calla otorga.

»Y añadí que todo lo que yo diría, se lo daría probado y por escrito, para que lo examinasen en su colegio. Quejábanse que distinguía muy á menudo, y que con mis distinciones no les daba lugar para proseguir la disputa.»

Todo esto escribe el fervoroso mártir de lo que le pasaba con los predicantes.

Entre tanto vinieron cartas de Londres, mandándole examinar y dar tormento con el quebrantapiernas, que es un género de tormento muy riguroso, para que descubriese los lugares en que había estado y las personas que eran católicas.

Vinieron también comisarios del rey, que condenaron á diez católicos que estaban presos con el santo varón; los cuatro á muerte, unos á la horca, otros á la rueda; y mientras consultaban al rey sobre la sentencia, encerraron los sentenciados en diferentes lugares.

Al P. Ogilbeo llevaron á Edimburgo: en el camino le tiraban pelladas de nieve, arrojaban lodo, echaban á la cara lo que topaban y mil maldiciones, incitándolos el mismo juez provincial, y estándolo mirando los ministros de justicia; y como el siervo de Dios, lleno de contento, picase el caballo por las calles, haciéndole saltar como quien hacía burla de ellos, se espantaban cómo no le derribaba.

Entonces dijo en alta voz un refrán escocés, que *es tiempo de caer cuando se corta la cabeza*. «¿Queréis, por ventura, decirme otra cosa ó hacer más de lo hecho?»

Tan de fiesta estaba el valeroso mártir en medio de sus contumelias y escarnios, á imitación de los Apóstoles, que iban gozándose de haberlos padecido por Cristo.

Cierta mujer le echaba muchas maldiciones, y especialmente hacía burla del rostro maltratado y afligido del santo confesor, á la cual él echaba bendiciones y decía: «Dios bendiga tu buena cara.» La cual luego, compungida, dijo que le pesaba haberle maldecido y que de allí adelante no diría mal de él.

Maravillábanse grandemente los herejes que por las maldiciones echaba el siervo de Dios bendiciones, y se mostraba más alegre y contento á los más enojados con él.

Para que en Edimburgo no fuese conocido por la capa, la trocó con un balandran de camino; pero fué sin provecho alguno, porque cada día metían dentro de la cárcel cuantos podían, preguntándolos si le habían visto antes y con quién.

a suerte descubrieron que muchos habian estado con el santo varon y publicaron que secretamente habia sido el traidor que habia á todos los que ellos descubrieron ó hicieron con amenazas que, por osos, se descubriesen á sí y á otros.

o en Edimburgo en las casas del Obispo, trajeron aquel género de de las botas con que quebrantaban las piernas.

lia le amenazaban con cruelísimos tormentos, si no descubria los lus personas con quien habia tratado; y si los descubria, le prometian lones y la libertad, y si se quisiese volver hereje, le prometian la pre- de Mefete con un casamiento muy principal, fuera de lo que el rey merced.

idia el siervo de Dios, riéndose, que por la semejanza del nombre de ofrecer esta prepositura al P. Mufeto, y no á él, que se llamaba

le que el Padre era muy sencillo. Respondió que era más docto y él, y que si el Padre no era á propósito, que él tampoco lo seria. l dia en que se juntaron los del Consejo; llaman al siervo de Cris- tanle á qué posada habia ido recien llegado á aquella ciudad. Res- e no tenia obligacion de descubrir los lugares ni las personas; que si es que ya se los habian señalado, habian de inquirir de los de- de las personas.

le que el rey pedia inquirir de las posadas que habia tenido, para ar si habia maquinado algo contra el estado de la república.

dió que, si la pretension del rey fuera meramente civil, le res- pero como no le reconocia por juez de lo espiritual, que en esta espiritual no le podia responder con buena conciencia.

que la querella era meramente civil. Negó el Padre que fuese así, accion (dice) y potestad moral, como es la del rey, se especifica ser del fin y circunstancias; el fin del rey es espiritual, porque las que hace son por odio de la fe, para coger y castigar á los papis- o atestiguan los encarcelados de Glasgonia y los caballeros cató- rendieron; porque, si yo descubriera mi posada, los amedrentá- imiérades de manera, que á los medrosos hiciérades descubrir á / á otros que han andado conmigo, y así los castigáredes, y yo de todo el daño y con mi desacierto matara á los inocentes ó los peligro de negar la fe por el rigor de vuestra persecucion, todo i contra Dios y el prójimo, y por el consiguiente grande pecado. ndo así que nadie está obligado á pecar contra Dios y el prójimo, acer, no tengo obligacion de responder á esa pregunta, porque,

concediéndoo una proposicion, seria tambien forzoso conceder la consecuencia con perjuicio de mi alma, ofensa de Dios y daño del prójimo.»

Segun eso, dicen los herejes, ¿no quereis obedecer al rey? «Yo daré al rey todo lo que le debo,» responde el siervo de Dios: «pues el rey, replican ellos, veda las Misas y vos las decís.»

A esto con grande brío respondió el mártir: «Juzgad vosotros si tengo de obedecer á Cristo ó al rey. El rey veda las Misas y Cristo las instituyó y mandó decir, como lo probaré si quereis. Y si el rey condena lo que instituyó Cristo, ¿cómo no quiere ser llamado perseguidor de Cristo?»

Alegaron los tiranos que el rey de Francia habia desterrado á los protestantes, y el de España los quemaba por causa de la religion.

«No es así, responde el invicto confesor de Cristo, porque ni Francisco desterró de Francia, ni Felipe quema en España por la religion, sino por la herejía, la cual no es religion sino rebellion.»

No sabian los herejes qué decir ni qué hacer, viendo la santa libertad del soldado de Cristo y la resolucion con que calificaba su secta, haciendo burla de ella y dándola el nombre que verdaderamente merecia; porque, así como los alquimistas prometiendo hacer oro no hacen más que resolver en humo y vapores los metales que para eso juntan, así los herejes queriendo reformar la verdadera religion, no hacen más que dertruir sus verdades y misterios.

Acusaron luego al siervo de Dios que no habia podido entrar en el reino contra la voluntad del rey, á lo cual respondió: «El rey no podia sin causa legítima vedarme mi patria, pues yo soy tan natural súbdito, como él es rey.»

Pero con razon (dicen los herejes) se recela de vosotros, jesuitas, así para resguardo y seguridad de su persona como de sus Estados.

A esto replicó el Padre: «Haga sólomente lo que ha hecho su madre y todos los reyes de Escocia sus antecesores, y no tendrá por qué temer á los jesuitas más que el rey de España; ¿qué más debemos al rey que nuestros antepasados á sus antepasados?, y si todo el derecho que tiene al reino lo tiene de ellos, ¿por qué pide más de lo que ellos por derecho de herencia le han dejado? Ellos ni tuvieron jamás jurisdiccion espiritual, ni la usurparon, ni tuvieron otra fe si no es la romana.»

Enojáronse grandemente con esta respuesta, y uno de los consejeros más airado dijo que aquella junta no era para disputar.

Respondió el Padre: «Ni yo tampoco disputo, sólo muestro que no debo ser privado de mi patria y que no toca al rey lo que pedís, pues no he cometido ningun delito; y, si algo he hecho, prueben con testigos en qué he ofendido á la república ó alguna parte de ella, y pues no podeis probar nada de eso, ¿por qué me molestais?»

entonces uno de ellos: « Vos no os podeis librar mejor de la sospecha de juracion que diciendo: Aquí estuve con fulano y fulano; esto y esto Escocia. Preguntadles, y si me convencieren, yo me daré por culpa: si lo hiciéredes no nos dejáredes de qué asir, pero como callais y no descubrir á nadie, os haceis sospechoso que lo haceis, porque vuestros cómplices no os descubran.»

Con cuidado (respondió el Padre) que yo tomaré ese consejo cuando viniere bien, ahora no me cumple; lo primero, porque, ofendiendo á Dios por ser siendo traidor y causa de la perdicion de mi prójimo, mataria mi

segundo, porque ahora no aprovechara, ántes hiciera daño, porque al ver que vuestros espantos y amenazas por una parte, y por otra los mandatos del rey, me hicieran inconstante, y que algunos por daros gusto hicieran alguna conjuracion, para gozar de la liberalidad del rey, con que entreteuviérades alguna capa para encubrir vuestra crueldad, y ahora os reveis á castigarme como quisiérades por miedo de la infamia.»

Le dijo que el rey no mata á nadie por la religion. Preguntó entonces, si habian sentenciado á los de Glasgonia á ruedas y horcas.

Le dijo que no les obligue atormentarle á él conforme al orden del rey. Respondió que no diria otra cosa, que hiciesen lo que quisiesen.»

Entonces preguntaronle más, si defendia la doctrina del P. Suarez. Respondió que habia leído su libro; que si algo tiene que no sea de fe, él defiende su opinion, pero que no era guarda ni defensor de Suarez, pero que si alguno faltar lo que dice, que escriba otro libro mejor que el suyo.

Como porque era muy tarde, le dijeron: « Ya es de noche y nosotros tenemos muchas cosas en qué entender; mirad entre tanto que otra vez nos torced para juntar, si quereis dar gusto al rey ó ponerlos á peligro de padecer mucho de tormentos.»

Respondió que ya habia tomado resolucion, de lo que habia de hacer, y que se les habia dicho.

Después, habiéndole mandado que se fuese, consultaron entre sí con qué le harian decir todo lo que quisiesen, y resolvieron que con hacerle mucho de dolor, sin dejarle tomar reposo alguno, y así, le tuvieron ocho dias y nueve noches sin sueño, picándole continuamente con punzones, alfileres, alfileres, alfileres, bañando con sangre todos sus miembros, amenazándole con tormentos terribles y prometiéndole maravillas; de manera que por toda la corte corrió la fama de su extraña vela, indignándose muchos contra los que lo hacian, y admirándose de la constancia del siervo de Dios. Los condes y barones vinieron á persuadirle que diese gusto al rey;

pero como por sus razones no alcanzasen otra cosa sino razones, estando ya sin esperanza de hacer mella en aquel pecho fuerte, dijo el Arzobispo que de buena gana daria una grande suma de dinero á trueque de no haberse metido con el P. Ogilbeo.

Como cierto caballero á cuyo cargo estaba el darle el tormento de la vela, dijese delante de mucha gente que él y los suyos le harian dar atroci-
simos tormentos, y que no dejaria de importunar al Consejo hasta que des-
pues de muerto con muchos tormentos fuese su cabeza colgada en la puerta
occidental de la ciudad, para ejemplo de su pertinacia y obstinacion; respon-
dió el Padre:

«Señores verdugos honrados, yo no os temo nada en este negocio, ni se
me da nada de todos vosotros: haced lo que quisiéredes segun el dictá-
men de vuestra maldad y herejía. Jamás he rogado, ni rogaré á ninguno.
Siempre os he menospreciado; yo puedo y quiero padecer más y de mejo-
rana por esta causa, que vosotros con todas vuestras fuerzas me podei-
atormentar.

»Dejad ya de darme en rostro con esas cosas; decidlas á las mujeres del
cadas, porque á mi no me derriba, ni desmaya eso; ántes me enciende
anima más, y no se me da más de las amenazas de todos vosotros, que d-
graznar de otros tantos gansos.»

Esta respuesta tan varonil causó silencio y admiracion en los circunsta-
tes, y aquel caballero se fué callando, dejando al Padre con las guardas.

Pero de ahí á poco volvió, preguntándole blanda y amorosamente si le
faltaba algo. Respondió con gracia, que cama para dormir. Díjole más hu-
mano, que lo que habia dicho lo habia hecho por razon de estado, por res-
peto de los circunstantes.

Pero el Padre conocia el ánimo bárbaro y cruel del hombre, y así, le dijo
que no se le daba nada, y que no queria revocar nada, ni desdecirse de cosa
de las que habia dicho; que bien sabia lo que se hacia y con quién y cómo
trataba.

Al cabo de diez dias volvieron los del Consejo á llamarle. Estaba el Pa-
dre muy flaco, porque el velar tantas noches y dias le habia debilitado de
manera que apenas sabia lo que decia ó hacia, ó adónde estaba, ó en qué
ciudad; y con todo eso, con la buena ocasion venian entónces muchas veces
los predicantes á importunarle.

Llamado, pues, del Consejo, comienzan á blasonar su clemencia, diciendo
que le habian querido dar un tiento con el tormento de la vela, y no con que-
brantarle las piernas.

Respondió con igual ánimo el siervo de Dios, que si se las hubieran que-

do, pudiera ganar la vida, haciéndose llevar á las escuelas ó á la iglesia enseñando ó ejercitando los ministerios de sacerdote en algun confesionario habiéndosele casi acabado la parte sensitiva, ¿qué otra cosa peor an haber hecho, sino es dándole la muerte? supuesto que, segun su voluntad habia de servir á Cristo y á su Iglesia con el uso y ejercicio de su entendimiento y no de las piernas; que si ponian todas sus fuerzas para conseguir, fuera su conversion de predicantes, que es, de hombre de juicio habiendo juicio y de jesuita, necio.»

Entonces, que si no obedece al rey, que habian de ejecutar en él cosas más duras respondió: «Aunque hubiera tenido voluntad de decíroslo todo, ahora callera, porque no parezca que lo digo forzado, y que me dejen mover y obrar el sentido como bestia, y no como hombre por la razon.

Además, dice, este tormento de las botas y quebrantapiernas: yo mostraré al favor de Dios, que en este negocio no estimo en más mis piernas, que vuestras ligas.

Entonces, que no estimo en más, y entiendo que nací para mayores cosas que para llevar de mis sentidos; pero no confío en mí, sino en la gracia de Dios, así, respondo que no quiero añadir ni quitar nada de lo dicho: si queréis algo, sea presto.»

Entonces el Arzobispo: «Vos hablais con pasion; ninguno hay que muera presto, pudiendo fácilmente conservar su vida como vos proponiendo lo que se os ofrece con la gracia del rey.»

Respondió el varon esforzado, que no hablaba con pasion, sino con un ánimo suelto y deliberado, y que guardaria su vida, si podia, como no se acordaba á perderla por Cristo; pero no pudiendo lo uno y lo otro, que buena gana perderia lo que vale ménos por lo que vale más.

Entonces, cansado de velar y estar en pié, le volvieron al aposento adonde el conde de la provincia de Glasgonia le recibió con muchas injurias y insultos.

Entonces comenzó á dar voces y afearle la dureza de su corazon, que siendo escogido reviese á no querer dar gusto al rey en cosa ninguna, diciendole que el rey le hiciera cocer en cera.

Entonces, que no le podia aplacar con buen término, el mártir se reia de todo, y comenzó á fisgar de él, diciendo que si Dios le quisiera hacer rey, le hiciera secreto; y como le brindase sobre mesa y el vizconde no le quisiese razon, comenzó á entretenerse más con él, de manera que le vino á parar á reír, riéndose los demás, y el Arzobispo más que nadie, diciendo que le habíale pintado tan vivamente, como si desde niño le hubiera co-

El día siguiente, á la vuelta de Glasgonia, le convidó amigablemente, para que viese sus jardines y casa, y regaló mucho.

Antes que prendiesen al Padre, solia en casa de los herejes rezar las Horas de noche cuando estaban durmiendo: uno de ellos tuvo cuenta, y vió que hablaba entre dientes y que encendia una vela de cera: parecióle que debia de ser hechicero, y así lo dijo despues que lo prendieron; y por esta vía se publicó por todo el reino con risa de los más cuerdos.

Puso mucho de su casa mintiendo aquel hombre; porque decia, que alrededor del Padre andaban muchos animalejos negros, á quien daba cierto género de comida y que hablaba con ellos.

Reíase el siervo de Dios de los predicantes que se lo contaban, y no quiso responder á esta calumnia con otra cosa sino con decir la verdad, que rezaba las Horas canónicas de la Iglesia Romana.

Diciendo el Obispo de las islas, Andrés Knonio, que tambien podia decir Misa como él, preguntóle el Padre si era sacerdote: dijo que no, y replicó el mártir: «Luego no sois Obispo, ni podeis decir Misa.»

Respondió que, como él quisiera dejar invenciones de hombres y seguir la religion que predicaron los Apóstoles y ellos profesaban, no le faltaria nada, porque tenia grande ánimo y agudo entendimiento.

«Buena religion es la vuestra (le dice el mártir) pues aún no tiene diez años; porque, cuando yo era niño, teníades por artículo de fe que ni habia ni se debia llamar otro Cabeza de la Iglesia, sino sólo Cristo, y ahora todos jurais y firmais que el rey es cabeza de la Iglesia en sus Estados y Señoríos: vosotros mismos en otro tiempo jurastes y firmastes lo contrario.»

Esa no es doctrina Apóstolica. San Pablo dice: «Si destruyere lo que he reedificado, yo mismo me hago prevaricador; como quien dice, trastueco el el orden y verdad de las cosas.»

Volviéndose á hablar con el Obispo de las islas, le dijo: «Vos predicastes en Palesto contra los obispados y dijistes públicamente que lo diríades á cualquiera, que era demonio y que merecia que le escupiesen en la cara el que quisiese ser Obispo; y quince días despues lo venistes á ser, y no contento con el obispado de las islas, habeis aceptado otro mejor de Irlanda.

»Guillermo Andrés Coupeto ha sacado un libro contra el grado de los obispos, y ahora es Obispo de Galovidia. ¿Y, por ventura, todos los predicantes de Escocia no habeis jurado y firmado en una junta pública que el nombre y oficio del Obispo era una cosa abominable, y que en ninguna manera se habia de sufrir en la Iglesia de Dios, y ahora enseñais todo lo contrario? Decidme, os ruego, ¿no sois, por ventura, prevaricadores, segun el Apóstol?»

e el Obispo que no; pero que estaban más alumbrados con la ver-
que veian más que antes. Replicó con gracia el Padre: «Bien está eso;
siendo obispos, teneis vista para contar mil de vuestras rentas, no la
siendo predicantes, para contar ciento.

decidme, si los artículos eran entónces verdaderos, ¿por qué son
hora? y si entónces eran falsos, ¿quién ahora los hizo verdaderos?
entónces era palabra de Dios lo que enseñábades, y lo es tambien
que enseñais de nuevo?

prevaricadora doctrina es esta que destruye lo que ha edificado;
abra mentirosa es esta, qué Dios contradictorio es este cuya palabra

des entónces que era la luz de la verdad; pues si entónces teniamos
n de creeros, ¿por qué hemos de creer ahora á unos perjuros? Y si
hemos de creer, ¿por qué autoridad ó razon os debiamos creer
? porque, así ahora como entónces, alegábades la sagrada Escritura.
engaño, ó vuestra doctrina es aquella maldad é iniquidad que se
sí misma.»

entónces el Obispo: «Señor Ogilbeo, verdaderamente vos teneis es-
andamente me holgara que muchos como vos me siguieran, que
itara bien.»

idió el mártir: «Más quisiera seguir al verdugo á la horca; porque
is derecho al infierno con el demonio.»

falso Obispo: «¿Pues cómo me hablais de esa suerte?» Respondió
«Perdonadme, señor, que yo no sé el estilo de palacio: nosotros, je-
cimos lo que sentimos, no os quiero lisonjear; yo os honro por la
ivil, y respeto vuestras canas, y cedo á la edad; pero por lo que
eligion y obispado, no os estimo en nada.

sois, y no teneis más jurisdiccion espiritual que vuestro báculo. Si
que os diga lo que siento de vos, mandadme callar y no hablaré
si quereis que hable, diré lo que siento, y no al sabor de vues-
r.»

entónces el obispo: «Pésame que la pobreza de protestante os ha he-
a.» Respondió el mártir: «Vos me quereis medir con vuestro pié,
e por lo que ha pasado por vos, que por dos obispados habeis re-
otros tantos artículos de la fe.

mayorazgo de mi padre; y aunque no supiera letras, pudiera con-
onio llenar el lugar de un caballero principal; y si quisiera mudar
mo vos, pudiera tener no poca renta con la gracia del rey.» Con
el hereje enojado, y el mártir se quedó riendo.

Dijo despues el Arzobispo en el Consejo del Canciller, estando ausente e P. Ogilbeo, que en aquel reino no habia entrado otro como él.

Otra vez en un convite dijo que si Ogilbeo escapaba, él queria ser ahorcado en su lugar; porque si se escapara, *metiera pólvora en las ollas*: es este un refran de Escocia muy significativo.

Con todo eso, cuando estaba con el mártir, hablaba con mucha cortesía. Todo su negocio era preguntarle los lugares y personas con quien habia tratado para castigarlos.

Espantábanse mucho los tiranos que no se entristeciese el siervo de Dios sino por las molestias que hacian á otros, y que se holgaba con su propia cruz.

Guardaban con todos los modos posibles que nadie le dijese una sóla palabra, sino es estando presente su guarda, ni le diese papel ó pluma.

Raras veces entraba á verle alguno, si no es para hacer escarnio y burla de él; y si alguno entraba, le tenian por sospechoso ó le maltrataban, si no escarnecia del santo varon.

Llegó á Glasgonia la víspera del Nacimiento del Señor, y atáronle con entrambos pies á la pértiga de hierro, aunque despues le dejaron el uno libre asegurando al hierro con un candado y dos cuñas de hierro, para que no cayese en alguna grave enfermedad de estar siempre echado de espaldas.

En esta sazón volvieron las cartas de Lóndres, con las cuales fué llamado á la junta de los Grandes: mandáronle responder.

En la mesa estaban los libros del P. Suarez y el Cardenal Belarmino. Pregúntanle si el Papa puede deponer á un rey hereje. Respondió: «Sentencia es de muchos hombres doctos que puede, y es doctrina muy probable; y cuando fuere definido ser de fe, daré por ella la vida: mientras eso no se hiciera, no estoy obligado á decir lo que siento, si no fuere preguntado jurídicamente del juez de las controversias de la religion, que es el Papa ó el que de él tuviere autoridad.»

Lo segundo le preguntaron si es lícito matar á un rey descomulgado por orden del Papa. A esta pregunta dijo el Padre:

«Vosotros no teneis jurisdiccion espiritual ninguna; y así, porque no parezca que reconozco en el rey alguna jurisdiccion espiritual, no quiero responder á pregunta ninguna que toque á la doctrina cristiana.

»Pero si me preguntádes para aprender, respondiera; mas, pues me preguntais como jueces, no puedo con buena conciencia decir lo que siento.

Condenó luego el santo mártir los dos juramentos que se piden á los ingleses; es á saber, que el rey es Cabeza de la Iglesia y que en todo y por todo tienen sus vasallos obligacion de darle la obediencia.

Preguntándole si el Papa tiene jurisdiccion sobre el rey, respondió que

es cristiano bautizado. ¿Si puede descomulgar al rey? respondió, puede. Y preguntando: ¿cómo le puede descomulgar no siendo de la? respondió:

«El reye es de la Iglesia en orden á poderle castigar, no en cuanto á la dispensacion de los dones y carismas de la salvacion. Porque, así como el papa puede prender y castigar los ladrones, así el Papa puede y debe castigar a los rebeldes y fugitivos de la santa Madre Iglesia; porque el Papa tiene derecho sobre un hombre en el punto que se bautiza, porque entra en la Iglesia y viene á ser miembro del cuerpo místico y oveja de Cristo, cuyo Pastor es el Papa.»

Entonces el Arzobispo: «Esto será causa que muchos aborrezcan el papa.» Respondió el Padre que bien podria ser que así lo hiciesen los que menosprecian el humilde yugo de Cristo, y con su príncipe el papa buscan su gloria y honra, y no la de Cristo; pero otros no lo ha-

El Arzobispo, de quien muchas veces se ha hecho mencion, envió al rey relacion de las disputas y de todo lo que habia pasado, añadiendo muchas calumnias y echando muchas cosas á mala parte, porque habia jurado hacerle morir; la cual relacion firmó él y todos los caballeros que se hallaban presentes.

El Arzobispo quitó el oficio al alcaide de la cárcel, porque parecia tan riguroso y cruel con el preso; y en su lugar puso á su mayor sobrino, hombre feroz y bárbaro, que le dejaba cargado de hierro y en conchabado, y, no fiándose de los candados que apretaban aquellos grillos de los pies, encajaba en los remates cuñas de hierro remachadas con clavos.

El miedo era el miedo no se les escapase, siendo así que el mártir solia no quebrantaria las prisiones aunque fuesen de cera, ni saldria fuera de las puertas de la cárcel de par en par abiertas, por no desanimarse por causa tan justa, hasta que la Providencia divina tuviese por bien hacer otra cosa.

Se allegaron algunas extraordinarias velas, sucediéndose por su turno los ciudadanos á otros que le metiesen por las carnes punzones, y de todas maneras le molestasen para que no durmiese.

El Arzobispo en Edimburgo, y sabiendo que su mujer trataba muy mal al preso (y sucedia esto sólamente cuando habia brindado más vino, que así lo suelen usar aquellas arzobispas) la mandó llamar, y le dio al mártir de este consuelo.

Finalmente, llegaron las cartas del rey en que mandaba que muriese Ogbeo, si no revocaba los artículos que habia firmado.

Como esto se publicase, y llegase á su noticia, y le preguntasen las guardas cómo estaba, respondió que atado en el suelo y cargado de hierro. Les preguntó si tenían algo de nuevo, y diciendo que no, les dijo: «Pues yo quiero dar una buena nueva, y es que un sacerdote morirá mañana esotro dia.»

Entre tanto volvió el Arzobispo de Edimburgo acompañado de mucho caballeros y otros enemigos mortales de la fe católica, para dar sentencia capital contra el mártir. El cual la noche antes de su muerte se lavó los pies y convidó á todos los presentes á que el dia siguiente asistiesen á sus bodas.

Habiendo pasado aquella noche con mucho desasosiego por el grande alboroto y ruido de las guardas, luego que amaneció, pidió un poco de lugar para encomendarse á Dios; y habiéndolo alcanzado, los echó á todos fuera, hasta que vino la justicia acompañada con gente del lugar armada, diciendo que aguardaba al preso.

Preguntóle si estaba aparejado: y respondiendo que habia mucho tiempo que lo estaba y deseaba aquella hora, le sacaron de la cárcel cubierto y ceñido debajo de los brazos con una capa corta y vieja, que apenas le cubria el cuerpo, porque el mayordomo del Arzobispo le habia tomado la suya.

Como fuesen caminando para el suplicio, concurrió al espectáculo de todas partes mucha gente, así hombres como mujeres de toda suerte, particularmente las mujeres y parientes de los que habian estado presos con él y ya estaban sentenciados, los cuales pocos dias antes le habian dicho muchas injurias y tirado pellas de nieve, pensando que habia sido causa de todas sus desgracias.

Pero ahora, estando mejor informados y viendo su inocencia, constancia y fidelidad, y que no habia querido descubrir un católico tan sólo; le echaban mil bendiciones deshaciéndose en lágrimas, y lo mismo hacian todos los demás, aunque herejes.

Llegando, pues, á los estrados adonde estaban sentados los jueces de la maldad en el lugar diputado para examinar los malhechores, le presentaron con la cabeza descubierta, y habiendo nombrado los jueces asesores, le preguntaron si tenia alguna excepcion ó tacha que les oponer, ó si queria poner su causa en sus manos y ser de ellos juzgado.

Respondió el mártir: «O son amigos ó enemigos: si amigos, tenemos un mismo negocio, y así, tienen obligacion de ser compañeros de mi trabajo; si enemigos, no me pueden ser justos jueces.»

Respondieron: «Luego será menester traerlos jueces de Roma ó llama

que oyeron vuestras Misas.» A lo cual respondió el mártir: «Estos mejor sabian proveer sus casas y familias con sus tratos y mercaderías y residir en el juicio de causas criminales.»

Entonces el Arzobispo que él los habia hecho pobres. Respondió el mártir: «Vosotros sois el que habeis hecho eso, debilitándolos con la hediondez de la cárcel, y chupándoles sus haciendas, por verse forzados al Arzobispo lo que les sobraba para redimir su vejacion. Pero yo á ningún cargo; sólo he procurado alentar á los míos con consuelos y conservarlos enteros en la fe contra las herejías.»

Entonces el Arzobispo que mentia, le dijo: «Decid, os ruego, la definicion de la mentira. Yo digo lo que siento y lo que sé que

si queria admitir entre los jueces á cierto caballero de quién se decía que era católico, y no sólomente estaba indiciado, pero acusado. El P. Ogilbeo habia dicho Misa en su casa; respondió, para librarse, que le tenia por sospechoso; «porque habiendo sido acusado (falso mártir) por mi respeto, podrá ser que, acordándose de la inculpa elva contra mí.»

Siendo examinado como antes delante de estos jueces asesores, todo en la forma que muchas veces lo habia hecho. Y siendo preguntado otras veces, acerca de aquellas dos preguntas, si el Papa puede reinar al rey descomulgado, y si puede dar licencia para que le sea, que no respondia nada.

Los jueces instancia, diciendo que el silencio en este negocio confesion, respondió: «Juzgadme por mis palabras y obras, y á este oficio) dejad el juicio de los pensamientos.»

Entonces replicaron, que ¿no quereis obedecer al rey en este particular lo que estoy obligado (dijo el mártir) seré obedientísimo al rey; ¿si alguno acometiera su Estado temporal, yo diera de buena gana la vida de mi sangre para defenderle.

En las cosas espirituales, en las cuales el rey se usurpa la jurisdiccion, ni debo obedecerle. Pero mire el rey que, usurpando el derecho pierda el propio.

Entonces dijo uno de los asesores, os pregunto eso por vía de consejo y para aliviaros sobre estas dificultades.»

»Cosa ridícula me parece, dijo el mártir, que siendo juez y yo reo acusado criminalmente, me pidais consejo sobre estos artículos; y así, no diré nada delante de los jueces acerca de estas cosas, mientras la Iglesia no determinare alguna cosa cierta; porque sólomente pretendeis cogerme en mis palabras, y buscar alguna capa para encubrir vuestra crueldad, con que me deseais la muerte.

»Paréceme que sois como un enjambre de moscas, que tienen cercado un plato lleno de grasa, ó como los pescadores que en el estanque tienen cercados los pececillos con redes por todas partes.»

Preguntado despues si le parecian bien los parricidios, dijo, que abundaba de ellos. Juntándose luego los jueces para dar sus votos en la sentencia de su muerte, les dijo que se acordasen del estrecho juicio de Dios, dándoles en rostro con sus injustas sentencias, que habian pronunciado contra los católicos.

Entre tanto le preguntó el Arzobispo que, si le perdonaran la vida y sólomente le sentenciaran á destierro, si volveria otra vez á su patria. «Si por algun delito, dijo el mártir, me desterraran, yo tendria cuidado de no volver pero desterrado por esta causa que defiendo, no dejaria de volver: y ojalá cada uno de mis cabellos pudiese convertir mil almas á la fe católica, y en primer lugar á vos, Arzobispo.

»Entiendo, que estos vuestros estatutos, hechos sin ley y sin autoridad contra los que guardan la verdadera religion, no obligan en conciencia, particularmente teniendo yo de mi parte todos los estatutos y leyes de todos los reyes y reinas de los siglos pasados.

»Si el rey os ahorcara á todos vosotros los ministros, cuando le contradijisteis en la junta y Consejo que se juntó en Taidun y Abendonia, cuando decretasteis que ninguno en la tierra debia ser reconocido por Cabeza de la Iglesia; en tal caso me recelara volver del destierro á mi patria.

»Pero, habiéndoos perdonado en una causa tan injusta como la que tiene derechamente contra su persona, que se dice Cabeza de la Iglesia; ¿por qué no tengo yo de obedecer antes á Cristo que al rey? ¿Por qué no habia de esperarse que se mostraria liberal conmigo en negocio tan justificado, pues ahora os sufre en una causa tan injusta?»

En esta sazon, vueltos los jueces de su consulta, pronunciaron contra el sentencia de muerte en esta forma: Que fuese llevado á la horca que para eso se habia plantado en la plaza, y ahorcado en ella, y despues le fuese cortada la cabeza, y el cuerpo descuartizado, y los cuartos puestos en cuatro partes de la ciudad á vista de todos.

Entónces el mártir muy contento dió gracias, echó su bendicion y abrazó

al que le habia leído la sentencia; y, haciendo tambien gracias al Arzobispo y á todos los demás, y dándoles la mano, dijo que perdonaba á todos de corazón, como deseaba que Dios le perdonase sus pecados.

Habiéndose encomendado en las oraciones de los católicos, si acaso estaba allí alguno encubierto, se volvió á la pared para encomendarse á Dios y tener un rato de oracion.

El Arzobispo mandó que no hablase palabra al pueblo que estuviese presente á su muerte, pues estaba sentenciado y condenado por el crimen de lesa majestad.

Mientras el mártir estaba en oracion, todos los demás se fueron á comer, y, en acabando, vino un criado del Arzobispo con el vizconde y con el verdugo, á quien el mártir abrazó y dijo que tuviese buen ánimo, que él le perdonaba de buena gana.

Con esto le entregan al verdugo y le mandan atar y llevar al lugar señalado para el martirio.

En llegando, quiso hablar al pueblo, que de todas partes habia concurrido; pero como no le dieron lugar, abrazó y besó la horca y se puso en oracion.

Entre tanto, uno de los ministros dijo al pueblo que el preso no moria por la religion, sino por el crimen de lesa majestad; pero el valeroso mártir, con menear la cabeza, porque no le daban lugar para hablar, dió á entender que no era así.

Como un pariente suyo le animase á llevar este trabajo con paciencia, uno de los criados del Arzobispo le echó del cadalso, que estaba debajo de la horca, y se quebrara la cabeza y acabara allí, si no cayera sobre la mucha gente que habia.

Daban voces los criados del Arzobispo, diciendo: «¿Cómo, traidor, os atreveis á defender á otro traidor como vos?» lo cual viendo el mártir que estaba en oracion, dijo:

«Maravíllome de vuestro modo de proceder: no quereis que hable en mi defensa, y entre tanto me poneis mal á mí y á mi causa con el pueblo con vuestras mentiras, porque me levantaiis que he hablado contra el rey no siendo ello así.

»Enseñado he, que el Papa tiene jurisdiccion espiritual en las tierras del rey y de todo el mundo, entre los cristianos, y que puede descomulgar á un rey hereje. Si otra cosa hubiere dicho, muéstrese al pueblo, porque todo lo que he dicho lo he firmado de mi nombre, y estoy aparejado á morir sobre ello.

»Pero vosotros habeis escrito al rey mil mentiras, y ahora quereis las mismas persuadir al pueblo. Yo, y otro escocés, el cual era el P. Crichtonio, hemos hecho más cosas en servicio de la real majestad para con las naciones

extranjerías, que pudiérais hacer todos vosotros y todos los ministros de Escocia juntos, y estoy aparejado á morir por el rey; pero ahora muero por sólo la religion.

Preguntado del ministro si temia la muerte, dijo que no la temia más que él las viandas cuando queria cenar.

Entónces, habiéndole atado de nuevo las manos atrás tan apretadamente que le temblaban los dedos, le hicieron subir la escalera, y en subiendo, se puso en oracion, encomendándose á la Virgen nuestra Señora, y llamándola en su ayuda, y á todos los santos del cielo, y pidiendo las oraciones y suffragios de los católicos que estuviesen presentes, diciendo que tenia puesta su esperanza en los merecimientos de la sangre de Cristo, en voz alta que le pudiesen oir todos, primero en latin y despues en inglés.

Con esto el verdugo, despues de muy importunado con órdenes del visconde que le acabase de despachar; finalmente, de mala gana y con mucha compasion, le echó la escalera abajo.

Cuando esto se hizo, se levantó un alboroto grande y un mormullo de todo el pueblo, compadeciéndose toda suerte de gente, hombres y mujeres de todas edades, de su muerte, y detestando la crueldad de los ministros, y particularmente del Arzobispo, y pidiendo á Dios que castigase en los culpados la sangre del inocente, guardando libre al pueblo.

Hay testimonio y certificacion, cómo despues de la muerte del mártir la persona que le traia rabió y perdió el juicio.

Con todo eso, reprendieron los predicantes aquellas querellas y plegarias y se las dieron en rostro en los sermones siguientes, diciendo que parecia mal que se quejasen de la muerte de un embaucador y alevoso; pero no por eso dejaba de murmurar la gente y repetir entre sí las calumnias de los ministros é injustas acusaciones, refutadas tan eficazmente del mártir; y cómo le habian ofrecido la prepositura, la esposa, las mercedes y gracias del rey y todo lo demás, que eran señales evidentes de su inocencia.

Desatada, pues, la santísima alma del mártir de la cárcel de su cuerpo, cortaron la soga, y luego el cuerpo sagrado cayó con grande ímpetu sobre las tablas que estaban puestas debajo.

No se executó el hacerle cuartos; y así, fué encerrado en un arca por mandatos del verdugo y de aquellos á cuyo cargo está entre los herejes de enterrar los muertos, porque ninguno de los católicos se atrevió á llegar á él.

Despues de enterrado en un lugar diputado para sepultar á los ajusticiados fuera de la ciudad, en anocheciendo, se vió un hombre á caballo, el cual habiendo sabido la muerte del mártir, volvió á grande priesa á los suyos, y siendo ya muy de noche, se vieron cerca de la sepultura cuarenta hombres

o, los cuales eran católicos, que venian para llevar las dichas reli-

ando informado el magistrado de lo que habia pasado, luego por la se fué con grande acompañamiento al lugar del entierro, y hallando algo revuelta, mandaron atentar con picas si acaso habian llevado pero hallaron resistencia, y así mandaron que no se hiciese pesquisa, doles que esto bastaba para entender que no se habian llevado el

reso el dichoso mártir por los 14 de octubre del año de 1614 y murió el 10 de marzo del año de 1615.

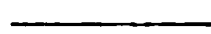
Esta relacion se ha sacado de lo que escribió desde la cárcel el mismo y otros católicos presos con él, y los que fueron testigos de vista erte, cuya historia se imprimió en latin en Duay el mismo año en ció.

La tambien Jacobo Damiano en el lib. VI de su *Synopsi*, y Felipe e en su *Biblioteca*. Celebra á este valeroso confesor de Cristo en su Gerardo Montano con un epigrama.

P. NIEREMBERG.



P. EDMUNDO AROUSMITHEO



mero y capitan de los mártires de la Compañía en Inglaterra fué el roso y esforzado mártir Edmundo Campiano, ejemplo de santidad ia en defensa de la fe santa de Cristo, y la autoridad de la Iglesia Romana; y porque no fuese solo de su nombre, le dió otro Ed- sólo semejante en el apellido, sino tambien en el espíritu y fervor y en la muerte, que padeció en todo semejante á la suya por la o, para que fuesen como dos arracadas ó dos perlas esmaltadas con que hermoseasen el rostro de la Iglesia de Cristo.

invicto mártir Edmundo en Lancastria el año de mil y quinientos y cinco, tan adornado de dotes naturales, cuales se pudieron de- varon perfecto, de ingenio, habilidad, esfuerzo, valor, prudencia clinaciones.

Era liberal, y afable, y magnánimo para emprender cosas grandes, y, lo que más importa, grande católico desde que tuvo uso de razon.

De sus primeros estudios tenemos poca noticia; pero hay la de su ciencia y sabiduría, que fué grande, muy estimada de los católicos y muy temida de los herejes, con los cuales disputaba y convencia públicamente, defendiendo la autoridad del Papa, sin hacer caso de las leyes del reino, fulminadas contra los católicos, y exponiendo su vida á cada paso por defender la verdad públicamente, por la cual fué preso algunas veces y muchas amenazado con la muerte.

Pero él, despreciador de la vida por exaltar la fe santa de Cristo, no haciendo caso de las amenazas y las cárceles, prosiguió siempre en la predicacion y disputas públicas contra los herejes, de los cuales alcanzó gloriosísimas victorias, defendiendo la potestad universal de Sumo Pontífice en toda la Iglesia.

Entre ellas fué celebérrima la que consiguió del Arzobispo de Lancastria, persona muy estimada en toda Inglaterra por sus letras y sabiduría, con quien nuestro Edmundo disputó varias veces delante de todo el pueblo, y le convenció de manera, que no tuvo que responder á sus argumentos.

Corrido y avergonzado salió de la disputa, y tan indignado de esto, que no cesó de maquinarle la muerte para vengar su afrenta, hasta salir con su intento.

Conocida la persecucion del Arzobispo y de los otros herejes que le miraban como á su capital enemigo, sus deudos y conocidos le aconsejaron que hiciese ausencia de aquella tierra y diese lugar á la ira de los que le perseguian, porque el tiempo, que todo lo cura, apagaria aquel fuego, y podria volver con más quietud y seguridad á su tierra.

Pero el valeroso soldado de Cristo tuvo por caso de ménos valer volver las espaldas á la lid que traia con los enemigos de la Iglesia, y desamparar el campo de la batalla en que habia alcanzado las victorias, recelándose que los enemigos dirian, como lo acostumbran en semejantes ocasiones, que le habian convencido y que se iba avergonzado, para hacer flaquear á otros católicos con esta mentira.

Así por esto, como porque con su ausencia no pervirtiesen á los fieles, y por el ansia que tenia de morir por Cristo, perseveró en su tierra y en la predicacion y las disputas públicas contra los herejes, los cuales le prendieron por católico y defensor de la potestad del Papa, y le echaron en la cárcel adonde estaban los hombres facinerosos.

No por esto acobardaron su valeroso ánimo; porque, imitando á S. Pedro y S. Pablo, que presos en Roma no cesaron de predicar á Cristo y de con-

s fieles en su santa fe, de la misma manera nuestro santo mártir Arousmitheo, preso en Lancastria, no cesó de predicar la verdad de Cristo y confundir á los herejes, manifestando á todos sus mentiras y los engaños con que despeñaban á los ignorantes en el

tanto con su predicacion, que convencidos algunos de los mismos erraron la fe católica y detestaron la herejía en que habian vivido, uniéndose con la Iglesia.

Entonces, especialmente, que estaba preso por un insigne hurto, se conmovió con las razones de Edmundo, que abjuró públicamente la herejía y confesó que era católico con tan grande fortaleza, que ni los diversos tormentos, ni la misma muerte pudieron hacerle flaquear en su fe; y así, murió en compañía de su maestro, llevándole consigo, como á un hijo, desde el suplicio este mártir al cielo.

En el tiempo en que estaba preso Edmundo, se renovaron los edictos contra los católicos, y levantó furiosas llamas la persecucion de Inglaterra á la Iglesia, avivándola los herejes, enemigos de nuestra santa fe y de la anchura y de los vicios.

Desde Londres varios jueces á hacer pesquisa y justicia de los católicos en las provincias del reino, y á la de Lancastria vino un hombre cruel, sediento de la sangre y hacienda de los católicos.

Al llegar á la ciudad, mandó en primero lugar sacar á Edmundo á la cárcel, adonde le preguntó de su fe, y religion, y de la doctrina que

el mártir respondió con el valor y esfuerzo que siempre: «Yo soy católico y profeso y enseño la santa fe Católica romana, que es la verdadera y la contraria falsa; esto predico, y esto enseño, y defendiendo, y mantengo á cuantos quisieren disputar conmigo, que á todos espero y á ninguno no, y sé de cierto que los convenceré claramente, como muchas veces he sido convencido, y estoy apercebido á dar la vida por la verdad que profeso.»

En respuesta, exclamó el juez furioso, dando voces hasta el cielo, «¡atrevido, desvergonzado, traidor al rey y enemigo de su reino, sedicioso y rebelde; y concluyó sus injurias jurando no salir de la cárcel sino verle hecho pedazos: y «tú (dijo) has de ver vivo tus entrañas en el fuego.»

Mandó retirarle á un oscuro calabozo, y traer su proceso, y sustancia, atropellando los términos de la ley y la justicia; y sin guardar ley, condenó á muerte por ser jesuita, y sacerdote sedicioso, y traidor.

dor á la potestad real, y porque enseñaba que no habia salvacion sino fe romana que profesaban los papistas.

La sentencia fué que le sacasen arrastrando, y le ahorcasen, y sacasen entrañas, y le hiciesen cuartos, y repartidos por varias partes públicas, viesesen allí hasta que se consumiesen con el tiempo, para escarmiento de t

Notificáronle la cruel sentencia al santo mártir, y habiéndola oido semblante alegre, como quien la recibia de la mano de Dios, respondió tin: *Deo gratias*, y repitió en lengua inglesa la misma palabra, dando gr á Dios porque le hacia digno de morir por su amor y en defensa de su sar

Los ministros le aprisionaron más rigurosamente, cargándole de t grillos y cadenas, que no podia menearse.

No satisfecha su saña con esto, le pusieron en un calabozo tan estrecho que no podia estar en pié ni echado, y siempre á vista de alguaciles y verdugos que de dia y de noche se iban remudando.

Tenia tan ganadas las voluntades de todos los presos con su afable y santa y discreta conversacion, que, en oyendo la sentencia, todos juntos pieron en clamoroso llanto que se oyó en grande parte de la ciudad; se no lloraba, consolando á todos con la esperanza de su corona, que estimaba en más que todos los tesoros humanos.

La rabiosa sed que el impío juez tenia de beber la sangre del valiente mártir, le hizo no guardar los términos que la ley concede á los ajusticiados, y así, atropellando con todo, le mandó sacar un juéves, siete de setiembre por la mañana, y juró de no comer bocado aquel dia hasta verle hecho cuartos.

Convocaron toda la ciudad y sacáronle en una estera arrastrando, atado á las colas de caballos, cercado de alguaciles y verdugos, pregonándole por traidor, y sedicioso, y predicador de falsa doctrina.

Así le llevaron por las calles públicas; sus ojos y corazon en el cielo, meditando las calles y pregones que pasó Cristo con la cruz por nuestra redencion, gozándose de imitar á su Salvador en algo.

En llegando al lugar del suplicio, pidió un cuarto de hora de tiempo para orar á Dios nuestro Señor, y estando de rodillas al pié de la horca, dijo en esta manera con voz que le oian todos:

«Dulcísimo Jesus mio, yo os ofrezco mi vida de toda voluntad y de todo mi corazon en satisfaccion de mis pecados; vida y gloria mia, yo os resto con toda mi alma la vida que me disteis, que si vos no me la diérades, no la hubiérades conservado, no pudiera yo ahora dárosela.

»Siempre, Señor mio, he deseado dar por vos la vida que ahora os ofrezco, y reconozco que es singular merced vuestra y suma ganancia mia pasar á la muerte por vos; vivir sin vos, es perderla, y morir con vos es ganarla.

muero por vuestro amor, por vuestra santa fe, por defender vuestra Iglesia Apostólica Romana, por defender la autoridad y potestad del Pontífice, sucesor de S. Pedro y Vicario de Cristo, verdadera Cabeza de Iglesia que fundaste.

¡Oh pecados, ¡oh dulce Jesus! fueron causa de tu muerte; pero en esta hora sólo á ti deseo, y pido que no me desampares ni permitas que me perlas tormentos la muerte sin ti, porque no hay vida sin ti, ni yo la vida. Dame, Señor y Dios mio, constancia para morir por ti, porque no hay un sólo instante de vida sin ti, porque siendo, como eres, la verdadera, no puede tenerla un momento mi corazón, si tú no la animas. ¡Oh dolor me causa haberte ofendido ó que alguno te ofenda, que la ofensa, que espero, me puede causar. ¡Oh vida de mi vida! aunque tantas veces te ofendí, de que te pido perdón y de que me aparté de ti, ahora me vuelvo á ti y te suplico que perdones á los que me dan la muerte, pues por ella doy mi vida á ti.»

Entonces le interrumpieron los ministros, y, levantándose del suelo, clamó el conde diciéndole: «Edmundo, Edmundo, vive, vive, y no marchites la flor de los años; obedece al rey y haz el juramento de fidelidad.»

El santo mártir respondió: «Ya le tengo hecho á Dios y á su Iglesia, no me marchitaré en esta hora.» Luego pidió á los católicos que allí estaban que le enseñasen á Dios y perseverasen en la fe romana.

Entonces no respondió un ministro: «Aquí no hay católico alguno,» replicó: «¡Malditos como esta padecería yo porque lo fuesen todos.»

Entonces le ofrecieron de parte del rey la vida si hacia el juramento de fidelidad y no es sino de infidelidad; á que respondió con la vida que siempre detestando tal maldad y añadió: «Yo espero en Dios que de mucho tiempo han de abrazar la verdadera fe los que ahora la tienen en Inglaterra.»

Entonces le subió la escalera con el verdugo, y en un librero de oraciones iba rezó algunas de su devoción; luego se cubrió la cabeza y el rostro con un velo negro y estuvo un rato hablando á solas con Dios.

Entonces el verdugo hizo su oficio y le arrojó de la escalera con grande clamor del pueblo; y el santo mártir voló al cielo á recibir la corona de su martirio, y castigaron al ladrón que habia convertido, llevándole, como Cristo á su padre, en su compañía al paraíso como despojo de su victoria.

Entonces el juez, ufano de su maldad, se fué á comer cumpliendo lo que habia prometido, que no habia de comer hasta verle hecho cuartos; y, como á otro le llevaron la cabeza del mártir á la mesa, que para su inhumana crueldad de católicos, fué el plato más regalado.

Luego la mandó poner en la torre en una lanza más alta que las demás, para que fuese señalada y vista de todos.

Murió el santo mártir de cuarenta y tres años, habiendo vivido los cinco en la Compañía y los demás en el siglo como uno de ella, á siete de setiembre de mil y seiscientos y veinte y ocho años.

Escriben de él los PP. Juan Nadaso y Felipe Alegambe, que cita las *Annuae* de la provincia anglicana de mil y seiscientos y ocho; y Jacobo Damiano in *Synopsi Societatis Iesu*, lib. V, cap. XII, y el *Menologio* de la Compañía manuscrito y otras cartas y relaciones de personas que se hallaron presentes a su martirio, de donde se ha sacado lo aquí referido.

Ultimamente el P. Enrique Moro en la *Historia de la provincia de Inglaterra*, impresa el año de mil y seiscientos y sesenta, en el lib. X, núm. 11, dice grandes elogios de este santo mártir, gloria de su patria y honra de la Compañía.

P. ANDRADE.

P. TOMAS HOLANDO

EL P. Tomás Holando fué inglés de nacion, y nació en la provincia Lancasterense el año de 1600.

Siendo de muy pocos años, pasó de Inglaterra á Flandes, y en el seminario de ingleses de San-Omer gastó casi seis años estudiando letras humanas dando claros ejemplos de su perspicaz ingenio y loables costumbres.

Era tanto lo que su fama en la virtud sobresalia entre todos, que le hicieron Prefecto de la Congregacion de nuestra Señora la Virgen Santísima, y en este oficio no sólo era el primero en el buen ejemplo, sino que estaba dotado de una singular gracia y prudencia para amonestar á los congregantes á todo género de virtud.

Si acaso, como de ordinario sucedía, se habia de decir algo en público en lugar eminente, ó representar algun coloquio en el teatro, él era quien mejor lo hacia y ocupaba el primer lugar, cumpliendo con todo con gran aprobacion y comun aplauso de todos.

Despues que felizmente dió fin al estudio de la retórica, vino á España á la ciudad de Valladolid por el mes de agosto del año de 1621, para acabar allí los estudios.

el tiempo que se ocupaba en aprender la Filosofía, llegó á Madrid el sucesor del rey de Inglaterra, Cárlos, que entónces era príncipe de Wales, ahora rey de la Gran-Bretaña, y fué recibido con suma alegría y muestr e regocijo de toda España, porque venia con intento de casarse con la a María.

esta ocasion pareció conveniente que la juventud inglesa, que con la edad del Católico rey de España se criaba en ella en toda virtud, diese is muestras de su mucha alegría por la próspera venida de su príncipe, ue, segun se esperaba, el matrimonio futuro habia de ser para grande d de toda Bretaña, de que especialmente debia regocijarse esta florida ud inglesa.

tan gran empresa fué escogido nuestro Tomás Holando.

o, pues, á Madrid, y en nombre de todos sus compañeros llegó á dar abien con sumisiones corteses y humildes á su serenísimo príncipe en cuya presencia dijo una elegante oracion latina llena de encomios, segun el príncipe significó, le fué muy agradable, y toda la florida de próceres y señores que á ella asistieron la celebró con singulares is.

endo pasado casi el trienio de Filosofía, dió la vuelta á Flandes, donde admitido en la Compañía en la Casa de probacion de Waten.

ues estudió la Teología, mientras sus achaques le daban lugar, en colegio de Lieja, donde tambien recibió el sacerdocio.

li fué al seminario de San-Omer, donde con singular estudio y utilidad todos se ocupó en confesar á los que allí estaban y ser su Prefecto itu, procurando siempre mejorar sus costumbres y vida.

andeció su religiosa virtud especialmente en tres cosas, segun se ob on que movia no poco los ánimos de aquellos con quien trataba.

ie, primeramente, aunque estaba muy atento en procurar la observan s virtudes, pero templaba la severa atencion con una perpetua ale rostro, agradables costumbres y suaves palabras, y tenia rara pru en las faltas de los ménos observantes de la disciplina doméstica, éndoles con mucha modestia, ó, si el caso lo requeria, disimulando s, cumpliendo exactamente con su oficio y obligacion, y juntamente injeados los ánimos y la benevolencia de todos.

o se añadia una eficaz vigilancia para persuadir á la juventud el cadadero de la perfeccion evangélica, porque no dejaba perder ocasion udiese en las pláticas mezclar palabras devotas y santas.

na muy de ordinario del fin de todas las cosas y de la diferencia que la salvacion ó condenacion, porque de aquella se seguia una eterni-

dad feliz y de esta una infelicidad eterna; y hacia esto con tanta eficacia y constante firmeza, que siempre que llegaba á las conversaciones de la juventud más florida, todos al mismo punto se prevenian gustosos para oír sus saludables consejos.

No sólo conocieron esta divina industria suya en las cosas de espíritu cuando asistió en Flandes, sino muchos de los que le trataron despues en Inglaterra; y no faltaron algunos seglares que por esta causa decian que estaba como fabricado y compuesto de cosas espirituales; otros le llamaban *librería de virtuosos y santos libros*.

Pero nunca hablaba de estas materias intempestivamente, sino que aguardaba ocasion y tiempo á propósito, segun la calidad de los oyentes que le asistian.

Tambien se mostraba benigno y agradable con los que confesaba, que eran muchos, y como verdadero Padre los consolaba.

Si algunos rehusaban descubrir sus pecados, como suele acontecer por vergüenza ó cualquiera otra causa, usaba con ellos de singular artificio para que se confesasen enteramente, y les prometia, si le obedecian fielmente, su ayuda espiritual y que tomaria á su cuenta el cumplimiento de alguna parte de la penitencia que les daria, lo cual hacia de ordinario castigando su cuerpo con ásperas disciplinas y otras asperezas semejantes; y esto no sólomente hacia por sus hijos de confesion, sino tambien por otras personas que sabian cumplir mal con sus obligaciones.

Con estas heróicas virtudes, apenas es creible cuán amable se hizo de toda la juventud del seminario y cuán dulce memoria dejó despues de su ausencia; porque aún los que nunca le habian visto, movidos de las repetidas alabanzas de los que le trataron, le veneraban como á varon de religion admirable y santidad conocida.

Despues que en este oficio de Prefecto se ejercitó algun tiempo haciendo copioso fruto en las almas con increible trabajo; le hicieron Ministro de la tercera probacion en Gante, y, siéndolo, hizo los votos públicos de Coadjutor espiritual el año de 1634, á 28 de mayo.

El año siguiente le señalaron para ir á Inglaterra por ocasion de su poca salud y otras cosas; pero no se halló allá mejor de salud, si bien fué grande el provecho que hizo en las almas, porque á todos los que trataba movia á la virtud con su religiosa observancia, santas costumbres y caridad fervorosa.

Su habitacion en Inglaterra fué siempre muy poco á propósito para su alivio y mucha flaqueza de cuerpo; pero muy acomodada para coronarle de méritos por medio de una heróica paciencia.

ordinario estaba necesitado á vivir escondido, porque las circunstancias de su habitacion apenas le dejaban salir en público.

Y casi perdidas las ganas de comer, sin poder arrostrar manjar alguno, á causa de el estómago tan debilitado, que á mediodia no podia comer sino poco, y á la noche casi no le daba lugar su flaqueza á tomar refeccion.

Y así se le siguieron dos graves daños; el uno, no poder apenas dormir la noche, y el otro, que no podia acudir de dia á las ocupaciones formando un penosísimo dolor de cabeza.

De esto padeció algunos años tantos trabajos, que se le pasaban los ratos sin poder salir un paso de su habitacion escondida, ni salir á pasearse á la huerta de la casa, ni aún poder libremente abrir las ventanas para respirar siquiera del aire y el cielo.

Y á pesar de que este trabajoso retiro y la incomodidad de su poca salud no caían de fruto copioso, tenia distribuidas con mucho orden todas las horas de la noche.

Algunas veces gastaba el tiempo en varias ocupaciones y en oraciones devotas, y otras se juntaba á tener santos coloquios con los que vivian en su comunidad, lo que hacia tolerable la penosa batalla de su paciencia.

Y como que le estimulaba la ardiente caridad de Cristo y se desvelaba en tareas para ayudar á los prójimos, salia unas veces de noche cuando era oscuro y otras al amanecer cuando todos estaban entregados al sueño. Y se aplicaba con mucho fervor á los católicos que no se atrevian ó no podian ir á confesar á los sacerdotes, y lo mejor que podia los consolaba, y los animaba en sus santos propósitos y administraba los Sacramentos.

Y para no dar extremadas trazas para afectar que era otro, porque con gran artificio fingia el cabello, la barba y el traje, y con suma destreza usaba las lenceras, flamenca y española, segun la ocasion lo pedia, porque estaba perfectamente versado; y, lo que más es, su misma lengua materna hablando toscamente al modo que lo suelen hacer los extranjeros, que generalmente la saben; y casi siempre que fingia otra persona lo hacia con propiedad, que aún sus más familiares amigos no le conocian hasta cuando él mismo decia quién era.

Y usó de este santo artificio con mucha utilidad, pero especialmente en los últimos años de su vida, por estar notablemente necesitados de ayuda los pobres de Lóndres por las graves aflicciones que padecen en estos tiempos. Pero siempre acudia con más valor y puntualidad á los más necesitados de socorro espiritual.

Y mucho tiempo se ocupó en este apostólico ejercicio muy felizmente,

de que resultaba en las almas grandísimo consuelo y copiosísimo fruto, y a él le preparó inmortal corona.

Jamás rehusó el trabajo ni temió el manifiesto peligro de su vida, movido del celo de su caridad ardentísima, hasta que, finalmente, no pudo huir de las manos de las maliciosas espías que con vigilante astucia le seguían los pasos.

A los 14 de octubre del año 1642 le prendió uno de los lobos sangrientos que turbaban el rebaño de Cristo, y lo primero que hizo fué llevarle á las casas del alguacil mayor, y de allí le llevaron á la cárcel que llaman *Nueva*, que está en Lóndres fuera de la ciudad.

Alegaba luego aquella cruel canalla que el Padre era sacerdote, y que así, debía morir ahorcado como los demás sacerdotes; pero, como no sabían de cierto ni lo podían probar, prosiguió el Padre afectando ser seglar católico, y para encubrir el sacerdocio, tuvo mucho ardiz para acomodar al modo de los seglares sus palabras y acciones en lo que lícitamente podía.

Huía las disputas de las cosas controversas, y con estudio especial ocultaba sus letras y demás dotes.

Juzgó ser conveniente esta afectacion, porque, aunque estaba muy pronto á perder la vida por tan gloriosa causa, entendió era esta la voluntad de los Superiores, y los católicos se lo habían también pedido, para lo cual le alegaban dos razones muy bastantes. La una, porque no se impidiese por muerte el fruto que hacía en los católicos tan necesitados de maestros, confesores y Padres espirituales.

La otra, porque no hiciese daño á las personas con quien había tratado y le habían buscado.

Alguna de estas dos causas nunca suele faltar, y en este siervo de Dios hacía más fuerza la primera, porque el recato con que anduvo excusó el conveniente de la segunda.

Vivia, pues, el siervo de Dios en la cárcel como si fuera seglar, mas con tan insigne moderacion en la comida, sueño y demás cosas, y con tan singular agrado y santas costumbres, que en breve tiempo granjeó los corazones de todos los que estaban en la cárcel con él, aunque muchos de ellos detestaban la doctrina católica y religiosa observancia.

Muy raras veces dormía en cama; pasaba las noches descansando un poco en una silla ó paseándose con mucho sosiego en el aposento, ocupándose en rezar ó meditar en los sagrados libros, y esto hacía quitados los zapatos y no despertar á los demás; y la razon que daba de sus prolijas vigiliass era porque no podía dormir.

Algunas veces buscaba oportuno tiempo para recogerse, y, retirado en o

o ó en lo escondido del huerto, rezaba el Oficio divino, si podia haber nota.

que entre dia le sobraba de tiempo gastaba en provechosas pláticas, en la costumbre; y, para decirlo en una palabra, hacia una vida tan útil á todos, que los católicos afirmaron que nunca notaron en él alguna obra que no conviniese á un varon verdaderamente santo.

protestantes hicieron gran sentimiento cuando supieron su muerte, y de ellos confesaron que jamás habian tratado alma más pura y más llena de virtudes é inculpables costumbres, y decian tambien que, si todos fuesen como él, no podian entender con qué razon decian mal

habia pasado casi dos meses en aquella prision, cuando, acercándose el tiempo determinado para la sentencia, le pasaron á otra cárcel que se llama *Puerta nueva*, de donde le sacaron á 17 de diciembre para que pudiese comparecer en juicio, y allí le acusaron de sacerdote.

que fueron los acusadores: entre ellos habia uno que siendo de noble sacerdote y religioso, degeneró de su dignidad y nobleza con esta causa, porque habia muy poco que con torpe y mísera apostasía negó la fe y los votos de religion á que estaba obligado.

bien será que veamos lo que estos testigos opusieron contra el P. Holando para convencerle de que era sacerdote, que era sólo lo que se trataba. de las mentiras que alegaron y otras causas que, á dicho de todos, impertinentes y de ninguna prueba, sólo le opusieron dos cosas. primero dijeron, que sabian de cierto que habia vivido conforme al instituto de un cierto señor, el cual decian que habia sido sacerdote

segundo, que ellos le conocian muy bien, y que le habian visto ocupar los estudios en los seminarios transmarinos, donde se tiene costumbre que se ordenen de sacerdotes.

respondió á esto el Padre, que aquellos fundamentos eran muy leves y que los testimonios en materia tan grave; y que, si fueran sólidas las pruebas,arian tambien culpados los mismos acusadores, porque algunos de ellos habian juntamente familiar trato con aquel mismo señor, y los demás habian estudiado en los mismos seminarios. Y no porque haya uno que se ocupa en el estudio en las partes transmarinas, se ha de tener por sacerdote; pues ¿quién ignora que han salido muchos de los seminarios que se han quedado seglares? Porque muchas veces se ofrecen necesidades, que obligan á interrumpir largo tiempo los estudios ó á detenerlos todo.

Finalmente, dijo que era verdad que habia estudiado dos años ó más en España; pero que siempre habia tenido muy poca salud, y que si le daban crédito, juraria que no se habia ordenado allá de sacerdote, y si se pudiese probar lo contrario, no rehusaria la muerte.

Preguntóle entónces el juez si estaba pronto á jurar que ahora tampoco era sacerdote: á lo cual respondió el Padre, que no era costumbre en Inglaterra que el que es acusado de algun delito, se purgue de él con un juramento, sino que se ha de probar el delito con ciertos indicios, ó el reo ha de quedar libre.

Toda esta defensa del Padre fué muy justa y probable, la cual prosiguió con gran aprobacion de los oyentes, porque tenia mucha gracia en hablar.

Pero los doce varones (cuyo oficio es en Inglaterra decretar públicamente la calidad de los delitos y dejar al juez la imposicion de la pena) habiéndose levantado, como suelen, de las sillas, y entrado en secreto conclave solos á consultar esta causa, salieron despues y le declararon por convicto de sacerdote, de que se admiraron mucho los presentes, y el mismo pretor de Londres, confesando todos que, si fueran del número de los doce varones, no votaran de aquella manera por ser las probanzas tan leves y sin fundamento.

Habiéndose, pues, decretado esto el miércoles, se dió fin al tribunal, y el sábado siguiente, que se contaron veinte del mismo mes, mandaron parecer en juicio otra vez al Padre casi á las ocho de la mañana, y le preguntaron si tenia algunas razones que alegar en su defensa para evitar la sentencia de muerte que le esperaba.

El siervo de Dios, aunque descaba sumamente no se hallase excusa de su muerte, con todo eso le pareció ser gloria de Dios manifestar al juez la injusticia de su condenacion, para que se declarase más el odio que tienen aquellos herejes á la fe católica, y constase más manifiestamente la causa gloriosa de su muerte, que fué un entrañable odio contra la religion verdadera.

Así lo hizo con breves palabras, pero tales, que el mismo juez reconoció la injusticia y casi la confesó, diciendo: «Yo confieso que no hallo cosa en tu vida y costumbres digna de reprehension; pero los doce varones te han declarado por reo, por haber recibido el sacerdocio contra nuestras leyes, sólo por presuncion, segun dicen, la cual es legitima y bastante probanza; y así, á mí no me queda otra cosa que hacer sino pronunciar *pro tribunali*, segun el oficio que tengo, la sentencia penal que segun nuestras leyes se impone contra los sacerdotes como traidores.

»Por lo cual mando que te vuelvan á la cárcel de donde ahora viniste; que desde allí seas llevado al lugar del suplicio, donde serás ahorcado; y que, medio vivo, te saquen las entrañas y sean quemadas en el fuego; que te corten la cabeza, y que, hecho cuatro partes el cuerpo, se fijen en los cuatro

rados lugares de la ciudad, y con esto Dios tenga misericordia de ti.»
Recibiendo el Padre esta sentencia de muerte, dijo con ánimo muy alegre: *Gracias á Dios.*

Le volvieron á la cárcel de la *Puerta nueva* con los demás sus compañeros, á los cuales convidó amorosamente á que juntos dijese el *laudamus*, agradeciendo á la suavísima providencia de Dios que habia alcanzado tan dichoso fin á sus cosas.

Le quedaba ya poco tiempo de vida, y por eso era más estimable; pero el Padre gastó todos los instantes en obras de caridad y piedad, pareciendo con estas principales virtudes, llegase más valeroso al último

momento. Veníanle muy á menudo muchas personas de todos estados y diversas naciones, ingleses, españoles, franceses y flamencos, recibiendo á todos con mucha eficacia un Padre Capuchino, que con mucho agrado le asistió casi siempre con una religiosa modestia, mezclada con admirable alegría y consuelo.

Alababa á cada uno en su maternal lengua con mucha destreza, siendo todas sus palabras llenas de piadosos afectos, y teniendo el rostro tan agradable, que admiraban los que le veían, porque era más de lo que se podia esperar, y que causaba en todos singular alegría y consuelo.

El Conde de Vendomio, que entónces estaba en Lóndres, le prometió con todo empeño y voluntad su favor para librarle del suplicio; pero el Padre, agradeciendo muy humildemente las gracias, le respondió que no era bien que hiciesen mercedes por un hombre tan indigno.

Como le prendieron escribió cartas muy encarecidas á los Superiores, suplicando y rogando apretadamente que para su libertad no hiciesen gasto alguno, y que nadie pidiesen su intercesion y favor.

Un portugués, que decia ser descendiente de la familia de los Hojidos, le ofreció con mucha cautela un pintor que le retratase; pero el Padre, temiendo esta vergüenza, lo rehusó con toda modestia y constancia; mas como uno de sus amigos dispuso que la noche más cercana á su dichosa muerte se retratase el rostro mientras dormia con mucho sosiego.

El Padre gastado casi todo el sábado ocupado con las muchas personas que venian á visitar, asistiendo á todos con mucha atencion y no menos amor de los que le hablaban; pero deseoso de recogerse para vacar á su descanso, dijo á los presentes estas palabras:

«Mis hermanos y amigos míos, dejadme, os pido, recogerme un poco y negociar con el Señor por medio de la oracion, rogándole por mí y por vosotros, y también os pido que me pidais paciencia y perseverancia para esta última batalla.

»No os espante la insolente y maliciosa soberbia de estos hombres, por que no sólo desean quitar la vida á los siervos de Dios, sino que, si pudieran quisieran al mismo eterno Dios verle privado de su infinita gloria y supremo trono.

»Tened por cierto que este furor le ha de templar la sangre de los mártires. En el ínterin os pido no me olvideis en vuestras oraciones, que yo me acordaré de vosotros.» Aquí puso fin á sus prudentes razones.

El día siguiente por la mañana, que era domingo cuarto de adviento, oyó de penitencia á muchas personas, y habiendo dicho Misa con gran devoción les dió Comunión sagrada; y despues de haber gastado con Dios todo el tiempo que pudo, pasó lo restante del día en obras de caridad con los prójimos.

Aunque llegaban muchos á hablarle, no gastaba muchas palabras, sino con gran espíritu respondia lo que habia de hacer más impresion y eficacia.

Puso mucho cuidado en amonestar á algunos de los compañeros que estaban presos y eran sus amigos, que no hiciesen el juramento que llaman de fidelidad, el cual se pide á los católicos en Inglaterra, siendo ilícito y contra razón.

A uno de ellos le dió á entender que con toda la eficacia posible habia de tener este cargo de amonestarlos, y que sin duda sus avisos no serian inútiles por ser de un hombre condenado á muerte y ya cercano á ella por la defensa de la fe de Cristo.

Con uno, por lo ménos, de los presos declaró su sentir al mismo tiempo que le sacaban de la cárcel para el lugar del suplicio; porque, antes que se fuese, le habló aparte, amonestándole con mucha fuerza y severidad.

Este mismo día envió el embajador de España una persona noble de los que estaban en su casa para que visitase al Padre, encomendándole en sus oraciones al rey Católico y las cosas del reino de España, y avisándole cómo se habian hecho muchas oraciones en su oratorio para que Dios le diese constancia y valor en su postrero certámen.

Respondióle el Padre brevemente con todas las muestras de agradecimiento que pudo estas palabras: «Que los beneficios del rey de España y su embajador, hechos á él en particular y á toda la Compañía de Jesus en la provincia anglicana, merecian que estuviesen eternamente en su memoria; que prometia encomendarlos á Dios; que sólo con esto podia satisfacer sus obligaciones, y que el día siguiente diria la última Misa por el rey y reino de España.»

Llegóse la noche ocupado en estos y otros ejercicios piadosos: sus amigos habian hecho de cenar en la cárcel, y luego le convidaron á que cenase juntos.

on mucha afabilidad y se sentó con ellos, pero no pudieron hacer
se otra cosa más que un huevo.

o probar el vino, pero, á instancia grande de los presentes, bebió
mezclado con cerveza, y dijo estas palabras: «Con esto tendré más
mis venas para derramarla mañana por la causa de Cristo.»

iguiente, que fué lunes, veinte y dos de diciembre (en que la Igle-
habia transferido aquel año la fiesta de Sto. Tomás, Apóstol),

Tomás Holando fué puesto, como es costumbre, en una como
evado á las horcas de Tiburno, poco distante de Lóndres, lugar
decido con la sangre de tantos y tan ilustres mártires de Cristo.

eron á este espectáculo los vizcondes de Lóndres y Middelseria
e fuera de la ciudad al condado restante) y lo mismo han hecho
e allí han padecido los sacerdotes desde que el Parlamento tiene
dad y gobierno.

encia interpretaron variamente muchas personas; lo que más ve-
aron algunos fué que no quisieron estos caballeros asistir á la
un hombre cuya condenacion no era ajustada, mirado todo el ri-
eyes.

ue se sabe de cierto es que el vizconde de Lóndres habia ido al
muchos dias antes, para que se suspendiese la ejecucion de esta
as no quisieron admitir sus avisos.

ro de justicia, el cual por oficio iba acompañando al Padre hasta
suplicio, cuando le preguntaban por las calles la causa de aque-
espondia claramente que moria contra las leyes y contra justicia.
que el Padre llegó á las horcas, donde se habian juntado casi in-
o de personas de todos estados y condiciones, y el mismo em-
paña con toda su casa á ver este espetáculo; se llegó otro sa-
uestra Compañía que le habia ayudado en la cárcel á los ejerci-
ales y le asistió en esta batalla, el cual apretando al Padre la
a, le dijo: «Ea, no hay sino buen ánimo y tener mucho valor.»

espondió: «No hay que temer, que con la gracia de Dios no me
ni firmeza,» y luego se puso en pié sobre la carreta, y vien-
eblo estaba muy sosegado y atento, hizo con la cabeza una cor-
as partes y dijo aquestas palabras:

cha atencion y silencio vuestro, me parece me concedéis licen-
ar. Estad ciertos que no diré cosa que pueda ofender los oidos
ro si acaso se me deslizare alguna palabra, que no lo espero,
itencion, os suplico que no la echeis á la peor parte, porque no
eo, sino que se tenga por no dicha ni hablada. Pero ¿qué es lo

que hago? cuando era bien haber empezado estas razones con la feliz s con que los cristianos han de vencer al infernal enemigo.»

Entonces se persignó con la señal de la cruz con la fórmula acostumbr diciendo: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,» y apoyar en medio de tantas herejías los ritos y usos de la Iglesia cató añadió: «Espero que nadie me ha de culpar esta accion, pues es muy pr de un hombre cristiano.»

Y viendo que el pueblo duraba atento y en sumo silencio, levantand poco más la voz, prosiguió el siguiente razonamiento, si bien interrumpie alguna vez las palabras.

«Vengo á este lugar á morir sólo porque se presume que soy sacerdote jesuita, si bien puedo afirmar que hasta ahora no ha habido firme proba ni argumento para ser convencido.

»Opusíéronme mis contrarios que habia tenido familiar trato con un Es theo, hombre católico, sacerdote y jesuita, y que algun espacio de tien estuve estudiando en España; fuera de esto no han dicho cosa que imp ni tenga fuerza.

»Yo hablo claramente, y pido á mis acusadores, si acaso se hallan : presentes, que libremente me redarguyan si no digo la verdad.

»Ya yo declaré en la actuacion de mi causa cuán leves y poco eficaces estos fundamentos, y no pocos lo conocen bastantemente; y así, conv que se probase el tiempo y lugar cierto en que habia recibido yo el sacer cio ó ejercité sus ministerios, y nada de esto han señalado mis contrarios.

»Por lo cual no habia necesidad de confesar otra cosa más de que soy tólico romano, por haber usado frecuentemente de costumbres y trato c lico, y que en algun tiempo me ocupé en los estudios, y esto sólo me pa se ha averiguado segun el rigor del derecho y las leyes.

»Pero pues ya todo está hecho y acabado y pronunciada la sentencia mi muerte, pido en primer lugar á Dios todopoderoso que perdone mi cordiosamente al juez, á los doce varones y á mis acusadores, que yo vo tariamente les perdono toda la injuria que me han hecho.

»Si bien siento mucho que establezcan como derecho cierto que cualc ra que no jurare que no es sacerdote, sea condenado (como conmigo lo hecho) por leve sospecha, por meras conjeturas y opinion poco firme, y l de padecer las penas que en este reino se han promulgado contra los s dotes. Confieso que los hombres seglares pueden jurar que no son sacerdo pero, para que esto no se haga ley general y cause perjuicio á otros, yo aconsejara que no lo jurasen tampoco, sino que lo dejaran á las proba jurídicas.

o, para que el silencio que hasta ahora he guardado no le parezca á culpable si fuera más dilatado, y para que, finalmente, queden satis-
nuchos de los presentes que desean saber la verdad; declararé espon-
te ahora delante de todos, lo que no se ha podido probar con só-
damentos; porque esta declaracion, acabado ya el juicio, no puede
irme peligro ni á otros justa alabanza, ni puede ratificar lo pasado ni
futuro.

í, confieso en presencia de esta numerosa multitud de gente, que soy
y sacerdote, y por la infinita bondad de Dios, religioso de la Com-
Jesus, y el primero de ella que ha sido condenado á muerte des-
los principios de este Parlamento.

or todos estos beneficios que Dios me ha hecho, aunque indigno de
s, le doy infinitas gracias con todo el agradecimiento y amor que

zó luego con muchas razones á enseñar al pueblo que no habia es-
de verdadera salud sino en la Iglesia romana; que no habia sino una
l era necesario que estuviese acompañada de amor de Dios y del

rohibiéronle que pasase adelante con su enseñanza, porque el minis-
:, que, como es costumbre, estaba presente, le estorbó para hablar
s ladrones que habian traído juntos con el Padre y habian de ser
os con el mismo suplicio.

nterin que el ministro hablaba con los malhechores, predicándoles
ado espacio de tiempo y cantando en lengua inglesa uno ó dos sal-
adre se apartó de ellos un poco para tratar interiormente sus cosas
y estuvo en todo este rato con todo el rostro y postura de cuerpo
y sereno, que á los que le miraban les parecia despedir de sí un
de santidad.

á su plática el ministro y luego le dijo el Padre: «Cuando tú ora-
labas no te estorbé, déjame ahora hablar con Dios en voz alta, de
lo que dijere lo entiendan todos.»

lecióle el ministro diciendo que era supérfluo, pues ya él habia he-
n por él y por los otros dos condenados á muerte; pero con todo
Holando hincó las rodillas con suma veneracion y volvió á persig-
endo la fórmula en lengua latina, y empezó en la inglesa su oracion
rden:

prorrumpió en ardientes afectos de fe, esperanza y caridad; des-
humildemente perdon de sus culpas con muy íntimo y tierno do-
ente, se ofreció todo entero en víctima y sacrificio, diciendo: «Re-

cibid, oh Padre de las misericordias, á este indigno siervo vuestro; recibid estas pocas angustias que con sumo gusto os ofrezco, unidas con la santísima Pasion de vuestro Unigénito Hijo y Redentor nuestro, y espero las aceptareis por sus méritos infinitos y los de todos los que en la ley natural escrita y de gracia, han sido, son y serán más agradables á vuestra soberana y altísima Majestad.»

Despues de esto perdonó de nuevo á sus contrarios, diciendo: «Perdono al juez y á sus asesores que me han condenado; perdono á los doce varones que me declararon por reo de muerte, y perdono á mis acusadores y á todos los que en algun modo han sido causa de mi muerte.»

Ultimamente hizo fervorosa oracion con particular afecto por el rey, por la reina, por el príncipe, por el Parlamento y por todo el reino, por cuyo bien público, por su conversion á la católica fe y por su salud eterna, dijo aquestas palabras: «Si tuviera tantas vidas como cabellos en la cabeza, como gotas de agua el océano, como estrellas el cielo y perfecciones el Señor de todos los cielos, todas las perdiera de muy buena gana sólo por este fin.»

Estas últimas palabras del Padre aplaudió mucho todo el numeroso concurso del pueblo que estaba presente.

Volvióse luego al verdugo, y le dijo: «Haz tu oficio, que tambien te perdono el ser ministro de mi muerte: y yo con interpretativa licencia de aquellos á quien segun Dios obedezco, te doy los dineros que me han quedado; y dióle dos reales de plata.

Abriendo un poco los ojos, que los tenia cerrados, los fijó en aquel sacerdote de nuestra Compañía, que (como ya hemos dicho) le estaba asistiendo; el cual entendiendo esta seña, segun lo que habian los dos concertado, le dió la absolucion de sus pecados de tal manera que el Padre oyese las últimas palabras de la fórmula.

Luego apartaron el carro y quedó, como es costumbre, en el aire, pendiente una soga del cuello, y estando en este trance tan apretado, llegó un hombre católico y le quitó el bonete que cubria la cabeza y la frente del Padre, con intento de que todos viesen el semblante con que padecia tal muerte.

Era el espectáculo muy digno de verse, porque tenia las manos juntas al pecho y levantadas en alto, los ojos fijos en el cielo; y aunque despues uno de los soldados procuró dos ó tres veces cerrárselos, no tuvo efecto su intento.

Su rostro estuvo al principio colorado, pero en breve tiempo se volvió á su natural y nativo color.

No hacia con el rostro feas acciones, como de ordinario sucede á los ahorcados, ni tampoco hizo movimiento ménos compuesto con los brazos, piés y

is miembros, sino que, pendiendo inmóvil su cuerpo, dejó su espíritu arle en la tierra, cuando estaban esperando los ángeles para traslaciado.

e advirtió el ministro que el Padre estaba acabando, avisó al verdugo que habia de hacer, que era sacarle las entrañas antes de morir todo; pero él fué más piadoso que el ministro, porque de industria dejó base de espirar y entónces cortó la soga.

ió el P. Holando á los cuarenta y dos años de su vida, y estuvo diez siete meses en la Compañía, haciendo vida ejemplar en todo génetudes.

un estimacion que de él hacian los católicos se puede conjeturar de espues hicieron; porque, estando dividiendo en cuartos su cuerpo, sacaron los intestinos, á cuyo espectáculo asistia gran número de heobstante que los ministros de la justicia y los soldados del Parlamento con alabardas y picas deteniendo el concurso de gente, no on todo eso muchos que mojaban los pañuelos en su sangre y repajas que hallaban en el suelo teñidas con ella; y venciendo la detemor, se acercaban para tomar unos los pedazos de su carne y de la soga ó alguna cosa que le hubiese tocado.

stidos que entónces tenia, con los cuales usó de santo disfraz por las almas, ejercitando en forma servil y abatida nobilísimos actos de rvorosa, los compró un católico en treinta florines para tenerlos en eneracion, aunque eran tan viles y viejos, que aún no valian la ter-

elogios de diversas personas se podian traer con mucha razon en e este varon ilustre; y su muerte tan llena de santidad y constancia vió grandemente á muchas personas de diversos Estados.

ajador de España, que casi con toda su casa se halló presente, dió nio muy cumplido de la muerte y mucha virtud del Padre.

e católico, en cuya casa habia el Padre vivido, dijo con lágrimas os sacerdotes que él habia conocido, á este siervo de Dios hallaba de la corona que ya poseia.

los protestantes habló mucho del Padre, diciendo que cuándo en a se veria otro hombre morir por la religion tan loablemente.

re, que era guarda de la cárcel donde el Padre estaba, cuando le a el suplicio, mirando partido en cuartos el cuerpo, cogió en las arganta del siervo de Dios separada de la cabeza, y levantándola : «Este es el instrumento con que se pronunciaron tantas buenas divinos consejos.»

Dichosa el alma cuyas muchas virtudes merecieron aún de sus enemigos tan verdaderos elogios.

El martirio de este siervo de Dios escribió el P. Ambrosio Corbeo, y se imprimió en Amberes año de mil y seiscientos y cuarenta y cinco.

P. NIEREMBERG.

P. RODULFO CORBEO

NACIÓ el P. Rodulfo Corbeo cerca de Dublinio, en Irlanda, el año de 1598, juéves 25 de marzo.

Sus padres fueron ingleses, del condado Dunelmense en Inglaterra, los cuales tenían mediana hacienda, pero fueron muy ricos de los verdaderos bienes del alma.

Después que, detestados los falsos errores de la herejía, en que ciegos vivieron hasta la edad varonil, les amaneció por la divina Bondad la luz verdadera; la abrazaron con tanto afecto y constante ánimo, que aunque sus enemigos y amigos intentaron diversas máquinas, jamás pudieron apartarlos un punto de la católica religion y fidelidad que habían ya profesado.

No son creíbles las incomodidades que por esta causa padecieron, porque anduvieron mucho tiempo peregrinando de una provincia á otra y de un reino á otro, hasta que, finalmente, á los últimos años de su vida, tomaron seguro puerto en Flandes donde estuvieron algun tiempo en pacífico sosiego, gozando el fruto de sus trabajos padecidos por la religion católica, los cuales no me detengo á contar por no dilatarme y por no ser necesario en esta ocasion.

Sólo me parece decir que, habiendo huido primero á Irlanda, donde las más nobles señoras se ponían á servir por poder más libremente servir y agradecer á Dios, padecieron semejantes humillaciones.

Allí tuvieron, entre otros hijos, á nuestro P. Rodulfo, que fué antes que nacido desterrado por la religion verdadera.

Siendo de cinco años, fué en compañía de sus padres, que se volvieron á Inglaterra, donde pasó lo restante de la puericia con tanta inocencia como su edad requería, y con tanta virtud, que vencía mucho sus años.

ba pocas palabras, y estas muy prudentes, segun la ocasion lo pedia, osas, ya de honesta recreacion.

an amigo de hablar siempre verdad, que los de su edad que le tratanuy niño familiarmente, afirmaron con toda certeza que jamás se abar con él que dijese una leve mentira, y lo que le hace no ménos e alabanza, es la aversion grande que tenia á todo género de porfía, iso se ofrecia alguna con su compañero, como si no supiese porfiar, mpre estas palabras: «Sea así por cierto y no gastemos más tiempo te negocio.»

tuvo amor al dinero, ni lo poseia de buena gana, sino luego que le guño, se lo entregaba á su hermano menor.

qué diré de la gran obediencia que tuvo á sus padres? Siempre se á su voluntad en todas las cosas sin repugnancia alguna, y procuró has veras que los otros hijos hiciesen lo mismo.

mamente devoto de la Virgen Santísima Señora nuestra, y rezaba menor todos los domingos y fiestas, y tambien aconsejaba muchas na hermana suya, llamada María, tuviese devocion de rezar su santo y con ejercicios tan devotos, se puede entender cómo la Madre de i Santísimo Hijo prosperarian todas sus cosas.

a manera dió principio el P. Rodulfo al ejercicio de las virtudes; pero restante de toda su vida no sé cómo se manifestará mejor que con declaracion.

o, pues, cercano á la muerte, le mandó el Superior que le escribiese : suma de toda su vida: obedeció el Padre, y desde la cárcel, donde estaba, escribió lo siguiente:

o tenia ya poco más ó ménos de quincè años, pasé de Inglaterra á r lo restante de mi vida he pasado subordinado á los Padres de la , ó siendo ya religioso en ella.

ños estudié letras humanas en el seminario Audomarenses. Cinco en España en los estudios de Filosofía y parte de la Teología; el villa con mi poca salud, y los cuatro en Valladolid.

e tiempo recibí el sacerdocio y volví á Flandes, donde fuí admitido paña y tuve el noviciado en Watenas.

es estudié en Lieja lo restante de Teología que me faltaba. Luego : años en Gante, y uno de ellos en la tercera probacion.

me mandaron los Superiores pasar á Inglaterra, donde he estado ocupado en la salud de las almas, y me parece que pasé todo este fácilmente y sin género de impedimentos graves, que es fuerza zca con mucho afecto el singular amor de la divina Bondad, la mu-

cha amistad que me tenían todos y otros diversos auxilios, especialmente considerando mi corto talento y la poca salud que siempre he tenido.

»Desde el tiempo que volví á Inglaterra, puse gran cuidado y vigilancia, segun mi vocacion y mis fuerzas (sea para gloria de Dios) en ser de consuelo y alivio á muchos.

»Unas veces administré los Sacramentos, otras ocultamente los instruía en las verdades católicas, y otras les amonestaba siguiesen el camino de la virtud, porque nunca pude predicar en público, lo cual me solia dar mucha pena, si bien me causaba siempre mucha humildad; por lo cual me determiné con mucho gusto y facilidad á seguir un modo de vida muy moderada y pobre entre gente de inferior condicion y fortuna, y casi siempre visitaba todo el contorno caminando á pié.

»Lo que toca al estado de mi alma, me parece, por la misericordia de Dios, que me va bien.

»He deseado con todas veras caminar adelante cada dia en la virtud, y he traído entre los ojos la incertidumbre de la vida, y principalmente mi flaqueza y poca salud; porque ha más de ocho años que suelo tener flujos copiosos de sangre por el otoño y la primavera, lo cual no me ha causado aún notable daño á la salud principal.

»Si bien tengo muy debilitada la cabeza, de modo que no puedo durar mucho tiempo en la oracion ni leccion; pero gasto mucha parte del tiempo pensando algunas cosas devotas, diciendo jaculatorias, rezando el Oficio divino y el Rosario de la Virgen nuestra Señora.

»Y tambien ha pocos dias que, por no poder ya andar á pié, es fuerza usar de cabalgadura no sin mucha incomodidad y molestia, principalmente en estos tiempos tan apretados y peligrosos.

»Todas estas cosas me han sido causa de aumentar en mí el deseo de que se ofrezca ocasion de derramar mi sangre y perder mi vida por la causa de Cristo, lo cual le suplico por su infinita bondad se digne de concederme. Fecha en la cárcel, á trece de setiembre de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro.»

Esto dice con toda llaneza y sencillez este siervo de Dios á su Superior. En las cuales palabras, como parece, aunque forzado de la obediencia, dice algunas cosas propias muy dignas de alabanza; pero el cuidado que tenía de aniquilarse las ofusca y sirve de densa nube para que no resplandezcan; porque el propio menosprecio era el principal fundamento de las demás virtudes que le adornaban.

De aquí le procedia desear en todas sus palabras y obras una genuina claridad y pureza; de aquí la propension tan discreta en rendir su voluntad al

ajeno sin valerse del suyo; de aquí el vigilante desvelo en inquirir las almas faltas suyas; de aquí no sólo la natural aversion á cualquier género de detraccion, sino tambien un señorío tan grande sobre todos los movimientos propios del ánimo, que los que le trataron con más frecuencia, vieron que nunca vieron su rostro ménos compuesto, sino lleno de una perfecta tranquilidad; de aquí, finalmente, un odio perpetuo con su cuerpo como un esclavo, el cual, aunque estaba flaco y enfermo naturalmente, eso le regalaba ni excusaba de los trabajos y ocupaciones, sino le obligaba á los más ásperos ejercicios, oprimiéndole con las penosas fatigas y cansancios que traen consigo las obras de caridad, porque así lo pedía la salud de las almas y la honra de Cristo.

En los lugares donde asistia muchos católicos de humilde y pobre fortuna, los cuales ni podian sustentar en sus casas á los sacerdotes por su necesidad, ni les era seguro irlos á ver en las ajenas por el gran peligro que estaban.

Con todo eso, el P. Rodulfo se determinó á consolarlos, ayudándoles con sus fuerzas.

Administrábales los Sacramentos y discurria de unos lugares en otros visitando las casas, lo cual hacia sin temor alguno, caminando no sólo de dia, sino de noche, en el más profundo silencio de las tinieblas, ya con excesivos calores y con penosas lluvias y rigurosos frios.

En estas ocasiones á pié con un bordon en la mano, al cual por costumbre llamaba su caballo; y en llegando á cualquier parte, tomaba á su servicio el aprovechamiento de todos los de la casa donde se hospedaba.

Con poder con más libertad frecuentar los pobres albergues de los más pobres, andaba sin capa ni ropilla, con un traje vilísimo, que más parecía de esclavo ó correo, que predicador evangélico.

La modestia del hospedaje y sustento se podrá conocer cuál seria entre el pobre y desprevenida, pero siempre mostraba un rostro agradable y agradecido, señales del gozo interior que tenia con los trabajos; por los ejercicios verdaderamente apostólicos, continuados por esos muchos años enteros, no es maravilla que los católicos de aquella region le mirasen *amantísimo padre y apóstol de aquella tierra*.

Después de tantos y tan santos trabajos padecidos con tanta constancia y perseverancia, ¿qué se podia esperar, sino lo que suele seguirse después de un largo y trabajoso camino, que es una sed insaciable?

De aquella sed que muchos dias habia abrasaba su corazon de su santo, condenado á muerte por Cristo, y derramar su sangre por la causa que habia puesto tanto desvelo.

A diez y ocho, pues, de julio del año de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro, el P. Rodulfo, ignorante de la felicidad que le esperaba, estaba diciendo Misa en un lugar llamado Hampsterleo, que está en el condado de Dunelmense, y mira á Neocastro, y es una casa solitaria en medio de un bosque.

Aquí, estando ofreciendo este santísimo Sacrificio, y habiendo dicho ya la epístola, le acometieron violentamente unos soldados herejes calvinistas, hallándole aún no bien desnudo de los vestidos sagrados, por la gran prisa con que llegaron, con que el suceso manifestó la causa de su prision y él la confesó claramente.

Lleváronle luego á Sunderlandia, un lugar que está á orillas del mar, y le presentaron ante los comisarios del Parlamento que entónces estaban allí para conocer de las causas.

Empezaron á preguntar del delito por que venia preso, y se informaron de uno de los soldados que le traian de quién era y lo que por su boca habia ya confesado, y mandaron que se escribiese y se les entregase.

Hízolo el Padre, y con su mano propia escribió lo siguiente: «Yo, Rodulfo Corbeo, sacerdote, estando asistente en el obispado Dunelmense, fuí preso hoy en Hampsterleo por los ministros del Parlamento, cerca de las nueve de la mañana, estando diciendo Misa, y cogieron tambien los ornamentos sacerdotales y otras cosas.»

Preguntáronle dónde habia recibido el sacerdocio, y respondió que en España; tambien si era jesuita, y dijo, que por gran beneficio de Dios era de la Compañía de Jesus.

Mandáronle que lo escribiese, y él lo hizo con gran gusto. En este papel que escribió, hizo primero la señal de la cruz, como es costumbre á los católicos, lo cual sus enemigos interpretaron supersticiosamente y lo llevaron muy á mal, porque son hombres de secta tan perversa, que detestan sacrilegamente de la señal de la cruz de cualquier manera que sea, y desean desterrarla totalmente de la memoria de los mortales.

Finalmente, despues que le examinaron cuanto quisieron, le llevaron á embarcar, cerca de las once de la noche, para que sin detencion llegase á Lóndres.

Metiéronle en la nave y le pusieron en una secreta cárcel, donde estuvo un dia; pero despues, como él de sí testifica, le permitieron mayor libertad y le trataron más humanamente.

Lo que le fué de mayor consuelo fué hallar en el mismo navío por singular providencia de Dios á Juan Ducheto, sacerdote seglar, que habia pocos dias le habian preso en un lugar vecino, y le llevaban por la misma causa.

no suplicio; varon verdaderamente heróico, y constante, y dotado de
tes virtudes, y digno de particulares y propios encomios.

le que se encontraron en esta nave, vivieron como dos hermanos ca-
y eran almas muy parecidas, llenos de inefable consuelo; juntos des-
s encarcelaron, juntos los citaron á juicio y juntos acabaron feliz-
a vida.

o que llegaron á Lóndres, los presentaron ante los comisarios del
nto; volvieron á pedirles la misma confesion de sacerdotes, hecha en
andia, la cual de nuevo confesaron y ratificaron con admirable cons-

sperar más exámen, mandaron que al punto los llevasen á la cárcel
ian la *Puerta nueva*, y lo ejecutaron con gran injuria y afrenta de los
s, porque vino una cohorte no ménos que de cuarenta soldados ar-
on su capitan.

pues, con militar pero ignominioso aparato, sonando cajas, encen-
logueras y disparando escopetas, llevaron á la prision á los confeso-
risto, como si fueran alborotadores del reino ó cautivos de algun
ejército (donde nunca habian estado), pero á la verdad no lo hacian
odio del sacerdocio y católica religion.

ué en el dia en que la católica Iglesia celebra la fiesta de S. Pedro
la.

este dia hasta trece de setiembre, que entónces habian de ser pre-
en juicio solemne, gastaron el tiempo con grandes demostraciones
ad, religion y constancia, causando en los que lo veian mucha edifi-
consuelo, de que pudiera referir muchos ejemplos.

ya habian dejado todos los cuidados humanos, y entregádose todos
or vigilancia á mirar por sí y ágradar á Dios, preparaban sus almas
imo certámen que ya les amenazaba.

que estos siervos de Dios tenian una santa emulacion y fervorosa
entre sí; procurando cada uno adelantarse en humildad, caridad,
deseo de la gloria de Dios y las demás virtudes; pero siempre
do (que es lo que principalmente pretende el noble ejercicio de la
a union muy estrecha de voluntades y admirable concordia en to-
sas.

base cada dia el rumor de que estos dos varones ilustres habian de
ro de pocos dias, como sucedió, por la confesion de la católica fe y

ual venian muchos á que les administrasen los Sacramentos, entre
recibió la Eucaristía de mano del P. Rodulfo, que decia Misa, un

hombre particular, de quien se supo por dicho de muchos que habia hecho el perverso juramento de fidelidad, que llaman, pero á la verdad es de infidelidad contra Dios y la Iglesia, y que áun perseveraba pertinaz en defenderlo.

Pero, luego que los fieles sacerdotes tuvieron de esto noticia, determinaron de comun consentimiento poner algun remedio, porque no sucediera conminarse con alguna falsedad las verdades católicas, y que pareciese que el asentian al juramento, y, movidos de su ejemplo, peligrase la salud de almas.

Por lo cual se resolvieron los dos á que el P. Rodulfo le hablase, el cual hizo, y amonestándole con mucha amistad y mansedumbre, le dijo que, era verdad lo que de él se afirmaba, y no estaba arrepentido de veras de haberlo hecho, se abstuviese de allí adelante de la comunión sacrosanta, porque él y su compañero estaban muy determinados á no admitir á la Mesa sagrada á los defensores ó fautores de este juramento tantas veces condenado por la Sede Apóstolica.

Porque muchas veces habian los dos unánimes declarado lo mucho que detestaban el juramento dicho, y que era ya cosa indubitable que no se podía defender con buena conciencia, y que los que enseñasen ó hiciesen lo contrario, debian ser repelidos totalmente de los Sacramentos divinos.

Esta piadosa reprehension fué de gran edificacion y provecho á los fieles, dieron los siervos de Dios grandes muestras del celo de la gloria divina que ardía en su pecho.

Aunque hubo muchos indicios que declaraban las ansias ardientes del martirio que estos dos soldados de Cristo experimentaban, especialmente muestran aquel gozo grande que tenian y la admirable serenidad de rostros que traian continuamente en la cárcel: todo lo cual notaban los mismos reyes, y despues lo contaban con graves palabras á los demás, atestiguar esta verdad con gran admiracion y copiosas lágrimas de alegría de los catolicos.

Por lo cual los dos fieles amigos andaban con mucho cuidado, previnieron todas las ocasiones para no menoscabar su constancia y poner en algun riesgo la preciosa corona que por instantes esperaban alcanzar felizmente.

Y aunque pensaban algunos que, si se pudieran traer á tiempo papeles testimonios auténticos de que el P. Rodulfo habia nacido en Irlanda, estorbaran su muerte; pero él oia con poco gusto que se tratase de este negocio, en cuanto le daba lugar el cumplimiento de la obediencia, procuraba que tuviese efecto esta traza.

Verdaderamente la providencia divina favoreció sus ardientes deseos fervorosos suspiros; porque de tal manera dispuso que sus amigos deseosos

a hiciesen esta diligencia, que no se firmó el instrumento público de su entera libertad en la tierra sino el mismo día y casi á la misma hora en que, de la vida temporal en Lóndres á manos del verdugo, empezó á nacer diferente en el cielo á la eterna. Pero no sé si lo que ahora diré dará méritos de sus deseos de padecer.

Añadió, pues, que se empezó á tratar con el embajador del emperador, residía en Lóndres, de rescatar un caballero que era sargento y le habían capturado en Alemania. El embajador procuró con urgentes instancias que le liberasen en lugar de aquel prisionero al P. Rodulfo.

Vio el Padre atajado con esta no pensada ocasión de su libertad, y al ver que no hallaba otra salida mejor que pedir para su fidelísimo superior aquella gracia que á él le querían hacer.

Hallaba una razón que á él le parecía muy fuerte, y era que no tenía tanta necesidad de tan grande favor, por haber nacido en Irlanda; pero sí suero, que, por ser inglés, no se podía librar sino por alguna merced ó gracia que se le hiciese.

Añadía que D. Juan Ducheto era muy mozo y de buena salud, de excelentes calidades y muy útil para poder gastar aún mucho tiempo en procurar la salud de las almas; pero él tenía más años y muy poca salud, estaba tan falto de fuerzas que no podría trabajar demasiado en la gloria de Cristo.

Con los argumentos añadió humildísimos ruegos, con que pidió aquesta gracia á sus Superiores y á la gran benevolencia del embajador, á quien dio muchas gracias por la que le ofrecía.

Dijo que, si el haber nacido en Irlanda no hiciera bastante fuerza para que se le librara de la sentencia de muerte, se hallaba con tales alientos, por la gracia que de mejor gana moriría por tan gloriosa causa que quedar con vida, que los últimos cuatro años de su vida (poco después de haber sido con el grado de Coadjutor espiritual formado) habían ardido estas fervorosas en su pecho, por lo cual nunca había cesado de suplicar á la Divina Bondad que dispusiese en algún tiempo las cosas de modo que sus deseos se pusiesen en ejecución.

Se echaba de ver por todas estas cosas, que su alma se movía á procurar una ilustre muerte por un impulso celestial y divino.

En esta ocasión el embajador se determinó á no tratar este negocio ya por otros, sino ir en persona á la cárcel, y que en su presencia resolviéran los dos valerosos soldados de Cristo lo que se había de hacer, y tuvieron una humilde y amorosa contienda, procurando cada uno no se aprovechase de la promesa de la libertad ofrecida, alegando

por su parte muchas razones, con que causaron mucha admiracion á los que estaban presentes, mirando tan nuevo y prodigioso suceso.

Uno, que era religioso y persona muy grave, dijo que en este santo certámen se representaba muy al vivo el gran fervor y humildad de los primeros mártires de la iglesia; y el suceso mostró que gustaba Dios que estos dos siervos suyos se ofreciesen en sacrificio, y que no era bien se estorbase tan agradable holocausto, porque ninguno de ellos quiso aceptar la gracia del embajador.

Finalmente, fué llamado á tribunal con su compañero, á cuatro de setiembre, y habiendo leído la fórmula de la acusacion de que Rodulfo Corbeo se habia hecho sacerdote y jesuita en transmarinas regiones, y vuelto despues á Inglaterra contra las leyes del reino (conviene saber, contra las leyes que la reina Isabel estableció, contrarias á las divinas, con las cuales procuró desterrar la fe católica de las provincias sujetas á su jurisdiccion) preguntóle el juez, segun es costumbre, si se hallaba culpado de lo dicho ó no.

Respondió el Padre ser verdad que era sacerdote y religioso de la Compañía de Jesus, y que no tenia esto por delito, sino ántes por mucha honra suya.

Como el juez no pudiese sacarle otra respuesta alguna, preguntóle si tenia otra cosa fuera de lo dicho para defenderse. El Padre, para satisfacer á los Superiores, que así se lo mandaron, sólo dijo que él era nacido en Irlanda.

El juez dió salida á este inconveniente con alegar un decreto de Isabel, el cual, al parecer, comprendia tambien á Irlanda como Inglaterra.

Despues, por parecer de doce varones, que (segun el estilo de aquel reino) suele preceder á la última sentencia, fueron ambos declarados por dignos de muerte, y luego remitidos á la cárcel.

El dia siguiente, como fuesen de nuevo presentados delante del tribunal y acusados otra vez de los mismos puntos que antes, y ellos tambien respondido de la misma manera que el dia precedente; el juez dió contra ellos sentencia de muerte, segun el estilo que se observa en Inglaterra contra sacerdotes; y el tenor de ella fué de esta manera: Que habian de ser vueltos á la cárcel y llevados desde allí en unos carros á la horca de Tiburno, lugar algo distante de Lóndres, adonde, despues de ahorcados, estando aun medio vivos, les habian de sacar las entrañas, y los cuerpos, descuartizados en cuatro partes y vueltos á Lóndres, fuesen fijados públicamente en los lugares que despues se señalarian.

Así lo escribió brevemente el P. Rodulfo en una para su Superior, en la cual, entre otras palabras que manifiestan claramente sus muchas y muy señaladas virtudes, añadió:

«Regocijado yo con esta sentencia, he vuelto al lugar de mi prision, que

na Nuevo Porto, adonde espero aquel dichoso sábado, el cual es víspera del Nacimiento de la Virgen Santísima, por cuya favorable intercesion que tengo de renacer á la nueva é inmortal vida para siempre.»

Almente, habiendo como dicho en aquella carta el último vale así al á quien escribió, como á toda la Compañía, puso estas palabras: «Y así, mi Padre amantísimo, para poner remate á esta carta juntamente y á a, pido humildemente por el amor que debemos á Dios, perdon . y á la Compañía universal de todos mis descuidos, defectos, ocasionado y de cualquiera negligencia de mi oficio en la vida pasada.»

Así fueron apartados del tribunal estos dos constantes confesores de cuando empezaron á sentir la bárbara inhumanidad de uno de los de la cárcel, porque los encerró en un aposentillo muy malo y oscuro con gente facinerosa, como ladrones, homicidas y otros malhechores. Hizo casi desnudarlos y cargarlos de pesadas cadenas y grillos, y los trató indignísimamente con otros modos muy injuriosos, hasta que el mismo de la cárcel lo supo, y, reprendiendo tan inhumana crueldad, hizo que se adelante.

Con todo eso los forzaron, antes de sacarlos de allí, á redimir por la fe de los católicos con dinero aquel no acostumbrado rigor.

Los victoriosos siervos de Dios padecieron todas estas penalidades y afrentas con mucho alegre y gran sosiego de corazón y sin dar muestras de queja ninguno; ántes era tanta la alegría del P. Rodulfo, que la grandeza de su gozo interior redundaba en los ojos, derramando algunas veces lágrimas de devocion y alegría.

Les quedaba de vida más que un día y una noche, y así, determinar todo este tiempo en oracion, ayuno y vigiliass, sin permitir un descanso de sueño á sus ojos, lo uno para hallarse más prontos y dispuestos para salir en aquella última hora á recibir al celestial Esposo, y lo otro para tener más tiempo de consolar á algunas personas y ejercitar con caridad; porque los iban á visitar frecuentemente de día y de noche católicos naturales y extranjeros, y, fuera de ellos, muchos predicadores y príncipes católicos que estaban entónces en Lóndres.

Se admiraban de su santidad llenos de una devota veneracion, con reverenciaban á los dos valerosos soldados de Cristo, estimándoles ya como á hermanos y ciudadanos del cielo.

Ellos no faltaron á nada, porque acudían á todos con saludables y prudentes avisos, procurando siempre, cuanto les era posible, ya con modestia, ya con muestras de voluntad que todos quedasen contentos y satisfechos.

Especialmente el P. Rodulfo, conociendo que habia estudiado en los seminarios de San-Omer, Sevilla y Valladolid, fundados por el Católico rey D. Felipe II, y que habia acabado los estudios de Teología en el colegio de Lieja, fundado por la piadosa liberalidad del duque de Baviera, no quiso olvidarse en esta ocasion de tantos beneficios; y así, procuró dar á entender humildemente con palabras, escritos y otras muestras de agradecimiento, que los tenia muy impresos en su memoria.

Prometió rogar muy particularmente á Dios por la majestad del Católico rey de España y por el serenísimo elector de Baviera, y que esto lo haria no sólo en vida, sino en la patria eterna del cielo, adonde con pasos apresurados se iba ya acercando.

El embajador de Francia no sólo quiso en persona ir á visitar aquella tarde postrera á los mártires de Cristo y pedirles sus santas oraciones con ruegos devotos y afectuosos, sino tambien se confesó con el P. Rodulfo (lo cual hicieron tambien los que le iban acompañando), y recibió con mucho agrado un rosario y una medalla bendita que el Padre le dió, para enviar este rico presente á Francia á la reina, y juntamente una cédula en que decia estas palabras en lengua latina: «Yo, Rodulfo Corbeo, sacerdote de la Compañía de Jesus, prometo de rogar á Dios por la salud del rey de Francia cristianísimo, por la serenísima reina y todo el Palacio, etc.»

Despues que se apartó de ellos el embajador, dijo de los dos valerosos soldados de Cristo que nunca habia visto semejante ejemplo de fortaleza cristiana, y cómo no sólo los admiró visitándolos, sino tambien gozó de sus saludables consejos, causándole particular alegría: prometió tenerlos siempre en su memoria para engrandecer su mucho valor en todas las ocasiones que se ofreciesen.

Tampoco es digno de pasarse en silencio el devoto afecto de la duquesa de Guisa, digna de eterna memoria, la cual, siendo extranjera y hallándose en esta ocasion en Lóndres, en la cual á vista de todos se habia de manifestar este espectáculo tan agradable á Dios y á los ángeles, se alegró sumamente por habersele ofrecido, sin pensarlo, tan buena ocasion de hallarse en alguna manera presente; por lo cual quiso ver á estas dos víctimas santas antes que se ofreciesen en sacrificio, engrandeciendo la causa de la fe católica porque padecian.

Y no quiso ser sola en esta accion tan devota, sino persuadió á otros que la acompañasen; y así, vino á la cárcel con el marqués de Brossa y todos los criados y gente de acompañamiento de ambas familias, sin rehusar esta diligencia por las incomodidades del tiempo y el lugar tan abatido donde iba.

Pasó toda aquella noche, que era la última que les quedaba de vida á los

sacerdotes de Cristo, acompañándolos en sus fervorosas vigili-
as, y presente á los Sacrificios sagrados que los dos celebraron.

Confesóse con el P. Rodulfo, y con suma veneracion recibió el Santísi-
mo Sacramento de la Eucaristía, y luego compró con dinero presente el cáliz
que habian dicho las Misas, y le guardó con suma veneracion.

También asistieron otros muchos católicos que, confesados y prevenidos
mente, recibieron el divino Pan de los ángeles de sus manos, y afir-
maron haber sentido en sus almas admirable consuelo.

Viose con particular atencion que el P. Rodulfo, despues de recibida la
orden de muerte, segun hemos dicho, quedó como antes, con mucho
y alegre semblante, sin padecer mudanza alguna.

Tanto más se acercaba la partida á la patria que deseaba, eran mayores
muestras de su contento, derramando algunas veces con suavidad amor-
osas lágrimas, no indicios de dolor ó temor, sino testigos muy ciertos del ad-
gozo que bañaba su alma, tanto más abundante, cuanto más vecina
á posesion de la eterna felicidad.

Confesó él mismo á otro religioso de la Compañía, que siempre le
estuvo en la prision, diciéndole que jamás habia sentido temor alguno.

En la última Misa que dijo, parece que aquella alegría y serenidad
se oscureció un poco como con alguna pequeña nube; porque, quan-
do ofreciendo este altísimo Sacrificio, hacia muy tardos los movimien-
tos de su cuerpo y pronunciaba las palabras con ménos presteza que solia, y
algunas veces se detenia, apretados los brazos, y entónces le faltaba tanto la
fuerza que causaba admiracion á los circunstantes.

Entonces, despues que le preguntaron qué era la causa de aquella novedad, dijo que le
habian ocurrido algunos pensamientos de pena y tristeza demasiada, y que
Dios le librase de ellos, y luego se lo concedió apartándolos de su
corazon y restituyéndole á su primera alegría; y aún se observó que, hasta
el día de su vida, tuvo una más que natural alegría y valor.

Cuando salia de la cárcel para el suplicio, viendo que algunos lloraban y
daban muestras de sentimiento, decia á todos que estuviesen gustosos
de verlo; y mostrando un rostro grave y risueño, afirmaba que no habia
nada de llanto, ántes muy buena ocasion de gloriarse por la suma dicha que
le esperaba en el triunfo glorioso que le esperaba.

En la tarde, pues, el deseado día, é instaba ya la hora de salir de la cárcel á
darse muestra de su valor y constancia estos dos insignes varones, dan-
do confesion de la fe animosamente las vidas.

Y con mucha alegría y fortaleza de ánimo, como quien eran y como
se merecian. Por la cual no temieron salir á vista de aquel público y

numeroso concurso en traje muy nuevo y nunca visto en los condenados á muerte en aquella ciudad; porque iban, no ya fingiendo ser otras personas, sino manifestando las propias.

Llevaba Juan Ducheto una vestidura que le llegaba á los piés, como suelen andar los sacerdotes seglares en los reinos católicos, y el P. Rodulfo el vestido religioso de la Compañía, y ambos abiertas con mucha decencia las coronas en la cabeza.

Pusiéronlos juntos en la carreta, sentados, como es costumbre, en unas pajas. A mano derecha iba el P. Rodulfo, que era mayor de edad, y por su poca salud llevaba el rostro aunque agradable, descolorido. Al otro lado iba Ducheto, de ménos años y más robusto, con un semblante risueño y amable.

De esta manera iban al lugar del suplicio por medio de innumerable gente que habia acudido á tan insigne espectáculo, y tan unidos en recíproca caridad y consuelo, tan alegres y tan pacientes, que aún los mismos herejes los veneraban.

Maravillados decian públicamente que era cosa digna de admiracion ver á estos dos varones tan constantes, entregarse tan intrépidos y valerosos á semejante modo de muerte por defender la religion que profesaban.

Pero los católicos, viendo que iban al suplicio en sus hábitos propios, segun su estado, sin ser uso ni costumbre en aquel reino, llenos de gozo y veneracion les pedian la bendicion por señas, y ellos la iban echando con mucho amor y semblante risueño y alegre.

Y fué cosa digna de reparo que ninguna persona del vulgo hiciese burla del hábito que llevaban, tan extraño en aquel reino y tan odiado de los herejes.

Cuando llegaron al lugar destinado y comun del suplicio, primeramente besaron devotísimamente la horca y la saludaron dándole á Dios muchas gracias, y luego subieron en el carro fatal y les echaron al cuello las sogas, hallándose los dos inocentes reos en medio de otros cinco delincuentes y malhechores que venian tambien á ser ajusticiados.

En esta ocasion Juan Ducheto se resolvió á no hablar palabra al pueblo, sino se quedó con el rostro derecho y levantado decentemente y fijos los ojos en el cielo.

Y cierto que parece que esta muda elocuencia de este insigne varon, indicio grande de la interior alegría y tranquilo sosiego que poseia, fué muy propósito en aquel tiempo y que tuvo vehemente eficacia para conmover los ánimos de los que estaban presentes; mas el P. Rodulfo declaró ser la causa de su muerte bastantemente notoria, y que esta era sólo la fe católica y el gran deseo de dilatarla.

el cual añadió el juez de la sentencia: «Por esto habeis de ser condenados á muerte, porque, ordenados de sacerdotes en tierras extrañas habéis venido á Inglaterra y habeis, contra las leyes de Dios y de los reyes, pervertido los ánimos de los vasallos de su majestad.»

¿No es el Padre ser lo que habian hecho contrario á las leyes divinas; por qué pecado habian cometido contra las leyes de Dios en haber obedecido la ley de la caridad para con el mismo Dios, la cual es fin y complemento de las divinas leyes?

Al haber procurado el remedio y salud eterna de otros, añadió, el habiendo legítimamente los Ordenes sacros instituidos por el mismo Cristo para haber desengañado á los que andan descaminados de sus errores, si no es esto lo que es contravenir á los decretos é institutos del reino, por lo cual así como somos ser castigados; todos entiendan que no tememos la muerte que por este título se nos da, ántes la deseamos con los brazos abiertos.»

Al detenerse en más palabras, luego se volvió á exhortar y á animar á los que iban á la cuenta que habia de morir con ellos.

Este se llamaba Habardo, y antes que fuese sacado al suplicio, dejó la vida y estando ya para morir, confesó públicamente con gran confianza católica, doliéndose mucho á vista de todos de haberla conocido tarde.

Algunos sacerdotes prevenidos en secreto cerca de la horca, los dieron á cierta señal la sacramental absolucion á los mártires, la cual hicieron con mucho gusto; y abrazándose recíprocamente con caridad fueron quedados pendientes en el aire, apartado por abajo el carro.

Estuvieron un poco hasta que dichosamente perdieron la vida, porque el todo de la justicia quiso con ellos mitigar el rigor de la ley, mandando que les sacasen las entrañas, como es costumbre, hasta que hubiesen pasado del todo.

Después usó con ellos tambien de nueva clemencia, porque mandó que les cortasen á ambos los pulsos para saber de cierto si habian ya muerto.

Después oscureció esta benigna accion con el rigor que ejecutó despues; al instante mandó quemar todas las cosas que estuviesen teñidas ó manchadas con la sangre de estos dos siervos de Dios; y aún las toallas y trapos de lienzo que los verdugos tenian puestas, mandó lavarlas, diciendo que no tendrían los *perros papistas* (¡insolente vocablo!) cosa alguna para guardarla por reliquia.

Todo eso no faltaron algunos que alcanzaron con astucia, dinero ó con tanto devoto algunos pedazos rotos del vestido de Juan Ducheto, y otros de suya y tambien otras cosas, y llevaron la sotana entera del P. Ro-

dulfo á los Padres de nuestra Compañía, que está en Lóndres como prenda de mucha estimacion.

Así vivió el P. Rodulfo, así triunfó de la muerte y con su ilustre victoria ha dado nuevo ánimo á nuestros Padres, que están en Inglaterra, para padecer semejante muerte por la propagacion de nuestra fe y la salud de las almas, entre tantos y tan continuos peligros como cada dia experimentan.

Ultimamente quiero advertir, que como ya dijimos, fué su dichosa muerte el año de 1644, casi de edad de cuarenta y siete, de los cuales estuvo los últimos veinte en la Compañía, y á siete de setiembre, segun el orden antiguo; pero segun el calendario reformado, á diez y siete del dicho mes de setiembre.

En este mismo dia fué cuando, siete años antes, murió felizmente su padre Gerardo Corbeo, el cual, despues de haber dado á la Compañía de Jesus tres hijos, y á la venerable Orden de S. Benito dos hijas (en Bruselas en el monasterio de Vírgenes inglesas) y ya no tenia vivos más hijos, se determinó á dejar el mundo del todo, con unánime consentimiento de su mujer, y siguió la vocacion de sus tres hijos, entrando en la Compañía, y en ella murió santamente en Waten; y ella la de sus hijas, tomando el hábito de S. Benito en Gante. Con lo cual toda esta devota familia se dedicó felizmente al servicio de la Majestad suprema de Dios.

Este martirio del P. Rodulfo escribió el P. Ambrosio Corbeo juntamente con el de otros dos mártires de Inglaterra, y se imprimieron en Flandes.

P. NIEREMBERG.

P. ENRIQUE MORSEO

EL P. Enrique Morseo fué de nacion inglés y de patria suffolciense.

Los primeros años de su vida estuvo engañado, siguiendo la ciega herejía por haberse criado en ella; pero en llegando á la edad varonil, guiado de la divina luz, mejoró de costumbres y se inclinó á la fe católica.

Despues de haber estudiado bastantemente las letras humanas, se ocupó en los estudios de la jurisprudencia y leyes de la patria; pero cada dia tenia nuevas inquietudes por las muchas dudas que por momentos se le ofrecian en materia de la religion.

Para satisfacerlas y tratar un negocio de tanto peso con la madurez y pr

dencia que requería, se fué á Flandes, y allí con mucho espacio y atento estudio sacó razones muy sólidas y se fundamentó en la luz de la fe, con ánimo de ser tan constante en profesar la verdad, cuanto más advertidamente la había procurado saber, poniendo siempre la mira en la salvación de su alma.

Y parece que Dios no quiso tardarse mucho en probar su resolución y constancia, porque, luego que dió la vuelta á su patria, le mandaron hacer el detestable juramento con que de ordinario suelen los herejes probar la fe de los católicos; pero él no quiso admitirle, según estaba obligado, por lo cual le prendieron y después le desterraron.

Para cumplir esta sentencia, se fué á Roma, donde estuvo en el colegio de ingleses estudiando la Filosofía y Teología sagrada con mucha aprobación, y dando claros ejemplos de piedad y amor para con Dios, obediencia á los Superiores, caridad muy fraterna con los compañeros, y aprovechó mucho en estas y las demás virtudes.

Después de recibidas las órdenes y fortalecido de las armas espirituales necesarias para pelear las batallas de Dios, volvió de nuevo á su patria, para tener las cárceles por morada de su descanso.

Apénas, pues, llegó á Neocastro, que es la principal ciudad de los northumbros, cuando á la misma entrada de la isla le prendieron, y le examinaron, y luego le pusieron en la cárcel pública sólo porque profesaba la fe católica.

Allí padeció por espacio de tres años muy graves incomodidades, y tenía tan poca salud y las fuerzas ya tan exhaustas, que parecía retrato de la misma muerte.

Tenía licencia de nuestro P. General P. Mucio Viteleschi, para que, en volviendo á Inglaterra, fuese admitido en la Compañía, y así empezó este insigne soldado de Cristo su noviciado en la rigurosa prision.

Esta fué la palestra donde se probó su virtud y valor, y esta la escuela famosa donde aprendió fervoroso los ejercicios de todo género de virtudes.

Y no le faltó Maestro que le enseñase esta divina ciencia, porque fué juntamente preso y puesto en la misma prision otro sacerdote de la Compañía, varón muy ejercitado en este admirable estudio.

A este Padre tomó por su guía en todo, para que le adiestrase y declarase las cosas divinas y celestiales; fuera de que el Espíritu Santo, verdadero y propio Maestro, le infundía su divino rocío tanto más familiarmente cuanto el lugar era más solo y apartado del bullicio humano.

Como el oyente era dócil y deseoso de su aprovechamiento, eran más abundantes las luces divinas con que se ilustraba su entendimiento; por lo

cual fué siempre su principal estudio y cuidadoso desvelo el caminar cada dia con nuevos alientos á la perfeccion y procurar la salud de las almas.

A cerca de lo cual es digno de eterna memoria que en todo el tiempo que estuvo en la cárcel, apénas murió uno de los delincuentes que estaban presos, sin que á costa del mucho cuidado del Padre se dejase de reconciliar y volver al gremio de la Iglesia.

Despues de una larga prision, le permitieron que saliese desterrado; y así, se embarcó y llegó á Flandes, y en nuestra casa de Waten estuvo algun tiempo viviendo con los novicios y edificando á todos con vida muy ejemplar.

Luego fué enviado adonde estaban los soldados ingleses que entónces invernaban en los lugares vecinos, y allí, deseoso de la salud de sus almas, á unos explicaba los artículos de la fe; á otros los procuraba reducir con sagaz industria y grande espíritu; á otros administraba los Sacramentos, y así ayudaba y asistia á todos con mucha puntualidad.

Añadia otros trabajos y vigiliass extraordinarias, con que de nuevo vino á perder la salud y se sintió tan debilitado, que juzgó que sin remedio perderia la vida.

Pero la caridad y mucho cuidado de los Padres flamencos del colegio Castellano, donde estuvo enfermo, le libraron de los umbrales de la muerte que le amenazaba, y el doliente se mostró tan agradecido, que dándoles muchas gracias por lo que con él habian hecho, decia que, despues de Dios, tenia vida por ellos.

En estando bueno, volvió de nuevo á Waten, y despues fué á Lieja, y en ambas casas fué Ministro, y ejerció este oficio con gran aprobacion y religiosa observancia, procurando cuanto le era posible ser de provecho y utilidad cada uno y á todos juntos.

Y en lo que siempre se mostró vigilante, fué en observar él primero con todo rigor las reglas de la religion y mandatos de los Superiores, para que con su ejemplo no tuviesen excusa los demás si faltasen en algo, y tambien se animasen á cumplirlos perfectamente.

Ardia en su pecho una sed insaciable de la salud de las almas; pero no podia satisfacerla encerrado entre las paredes de su colegio; por lo cual tuvo dicha de que le cupiese la suerte de ser enviado á Inglaterra por operario de la viña de Cristo, cosa que aceptó con mucho gusto porque lo deseaba.

Pero fueron tantos los trabajos que en esta mision padeció, tanto su desvelo y solicitud en procurar coger abundante fruto, que, si lo refiriera todo, fue cosa muy larga.

El año 1636 y 1637 sobrevino en Lóndres una mortífera peste, donde P. Enrique no sólo tomó trabajo incansable, sino arriesgó su misma vida p

uelo de los desamparados católicos, ayudando con sumo gusto á todos
esitados é inficionados del pestilencial contagio.

raros ejemplos que dió en esta ocasion de religiosa y cristiana piedad,
chos trabajos que padeció, el fruto copioso que hizo y las muchas al-
e por su medio alcanzaron la vida eterna, le hicieron venerar como á
postólico.

muy cuidadoso el desvelo que el Padre puso en procurar la salud de
as, y tan á su costa, que como andaba siempre con los apestados sin
su daño, se le entró en las venas la misma enfermedad, y sin duda mu-
e ella, si el Dr. Turnero con caridad heroica y aventajada ciencia no
e una horrenda llaga que se le hizo, con que le sacó del manifiesto
de muerte en que estaba.

apénas se vió libre de él, cuando cayó en otro no ménos manifiesto;
en viéndose convaleciente, volvió con nuevo valor á ejercitarse en los
ios de caridad que solia, y en esta ocupacion le prendieron los ini-
nistros de justicia, y luego le empezaron á tratar muy mal.

ieronle ignominiosamente, y desde la cárcel le llevaron al público tri-
allí le pusieron dos cargos ó acusaciones. La primera, que se habia
o de sacerdote por autoridad de la Sede Apostólica Romana deri-
la otra, que habia engañado á los súbditos de la real majestad, per-
oles á seguir la fe y religion romana.

son los dos horrendos delitos por los cuales este y otros muchos
soldados de Cristo han perdido animosamente las vidas en aquel
lleno de miserias é inficionado con la más pestilente, que es la

unque le opusieron al Padre estos dos delitos, con todo eso los jue-
condenaron mucho en el segundo, diciendo que no lo habia hecho
vada intencion ni con deseo de apartar á los súbditos del rey de
obediencia.

el primero del sacerdocio le instaban con gran fuerza para sacarle
sa y convencerle con su confesion propia.

ente Padre, por no hacer mal á otros que podian correr peligro por
on, ni afirmaba, ni negaba en lo que decia; sólo confesaba que era
o de poseer tan alto y divino estado, y remitia toda la probanza del
testigos acusadores.

lo que alegaron no tenia fundamento bastante, con todo eso, los
ies (cuyo oficio es declarar si el delincuente es culpado, pero no
encia) dieron unánimes sus votos, pronunciando que el Padre era
erdocio, de cuyo delito habia sido acusado.

Sin duda se hubiera seguido la sentencia de muerte, como siempre sucedió si no intercediera la serenísima reina de Inglaterra (de cuya liberalidad había recibido el Padre varios socorros y muchas limosnas, para ayudar en el tiempo que hubo la peste los necesitados) la cual con piadosos ruegos hizo que el rey mandase suspender la sentencia, lo cual sucedió el año de 1637 á 4 de mayo.

Aquel día le volvieron á la cárcel sin sentencia, y de allí salió pocos días despues, porque unos nobles católicos salieron por fiadores de que el Padre pareceria en juicio dentro del plazo que quisiesen ponerle, y si no, pagarian una gran suma de dinero.

Dióles el Padre, como era razon, muchas gracias por el beneficio que le habian hecho, y siempre usó de la libertad que tenia con tanta cautela, que no pudiese venirles detrimento alguno por su ocasion.

Para asegurarlos más, aceptó de buena gana el destierro, obedeciendo el decreto del rey, en que, á los principios del Parlamento presente, se mandaba precisamente á todos los sacerdotes papistas que no parasen en todo el reino antes que llegase el día séptimo de abril del año de mil y seiscientos y cuarenta y uno, y que, si no obedeciesen, serian castigados con todo rigor y severidad.

Vino en esto el Padre, no por miedo de las penas, porque por la causa de Cristo las abrazara gustoso, sino movido por la causa dicha y por otras razones de piedad.

Volvió, pues, otra vez á Flandes, donde en la mision castrense trabajó incesantemente procurando con gran vigilancia la salud de las almas de los soldados ingleses que habia en el ejército.

En breve tiempo cobró tanta fama el P. Morseo con el Maestre de campo de aquella gente, que casi siempre le nombraba con el título honroso de santo Padre.

Pero convenia que esta santidad se manifestase en mayor teatro, y que se trasladase de la estrechura de un limitado ejército á los dilatados espacios de un reino entero.

Y como los mayores deseos que tenia el siervo de Dios eran que le fuese permitido de nuevo volver á su patria á socorrerla, despues que con mucha instancia se lo pidió á los Superiores, les pareció, finalmente, satisfacer sus ardientes deseos; y así, le dieron las nuevas de que le daban licencia para volver á Inglaterra, estando en Gante el año de mil y seiscientos y cuarenta y tres.

Alegróse sumamente el Padre, y, puestas las rodillas en tierra, dió muchas gracias á Dios y á sus Superiores por tan grande beneficio, y, sin poder d

e, se levantó luego y fué visitando los aposentos de todos los Padres y más de la casa para hacerlos sabedores y partícipes de su alegría.

La concebido grande esperanza y casi certeza de que iba á padecer muerte gloriosa; y así, cuando se despidió de sus amigos, les prometió ponerlos en su memoria cuando se viese en el lugar del suplicio para perdonar su vida.

Con este ánimo, pues, y firme confianza, volvió á Inglaterra con deseo de hacer todos los trabajos que por la salud de las almas se le ofreciesen.

¿qué nos admira? Ya estaban pidiendo premio los méritos tan colmados de este fervoroso Padre, y ya se llegaba el tiempo de coger los frutos de tantas calamidades con tanto amor de Dios padecidas.

Después de haber estado año y medio ejercitando los trabajosos ministerios de celoso operario de Cristo, cayó en las manos de sus enemigos aún sin sospechado; porque, andando en busca de otra presa y no pudiendo dar con otra, cayeron de la más presente y hallada sin pensar.

Llevaron al Padre que iba á visitar á un enfermo, diciendo que era sospechoso del sacerdocio; luego le pusieron en la cárcel de Dunelmense, para que fuera más diligente inquisición sobre el caso.

Estuvo rodeado de guardas, y después de haber caminado un largo camino fué necesario parar por ser ya de noche; por lo cual le pusieron en una casa del constabulario, el cual es un hombre que tienen puesto en todos los lugares como pública guarda y conservador de la paz.

Pero como no estaba á la sazón en su casa; pero su mujer, cuando supo que le traían, le recibió con mucha benignidad y agasajo.

Le acomodó en un aposento y en él un brasero de lumbre, y ella le aparejó la cena, y esto sin haber podido hablarse los dos palabras por haber ocupación.

Al día fué desembarazando de industria el aposento de sus hijos y criada quedando sola con el Padre, le descubrió la verdad diciendo que era un secreto prometándole todo secreto; le dijo no le negase si era sacerdote, si lo fuese, le daba palabra de librarle antes que su marido viniese.

Entonces el Padre que hablaba sencillamente, le confesó la verdad; pero ella temía en la fuga porque á ella le seria muy dañoso; mas ella, más animada por su fragilidad requerida, le replicó que no temia el peligro, antes que perder la hacienda y la vida antes que entregar á los enemigos un sacerdote inocente; y que así, comiese alguna cosa mientras que se dispusiese la huida; que mirase por sí y no le diese miedo el peligro que le quedaba á ella.

Entonces, después de haber resistido á su intento muchas veces, fueron

tantas las persuaciones y ruegos de la mujer, representándole el provecho que podia hacer en los católicos estando libre, que le pareció poner en ejecución el consejo de tan valerosa mujer.

Por lo cual, despues de haber pedido á Dios con muchos ruegos remunerase liberalmente tan impensado agasajo y caridad como recibia, le dijo á la misma mujer que avisase á algunos católicos de aquella ciudad conocidos suyos, para que le esperasen en un lugar que les señalaba.

Saliéndose de la casa muy escondido, caminó en aquella noche por rumbos torcidos y no trillados, acompañado de estos amigos, cerca de trece ó catorce leguas, y en una parte oculta estuvo seguramente escondido cinco ó seis semanas enteras.

Imitó en esta fuga el P. Morseo á S. Apolinar, Obispo de Ravena, á quien los idólatras entregaron para que le guardase preso un centurion, el cual era ocultamente cristiano, y persuadió al santo que se huyese.

Mas como los juicios de los hombres son muy distintos de los de Dios, así como dispuso que no aprovechase á S. Apolinar su huida para que gozase de la corona de mártir; así tambien maravillosamente ordenó que no le aprovechase al P. Morseo su fuga para que viniese á alcanzar la palma del martirio.

Porque despues determinó salir de allí donde estaba y pasar á otra parte acompañado de un hombre muy fiel y diestro en los caminos, y apenas habian andado una ó dos millas, cuando cortó las esperanzas de mejores sucesos una cosa maravillosa.

El hombre que le guiaba, por providencia divina erró tanto los caminos que cada dia trillaba, perdiendo casi del todo la memoria de ellos, que no supo ni pudo determinarse á conocer dónde estaba, ni el camino que tomaria sólo hallaba un remedio, que fué llegarse á una pequeña casilla que estaba cerca, á preguntar el camino.

Iba con él el Padre, y en llegando á la puerta, encontraron un hombre que volviéndose al Padre, le preguntó si era el mismo que, yendo preso á Dunelm, se huyó de la prision dejando burladas las guardas.

El Padre, como iba tan poco contento de la huida, como muy deseoso de morir por Cristo, y por otra parte era muy amigo de la verdad, no quiso negarlo; y así, le asieron y le llevaron preso á aquella pequeña choza.

Habíase llegado ya el tiempo en que Dios tenia dispuesto que este valeroso soldado suyo, tan ejercitado en continuos trabajos, tan diestro en las batallas y tan probado en peligros, saliese al último combate á la palestra para ser coronado por victorioso; porque, si no fuera así, no desvaneciera tan buena ocasion de librarse.

pues de pasados muchos dias metido en una oscura y horrible cárcel delmo, le llevaron de allí á Novo Castro primero, y luego en una nave lres.

esta navegacion padeció una tempestad rigurosa, y delante de sus ojos á pique otro navío, y, fuera de esto, le sucedió con los marineros lo de sí el santísimo mártir Ignacio (en cuyo dia padeció tambien nuestro morseo) en la navegacion que hizo á Roma, cuando le llevaban preso; que los crueles ministros se mostraban más crueles cuanto más bien a.

aron, pues, á un puerto que dista de la principal ciudad de la provincia olciense cosa de cinco leguas, y vulgarmente le llaman Yarmouth.

, pues, luego que un hermano del P. Morseo, hombre muy rico en gar y de mucha estimacion entre los jurisperitos, supo su llegada, detenerse á verle.

aunque por la malicia de los tiempos estaba inficionado con la secta protestantes, con todo eso siempre tuvo mucho amor á su hermano el reo; y cuando llegó á su noticia que estaba preso, dió grandes muestras de sentimiento y se determinó alzarle la libertad sin perdonar á tragastos.

despues que le hizo aliviar de las incomodidades que estaba padeciendo de haberle proveido de lo necesario para lo que se le ofreciese de adelante (si bien el Padre, como tan lleno de caridad, lo repartió con los otros) se apartaron los dos hermanos para volverse á Lóndres, el uno y el otro por tierra.

neros tambien á los marineros y guardas para obligarlos á que desde entonces se portasen más benignamente á su hermano; ellos lo prometieron, aunque no que lo hicieron así. Lo cierto es, que cuando en Lóndres entregado á los ministros de allí, les dijeron: «Ya nosotros hemos cumplido con nuestros oficios, ahora haced vosotros el vuestro, y, si quisiéreis ahorcar al reo.»

onle á la cárcel llamada *Puerta nueva*. y en el camino pasó por casa del conde Egmoncio, que estaba en Lóndres, y pidió cortésmente á los ministros que le llevaban, le dejasen parar un poco para ver al conde.

iéronsela, y el conde estimó mucho tener en su casa tal huésped, y mandó á los guardas que aguardasen un poco, y luego llevó al Padre á su miseria, y allí dijo Misa y le ayudó el conde, y despues le pidió la benevolencia encomendó varias cosas, y el Padre le prometió tenerlas todas en memoria.

Despues le dieron tambien licencia de visitar á otras personas, porque salió por su fiador el conde, prometiéndoles que no se iria.

Volvió el Padre despues de algunas horas á la cárcel, y á los veinte y siete de enero de mil y seiscientos y cuarenta y cinco fué llevado al tribunal; pero entónces no se determinó cosa alguna, sino se dilató el juicio para adelante.

En este ínterin llegó con suma presteza á Lóndres el Dr. Morseo, su hermano, y empezó á hacer muy apretadas diligencias ya con favores, ya con dinero, por alcanzar la libertad de su hermano, por la cual ofreció tres mil florines; pero en la presencia de Dios era más preciosa la muerte de este su santo, que todo el precio que se pudiera dar porque se evitase.

Solicitaba el doctor que, ya siquiera le desterrasen, que él haria escritura, obligándose á pagar veinte mil florines, si en algun tiempo volviese su hermano á Inglaterra.

Cuando el Padre supo lo que se trataba, aunque no pudo ser cosa más ajena de sus fervorosos deseos, pero con todo eso, por no atreverse á regir por su parecer propio (costumbre antigua suya) acudió al seguro oráculo de la obediencia, escribiendo al Superior lo siguiente:

«Deseo saber de V. R. lo que siente: si permitiré que por mi causa se hagan diligencias tan apretadas y tantos gastos, ó si lo dejaré todo al curso ordinario de las cosas y á la providencia de Dios. Lo que de mi sé decir es, que deseo ser desatado y verme con Cristo; pero, si todavía soy necesario al pueblo, no rehusaré el trabajo.»

Pero toda esta duda la resolvió y allanó lo que de allí á poco tiempo vino á suceder; porque el dia siguiente que el Padre escribió esta carta, que fué treinta de enero, fué llevado otra vez á juicio y allí se le oyó la acusación que era en esta forma: «Que Enrique Morseo, habiendo los años pasados sido convicto de sacerdote, por cuya causa le desterraron del reino, volvió nuevo á asistir en él.»

Respondió él que, aunque le habian entónces condenado, pero que juzgaba haber sido con débiles fundamentos y testigos poco fidedignos.

Dijéronle los jueces: «¿Qué determinas? ¿Acaso no eres sacerdote ó piensas que no ha de valer la convicción primera?» «De mí, dijo el Padre, no determino nada; todo lo remito á la probanza jurídica.»

Por lo cual concluyeron brevemente los jueces; y, atentos á la primera convicción le condenaron sólomente por reo del sacerdocio, que en su estimación es como crimen *laesae maiestatis*, y digno de ser castigado en breve con la pena determinada á semejantes delitos; y así, luego le llevaron otra vez á la cárcel

La cual podia muy bien llamarse mercado público, porque habia ya acu-

un copioso número de personas de todos estados á ver al Padre, á peticiones, á que les dijera algunas palabras de consuelo, y, finalmente, á ver si á costa de mucho peligro y dinero podian alcanzar alguna cosa del siervo de Dios, por pequeña que fuese, para guardarla por reliquia. Pero especialmente el dia antes que le sacasen al suplicio fué cosa digna de verse cómo desde que amaneció hasta que fué de noche no se vaciaba el templo de gente, no obstante el peligro que á todos amenazaba, unos para ver al Padre el parabien de la felicidad que ya le esperaba, y otros que venian á pedirle oraciones, cuando se viese en la Jerusalem celestial.

Vieron tambien algunos de los herejes, los cuales pidieron al Padre les diese á dos preguntas. La primera, si pudiera uno alcanzar la vida eterna por los méritos de Cristo, sin la invocacion de los Santos. La segunda, si estaba tan resuelto á morir por su religion, creia que sin duda se salvaria si muriese fuera del gremio de la Iglesia Católica Romana.

Como se puede decir cuán arraigadas están en los corazones de muchos protestantes estas dos calumnias que ponen á los católicos; conviene á ellos el persuadirse que no hay bastantes merecimientos en Cristo sin la invocacion de los Santos para salvarse uno; y que no habrá alguno de los católicos que pierda la vida tan espontáneamente por la religion, como si ella fuera la necesaria, como lo es, para conseguir la eterna felicidad.

Respondió el Padre á estas dos preguntas separadamente; y á la primera dijo que puede uno irse al cielo confiando en los méritos de Cristo, por ser infinitos, aunque suceda que no invoque á los santos con tal que como debe y manda la Iglesia creer, que es lícito invocar á los santos y esta costumbre es santa y loable, y de que se sigue copioso fruto.

En la segunda dijo que él moria principalmente sólo por la causa de la religion, sin la cual estaba muy cierto y seguro que nadie podia salvarse porque la verdad de la Iglesia Romana la probaban, fuera de otras cosas los cotidianos milagros que cada dia suceden, los cuales no se harán en otra Iglesia. En ella se veian aún resucitar muertos, hablar los mudos, curar á los ciegos, expelerse los demonios y otros prodigios sobrenaturales; y finalmente, que estaba muy pronto á derramar toda su sangre en testimonio de esta infalible verdad.

Después de haber pronunciado estas palabras últimas con gran fervor y esfuerzo, siendo así que todo aquel dia no habia tomado refeccion alguna de comida ó

bebida durante la noche, que fué la última porque el dia siguiente habia de morir, tambien muchos hombres y mujeres no ménos virtuosos que no se acordaban de la boca del Padre los últimos consejos y asistir al amanecer

á la postrera Misa, con que se habia de prevenir al sacrificio cruento que luego le esperaba.

Pero no les fué lícito gozar este consuelo con entero sosiego, porque los ministros inicuos de la justicia, viniendo á la media noche por mandado, segun decian, del Parlamento, prendieron á muchos de los que habian venido, hasta que á la tarde del dia siguiente compraron su libertad con dinero.

No sé si afligió este suceso más á los mismos que padecian que al Padre Morseo, porque se dolia tiernamente de los males ajenos y más padecidos por causa suya; y despues los habló á parte, amonestándoles tuviesen gran confianza en la bondad y providencia divina, y ya que no pudo aliviar su trabajo, aunque se lo rogó á los crueles ministros con mucha instancia, les prometia rogar por ellos á la divina misericordia y esperaba les sucederia todo muy bien.

Ya daban más libre entrada á los que venian á verle, entre los cuales ocuparon el principal lugar los embajadores ó agentes de los Católicos reyes y príncipes, los cuales, para que en medio de la pertinaz herejia triunfase con mayor gloria la profesion católica, le honraron y veneraron mucho hasta el último instante.

El embajador de España, estando impedido con urgentes negocios con harta pena suya para ir á verle personalmente, envió algunos de su casa que cumpliesen con obligacion tan piadosa y visitasen al Padre de su parte.

No hizo ménos el embajador del Cristianísimo rey, preguntándole al Padre por medio de mensajeros nobles á qué hora podria ir á verle, que fuese más cómoda y sin estorbo.

Y sucediendo despues que un huésped de mucho cumplimiento le estorba se impensadamente la visita, volvió á enviar otras personas al Padre diciéndole le tuviese por excusado, porque se le habia ofrecido aquella forzosa ocupacion.

Conoció muy bien el humilde Padre esta benigna humanidad, y para mostrar en algo su agradecimiento, le presentó un Crucifijo de plata y le envió á suplicar con instancia que prosiguiese en tener cuidado con la defensa de la católica religion en Inglaterra, y que procurase amparar á los católicos tan afligidos en estos tiempos tan trabajosos y turbulentos.

Por estar ausente el residente del embajador, le fué á visitar tres veces con mucha benignidad la persona que ocupa su lugar, y despues de haber estado con él una hora antes que le sacaran al lugar del suplicio, afirmó con mucha admiracion que siempre le habia hallado alegre y muy dueño de sus acciones.

Y más dijo: «En toda mi vida he visto mayor constancia, rostro más sere-

s alegre modestia y más benigna afabilidad; porque parecia que estaba ida para celebrar algunas alegres bodas.»

róse este caballero afable con el Padre y quiso oír su Misa postrera, y des de haberse tambien confesado con él, recibió de sus manos el verdadero Sacramento de la Eucaristía.

aballero portugués vino disfrazado con su mujer á ver al Padre en la y cumplieron su deseo, viniendo á pié por medio de la calles y plazas lo y con mucho lodo.

La aquella noche la pasó el P. Morseo sin dormir ni tomar descanso; acudiendo con mucha caridad al consuelo de los que venian á verle, sacando á todos sin cansarse, con prudentes consejos; y esto con tal vigiliencia que parecia no tener otro negocio, á que acudir más que al de cada particular.

Todo se llegaba el cuidado que tenia consigo y la frecuente y viva presencia de Dios, con la cual se puede decir que casi pudo más de lo que podia. Ya las cuatro de la mañana y queria rayar el alba, cuando empezó á disponerse para decir Misa, habiendo rezado primero por la concordia del reino de Inglaterra las letanías de nuestra Señora de Loreto y por todos los santos.

Después de la Misa dijo votiva de la Santísima Trinidad en accion de gracias por la honorable felicidad de morir por Cristo.

Después que la acabó, hizo una breve plática á los circunstantes: le pareció conveniente, por la mucha necesidad que tenia, tomar un breve rato de sueño, y cansado, se levantó.

Después de rezado el Oficio divino, fué visitando todos los aposentos de los religiosos, y se despidió de todos con tan alegre semblante, que justamente causó admiracion tan invencible constancia.

Después, y acompañado de otro sacerdote de nuestra Compañía, se retiró á un retirado aposento distinto del suyo.

Después de larga rienda á sus amorosos afectos y empezó á hacer nobilísimas todas las virtudes, y en especial de ardentísima caridad, y perseveró con ardor fervoroso, hasta que le trujeron la nueva dichosa de que le querian para ser felizmente laureado con el martirio.

Después que recibió esta alegre embajada, se hincó de rodillas con mucha devoción fijando los ojos en la celeste patria, dió á Dios muchísimas gracias; y con exquisitas palabras la infinita misericordia que usaba con él, ofreciendo en vivo holocausto, y esto con tanto afecto y vehemencia, que causó mucha ternura y mocion en los circunstantes.

Después dijo el P. Morseo, diciendo: «Venid, mi dulce Jesus, para que unido

contigo con nudo indisoluble, no pueda apartarme de tal compañía la violencia ni el tiempo, sino que yo la goce en felices eternidades. Venid prisiones, venid tormentos y venid todas las cosas que habeis de cooperar á mi muerte, porque me sois muy agradables y dulces, recibidos por la causa de mi amado Redentor Jesucristo.»

Despues de haber dicho esto, se fué á despedir del P. Fr. Cristóbal Ultano, de la familia de S. Francisco, y muy eminente en virtud y letras, al cual habian traído los herejes de Irlanda, que era su patria, y despues de haberle perseguido de muchos modos sólo por materias de religion, le tenian aprisionado injustísimamente.

A este religioso llegó nuestro P. Morseo á darle el último vale con admirable serenidad de rostro y con extraordinarias muestras del poco temor que tenia á la muerte; y mirándole con sumo agrado, le abrazó estrechísimamente, de que le resultó al P. Ultano tan grande alegría y tan nuevos deseos de padecer martirio, cuales jamás habia experimentado.

Todo lo cual solia contar el mismo Padre despues derramando copiosas lágrimas, indicios del gozo que sentia con aquella memoria, y con muestras de admiracion solia decir entre otras palabras: «¡Oh buen Jesus, y qué semblante era aquel!

Y más afirmaba, que si estuviera enlazado en los ciegos errores de la herejía ó en las supersticiones vanas de la gentilidad, sólo aquel aspecto del P. Morseo, tan lleno de alegría y la interior suavidad que habia sentido en aquel último abrazo, le bastaran por bastante razon para abrazar y confesar la misma religion que profesaba el P. Morseo, mucho más que otra cualquiera; porque aquello le parecia habia sido cosa más que humana y sobre las fuerzas de la mortalidad.

Y afirmaba tambien que no habian sido aquellos efectos breves y momentáneos, sino que le duraban siempre y duraron continuamente.

Despues de haber sucedido todo lo que se ha dicho, á las nueve de la mañana vino el prefecto de la justicia, que es el vizconde de Lóndres, y sacó por su propia mano al dicho preso de la cárcel.

Mandóle poner en el carro, que le tiraban cuatro caballos, y de esta manera fué por toda la ciudad al lugar del suplicio, y antes de llegar allá, encontraron con la carroza del embajador del rey de Francia, el cual fué siguiendo al Padre, y llegándose cerca del carro, le pidió con mucha veneracion le bendijese á vista de todo el concurso de gente que los estaba mirando y luego le saludó.

En llegando á las horcas, hizo el vizconde con nuevo agasajo que nadie se interpusiese entre la carroza del embajador y el carro del Padre, y junta-

envió á decir al embajador que, si no era aquel lugar á su gusto, se llevaría más cerca con toda su gente, para que pudiese hablar más cómodamente al siervo de Dios.

Con esto de su carroza y llegó á pié adonde estaba la carreta, y el Padre muy apretadamente encomendase á Dios la comun paz de toda la cristiandad, al reino de Francia, al rey y á la reina.

El conde prometió con mucha humildad tenerlos á todos muy en la memoria, y al de la cual le dió algunas prendas de su pobreza para él y algunos otros que le acompañaban, que ellos estimaron como reliquia de santo. Mandó tambien el Padre á ver al conde Egmoncio que estaba en su carroza lejos de él, y así le dijo en latin estas palabras: «Señor ilustrísimo, acordaré de cumplir mi promesa, porque no seré ingrato en la presencia de Dios á tantos beneficios como me ha hecho V. S.»

Respondióle el conde en latin que se alegraba sumamente de la gloria tanta que se le seguia á Dios en aquella accion tan heróica, y que, lleno de gozo, le daba mil parabienes por la gran felicidad que alcanzaba.

Después de haberse dicho otras cosas, se despidieron últimamente el conde y el embajador.

Se ve en Inglaterra, como varias veces se ha significado en las vidas de otros mártires ingleses, que los que han de ser ahorcados suban en un andamio que se pone debajo de la horca, y allí les echan el lazo, y luego, quitado el carro, quedan en el aire colgados.

Después, el valeroso soldado de Cristo habia subido en él y tenia tambien echado al cuello, cuando el vizconde le dió licencia de hablar; y así, con voz alta y distinta, empezó diciendo:

«Yo he venido á este puesto, por si alguno de los presentes lo ignora, á declarar la causa de la religion; de aquella religion, digo, que profesa la Iglesia Romana, la cual fué fundada por Cristo, establecida por los Apóstolos, y mantenida felizmente hasta ahora: esta es la que estriba en las autoridades de la sagrada Escritura, la que está adornada con tantas razones, confirmada por Concilios y Santos Padres, fuera de cuyo gremio y firme obediencia no puede haber esperanza alguna de alcanzar la salud eterna.»

Después le dijo el vizconde: «No digas, Morseo, esas cosas con tanto ruido al pueblo; ántes te ruego que, si tienes noticia de alguna traicion hecha al rey ó al Parlamento, la declares ahora que estás cercano á la muerte.»

Respondióle (dijo el Padre) oídme, pues: sucedió que viviendo yo en esta ciudad de Londres y profesando entónces el bando de los protestantes y desobediendo las leyes del reino en el colegio de los jurisperitos, en este tiempo me atormentaron muchos escrúpulos acerca de la religion. Pasé por esta causa

á Flandes, donde fuí enseñado de la infalible verdad de la católica fe, por lo cual detesté firmemente los errores antiguos y me resolví á seguir de allí adelante la Iglesia romana, que es Metrópoli insigne de todas las Iglesias.

»No pasó mucho tiempo sin dar otra vez á Inglaterra la vuelta; y habiendo rehusado hacer el juramento de fidelidad que mandan á los católicos, me prendieron, y de allí, aunque no era aún sacerdote, me condenaron á salir desterrado.

»Fuíme á Roma, donde gasté siete años en los estudios. Luego volví á mi patria movido del celo de la salud de las almas, y en ella, entre los otros ejercicios provechosos para los prójimos en que me ocupé, no fué el menor el sumo trabajo que tomé voluntariamente, cuando los años pasados padeció esta ciudad la miserable calamidad de la peste, ayudando cuanto podia con mucho gusto á los pobres necesitados é inficionados con el pestilente contagio; y segun creo, no dejé pasar ocasion alguna de su mayor aprovechamiento espiritual.»

Dijo á esta sazón el vizconde y el ministro calvinista que le asistia: «No te conviene gloriarse de eso que hiciste.»

«Antes, respondió el Padre, de buena gana me gloriaré en todas mis flaquezas (aludiendo al dicho de S. Pablo) todo lo refiero á Dios y á su mayor alabanza, pues quiso dignarse de tomar tan flaco instrumento, como yo soy, para ministerio tan piadoso; y en este dichoso dia me concede que dé testimonio ilustre con mi sangre de la verdadera y católica religion, porque este singular beneficio ha más de treinta años que con oraciones continuas se le estoy pidiendo á la divina bondad.»

«Ya tienes, replicaron el vizconde y el ministro, presente lo que has deseado.»

«Así es, respondió el Padre, y por ello doy infinitas gracias á Dios, y ruego que mi muerte sirva de satisfacer en alguna cosa por los pecados de todo este reino; porque de verdad digo, que si tuviera más vidas que arenas el mar, todas las ofreciera pródigamente por este fin y por la defensa de la fe católica, porque esta sólo fe es sólo la verdadera, sólo la cierta.»

Aquí se encendió en más fervoroso celo, y no dejó que le interrumpiesen, añadiendo: «Sóla la confirmada con continuos milagros; porque los ciegos ven, los mudos hablan y los muertos resucitan. ¿Qué diria V. S., señor vizconde, si viera resucitar los muertos? ¿No creyera? ¿No afirmara que era la verdadera Iglesia, donde se hacen estas maravillas tan prodigiosas? Pues escrito está que los testimonios de Dios son creíbles.

»Pero, porque me han preguntado si sé de cierto de alguno que haya conspirado contra el rey ó el Parlamento, ruego á V. S. esté muy atento á

«ahora diré, porque es de mucha importancia, y lo declararé delante de
con toda verdad.

«En toda mi vida he tenido noticia de traicion alguna, ni he sido cómplice
ella. Sólo una cosa tengo por muy cierta, y es, que la causa de tantas
discordias como en Inglaterra suceden, es sólo la herejía y
confusion de diversas sectas, las cuales mientras contaminaren con su serpen-
tinosa el cuerpo de todo el reino, no se verá pacífico ni libre de tan-
tales.»

«Pudo en llegando aquí sufrir el vizconde que pasase adelante con sus
asas, y así, le advirtió que rezase y se preparase para morir.

«Diré lo que V. S. me dice, respondió el Padre, y según alcanzare, me
prepararé para salir de esta vida, lo cual he procurado hacer siempre, des-
de que me determiné firmemente á profesar la católica religion, que ha más
de treinta años.»

«Entonces se recogió un poco, y levantando los ojos y las manos al cielo,
con voz clara y alta la siguiente oracion: «Dios Todopoderoso y eterno
Hijo y Espíritu Santo, humildemente os pido perdon de todas mis
culpas porque de verdad me reconozco por muy gran pecador, pues por mi
debilidad y flaqueza he ofendido tanto á vuestra divina bondad, especialmente
por la ocasion de la ira y en la poca atencion que he tenido cuando rezaba el
divino.

«Dame de todo corazon, y juntamente perdono á todos los que en algo
me han ofendido, y á aquellos particularmente que han tenido parte en
este delito.

«Yo mismo pido humildemente perdon á todos los que yo hubiere en algu-
na parte ofendido.»

«Después de haber dicho otras cosas concernientes á estas, hizo especial
oracion por Alemania, España, Francia y por todos los reinos cristianos de
todo el orbe, y principalmente por Inglaterra, su patria, y tan oprimida ya
por tantas miserias; y por todos, decia, presentaba su vida ante el acatamien-
to, y que rogaria por todos cuando le estuviese gozando.

«Haciendo esto, buscaba un bonete que traia de noche, para taparse, co-
mo es costumbre, los ojos; y no pudiendo entónces hallarle tan presto, le
dio una persona noble del acompañamiento del conde Egmoncio el suyo;
y dió doce reales al verdugo, para que, después de muerto el Padre, se
le diese, deseando guardarle con mucha veneracion, por haberle tocado
con su noble cabeza.

«Finalmente, levantando las manos en alto, pronunció con gran devocion
estas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, y lue-

go se dió golpes en el pecho, en señal de penitencia, y le absolvió un sacerdote que allí asistía oculto, según estaban ya concertados.

Después quitaron el carro por debajo, y quedó el Padre pendiente en el aire, sin hacer movimiento alguno desordenado, hasta que con mucho sosiego pasó á mejor vida.

Entonces, como es costumbre, le dividieron el cuerpo en cuatro partes, le sacaron y quemaron las entrañas y pusieron los cuartos en cuatro distintas puertas de la ciudad, y la cabeza en la puente de Lóndres clavada en alto.

Los embajadores y el conde Egmoncio que asistieron á este espectáculo, tuvieron cuidado de mandar teñir algunos pañuelos, sin que nadie se atreviese á estorbarlo, en la sangre del insigne soldado de Cristo, y que también los tocasen en su pecho.

De esta manera salió de este mundo á 1.º de febrero del año 1645, victorioso el P. Enrique Morseo, de edad de cincuenta años, valeroso defensor de la católica religion, y ya poseedor de eternas coronas, á vista de casi infinito concurso de gente, que con sumo silencio y notable mocion de sus ánimos asistieron á tan ilustre certámen.

Fué este varon insigne, para decirlo en breve, el que verdaderamente anduvo siempre en la presencia de Dios, para salir perfecto; el que daba, donde quiera que iba, suavísimo olor de Cristo, con el cual redujo á nueva y espiritual vida á muchos; el que amó tan estrechamente la observancia de la religiosa disciplina; el que perpetuamente estaba abrazado con la cruz y continuos trabajos; el que estaba tan lleno del celo de la salud de las almas; el que estando los pobres inficionados de peste, les sirvió con caridad igual á los mártires; el que tres veces fué desterrado por causa de la fe, cuatro cargado de prisiones por la misma causa, y muchas veces llevado á los públicos tribunales, sin tener más delitos que insignes virtudes y hacer beneficios.

Y, finalmente, después de haber tenido varios y peligrosos encuentros con sus enemigos, disposiciones heroicas de mayor batalla, llegó á alcanzar la presente victoria y dichosa palma que acabamos de ver; y después de una vida tan llena de méritos y perfectas virtudes, salió vencedor de sí mismo; y triunfando de la misma muerte está poseyendo la vida inmortal y eterna. *Utinam moriatur anima mea mortem iusti huius, et fiant novissima mea illius similia. Amen.*

Este martirio del P. Morseo escribió el P. Ambrosio Corbeo y se imprimió en Antuerpia.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO URICTO

El P. Pedro Uricto fué inglés de nacion, natural de Esliptonio, de la provincia Northontonia, tan conocida en Inglaterra cuanto ignorada en el resto de la Europa.

Los padres fueron católicos y le criaron como tales en la fe santa de

desde su infancia dió muestras de su buen ingenio y aplicacion á la virtud por las buenas inclinaciones que experimentó en él su padre, cobró esperanza de que habia de ser sacerdote y servir mucho á la Iglesia, como en efecto sucedió.

Después de haber estudiado letras humanas, y cuando iba descollando con grandes conocimientos en el estudio, murió, dejándole de trece años.

Tras la partida de esta vida no le encomendó otra cosa sino que perseverase en su vida en la confesion de la fe católica romana, sin dar lugar en su vida á los errores y herejías, que tanto habian cundido en aquel desdichado que tan católico habia sido.

Después de haber visto á su madre pobre, y con muchos hijos, y en edad que podia ayudarlos; por no serles de carga, buscando algun modo de vida para poder sustentarse, asentó plaza con un letrado ó agente procurador de la corte en cuya casa estuvo diez años, ayudándole en su oficio, haciendo pesquisar y solicitando pleitos y revolviendo libros.

Por su ganancia y voluntad del letrado de manera con su buen proceder y el talento y habilidad que mostró en la solicitud de los negocios, que de escrivano pasante determinó hacerle hijo, casándole con una hija suya.

Como Dios le habia escogido para mayores empleos, no tuvo efecto su intento, porque Pedro con otros designios dejó su casa y renunció

siempre conversaba con los herejes, y su ocupacion y pocos años que habian dado lugar á sus estudios, bebió con la comunicacion sus errores y se aficionó del amor de la vida ancha y libre que profesa la herejía, estimulando el fuego de la juventud, siguió á sus iguales y amigos, y dentro de poco tiempo se halló preso de los vicios.

Estuvo mucho en este cautiverio, porque, mirándole Dios con ojos de misericordia comenzó á meditar en la vanidad del mundo, la brevedad de la vida, la incertidumbre de la muerte, el fin de todas las cosas, la poca sustancia del

estruendo judicial y la inquietud de las causas forenses, cuán al principio se hallaba despues de tantos años como habia gastado en ellas.

Acordóse vivamente de las palabras que su padre le habia dicho en la hora de la muerte, que no se apartase un punto de la fe católica.

Remordióle la conciencia de lo que habia hecho, y, reprendido de una hermana suya católica, fué por consejo suyo en casa de un sacerdote oculto, y descubriéndole la llaga de su alma, halló la medicina á su dolencia.

Confesándose con él, detestó la herejía en que habia caido, y se reconcilió con la Iglesia católica con grande consuelo de su alma, cual le tienen todos los que salen de la cautividad de Satanás á la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria.

Veinte y tres años tenia á esta sazón, cuando, mal aconsejado ó sin otro consejo más que el de su libertad y su gusto, de las letras se pasó á las armas y del estrépito judicial al estrépito militar, trocando la pluma por la espada y la guerra de los pleitos por la guerra de las armas.

Para hacerlo más libremente, pasó de Inglaterra á Holanda y asentó plaza de soldado para militar contra España; pero duró tan poco en esta milicia, que lo mismo fué comenzarla que acabarla; porque le dió tan en rostro la vida de los holandeses, y el modo de gobernarse, y la compañía de los soldados, que dentro de un mes de milicia determinó dejarla, y retirándose con sagacidad tomó el camino para el ejército de España.

Los holandeses le siguieron, y, no pudiendo alcanzarle, le dispararon escopetas para matarle, mas quiso Dios, que le guardaba para otra milicia mayor, que ninguno le acertase.

Los españoles le recibieron con mucha humanidad y gusto, y le trataron cortésmente, agasajándole y regalándole como á católico, que venia huyendo de los herejes, y como á amigo que dejaba á sus enemigos, de que siempre quedó agradecido.

Cuanto le habia desagradado el trato de los holandeses, tanto le agradó el de los españoles, pagándose mucho de su nobleza y cortesía y del honrado proceder con que todos se trataban, junto con su liberalidad y franqueza.

En particular le cautivó el corazon el culto divino y la majestad con que se celebraban las fiestas de los santos, el adorno de las iglesias, la magnificencia de los templos y la asistencia en ellos; cosa para él muy nueva y como católico muy estimada, con que se confirmó en la fe, y ordenó otro modo de vivir más concertado, y quedó igualmente afecto y agradecido á la nacion española, á la cual decia siempre que debia dos vidas, la del cuerpo, por haberle amparado, y la del alma, por haberle sacado de las herejías de Holanda.

Habiéndose reparado en los reales del ejército, salió de la primera ciudad á la corte de Bruselas.

En el camino cayó en manos de ladrones, los cuales le desnudaron y le quitaron cuanto llevaba; lances que padecen ordinariamente los que, dejando su patria, peregrinan por las extrañas.

Hallóse pobre, desnudo, solo y desconocido, y obligado á caminar descalzo, hiriéndose en las piedras y espinándose en los campos.

De esta manera entró en Bruselas, y en los primeros umbrales se encontró con un inglés católico, el cual le preguntó en su lengua cuánto dinero traía, ó ese haciendo burla de él ó lastimándose de su pobreza.

Nuestro Pedro le respondió en la lengua de su patria cómo le habían roto en el camino y dejándole pobre y maltratado.

Apénas le oyó el inglés, cuando, movido á compasión con dolor de su desgracia, le echó los brazos al cuello, y preguntándole de su patria, padres y parientes, le llevó á su casa, y le vistió, y regaló, y le aconsejó que, pues era católico, no dejase de ir á Roma á ver la corte del Papa y la grandeza de la iglesia católica, como él lo habia hecho, porque, fuera del gusto que tendria, le importaria mucho para confirmarse más en la santa fe.

Tomó su consejo Pedro, y un hábito de peregrino que le dió, y algun dinero para el camino, y comenzó su viaje; que los peregrinos toman con gusto caminar á varios reinos, como si fuera este su instituto principal.

La primera ciudad en que entró fué la de Leodio, no lejos de Bruselas; fuese luego al colegio inglés que allí tenemos, como si entrara en su patria; que hablar la misma lengua en tierra extraña es género de parentesco.

Habló con el portero, el cual le preguntó de qué tierra era, quién eran sus padres y parientes, y en nombrándolos Pedro, los conoció porque los habia visto y comunicado en Inglaterra.

Preguntóle por sus intentos y camino, y, habiéndole oído, le disuadió de ellos, dándole muchas razones para no ir á Roma en aquel tiempo, sino que, pues habia comenzado á estudiar en Inglaterra, prosiguiese en Flandes antes que entrase en mayor edad.

Pedro aprobó su consejo, y el portero le llevó al Rector, el cual hizo varias experiencias de su habilidad y entendimiento, y, hallándole bien capaz, le desnudó el hábito de peregrino y le vistió de estudiante, y dándole cartas y dinero, le envió al colegio de Gante á estudiar en nuestro colegio.

Antes de partirse, le hizo hacer una confesion general, y abjurar de nuevo herejía, y jurar la fe católica, para purificarse más de los errores pasados y fortificarse en la fe católica romana.

Hecho esto, fué á Gante, adonde fué recibido con mucha caridad de los Padres del colegio.

Estudió allí dos años letras humanas y lenguas, y se adelantó de manera que los maestros le preferían á todos sus condiscípulos, y pagados de sus buenas prendas, trataron de enviarle á Roma con otros seminaristas á estudiar Filosofía y Teología.

Estando cerca de partir, le tocó Dios el corazón y le llamó á la Compañía; y como eran conocidos sus buenos talentos, examinada su vocación y aprobada por Dios, fué recibido en la Compañía el año de 1629, siendo de veinte y cuatro años.

El gozo espiritual que tuvo el siervo de Dios cuando se vió en la Religión faltan palabras con que poderle explicar; y por el mismo tenor el aliento, resolución con que se consagró á Dios y comenzó á correr en el camino de la perfección.

Mirábase como en el puerto seguro después de un arriesgado naufragio consideraba los combates que había padecido en el mar de la herejía de Inglaterra y cuán á riesgo se había visto de anegarse; los errores que había bebido; cuán á pique estuvo de ahogarse en ellos; la merced que Dios le había hecho en sacarle con vida de tales y tan terribles peligros, trayéndole á tierra de católicos, alumbrándole con la luz de la fe católica, y, últimamente, colocándole en el seguro puerto de la Religión en compañía de tanto siervo suyo.

No cesaba de darle gracias por tan crecidas mercedes, pensando con el profeta David qué servicios retornaría á Dios por tantos y tan repetidos favores como siempre le hacía; y, no hallando de su parte cosa digna que ofrecerle, retornaba en satisfacción con el Profeta su sangre y la infinidad de sus merecimientos que supliesen su insuficiencia; que los méritos de Cristo son la satisfacción cumplida de todas nuestras obras.

Humillándose á sus piés, le pedía una gota de su preciosa sangre para satisfacer por las suyas, ofreciéndola á su Eterno Padre, y juntamente ofrecía la de sus venas para derramarla por su amor, y su vida en sacrificio agradable á su divina Majestad.

Desde luego comenzó á sacrificarse en el ara de la Religión, degollando con el cuchillo de la mortificación todos sus deseos y apetitos sensuales, y con el de la obediencia su voluntad y libertad, haciendo total renunciación de ella en la de su Superior, y la afición de todo cuanto el mundo estima con el cuchillo de la pobreza, cortando de su corazón la afición de todas las cosas criadas por ponerla toda en sólo su Criador.

De tal suerte se entregó al estudio de las virtudes religiosas, que más parecían innatas que adquiridas; tan mortificado, como si no hubiera nacido

asiones de hombre, y tan humilde y sujeto á la obediencia del Prelado como si nunca hubiera tenido libertad, sin verse jamás en él acción ó movimiento contrario á lo que le ordenaba el Superior.

Avanzando con tan ligeros pasos en el camino de la Religión, llegó presto á la cumbre de la perfección, y trocado en otro hombre, era el ejemplo de los demás.

Después de haber tomado los primeros votos é incorporado en la Religión, entró en los es-

udios, pero el suyo no era de honras ni de puestos, sino sólo del mayor servicio á Dios, con designio de volver á Inglaterra á defender la fe católica y destruir la herejía de los corazones de sus conterráneos; juzgando por larga de su el estudio dilatado de la Filosofía y la escolástica Teología, tomó el encargo de las Controversias y casos de conciencia, en que salió en poco tiempo con suficiente caudal para su intento.

Como su virtud era tan relevante y su prudencia y habilidad tan conociendo pensó pasar á Inglaterra, le ordenó la obediencia que fuese por el camino al seminario audomarense, para gobernar la juventud que allí se forma, que es el fundamento de la Religión.

La humildad le tenia tan despreciado en su concepto, que nunca se le ofrecía poder ser Superior; que los verdaderos humildes piensan esto siempre.

Como esto se le hizo tan nuevo oírse elegido para esta corta dignidad, que no le venia muy ancho este vestido y no cortado á su corta capacidad, y no sabia qué consejo tomar, porque, sino la admitia, hacia contradicción con la obediencia que se lo mandaba; y si la admitia, juzgaba que no la habia de hacer como convenia.

Después de haber consultado de ambas partes sin saberse determinar, tomó el mejor consejo, que fué comunicarlo con Dios en la oración, en la cual recibió luz para elegir lo mejor, que fué obedecer á sus Prelados, que es el camino para salvarse, y tener firme confianza en la divina Bondad, que le daría fuerzas y ayuda para hacer lo que le mandaba.

Con esta resolución rindió el cuello al yugo de la obediencia, y tomó el cargo de rector del seminario; pero no le ejerció, porque no quiso Dios más cumplimiento de su voluntad, sin darle la ejecución, como lo hizo con Abraham cuando le mandó sacrificar á su hijo Isaac, y en su lugar le mandó ofrecer una res del ganado.

Después sucedió al P. Pedro Uricto; porque, cuando queria partir á la ejecución de la obediencia, le mandó el Provincial que la dejase, y que en su lugar la hiciera por la misión castrense, asignándole para militar con los demás

en el ejército del rey, ayudando á los soldados con los ministerios espirituales en el negocio de su salvacion.

Recibió esta obediencia el obediente Padre con el mismo rendimiento que Abrahan la suya, y, sin detenerse ni alterarse, partió luego al ejército á pelear contra el infierno en defensa de las almas de sus prójimos.

La guerra de los soldados decia S. Antonio que era breve, porque, aunque estén en campaña, no siempre están peleando; pero la de los religiosos continúa desde que entran en la Religion hasta que acaban la vida.

Así podemos decir que fué la de nuestro mártir, porque entró con tal denuesto y fervor en esta guerra, que ni de dia ni de noche dejaba la espada de la mano, haciendo guerra al infierno, mortificándose á sí con rigurosas penitencias, largas vigiliass y religiosa observancia, oracion y mortificacion, que era su primer cuidado, y el que debemos tener todos, y aprovechando á los prójimos y procurando la salud de las almas.

Visitaba todos los cuarteles, predicando y enseñando la doctrina cristiana.

Predicaba contra las herejías, persuadido que en ejército tan copioso era de mucha importancia, por componerse de muchas naciones, las cuales suelen tener muchos tocados de este lacre con la vecindad y comunicacion de los herejes. No fué vano su recelo y sin fruto su trabajo, porque redujo grande número á la fe católica y los reconcilió con la Iglesia romana: hizo insignes conversiones de pecadores obstinados en sus vicios.

Compuso muchas enemistades; desterró el abuso de los juramentos; entabló algunas santas costumbres, en particular de la frecuencia de los Sacramentos, que en los ejércitos suele estar más olvidada; afervorizó la devocion de nuestra Señora y de su santo Rosario.

Visitaba los enfermos, consolándolos y curándolos sus cuerpos con medicinas y con la confesion sus almas; y él era la de todo el ejército, porque estaba todo en todo, y todo en cualquiera parte, con tan rara presteza, que ninguno le habia menester que no le hallase luego á su lado.

A todos asistia y de todos era buscado para tomar su consejo y desenmarañar sus almas; y así, era amado y estimado como Padre universal de todos; sólo de sí era desestimado, humillándose y despreciándose más, cuanto más obraba.

Siete años perseveró en esta mision con el trabajo y fruto que se ha visto en los cuales se vió muchas veces en medio de una lluvia de balas, con manifiesto riesgo de la vida, cayendo muertos unos á sus piés y otros á su lado animando intrépido á los sanos y absolviendo á los heridos de muerte, para que no perdiesen el alma con la vida, ofreciendo la suya á Dios con alegría por el bien de sus hermanos.

fama de su santidad y predicacion y de sus admirables trabajos volar la tierra, y, penetrando su patria, llegó á los oídos del marqués de n y de su mujer la marquesa, ambos católicos y grandes señores en erra, los cuales, deseando tenerle consigo así para su consuelo como l de muchos perseguidos católicos, le enviaron á llamar con encareci rtas, pidiéndole que fuese á recoger y defender aquellas ovejas descar- del rebaño del Señor.

láronle muy al corazón, porque era lo que más deseaba; y así, con la ion de su Provincial, partió á Lóndres el año de 1641, adonde fué reci- e aquellos señores con grandísimo consuelo de sus almas y no menor católicos que le deseaban.

nismo tiempo le envió nuestro General el grado de Coadjutor espiri- mado en la Compañía, que recibió, é hizo sus votos con igual agra- ento y júbilo de su alma.

años anduvo por Lóndres y su comarca disimulado en hábito seglar, da la vida á cada paso, confortando á los católicos y consolándolos, ndo y confesando á los que venían en casa del marqués, adonde les lisa y comulgaba, y otras veces en sus casas, cuando habia comodidad inistrarles los Sacramentos.

zaba á los recién nacidos y asistía á los moribundos, dándoles el sa- iático y la Extremauncion, haciendo oficio de pastor y de padre de is, hasta que llegó el año de 1648, en que, á 9 de febrerero, ejecutó ino la mayor atrocidad que se lee haber sucedido en las historias di- humanas, prendiendo, juzgando, sentenciando y ajusticiando sin jus- olicamente por mano del verdugo ordinario á su propio rey señor Cárlos.

endo maldades á maldades, renovaron cuantas leyes y decretos ha- glaterra contra los católicos, señalando rigurosos ministros que los , y atormentasen, y quitasen las vidas, y confiscasen sus haciendas, . crueldad, que vencieron á todos los tiranos antiguos que persiguie- lesia.

ve tiempo llenaron las cárceles de católicos, y, no cabiendo en ellas, on en las torres y palacios reales, confiscáronles las haciendas, ha- de ricos pobres y necesitados.

e huyeron del reino, otros se desterraron de los poblados á los pá- riendo en las selvas y montes sujetos á las inclemencias del cielo, rder el cielo entre aquellos tiranos.

s acudió nuestro P. Pedro Uricto con admirable caridad, visitando te á los encarcelados, confortándoles para padecer por Cristo, so-

corriendo á los desterrados con las limosnas que allegaba y animando á todos en aquella tempestad que combatia la nave de la Iglesia católica de Inglaterra.

Pero no quiso Dios que quien diligenciaba la corona á los demás con esfuerzo que les daba, se quedase sin ella; y así, se la labró por los medios siguientes.

Habia un apóstata en Inglaterra que, vencido con las promesas y amenazas, habia dejado la fe católica y abrazado la herejía anglicana; el cual se llamaba Tomás Gagio, hombre astuto, hablador, muy presumido y bachiller que se preciaba de docto sin serlo, y era gran lazo de Satanás.

Habló nuestro Pedro con él, como S. Pedro en Roma con Simon Magus procurando reducirle al camino verdadero de la Iglesia romana.

Aunque no se declaró del todo, le dijo que mirase cuán presto habia morir y el juicio de Dios que le esperaba, la cuenta que le habia de pedir su modo de vivir y de las obras que hacia, y cuánto le iba en salir con buena sentencia ó con mala, pues la una y la otra habian de ser para siempre, sin réplica, ni apelacion, ni mudanza.

Más fueron estas flechas que palabras que pasaron el corazon del apóstata, de que tomó sospecha de que Pedro era católico, y le anduvo á los alcances, observando á dónde entraba.

Como le vió frecuentar la casa del marqués y vió juntamente que los dias de fiesta señalados muchos la frecuentaban, confirmado en su sospecha dió cuenta á la justicia, y el dia de la Purificacion de Nuestra Señora, en que se habian juntado muchos católicos á celebrarla en el oratorio del marqués despues de haberlos confesado, vistiéndose para decir Misa, cercaron la casa magistrados y alguaciles, y entraron de improviso con grande ímpetu, y los cogieron descuidados.

El marqués salió á detenerlos, y en el ínterin el Padre se desnudó el alba que tenia vestida, y huyó por una ventana á un tejado, y se escondió en un boarda.

Pero, como entrando los ministros vieron el aparato de la Misa y la ventana abierta por donde habia salido, conocieron que allí estaba, y echaron un muchacho que le buscase, el cual le halló luego y fué preso por Cristo, y llevado por las calles con gran ruido y alboroto, y puesto en dura cárcel.

El marqués y los demás fueron maltratados y presos, pero no con tanto rigor como el sacerdote, por ser el caudillo de todos.

Habia en la cárcel otros cinco sacerdotes presos por la misma causa, despues prendieron otros dos, porque la diligencia y la sagacidad de los ministros no se descuidaba un punto, buscando á los católicos en todas partes.

diendo á cuantos sospechaban que lo eran, y no pocas veces con indinuy ligeros.

todos consoló mucho la compañía de nuestro santo mártir que, como confortaba á todos y los aliviaba sus penas con sus dulces palabras y sanversacion.

católicos seglares le visitaban disimuladamente, recibiendo saludablesos de su boca, y edificándose grandemente de su admirable constanle la alegría que mostraba en su prision, haciendo la estimacion de susis, que hizo S. Pablo de las suyas cuando se vió preso por Cristo.

lanle algunos regalos, los cuales repartia entre los presos necesitados e los sacerdotes y católicos, tomando sólo para sí el cuidado de repar-

e olvidó en la cárcel de darles tambien el pasto de sus almas, haciénláticas espirituales, confortándolos, animándolos y confesándolos conuto y consuelo de sus almas; porque, como el fuego en todas partesa, así el fuego espiritual, que arde en los corazones de los varonesicos, en todas partes calienta y afervoriza las almas.

aron grandemente los católicos, y en particular el marqués referido yer, librar á nuestro mártir de la cárcel, para lo cual hicieron apretadíiligencias, ofreciendo grande suma de oro y plata en su rescate, y tuen buen punto su libertad; pero la infidelidad de los ministros, que no plieron su palabra, frustró los buenos intentos; que quien es infiel para s, no es fiel para con los hombres, y quien lo es para con Dios, lo es para con todos.

ya que no pudieron conseguir su libertad, alcanzaron á precio de diie se la diesen, con seguras fianzas y mucho secreto, para salir algu s en fiestas principales en casa de los embajadores de España y Porlonde dijo Misa, y confesó, y comulgó á los católicos, y les hizo pláirituales con júbilo y fruto de sus almas; y, despidiéndose de todosas lágrimas, se volvió á la cárcel, adonde sabia de cierto que se le la corona deseada.

descuidaba en este tiempo el malvado apóstata Tomás Gagio, que e católico se habia trocado en perseguidor de los católicos.

ego cuenta al prefecto de Lóndres, que se llamaba Rolesio, de la inision que por su medio se habia hecho, acriminando el delito, y alaso levantando hasta las nubes el servicio que habia hecho á la rede Lóndres y á todo el reino, poniendo en sus manos un hombreeroso y tan pernicioso á todos.

alir más con su intento y ganar la gracia de los senadores y del pue-

blo, se halló con otros dos, á quien llevó bien industriados, en el tribunal de prefecto, cuando sacó al mártir á su audiencia, y atestiguó con ellos que habia visto decir Misa en Flandes, y oido predicar á los católicos, y que era jesuita, y habia venido á destruir la religion anglicana y fomentar la de los papistas á Inglaterra.

Preguntando el santo mártir si eran verdaderas estas acusaciones, aunque pudiera desvanecerlas por no tener más probanza, que los dichos de sus enemigos; pero, como no deseaba la vida sino la muerte por Cristo, confesó plano que todo era verdad, y que se preciaba de ello, y era su mayor blasfemia, y que como tal confirmaria.

No fué necesaria más probanza, porque con sola esta confesion le condenaron luego á muerte de horca, y hacerle cuartos, y ponerlos en lugares públicos para escarmiento de todos.

Cuando le notificaron esta cruel sentencia, estuvo con sereno semblante los ojos clavados en el cielo, y respondió estas palabras: *Nunc ergo, Omnipotens Deus, sit Sanctissimum nomen tuum benedictum in aeternum*. Sea, Omnipotente Dios, bendito tu santísimo nombre para siempre; y sin hablar más palabra con los hombres, se quedó á solas con Dios, dándole muchas gracias por la merced que le hacía, ofreciéndole su vida y pidiéndole gracia para morir santamente.

Aunque su vida era tan inculpable y apostólica como se ha referido, tomaron los dias que le dieron de treguas para disponerse despacio para la muerte.

Preparóse con mucha oracion, silencio, mortificacion y penitencia, y con una confesion general de toda su vida, que hizo con uno de los sacerdotes que estaban presos.

Era Provincial de la Compañía en aquel reino el P. Francisco Forstero, á quien, deseando ayudarle y consolarle en la manera que pudiese, le envió un Padre muy sagaz é inteligente para que le hablase de su parte y le esforzase en su muerte.

El Padre tuvo modo para entrar en la cárcel y estar con él á solas, que fué para el P. Pedro de grandísimo consuelo y no de menor para el Padre Provincial, por verle no sólo conforme con la voluntad de Dios, sino tan esforzado y alegre, que repetia sin cesar las palabras de San Pablo: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*: Hállome consoladísimo y bañado en un mar de gozo y de consuelo en toda mi tribulacion que así consuela Dios á los que de corazon padecen por su amor.

Por los ojos y boca vertia el que tenia en el corazon, de tal suerte, que llevando el compañero y los católicos su muerte, él los consolaba á todos, porque tenia gozo para sí y consuelo que repartir á todos del que vertia su corazon.

óse el día de Pentecostés, que fué el 29 de mayo, en que había de ser zado, y dió muchas gracias á Dios, porque, estando presos en la cárcel sacerdotes, él era el preferido entre todos para ofrecerle aquel día en su vida en tan gran festividad.

licó á Dios afectuosamente que, pues en tal día como aquel había en su Santo Espíritu sobre los Apóstoles, le enviase también sobre él y toda la Iglesia, y en particular sobre los fieles de Inglaterra, que los nase y fortaleciese en la fe, y sobre los infieles, y los que le daban la , para que les diese luz y sabiduría para conocer sus errores y abrazar ladera fe.

ronle en la forma ordinaria sobre una estera, y por diligencia de alcáticos devotos, le pusieron una como almohada en que reclinase la y parte del cuerpo.

an de la estera los caballos á la voz del pregonero, y, para mayor sacaron con él dos reos facinerosos condenados á muerte, como lo los judíos con Jesucristo, para que le pareciese en esto como en la d de ofrecerse á Dios en agradable sacrificio.

s de pasar adelante, no quiero dejar en olvido lo que le sucedió á una natrona católica, que tuvo orden para visitarle en la cárcel y recibir icion días antes de su muerte, á quien dió el santo mártir una estam- vacimiento de Cristo, que recibió y guardó como preciosa reliquia. s los días rezaba á Cristo y á su Santísima Madre delante de ella por ; y acercándose el día de su muerte la vió matizada con gotas de san- quella parte, á cuyas espaldas estaba escrito el nombre del P. Pedro. rada de este prodigio, llamó á su familia, y todos vieron lo mismo y ron que sin duda se llegaba el día de su santa muerte, la cual publi- cielo con esta maravilla.

ir de la cárcel, llegó un sacerdote amigo suyo en hábito de hombre. los que ganan su vida á llevar cargas en el pueblo, y le tomó la i recelo de las guardas y alguaciles, y, como diciéndole otra cosa, le ó al oído y le absolvió con grande gozo suyo.

le todo el camino, estando siempre á la mira; y cuando llegaron á la dió la mano para levantarse de la estera, y le habló amigablemente secreto, y dió señas para que mirase á muchos católicos que se ha- esentes para encomendarle á Dios, que era levantar las manos al a que les diese su bendición.

ra el P. Odoardo Lactomo, íntimo amigo y compañero suyo, que lo la muerte, y se hablaron y despidieron caritativamente con los ojos azones en aquel artículo, en que volvió á reconciliarse.

Subió luego al carro que le tenían prevenido, y delante de todo el pueblo que su historiador afirma pasaba de veinte mil personas, le habló en voz alta el prefecto, y le dijo:

«¿Por qué, Pedro Uricto, quereis malograr vuestra vida en la flor de vuestra edad? Aún teneis tiempo para lograrla y no deshonorar vuestro linaje. Ofrezco de parte del Senado que, si abjurais la religion de los papistas y hacéis el juramento de fidelidad al rey de Inglaterra y á su Senado, que gobierna, como le hacen todos los leales; os perdonarán los crímenes que habéis cometido, y os concederán la vida, y os honrarán como á fiel vasallo suyo.»

«¿Decíslo de veras?» respondió el mártir: y el ministro: «De veras y me lo digo, y pongo á todo el mundo por testigo.»

«Pues yo le pongo tambien, dijo el fidelísimo predicador de Cristo, que si mil vidas tuviera, las ofreciera gustosísimamente, como ofrezco la que tengo por la santa fe católica romana, que es la cierta y verdadera, sin la cual ninguno puede salvarse; y renuncio cuantas honras me puede dar el Senado por esta honra, que es la firme y verdadera.»

Oido esto, se retiró el ministro, y el mártir vuelto al pueblo le habló de esta manera:

«Sabed, varones que me oís, que el crimen por el que soy condenado á muerte que mirais, no es otro más que por ser sacerdote católico, religioso de la Compañía de Jesus, que comunmente llamais jesuitas, y por haber venido á Inglaterra á enseñar y predicar la verdadera fe católica romana, para la cual no hay salvacion, de que siempre me he preciado y me precio ahora.

»Doy mil gracias á la divina Majestad, que me ha hecho esta merced que muera por defender esta verdad.

»A todos los católicos que me oyen pido que me encomienden á Dios, y yo les ofrezco de pagarles con mis oraciones, cuando me vea, como es debido en su santa gloria.

»Tambien ruego á Dios por este reino y por los que me han condenado, que les dé luz para conocer y confesar esta verdad, y les perdone como yo los perdono de todo mi corazón.»

En diciendo esto alzaron las manos los católicos, y el mártir como ellos les dió su bendicion.

Pusieronle al cuello la soga que pendia de la horca, y de esta manera estuvo media hora en oracion cerrados los ojos.

En el ínterin que ahorcaban á los dos malhechores y á tres mujeres por atroces delitos, echó á su amigo el sacerdote que le habia reconciliado, un paño con que se limpió el sudor, el cual recibió como preciosa reliquia.

mbien guardó las ligaduras con que habia ido atado en la estera, y las
ió despues entre los católicos con grande estimacion.

aron el carro, y el santo mártir quedó pendiente de la horca, el rostro
y sin alguna fealdad; y aunque á los demás, en cayendo, medio vivos,
rian el pecho y les sacaban el corazon, diciendo el verdugo que era de
idor, y con las entrañas lo echaban en el fuego; tuvieron tal respeto á
ervo de Dios, que no llegó á él en casi media hora, hasta pasado tiem-
spues que espiró.

ucedió una cosa muy notada de todos y estimada de los católicos, y
e vino una ave hermosa, á vista de toda aquella muchedumbre de gente
halló presente, y, revoloteando, se puso sobre la cabeza del mártir, le-
dose y volando varias veces por lo alto y lo bajo alrededor, sin hacer
á otro de los ajusticiados, la cual tuvieron por símbolo de su dichosa
que como paloma sin hiel, en saliendo del cuerpo, habia volado al cielo.
nariscal de Lóndres dijo en alta voz que, si los católicos querian su
, viniesen por él antes que le hiciesen cuartos y le pusiesen en
públicas, porque se le daria francamente; pero recelándose con razon
e traza para cogerlos en el lazo con el cebo de aquella reliquia, como
tumbran los herejes, ninguno se movió á pedirle.

el marqués en cuya casa le prendieron, que le amaba tiernamente y
ó presente, tuvo traza como comprar del verdugo su cuerpo hecho
y llevarle con los otros católicos á decente sepultura.

aláronse con aquella santa reliquia, derramando tiernas lágrimas y be-
i con grandísimo amor y reverencia.

uerte fué en domingo, dia de Pascua del Espíritu Santo, á veinte y nue-
nayo de mil y seiscientos y cincuenta y un años, teniendo cuarenta y
edad y veinte y dos de Compañía.

mas cosas sucedieron despues de su gloriosa muerte que no es justo
r en silencio.

fué, que echando el verdugo las entrañas en el fuego, quedó en medio
lomas el corazon entero, aunque herido y maltratado, el cual sacaron
laron los católicos como cosa milagrosa y obra de la mano del Altísi-
e no permitió consumiese el fuego material el corazon prevenido con
del Espíritu divino.

fué, que sus reliquias exhalaban por mucho tiempo un olor celestial,
reaba á los fieles y admiraba á los infieles que se acercaban á su se-
dando Dios á entender la grandeza de sus merecimientos, el estado
loria y que aquel olor fragante era sellado testimonio de que habia
su vida suave olor de Cristo con su doctrina y virtudes.

Júntese á estas dos maravillas otro hecho, en que el Redentor del mundo le hizo semejante á sí, no sólo (como dijimos) sacándole á ajusticiar entre dos ladrones, sino ahorcándose tambien, como Judas, el mozo que le buscó y le entregó á la justicia, el cual, como Judas, hurtó á su señor cantidad de dineros, y hallándose, buscado y perseguido, sin consejo ni remedio humano, se echó un lazo al cuello, y acabó desesperado su miserable vida, para comenzar la eterna en el infierno.

La cuarta y de mayor estimacion es que, así como Cristo con el ejemplo de su muerte no sólo convirtió á uno de los ladrones crucificado en su compañía, sino á otros muchos, de quien dice S. Lucas, cap. XXIII: *Revertébantur percutientes pectora sua*, que volvian á sus casas compungidos y contritos, hiriendo sus pechos, como personas convertidas al amor y fe de Cristo; de la misma manera sucedió en la muerte de este siervo de Dios, que muchos infieles herejes y enemigos de la fe católica que se hallaron presentes, vista su admirable constancia y el valor y alegría con que dió la vida por la fe de Cristo, se persuadieron que sin duda era la verdadera la que varon tan santo profesaba, y falsa la de Inglaterra; y abjurando esta, abrazaron la nuestra, y se convirtieron y reconciliaron con la Iglesia.

Entre los cuales fueron un varon de alta sangre, muy rico y poderoso, y otra señora de igual nobleza que habia muchos dias vacilaba en su vocacion, y viendo la constancia y alegría del santo mártir, desechó todas sus dudas y abrazó la fe católica.

Lo mismo y con el mismo motivo hicieron diez y siete varones ingleses, los cuales se desterraron voluntariamente de su tierra y se vinieron á Amberes á vivir católicos entre católicos con seguridad de sus almas, envidiosos de la dicha de nuestro mártir y movidos con su ejemplo á mudar de religion y de vida.

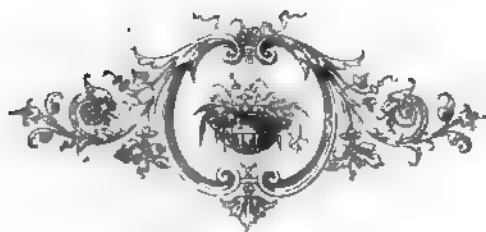
La opinion que tuvo de santidad, de sabiduría, de prudencia, de valor y constancia, de paciencia y sufrimiento, y celo de la salvacion de las almas, fué tal en todo el reino, que no sólo los católicos, sino tambien los mismos herejes la ensalzaban hasta el cielo, llamándole varon pio, modesto, celoso de la gloria de Dios, incansable en su servicio, caritativo para con todos, magnánimo, pacífico y abrasado en el amor divino.

Entre ellos, un hereje que tiene opinion de sabio, ha sacado en Lóndres un libro cuyo título es: *Moderator christianus*, el Gobernador cristiano, adonde pone un largo elogio de nuestro mártir, que trae á la letra el P. Juan Nadaso al fin de su vida.

En él cuenta su martirio y la constancia y alegría con que dió la vida por Cristo, ponderando su inculpable vida, sus heróicas obras y santas costum-

que, por ser de contraria religion, es de mayor estima y testimonio mayor de su santidad, pues la confiesan y publican sus propios enemigos. sacerdote católico inglés de mucha autoridad, que se llamaba D. Chescribió una larga carta al P. Francisco Forstero, Provincial nuestro de esta, en que refiere con mucha puntualidad y algunos elogios su vida y su muerte, como testigo de vista, la cual trae tambien el sobredicho autor, y la dicho Provincial escribió al P. Prepósito General de la Compañía, las cuales se podrán ver en el dicho autor, de quien se ha sacado lo aquí referido. Los gracias á Dios por la merced que hizo á este su siervo en darle valentia para padecer tan glorioso martirio por su amor, y por las virtudes de que le dotó; y pidamos á su divina Majestad que nos permita para imitarle hasta llegar en su compañía á gozar de su eterna Gloria. Amen.

P. ANDRADE.



CERDEÑA



P. PEDRO ESPIGA

I

A vida del caritativo P. Pedro Espiga escribió el P. Antioco Carta, Rector del colegio de Cáller, y es de esta manera.

ació este gran Padre de pobres el año del Señor de mil y quinientos y te y siete en la ciudad de Cáller, del reino de Cerdeña, de padres honra- y de mucha cristiandad, llamados Antiogo Espiga y Antioga Félix, la lo fué en todos sus hijos, y mucho más en el P. Pedro, que desde niño, o el buen día desde la mañana, dió muestra clara de lo que había de ser, mo buena fruta, comenzó á declarar de cuán buenos árboles había nacido. z su padre en particular se sabe por cosa cierta que era hombre muy ado y muy dado á toda piedad y devocion cristiana.

nia por costumbre cada día ponerse de rodillas delante de alguna devota en de Cristo nuestro Bien ó de su Santísima Madre luego que volvía de egocios, porque era mercader, y antes de ponerse á comer, rezaba el Ofi- e la Virgen muy despacio y con tanto gusto espiritual, que se olvidaba comida corporal, de modo que era menester llamarle de ordinario una y as veces; y así, le solía decir su mujer que aquella vida más era de reli- que de padre de familias, y que para hacerla se podía entrar en alguna ion.

vieron estos dos buenos casados dos hijas y cinco hijos: el postrero fué o Pedro, el cual salió á luz de las entrañas de su madre tan flaco y des- ido, que hasta los siete años no pudo asentar el pié en tierra para andar s; y así, fué flaco, menudo y de pequeño cuerpo toda su vida, aunque o y fervoroso natural.

ados los siete años de la niñez, viéndole sus padres con más salud y s, comenzaron de propósito á cuidar de su buena educacion en toda ndad y virtud, y diéronle maestro que le enseñase á leer y escribir.

ndole capaz para estudiar la grámatica, le aplicaron á ella, y en breve

tiempo se vió en él el provecho que sus padres deseaban, para lo cual ayudaba mucho la grande aplicacion que tenia al estudio y ser de bueno y vivo ingenio, y, sobre todo, muy apartado de todas las cosas que suelen distraer á los mozos.

Aborrecia grandemente la familiaridad de compañeros y amigos distraídos huyendo de ellos como de gente apestada, con tanto recogimiento y silencio, que admiraba á todos, dando bien á entender desde entónces lo que después fué.

Habiendo aprovechado bien en las letras humanas, le pareció á su padre que le podia ayudar en sus tratos y negocios de mercader; y así, le quitó de estudio y le puso en una tienda suya, enseñándole cómo habia de vender las cosas y el precio de ellas.

Comenzó este ejercicio nuestro Pedro obedeciendo á su padre; pero, como la Majestad divina le tenia escogido para otro ejercicio más alto y empleo más noble; con su eterna providencia y consejo no permitió que gastase mucho tiempo en la tienda, y la causa fué una que declara bien la bondad y piedad de nuestro Pedro.

Habíale señalado su padre en la tienda el precio de cada cosa de por sí, porque los compradores le decian que era muy subido y que no valia tanto dábaselo al precio que ellos decian.

Mas riñéndole su padre porque contra su voluntad y en daño de su hacienda hacia aquello, respondia que por compasion que tenia de los compradores que ordinariamente solian ser pobres, bajaba el precio del punto señalado.

Viendo esto su padre le quitó de la tienda y le volvió á los estudios con determinacion de hacerle proseguir hasta la sagrada Teología, y de llevarlo por la Iglesia segun su buena inclinacion.

Para poder oir un curso de Artes, le embarcó para España, donde en la Universidad de Valencia oyó la Filosofía con satisfaccion y provecho.

Determinó después irse á París de Francia, para oir en aquella insign Universidad la sagrada Teologia y hacerse doctor en ella.

De esta su determinacion dió cuenta á los suyos por cartas, en las cuales daba bien á entender cómo Dios nuestro Señor le tenia desde entónces prevenido con las bendiciones de sus dulzuras, exhortando á los de su casa con grande afecto á la leccion de los libros espirituales, enviándoles juntamente semejantes libros, como fueron las *Confesiones del glorioso P. S. Agustin*, de quien fué siempre devotísimo, como tambien lo fué mucho del seráfico Padre S. Francisco en aquel su grande desprecio del mundo y de sí mismo.

Y aunque es verdad que la causa principal que movió á Pedro á dejar la Universidad de Valencia é irse á estudiar la Teología á París fué que entón-

es era la Universidad más célebre del mundo; pero más fué traza y consejo de Dios que le tenia escogido para la Compañía de Jesus, y así, le llevó primero á París, para de allí llevarle con mayor facilidad á Lovayna, donde tuése la ocasion que tuvo de tratar con los de la Compañía y aficionarse á su instituto, hasta que, menospreciando cuanto el mundo le ofrecia, se consagró Dios en él.

Llegó, pues, á París el año de mil y quinientos y cincuenta y uno. Apenas hubo comenzado á oír la sagrada Teología en la Sorbona, cuando le fué forso salir de todas las tierras sujetas á la corona de Francia por edicto que publicó el rey Francisco, que á la sazón rompió guerra con el emperador Carlos V, mandando que los vasallos del emperador saliesen de su reino.

Así parece le llevó Dios apriesa al lugar donde habia determinado llevarle para sí, comenzando desde entónces á ejercitarle en trabajos y pelis de largos y dificultosos eaminos.

Partió de París en compañía de otros estudiantes españoles y fuése con los á los Estados de Flandes con intento de proseguir allí sus estudios de ología en la Universidad de Lovayna, y de tomar en ella el grado de Doctor, y volverse á su tierra, donde los deudos y parientes le importunaban con las que procurase cuanto más presto pudiese volver á su casa, para mirar cosas y darles asiento.

Peró de lo que ménos cuidaba Pedro en este tiempo era eso; porque, estando puesto en sus estudios y en ejercicios de virtudes, no se acordaba patria, ni de deudos, ni amigos, ni de cuanto el mundo le ponía delante.

Todo su cuidado era saber de su Criador y Señor qué queria de él, dando con S. Pablo: *Domine, quid me vis facere?* que le enseñase el estado manera de vida en que se queria servir de él, para lo cual se disponia con ion de libros devotos, mucha oracion y frecuencia de sacramentos, dando buen ejemplo á sus condiscípulos y á la gente con quien trataba, que os le tenian por un grande siervo de Dios y varon santo.

II

Entra en la Compañía de Jesus en Lovayna y vuelve á Cáller.

oco tiempo despues de llegado á Lovayna, comenzó á tratar de dar libelo epudio al mundo; porque en el mismo año de mil y quinientos y cincuen- uno en que llegó, se determinó de entrar en la Compañía de Jesus con tan de impulso divino, que no paró hasta que le recibieron, venciendo todas dificultades que se le ofrecieron, y en particular una que fué necesario

consultarla con nuestro Santo P. Ignacio en Roma y aguardar su respuesta.

Porque, reparando los Padres del colegio de Lovayna en la pequeña estatura de cuerpo de Pedro, porque era muy notable, enviaron la medida á nuestro Santo Padre pidiéndole su parecer y resolucion, el cual ordenó fuese luego recibido sin reparar en la pequeñez del cuerpo, conociendo sin duda con luz del cielo la grandeza del ánimo que estaba encerrada en aquel pequeño cuerpo para empresas grandiosas en la milicia religiosa, como de hecho las obró este varon de Dios despues que fué recibido en la Compañía.

Comenzó luego su probacion con tanto fervor, que parecia bien que el Señor le habia llamado para comunicársele extraordinariamente, como se echa de ver de un caso que le aconteció muy á los principios de su entrada.

Estaba en la cocina sirviendo de ayudante al cocinero para limpiar las ollas y los platos con mucho gusto suyo, y bien sin pensar en ello le dieron cartas de los suyos, que desde Cáller le escribian, pidiéndole encarecidamente y rogándole que tomase el grado de Doctor luego y se volviese á su casa, donde le aguardaban con grande deseo y cuidado.

En leyendo estas cartas, levantó el corazon á Dios dándole gracias de haberle librado de las vanidades y locuras del mundo, y héchole pisar todas sus honras y esperanzas; y fué tan grande y extraordinario el consuelo y regalo del cielo que sintió su alma en esta ocasion de verse libre de las pretensiones mundanas, que toda su vida lo tuvo impreso en la memoria, como despues lo decia.

Acabado el tiempo de probacion con mucha satisfaccion de la Religion, le dieron los votos acostumbrados; y, porque era ya de edad, le hicieron estudiar hasta cumplir tres años de Teología, despues de los cuales fué ordenado de sacerdote; y así, comenzó á hacer oficio de operario con tanto fervor y celo de las almas, que admiraba á todos.

Y por estar en aquel tiempo el emperador Cárlos V en aquellos Estados, fué necesario emplearse el P. Pedro en acudir á la nacion española, enseñándoles el camino del cielo con sus pláticas y exhortaciones, oyéndoles de confesion sin cansarse, y acudiéndoles en todas las necesidades como si fuera padre de todos, y muy en particular á los enfermos de los hospitales, sirviéndoles y procurándoles los regalos que podia, y cuidando que fuesen bien servidos.

Con el mismo celo acudió á los encarcelados y procuraba su remedio primero en el alma, confesándolos enseñándolos las cosas necesarias de nuestra santa fe incansablemente, ayudándolos con los jueces y procurando limosnas con que fuesen sustentados los que eran pobres, reconociendo en ellos á Cristo Señor nuestro como en su imágen, y entendiendo que lo que hacia por su prójimo, lo recibia el Señor por hecho á su misma persona.

tuvo tan grande el afecto que este siervo de Dios tuvo á los pobres enfermos toda la vida, que no sabia hacer otra cosa sino buscar nuevas invenciones y trazas cómo fuesen todos socorridos; no sólomente los de los hospitales y cárceles, pero aún los de la ciudad donde estaba los procuraba saber, y ninguno dejaba sin consuelo espiritual y refrigerio corporal.

Y su bienaventuranza tenia puesta en este santo ejercicio; y así, solia á menudo aquello del santo rey David: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus.*

Y estos santos ejercicios vino á ser tan conocido y estimado de la nacion catalana, que todos decian de él á voces que era santo.

Oyó esta noticia hasta los de la casa del emperador, y algunos ministros reales, que le trataron y conocieron su santa vida, le ofrecieron grandes favores para cualquier prelación, si quisiera valerse de ellos, y de hecho le concedieron con el arzobispado de Oristan, en Cerdeña su patria, asegurándole que para alcanzarlo no querian sino su consentimiento y gusto.

Pero el humilde Padre llevó mal esta plática, mostrando bien cuán de cohabia dejado el mundo y sus honras, y cuánto le agradaba la eleccion que habia hecho con la gracia divina de vivir humilde y menospreciado en el servicio de Dios, huyendo de las mitras y dignidades que otros con tantas ansias buscan y procuran toda la vida, como si de ellas dependiese su salvación eterna.

Y por los muchos trabajos y con los recios frios de Flandes se le iba á nuestro monje menoscabando la salud, y, por ser él de flaca y delicada complexion y haberse criado en aires muy templados, como son los de Cáller su patria, se iba debilitando por los hielos de aquellos países septentrionales medio tullido todo un año, y en peligro de perder la vida, sino salia de ellos.

Y determinaron los Superiores, no sin providencia del cielo, enviarle desde Flandes á Cerdeña, para que cobrase la salud, y con su santa vida y predicación diese noticia de la Compañía, y moviese los ánimos de sus naturales, á abrazarla y pedirla.

Fue así, que viendo el virrey, y Arzobispo, y toda la nobleza de Cáller, el gran provecho que el varon de Dios hacia con sus sermones y confesiones en la ciudad, se movieron muchísimo y escribieron con el mismo Padre los Superiores de la Compañía, que á la sazón eran el P. Diego Lainez General en Roma, y el P. Francisco de Borja Comisario general en las provincias de España, pidiéndoles encarecidamente mandasen enviar otros de la Compañía que ayudasen al P. Pedro á cultivar aquella viña del Señor, que estaba muy buena de semejante cultura, como veremos adelante, cuando diremos el modo con que Dios facilitó la entrada de la Compañía en Cerdeña,

y el estado en que la hallaron los primeros Padres que entraron en ella

Teniendo, pues, la licencia del P. General el P. Adriano de Adrianis, Rector del colegio de Lovayna, para que dejase ir á su tierra al P. Pedro, le envió solo como peregrino, conociendo su mucha virtud y religion.

Gustó tanto de esto el fervoroso Padre, que todo el camino de Flandes á Italia hizo á pié, pidiendo de limosna el sustento y padeciendo grandes incomodidades y trabajos con su poca salud y achaques.

Todo lo vencía el fervor de espíritu con que cumplía su obediencia, derramando por todos los lugares donde pasaba el buen olor de vida y costumbres, que suelen los santos y amigos de Dios, con su vista de varon apostólico y con el trato continuo de las cosas del cielo.

Entrando por Italia, la fué atravesando asimismo á pié, y mendigando como pobre hasta llegar al puerto en donde se había de embarcar, que fué el puerto de Liorno, en una de dos naves que partían para la ciudad de Cáller.

Fué cosa rara, que estando perplejos dos doctores naturales de Cáller que habían de venir con el Padre, cuál de las dos naves habían de escoger para asegurar su embarcacion, y no acabándose de determinar entre sí, acordaron de dejar el negocio en manos del P. Pedro, y que la que él escogiese, en esa entrarían.

El Padre, haciendo la señal de la santa cruz y levantando un poco el corazón á Dios, escogió de las dos naves la que era vieja y carcomida, y dejó la otra que era nueva y fuerte.

No lo hizo sin luz del cielo, como lo declaró bien el suceso; porque la nave nueva y recia se perdió en una grande tempestad, y la vieja y carcomida, que escogió el siervo de Dios, se libró de la furia de la mar y llegó segura al puerto.

Comenzó en la nave á tratar de Dios con los pasajeros y marineros, y enseñar á todos con su ejemplo y con sus palabras el temor santo del Señor y la guarda de su divina ley y mandamientos, con tanta prudencia y fervor de espíritu, que en poco tiempo los compuso á todos, desterrando los abusos y libertades de hablar palabras feas y torpes, de decir blasfemias, de jurar temerariamente y sin verdad, y de echarse los unos á los otros maldiciones.

Reformó de tal manera á todos, que parecía la nave casa de religiosos observantes. Ni solamente mostró en esto su santidad y bondad el P. Pedro en el tiempo de su navegacion, ó por mejor decir, la declaró Dios á los que iban con él, sino tambien en el caso siguiente.

Y fué que se levantaron vientos tan contrarios, que no sólo les impedían el viaje, pero llevaban la nave á dar en manos de corsarios franceses, que con una buena armada infestaban aquellos mares, haciendo mucho daño en los de la nacion española, por la guerra rompida entre los reyes de Francia y España.

é tan terrible y pertinaz la tempestad y contraste de vientos, que espantado el capitan de la nave, pensó habia dentro de ella algun grande pecador omulgado, por cuyos pecados Dios castigaba á todos; de lo cual tomó con el fervoroso Padre de exhortar á todos á la sagrada confesion, la cual con todos luego con el mismo Padre, añadiendo todos juntos otras mueraciones y promesas. Pero viendo el siervo de Dios que aún duraba la de la tempestad, se retiró solo á un retrete y se dió una buena y recia oración, rogando al Señor los librase de aquel grande peligro, y luego con la tempestad, y, prosiguiendo su navegacion, llegaron al puerto de

En esta nuestra peregrina muy pobre de vestidos, y para que pudiese descenderse con hábito sacerdotal, le envió una sotana y manteo viejo. Desposna el Dr. Antonio Nin, Canónigo de Cáller, que despues fué de Alguer, y conocia bien al P. Espiga, estimándole por su santidad y oración.

La limosna recibió de muy buena gana el que era tan amigo de la pobreza, y lo estimó mucho por venirle sin haberla él pedido ni pro-

de mucha edificacion que, teniendo en la dicha ciudad muchos devotos, en particular un hermano suyo mayor, Dean de la santa iglesia de que estaba en Cáller con muy buena casa, y hacienda, y grande voluntad acudir á las necesidades de su hermano y hospedarle y regalarle; con lo nunca se pudo acabar con él que fuese á su casa ni á la de otro parientes, por más que se lo rogaron todos é importunaron, porque delante que les iba su reputacion y que les afrentaba en hacer lo contrario.

En la nave se fué derecho al hospital de S. Antonio, donde fué recibido como uno de los demás pobres, holgándose más de esto, que de las regaladas comidas y camas de sus parientes, de los cuales en ninguna cosa se servir para su persona, teniendo por suma gloria pedir antes su comida por de Dios á los extraños, que recibirla ofrecida de los suyos.

En el P. Pedro á desembarcar derecho de Liorno en el puerto de Cáller le mil y quinientos y cincuenta y siete, á los catorce de mayo; aunque dicen que desembarcó en Posada, tierra ciento y treinta millas más que desde allí vino á pié por tierra hasta Cáller.

Pudo ser que la nave hubiese antes llegado á Posada y despues vino á Cáller, como vino; pero que el P. Espiga vino con ella á Cáller y desembarcó en su puerto, no tiene duda, por haberlo afirmado testigos

III

Los empleos del P. Pedro en el hospital y ciudad de Cáller luego que llegó.

Fué el P. Pedro Espiga el primero de la Compañía de Jesus que entró en la Isla de Cerdeña, y que, como nuevo apóstol enviado desde Flandes, dió noticia de su Religion en su misma patria, que por estar muy en sus principios aún, no habia conocimiento de ella ni de sus buenos y provechosos ministerios.

Dió tales muestras de fervor y celo nuestro P. Pedro, que en pocos dias echó de ver la ciudad de Cáller lo mucho que Dios nuestro Señor habia obrado en bien de todos, por medio de los de la nueva Compañía de Jesus.

Aposentando en el hospital, como hemos dicho, comenzó á cuidar de los enfermos en las almas y en los cuerpos, con tanta diligencia, que admiró á todos los ciudadanos; porque, como verdadero hijo de San Ignacio, quiso comenzar los principios de su obra y edificio espiritual que habia de levantar en Cerdeña, de los profundos cimientos de la humildad.

Servia á todos los enfermos y sanos del hospital no sólo de confesor y Padre espiritual, enseñándoles la doctrina cristiana y el modo de saberse confesar bien y á menudo, y la devocion de frecuentar la sagrada Comunión, pero aún de enfermero, ocupándose de propósito en servir á todos los enfermos, haciéndoles las camas, barriéndoles los aposentos, limpiándoles los vasos más inmundos, dándoles de comer, consolándolos como un ángel del cielo y procurando que se les acudiese con las cosas necesarias de medicinas, medicinas y regalos, en todo lo cual habia grande descuido y falta notable de buen gobierno por culpa de los ministros, de modo que muchos murieron sin confesion.

Mas fué el siervo del Señor poderoso para que todo se remediase con su autoridad, que con estos santos empleos de varon de Dios la ganó tan grande con el virrey, Arzobispo y consellers de la ciudad, que todos dependian de su consejo y le consultaban las cosas tocantes al bien de sus almas.

El virrey D. Alvaro de Madrigal y todo lo granado de la ciudad le tomaron por su confesor, mirándole todos como á varon santo, honrándole y reverenciándole tanto, que el mismo Padre se corria y afligia mucho por su humildad.

Viendo estos señores lo mucho que se servia Dios del P. Pedro en la reformation del hospital, le importunaron se encargase de su gobierno total, para que mejor le pusiese en orden.

lo hizo con más ánimo y celo, que con fuerzas corporales, porque á todos los de la ciudad las habia menester tres dobladas.

Aun así, no le faltaron, porque la caridad que le movia á tan santas acciones vencia todas las dificultades y daba fuerzas para llevar todo el cargo del hospital en lo espiritual y temporal, y acudir á predicar muchísimo en varios puestos, á oír las confesiones de muchísima gente, no sólo los encarcelados y los demás enfermos de la ciudad, que parecia poder un hombre solo y flaco llevar tanto trabajo.

El siervo de Dios el aparejo grande que habia en las almas para los oficios y ministerios de la Compañía, y que él, aunque se dividiera en tantas cosas era imposible poder acudir á todos; escribió al P. Diego Lainez, General de la Compañía, dándole razon de todo lo que hacia y pidiéndole grande instancia le enviase otros compañeros, ofreciéndose él á sustituir la limosna y declarándole la grande disposicion que hallaba en la reformation de las costumbres y vidas, y estampar en sus conductos todo género de piedad y virtud cristiana.

Acababa humildemente en una carta por las entrañas de Cristo Señor nuestro no dilatase el enviarle el socorro que le pedia de algunos Padres, con estas palabras: «Pienso que nuestro Señor me ha enviado á ende-
car para los santos que vendrán de la Compañía.»

Se contentó el fervor del P. Pedro con haberlo escrito una y mandarlo al Padre General, y rogado instantemente el cumplimiento de este deseo lo que procuró que hiciesen lo mismo las personas más graves del reino de los cuales fué D. Pedro Clavero, Visitador que á la sazón era uno de los ministros reales, enviado por el rey D. Felipe II, de feliz memoria, y el virrey D. Alvaro de Madrigal, caballero de mucha cris-

to que venia este socorro y ayuda de compañeros, el P. Pedro, para todo trabajo alguno, acudia á todas las partes á predicar, á confesar enfermos, á enseñar la doctrina cristiana, á buscar limosna para los necesitados, á cuidar de los de la cárcel, á pacificar los enemistados y á hacer observar la observancia á ciertas monjas bien relajadas entónces, y á hacer remedio de los vicios y pecados que reinaban en la ciudad, con grandísimo amor de las almas en lo espiritual y remedio de los cuerpos en lo temporal con tanta prudencia y fervor, que tenia admirados á todos, y los movia á desear la Compañía en su ciudad y procurarla con los medios posibles, como lo hicieron luego de la manera que despues diremos. Después de un año que el siervo de Dios estuvo en el hospital, le mandaron y puso otro en el gobierno espiritual y temporal, y aún la ha-

bitacion y casa procuró que fuese más ancha con nuevo edificio y para más comodidad de los enfermos.

Dejándole bien proveido de personas que le gobernasen, se salió y mudó habitacion, para poder mejor acudir á otras necesidades espirituales que le estaban aguardando y como dando voces de todas partes de la ciudad.

Y por estar dentro del castillo de Cáller lo más lucido y granada ciudad, y ser ya el P. Espiga confesor del virrey con todos los de su corte y de otra mucha gente, así principal como ordinaria, se fué á vivir en el castillo.

Mas, con tener dentro de él deudos muy principales que le pretendían en sus casas, nunca se pudo acabar con él que fuese á casa de uno de ellos, ántes se fué á unos entresuelos que le ofreció un ciudadano llamado Joanoto Soler.

Tampoco quiso le proveyesen sus deudos de cosa tocante á su sueldo, holgándose más de vivir de limosna y de lo que pedia por amor de Dios como verdadero discípulo de S. Ignacio y sus compañeros, que así comenzó á su Religion.

Asentado en el castillo, comenzó de propósito á cuidar de la carcer, que tenia tanta necesidad como el hospital.

Procuró primero que se dijese Misa á los presos cada dia de fiesta para no olvidar á todos, de lo cual habia notable falta y olvido.

Para esto hizo hacer una capilla decente y á propósito, y señalar siete dias de la semana en que les dijese la Misa.

Y porque á los principios todas las cosas buenas tienen sus dificultades, quiso el mismo P. Pedro hacer oficio de capellan y cura de los pobres enseñándoles la doctrina cristiana y disponiéndolos para saberse bien servir; y así, por algun tiempo les dijo la Misa los dias de fiesta, y los comulgaba muchas veces.

Tenia grande cuidado que los enfermos fuesen acudidos con la caridad cristiana; visitábalos cada dia como Padre piadoso una vez.

Si habia alguno malo de consideracion, no se descuidaba un punto de su alma, confesándole, consolándole, animándole y haciéndole llevar al hospital, donde con mayor regalo y descanso le curasen.

Para los pobres que no tenian qué comer y padecian mucho en la carcer, pedia él mismo limosna por la ciudad.

Eran muchos estos, por ser las cárceles de Cáller las de todo el reino, y estar en ella la corte; y así, traian muchos á ellas de lugares bien léjos.

podían ser socorridos de lo necesario para el sustento, y perecían de hambre y desnudez.

Necesario al siervo del Señor buscar medios y dar trazas cómo esta necesidad se remediase, y las halló con su mucha prudencia, alcanzó del virrey y del Consejo del Patrimonio que para estos presos se señalasen de las rentas reales una limosna cada día, para darles de comer.

Como cuidaba que se les hiciese olla, dando qué merecer á muchas principales y devotas, á las cuales rogaba que por algunos días hicieran comida en sus casas á los presos; lo cual hacían de muy buena voluntad. No se halló persona que alguna vez lo rehusase; tan grande era el respeto y reverencia que tenían á la santidad del caritativo Padre.

De la misma manera cuidaba que las causas de los pobres se despachasen prontamente, que los carceleros los tratasen con caridad y blandura, reprendiendo la dureza y rigor que algunos usaban.

Le obedecían como á hombre del cielo. Los virreyes, los jueces y oidores, apenas abría la boca, cuando le concedían lo que pedía por ellos, á los cuales en espacio de pocos meses hizo grandes bienes, con los que miraba á todos, y obligaba á muchos á darle largas limosnas para su sustento.

Aunque estaba tan ocupado en la cárcel, no por eso se olvidaba de su deber en el gobierno espiritual y temporal que había dejado bien asentado en el hospital, fuese adelante, visitándolo á menudo, y mirando lo que necesitaba de remedio, y poniéndole luego en ejecución con su grande diligencia.

Para que se vea mejor cuán grande era el celo y cuán encendida la caridad del fervoroso Padre, con cuánta humildad y obediencia procedía; ponemos aquí un capítulo de una carta suya, que en este tiempo escribió el Padre Diego Lainez, en la cual le daba cuenta muy por menudo de sus acciones, como si fuera un novicio que da cuenta de la conciencia, al superior: viene.

En visitar el hospital y los encarcelados; he predicado algunas veces, y quince días hago un razonamiento á los del Monte de la Piedad.

Por semana pido limosna por toda la tierra para los pobres vergonzosos, capellán del virrey; á los encarcelados les procuro también algunas misas; dígoles Misa cada domingo, y les administro otros sacramentos segun el menester.

Los que están en pecado mortal me los hago amigos, y procuro que el bendito sea el Señor que da gracia á mí y á los que trato, y suce-

de bien. Es verdad, que en medio de la plática me estremezco no poco, conociéndome podrido de vicios y pecados.

»El ilustrísimo señor visorrey se confiesa conmigo, y muestra tener grande afición con la virreina y todo el palacio; lo mismo digo de todos los demás regidores de la tierra y de todas las demás personas de más calidad.

»Deseamos en nuestra Compañía servir al prójimo, á todos, grandes y chicos, y más sin comparacion nos holgamos con los pobres mezquinos, en los cuales resplandece la humildad de Cristo nuestro Señor.»

En razon y prueba de esto referiré aquí con sus mismas palabras, sacadas de otra carta suya para el mismo P. General, lo que le aconteció con un pobre condenado á muerte.

«El señor virrey me envió los dias pasados á una torre, para confesar y sentenciado á muerte, y le hallé, bendito Dios, muy paciente y conforme con la voluntad del Señor.

»Detúveme con él mucho, y casi siempre estuve delante de él de rodillas besándole las manos muchas veces, y abrazándole, mostrándole tener tanto amor, cuanto mayor no he tenido á otro hombre del mundo.

»En este oficio me detenía de buena gana, procurándole la salvacion, en la que subian á mi persona no pequeña parte de piojos y otros animales que me hincharon en algunas partes; y por mucho que el condenado me instaba que me apartase de tanta suciedad, no quise.»

Añade luego en la misma carta: «Con las mismas entrañas de amor y caridad, con cuanta diligencia puedo, me muestro con los pobres calamitosos en la cárcel, hospital y los demás. De suerte que no buscamos á los poderosos por alguna vanidad, ni á los pobres tenemos olvidados, sino que buscamos á todos, para que sirvan al Señor y se salven.»

De estas palabras se echaba bien de ver cuán bien habia bebido el espíritu primitivo de la Compañía, y cuánto ardía en su pecho el deseo de la salvacion de todos y la caridad de hacer bien á los necesitados, no contentándose con sólo los de las cárceles y hospitales, sino que buscaba todos los pobres en la ciudad.

A todos socorria, y para todo le daba Dios fuerzas, y hallaba en todos amor y ayuda; porque, edificados en tan santos empleos, le ofrecian muchas limosnas.

Acabado de concertar las cosas del hospital y cárceles, sin olvidarse de un punto de uno y otro, puso los ojos sobre las otras cosas que pedian remedio, entre ellas halló dos que necesitaban de él grandemente.

La primera fué la libertad y poca observancia de cierto monasterio de monjas, que por muchos años habia andado de mal en peor, y no habia quien

liase, por estar el Pastor á quien tocaba á la sazón fuera del reino; y así, bo de valer el siervo de Dios de la autoridad del virrey, que con su mustiandad lo tomó á pechos y con eficacia lo remedió.

otra fué el escándalo público de muchos amancebados, contra los cuales armó el celoso varon y les comenzó á hacer guerra secreta por medio de justicia, y pública por sí con sus sermones, santas amonestaciones, y con sus fervorosas oraciones; de suerte que en espacio de muy pocas se quitó.

habia abuso en la ciudad del cual tuviese noticia, que él no lo procuraba remediar y desterrar.

esta manera hizo que las pobres viudas fuesen oídas de justicia y desahucadas presto de los jueces, y que otros pobres, injustamente oprimidos, amparados y defendidos; porque era tanto el concepto que el virrey y tenian de la santidad del siervo de Dios, que no habia negocio que él no se presentase que no le despachasen con toda brevedad.

todos en sus males y trabajos acudian á él como á su comun protector y remedio de sus agravios: á nadie cerraba la puerta, ni jamás le cansaban importunas voces y quejas lastimosas de los pobres; á todos admitia, y consolaba y procuraba el remedio con todos los medios posibles.

sabiendo que habia algunos huérfanos pobres que no tenian con qué subsistir, recogia, y por sí ó por medio del Padre de huérfanos los acomodaba en un oficial que los enseñase, y á las doncellas en casa de alguna honrada encomendándoselas como si fueran sus hijas ó parientas.

que en cierto lugar del reino de Cerdeña duraba muchos años habia habido un gran abuso público y escandaloso, y con la autoridad que tenia acerca de lo podian remediar, negoció de secreto y con tanta prudencia, que quitó de hecho y sin saber los culpados por dónde les vino; que sin embargo como enfermos frenéticos, hicieron grande sentimiento y cobraron gran ira y odio contra el siervo del Señor.

estas y otras semejantes obras se ocupaba el varon de Dios en la ciudad de Cálcer y en la comarca de ella, sin perder ocasion de socorrer á los pobres en todas sus necesidades espirituales y corporales, hasta que el año de mil y quinientos y sesenta y tres estando con ansias y deseos muy grandes de poder traer de propia compañía al reino, Dios nuestro Señor le abrió el camino por donde salieron y efectuaron sus buenos deseos.

III

Cómo tuvo ocasion de facilitar la entrada de la Compañía en Cerdeña con la fundacion del colegio de Sácer, y lo que allí hizo.

Habia Alejo Fontana conocido la Compañía en Flandes, y, como caballero de mucha prudencia y discrecion, ponderado bien lo mucho que Dios nuestro Señor se servia de los religiosos de ella en el provecho y ayuda de las almas.

Y viniendo á Cerdeña poco despues del fervoroso P. Pedro con el oficio de Maestre racional del reino, que por sus buenos servicios y merecimientos le habia dado la majestad del Católico rey D. Felipe II, llegando á la ciudad de Sácer, de donde era natural, en breve tiempo murió.

En su testamento mandó toda su hacienda, para que de ella se fundase un colegio de la Compañía en dicha ciudad.

Escribió luego el P. Pedro al P. Lainez, su General, dándole cuenta de la puerta que habia Dios nuestro Señor abierto á la Compañía para entrar en Cerdeña luego, rogándole que enviase gente y ordenase lo que habia de hacer entre tanto.

El P. Lainez le envió poder para aceptar de su parte la manda y cuidar de la hacienda, lo cual hizo nuestro P. Pedro con tanta diligencia, que en espacio de pocos dias, venciendo muchas dificultades y sin moverse de Cáller ni dejar sus santos empleos, hubo copia auténtica del testamento de Alejo Fontana y del inventario de la herencia por medio de D. Pedro Clavero, Visitador que entónces era del rey en Cerdeña, el cual, como muy afecto á nuestras cosas, deseaba mucho que, lo más presto que pudiese la Compañía, entrase en posesion y comenzase á ejercitar sus ministerios en el reino.

Y así, con su autoridad recabó luego que el P. Pedro tuviese sin gasto ni trabajo alguno las sobredichas copias auténticas y las enviase á su General, como lo hizo.

Lo cual visto por el P. Lainez, aunque el testador ponía una condicion, que la Compañía no entrase en posesion de su hacienda hasta que creciese tanto que tuviese mil ducados de renta, y habia de durar esto algunos años; con todo eso, importunado de los ruegos del P. Pedro Espiga y de los de D. Pedro Clavero, Visitador del reino, y de D. Antiogo Bellir, gobernador de Sácer, que con grande instancia pedían algunos Padres, dió orden al Santo P. Francisco de Borja, que en España hacia oficio de Comisario general, que los enviase; el cual envió á los PP. Baltasar Piñas, catalan, y Francisco Anto-

ortugués, con un H. Coadjutor llamado Juan Ambrosio Navarro, aunque por estar enfermo, no pudo venir con los Padres el mismo año, que fué el 59 hasta el siguiente de 1560.

garon los Padres á la ciudad de Alguer, y de allí se fueron á la de Sácer, donde habia de dar principio al colegio, que fué el primero que tuvo la honra en la provincia de Cerdeña.

eron recibidos de los de Sácer como gente enviada del cielo, y muchos los tuvieron y publicaron por tales, cuando los vieron ejercitar los ministerios de la Compañía con tanta edificacion y provecho, que prometian lo despues vieron y tocaron con las manos.

ego que Pedro supo que Dios le habia cumplido sus deseos de tener discípulos, y que el P. Piñas venia por Superior de ellos, se partió de Cáceres, para ponerse debajo de su obediencia y depender en todo de la voluntad, consejo y direccion de su Superior.

porque los de Cáller no le impidiesen la ida por lo mucho que le estimaban y por la grande falta que haria en la ciudad su ausencia, se fué luego en secreto sin que se supiese por la ciudad.

gósese mucho el P. Piñas de hallar tal súbdito y de ver en él tan profundidad, resignada obediencia y encendida caridad.

primero que hizo Pedro en Sácer fué visitar el hospital y consolar especialmente á los enfermos, como tenia de costumbre, y ocuparse en hacer la limpieza de las camas y procurar tuviesen la comida necesaria.

ó que habia falta notable en el gobierno; porque los que tenian cuenta con el Rey no tenian poca de los pobres: procuró con los consellers de la ciudad, que no dueños de él podian mandar y remediar las cosas que pedian remedio, y lo hicieron todo como el caritativo Padre se lo representó.

ndo el siervo de Dios un dia ocupado en hacer las camas de los enfermos en el hospital, entró en la sala un sacerdote mozo, natural de Sácer, llamado Juan Zampello, el cual se preciaba de ir bien puesto y aseado y de tener muchos pasatiempos y otros gustos de gente moza y poco recogida, gastando mucho en pasear, cantar y tañer instrumentos músicos.

se á mirar de propósito al P. Espiga más por curiosidad que por respeto, antes con asco de verle andar entre aquellas camas tan asquerosas de los enfermos; todo lo cual aborrecia mucho el clérigo, que era muy amigo de ir siempre de andar muy lucido y aliñado.

e nuestro Pedro, y con un rostro apacible le dijo: «Ea, señor, ayúdenos a limpiar estas camas á estos pobres, que el Señor se lo pagará en el dia del juicio».

solas palabras fueron bastantes para trocarle de tal manera el corazón.

zon, que, dejando luego el manteo, comenzó á ayudar al Padre con mucho fervor, y desde aquel punto propuso dejar la vida pasada y continuar otra nueva de servir á los pobres.

Para poderlo hacer mejor, dejó su casa y se vino á vivir al hospital, como lo hizo con grande edificacion y admiracion de toda la ciudad que le conocia, y con su ejemplo se movieron y juntaron otros á hacer lo mismo.

Pagóle bien el Señor esta buena obra, porque, después de algunos meses que se ocupó en ella, le inspiró que entrase en la Compañía, en la cual fué recibido y vivió algunos años siguiendo las pisadas del P. Pedro en el desprecio y mortificacion propia y en la encendida caridad con los enfermos de los hospitales, hasta que en estos santos ejercicios murió con grandes señales de haberse salvado con aventajados merecimientos de varon santo, y que fué luego á gozar de Dios en su gloria.

Otro mozo seglar habia en Sácer por este mismo tiempo muy brioso amigo de tener pendencias, acuchillándose con todos, de modo que á toda ciudad revolvia.

Hablóle el P. Pedro, y con sus amonestaciones y consejos le sosegó y apartó de aquella vida inquieta y peligrosa, haciéndole comenzar otra muy quieta y pacífica.

Púsole en regla de vivir cristianamente y de frecuentar con devocion los Sacramentos y otros santos ejercicios; de modo que con edificacion general en pocos dias el que antes era un leon bravo, pareció á todos un cordero manso.

Perseveró en esta buena vida, hasta que tuvo otra mejor de la observancia religiosa, porque fué recibido en la Compañía por H. Coadjutor, y vivió en ella haciendo el oficio de Marta con mucha satisfaccion, y con la misma de su salvacion murió después de haber vivido muchos años en la misma Religion de la Compañía.

Por ser el P. Pedro natural del reino y entender bien y saber hablar la lengua, acudian á él más las confesiones de toda suerte de gente, y era el que llevaba á costas el peso de todos los pobres del hospital, de la cárcel y de la ciudad; no tenia tiempo de respirar.

A los pobres encarcelados les procuraba limosnas y el buen despacho de sus causas con mucha brevedad: confesábalos y enseñábalos la doctrina cristiana.

En el hospital proseguia lo que habia comenzado, ayudándose de clérigos honrados, que á imitacion y persuasion suya, cada dia acudian á servir á los enfermos en todas las cosas necesarias, con tanta piedad, que admiraba a toda la ciudad de ver ocupacion tan santa y nunca usada hasta entónces, que

hos sacerdotes dejasen sus casas y se estuviesen de propósito en el hospital con grande consuelo de los enfermos.

visitaba Pedro todos los otros pobres enfermos de la ciudad, y lo primero hacia con ellos era ponerles bien con Dios por medio de la confesion; pues les procuraba limosnas y socorro de médico y medicinas con tanto cuidado y diligencia, como si fuera enfermero y cura de todos.

apaciguó muchas y muy antiguas enemistades. Fué causa de que no se diesen muchas muertes entre los ciudadanos de Sácer, que en este tiempo andaban en odios y enemistades, teniendo muy frecuentes encuentros.

Porque muchos de ellos venian á Cáller por tener negocios en la real audiencia, y padecian muchos daños por no poder acabar con los jueces con sus causas; el P. Espiga, como confesor del virrey y de muchos de los jueces, y conocido de todas las personas de autoridad, les favorecia con sus ruegos, rogando á los jueces que los despachasen y á las otras que los oyesen; y así, hacia bien á todos, á pobres y ricos, á grandes y pequeños. Pero de los que más cuidaba eran las pobres viudas y huérfanos, no desahucando un punto de hacer guerra perpetuamente á los vicios, principalmente públicos y escandalosos, por sí ó por medio de los que lo podian remediar: todos le oian y ejecutaban lo que les representaba, como si un ángel les mandara.

De la ciudad de Sácer salia á pié muy á menudo á enseñar la doctrina cristiana en los pueblos comarcanos, á confesarlos y exhortarlos á la enmienda de su vida.

En todos hacia grande provecho, quitando malas costumbres, oyendo confesiones de muchos años y haciendo reiterar otras mal hechas.

Se formábase de los que estaban reñidos y con odios mortales, y luego los reconciliaba hasta hacerles hacer paces.

En estos santos ejercicios se ocupó nuestro P. Espiga en Sácer y en su villa de circa parte del año de 1560 y todo el de 1561 hasta el de 1562, con tanto provecho y edificacion de todos, de los cuales era tenido por padre y alabado por varon santo y un ángel venido del cielo.

La opinion de santidad no la tenian sólo los seglares que le trataban méritamente, sino tambien los de la Compañía, que, como domésticos, mejoraban su vida, particularmente el P. Piñas, su Superior.

La confirmacion de esto es lo que le aconteció con él. Estaban los de la Compañía en Sácer á los principios en una pobre casa, sustentándose de las limosnas que les enviaban los de la ciudad, aguardando que la renta del colegio llegase hasta los mil ducados que habia señalado el fundador, de la cual querian gozar hasta cumplir esa condicion, y aunque les acudian con mu-

cha liberalidad y cuidado, con todo eso no dejaban de padecer y ejercitar algunos efectos de la santa pobreza.

Un dia en particular, á la hora de comer se hallaron sin un pedazo de pan, porque ni le habia en casa, ni le aguardaban de otro lugar, ni tampoco tenian con qué comprarle; confiando el P. Piñas en la misericordia del Señor y en la santidad del P. Espiga, le mandó que echase la bendicion á la mesa, y que todos se asentasen.

Hízolo el siervo de Dios, y apénas se hubieron asentado á la mesa, cuando les tocaron la puerta aprisa, y, saliendo á responder, hallaron les traian una canasta de pan reciente y bastante para todos.

V

Vuelve el P. Pedro de la ciudad de Sácer á instancia de los virreyes y ciudad de Cáller, y procura entre la Compañía en Cáller, y lo mucho que allí ejercitó la caridad.

Por la mucha falta que el P. Espiga hacia á toda la ciudad de Cáller con su larga ausencia, el virrey D. Alvaro de Madrigal, y jueces reales, y consejeros de la ciudad instaron tanto por su vuelta al P. Baltasar de Piñas su Superior, que le mandó volver á Cáller, donde ya trataban con mucho calor fundar un colegio, para cuya conclusion era menester tambien la presencia del P. Pedro, el cual vuelto á Cáller, venciendo todas las dificultades y anándolas, salió con lo que deseaba.

Ofrecia la ciudad de Cáller quinientas libras de renta perpetuamente, para dar principio al colegio, y pedia cuatro escuelas, tres de Gramática y una enseñar á los niños á leer.

Y porque el P. General reparó en las condiciones que ponian, y en que poco lo que daban para sustentar un colegio de cuatro maestros, hizo P. Espiga que la ciudad desistiese de las condiciones que pedia, y que escribiese de nuevo con el virrey al P. General, pidiéndole con grande afecto que enviase sujetos de la Compañía para fundar el colegio, que ellos les acudiria con lo necesario sin falta ninguna.

De lo cual dió tambien cuenta á boca al mismo P. General el P. Piñas en Roma, adonde fué llamado para hacer la profesion de cuatro votos.

Aceptóse luego el colegio, y con el mismo P. Piñas vinieron diez religiosos que le diesen principio.

Mientras estos Padres venian de Roma, el P. Pedro Espiga que los aguar-

ya como ángeles en Cáller, procuró con el favor del virrey, inquisidores, ados y personas de calidad, recoger de algunos ciudadanos (entre los cuales el que más se señaló fué Bartolomé Forez) una buena limosna de casi dos mil libras, y que la ciudad, sin lo que habia ofrecido, les comprase unas casas para darlas á la iglesia de Sta. Cruz.

Diólas de muy buena gana el Arzobispo de Cáller, D. Antonio Parraguez Castillejo, con lo cual se pudo dar feliz principio al nuevo colegio, en viendo los sujetos señalados por el General, en el otoño del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, á los siete del mes de noviembre.

Abriéronse cuatro escuelas, como en el de Sácer, con solemnidad y regocijo de toda la ciudad, hallándose presente el virrey con toda la nobleza.

Fué nombrado por primer Rector de él el P. Georgio Passio, sardo y natural de Oristan, al cual habia recibido en Roma en la Compañía nuestro Padre S. Ignacio, siendo ya hombre hecho, por haber acabado sus estudios; y conociendo sus prendas y talentos para gobierno, á poco tiempo le hizo en la Superior de un colegio.

Este Padre juntamente con el P. Espiga fueron las dos primeras columnas del colegio que hoy tiene la Compañía en Cáller, que no es de los ínfimos de la orden, al cual con su trabajo y buenas industrias en pocos años acrecentaron mucho, y pusieron en tal estado, que podia tener pasados de treinta sujetos, y hecho los tenia con renta hecha de mandas particulares, hasta que el año de mil y quinientos y noventa y cuatro tuvo fundacion, y con ella y con lo que tiene puede hoy sustentar setenta religiosos.

Viéndose el siervo del Señor con el colegio asentado y con compañeros que le podian ayudar, dejó todos los ministerios más lucidos de predicar, gobernar y leer, y se dedicó del todo á cuidar de los pobres, sus queridos amigos, en las cárceles, hospitales y en toda la ciudad á confesar estudiantes, artesanos y los labradores que acudian á él sin número de los pueblos vecinos, y á Padre comun de todos.

Para con los necesitados lo era tan propio, que al tiempo que se hacen las reparticiones de las cosas necesarias para todo el año, hacia tambien las suyas mucha cantidad de trigo y otras cosas de comer, y leña para hacer la comida á los pobres de la cárcel, y tambien para dar á otros necesitados que en inviernos padecian mucho frio.

Para dar orden al que tenia la llave de la casa de la leña que á ninguno, por amor de Dios le pidiese de ella, se la negase.

Porque de ordinario en el colegio se hacia olla á los pobres, y particularmente en algunos años de carestía se les acudia con mayor cuidado por la caridad del siervo de Dios, para que no les faltase cosa alguna de las nece-

sarias; proveia cantidad de escudillas y ollicas, y daba á cada pobre la suya para llevar en ella á su casa lo que le daban de limosna.

Solia tambien hacer grande provision de lienzo para camisas y cantidad de sayal para hacerles ropillas y calzones.

Tenia tambien cantidad de zapatos y borceguíes para dar á los que veia descalzos, particularmente á estudiantes pobres. Y para que los enfermos tuviesen algun regalo, hacia hacer gran cantidad de conservas.

En la cárcel hizo una pieza recogida para los que estaban indispuestos, camas levantadas del suelo y unos colchones pequeños y con mantas compradas para este efecto, con lo cual tenian gran alivio los pobres enfermos ordinarios.

A los que tenian peligro, los procuraba sacar de la cárcel y llevar al hospital, adonde acudia luego y los hacia curar con mucho cuidado, procurando sobre todas las cosas que estuviesen bien con Dios por medio de la confesion.

Seria cosa larga de contar todas las cosas que el siervo de Dios tenia proveidas y aparejadas para el servicio de sus queridos hijos los pobres, particularmente los enfermos.

En la cárcel tenia muchas alhajas, en el colegio otras y en casas particulares cajas grandes y pequeñas, ollas grandes y otros instrumentos necesarios para tener el pan y la harina y para guisar la comida de los de la cárcel, á los cuales cada dia hacia hacer una grande olla.

Y cuando esto no podia, tenia señaladas personas particulares en la ciudad, que cada una en su dia enviaba la comida á todos los presos. Era en esto tan proveido y diligente, que nunca les faltaba lo necesario.

Hizo tambien poner en todos los lugares públicos de la ciudad unas arquillas clavadas en unos pedazos de vigas que estaban bien fijas, y encima de cada una una plancha de hierro con un letrero que decia: «Para los pobres» y un agujero por donde se podia echar la limosna que cada cual queria dar, que fueron grandes cantidades; porque movió mucho á todos esta santa invencion de su ardiente caridad; y así, les fué buena ocasion de ser liberales con los pobres de Cristo, sin ser conocidos.

Porque vió que en el invierno los enfermos del hospital y cárcel perecian de frio, les hizo á todos un par de chinelas, para que, cuando se levantasen de la cama y ponian los piés en tierra, no les hiciese daño.

Y porque de noche y de dia en la cama tuviesen las cabezas abrigadas, hacia hacer gran número de bonetes de pieles de corderos adobados, y daba a cada enfermo el suyo.

El mismo Padre se ponía á coser con los sastres, para animarlos á hacer aquesta obra de misericordia con mayor voluntad.

on la misma diligencia les hizo camisas y ropillas con grande gusto suyo y satisfaccion de todos, á los cuales tenia admirados aquel continuo é incansable cuidado y diligencia que ponía en mirar por todas las necesidades de los pobres y enfermos, y remediarlas sin perdonar á gastos; para lo cual nunca faltó la piedad y liberalidad de los fieles, los cuales, por la reverencia y respeto de varon santo que le tenían, jamás le negaban cosa que pidiese.

En esta su grande caridad con todos los pobres enfermos usaba tambien con los enfermos de la Compañía, á los cuales visitaba á menudo, consolaba y regalaba las medicinas y el regalo necesario. Muchas veces se ponía á hacer oficio de enfermero.

Cuando alguno tenia alguna herida y tardaba ó faltaba cirujano, él mismo se curaba con un cuidado y suavidad extraña. En el aposento, aunque pequeño y pobre, tenia las cosas necesarias para los pobres, así sanos como enfermos. Estaba tan lleno de estas cosas, que apenas se podía andar en él.

Los gastos eran sus gustos y deleites, verse apretado y estrecho y desacomodado en su aposento por los pobres de Cristo.

Hay hombre que en tiempo de grande sed y calor con tanta solicitud busca la bebida fresca y regalada, como este fervoroso Padre buscaba cada dia el sustento y mantenimiento de sus pobres.

El cual declaró él mismo á un caballero principal, llamado D. Juan Dijar, suyo, el cual, visitándole una vez que estaba enfermo de recias calenturas, le preguntó si le habia dado gusto la bebida fresca de una agua de ceceo que le habia hecho en su casa, como solian en Flandes hacerla para los enfermos. El Padre para encarecerlo respondió: «De la manera que me diera una gran limosna para los pobres de Cristo, á ese modo me ha reparado la agua que me han traído de vuestra casa.»

En sus invenciones santas halló en Cáller este varon de Dios, para socorrer á la cárcel y hospital: la una hacer una lista de treinta casas principales de la ciudad, y señalar á cada una un dia del mes para hacer la comida á los presos, y esto lo hacia el siervo de Dios con tanta discrecion y prudencia, que no habia persona que no aceptase su dia de buena gana.

Otra, porque la renta del hospital no bastaba á dar racion á la muchedumbre de los enfermos que á él venian, trazó que todas las señoras principales de la tierra, comenzando desde la marquesa de Aitona y virreina, dieran piedad y liberalidad hablaremos despues, y de las demás señoras, nobles de la tierra, que cada cual un dia señalado fuese al hospital á dar la comida á todos á su costa, y juntamente se estuviesen todo el dia en la puerta limosna á todos los que pasaban.

Fué esta invencion de grande momento, porque hubo mes que se hicieror mil libras de limosna.

Con esta limosna y con la comida que las señoras daban cada dia que iban á todos los enfermos, quedaban muy bien socorridos y regalados de comida, cama y servicio.

De las personas que más ayudaron al P. Pedro con su autoridad y liberalidad para hacer tanto bien á los pobres, fueron los virreyes D. Alvaro de Madrigal, D. Juan Coloma, D. Miguel de Mondaca y los marqueses de Aitona, D. Gaston y doña Catalina de Moncada, y los Arzobispos D. Antonio Parraguez de Castillejo, D. Francisco Perez, D. Vicente Novella y D. Francisco del Valla, D. Pedro Clavero, Visitador que fué del reino por el rey D. Felipe II, con el Inquisidor del reino.

Todas estas personas estimaron mucho y tuvieron por santo al P. Espiga, y por su santidad le favorecieron grandemente en la reformation de las malas costumbres, y extirpacion de muchos abusos y vicios que suelen estragar los reinos.

Pero los que más se señalaron en todo fueron D. Miguel de Moncada que gobernó el reino más de diez años con grande rectitud y justicia, é hizo en él cosas de grande provecho y dignas de eterna memoria, como fueron fortificarle casi todo alrededor de torres y castillos contra los cosarios moros africanos, que le hacian grandes daños en las personas y haciendas, cautivando mucha gente, atreviéndose á entrar dentro de la tierra á coger pueblos enteros y saquearlos, llevándose personas y ropa: las barcas de pescadores y de traer leña á las ciudades apenas podian salir de los puertos, que no fuesen cogidas.

Todos estos daños se repararon con esta buena obra de las torres, que procuró hacer este caballero, sacando de su majestad licencia y consentimiento de poner en el reino un pecho ordinario sobre las tratás de los quesos y cueros, para sustentar los soldados y gastos de artillería y armas, por la cual obra hasta el dia de hoy todos los del reino le echan mil bendiciones, por el grande provecho que han experimentado y experimentan cada dia: muchos marineros dicen que por sola esta obra habrá Dios llevado al cielo á D. Miguel de Moncada.

Era este caballero gran soldado, y se habia hallado en la batalla naval en la galera real del Sr. D. Juan de Austria, de gloriosa memoria, y dado de su persona grande muestra de valiente y animoso caballero.

Y así, entró en el gobierno con bríos de capitan y fama de riguroso, y po no conocer la persona del P. Pedro, la primera vez que le fué á hablar de lo pobres de la cárcel, para darle razon de lo que padecian y cómo tenían ne

id de muchas cosas, no le oyó con gusto, ántes le respondió que lo que no se podia hacer.

siervo de Dios, que tambien era vivo y tenia libertad de espíritu, le dió pocas palabras: «Señor, lo que yo represento á Vueseñoría ilustrísima está en razon y justo. Y así, si Vueseñoría no gusta de hacerlo, haga lo que no le he dicho nada, y no se hable más de ello, y Dios guarde á Vueseñoría, y deje acertar.»

viendo esto, se salió dejando algo colérico al virrey, el cual, con el buen limiento que tenia, reparó en lo que el venerable Padre le respondió.

Preguntó luego quién era aquel Padre, y diciéndole que era un santo varón grande Padre de pobres, mandó luego le llamasen.

Vió el siervo de Dios, y sin que hablase palabra le dijo: «Padre, vaya, yo estoy en la cárcel todo lo que me ha pedido, porque me contentó mucho. doy mis veces desde ahora, y le ruego que me venga á menudo á dar lo que viera que pide remedio, que lo haré.»

Desde esta vez quedó tan aficionado al Padre, que no sólo hacia todo lo que le pedia por los pobres de la cárcel, sino que le daba todas las limosnas que le pedia, y muchas veces sin pedírselas se las enviaba, diciéndole que las diese en los pobres.

Una vez que le envió quinientas y más libras. Cobró del siervo de Dios un concepto, que no se atrevia á negarle cosa que le propusiese para los pobres y presos, teniendo siempre por bueno lo que le pedia.

Quando una vez este virrey en la ciudad de Sácer, le escribió el caritativo un carta pidiéndole una trata de legumbres para sus pobres, y leyendo la carta dijo á los circunstantes: «Una trata pide el P. Espiga, y es cosa que tiene su dificultad; pero pidiéndolo tan gran siervo de Dios, es mejor que se haga;» y así, mandó luego se la enviasen bien despachada.

Después de Miguel sucedió en el gobierno del reino su yerno D. Gaston de Saceda, que, estando en él, sucedió como legítimo heredero en el marquesado de Aitona á su padre, que á la sazón murió virrey de Valencia.

En la marquesa doña Catalina de Moncada, hija de dicho D. Miguel, y en su santa madre, doña Aloisa de Moncada, fueron más afectos á nuestro Padre, y le favorecieron en sus santos empleos más que todos los demás, teniendo á ambos por muy siervo de Dios, y dándole la mano y el apoyo en cuanto les representaba tocante á hacer bien á los pobres, dándole una limosna les pedia para este efecto.

Que nunca el Padre cesase de acudir á los pobres, le tenia el marqués un crédito de trecientos ducados, que los tomase siempre á su voluntad obligándose á pagarlos siempre y cuando el Padre no pudiese.

Sin esto, dábale á menudo trata y limosnas sin cansarse, aunque el siervo del Señor, como discreto, á nadie era pesado, y con su humildad y llaneza pedia con recato y prudencia las cosas, con la cual obligaba más á todos.

Una vez que se halló falto de dinero y le fué forzoso acudir al marqués, con gracia le dijo: «Señor, vengo á pedir á V. S. I. un cambio.» ¿Para dónde, Padre? dijo el marqués. Respondió el Padre: «Para el cielo, allí se le pagará á V. S. á letra vista.»

Luego con mucho gusto mandó se le diese la cantidad que pidió antes de salir de palacio.

Llegando á oídos de la marquesa la gracia del cambio para el cielo, luego hizo entrar al Padre donde estaba, y le dió otros tantos escudos cuantos el marqués le habia dado en cambio para el cielo.

Fué tan grande el concepto que esta nobilísima señora tenia de este varón de Dios, que en todo le obedecia, como si fuera su hija y súbdita muy rendida. Y así, no reparó siendo virreina, de ir su día señalado al hospital público y dar de comer á todos los enfermos, haciéndolos servir de sus criados y criadas, sirviendo ella tambien por sus manos á los que podia, con tanta caridad y humildad, que admiró á todo el reino y movia á toda la nobleza á imitar tan santos ejemplos.

Una y muchas veces mandó esta señora al carcelero con grande encarecimiento que obedeciese al P. Espiga en todo lo que mandase en razon de los pobres presos, diciendo: «Mirad que le obedezcais y ayudeis en todo á este santo, que yo de mi os digo, que, si me mandase ir á ayudarle en esos ejercicios, iria sin reparar en cosa.

Esta señora virreina, por lo mucho que conoció de este admirable varón todo el tiempo que, siendo doncella, estuvo en Cerdeña con su padre D. Miguel de Moncada, que fue virrey mas de diez años, y todo el tiempo que estuvo tambien, siendo ya casada, con el marqués de Aitona, le habia cobrado tan grande devocion y concepto de varon santo; que despues de algun tiempo, habiendo ya muerto el siervo de Dios, y estando su Excelencia en Roma en compania del marques de Aitona su marido, que por sus muchos merecimientos y dotes singulares de gobierno fue enviado de su majestad Católica por embajador á aquella santa ciudad: deseo muchísimo y pidió instantemente la vida del P. Espiga, que ella misma queria hablar al Papa, pidiéndole y suplicándole mandase tomar informacion autentica de ella en orden á canonizarle, juzgándole digno de esta honra por la santidad de vida que ella misma habia visto y conocido en él, y lo hubiera hecho, si se le hubiera acudido de Cerdeña con lo que pedia

VI

con confianza en Dios, y cómo le multiplicaba el Señor con milagros la limosna.

El favor de estos señores no le faltaba nada al siervo de Dios para sus y, sobre todo, con el favor de Dios, que correspondiendo con su libe- á sus santos deseos y fervores, había alentado su esperanza para n El que había de concurrir á su afectuosa caridad. Porque con la onfianza que tenía con Dios, nunca dejaba de dar á los pobres cuan- lian.

o no tenía qué dar, luego se empeñaba en gruesas cantidades, sin te- no de no poder corresponder; parece que iban á porfía, él á dar mu- retarse, y Dios á darle con qué socorrer á sus pobres y volver lo que ban.

urde se halló sin dinero alguno y con graves necesidades, de pobres. e de consideracion, y la necesidad pedia remedio y socorro muy en

envió á llamar á D. Nofre Dijar, procurador real, su grande amigo, siempre le acudia y ayudaba.

«Esta noche hemos menester mil ducados sin falta.» Respondióle el que era cosa imposible tan presto. Replicóle el siervo de Dios con le confianza: «No habrá falta, id y tomad prendas de oro y plata de esa, y llevadlas al canónigo Almerich, y decidle que á los dos nos lad de prestar esa cantidad por unos pocos días.»

el caballero y llevó luego el dinero al Padre, el cual socorrió las ne- precisas y urgentes que tenía entre manos.

llegó el plazo señalado de volverlos, cuando volvió á llamar á que se los dió y los volvió cobrando sus prendas, con admiracion

Dios le acudia tan presto en las ocasiones y nunca le faltaba

ado orden á la persona que en la cárcel tenía cuenta de la arca del do Jerónimo Melis, hombre honrado y piadoso, que no solamente cada día á todos los presos que lo habían menester, sino que tam- se á cualquier otro pobre que de fuera viniese á pedirselo, lo cual nimo puntualmente, y advirtió que Dios hacía milagros en la arca or los merecimientos y ruegos de su siervo.

le faltó pan, y vino el Padre á visitar los presos, como solía; pidió al

carcelero si habia pan que dar; respondióle que no habia bocado en la : Díjole el Padre: «Miradlo bien que sí habrá,» replicó: «Está muy bien r do y no hay, porque se ha todo acabado.» Dijo el caritativo Padre volvie ver y abrir el arca: obedeció y halló la arca llena de pan, y era tan gra que cabia en ella pan para trescientos presos.

Quedó admirado y confuso, mas no osó decirle cosa al Padre. el cual vió las espaldas y se fué luego sin darse por entendido por su gran humil

Este mismo Jerónimo Melis, cuando le preguntaban de las cosas que bía notado al P. Espiga en todo el tiempo que tuvo cuenta de la cárcel, lágrimas de devocion en los ojos, decia que Dios nuestro Señor hacia i gros por él, haciendo crecer las provisiones que tenia de los pobres.

En razon de esto contó otra cosa, que le aconteció con la arca del pan tenia en la cárcel.

Habia una vez metido en ella cuatro estareles de pan, y, sin añadir má duró aquel pan por espacio de cuatro ó cinco dias, dando cada dia un de libra á cada uno de los presos y á otros pobres que le enviaba el si de Dios, y los presos pasaban de doscientos.

Lo cual era evidente milagro, porque cuatro estareles de trigo, dando • dia doscientos y tantos panes, no bastaria ni podia bastar sino para i más de un dia; porque en Cerdeña un estarel de pan no pasa de sesen cinco libras; y, siendo el pan que se daba de libra, cuatro estareles de hacian doscientas y cuarenta libras.

El decia dió doscientos y más panes de libra cada dia por espacio de tro ó cinco dias, sin que le faltase; argumento evidente que Dios nuestro ñor multiplicó aquel pan por los merecimientos y ruegos de su siervo.

Estando Gaspar Forteza, caballero muy conocido en la ciudad de Cá una vez con el P. Pedro en la portería del colegio de Cáller, vino el m que tenia cuenta de la comida de los presos á decirle que no tenia pan e arca de la cárcel.

El Padre le dió la llave de otra arca que tenia en el colegio, y mand abriese y sacase pan. Fué y abrió el mozo, y, no hallando pan, volvió al dre y le dijo lo que pasaba. Respondióle el siervo de Dios con rostro t alegre, que tuviese buen ánimo, que no faltaria Dios.

Apénas hubo respondido estas palabras, cuando, abriendo la puerta el j tero, entró por ella un muchacho con una grande canasta de pan reciente la cabeza para el P. Espiga.

De lo cual quedó aquel caballero, que estaba presente, espantado, y en dió que Dios favorecia los intentos del Padre como de siervo suyo, y se firmó más en el concepto que tenia de su santidad.

tróse bien en otros muchos casos que Dios nuestro Señor favorecia á su siervo y ayudaba milagrosamente á su grande y firme confianza en su Majestad. De los cuales sólo tres quiero aquí poner.

el primero el que le aconteció en la enfermedad de que murió. Pre- el Superior, teniendo entendido que moriria de aquella enfermedad, ndo no quedase el colegio, que á la sazón estaba muy pobre, con obligación á las deudas del P. Espiga, si debia algo. Respondió el Padre mil y quinientas libras.

ióse de esto el Superior; mas el P. Espiga, que estaba bien confiado Dios, le respondió sin pena alguna: «No tenga V. R. cuidado alguno que deudas hechas por Dios Él se las pagará y no querrá que nadie e por su Majestad.»

góse luego esto que habia respondido el siervo de Dios, y vino á l virrey, el marqués de Aitona, el cual luego vino á visitar al Padre te con el Arzobispo, y delante de todos dijo que él salia á pagar la el P. Espiga hecha para los pobres; y así lo hizo con su mucha cristi- y liberalidad.

ndo otra vez con Jerónimo Melis, que con grande diligencia acudia o que el Padre le ordenaba, le dijo: «Jerónimo, mucho es lo que debo; nen en la cárcel por las deudas, ¿en qué lugar me pondréis? ndióle que le daria las llaves y le haria dueño de la cárcel; pre- cuánto debia: afirmóle que poco menos de dos mil libras, y con ser deuda para uno que no tenia cosa alguna cierta, nunca desmayaba, ustiaba, ni desistia un punto de lo que hacia con los pobres, porque i probada la proteccion del Señor.

año de mucha carestía y falta de pan, que fué comun en todo el erecian los pobres de hambre, sin faltar el P. Pedro á los de la cár- os pobres enfermos de la ciudad, sustentó todo el tiempo que duró e pasados de trescientos pobres de la ciudad y de las villas que ha- ido á la fama de la caridad del siervo de Dios, dándoles de comer en el colegio y enseñándoles la doctrina cristiana, como solia, ayu- nucho en obra tan pia todos los Padres y Hermanos.

sa de ver la diligencia y el cuidado con que este santo varon procu- s hiciese olla cada dia, y que no les faltase tambien la ración de pan.

lo cual acudió con tanta puntualidad, que á todos parecia cosa mi- xder sustentar tanto número de pobres en tiempo de tanta apretura iversal de mantenimientos.

VII

Algunos casos en que se muestra su milagrosa caridad para con los pobres enfermos.

Era incansable la caridad de este admirable varon; no reposaba en los dias, porque desde la mañana andaba visitando cada dia los enfermos en las cárceles y de la ciudad, y proveyéndoles de lo necesario para el alma y para el cuerpo.

Y para que pudiese acudir á todas las cosas que le llamaban de caridad, dieron los Superiores una licencia general que saliese de casa cada dia libre y cuando que quisiese, sin compañero, fiándose de su santidad y prudencia.

Así podia acudir á más cosas, aunque es verdad que, en saliendo de la cárcel nunca le faltaba quien le acompañase; clérigos honrados, y seglares piadosos, y estudiantes devotos que gustaban mucho y se tenian por dichosos de acompañarle en obras tan del servicio de Dios, y muchos caballeros principales entraban en esta cuenta de acompañarle, dándole muchas limosnas.

Era tan grande el fervor con que andaba, que no podian otros seguirle con él.

Él mismo algunas veces en medio del camino desfallecia, faltándole fuerzas, y le era forzoso asentarse en las piedras de las esquinas para descansar un poco, y luego, en cobrando aliento, tornaba á andar con gran firmeza.

Cuando en la cárcel habia muchos enfermos, no se contentaba con visitarlos una vez al dia, sino muchas, procurando primero se confesasen bien, lo cual hacian con el mismo Padre.

Fué visto muchas veces en las mazmorras de los facinerosos recostarse al enfermo y cubrirse ambos con el manteo para oírle de confesion, y limpiar al enfermo las babas y sudor con su mismo pañizuelo, y abrazarse con él consolándole, y besar las cadenas y las esposas, diciendo que él merecia de aquella manera aherrojado por sus pecados; y queriendo el enfermo alguna necesidad natural, el Padre le levantaba, acomodaba y sustentaba, y despues le volvía á recostar, con tanta caridad, que espantaba á los presos y los encendia en amor del Señor.

Una vez, habia muchos enfermos en estas mazmorras, á los cuales pocas veces bajaba otra persona, por la hediondez y apretura, sino era el P. Escribano, el cual fué á visitarlos un dia por la mañana, y como todo lo restante del dia lo habia ocupado en los demás enfermos de la ciudad, no habia podido ir otra vez.

la noche les acudió milagrosamente, entrando cerradas las puertas, como irió Jerónimo Melis, alguacil real, delante del Dr. Monserrate Pios-juez de la Rota, Visitador que fué del reino y despues Abad de Santa de Sacargia, á los PP. Antonio Carta y Francisco Pirona, diciendo con las en los ojos:

Un dia vino el santo varon sólo una vez á visitar los de la cárcel antes de ; yo le abrí al entrar y salir, y tuve despues todo aquel dia las llaves de las puertas hasta las tres horas de noche, cuando los presos de las debajo tocaron una trompa por donde se bajaba á ellas.

viendo yo que á ninguno habia visto entrar, ni abierto, ni habia ventan donde entrar, por ser todas de dos rejas de hierro, temí no fuese enle los presos, y no quise abrir la trampa hasta que dijeron que abriese Espiga, que estaba dentro y se queria ir.

contado de esto, abrí y vi al Padre que salia solo, y sin decirme nada atreverme de admirado á preguntarle cosa, le abrí las puertas de la y se fué luego.

viendo en mí, entendí que el Padre con su mucha caridad milagrosa acudió de noche otra vez á la necesidad y consuelo de los enfermos, siendo podido de dia por las muchas ocupaciones.»

es cosa imposible decir que Dios nuestro Señor concediese esto al so Padre; porque aquel tan grande y encendido deseo, que siempre e acudir á las necesidades de los enfermos pobres, merecia que Dios milagros semejantes.

vez, con la apretura de la muchedumbre de los pobres presos que e les entró peste; y siendo tantos los enfermos que no se les podia on medicinas á todos, hizo hacer el siervo de Dios á un boticario, su / muy inteligente, unas ollas grandes de cierto ungüento que él mismo jo.

es de hecho, ordenó que á todos los enfermos los untasen todo el y fué Dios servido que todos sanasen de la peste y mal contagioso ella su medicina. No habia enfermo pobre en la ciudad, que luego se al venerable Padre para su consuelo espiritual y temporal.

esclavos y esclavas cristianos, y los criados y criadas tenian en él pan porque, en visitándolos, hacia que los señores mirasen por ellos y yesen de lo necesario.

o advertia falta en ellos, sin decirles nada, él secretamente les aculegalo, comida, médico, medicina y vestido: él mismo iba á buscar y el cirujano con tanta diligencia, como si á él se lo hubiese Dios y mandado el cuidado de los pobres enfermos.

Habia una vez en el colegio de Cáller de la Compañía un Hermano enfermo que necesitaba grandemente de que el médico le viese; buscáronle por orden de los Superiores dos de casa, y volvieron sin él, por no haberle podido hallar: lo cual visto por el P. Espiga, rogó al Superior le dejase ir á buscar el médico por el consuelo del enfermo: fué, y luego vino con él.

Por ser muy conocida esta grande caridad del siervo de Dios, muchos religiosos pobres de otras Ordenes, que en las enfermedades padecian, se lo hacian saber, y él, secretamente y sin que nadie lo entendiese, les hacia proveer de lo necesario, y á los que la Religion por su pobreza enviaba á curar al hospital, les acudia con grande cuidado; y si alguno de estos tenia alguna llaga, él mismo ayudaba á curársela.

Viéronle ayudar á bien morir á un enfermo asqueroso, y limpiarle las flemas de la boca y la suciedad del rostro con su pañizuelo, y despues de haberle puesto bien sucio y asqueroso en el rostro del agonizante, se le llegaba con mucho gusto á su rostro sin asco alguno.

Dejo de contar el velar todas las noches que era necesario con los ahorcados, y el abrazarlos y besarles las cadenas, saliendo muchas veces de ellos tan cargado de sabandijas, que le hinchaban el cuerpo con sus picaduras, sufriendolo todo con grande mortificacion y menosprecio de sí mismo, que ponia admiracion á los condenados y los movia á lágrimas y dolor de sus pecados, y á sufrir la muerte con grande ánimo y conformidad con la voluntad de Dios.

Esta misma caridad resplandeció en visitar él solo, y servir y consolar espiritual y corporalmente los enfermos contagiosos del hospital, bajando á las estufas y lugares más peligrosos.

Estábase con los enfermos en aquellos lugares llenos de mal olor y asco tan de propósito, como si estuviera en un jardin de mucha amenidad y fragancia, ni dudaba recostarse en las camas, para oirlos de confesion, sin darles trabajo de hablar alto, por no ser oidos de los demás enfermos.

Mostróse tambien mucho esta su grande caridad con Dios nuestro Señor en procurar sobre todo que todos sus pobres, sanos y enfermos, estuviesen en gracia de su Criador por medio de los Sacramentos, y que los recibiesen á su tiempo, y en que todos fuesen devotos de la Santísima Virgen, exhortándolos a la devocion del Rosario, rezándole cada dia. Y porque nadie de los pobres se excusase por falta de rosarios, á todos les proveia de ellos.

En las carceles tenia cuidado perpetuo que los dias de fiesta oyesen todos con devocion Misa; y el que no acudia por su culpa, era acusado de los otros al Padre, el cual le reprendia y castigaba con hacerle quitar la comida una ó dos veces.

ñiales instruidos cómo habían de rezar el Rosario, y ordenado le dijese cada día: quitábales los abusos de cantar cosas torpes, y les hacía dar rezos devotos, con que se entretenían á ratos, y cantando también por su parte todos juntos las letanías comunes de la Iglesia.

porque el ocio no tuviese lugar entre ellos, comprábales mimbres ó esparto para hacer cestas, haciéndoles enseñar este oficio; y así, todos trabajaban.

Si alguno faltaba, los demás le acusaban al Padre, y el castigo era quitarle cada día la ración; vendíanse las cestas, y todo el precio servía para ellos mismos.

En la continua vigilancia y cuidado del siervo de Dios comían cada día platos mucho más regaladamente que en sus casas; y así, les sabía mal la falta de la buena comida, cuando acontecía haberla.

Un día el carcelero les dió cierta vianda, de la cual ellos no gustaron y la dejaron de comer, quejándose del poco cuidado que se había tenido en darles una guisada la comida. El carcelero se sintió de este atrevimiento, y el siguiente ordenó que no les diesen cosa alguna en todo el día.

Al día siguiente fuéles á visitar el P. Pedro, y luego se le quejaron de la falta; pero les consoló compadeciéndose de ellos, é hizo hacer una buena comida, y rogó al carcelero que tuviese compasión de aquellos sus pobres que así los llamaba, de los cuales aún estando enfermo en la cama, se olvidaba; porque desde la cama ordenaba cómo todos fuesen atendidos.

Un día le dio un sólo billete suyo de tres dedos de papel, á cualquiera que escribiese, y le daban con el dinero que les pedía.

Una vez tan malo, que corrió por la ciudad la nueva que ya había muerto, la cual llegó á la cárcel, y fué tan grande el sentimiento y llanto de los presos, llamándose desdichados, que puso admiración á toda la ciudad. Lo comunicó el Padre, y luego les envió á decir que no había muerto, ántes que se olvidó á sus santos ministerios.

VIII

La eminencia con que guardó los votos religiosos.

Como este siervo del Señor tan liberal con los pobres y tan amigo de rezos sanos y enfermos, era para consigo, aún cuando estaba enfermo, tan parco y austero, que jamás admitía regalo alguno.

Decían, cuando los enfermeros por orden del Superior le querían dar

algun regalo, que no le queria, que los regalos le eran tormento, rogando que le diesen de comer de la olla comun.

El aposento donde vivió muchos años, hasta que murió, era tan estrecho, que apenas cabia su camilla de un colchoncito, y por almohada un pedazo de madera, una mesilla de cuatro ó cinco palmos con una silla pequeña, y unos pocos libros los más viejos de casa, con una estampa de un Crucifijo en un papel viejo á la cabecera.

La sotana y manteo raídos y sin pelo; de ordinario las medias todas rotas; bonete nuevo nunca lo admitió, y, si por obediencia le forzaban á admitirlo, luego le quitaba la forma y el lustre, como machucándole con las manos.

Una vez le vieron en la sacristía rogar que le diesen un vestuario pobre para decir Misa, y, porque era dia de fiesta, se lo negó el sacristan; mas el humilde Padre mostró afligirse, y, porque el sobrecaliz era de hormesí rojo y nuevo, él le tomó y le apretó de tal manera dentro de la mano, que no parecia lo que era, y de esta manera salió á su Misa.

Con ocasion y ánimo de edificar, dijo una vez de su boca que traia un jubon de dos telas veinte y cuatro años habia, sin haberlo mudado jamás.

Solia decir en secreto al ropero del colegio que le diese de ordinario las camisas nuevas y ásperas.

Tambien las camisas de tela gruesa y cruda que el siervo de Dios hacia para los pobres, se las ponía el mismo antes para ablandarlas, holgándose de llevar él antes con mortificacion de su cuerpo lo que habia de servir despues mejor á sus pobres.

Venia ordinariamente tarde á comer, porque las muchas ocupaciones de caridad no le daban tiempo para acudir antes; y así, gustaba de comer los pedazos de carne y pan sobrados á los otros, y los pedia y recibia con gran contento, y muchas veces comia del pan de los pobres.

Cuando de fuera de casa enviaban algun regalo, de lo que á él le cabia, ó no lo queria comer, ó si alguna vez lo comia, era mezclándolo antes con un poco de vinagre ó con agua, para quitarle el sabor y gusto, mostrando en esto no sólo el afecto á la pobreza, sino tambien á la mortificacion de su gusto. El hacer esto en la comida era cosa ordinaria en él.

Cuando veia otro de casa llevar el manteo más pobre que el suyo, le tenia una santa envidia y querria llevarle.

Cuando traia las medias tan viejas que se le parecian las carnes, lo costaba de ordinario, solia revolver en la parte rompida un pedacito de orillo de paño viejo, y él mismo solia echar remiendos uno encima de otro, muy á lo grosero y tosco.

Y este su grande afecto á la pobreza lo mostraba más, no procurando ni

endo para sí cosa alguna, y mostrando sentimiento y pena de que los Superiores le diesen cosa nueva, cuando le veían necesitado de vestido.

En este propósito referiré lo que le pasó estando en la ciudad de Sácer; que, viéndole aquellos señores ir con manteo raído y tan remendado, que pareció que los Superiores no miraban la calidad de la persona del P. Espiga, y descuidaban mucho de él, acudieron al P. Rector, suplicándole que no permitiese andar de aquella manera.

Por ellos el P. Rector y procuró quitárselo; mas el verdadero imitador de Cristo se le echó á los pies y le rogó no le quitase su manteo viejo, con tanta caridad, que se le hubo de dejar.

Escribieron los caballeros y ciudadanos de Sácer al P. Provincial, que estaba en Cállar, que ordenase al P. Espiga le dejase, el cual escribió al P. Rector rogándole le diese otro manteo; pero, á la ejecución, le rogó suspendiese que él escribiese al P. Provincial, lo cual hizo con tanto espíritu y afecto á la pobreza, que admirándose el Provincial de la santidad del Padre y su caridad religiosa, no se atrevió á ordenárselo ni disgustarle, reverenciando en apostólico espíritu de pobreza.

Este afecto á la pobreza en el P. Pedro revestido de grande menosprecio de sí mismo, como se echa de ver en el modo de escribir cartas que usaba ordinario, que era tomar tanto papel cuanto era menester para escribir lo que pretendía.

Una vez escribió de Cállar al P. Fabio de Fabiis, Visitador de la provincia que estaba en Sácer, en un palmo de papel; y porque lo recibió en la quietud del Visitador, lo leyó delante de todos y dijo: «El P. Espiga tiene mucho buen gusto muy muerto al mundo.»

En el mismo estilo guardaba escribiendo á personas de cuenta, y todas lo tomaban bien, atribuyéndolo á santidad y menosprecio del mundo, que veían en él un siervo de Dios en todas las ocasiones, como se verá en su vida.

Fué ménos extremado en la obediencia religiosa este siervo de Dios; cuando de contar lo mucho que se señaló á los principios en esta virtud, como que estuvo en Flandes, donde fué tenido por santo dentro y fuera de la compañía, y con este concepto y estimación se determinaron los Superiores de enviarle solo y á pié pidiendo limosna por amor de Dios, hasta que llegase á Cerdeña para cobrar la salud que los grandes frios de aquellos países le habían quitado; se echará bien de ver cuán grande haya sido su obediencia de cumplir en todo y por todo la voluntad de sus Superiores, que en lugar de Dios nuestro Señor, y no salir un punto de lo que ellos mandaban, por las cartas que escribió de su mano al P. Diego Lainez, siendo

Vicario y Prepósito general de la Compañía, que hoy día se hallan en los archivos de Roma.

En ellas no sólo le daba cuenta muy por menudo de cuantas cosas hacia en el servicio del Señor y provecho de las almas, sino que le rogaba humildemente y pedia encarecidamente que le corrigiese y dirigiese en sus acciones, porque no pretendia otra cosa que acertar á cumplir la voluntad de Dios por medio de sus Vicarios.

Cuando se le avisaba y enseñaba el modo que habia de tener en sus empleos ajustado y conforme al Instituto de la Compañía, no sólo lo cumplia luego al pié de la letra, sino que agradecia mucho la caridad que en ello recibia, facilitando á los Superiores el camino, para avisarle sin recelo que él se resintiese.

Su gusto era obedecer en todo y por todo, entendiendo muy bien cuán seguro anda el súbdito resignado en la voluntad y discrecion de sus mayores, y cuánto peligro corre el que se fía de su juicio y propia prudencia.

Todas las veces que habia de acudir á los Superiores por cualquiera cosa que fuese menester, estaba delante de ellos descubierto y con los ojos bajos, y los hablaba con tanta sumision como si fuera un novicio, y nunca se cubria si no se lo mandaban.

Recibia grande gusto en hacer cualquiera cosa que los Superiores le ordenasen, por trabajosa que fuese, y le pesaba cuando de parte de ellos le decian que hiciese alguna cosa, si queria, dejándolo en su voluntad.

Llamábanle á menudo de noche para los enfermos de la ciudad, pidiendo á él más que á todos los demás Padres de casa juntos, por la devocion que le tenian, mas nunca se le oyó decir: «No puedo.»

Despertóle una noche el portero y díjole que le pedian para confesar y ayudar á bien morir á un pobre hombre, y díjole de parte del Superior que, si no queria ir, enviaria otro Padre en su lugar. Respondióle: «Hermano, llame luego al compañero, que ya voy, y no me diga si quiero ir, porque los súbditos no han de tener querer, sino obedecer.»

Deseaba que los Superiores le mandasen siempre las cosas sin dejarlas en su mano y sin decirle si queria ó si podia.

Mostró con muchos ejemplos esta su humilde y resignada obediencia, de los cuales referiré aquí uno solo, que declara bien cuán asentada tenia en su corazon esta virtud.

Fué una vez en Sácer en compañía del P. Piñas, que era Rector, á visitar las escuelas de los estudios, y halló una alborotada con un estudiante brioso que no queria obedecer á su maestro.

Exhortóle el P. Piñas á obedecer y sujetarse á las leyes de los estudiantes,

para coregirle con suavidad, le mandó que besase los piés á otro, mas no quiso hacer.

Entónces se volvió al P. Espiga y le dijo: «Pues este no quiere, béselos á su Reverencia.»

Apénas hubo dicho esto, cuando el siervo de Dios se echó por el suelo como un rayo, quitándose el bonete, y se los besó, de lo cual quedaron estados y admirados todos, y no poco conpungido y confundido aquel estudiante.

Convidáronle los Padres del glorioso P. S. Agustin á predicar el dia de su santo Patriarca en la iglesia donde estuvo su santo cuerpo por más de doscientos años, desde el año de quinientos y cinco, hasta el de setecientos y siete y cinco, segun el más verdadero cómputo de tiempos; y por venir la fiesta del Santo en tiempo de tantos calores como los hay en Cáller, á los veinte y ocho de agosto, en el cual dia cae, le dijo el Superior que no pasase de la media hora en el sermon.

Si lo hizo; porque, luego que fué avisado por el compañero, dejando el sermón sin acabar, dijo á los oyentes: «No puedo pasar adelante, porque me han mandado que no pase de la media hora», y así acabó, dejando bien edificado al auditorio con esta accion tan rendida y obediente.

Estando enfermo un hermano del P. Pedro, Dean de la santa iglesia de Cáller, de la enfermedad de que murió y desahuciado de los médicos; estaba en muy malo y peligroso el mismo Padre.

Pidió el Dean antes de morir con grande ansia que le llamasen al P. Pedro para consuelo. Dijéronselo al siervo de Dios, y ofrecióse á ir, si los Superiores le daban licencia, confiando en el Señor le daria fuerzas para hacer la obra de caridad.

Pidió á los Superiores que no convenia dejarle ir por no ponerle en peligro de hacerle más daño la enfermedad. Replicó el Dean que á lo ménos que le dejasen venir para sólo verle.

No tampoco pareció á los Superiores; y así, el P. Pedro bajó la cabeza, y resignándose con la voluntad de Dios, que así lo ordenaba, acudió al mismo Señor con oracion, suplicándole que Su Majestad consolase á su hermano en el trance de la muerte con su piadosa misericordia.

Fue bien oido del cielo; porque al mismo punto sintió el Dean un extraordinario consuelo y gozo espiritual, que le hacia dar voces de contento y de alabanza: «Este regalo del cielo me viene por las oraciones del P. Pedro, mi hermano; por sus merecimientos me hace Dios esta merced. ¡Oh qué precioso regalo es este! ¡Oh qué soberana merced es esta que tengo por el Padre Espiga!»

Y repitiendo esto muchas veces espiró y dió su alma al Señor que la crió, segun piamente se puede creer; porque era buen sacerdote y habia aprendido de su hermano á bien vivir y morir.

Siempre le duraron las ansias de trabajar por Dios y acudir á los enfermos, aunque fuese con incomodidad suya, de modo que, aun siendo muy viejo, se levantaba de noche con gran gusto para irlos á confesar.

Jamás quiso ser privilegiado en esto, como los Superiores se lo ofrecian, sino obedecer más que los demás en este ministerio, hasta morir; y así fué que la enfermedad de la cual murió tuvo principio de haber ido una noche de mucho frio á confesar y consolar á un enfermo pobre que le llamó, y vino tan traspasado del frio, que le hizo caer en la cama y enfermar hasta que murió, para que en todo imitase á su Redentor, que fué obediente hasta la muerte.

IX

Su castidad y despego de parientes.

Igual fué á su grande obediencia la pureza de su castidad; porque fué prevenido con singular gracia y conservado toda la vida puro y casto; porque desde niño fué muy bien inclinado y apartado de toda compañía mala y dado á todo género de virtud.

Parece milagro que, de complexion colérica y habiendo vivido en la Universidad de Valencia entre estudiantes y gente libre todo el tiempo que estudió el curso de Filosofia, y despues habiendo pasado á París para proseguir los estudios, y de París á la Universidad de Lovayna, y vivido en estos lugares con abundancia, porque le proveian los suyos largamente, y con todas las ocasiones que un mozo de su edad pudiera tener; con todo eso, se conservó siempre puro y limpio como un ángel.

Y con haber estado, siendo de la Compañía, solo mucho tiempo, tratando con toda suerte de gente y con infinitas mujeres pobres, y entrando y saliendo de sus casas todas las veces que le llamaban en sus necesidades por espacio de cuatro años; con todo eso, jamás hubo en él ni un mínimo recelo.

Muchas veces le vieron entrar solo en lugares de mujeres, que por su pobreza vivian mal y hacian vida deshonesta públicamente, para sacarlas de aquel mal estado, y las sacaba, acomodándolas en casas honradas, y otras veces dándoles con que vivir y ocupándolas en trabajar de sus manos, dándoles caudal de lino para hilar ó de trigo para hacer pan para vender, con lo cual despues se sustentaban, confesando á menudo y edificando tanto con la

ñenda de su vida, cuanto habian desedificado antes con su mal modo vivir.

Una vez cierta mujer le hablaba con alguna libertad y le llamaba: Padre Padre Espiga mio, lindo, hermoso y otras semejantes palabras.

Después con un sacudimiento grande la despidió, y, volviendo las espaldas, se fué, quedando ella espantada, porque sin duda la pobre mujer no debió tener mala intencion, sino que fué imprudente en el hablar; y así, nadie se atrevia á burlarse con él, porque en todo era serio y de pocas palabras.

Nunca se ponía á conversar de propósito con mujeres, sino de paso y sin mirarlas en el rostro; siempre tenia los ojos bajos ó cerrados.

Por tan grande su recato y circunspeccion en esto, que aún con sus mismas sobrinas y deudas lo guardaba; porque muchas de ellas advertian que él las miraba de propósito, y particularmente dos doncellas hijas de una hermana suya, devotas y honestas, las cuales por el buen espíritu que recibieron de su tío, se dedicaron á Dios con perpetuo voto de castidad.

Contaron en él que, después de mucho tiempo que las confesaba y trataba, él sabia diferenciar la una de la otra, preguntándolas muchas veces: «¿no os llamais vos, y vos cómo os llamais?» Argumento grande de cuánto recto estaba de las cosas del mundo y cuán recatado iba en el trato con ellas, pues á sus mismas sobrinas no conocia de rostro por no mirarlas. Afligian estas dos doncellas una vez afligidísimas porque su madre, cuando que habian hecho voto de castidad, lo sintió tanto que se fué de su casa y las dejó solas con propósito de nunca verlas ni estar con ellas, y se casó á casa de una hija casada.

Quedándose solas en casa sin madre, porque las habia desamparado, y sin padre porque habia muerto y sin otra compañía, no sabian qué hacerse; llamando á la puerta el P. Espiga, su tío; rogáronle que subiese un poco por amor suyo para aconsejarlas lo que habian de hacer en aquel trabajo: nunca se acordaron acabar con él que subiese la escalera, sólomente las animó á sufrir la persecucion que el demonio habia levantado, y trájoles el dicho de ánimo, que por servir á Dios y agradarle hemos de hollar y pisar al padre y madre, si nos quisieren estorbar; de donde conocieron ellas bien cuánto grande era la pureza de su tío y el recato de conservarla; pues sus mismas sobrinas se descuidaba de evitar ocasiones, respetándole como á un santo y siervo de Dios de allí adelante.

Todo el tiempo que vivió el siervo de Dios en la ciudad de Cáller, su tiempo que fué bien largo, porque desde el año de 1557 que vino de Flandes hasta el de 1594 que murió, estuvo siempre en el colegio de Cáller, sacando de él los pocos más ó ménos que estuvo en el de Sácer, como queda dicho;

dió raro ejemplo de tener mortificado el afecto á sus parientes y estar c apegado de todo lo que huele á carne y sangre.

Lo cual dió bien á entender desde el primer dia que, viniendo de Flanc entró en su patria, donde teniendo un hermano Dean rico, hermanos, sol nos y sobrinas, gente de calidad y hacienda, y viniendo él de tan largo mino casi desnudo; nunca se quiso valer de ellos, sin hacer cuenta del trimonio y hacienda que, muertos sus padres, le habia quedado, ántes to de un extraño una sotana y manteo viejo que le dió de limosna.

Ni ménos pudieron acabar con él todos los suyos, por más que se lo ro ron é importunaron, poniéndole delante la nota que habia y lo que hablan de ello en la ciudad, si no iba á sus casas; y, sin hacer caso de esto, desde nave se fué al hospital, como hemos dicho, y en él vivió de limosna, y no c sintió que de casa de sus parientes se le enviase algo. Y si alguna vez le c viaban algun regalo, era para los pobres enfermos y no para su persona.

Cuando despues de algun tiempo que estuvo en el hospital le fué forzos á peticion del virrey D. Alvaro de Madrigal, salir del hospital á vivir dent del castillo donde estaban los virreyes, jueces, Arzobispo y títulos, por s confesor de casi todos; hubo grande competencia entre sus deudos, que ca cual de ellos le queria en su casa y alegaban todas las razones que favorecia su pretension.

Pero el siervo de Dios, que tenia el amor de sus deudos bien mortificad no se mudó un punto de lo que era, sino, mostrando á todo el mundo cua poco le tiraba el afecto de sus parientes y regalos de este mundo, sin hac caso de sus importunaciones y dichos, con una santa llaneza y libertad de e píritu, los sacudió de sí y se fué á los entresuelos de otra persona extrañ donde vivió de limosna, hasta que fué á toparse en Sácer con los Padres q venian de España para fundar aquel colegio, de donde volvió en espacio c dos años, llamado del virrey y ciudad, que no se hallaban sin él por el gra de concepto y estima que tenian de su santidad y por el provecho que en ciudad hacia.

Estuvo despues en Cáller desde el año de 1563, poco más ó ménos, has el de 1594 en que murió, tan despegado de los suyos, como si no estuviera su tierra; y así, decian sus parientes, en particular una hermana suya m sierva de Dios, que para ellos tanto les era el P. Espiga en Cáller, como fuera muerto, porque apénas le veian. Y si alguna vez los visitaba, era enfermedad ó para darles qué hacer para los pobres.

Su estilo, cuando iba á sus casas, era preguntar luego cómo estaban toc ¿hay salud en casa? y respondiéndole que sí, callaba un ratico con los ojos jos y el ánimo en el cielo. Luego decia: «¡Sea Dios loado, oh qué buen I

tenemos! sirvámosle bien, que lo merece;» y con esto se despedia sin há-
más palabra ni usar otros cumplimientos.

algun enfermo habia, se solia entretener un rato más, visitándole y ex-
ándole á paciencia y á ponerse bien con el Señor.

uego se ponía de rodillas á la cabecera de la cama y hacia un rato de
ion por él, y le decia un Evangelio, y le disponia para la confesion si era
ester.

on esto, luego se iba á negociar las cosas de sus hijos los pobres; porque
tenia él sus regalos y delicias, teniendo muy impresa en la memoria la
encia de Cristo Señor nuestro: *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi*
tis.

a continua meditacion de estas palabras del salmo: *Beatus qui intelligit*
regnum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus, le hacia ol-
se de cuanto habia en el mundo por atender, y servir, y regalar al Hijo
ios en los pobres.

unca se metia en negocios temporales de los suyos ni los queria saber, y
ue le conocian la condicion, acudian antes á otros Padres de la Compa-
que no á él.

r estos ejemplos vivos del P. Espiga se movió un sobrino suyo lla-
o Antiogo Espiga á dejar un buen canonicato de la iglesia calaritana, que
u mucha virtud y letras habia alcanzado, y renunciando con él todos los
es del mundo, se entró en la Compañía de Jesus, donde vivió con mues-
le mucha religion y virtud, y leyó Teología algunos años en el colegio
cer con mucha satisfaccion; y siendo por sus buenas prendas y apaci-
ostumbres nombrado de nuestro P. General P. Claudio Aquaviva, Rec-
el colegio de Cáller, antes de tomar este cargo, murió y se fué á gozar
os, como merecia su buena vida, dejando á toda la provincia de Cer-
lastimada por la pérdida de un tan buen sujeto.

X

Su humildad y menosprecio de sí.

tambien en el P. Espiga profundísima la virtud de la humildad, que
ue roba el corazon de Dios y de los hombres; porque está llena su vida
rísimos testimonios de esta virtud.

ribiendo al P. General Diego Lainez, y dándole cuenta de lo que hacia
ler, dice estas palabras, entre otras:

los que están en pecado mortal hágomelos amigos, y procuro apartar-

los de él, y bendito el Señor da gracias á mí y á los que trato y sucede bien. Es verdad que en medio de la plática me estremezco no poco, conociéndome podrido de vicios y pecados.»

En la misma carta le dice que sentía muchísimo y le pesaba en el alma que los virreyes y todas las demás personas de calidad, cuando le topaban por las calles, le hiciesen cortesías y cumplimientos.

De este espíritu le nacia no poder oír jamás sin tormento cosas tocantes á alabanza suya; y cuando delante de él se atrevía alguno á alabarle por las muchas buenas obras que hacía á todos, luego le atajaba con grande sacudimiento, por más grave que fuese la persona.

El poco caso que hacía de la grandeza de este mundo mostró con una acción que hizo con el virrey D. Alvaro de Madrigal, el cual, viniendo un día de fiesta al colegio, para confesarse con el siervo del Señor, que era su confesor, le halló confesando pobres y estudiantes en el patio del colegio, asentado en un poyo y rodeado de esta gente.

Luego se levantó el Padre y le saludó, y sabiendo que venía para confesar, le hizo arrodillar allí en el patio delante de todos en el mismo lugar donde confesaba la pobre gente.

El virrey lo hizo con mucha llaneza, tomando bien todo lo que el siervo de Dios hacía, porque le tenía por santo.

Los Superiores que lo vieron repararon y avisaron al Padre que no parecía bien aquel modo de tratar á un virrey: él respondió que lo hizo para que todos se edificasen de ver á un virrey confesar públicamente y sin ceremonia, que en la confesión no se ha de buscar, sino huir.

De estas y semejantes acciones muy contrarias á los cumplimientos de los mundanos solía hacer cada día el P. Espiga, menospreciando á sí y á todo lo que el mundo estima.

De esto le nacia escribir billetes á personas de mucha cuenta con pocas palabras, firmándose *Espiga, pecador*, y el procurar, como procuraba, con una extraña sagacidad y modestia encubrir las cosas que hacía, enviando limosnas secretas á personas honradas que las habían menester, sin saber ellas quién las enviaba.

Algunas veces imitó en esto al glorioso S. Nicolás, que echaba la limosna en lugar donde la persona pobre la hallase, sin saber por dónde le venía; mas después lo echaban de ver, queriéndolo así Dios para honrar á su siervo.

Una vez encomendó un negocio de caridad á Fernando Sabater, notario; fué otro día á saber si lo había hecho, y díjole: «Señor Fernando, ¿hizo aquel negocio?» Habíase poco antes disgustado con otro el notario, y cuando le ha-

siervo de Dios aún estaba colérico; y así, le respondió sacudidamente dole: «Déjeme estar, Padre, que estoy para hacer algun desatino.»

siervo de Dios, pensando que le habia dado él la ocasion de aquella, se le arrodilló luego á los piés, pidiéndole perdon y queriéndole besos piés.

endo esto el notario, se postró tambien en tierra confuso y espantado, y ermitió que el venerable Padre le besase los piés. Con este acto tan raro umildad le quitó la cólera, y le sosegó, y edificó.

Obispo de Ampurias, D. Antonio de la Bronda, decia muchas cosas de ntidad del P. Espiga, por haberle conocido y tratado mucho tiempo denfuera de la Compañía.

tre otras, afirmó que en siete años que vivió con él en el colegio de Cáe la Compañía, jamás le pudo notar cosa que llegase á pecado venial, y estando en Sácer el Padre, fué llamado un dia de una pobre enferma, pnfesarla, y la halló echada en el suelo en un rincon, sin tener cama ni que comer. Confesóla y exhortóla se fuese al hospital, la cual dijo que ero que no tenia quien negociase con los jurados el llevarla.

tónces el fervoroso Padre la cogió de un brazo, y levantó en pié, y dijo rmano su compañero que la tomase del otro brazo, y así la llevaron por lles hasta la casa de la ciudad, para pedir licencia á los consellers de la llevar al hospital, la cual dieron luego, y el Padre con el Hermano y rma prosiguió su camino hasta el hospital, donde la dejó bien acomocon admiracion de toda la ciudad, que quedó bien edificada de esta e humildad y caridad.

sacerdote honrado, muy devoto del siervo de Dios, de quien fiaba mura enviar limosnas secretas, dijo que á los principios que los Padres binos vinieron á fundar en Cállar padecian mucha necesidad, como sue los los que fundan, y el Padre le envió una cuaresma á ellos, con una cantidad de higos secos, con órden que no dijese quién los enviaba, e tomasen aquella limosna por amor de Dios. Confesaba en la iglesia na gana á las mujeres pobres que acudian á él, y á estas acudia luego. ó una señora principal devota que confesaba con él, que nunca la lla ntes de las pobres, sino que la hacia aguardar para despues, aunque le dijo que entrase cuando tuviese lugar.

ndo un dia confesando en la iglesia las que solia, se echó á los piés un nfermo, que no se podia tener en pié, ni estar arrodillado: el Padre se luego, y le abrazó, y levantó de tierra, y le hizo asentar en el confe-, y él se le arrodilló delante, y, así arrodillado, le oyó de confesion y consolado.

En el día ó tiempo que le dieron la profesion de tres votos, el P. Fabio Fabiis, que era Visitador entónces, á los 7 de abril de 1583 le hizo hac una exhortacion á todos en el púlpito del refectorio; toda ella fué confundir á sí mismo, diciendo con lágrimas en los ojos, que no merecia que Dios tuviese en la Compañía por sus pecados, y que era indigno del grado que ella se le habia dado, con otras cosas que edificaron, y compungieron mucho á los presentes.

Habia de ir un día de fiesta por la mañana á confesar á D. Nofre Fabre Dijar, procurador real, con toda su casa, en una isleta suya que está dentro del estanque de Cáller, léjos de la ciudad dos millas; enviáronle un macho con un hombre viejo, pescador, para que fuese á caballo hasta la orilla del estanque, donde les aguardaba una barca.

Salió el Padre del colegio, y, al subir á caballo, dijo al viejo que ambos habian de ir en el macho; el viejo lo rehusó por el respeto que le tenia como á santo. El Padre replicó que sí, y porque no lo pudo recabar, fueron ambos á pié, llevando de la rienda el macho por las calles, hasta llegar al lugar donde se habia de embarcar para la isleta.

Preguntado el siervo de Dios del caballero por qué vino á pié, le respondió: «No tuve ánimo de ir yo á caballo, y este pobre viejo á pié;» mas no era ménos viejo el Padre, ántes muy cansado de trabajos y de poca salud: con todo eso no quiso perder aquella ocasion de humillarse y mortificarse.

Estos y semejantes actos de menosprecio del mundo y humildad propia eran ordinarios en el P. Pedro.

Quitábanle una vez el cabello; estando medio hecha la barba, le vino el portero á decir que en la portería le estaba aguardando un pobre, y sin aguardar un punto, le fué á despachar, con la media barba por hacer.

Otra vez tomaba él mismo unas tijeras, y por no perder tiempo se la cortaba de presto, y con los altibajos de su barba salia fuera á negociar.

Pasando un día por la puerta pública de la ciudad, vió que en medio de la calle habia un hoyo muy profundo y estrecho, de modo que metiendo el pié un caballo, caeria y se estrellaria allí; fué el siervo de Dios delante de todos por todo aquel contorno buscando piedras, y recogiendo en el manteo mucha cantidad, con sus propias manos hinchó y allanó bien el hoyo con admiracion de los que lo estaban mirando. A los Prelados reverenciaba grandemente, y les hablaba con mucha humildad.

Cuando venia á pedirles limosna para los pobres, muchas veces no entraba, sino decia á alguno de los criados: «Digan al señor Arzobispo que aquí hay un pobre que pide una limosna por amor de Dios,» y luego le daban largamente.

ando queria reprender á alguno por alguna falta y escándalo que habia, le llamaba aparte, y con grande suavidad y humildad le decia: «Hermano, yo y vos somos unos grandes pecadores, rogad á Dios que nos tenga en su mano y nos dé luz para conocerle.»

eran de tan grande eficacia estas sus palabras, que compungian y enmenaban al delincuente.

Antes de venir los demás Padres á Cerdeña, estando él solo, predicaba al pueblo. Un dia habiendo de predicar en la iglesia catedral de Cállez, subido al pulpito, vió un muy lucido auditorio, y dijo: «Señores, ó por mis pecados, ó por los vuestros, yo me he olvidado del sermon, rueguen á Dios que nos haga buenos,» y con esto bajó y todos entendieron lo hizo por mortificación y para que le tuviesen en poco.

Una cierta es que por humildad, despues que vinieron otros predicadores de la Compañía, jamás quiso predicar, ocupándose todo en confesar pobres en cárceles, de los hospitales, de las aldeas, esclavos y esclavas, criadas y criados; en disponer y acompañar los ahorcados, y en todas las obras de humildad y caridad que podia.

Fue á una mision por buena parte del reino con otro Padre de ménos años de religion que él, y nunca quiso predicar en pueblo alguno, estando presente el Padre su compañero; sólo se ocupaba en confesar, hacer paces y enseñar doctrina cristiana.

Con gran pasion y amor á la propia excelencia, que es el Jebuseo que de contino hace guerra á los hijos de Israel, los verdaderos imitadores de Cristo, el soberano Bien, la tuvo el siervo de Dios tan rendida y sujeta, que á nadie era tormento que gusto oír cosas tocantes á su propia alabanza.

Como buen testimonio la resistencia que hizo, estando en Flandes, á la elección, que querian procurar sus amigos y criados de la casa del emperador de su persona en Arzobispo de Oristan, teniéndose y confesándose indigno y repto é indigno en aquella dignidad.

Como bien los de Cállez, edificados de sus santas obras, desearon tenerle por Arzobispo, y trataron de pedirle por su Prelado y Pastor al rey Felipe II. Pero el humilde Padre, y como si le fuera la vida lo resistió, y escribió que de grande eficacia no tratasen de su eleccion.

Algunas veces hacia algunas cosas que á los ojos de los del mundo parecian de poca cuenta; y diciéndole algunos de la Compañía que mirase que al mundo no le importaba bien lo que hacia, respondia: «Mundo, qué mundo, mundo,» haciendo caso de él, como quien era bien mortificado y crucificado á todas sus

Una vez por la ciudad y vió el Hermano compañero que de una media

vieja y rompida que traia, salia un pedazo de piel de raposa que le iba atrando; avisóle que se lo quitase, porque los que le verian se reirian: el si de Dios con un rostro muy alegre le dijo: «¿Y él tambien es de los pulic y, sin hacer caso ni quitarlo, pasó adelante.

XI

Su gran mortificacion.

A este paso procuraba mortificarse y vencerse en todas las demás co y así, siendo de delicada complexion y naturalmente asqueroso, para ver se en esto y alcanzar gloriosa victoria de sí mismo, se solia, como quedo cho, recostar en medio de los enfermos y agonizantes de la cárcel y hosp para confesarlos; abrazábase con ellos y limpiábalos con su mismo pañ el rostro, sufriendo aquella hediondez.

Muchas veces le vieron en la cárcel desnudar á los pobres y enfermos sus vestidos llenos de sabandijas, y cubrirlos con su manteo mientras los piaba de aquellos asquerosos animalejos con sus propias manos.

En tiempo de mucho frio solia andar por casa sin ropa, y en el de mu calor, cuando todos parece que se abrasaban, salia con la ropa ceñida.

Preguntándole por qué hacia eso, respondia: «Yo me sirvo de la ropa co del pan, cuando lo he menester le tomo, y cuando no, le dejo.» Pero bien tendian todos que en el siervo de Dios era mortificacion y menosprecio sí mismo el hacer aquello, como lo hacia en todas las cosas.

En la cama se contentaba con un colchoncito y un madero por almoha Este era su regalo, porque de ordinario no se acostaba, sino se echaba s el suelo ó unas tablas.

En el aposento, por ser muy pequeño y cubierto casi de teja vana, pad grande frio en invierno y grande calor en el verano.

En el vestido pobrísimo y roto. La comida, para volverla desabrida, claba con agua y vinagre; gustaba los mendrugos que dejaban los otros yendo de todo regalo.

Fué un dia á acompañar unos ahorcados por toda la ciudad, y lleg del trabajo cansado á casa pasado mediodia, no quiso de un pescado q le dió tomar bocado, contentándose con un poco de ensalada y pan.

En una mision que hizo á unos pueblos vecinos de Cáller, su comic pan, berros y agua.

Si alguna vez, estando enfermo, los médicos le ordenaban alguna co

la, como ave y algun dulce, él les decia: «Señores, esas comidas han de dar vuestras mercedes para los reyes y papas, no á mí, que soy un pobre religioso.»

Una vez, estando enfermo, no podia tragar bocado por el hastío grande que le daba; díjole el enfermero: «Padre, ¿quiere que eche un poco de azúcar para darle sabor que lo pueda comer?» y el siervo de Dios suspirando, dijo: «Hermano, nunca he buscado yo esos regalos.»

De los ojos fué singular el cuidado que tenia de tenerlos bajos y casi cerrados; y así, no conocia de rostro aún á las mujeres que mucho tiempo con él se confabulaba y trataba, ni advertia quién de los Padres ó Hermanos venia de otra casa al colegio, ó iba á otro lugar por morador.

Vino un Hermano de la casa de Probacion para vivir en el colegio, y estaba en él seis meses, cuando necesariamente hubo de tratar con el Padre Pedro, el cual pensando que aquel dia habia venido del noviciado, le dijo: «Hermano, sea bien venido, ¿cómo están los del noviciado?» y respondiéndole el Hermano que no podia darle razon por haber tantos meses que habia salido de él. Salió luego el Padre con decir: «Loado sea Jesucristo, seamos todos buenos, Hermano mio.»

Dr. Monserrate Roselló, Oidor que fué de la real Audiencia, y electo de nuestra Señora de Sacargia, en aquel reino, vino á tratar un negocio con el P. Espiga, el cual le respondió que acudiese á otro Padre que seria á propósito, llamado P. Miguel de Palacios, y que se le hiciese llamar el bueno, porque estaba más en el negocio.

Lo dijo pensando que estaba el dicho Padre en el colegio de Cáller, y que ya seis meses que habia ido por morador del colegio de Alguer, como dijo el mismo doctor, y el buen Padre le respondió que hasta entónces habia sabido.

Se predicaba un Hermano en el refectorio al tiempo que todos comian, como acostumbraba en la Compañía para enseñar á los Hermanos el modo de predicar con espíritu y provecho, y para conocer el talento de cada uno para su ministerio.

Se le presentó el P. Pedro y contentóle el sermon; y estando despues á la mesa en la quiete y recreacion comun, oyó que los demás Padres y Hermanos alababan el sermon y el talento del predicador; el Padre Pedro añadió: «A mí me ha dado tanto gusto, que tuve tentacion de levantar los ojos para mirar quién era aquel Hermano,» que con estar algun tiempo en el colegio aún no le conocia por andar tan ocupado en las cosas de su oficio.

No sólomente tuvo este recato y circunspeccion en el mirar, sino tambien

en el oír; porque jamás le advirtieron gustar de oír tratar de cosas inútiles y vanas.

Venia una vez de la ciudad de Oristan á la de Cáller con un hombre guía, el cual en la villa de Samasi, fin de la jornada, le llevó á hospedar casa del mayor; entró en ella y sentóse á un rincón, y como no le conocieron muchos que estaban á la lumbre comenzaron á hablar y burlarse entre con palabras torpes.

El Padre, viendo que sin vergüenza pasaban adelante y que no les aprochaba la corrección fraterna, se salió luego á la plaza y se asentó en una piedra lejos.

Fuése tras él el hombre que le acompañaba á persuadirle que volviese entrar por el gran frío y sereno de la noche, y porque no tenía otra posada donde llevarle; mas nunca pudo acabar con el siervo del Señor que volvió á casa donde se ofendía á su Dios.

Viéndole determinado de antes estarse en aquella plaza toda la noche y volver allá, porque le tenía muy encomendado de su señor, que era una persona principal de Oristan, y por la reverencia que tenía á su santidad; buscó otra posada, y la halló luego de gente muy honrada, que gustó sumamente de recibir y hospedar aquella noche tan buen huésped, pagando de esta manera nuestro Señor su buen celo.

Finalmente, fué un perpetuo enemigo de su cuerpo, afligiéndole con todas las incomodidades que podía, en la comida, en el vestido, en la dura cama durmiendo de ordinario vestido sobre tablas, disciplinándole á menudo, haciéndole padecer frío de invierno y calor de verano, y negándole todo regalo aun lícito y necesario.

En lo que más resplandeció su mortificación y paciencia fué en algunos trabajos y persecuciones domésticas que tuvo por medio de algunos Mirros del colegio, que mal informados, como nuevos y de poca experiencia, conocimiento que tenían del Padre, reparaban darle cada día, mañana y tarde, compañero para acudir á la máquina de sus empleos.

Ni sólo le negaban el compañero, sino que le daban ásperas reprensiones, sufriendolas el siervo de Dios con grande paciencia, sin quejarse jamás los Superiores mayores.

Llegaron á darle reprensiones públicas, tratándole de importuno y poco considerado, aunque con bueno y santo celo, permitiendo Dios fuese así tratado por algún tiempo de los que no conocían tanto su santidad.

Vino á oídos del Padre Provincial, el P. Bartolomé de Olivencia, el cual, conociendo bien la santidad del siervo del Señor y el grande servicio que hacía á Dios con sus ocupaciones; ordenó que se le tuviese el respeto debido, y

dia pudiese salir sin compañero de los de casa, dándole amplia y absolución para que se acompañase con algun clérigo honrado, ciudadano ó diante.

de esta manera anduvo todo el tiempo que vivió ocupado en sus santos oficios, haciendo obras milagrosas en las cárceles, en los hospitales y en los demás necesitados de la ciudad y fuera de ella.

XII

Su oracion y don de profecía.

Un hombre de tan grande mortificación como fué este gran varón, no pudo menos de aventajarse en mucha oración.

Desde seglar parece le llevó Dios por este camino como escogido varón; que desde niño se apartó de todos los vicios y juegos de los de su edad, muy recogido, lo cual declaró bien en una carta que escribió de la ciudad de Valencia, donde estaba estudiando el curso de Filosofía, en la cual escribía á los suyos á la devoción y lección de libros espirituales y señaladamente de las Confesiones de S. Agustín, de quien fué siempre devotísimo y aficionado á su doctrina.

Se puede bien decir de este siervo de Dios que cumplía bien el precepto de este Señor nuestro: *Oportet semper orare, et nunquam deficere*, porque siempre estaba en la presencia de Dios, y tan ocupado en todas las obras de caridad, que no le bastaba el tiempo para cumplir con lo que deseaba para el servicio del Señor cada día.

Que obrar bien siempre es el sentido de este lugar, segun el venerable padre que dice: *Semper orat, qui secundum Deum semper bene operatur*. Y así: *Semper orat, qui bene semper agit*.

Que anduviese el Padre en estas obras con el pensamiento levantado á Dios, muy abstracto de la tierra, se echaba de ver en muchas acciones.

Una mañana, antes de levantarse, le avisaron que había de ir á algunas necesidades espirituales y temporales que le llamaban de fuera apretadamente. Al corro de los pobres, y, sin vestirse la sotana, tomó el manteo para ir con el compañero, el cual, despues de haber acompañado al Padre por las calles de la ciudad, advirtió que iba sin sotana; avisóle y miróse el padre y hallándose que era así, dijo al Hermano con mucha humildad: «Volvá á casa.»

Este grande recogimiento y continuo trato interior con Dios, nacia el

no advertir por muchos meses ni saber cuáles eran los Padres que salían del colegio para otro lugar.

Decía cada día Misa con mucha devoción y lágrimas.

En la portería, mientras aguardaba estudiantes que enviaba para negocios de pobres, se entraba en un aposentillo donde solía confesar, y arrodillado se estaba en oración.

Un día le llamó un Padre de donde hacía oración, y salió luego muy compuesto y con un rostro muy resplandeciente extraordinariamente.

Era devotísimo de la Pasión de Cristo nuestro Señor; tenía sacada toda en unos breves puntos para meditarlos mejor, los cuales hizo imprimir en unas hojas enteras de papel en lengua castellana, y después fue dándolos á cuantos pudo aquellos puntos para meditarlos.

Hizo juntamente imprimir los puntos del exámen de la conciencia, y exhortaba á todos lo hiciesen cada noche antes de acostarse.

A los enfermos que le llamaban para confesarse con él, encomendaba á Dios de rodillas un buen rato, y después los consolaba, y á muchos decirles el Evangelio quitaba la calentura y daba salud.

Entre otros la dió á un niño llamado D. Simón Dijar, hijo de D. Juan Dijar. Estaba este niño ya desahuciado de los médicos, y no le daban sino de pocas horas, sin pulso y sin habla.

Llorábanle ya sus padres y deudos como á muerto con grande sentimiento y pena, porque era el heredero de su casa y en quien tenían puestas sus esperanzas.

Llamaron por único remedio al P. Espiga, confiando mucho en su santidad: vino luego el siervo de Dios y miró al niño, y, sin decir palabra, se retiró á un rincón y se puso de rodillas, estando un buen rato orando.

Levantándose de la oración, sin volver adonde estaba el enfermo ni decirle el Evangelio, como solía, y sin despedirse de nadie, muy encogido y callando se salió luego de la casa y se volvió al colegio.

Al punto que el Padre salía, despertó el niño y volvió en sí, saliendo de las manos de la muerte; tuvo gran mejoría, cobrando en pocos días entera salud con admiración de todos, que atribuyeron á la oración y merecimientos del siervo de Dios la vida del niño.

Así lo publicaron, diciendo que el Padre tuvo revelación que el niño no moriría, y que por su humildad salió sin decirles nada; y no se engañaron en esto; porque el mismo Padre dijo á su compañero después de la oración, al salir de la puerta, que no moriría de aquella enfermedad aquel niño, y así fue, que sanó y vivió muchos años.

Había en el colegio de Cáller, donde el venerable Padre vivía, un Padre

muy grave, llamado Antonio Montano, flamenco de nacion, natural de la ciudad de Gante, al cual, siendo niño, trajo de Flandes á Roma D. Antonio Parragues de Castillejo, Arzobispo que fué de Cáller, aficionado á la grande habilidad que descubria, y en Roma en el colegio Germánico le hizo estudiar hasta la sagrada Teología.

Salió eminente en todas las facultades que estudió y señalado en las tres lenguas latina, griega y hebrea, de grande erudicion, grande orador, grande poeta griego y latino; sus versos podian competir con los de Virgilio y Homero; buen filósofo y teólogo, al cual dió el Arzobispo un buen canonicato en la iglesia de Cáller; del cual gozó algun tiempo siendo ejemplo y espejo de toda virtud y bondad á todos los Capitulares y á los feligreses, por los cuales ofrecia cada dia el santo Sacrificio de la Misa.

Jamás le pudieron hacer decir Misa de las de obligacion que suelen decir los Capitulares, recibiendo su estipendio por las que dicen, respondiendo que todas sus Misas eran obligadas á los de su canonicato que le daban la renta.

Este insigne varon, siendo canónigo, se determinó dejarlo todo y hacerse religioso de la Compañía, como de hecho lo hizo, y vivió en ella muchos años, dando ejemplo de profundísima humildad y menosprecio de sí mismo; siendo tan grande letrado, decia que no sabia nada.

Una vez le ordenó el P. Rector que hiciese algun poema ú oracion para recitar en las escuelas por el tiempo de la renovacion de los estudios, y él casi de rodillas le rogó que no le ordenase aquello porque no sabia nada; que se habia olvidado de todo; que le mandase ir antes por algunos meses al aula de retórica para aprender, y despues podria hacer algo.

El Superior, que conocia bien que todo aquello era humildad, le decia: 'Háganos V. R. por ahora esta caridad y despues veremos esotro de ir al aula,' y luego, bajando la cabeza, se iba y tomaba la pluma, y con una lindísima letra, porque era tambien excelente escribano, traia al Superior cuanto le habia pedido, así en prosa como en verso, con tan subido estilo y erudicion, que no habia más que desear; y él decia que no valia nada y que no era cosa para parecer, tan de veras y de corazon, que espantaba tan grande humildad y poca estima de sus cosas, siendo tan perfectas y acabadas.

Era dotado de una simplicidad de paloma y de una grande caridad y celo de las almas, varon de grande honestidad, y pureza, y de grande mortificacion y oracion.

Solia afligir su cuerpo con disciplinas rigurosas, y para más atormentarse, rogaba á otros que le disciplinasen sin piedad.

Una vez fué al jardin con los demás, y su recreacion fué coger un manojito de varas de granada y con ellas irse á una casa secreta con un Hermano con-

fidente, y allí le rogó que le sacudiese con aquellas varas. Importunóle tanto, que condescendió con su deseo.

Con las muchas y recias disciplinas que hizo y tomó de otros, se acortó la vida y se murió muy temprano con todos los Sacramentos de la Iglesia, con grande sentimiento del Arzobispo y ciudad de Cáller, que le tenía por un santo y grande letrado, con quien consultaban todas las cosas y casos de importancia.

Pues este Padre tenía grande conocimiento del P. Pedro Espiga, y le tenía por santo, publicándole por tal, como parece en el caso siguiente.

Fué á visitar á un niño enfermo hijo único de un ciudadano honrado llamado Antonio Gavino Rubí, el cual estaba desahuciado de la vida de su hijo por los médicos, y fuera de sí de pena.

Consolóle el P. Montano, y entre otras cosas que le dijo fué que él iria al colegio y rogaria de su parte al P. Espiga que visitara á su hijo y rogase á Dios por él; que confiaba que con las oraciones del Padre sanaria. Fué así, que visitando el P. Espiga al enfermo, y haciendo oracion por él, dijo á su padre que tuviese buen ánimo, y que su hijo no moriria de aquella enfermedad.

Así fué, dando bien á entender con este testimonio el P. Montano, varon tan santo y verdaderamente humilde, la opinion que tenía de la santidad del P. Espiga y la experiencia de que con sus oraciones curaba los enfermos.

Esto bastó para conocer la eficacia de la oracion del siervo de Dios, en la cual le enseñaba el Señor muchas veces las cosas por venir y ocultas, como se puede echar de ver de lo dicho, porque no careció del don de profecía, que suele Dios nuestro Señor comunicar á los varones santos, sus escogidos y regalados siervos.

El P. Salvador Pala, religioso de la Compañía, profeso de cuatro votos y lector de Teología, siendo Hermano, sirviendo de enfermero al P. Espiga, por la devocion que le tenía como á santo; un dia fué á la cocina, despues de haber hecho una media hora de oracion en el coro, para guisar la cena al Padre.

El Hermano cocinero, por mortificarle, le reprendió, diciéndole cosas que nunca habia imaginado, de lo cual quedó muy afligido y triste.

Conociólo el P. Pedro, y preguntóle la causa de su tristeza, y sabida, le respondió: «Yo no sé que hace la Compañía y no concluye con ese Hermano, haciendo ahora lo que habrá de hacer de aquí á nueve años,» significando juntamente la causa por la cual le habian de echar de la Compañía cumplidos los nueve años.

Como lo dijo se cumplió; porque acabo de ellos fué despedido por la misma falta y causa que el P. Pedro dijo.

A otro Hermano de poco espíritu dijo que le echarian de la Religion, si no se amoldaba y ajustaba al espíritu de ella; así fué, que despues de algunos años le echaron por sus libertades y poca virtud, porque la Compañía no aguarda á que la escandalicen los díscolos y libres, sino que, echando de ver de léjos que uno va á perderse y ser escandaloso, luego le avisa y corrige, y, viendo que no hay enmienda, le echa de sí y corta como miembro podrido.

El Dr. Monserrate Roselló, Oidor de la real Audiencia, Visitador que fué de aquel reino, de todos los ministros reales, y Abad de Sta. María de Sarcargia, y muy devoto del P. Pedro, entre otras muchas cosas que afirmó de él, fué la que le aconteció en su casa.

Tenia enferma á su abuela materna, hija de confesion del dicho Padre. Esta señora, despues de haberse confesado y comulgado en la cama por su devocion, porque á juicio de los médicos, no tenia peligro de morir, envió á llamar al P. Espiga sólo por su consuelo.

Vino, reconcilióla y, como tenia de costumbre, hizo oracion por ella, y luego apartándose con el mismo doctor á una parte, le dijo con mucho sosiego que hiciese traer la Extremauncion.

Replicando el doctor con el parecer de los médicos, que poco antes se habian ido, y no la daban por peligrosa, ántes la daban largo plazo de vida, el Padre le volvió á decir con el mismo sosiego que luego hiciese venir el santo óleo.

Hízose así, porque el Padre lo decia, y estando la enferma muy en sí, comenzó á recibir este Sacramento, y todo fué uno acabarle de recibir y dar el alma al Señor, persuadiéndose con este caso el doctor que Dios nuestro Señor habia revelado á su siervo la muerte de su abuela, y que por sus merecimientos le habia hecho esta merced de dejarla recibir todos los Sacramentos.

Un clérigo muy honrado, siendo capellan de los virreyes D. Gaston y D.^a Catalina de Moncada, llamado Antonio Espiga, natural de la villa de Selargius, tres millas de Cáller, solia acompañar muchas veces al P. Pedro, cuando iba visitando las casas de los pobres necesitados y enfermos.

Esta persona afirmó que fué un dia con él á la marina para visitar una mujer enferma que tenia su marido fuera mucho tiempo habia, y padecia grande pobreza.

El Padre la habia visitado, y dado limosna, y exhortádola á que se confesara con quien quisiera; que este era su estilo la primera visita que hacia, y si no se confesaban, no volvía la tercera vez á verlas, como lo hizo con esta, conociendo que fingió la enfermedad por revelacion divina.

Antes de llegar á la casa buen trecho, le dijo el Padre: «El marido habrá venido,» y entrando, hallaron que habia venido, y que la mujer estaba en la

cama desmayada y sin sentido. Pero el Padre saludó al marido en la sala, y preguntóle si se había confesado la enferma, y luego se despidió sin verla, por más que el marido se lo rogó, diciendo: «Ya volverá en sí y hablará como antes.»

Esto dijo al marido, y después de salido de la casa, se volvió al clérigo su compañero, y le dijo: «Antes de llegar nosotros, hablaba y estaba buena, y ahora me decían que no hablaba y que estaba fuera de sí.»

Con lo cual entendió el capellán que con luz del cielo supo el siervo de Dios el embuste y ficción de aquella mujer, y así, la castigó sin volverla á visitar ni cuidar de ella.

XIII

Su muerte y entierro.

Con todos estos dones y excelentes virtudes enriqueció nuestro Señor el alma de su siervo, y le dispuso para el premio que le tenía aparejado después de tan santa vida.

La ocasión de la enfermedad última de que murió fué haber ido una tarde de mucho frío á consolar y confesar á un pobre estudiante que le había llamado, porque estaba muy malo; y por ser el Padre ya viejo y consumido de trabajos y achaques, el frío que aquella noche le cogió, le traspasó todo y dejó como yerto.

Llevaron los Hermanos un brasero de lumbre á su aposento; púsose en la cama vestido, porque así solía dormir de ordinario, quitándose sólo la sotana y zapatos las pocas veces que se echaba en la cama, porque en tiempo de salud casi todas las noches se echaba en tierra sin acostarse.

Por ser el aposento muy pequeño y tan bajo que con la mano fácilmente se tocaba el techo, el calor de la lumbre que quedó aquella noche dentro, cerrándole la puerta, le turbó de tal suerte la cabeza, que no le dió lugar para poderse levantar y buscar remedio contra el fuego que le ahogaba.

Echóse de la cama como pudo en tierra, huyendo naturalmente de la muerte, y allí se estuvo toda la noche tendido y fuera de sí hasta la mañana, que acudiendo un pobre á la portería, preguntó por él.

Fué el portero con esta ocasión al aposento, y tocando, viendo que no le respondía, abrió la puerta y halló al siervo de Dios tendido en el suelo sin sentido y sin pulso.

Juzgándole por muerto, de espanto dió un grande y lastimoso grito, al cual

dieron luego muchos Padres y Hermanos, y le levantaron y pusieron en cama, teniéndole más por muerto que por vivo; y sin duda acabara de ella manera, si tan de mañana, no diera aquel pobre ocasion de acudir á reposento, queriendo Dios que el que tanto toda su vida habia trabajado ayudar y socorrer á los pobres, en aquella necesidad fuese socorrido por piedad de un pobre, que envió la divina Majestad con su providencia paternal, para que su siervo Pedro no muriese de aquella manera.

Aplicáronsele luego remedios y volvió en sí; tuvo tiempo de un mes enteramente para mejor disponer la partida de esta vida á la otra tan santamente como podia vivir, mostrando en todo este tiempo su grande paciencia y conformidad en la voluntad de Dios y otros grandes testimonios de todas sus virtudes.

Nunca se le oyó palabra significativa de pena ni de deseo de salud y vida, es lo contrario, que deseaba sentir mucha pena y dolor y padecer mil tormentos por su Dios, y que nunca habia rogado á Dios por la salud corporal; rogaria jamás otra cosa sino que dispusiese de él conforme á su divina voluntad y beneplácito y lo que fuese su mayor gloria.

En todo el tiempo de la enfermedad siempre estuvo de un tenor, con un semblante apacible y rostro sereno, los ojos fijados en el cielo y guardando gran silencio, que si no era para cosa necesaria precisamente, no respondia á cosa alguna, y las respuestas eran de muy pocas palabras; estaba en perpetua contemplacion de las cosas del cielo.

En este tiempo de la enfermedad confesó muchas veces y recibió también por su devocion el Santísimo Sacramento, y últimamente por Viático, y la Extremauncion á su tiempo.

Leia las vidas de los Santos Padres, regalando su alma con esta santa leccion, encomendándose á ellos.

Aunque de esta manera parecia que su alma toda estaba en el cielo y fuera de este mundo, con todo esto, no se pudo olvidar de sus hijos los pobres, hasta casi la última boqueada, particularmente de los de la cárcel, que los más necesitados, haciendo ir y venir dos veces al dia á una persona suya asalariada para esto, ordenándole lo que habia de hacer y pidiéndole cuenta de lo que habia hecho.

Estaba contento con esto hacia también que algunas veces viniese el carcelero, para encargarle mirase no hubiese descuido en que los presos tuviesen su comida ordinaria, dando todo el dinero que habia menester para ello.

Además de esto dejaba la contemplacion de buena gana, y no para cumplimentar á los que le visitaban, que los despedia con muy pocas palabras.

Un dia vino un paje del virrey D. Gaston para saber cómo estaba: dió su

recaudo muy cumplido; respondió el Padre con muy pocas palabras, y luego volvió á fijar los ojos en el cielo, como solia estar siempre.

Volvió el paje á decirle de parte de la virreina si gustaba ó deseaba alguna cosa, que le servirian en todo, y dió por respuesta: «¿Cómo estarán aquellos pobres del hospital?» significando que lo que él más deseaba era que aquellos pobres fuesen socorridos y regalados, olvidándose de sí por ellos.

Esto mismo mostró bien en toda la enfermedad; porque, cuando los médicos le querian recetar alguna cosa de regalo en la comida, él la rehusaba diciendo que era un pobre religioso.

Un dia que estuvo con un gande hastío, rehusó tambien que el enfermero le hiciese otro guisado diferente del ordinario y comun, que era un poco de farro simple y un poco de carnero.

Tuvo noticia del dia de su muerte, y dió bien á entender en esta enfermedad el espíritu de profecía de que Dios le habia dotado.

A los principios de su mal, respondiendo á ciertas preguntas que de su enfermedad le hacian los de la Compañía, díjoles: «De aquí á un mes me lo dirán,» dando á entender que habia de morir dentro de un mes, y así fué, que acabado el mes, murió.

Al enfermero dijo otra vez, dias antes de morir, que no tuviese pena, que no le daria mucho trabajo, porque presto habia de morir, como sucedió despues de muy pocos dias.

El mismo enfermero, por la mucha devocion que tenia á la santidad del Padre, propuso dentro de su alma de rogarle antes que muriese, que en el cielo le encomendase al Señor y rogase por él: entrando en el aposento con este propósito, el P. Pedro le previno, como quien sabia lo que deseaba, y le dijo: «Hermano, yo le prometo, si voy al cielo, de rogar siempre por él.»

Pocos dias antes de morir, porque no podia tragar cosa alguna, le quiso dar el enfermero cierto regalo, y el Padre le desvió, diciendo que estaba húmedo aquello, y no era esta la causa, sino querer este varon santo mortificarse en todo lo que podia hasta dar el alma á Dios.

Replicóle el Hermano: «Yo le quitaré la humedad poniéndolo un poco cerca de la lumbre;» con todo eso respondió el Padre: «Por ventura nunca lo gustaré,» y así fué, porque aunque muchas veces propuso de hacerlo, nunca acabó consigo de hacerlo.

Así entendió que Dios cumplió al Padre aquel su buen deseo de no tomar aquel regalo á la hora de la muerte, para dárselo mayor en las harturas del cielo, y el Hermano entendió que habia alcanzado de Dios que él no se acabase de determinar, y se olvidase de hacer lo que dijo y queria.

niéronle á visitar el virrey D. Gaston de Moncada y el Arzobispo don cisco del Vall, que por su santidad le tenian en gran veneracion.

porque en el aposento del Padre no cabia más que una silla pequeña con esilla y pobre cama, el marqués D. Gaston hizo asentar en la silla al obispo y él se sentó en el umbral de la puerta, casi en tierra, por la gran evocion que tenia al Padre, el cual no gustaba de estas visitas por su ha humildad; y como hacia á las demás de otros muchos caballeros, que estarse quedo, fijados los ojos en el cielo, sin hablar ni responder á nadie; o hizo con estos señores, los cuales admirados de la estrechura y pobre el aposento del siervo de Dios, comenzaron á decir cómo de aquella poca subiria á la anchura del cielo, y otras cosas tocantes á su santidad, ando por ventura que el Padre no los oyese, porque á nadie respondia; al momento que oyó tratar de sus alabanzas, se avivó y dijo al virrey era el que más se adelantaba: «¿Piensa que ha dicho grande cosa,? grande ha dicho, tráiganle la sobrepelliz para predicar.»

endo que le daba pena, mudaron plática, pero no les hablando más palal siervo de Dios, se salieron admirados, diciendo que así como el P. Esles habia enseñado á vivir bien con su santa vida, así les enseñaba á en aquella hora.

éndole muy fatigado, le rogaron admitiese una almohada para descansar reza; mas el siervo de Dios respondió: «Eso quiero, que no descanse mi a.»

n todo eso le pusieron una almohada pensando que por su flaqueza no odria quitar: sintiólo mucho, mas sufriólo hasta que ellos le dejaron solo. tónce poco á poco la fué sacando de su lugar y la echó fuera de la deseoso sumamente de morir en aquel su pobre y angosto aposento. porque le vinieron á visitar el marqués de Aytona, virrey de aquel reino arzobispo de Cáller todos juntos, y no hubo lugar en el aposento para llas, determinaron los Superiores de sacarle á otro aposento más cóy capaz, lo cual fué para el humilde Padre grande pena, por lo mucho seaba morir en aquella su pobre celda.

esta misma enfermedad notó el enfermero que jamás consintió que en stres de peras ó manzanas asadas que le daba, se echase azúcar ni otra ulce, por más que fuese órden de los médicos.

unos dias antes de morir estuvo sin habla, pero nunca dejó su ordina- stura de tener los ojos y cara hacia el cielo.

os pensaban estaba fuera de sí, y era que estaba absorto en Dios aguar- la deposicion de su tabernáculo; porque uno de los nuestros se llegó jo: *Surge, illuminare, Hierusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Do*

mini super te orta est, y luego abrió los ojos, y con un rostro alegre significó que sí, y levantó al cielo juntas las manos como dando gracias, y volvió á cerrar los ojos y á su contemplacion.

A esto añadió tener los piés cruzados y tan apretados entre sí, que parecían enclavados; y por una santa curiosidad probaron á desunírseles y apartar uno de otro, y vieron que luego poco á poco el pié iba volviendo á unirse con el otro en la misma forma de enclavados en cruz.

Esta prueba se hizo algunas veces y todas ellas volvieron al mismo puesto con grande admiracion de los que lo veian y entendian que el siervo de Dios queria en alguna manera imitar á Cristo en el morir con pena y levantados los ojos al cielo.

Poco antes de espirar recogió sus manos y las puso tambien en forma y figura de cruz sobre el pecho, y dió su espiritu al Señor con una grande quietud y paz á los 8 del mes de diciembre del año de 1594, de edad de setenta y cuatro años, y de Religion cuarenta y tres.

Luego que murió este siervo del Señor, se le paró el rostro muy hermoso y resplandeciente, dando señales de los resplandores de su alma bendita.

Despues de haberle vestido y compuesto su cuerpo, le abrieron las manos para ponerle el cáliz que suelen poner á los sacerdotes difuntos, y abiertas y puesto en medio de ellas el pié del cáliz, por sí mismas luego se apretaron fuertemente, como si fuera vivo, no sin admiracion de los presentes que lo advirtieron y dijeron que así como el P. Espiga en vida habia sido amigo del cáliz de Cristo, así tambien le abrazó despues de muerto.

Por la grande opinion que tenia con todos de santo, muchos procuraron tener alguna cosa suya por reliquia; uno le quitaba los cabellos, otro las uñas, otro los vestidos.

Un Padre de la Compañía, antes de enterrarle, le cortó un dedo de la mano para reliquia; otros procuraron de sus cartas y firmas.

Luego que se supo en la ciudad su muerte, la sintieron todos y muy en particular los presos de la cárcel, que por espacio de tres dias estuvieron en continuo llanto y pena, llorando su desdicha, llamándose huérfanos y sin amparo, y repitiendo todas las cosas que el venerable Padre hacia por ellos; y no sabiendo á quién acudirian, ya reventaban en lágrimas y hacian llorar á los que los oian.

Acudieron á su entierro los Capitulares, viniendo de la iglesia mayor á la nuestra en procesion y cantando los nocturnos, y diciendo su responso á su entierro con mucha ternura y gusto que tenian de enterrar aquel que habia sido Padre comun de la ciudad y á aquel que todos tenian por santo.

Su cuerpo fué puesto en la parte del Evangelio del altar mayor de la igle-

la vieja de Sta. Cruz, junto con los PP. Georgio Passio, Juan Gilés, Francisco Berno y Antonio Montano.

Y despues, el año de mil y seiscientos y tres, fueron mudados sus huesos con los de los sobredichos Padres y puestos todos en un mismo lugar en la iglesia nueva del mismo colegio; aunque entónces cogieron las cabezas de todos y las pusieron debajo de un altar, y á la del P. Espiga le ataron un hilo para distincion de las demás.

Despues se apartó y guardó con la veneracion debida á tan santo varon y siervo del Señor, el cual por su intercesion nos deje siempre vivir y morir en el santo servicio, cumpliendo perfectamente su divina voluntad.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Antioco Carta, como hemos dicho, y de él parece la resumió Felipe Alegambe en su *Biblioteca*.

Tambien hacen memoria de él Jacobo Damiano en su *Synopsi*, la *Historia de la Compañía* y otros autores.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN SEBASTIAN DEL CAMPO

I

NÓTASE en el título de esta vida ser de la provincia de Cerdeña este siervo de Dios, porque hay otro P. Juan Sebastian, varon tambien santísimo en la provincia del Perú, adonde fué desde la provincia de Toledo.

La ciudad de Sácer, en el reino de Cerdeña, fué patria de este insigne varon, donde nació año de 1526 de padres muy honrados y buenos cristianos, que tuvieron mucho cuidado de criar bien á su hijo, el cual aprendió gramática y letras humanas de Bernardino Palumbo, famoso maestro público de ellas en aquel tiempo.

Fué de los que más aprovechaban en su escuela; porque desde niño fué bien inclinado y aficionado al estudio, aunque, entrando más en años, y perdiéndosele ruines compañías, se derramó algun tanto y desvió así del camino de la virtud como de las letras, siendo espuela de su libertad la comun soltura de otros mozos de su edad en aquellos tiempos, en que no estaba fundada la Compañía de Jesus, ni la juventud de Cerdeña habia experimentado el cultivo de ella, á quien debe su conocida mejoría.

Mas, como la misericordia divina traia las riendas en la mano, no sóloamente le detuvo para que no se despeñase con los de su edad, mas aún le fué trayendo suavemente hasta traerle á camino y volverle al estudio de las letras á que estaba aficionado.

No tardó mucho' el Señor en darle á conocer, sin otro maestro ni otra luz que la de sus secretas inspiraciones, la hermosura de la virtud, aunque de lejos, inclinándole á ella y al estado eclesiástico, de que hizo eleccion por juzgarle más á propósito para su salvacion.

Continuando sus estudios con cuidado y recogimiento, llegó á ordenarse de todas órdenes hasta el sacerdocio, y dijo su primera Misa, disponiéndose primero devotamente para ella, en su propia patria con gran consuelo de su alma.

Con el nuevo sacerdocio fué nueva y más que ordinaria la mudanza que Dios por su poderosa gracia hizo en el P. Juan Sebastian.

Porque luego se trocó en otro varon tan diferente del que habia sido hasta entónces, que ni atinaba el mundo á conocerle, ni él acababa de conocerse á sí segun estaba trocada su alma en sus pensamientos, inclinaciones y gustos, aborreciendo lo que antes le deleitaba, y amando el bien que antes no conocia: porque, movido de una fuerza interior, hizo total divorcio con el mundo y consigo mismo.

Dióse el recogimiento con tal extremo, que por milagro le veian fuera de un rincon que habia escogido, que era un oratorio del hospital de Sácer, que llaman de la Anunciada, de singular devocion, con un cuarto pegado al mismo hospital, lugar muy apropiado así para ejercitar la caridad con los pobres enfermos, la cual profesó toda su vida, segun veremos, como tambien para su retiro, donde solia decir su Misa y cumplir con sus devociones y penitencias, hallando sus delicias en su recogimiento y trato con Dios y con la Virgen Santísima, de quien recibia cada dia nuevos favores y luces del cielo.

De este retiro apénas salia, si no era á cabo de un mes á divertirse al campo.

Andaba tan ajeno de sí mismo, es á saber, de las cosas del mundo, que le sucedia ignorar las cosas de sus más familiares y conocidos, como le fué con uno de ellos con quien habia tenido más estrecha comunicacion, al cual se le habia muerto su mujer más habia de un año, y traído luto todo este tiempo, é ignoraba el Padre la muerte, indicio de su desatencion á lo visible, ocupando el pensamiento con Dios, pues no reparaba en lo que tantas veces habia visto.

Su modo de vida en su recogimiento del hospital era este: tenia largas horas de oracion mental, y los sábados, por devocion de la Santísima Vi-

Desde Completas hasta media noche perseveraba de rodillas, descubierta la cabeza, aún en tiempo de mucho frío, orando delante de su imagen.

Hacía el Oficio divino con mucha devoción y atención, y, fuera de eso, hacía las Horas menores de la Virgen, y su Rosario, y los salmos penitenciales y graduales, el Oficio de los finados, y el de la cruz, y del Espíritu Santo, sin otras devociones.

Empleaba cada día con particular aparejo y devoción, preparándose primero un espacio de media hora, y otro tanto gastaba en dar las gracias, y la Misa de ordinario empleaba tres cuartos de hora.

Comulgó algunas cuaresmas enteras á pan y agua, y los viernes y sábados ayunó en memoria de la Pasión y en honra de la Virgen, lo cual guardó hasta la vida.

Hacía recias disciplinas y hacía otras penitencias, tratando su cuerpo con tremendo rigor, lo cual después continuó y acrecentó, estando en la vejez.

tan compasivo, no sólo con los pobres enfermos del hospital, más aún con otros, que no podía contenerse sin quitarse aún del sustento necesario para repartirlo con ellos; y decía que aquello era darles de lo suyo, porque lo necesario ya era de ellos.

Así se le quedó esta costumbre, aún en la Compañía, que así el pan y lo demás que le ponían delante, lo solía partir siempre en la mesa, y de sola la mitad, poniendo á parte la otra; y lo ordinario era levantar hambre de la mesa.

De esta suerte vino á conseguir tan perfecta victoria de sí mismo y de su carne, que en lo restante de su vida siempre la tuvo muy rendida.

Desde estos primeros años de su sacerdocio, fué de un santo ejemplo, y como á tal le miraban en la ciudad, y de su ejemplo se movían á imitarle, señaladamente en la devoción de nuestra Señora, en que se esforzaba, reconociendo alcanzar por su intercesión todo lo que Dios quería en su alma.

En este tiempo se le ofreció al Arzobispo turritano de Sácer, D. Salvador de Torres, necesidad de ir á la corte, ó enviar persona cabal para tratar unos negocios graves con su Majestad y su Consejo.

Como hacer falta á sus ovejas con su ausencia, hizo elección de nuestro Fr. Juan Sebastian, cuya virtud y prudencia tenía bien conocidas; y por más que él deseó y procuró desviar la jornada por no perder su quietud, hubo de obedecer á su Prelado.

Fuó á la corte y trató los negocios que llevaba con tanta exacción, diligencia y buen despacho, que el Arzobispo, para remunerarle como merecía

le ofreció algunos beneficios eclesiásticos, así curatos como canonicatos, á qu de ninguna manera se inclinó el siervo de Dios; y, dando las debidas gracia á su Prelado, se volvió á su deseada quietud y antiguo recogimiento.

En este viaje le acontecieron algunas cosas en que singularmente se conoció el amparo y favor que la Santísima Virgen le hizo, librándole de muchos peligros de mar y tierra.

Referiré aquí solamente uno que, por ser muy insigne y milagroso, merece ser contado.

Volviendo de la corte y pasando por Cataluña, dió en manos de una cuadrilla de bandoleros, los cuales, para robarle más á su salvo y no poder ser descubierto el robo, le quisieron matar, atándole á un tronco de un árbol.

Estando así atado fuertemente, les rogó que antes de matarle le dejar hacer un rato de oracion, pues no podia tener otro socorro de Sacramentos y poderla hacer de rodillas.

Halló alguna piedad en la fiereza de aquellos salteadores, que le aflojaron algun tanto los cordeles, y postrado como pudo, sin desatarle los brazos, le vantó sus ojos hacia las montañas de Monserrate, encomendándose á la Santísima Virgen, su Patrona, de todo su corazon, y pidiéndola su favor y asistencia en aquel trance de la muerte.

Dábanle priesa que acabase, y él con mayor afecto perseveraba en su oracion; y á deshora, sin saber cómo, se halló desatado y libre; y volviendo la cabeza á mirar por una y otra parte, no vió bandolero alguno de aquella perversa cuadrilla.

Dió gracias al Señor y á su divina Libertadora allí mismo, y despues en su templo de Monserrate, ofreciéndose de nuevo á ser perpetuo esclavo de la Santísima Virgen.

De allí tomó su camino á Barcelona, de donde se embarcó y llegó á su patria.

Este milagroso suceso contó despues el Padre, aunque era muy humilde y encubridor de sus cosas, para despertar en los corazones de muchos la devocion cordial de la misma Virgen.

II

Enséñale nuestro Señor cómo le ha de servir en el retiro que escogió.

Vuelto el siervo de Dios á su retiro y servicio de los pobres del hospital y desechadas las honras que su Arzobispo le ofrecia con beneficios y puestos subidos, comenzó á tratar con Dios y consigo mismo en qué podr agradarle más.

inspiróle el Señor que extendiese las velas de su caridad con sus prójimos, así en ministerios espirituales, para ganar almas á Dios por medio de confesion y trato espiritual, como tambien en el ministerio de la crianza y educacion de la juventud, abriendo para ello escuela de gramática y letras humanas, propios ministerios de la Compañía, que Dios nuestro Señor le inspiraba aun antes de conocerla.

usó tan buena mano en ambos empleos, repartiendo para ellos el tiempo que correspondia admirablemente el fruto á sus trabajos; con que ganaba tambien cada dia mayor opinion y crédito de su santidad.

Estuvo contento con aprovechar al prójimo en el ministerio de los Sacramentos, y procuraba aprovecharle no ménos con la escuela pública que abrió de letras humanas.

En la buena enseñanza y educacion de la juventud, aunque era con alguna falta de su quietud y renunciando en gran parte los consuelos de su retiro; dispuso muy bien su aula, acogiendo en ella gran número de discípulos, á los cuales cuidaba tanto y más aprovechar en la virtud como en las letras, haciéndoles exhortaciones á menudo, así en comun como en particular, enseñándoles devociones acomodadas á su edad, principalmente de la Santísima Virgen.

Le llevaba á confesar cada ocho dias, obligándolos á traer testimonio del confesor.

Le castigaba cuando era menester, y avisaba tambien á su padres que hicieran lo mismo, y, cuando no se aprovechaban, los despedia de su aula.

Fue muy señalado el fruto que correspondia á tan santo empleo, como el de don Andrés de Aquena y otros de aquel tiempo, discípulos suyos, lo acreditan, de los cuales salieron muchos religiosos, y en particular de nuestra Compañía, muy señalados en virtud y doctrina, como fué el P. Juan Ponce de León, el P. Juan Pedro Antonio y otros.

El primero de estos pasó á Aragon y fué graduado de doctor en la Universidad de Gandía, y Rector de aquel colegio y del de Barcelona.

Fue enviado dos veces por Procurador á Roma, y, vuelto á Cerdeña, gobernó aquella provincia, siendo su primero Provincial, cuando se separó de la de Cerdeña.

Gobernó tambien el colegio de Sácer muchos años, con gran satisfaccion, prudencia y celo de nuestro Instituto.

Fue en la sexta Congregacion general, y tuvo el segundo asiento entre Provinciales.

Después de esto, que fué el P. Juan Pedro Antonio, muy querido discípulo del P. Sebastian, pasó de aquella provincia á la de Toledo, y vivió en el

colegio Imperial de Madrid, donde murió al cabo de su vejez, habiendo trabajado en él incansablemente en nuestros ministerios de la Compañía con singular satisfaccion de ella y loa de todos.

No se contentaba el siervo de Dios con aprovechar á sus discípulos menores de edad, mas aún se extendia su caridad á sus padres de ellos y á otros que, atraídos con su santo trato, se recogian á vida más retirada y trato más familiar con nuestro Señor, así eclesiásticos como seglares.

De estos fué uno el Dr. Lorenzo de Alisa, médico de profesion y docto en su facultad, de quien el Padre aprendió Artes y Filosofía y le enseñó la del cielo con extraordinario provechamiento suyo.

Pero su más íntimo amigo y compañero de espíritu fué un sacerdote gran siervo de Dios, llamado Onofre de los Montes, que despues entró y murió en la Compañía con fama de santidad, reconociendo del P. Juan Sebastian y su trato las muchas misericordias que Dios le hacia.

III

*Cautívanle los moros y hace en África grande fruto.
animándole á ello la Madre de Dios, y favoreciéndole nuestro Señor
con raras maravillas.*

Por este tiempo llegaron á la ciudad de Sácer unos Padres de la Compañía que fueron el P. Baltasar Piñas y el P. Francisco Antonio, para fundar en ella el primer colegio que hubo en Cerdeña con la hacienda que mandó para ello D. Alejo Funtana, secretario del emperador Carlos V y maestro racional de aquel reino, y natural de la dicha ciudad, los cuales trataron de asentar luego estudios de Gramática.

Consolóse mucho con su llegada el siervo de Dios, Juan Sebastian, y más entendiendo su Instituto y espíritu, que no era diferente del suyo.

Llevó luego todos sus discípulos á la Compañía, y, como por entónces no habia estudios mayores de Teología, trató de ir á Valencia para pasar adelante en ellos, hasta tomar el grado de doctor, para poder mejor ayudar á las almas y ser recibido en la Compañía siguiendo su Instituto.

Embarcóse en el puerto de Alguer el año de mil y quinientos y sesenta y dos en un bajel catalan con otros muchos pasajeros.

Como los consejos y trazas de Dios son admirables, en lugar de llevarle á Valencia, le llevó á Argel, el cual consejo no se le encubrió al siervo de Dios, que reprendiendo con gran celo y espíritu los abusos y disoluciones de los

avío, usó algunas veces de palabras en que daba á entender el cautiverio que les esperaba.

Cuando, ya tres dias despues que se hizo á la vela el navío, estuvieron á la vista del enemigo, confirmó el siervo de Dios su dicho y exhortó á los compañeros á la fidelidad que debian á Dios y la obligacion que tenian de estar firmes en la fe y morir por ella, porque eran los más de ellos gente moza, y en gran peligro de renegar de ella; que es lo que más intentan y persuaden á los moros.

Aunque la gente del bajel peleó valerosamente, con todo, cayendo muerto el capitán y algunos otros, se hubieron de rendir.

En quien más mostraron su fiereza los moros fué con el siervo de Dios, viendo que era sacerdote.

Maltratáronle y desnudáronle hasta la camisa, dejándole con sólo unos paños de lienzo; aunque, viéndole así el capitán moro, compadecido de su desnudez, le mandó dar una camisa.

Deció bajo cubierta con la estrechura y mal olor tan grande ahogo y trabajo que faltó poco para acabar con la vida, como por los mismos trabajos de falta de agua acabaron algunos de sus compañeros.

Trujo el siervo de Dios en Argel así desnudo como estaba, y, siguiendo el ejemplo de Cristo, fué primeramente vendido en el mercado público, con pérdida de su persona y consuelo de su alma; porque llegaban los compradores á tantearle los dientes como se hace con las bestias.

Compróle un morisco renegado, cruel y fiero, y tan avariento, que por su grande rescate de su cautivo le maltrataba cruelmente.

Poníale en ambas piernas unas calzas de hierro bien pesadas y largas, que le cubrían desde la rodilla á los tobillos.

Cada dia le señalaba una tarea en su heredad, mayor de la que podia cumplir, y la noche le molía á palos por no haberla cumplido.

Le permitían dormir en el suelo en el baño ó mazmorra comun de los cautivos, y muchas veces le echaba sin cenar.

Con increíbles los trabajos y malos tratamientos con que este fiero hombre trató al siervo de Dios por tres años continuos, y por su mano el Señor le quiso labrar y perfeccionar en la paciencia y sufrimiento.

En sus trabajos decia despues el siervo de Dios que no los trocara por tantos como estrellas hay en el cielo.

En sus trabajos del cautiverio, que fueron grandes, cargado de grillos y atado, no se olvidó el siervo de Dios de añadir á su paciencia la caridad para con sus hermanos concautivos y devocion para con Dios y la Virgen Santísima Madre, de quien recibia continuamente favores y consuelos en su alma.

Levantábase de ordinario dos horas despues de media noche, para tener oracion y rezar sus Horas con las de la Virgen, armándose por la mañana para los trabajos del dia; aunque tambien acudiendo á su tarea, continuaba su trato con Dios, procurando no perderle jamás de vista.

Lo mismo hacia en el baño, donde pasaba las noches, sin dejar de acudir á las necesidades espirituales de sus compañeros, no perdonando á trabajo y exponiéndose aún á peligros de la vida, la cual le hacia despreciar el celo de la honra de Dios y de la salud de sus hermanos, no sólo cautivos que flaqueaban en la fe ó no vivian conforme á ella, mas aún á renegados, para reducirlos y darles la mano hasta sacarlos del abismo de la apostasía, y para con ambos se logró muy bien su trabajo.

Concertóse con un mozo cautivo, por nombre Juan Cordela, natural de Sácer, que le ayudase á trabajar en la heredad de su amo todos los sábados, á fin de tener los domingos libres para decir Misa, confesar, comulgar y predicar á los cristianos, como lo hacia en su mazmorra y fuera de ella, exhortando á los que habian apostatado para tratar de su remedio.

La buena obra del mozo Cordela se la remuneró Dios nuestro Señor con traerle despues, estando libre, á la Compañía, donde en el estado de H. Coadjutor vivió y murió en el colegio de Sácer con grande fama de santidad, siendo incansable al trabajo y empleando todo lo que le sobraba de tiempo en el coro, orando y tratando con Dios.

Todo lo que el Padre hacia era á escondidas de su amo, que no se lo permitia; pero con tal resolucion, que no lo dejaria aunque le costase la vida, segun era encendida su caridad.

Consolaba á todos los cristianos, que eran muchos, de los cuales algunos sin duda peligraran en la fe, si nuestro Juan Sebastian les faltara, como lo refirieron despues algunos de ellos.

Otros crecieron mucho y se adelantaron en la paciencia, caridad y otras virtudes con la asistencia del siervo de Dios.

Donde se lució mucho tambien su trabajo fué en la reduccion de un grande número de renegados que por su medio se reconciliaron con Dios y con su Iglesia, remitiéndolos y escribiendo por ellos á los tribunales de la Inquisicion de Cerdeña y otras partes, pidiendo afectuosamente que los acogiesen con la acostumbrada benignidad, para alentar á otros á que hicieran lo mismo.

Lo que más encomendaba siempre á los cristianos en sus pláticas y exhortaciones era la devocion de nuestra Señora, rezándole cada dia su Rosario.

Para moverlos más, con ser tan humilde, predicando un dia les contó cómo

tre otros favores que la Virgen le hacia en aquel cautiverio, así en la mazorra como en un aposentico de la casa de su amo, se le habia aparecido aquellos dias en el aposento, estando en oracion de rodillas y rezándole su rosario, vestida de blanco, con incomparable hermosura y resplandor, de que llenó el aposento, y le habia encargado mucho los exhortase á todos á la constancia en la fe y á su devocion, y rezándole cada dia su Rosario.

La cual vision contó despues en particular á uno de ellos más conocido, le fué Gabino del Frasso, añadiendo que la Virgen le habia dado de su mano una gran cantidad de rosarios para repartirlos entre todos.

De ellos le habia cabido uno al dicho Frasso, asegurándole el siervo de Dios que, rezándole con mucha devocion, recibiria de la Virgen muchas mercedes y la libertad, como así se cumplió, y él despues contó lo referido sin embargo de que le habia encargado el silencio por su humildad.

Por la cual es verosímil que tampoco publicara la vision, segun callaba siempre sus cosas, si la Virgen no se lo hubiera mandado para el consuelo y aliento de tantos cautivos como habia, y para confirmarlos más en su constancia en la fe, segun mostró el efecto.

Porque, quedando todos muy consolados y alentados, veneraban y visitaban con singular devocion el aposento en que se habia aparecido la Virgen, y el deseo, si pudieran, de consagrarle un oratorio en memoria de aquella maravilla, de que resultó tambien la constancia en su fe y reduccion á ella de los que habian apostatado.

Otra cosa singular le sucedió al siervo de Dios con el mismo Gabino del Frasso, y fué que por la batería que al mozo le daban los moros para que se pasase á la secta de Mahoma, consintió una vez en salir en traje de moro con vestido de grana ricamente guarnecido, con tahalí de plata y su alfanje puésco, y topándole el siervo de Dios en aquel traje, que le llamaba de infame, acabó con él que se le quitase y arrojase en un lodazal.

Acto heróico, mas ocasiónole un gran castigo de más de doscientos palos, que se temia el mozo; mas el siervo de Dios le previno y aseguró de parte de Dios que no sentiria dolor de ellos, así esta vez como otra, quedando el mozo maravillado de que antes lo supiera y previniera el siervo de Dios, y tambien de que por su respeto y méritos le hiciese Dios á él invisible.

IV

*Sale del cautiverio milagrosamente y entra en la Compañía de Jesus.
donde hizo vida santísima.*

Habia en Argel un renegado rico y principal, de nacion genovesa, que tenia muy lucida familia y mucho número de esclavos cristianos.

Este, con la fama de santidad que corria entre los cautivos cristianos del sacerdote Juan Sebastian, se llegó á tratarle.

A pocos lances, con las razones del siervo de Dios y luz del cielo que el Señor le envió, abrió los ojos para ver su miserable estado, y dió entrada en su corazon á la verdad de la fe que habia dejado, con fin y resolucion de reducirse á ella, aunque se le hacia dificultoso negocio por no hallar camino para la ejecucion, y por la mujer é hijos, y mucha hacienda que poseia, y sobre todo por el temor de ser descubierto de tantas centinelas y guardas como hay en Argel.

Allanóle el siervo de Dios todas las dificultades, ofreciéndole de parte de Dios el paso seguro, con que acabó de determinarse.

Lo primero que hizo fué rescatar á nuestro Juan Sebastian, no reparando en el grueso rescate que el morisco, su amo, pidió por él, y teniéndole consigo en su casa, le miraba ya no como esclavo, sino como á redentor suyo y maestro en la fe, que le enseñaba y confirmaba cada dia más en su propósito.

En este tiempo, que fueron unos pocos meses, teniendo libertad y mas comodidad, atendió el siervo de Dios con más veras á la reduccion de otros muchos renegados que remitió á las inquisiciones de España, y juntamente al consuelo de sus cautivos cristianos, que le tenian por padre y miraban como á santo.

El renegado, ya convertido por su direccion y consejo del Padre, dispuso todas sus cosas para la salida de Argel, y un dia mandó aprestar unos barcos con capa de salir á divertirse por la orilla del mar.

Teniendo puesto en cobro su hacienda, familia y todos sus esclavos cristianos y al Padre suyo y de ellos, Juan Sebastian, embarcados ya todos, se anduvo entreteniendo en aquella aparente recreacion toda aquella tarde.

Dando á entender á su mujer que tenian viento contrario y que era necesario detenerse algo en cierta parte, sobrevino entre tanto la noche, y con la oscuridad se hicieron á la vela y navegaron tan prósperamente, segun de parte de Dios lo habia ofrecido el santo sacerdote, que á otro dia aportaron en Mallorca.

De allí llegaron á Génova, donde el siervo de Dios, que tenia tan bien insido al renegado ya reducido, le presentó con todos sus compañeros al Arzobispo; rico despojo de su caridad, como fué reducir á su pastor la oveja perdida, y á su padre el hijo pródigo y desperdiciado.

Con esta hazaña tan gloriosa dió fin nuestro Juan Sebastian á su cautiverio, y volviendo á Cerdeña con mayores deseos de ganar almas, dió principio su nuevo estado religioso entrando en la Compañía de Jesus el año de 1566, los cuarenta de su edad, en que estaba tan aprovechado y adelantado en perfeccion, que no se podia decir principiante, sino perfecto y consumado varon.

De lo cual aún en el tiempo de su noviciado dió muy buen testimonio su maestro de novicios, el P. Francisco Antonio, uno de los que fundaron la provincia de Cerdeña, el cual pasó de allí á algunos años á Alemania, y volvió de ella á Madrid, sirviendo á la emperatriz D.^a María de Austria, donde murió santísimamente.

Dice, pues, en una carta suya al P. Salvador Pizqueda, que tenia cargo de recoger y escribir las cosas tocantes á la vida del P. Juan Sebastian, las palabras siguientes:

Lo que puedo atestiguar del santo P. Juan Sebastian, es que le tuve por hijo en Cáller, y me precio mucho de ello, y le tengo por particular abogado en el cielo, y me encomiendo á él cada dia.

En aquel noviciado era muy dado á la oracion, con una profunda humildad y perfecta obediencia y silencio.

En las penitencias era menester irle á la mano y no concederle la mitad de las que él queria hacer, y decia que todas eran mazapanes en comparacion de las que hacia en Argel, parte por la crueldad de su amo, y parte por su debilidad.

De lo que trabajó por convertir almas en Argel allá lo sabrán vuestras reverencias mejor, porque yo estoy olvidado de casos particulares.

Esto es lo que puedo decir en comun, rogando mucho á V. R. me haga la voluntad de enviarme alguna reliquia del santo Padre, que la deseo muchísimo. Hasta aquí la carta.

Sea el P. Juan Sebastian un modelo de toda virtud y santidad á los demás religiosos, como algunos de ellos lo testificaron; y tan humilde entre ellos, como si empezara entónces á conocer y servir á Dios.

Imprimiósele el espíritu y modo de vivir de la Compañía, con haber entrado en ella de tan crecida edad, como si desde niño se hubiese criado en ella.

Fué tan observante de nuestro Instituto los cuarenta y dos años que vi-

vió en ella, que jamás fué visto quebrantar regla alguna, aún de las más mínimas, viviendo tan ajustado en sus acciones y palabras, que no se le pudo notar en ellas defecto de consideracion ni cosa que se pudiese calificar por culpable.

Y este fué el comun sentir de cuantos le han conocido y tratado en muchos años, así difuntos, que han dejado por escrito ó de palabra este testimonio de la vida del Padre, como son los PP. Salvador Pizqueda, Juan Garrucho, Mateo Martinez, Juan María Flor, Juan Pogio, Antioco Carta y otros que fueron Superiores suyos ó Provinciales ó Rectores, como tambien otros que aún viven.

Recibido en la Compañía de la edad que dijimos, trocó el cuidado que antes tuvo de proseguir sus estudios de Teología y graduarse en ella en el de su mayor perfeccion y ayuda de los prójimos, rindiéndose en todo á la direccion de los Superiores, y contentándose con lo que sabia, que era muy bastante para ejercitar los ministerios espirituales de confesar y predicar, que usa la Compañía. Fué incorporado en ella en el grado de Coadjutor espiritual con singular consuelo de su alma, por ser más conforme á su espíritu humilde.

Desplegó las velas de su caridad así en los colegios donde vivió, como en las misiones que hizo por muchos años con espíritu apostólico y copiosísimo fruto igual á sus trabajos, en que fué incansable.

Dejó tanto nombre de sí, que hasta hoy se conserva en los lugares por donde hizo sus misiones la memoria de su santo celo, espíritu con que predicaba y santísima vida que hacia.

Era tan afable, llano y benigno con todos, cuanto consigo mismo austero.

Acogia benignamente á todos los que venian para confesarse con él, así en las misiones como en los colegios, á todas horas, aunque fuesen las que eran necesarias para su descanso y comida: y decia lo que Cristo Señor nuestro, que no la podia tener mejor que ganando almas á Dios y cumpliendo en ello la voluntad del Eterno Padre.

Mas ¿qué mucho que en el mayor fervor de sus años hiciese esto quien, aún cuando viejo ya de ochenta años, hacia lo mismo en los colegios, señaladamente en el de Sácer, donde hay mayor miés, y donde más tiempo vivió y murió allí?

Estábase oyendo confesiones siete y más horas por la mañana, y poco menos por la tarde, señaladamente los dias de fiesta.

No pocas veces, por acudir á todos y no despedir á nadie de los muchos que á él venian para ser oidos de confesion por la fama de su santidad, se olvidaba de sí y de su comida, y era menester llamarle ó esperarle hasta despues de haber comido todos.

En este ministerio de confesar fué admirable dechado de confesores, estando á todas horas dispuesto para todos, dia y noche, así en casa como fuera ella, en las cárceles y hospitales, y á toda suerte de personas, anteponiendo siempre á los pobres, á quienes acudia de mejor gana; porque decia que gente principal siempre hallaria quien les acudiese, mas los pobres no.

Por conocer esta su inclinacion, muchas personas nobles, hijos de confesores suyos, esperaban siempre hasta que acabase de confesar la pobre gente, y tenian otro dia de ménos concurso.

Sus sermones y pláticas en las misiones, colegios, cárceles y hospitales eran siempre ordenados á sacar almas de pecado, alentarlas en la virtud, á conservarlas en el amor y temor santo de Dios, á la meditacion de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo y á la devocion de la Santísima Vírgen, su Madre. Sus razones eran llanas, pero muy eficaces y fervorosas. Tenia para todas cosas tan á la mano doctrinas y dichos de santos, comparaciones y ejemplos tan al propósito, aún en conversaciones ordinarias, que siempre eran de modo, que parecia no pudiera hablar mejor, si fuera despues de aparejarse muchos dias.

Así fueron innumerables las conversiones que hizo y pendencias y odios deshizo, y asimismo las almas que adelantó en la perfeccion, mostrándose en todo un perfectísimo operario, cual le pintan y piden nuestras conversiones.

Corrian por su cuenta, demás de lo que en casa hacia, los hospitales, cárceles y todos los pobres de la ciudad, siendo él Padre de todos, así en el sustento y socorro espiritual como en el corporal, para lo cual solia pedir limosnas con tanto encogimiento, agrado y modestia en representar las necesidades de los que á él acudian, que obligaba con su modo suave á darle liberalmente.

Y sin que él la pidiese, le tenian muchas personas ricas y principales una buena limosna que le enviaban cada mes ó semana, preciándose de darla á los pobres por manos tan santas.

Una cosa maravillosa que, creciendo las necesidades en algunos años apremiosos, le crecian más las limosnas y nunca le faltaba con que acudir á ellas, procurando que nadie se fuese sin ser socorrido; y era voz comun que Dios nuestro Señor las multiplicaba en sus manos y que le habian acontecido cosas maravillosas en esta materia, aunque él con su profunda humildad y encogimiento lo encubria todo.

En el trato de las almas era maravilloso el modo con que las sosegaba y curaba, *tanquam potestatem habens*, hallando siempre los que le comunicaban y trataban todo lo que deseaban para la paz de su alma.

Siempre le hallaban dispuesto y aparejado para tratar de espíritu, y tenia en esto tan hecho el hábito, que apenas sabia hablar de otras cosas; y, si acontecia por alguna ocasion hablarle de otros negocios, siempre procuraba el inferir alguna moralidad.

Solia decir que los de la Compañía que no cuidaban esto, parecia que faltaban á su vocacion. Lo mismo decia de la oracion, y que el religioso que no vive de ella, fácilmente es derribado del demonio faltándole este sustento del alma.

El siervo de Dios era tan dado al ejercicio de ella, que no parece la interrumpia jamás en todas sus acciones y horas del dia, aunque ahorraaba todas las que podia para tenerla recogido en su aposento, de donde no salia, ni se veia en tránsitos, ni corredores, ni fuera de casa, si no era llamado ó forzado de necesidades.

En su oracion tenia extraordinarios sentimientos, que no pudiéndolos encubrir, salian afuera con suspiros que no estaban en su mano, mostrando *ser patiens divina*.

En la Misa solia encenderse de manera, señaladamente al tiempo del consumir, que parecia salir de sí, arrebatado de la vehemencia del sentimiento espiritual que le llevaba hacia arriba levantándole de puntillas, aunque se reprimia por estar en lugar público, como si pelearan entre sí su humildad en encubrirse y la fuerza del afecto encendido en arrebatarle, como de hecho fué visto algunas veces levantado todo sin tocar los piés en la tarima del altar, como despues diremos.

En su trato y modo de portarse en la Compañía en cuarenta y dos años que vivió en ella, fué tan amigo de la comunidad, que jamás admitia singularidad alguna con su persona ni regalo alguno.

Si alguna vez enviaban de fuera personas devotas algo extraordinario para todos, ó dejaba su parte, ó comia de ella muy poco por no parecer singular.

Este tenor de vida y aspereza en sus penitencias y disciplinas recias que tomaba guardó hasta la muerte con admiracion de los que en edad de ochenta y más años le veian no usar de indulgencia alguna con su persona.

V

Algunas de sus grandes virtudes.

Esta es una breve suma de la vida de este siervo de Dios, en que bastante se significan por mayor sus heróicas virtudes y señalados favores que recibió de la mano de Dios.

Con todo eso, diré más en particular algunas de sus virtudes, dones de Dios de profecía y milagros, y victorias que alcanzó del demonio.

Fué el P. Juan Sebastian por extremo humilde, y en esta virtud de una profunda humildad fué siempre creciendo, desestimándose á sí y encubriendo sus dones de Dios con tanto extremo, que se pudo tener por demasía; y por esta causa se sabe tan poco de sus cosas interiores.

Sentia muy notable pena cuando se hablaba de alguna cosa suya que le habia sucedido en la Misa, la cual no estuvo en su mano el estorbarla, ó cuando le alababan ó mostraban el concepto y opinion que de él tenían; porque quedaba tan corrido, como mostraban los colores que le salian al rostro, indices de su profunda humildad.

En todas las acciones humildes de casa era el primero. En el colegio de Guadalupe, al principio cuando se fundó, siendo él uno de los fundadores, vivian nuestros Padres en una casa vieja desacomodada, en la cual escogió el siervo de Dios para sí un aposento lóbrego y estrecho, que recibia muy poca luz de un ventanillo descubierto que servia de establo.

Era cosa de ver cuán contento estaba en aquella como cárcel, sin salir de ella si no era para las cosas necesarias, sufriendo el mal olor del establo por parecerle muy propia habitacion para él la que lo era de las bestias.

Su cuidado fué siempre de encubrir cualquier cosa suya de que le podia salir alguna loa.

A una prima hermana suya devota que padecia trabajos interiores, juzgó en cierta ocasion que convenia declararle una merced que nuestro Señor le habia hecho en la Misa para su consuelo; pero con tanto secreto, que le pidió juramento de guardarlo.

Pasaron dias, y con ocasion de cierta suspension que se decia haber tenido el siervo de Dios en la Misa, se le quejó de que no le cumplia su palabra, sabiendo el Padre cómo se hablaba mucho del caso, se le cerró diciendo que no era voluntad de Dios declarase las mercedes que de su mano recibia.

Finalmente, acertó á ser de veras humilde toda su vida, pues aún cuando empezó á servir á Dios, supo bien despreciar y hollar el mundo, desechando sus honras y dignidades eclesiásticas que su propio Prelado, segun vimos arriba, le ofrecia; y en la muerte ninguna cosa cuidó tanto como no dar de ostension alguna con que pudieran tenerle por santo.

En la pobreza fué extremado, y todo lo que tenia en la celda y en su persona predicaba esta virtud.

Las alhajas y aderezos de su aposento eran una mesica pobre, y más poca cama, y una silla de costillas, aunque casi nunca se servia de ella, como bien muy poco de la cama (porque así de dia como de noche, ordinaria-

mente los que iban á su aposento le hallaban en pié ante una imágen de papel de la Pasion del Señor) y una cruz de madera, y una pilica de agua bendita para contra los demonios que de ordinario le perseguian.

Su aparato de libros era un Breviario viejo, la Biblia, el libro de *Vitis Patrum*, en que leia de ordinario, *Contemptus mundi*, y algun autor de moral.

Rehusaba siempre cosas nuevas, y aún las que no lo eran, si traian alguna comodidad.

El vestido en particular, que si no era mandándolo el Superior, no podian acabar con él los roperos que tomase alguno acomodado.

En el verano é invierno andaba siempre de una misma manera, sin reparo para los frios ni alivio para los calores.

En la comida era muy parco, y jamás se le notó singularidad alguna, aún en los postreros años de su vejez; y en la grande inapetencia que solia padecer algunas veces, no admitia otro regalo más que unas rebanadas de pan mojadas en agua caliente con un poco de queso rallado encima, comida de gente pobre.

De la colacion los dias de ayuno tomaba sólo la tercera parte, regla que observó perpetuamente.

Y aunque parece menudencia, por lo ménos en la continuacion no lo es; y así los ayunos de la Iglesia, como los de su devocion de viérnes y sábados, nunca los dejó aún en la edad decrepita.

Y aunque por lo dicho se trasluce tambien su mortificacion, con todo eso, donde más se esmeró el siervo de Dios fué en la continua mortificacion de sus sentidos, pasiones y afectos.

Los ojos traia siempre bajos, mirando al suelo; y como iba siempre recogido y dentro de sí, no le servian más de, cuando iba por la calle, ver donde ponia los piés.

Nunca fué visto pasearse por tránsitos ó azoteas, ni salir de casa para ver curiosidades, entradas de señores ú otras cosas semejantes que suelen apacentar la vista.

Al campo salia muy raras veces, y en los veinte años postreros de su vida ni al campo, ni á recreaciones ordinarias de los demás fué visto salir.

Todas sus recreaciones las tenia en su celda, en continua oracion y trato con Dios, en la cual tampoco dejaba descansar su cuerpo ni le permitia estar sentado, lo cual en años de vejez cansada y trabajada con tantos ministerios era bien penoso y trabajoso de llevar.

Afligíale con recias disciplinas que tomaba todos los dias tres y cuatro veces, aunque procuraba que fuesen por la noche y no de dia por no ser oída.

que por eso no dejaban de sentirse, porque de tan recias hacian estremecimientos aposentos vecinos.

saba de cilicios muy ásperos y continuos, durmiendo en el suelo ó sobre tablas de la cama vestido, hasta que mandándole los Superiores que no lo hiciese, se solia recostar tambien vestido en la cama sobre un colchoncito y manta vieja.

por esta causa criaba algunos animalillos, señaladamente en la vejez, en tambien hallaba su mortificacion, porque nunca los mataba, y, cuando los veia salir á fuera y se mostraban en público, sin matarlos, los encubria con parte del vestido, que es lo que refiere Tertuliano que hacia el paciente mortificado Job con los gusanillos que criaban sus llagas, que cuando se sacaban los volvía á ellas.

La obediencia del P. Juan Sebastian fué de varon muy perfecto, no sólo de cuerpo y voluntad, mas aún en el juicio.

era exactísimo en lo que se le mandaba, nunca mostrando voluntad, inclinacion ó juicio contrario.

Nunca puso dificultad en alguna obediencia, ni parece que se le ofrecia, áun proponer no se atrevia, por no deslizar en alguna imperfeccion.

Contra esta virtud, por más que la regla da lugar para ello, no podian con argumentos ni dudas ó epiqueyas para desviarle de la obediencia, ni daba lugar razon alguna que moviese á ello.

Aunque toda su vida fué admirable ejemplo de esta virtud, no dejaré un momento de contar que contaba el P. Juan Franco, Rector que fué muchos años del colegio de Sácer y Superior del P. Sebastian.

Mandándole de parte del P. Rector un Hermano despues de acostados fué luego á ver lo que le mandaba y fuéle respondido que no le habia que hacer, lo, y que se volviese á su celda; con que sospechó el siervo de Dios lo que le pasaba, que el demonio le inquietaba como solia.

Mandándole segunda vez en figura de aquel Hermano de la misma manera fué al aposento del Superior, sin embargo de lo sucedido y de su experiencia, tornó á levantarse con la misma presteza y acudió al aposento del Rector, el cual segunda vez le desengañó y mandó se volviese.

Para acabar esto para asegurarse el siervo de Dios del embuste del demonio; mandó llamarle en todo eso, llamado tercera vez de ahí á dos horas, volvió el obediente á levantarse por la fuerza que le hacia la voz de la obediencia, viéndose llamado de parte del Superior, aunque por boca del demonio, y fué tercera vez al P. Rector.

Contó este parecer delante de sí al Hermano, que se entendió era el por caso, y preguntándole si habia llamado al P. Sebastian de su parte,

supo de él que ni aún habia salido de su aposento: con que dió orden el P. Rector, que por más que le llamasen otra vez en su nombre, no se levantase ni saliese de su aposento, como así lo hizo, dejando al demonio vencido y corrido con tan perfecta obediencia, que llegaba á obedecerle á él por sola la voz que llevaba de su Superior.

Las victorias de su castidad y la estremada pureza con que se conservó desde el sacerdocio hasta la muerte, debe este religiosísimo Padre, después de la gracia del Señor, á la intercesion de la Santísima Virgen su patrona, á su insigne obediencia y al rigor estremado con que trató su cuerpo desde el principio de su conversion, porque fué sobre manera inclinado á penitencia.

Las que hizo en su primer retiro del hospital de Sácer, ya se han dicho: las de su cautiverio exceden á toda admiracion; porque, no contento con las que el Señor le ofrecia por mano ajena, sirviéndole muy á su gusto la crueldad del tirano, su amo renegado; añadia él muchas más, con que continuamente maltrataba y afligia su cuerpo, como ya hemos dicho.

En la Compañía quiso llevar adelante sus rigores; empezó á dormir sobre las desnudas tablas.

El sueño que tomaba era muy corto, gastando lo más de la noche en oracion y en disciplinarse diversas veces con ásperas disciplinas y con un duro nervio de buey, con que trataba su cuerpo como á esclavo, continuando los azotes del cautiverio, cuya memoria conservaba con semejante instrumento.

Notaron los roperos, que aún en la vejez, quebrantado de trabajos, nunca usó de sábanas, porque, cuando se las daban de nuevo limpias, hallaban las otras igualmente limpias y dobladas.

No sólomente usaba consigo el Padre este tenor de penitencia, más aún aconsejaba que era el medio más eficaz para conservar la pureza angelical que piden nuestras constituciones, juntamente con la guarda continua de los sentidos, en que fué tan exacto, que jamás se le notó que mirase rostro alguno de mujer ni otros objetos que pudiesen causarle alguna distraccion en materia semejante.

VI

Su oracion, devocion y favores que recibia de Dios nuestro Señor.

Fué este siervo de Dios de continua oracion, como parece de todo lo dicho.

Siempre iba recogido dentro de sí con Dios, gozando de su presencia y trato; y nadie le miraba que no se lo echase de ver, ni le trataba nadie que no lo experimentase, pues le hallaban todos y á todo tiempo tan templado y tan de Dios y con Dios, que no sabia hablar de otra cosa.

Demás de esto tenia de propósito muy largas horas de oracion, y eran todas las que le sobraban de los empleos y ministerios espirituales, pues todas se pasaba ó en oracion ó en leccion espiritual.

Desde los principios de su conversion y despues en su cautiverio, no obstante los trabajos que en él padecia, era tan dado á la oracion, que la tomaba por descanso de sus trabajos del dia, orando casi toda la noche.

Toda su vida conservó este afecto grande á la oracion, que parece iba á ella como á su centro; y Dios nuestro Señor, á la medida de este su cuidado, le acudia con grande abundancia de sus favores y regalos divinos, que sin duda fueron muy grandes y muy singulares, como podemos rastrear de los que aquí diremos.

Digo rastrear, porque de su boca, segun la tuvo siempre tan cerrada encubriendo los favores de Dios, no se pudo saber cosa.

Verdad es, que aunque encubrió lo que en su retiro le pasaba con Dios; mas en la Misa, que la decia en público, quiso Dios, que con vehemencia de afectos le arrebatara para sí, diese indicios, sin recatarse él, de los grandes favores que Dios le hacia, como tambien fuera de ella, así en las misiones como en los colegios.

Acechándole una vez un caballero santo, gobernador del Estado y baronía de Ploague, por nombre Beltran de Guevara, que le tenia hospedado en su casa en una mision; le vió haciendo oracion de rodillas en su aposento, levantado del suelo en alto, con extraña admiracion suya y consuelo particular de su alma, como él mismo lo contó despues á otros.

Viviendo el Padre en el colegio de Alguer, y estando diciendo Misa, se la oia un caballero español, maestro de campo de un tercio que estaba allí de paso, y despues de haber consagrado, le vió levantado del suelo, como lo dijo al H. Sacristan, pidiéndole el nombre del Padre para tenerle en su memoria.

Frecuentemente se le mostraba Cristo nuestro Señor en la Hostia despues de consagrar, causando en su alma maravillosos afectos con suspensiones y raptos que se descubrian con demostraciones exteriores que no estaba en su mano reprimirlas.

Diciendo una vez Misa, vió una señora devota que la oia muy cerca del altar, cómo teniendo al Señor en las manos, al tiempo de comulgar, todo encendido y como trasportado, no acababa de hacerlo, ya acercándose, ya retirándose, sollozando y derramando copiosas lágrimas por espacio de casi un cuarto de hora, y oyó que decia: «Señor, no me atreveré á recibiros mientras no os tornáredes como antes.»

Finalmente vió, que con mucho sosiego le recibió y se estuvo otro cuarto de hora sin menearse.

Acabada la Misa y dadas las gracias, le esperó la señora en el confesionario para que la oyese de confesion, y le dijo lo que habia visto y oido en la Misa; á lo cual, hallándose el siervo de Dios atajado y como cogido de sus propias palabras, sin haberlas él advertido, la hubo de decir que el niño Jesus, que estaba allí vivo, le decia: «¿Por qué no me recibes?» á lo cual respondió él las palabras arriba dichas, encargándola mucho el secreto, así de lo que habia oido, como de la explicacion que el Padre las habia dado.

Esta misma señora le vió en otra Misa levantado del suelo en alto, y despues de haber alzado al Señor, por la parte del Evangelio donde ella estaba, vió que le salia del rostro un resplandor tan grande, que no pudiendo ella atener á mirarle, hubo de bajar los ojos.

Dándole despues cuenta en el confesonario de lo que habia visto, á lo de la elevacion no respondió nada, y á lo del resplandor dijo que no salia de su rostro, sino del mismo Cristo, resplandor de la gloria del Padre.

En otra ocasion, diciendo Misa y asistiendo á ella mucha gente, le sucedió que, despues de dichos los *Agnus* y las oraciones de antes de comulgar, prorumpió en alta voz, diciendo: «Jesus,» por tres veces, y luego continuadamente: *Señor, tornáos como érades, que no soy digno, y no me atrevo.*

Admirada la gente, se miraban unos á otros sin hablar palabra: con que se deja entender que no sólo eran frecuentes estas apariciones y favores que Dios le hacia; más aún que tenian fuerza de enajenarle y sacarle de sí y de su ordinario paso en encubrir siempre sus cosas; y cuando se las decian, corrido y avergonzado no sabia qué responder.

Otra vez, despues de haber consagrado, levantó la voz diciendo: *Vivo, vivo*

Acercóse la gente con asombro y el Hermano que le ayudaba, para avisarle que mirase lo que decia; y el Padre, como absorto y enajenado, le dijo: «Hermano, vivo es;» y volviendo sobre sí, pudo pasar adelante.

Otra vez, al tiempo de comulgarse en la Misa, sin acabar de decir tercera vez: *Domine, non sum dignus*, dejó caer la Hostia encima de la patena, y con los reparos que solia y extraordinaria congoja y temblores que la mostraban le oyeron decir: *¿Vivo, Señor, vivo os recibiré,?* repitiéndolo por tres veces.

Quedóse así suspenso, fijos los ojos en el Sacramento, por espacio de un cuarto de hora, y luego que le recibió, prosiguiendo hasta acabar la Misa, estuvo tan absorto y enajenado, que no acertaba en las acciones y pasos hasta llegar á la sacristía, donde se quedó enajenado y tan fuera de sus sentidos que el Hermano que le habia ayudado á la Misa hubo de salir á las penitencias que le esperaban en la iglesia para confesarse, para decirlas que el Padre no estaba en disposicion de poderlas oir.

Esta vez sabemos que se le mostró el Señor en la Hostia con sus divi

gas, vivo y glorioso como está en el cielo, según lo dijo el Padre con gran secreto á una persona de las que le oyeron la Misa, que le decía lo que le habían oído decir en ella.

Con esta ocasión le habló de los misterios de la sagrada Pasión de Jesucristo que se representan en la Misa, tan encendido en su amor, que parecía salir de sí.

Y la misma persona vió que antes de acabar la Misa, cuando se volvió á decir: *Dominus vobiscum*, tenía su rostro tan resplandeciente, que siendo la culla que traía de color verde, participando de la misma luz, parecía blanca.

Asimismo fué visto muchos años antes que muriese, que diciendo Misa, despedía rayos de su cabeza.

Cuán continuos fuesen estos favores y visitas del cielo, se descubre bien todo de lo que después de su muerte declaró una persona, afirmando sucesos semejantes á los referidos, que serían once ó doce veces las que oyendo Misa los había notado.

De estos reparos al tiempo de comulgar y vehemencia de sus afectos y obras que, transportado en Dios, se le oían, hubo muchísimos testigos que con juramento lo afirmaron después de su muerte.

La común opinión era que extrañaba recibir al Señor, que á lo descubierto y corrida la cortina de los accidentes se le aparecía, según lo significaban sus palabras, sin advertir lo que decía, como otro S. Pedro en el Tabor que no sabía lo que hablaba.

Un ciudadano honrado de Sácer, por nombre Juan Bautista de la Torre y Leizaola, afirmó con juramento que, oyendo la Misa del P. Sebastian, vió que después de alzada la Hostia y antes de consagrar el cáliz, se paró inmóvil, como si fuera una estatua, y sin sentido, y se detuvo más de medio cuarto de hora elevado de la tarima del altar en alto, hasta que, volviendo en sí, como un muerto le volviera el alma, dió un gran suspiro, con extraña admiración de los circunstantes, que se miraban unos á otros.

Muchos de la Compañía que le ayudaron á Misa y otras personas de fuera que asistían, se admiraban de la devoción, ternura y sentimiento grande con que celebraba, cuya demostración eran de ordinario los manantiales de lágrimas y los continuos sollozos que no podía reprimir y unos temblores de todo el cuerpo; indicio de los vehementes afectos del alma, de los cuales reía la fuerza superior á la flaqueza de su cuerpo cansado y consumido en la oración, que le obligaba como con violencia á ponerse de puntillas y perseverar de esa manera, sin estar en su mano otra cosa, desde el consagrar hasta el comunión.

Era esto casi siempre, fuera de las veces que, siendo mayor la fuerza del espíritu, le levantaba todo el cuerpo, que no fueron pocas.

Causaba admiracion verle sustentarse de puntillas tan largo espacio, siendo así que apenas podia sustentarse en pié por su flaqueza y vejez.

Y por esta causa de los favores que Dios le hacia en la Misa, nunca la dejaba de decir, esforzándose para ello, aún en sus enfermedades, cuanto podia.

Fué providencia de Dios que siempre la dijese en público, como los demás Padres de casa, para que hubiese muchos testigos de todo lo dicho.

Notósele, finalmente, á sus tiempos, que sentia unos júbilos acompañados de alegría exterior, que manifestaban el gozo interior de su alma, que no le podia tener á raya.

El P. Salvador Pizqueda, que tenia bien conocido su espíritu, declaró que aquel júbilo nacia de la clara luz que Dios infundia en su alma, de la cual habla S. Gregorio sobre aquello de Job: *Videbit faciem eius in iubilo*.

Algunos varones santos, no pudiendo contener la vehemencia de sus afectos, se salian á los campos para desahogarlos; mas este humilde Padre se encerraba dentro de la celda, para evitar en cuanto podia demostraciones exteriores.

VII

Su encendido amor para con Dios y caridad y celo de la salud de las almas.

Cuánto ardiese su corazon en el amor de Dios y los afectos muy encendidos con que amaba á Cristo nuestro Señor, se dejan bien entender de todo el discurso de su vida y de sus ordinarias meditaciones, que eran siempre de los misterios de su vida, y señaladamente de su santísima Pasion, que era su ordinario y continuo ejercicio espiritual, del cual sacaba cada dia nuevos motivos de más amarle, practicándolos con los que le comunicaban y trataban, con deseo de adelantarse más en el amor de nuestro Señor Jesucristo.

Decía que este era el más poderoso y eficaz medio para crecer cada dia más en su divino amor; y así, ninguna cosa encomendaba más que este santo ejercicio y consideracion de su Pasion santísima, hablando como tan experimentado en esta materia.

De aquí nacia todas sus ternuras y lágrimas, afectos y sentimientos de que hemos hablado arriba, señaladamente los que en la Misa sentia, por ser toda ella una representacion de este divino misterio.

De este amor divino le nacia el estar siempre colgado de la divina voluntad, á la cual estaba tan rendido y conformado, que de su boca, en cualquiera acaecimiento, jamás se oia una mínima queja ni disgusto por cualquier

abajo, recibéndolo todo de la mano de Dios, y alabándole siempre con articular agrado de que se cumpliese en él su santísima voluntad, señaladamente en las enfermedades.

Estando enfermo una vez, se descuidó el enfermero de acudir al Padre, olvidándole por andar acudiendo á otros enfermos y dejándole sin comida.

Entrando en su aposento el Hermano portero por la tarde para darle un cado, entendió lo que pasaba y afligíase del descuido; mas el Padre, alegre y contento le dijo: «No tome pena, Hermano, que esto quiere Dios, y si no lo hubiera querido, no hubiera sucedido el descuido.»

De andar tan actuado siempre en esta conformidad, gozaba de una grande quietud y paz interior de su alma, que ningun género de suceso le alteraba ni embarazaban cuidados de esta vida, ni respetos humanos, como si no viviera en la tierra.

De este amor á Dios le nacia el de los prójimos y celo singular de las almas, que habiendo dado Dios por ellas su vida, le parecia todo poco cuanto hacia, con deseo de dar él tambien la suya por ellas, como se echa de ver en las muchas veces que la puso en evidente peligro en su cautiverio, para salvar á sus concautivos en los ministerios espirituales.

Por ventura este deseo grande fué el que le llevó á Argel, pues tuvo revelacion antes de embarcarse de que seria preso de los moros, como así lo avisó á uno de los pasajeros disuadiéndole la embarcacion en aquel viaje; y todo eso no lo dejó, ántes eso mismo le inclinó más á la empresa que hizo, con que pareció su cautiverio más voluntario que forzoso, haciéndolo caridad esclavo por los redimidos con la sangre de Jesucristo.

Los efectos de esta su ardiente caridad en el tiempo del cautiverio ya que referidos arriba.

No se apagaron las llamas de este fuego, ántes se encendieron mucho más en la Religion con nuestros ministerios, y más ayuda de costa de la gracia y vocacion, como se vió en los muchos años que anduvo empleado en misiones por los pueblos más apartados y necesitados de cultura espiritual, como ya tocamos.

De lo que hizo en particular en los pueblos de la Baronía de Posada en misiones continuas por las cuaresmas y otros tiempos, fué testigo de parte del gobernador de ellos, caballero aragonés muy cristiano, por nombre D. Juan Moros de Molinos, muy aficionado á la santidad y espíritu del Padre.

En esta causa le pidió á los Superiores, y asistia á sus sermones, doctrinas y otros ministerios, no acabando de maravillarse de su gran celo y del igual que veia resultar de sus trabajos, en que era tan incansable de dia y de

noche, que apenas se acordaba de comer, ni habia interrumpirle si no era con fuerza.

Por lo cual el caballero alcanzó con los Superiores que, para moderacion de tantos trabajos y mirar por la salud del Padre, le diesen á él sus veces, haciéndole como Superior del P. Juan Sebastian en esta parte; y como era en todo obedientísimo, por más que estuviese muy ocupado en el confesonario y otros empleos de la mision, mortificaba su voluntad y lo dejaba todo al punto que le llegaba el recado del caballero su huésped, teniendo á raya su fervoroso espíritu con una sombra de obediencia.

Añadia á todo esto el cuidado de que nadie quedase en los pueblos sin confesarse, poniendo mucha diligencia en los registros de las confesiones, y llamando á los que faltaban con medios muy suaves, pero eficaces.

Uno de estos, que por vivir en el campo asistiendo á su ganado de continuo, era muy ignorante de doctrina y misterios divinos, resistia grandemente á los medios suaves del Padre, con que le pretendia traer á la confesion, y mucho más resistia á querer confesarse con él, diciendo que se dejaria mas presto matar, y añadia que tampoco queria con otro.

No se desalentó el siervo de Dios con esta terquedad y obstinacion; mas, juzgando ser necesario añadir á los medios suaves algo de rigor, suplicó al gobernador le mandase detener como preso en el lugar, valiéndose del temo de la justicia humana para rendirle á la misericordia divina.

El hombre dió en huir y esconderse, y, cuando le hallaban, hacer armas contra la justicia, hasta que, cogido y llevado al gobernador, se le remitió al Padre, á quien se llegó temblando y despavorido. Mas con su acostumbrada suavidad y dulzura con que le habló, quedó aquella fiera del campo tan amansada y despues tan instruida, bien confesada y tan aficionada al Padre, que acudia muchas veces en la cuaresma de su grado á confesar con el siervo de Dios y frecuentar entre año los Sacramentos, cuya frecuencia y destierro de la ignorancia en todos aquellos pueblos y en los demás de sus misiones, se debe á sus trabajos y santo celo.

Su ordinario empleo en los colegios, como arriba tambien queda dicho, era oir confesiones á todas horas, y de la gente más desvalida y ruda.

La eficacia con que hablaba en el confesonario era claro argumento de su ardiente caridad, poderosa para rendir pecadores.

Encarecia la gravedad del pecado tan vivamente, y con razones y comparaciones tan al propósito, que quedaban los penitentes como aturridos por la gravedad del pecado y aborrecimiento de él, como impreso en el alma y con lágrimas en los ojos.

Uno de estos penitentes que se mostraba rehacio, dijo despues que, deján-

le el Padre arrodilado, se fué á tener un rato de oracion por él, y vuelto el dre, se halló tan trocado, que vino en todo lo que se le ordenaba para bien su alma, y con afecto apartó de sí un tropiezo que le ocasionaba sus idas, cosa que antes le parecia imposible.

En acudir tambien á los hospitales y cárceles mostró su ardiente caridad, como queda dicho arriba, socorriendo á todos, así de remedios espirituales como corporales.

A los enfermos de casa, no contento de visitarlos entre dia á menudo, acudia tambien de noche, cuando la enfermedad era de algun peligro y trabajosa, ofreciéndose y acudiendo á lo que habian menester.

Compadecíase sobre manera de las mujeres perdidas ó que se iban á perder, procurando sacarlas de su mal estado ó del peligro, y poniéndolas en seguro.

En fin, en todo género de obras de caridad se esmeró siempre de manera, que no sólo edificaba, mas aún admiraba á todos, así de casa como de fuera.

VIII

Tuvo don de profecía y de hacer milagros.

Fué dotado este varon de Dios de espíritu profético, con que supo y descubrió muchas cosas por venir y secretos del corazon.

Algo de esto queda dicho en el discurso de su vida, y de otros casos que se han ido recogiendo, se añadirán aquí algunos.

Una sierva de Dios, estando enferma en la cama y despierta, vió entrar una noche dentro del aposento en que vivia, el Santísimo Sacramento de la manera que suelen llevarle á los enfermos, y vió que iban á dar la comunión á una persona de la casa, que no echó de ver quién era.

Quedó atónita con la vision; y como en la casa no habia otra persona enferma más que ella, creyó que la daban á entender que estaba cercana su muerte.

Por la mañana fué el P. Juan Sebastian para confesarla, y, sin que ella se hubiese declarado con nadie, la preguntó el Padré si aquella noche habia tenido temor; dijo ella que sí, y el Padre añadió: «No temais, que no sois vos la que ha de morir en esta casa, porque otra es la que ha de morir presto y de repente:» y sin que ella le dijese la vision, se la contó el Padre con todas sus circunstancias, y pidió si conoció la persona por quien venia la comunión; respondió que no, porque á ese tiempo uno de los ministros que ve-

nian en el acompañamiento se llegó á cubrirla los ojos, y sólo oyó que cian: *Domine, non sum dignus*, como si comulgase.

Aquí el Padre dijo: «Bien sé yo la persona, mas no conviene decirla ^{Por} no daros pena» y declarándole por menor las circunstancias de la vision, ^{como} si el Padre la hubiera visto, dijo entre otras cosas, que el primero que ^{entró} acompañando al Señor traia un incensario en las manos, del cual salia admirable fragancia, y fué realmente así.

Dijo más, que los que venian tambien acompañando con sus luces, no ^{eran} hombres, sino ángeles, y quien traia el Sacramento era el mismo Cristo.

«¿No advertistes (añadió) cuán diferentemente sirven al Señor los cortesanos del cielo, de los hombres en la tierra, en la reverencia con que le asisten y acompañan?» añadiendo el grande resplandor que de ellos salia y la música suavisima que le hacian; á que respondió que sí, señalando la parte por donde se dejaba sentir, aunque ignoraba si era dentro ó fuera de casa.

Finalmente, la declaró el misterio de la vision, y era, que habiendo de morir en aquella casa dentro de pocos dias repentinamente una persona cuya alma era muy grata al Señor, quiso el mismo Señor mostrar que no habia de morir sin Sacramentos, por más que muriese de repente.

Sucedió como lo dijo el Padre, y fué que la señora de aquella casa, por nombre Clara Saffo, mujer de calidad y señalada virtud, de la Tercera Orden de S. Francisco, de ahí á pocos dias, cumpliendo cierta novena en la iglesia mayor y pasándose de allí á nuestro colegio, donde confesó y comulgó; al volver despues á su casa, pasando junto á la de un deudo suyo, la acometieron unos desmayos y accidentes, que la acabaron dentro de dos horas.

Admiró este caso á la sierva de Dios que tuvo la vision, y no ménos la declaracion que el Padre la dió, y quedó muy consolada con lo que el mismo Padre despues la dijo y aseguró que estaba ya gozando de Dios la buena señora á quien la enferma tenia en lugar de madre.

Doña Felipa de Cervellon, condesa de Cedilo, estaba afligidísima pensando que el conde D. Bernardino de Cervellon, su marido, habia muerto en Génova, adonde habia ido para curarse de cierta enfermedad, y habia tiempos que no tenia aviso alguno.

Dió parte de su afliccion al siervo de Dios, que era su confesor, y, consolándola, la dijo que el conde su marido estaba ya sano y fuera de Génova, y que esta era la causa de no tener aviso.

Así fué, que de ahí á pocos dias tuvo cartas del conde, que estaba en Milan sano y bueno.

Casi semejante á este caso fué el que le pasó con la condesa de Elda, virreina de aquel reino, acerca del conde su marido, segun queda referido arriba.

Visitando una vez el Padre á una señora muy devota, entró á deshora en el aposento una criada suya, moza de pocos años, que venia de traer agua de la fuente, á quien el Padre en presencia de su señora reprendió algunas acciones particulares de libertad y desenvoltura, encaminadas á su perdicion, sin vivo sentimiento y lágrimas nacidas de su santo celo.

Replicó ella que cómo podia saber esas cosas; mas despues de haberse do el Padre, admirándose de que supiese cosas que por medio humano era imposible saberlas, afirmó ser así la verdad.

Súpolo despues el siervo de Dios, y añadió, que habia derramado aquellas lágrimas de sentimiento, porque en hecho de verdad aquella moza se habia e perder, como así sucedió.

Una mujer divertida se redujo por las amonestaciones y consejos de un padre de la Compañía, el cual para la perseverancia la juntó con una sierva de Dios, para que la hiciese frecuentar los Sacramentos y apartarse de las ocasiones de volver al vómito.

Mas ella, arrepentida de su mudanza de vida, en lo exterior daba demostraciones de no estarlo, con las penitencias y disciplinas que hacia, con que buena mujer que la tenia en casa estaba muy satisfecha de su proceder, esta que, comunicándolo con el P. Juan Sebastian, le oyó decir que todo era fingimiento, que las disciplinas que tomaba era sacudiendo en la pared, para reeditarse.

Quedó admirada la sierva de Dios, é hizo experiencia del caso, y descubrió así; de lo cual y de otras cosas que vió, se determinó á echarla de su casa.

Un Hermano de la Compañía contó de sí mismo, que siendo estudiante se-
r, confesando una vez con el Padre, el demonio le ponía tal vergüenza en clarar cierto pecado, que casi se determinaba á callarle.

Al fin de la confesion le preguntó el Padre que dijese si tenia más que de-
añadiendo: «Mirad, hijo, que el demonio os está detrás tirando de la capa
a que no digais el pecado que teneis escondido.»

Quedó asombrado el penitente, y entendiendo que ya el confesor sabia por relacion divina su pecado, no dudó de confesarle.

Estando una sierva de Dios entre las once y doce de la noche haciendo la-
en su casa, vió entrar á deshora en su aposento un perro negro es-
toso.

Quedó atemorizada, y queriéndose levantar para tomar agua bendita, el
o la embistió é hizo caer en el suelo, quedando tan asustada con el te-
, que le sobrevino un desmayo, y por algunos dias no la dejó levantar de
ma.

asados los cuales, fué al colegio, y, en ausencia de su confesor, fué á con-

fesarse con el P. Juan Sebastian, que la dijo antes de manifestarlo ella el ^{su}ceso del perro, declarándola que habia sido el demonio, y que aquel trabajo no seria el postrero que habia de padecer en ese género; que se aparejase para otros lances y fiasse de Dios, como así lo experimentó y tuvo bien que padecer.

Díjola tambien, sin que ella lo declarase, otras visiones, como de ciertos resplandores que se le entraban de noche por los resquicios de la ventana y otras semejantes, exhortándola á que nunca dejase de acudir á Dios por medio de la oracion.

Un ciudadano honrado de Sácer, por nombre Mateo del Campo, padecia á ciertos tiempos tan profunda melancolía, que para no ver gente se encerraba dentro de un aposento dos y tres dias, tan fatigado de tristes imaginaciones, que le traian casi á término de perder el juicio.

Afligíanse sobre manera del caso la mujer é hijas, sin saber qué hacerse.

Dieron parte de esto al siervo de Dios como á deudo suyo, y pidiéndole algun remedio, el Padre se lo llevó un dia al colegio cuando más anegado estaba en su tristeza.

Encerróle consigo dentro de su celda orando por él y deteniéndole largas horas, despues de las cuales salió el hombre tan curado y trocado, que llegando á su casa con extraordinario consuelo y alegría, no acababa de admirarse del espíritu y santidad del Padre, refiriendo á su mujer cómo le habia acertado todas las imaginaciones y pensamientos ocultos que le turbaban y causaban tan profunda melancolía, añadiendo que le habia quitado como con la mano toda la tristeza de su alma, como así lo experimentó de allí adelante por toda la vida.

Tenian estos casados un hijo inquieto, inobediente y tan travieso y discolo, que temian de él alguna infamia ó trabajo mayor. Díjoles el Padre que el mozo se embarcaria presto y no le habian de ver más ni tener nuevas de él, y así se cumplió.

Cierta señora recibió una pesadumbre de un confesor, cuando ménos la esperaba, en un negocio grave que le comunicó, quedando tan afligida y desconsolada, que le parecia no hallaria remedio ni consuelo.

Llegóse al confesonario del P. Juan Sebastian, y, sin hablar palabra ni dar muestras del sentimiento que traia, la dijo el santo varon: ¿Qué tiene, señora, y de qué se aflige? tenga buen ánimo, que ese negocio saldrá como desea.

Quedó admirada la mujer de que supiese el Padre lo que le habia sucedido y la causa de su desconsuelo, sin haberse ella declarado, y mucho más se admiró cuando el dia siguiente vió cumplido lo que el siervo de Dios le ha-

ia dicho, persuadida de que Dios se lo habia revelado y concedido á ella por las oraciones del Padre.

Dejo otros casos semejantes á estos y vengo á aquellos en que no sólo descubrió este siervo de Dios que tenia luz para conocer lo porvenir y los secretos del corazon, mas tambien que le asistia virtud superior para obrar maravillas sobre fuerzas humanas.

Salió de una refriega con tres mortales heridas de unos botes de alabarda en primo hermano del santo varon, por nombre Gabino del Campo, el cual, en esperanza de vida y desahuciado de los médicos y cirujanos, trató de disponerse para la eterna.

Recibió todos los Sacramentos, y cuando estaba esperando la muerte, preparado todo lo necesario para su entierro, visitóle el P. Sebastian acompañado del P. Juan Justo, y entre otras razones para su consuelo espiritual, le dijo que tuviese buen ánimo y confiase en el amparo de la Santísima Virgen, á quien el enfermo habia hecho voto de ir á visitar su santuario de Monserrate, asegurándole que, aunque estaba tan al cabo, no moriria de aquella vez.

Despidióse de él, ofreciéndole que le encomendaria á Dios nuestro Señor á la misma Virgen.

Causó admiracion en todos la seguridad con que el Padre previno y prometió al enfermo la vida y salud; y él no dudó que habia de sanar, creyendo palabras del Padre como si el mismo Dios se las dijera, y experimentó que el dolor le iba faltando.

Vinieron á esta sazón á verle los médicos, aunque le habian desahuciado, trayendo consigo preservativos contra el mal olor de las llagas, que pensaban que eran hechas odres de materia y corrupcion; afirmóles el enfermo que se sentía bueno y sano.

Llegaron á hacer la experiencia desatándole los lienzos de las heridas, y hallaron todas cerradas y sanas, quedando maravillados de tan evidente progreso; el cual atribuia el Padre á la devocion é intercesion de nuestra Señora, y el enfermo á los méritos del siervo de Dios, que le habia prometido sanar por él y asegurado con tanta certidumbre la salud que deseaba.

Este mismo afirmó despues otras cosas maravillosas que con el P. Juan Sebastian le habian sucedido, y generalmente dijo que cuanto el Padre le declaraba antes de suceder, se cumplia todo al pié de la letra.

habian de dar á una señora, hija de confesion del Padre, un cauterio de hierro por unos gravísimos achaques que padecia, la cual temia mucho, como era y sin experiencia de semejante cura.

Encomendóse en las oraciones del siervo de Dios, que se las ofreció y fué llamado el Señor, que no acertando el cirujano en aplicar el boton encendi-

do como debia por cuatro veces, ninguna sintiese dolor alguno, como si fuera de mármol, quedando admirado el cirujano y mucho más ella, atribuyendo este efecto á las oraciones de su Padre espiritual, y dándole despues cuenta de ello, la mandó que á nadie lo dijese.

Sucedióle á esta misma persona otro caso tambien milagroso: hallóse en otro tiempo por buen espacio tan apretada de un vehemente dolor de estómago, sin poder reposar ni detener la comida, que pensó acabaria presto con la vida.

Fuéla á confesar el Padre Juan Sebastian á su casa, y díjole acabada la confesion: «¿Cómo, hija, siempre ha de durar este mal?» y respondió ella «sin duda, Padre, que de él me moriré. Habia prometido unas Misas al glorioso S. Gregorio, cuya imágen tenia delante, para que me alcanzase remedio de este mal.»

«Yo las diré,» dijo el Padre; alegróse la enferma, y vuelta hacia la imágen del Santo, pidió afectuosamente que le alcanzase la salud que deseaba; acudió el Padre, asegurándola y diciéndole: «Sí, sí que sanará, no dude.»

Fué cosa maravillosa que, en saliendo de la casa el santo varon para volverse á su colegio, al punto quedó sana la enferma y no sintió más aquel mal, atribuyendo el milagro no sólo á la intercesion de S. Gregorio, mas aún á la del P. Juan Sebastian, que tan seguramente la habia prometido la salud.

Esta misma persona hallábase despues de muchos años con otra enfermedad que la tenia como tullida en la cama, sin que los médicos acabasen de curarla ni aún la entendiesen.

Preguntóla un dia el Padre si deseaba verse libre, y respondió ella que sí, y entónces el siervo de Dios la dijo: «Está bien, bien,» y recogiendo dentro de sí, como para encomendarla á Dios, al despedirse sintió la enferma que la decian interiormente: «Levántate, levántate.»

Reparó ella consigo mismo, por más que sentia impulsos de levantarse, porque le parecia imposible poderse tener en pié; más al fin, no pudiendo resistir á la fuerza interior, se levantó, y pudo no sólo sustentarse, mas aún andar apriesa como sana, con admiracion suya y de los demás, que no sabian cómo habia sucedido el caso, quedando de allí adelante del todo sana y buena.

Doña Clara Zúñiga y de Pilo, señora de ilustre sangre y de muy insigne virtud, tuvo una indisposicion en los oidos que le causó tan gran sordera, que apenas podia oir palabra así del confesor cuando la oia de confesion, como del sacerdote en la Misa, con que vivia muy desconsolada.

Un dia, confesándose con el Padre que era su ordinario confesor, le rogó la encomendase á Dios y dijese los Evangelios sobre los oidos.

Hízolo así el siervo de Dios por la reja del confesonario, y en despidiéndose de allí la señora, se fué hacia el altar para oír la Misa, que la oyó con miración suya tan clara y distintamente, que echó luego de ver estaba ya, como realmente lo estaba, alabando á Dios y atribuyendo el milagro á oraciones del P. Juan Sebastian.

Pudieranse traer otros muchos milagros hechos así por su persona como por reliquias suyas, que se dejan aquí por brevedad.

IX

Cómo fué muy perseguido visiblemente de los demonios, y las victorias que alcanzó de ellos.

La guerra que hicieron á este siervo de Dios los demonios fué muy cruel y continuada por toda su vida; principalmente despues que se recogió á vida perfecta con la dignidad del sacerdocio, fué siempre perseguido y maltratado visiblemente de ellos ya en figura de hombres, ya de fieras y ya de monstruos infernales.

El mismo Padre refirió algunas veces, hablando de sí como en tercera persona, que los demonios ya le daban de palos, ya le ataban, ya le escupian y hacían otros escarnios.

Lo ménos era inquietarle de noche y á todas horas, despertándole ya con golpes, ya llamándole por su nombre y diciéndole: «*Deo gratias*, levántese, le llama el P. Rector;» hacíalo el siervo de Dios, aunque hallaba despues el embuste suyo.

En esta triba queda referido cómo por tres veces en una noche le hizo levantar y ir al aposento del P. Rector, fingiendo que le llamaba, no siendo así.

En otras veces en figura del portero, como si le llamase para enfermos, y en figura del mismo Superior, le apareció fiero, como que le queria desahuyarse de la Compañía, que aunque el siervo de Dios á la primera vista se asustaba, mas conociendo la ficción y embuste de Satanás, se consolaba y alenaba en sus santos ejercicios espirituales, dándose más á la oración, con lo que alejaba al enemigo vencido y avergonzado.

Una vez le encontró en figura de asno y le dijo que cómo, habiendo sido superior, venia ahora de aquella manera en tan torpe figura, con lo cual confuso y avergonzó á aquel espíritu de soberbia.

Por estas visiones y otras semejantes corrió mucho la fama no sólo entre los religiosos, mas aún entre los seglares.

Saliendo el siervo de Dios un día al campo, dió el demonio en apedrearle lloviendo sobre él tantas guijas, sin saber de dónde ni por dónde venían, que le dejaron molido y quebrantado; más, aunque sintió los golpes, no le quedó lesión alguna ni llaga en su cuerpo.

Otra vez en figura de jumento arremetió á él y dióle muchas coces, y otras le quitaba de delante el misal que registraba para la Misa, y se le derribaba en tierra: y de estas y semejantes vejaciones padecía muchas.

El atarle y sacudirle dentro de la celda fué ordinario, sintiendo los más vecinos á su aposento el ruido de los golpes y voces de una y otra parte, diciéndoles el siervo de Dios: «Canalla, haced lo que Dios os permite, que para más estoy aparejado.»

Una noche en particular, después de acostados todos, estaba un Hermano que vivía junto á su aposento estudiando; vino el Padre á tomar luz, porque se la había apagado la suya, tornó otra y otras veces, porque todas se las mataba el demonio.

Al fin, el Hermano quiso él mismo llevarle luz y dejársela en su aposento, como lo hizo, y de ahí á un rato, pasando el Hermano por el tránsito, oyó que le llamaba el Padre.

Llegó á saber lo que quería, abriendo la puerta, y hallóle que tenía ambas manos atadas á un hierro de la misma puerta fuertemente, y no podía de ninguna manera desatarse.

Preguntóle: «¿Quién ha atado á V. R. de esta suerte?» «No importa, dijo el Padre, saber eso, sino que me desate.» «Hámelo de decir V. R., replicó el Hermano, si tengo de soltarle;» porfió en esto, hasta que le dijo el Padre: «Vaya, Hermano, ¿qué quiere saber? esa bestia ha sido.»

Una vez (entre otras) llegaron los demonios á maltratarle de manera que le dejaron medio muerto.

Fué el caso, que yendo un seglar al colegio por un Padre para confesar á un enfermo, oyó extraordinario ruido, y por unos resquicios y agujero de una puerta que sale al patio, vió cómo dentro de aquel aposento tenían en medio al P. Juan Sebastian cuatro hombres fieros vestidos de negro con hábito corto, peloteándole de una parte á otra, ya levantándole en alto, ya dejándole caer en el suelo, dando y tomando con tanta furia, que el santo varón fatigado y congojado les decía: «Dejadme ya, que no tencis licencia para más.»

Estábase el seglar mirando el combate como fuera de sí, no sabiendo lo que era; y compadecido del trabajo, quiso socorrer al siervo de Dios llamándole por su nombre; mas al mismo punto, sobresaltado de un grande pavor y espanto, se huyó por la puerta de la iglesia sin parar hasta su casa, donde

Continuaron los temores de modo que apenas podia hablar ni explicar su infortunio por algunos dias, quedándole como impresa aquella espantosa vision, hasta que, despues de sosegado, contó con admiracion lo que habia pasado.

En la ciudad de Alguer, estando el Padre cuidando de unos trabajadores vendimiaban la viña de nuestro colegio, y siendo el dia muy sereno, se levantó de repente un torbellino muy grande, que las ventanas de la casa se abrian unas con otras; habia tan grande ruido, que parecia con el movimiento que queria caer toda la casa.

Despidió el Padre de allí la gente que estaba temerosa, y encerrándose él en la casa, oian fuera voces como si hablaran unos con otros, y al Padre que preguntaban: «¿Qué pretendes bestia infernal? ¿Qué tienes que ver conmigo? Vete aquí.»

Preguntáronle despues aquellos hombres qué habia sido aquel ruido, y él respondió más, sino que atendiesen á su ocupacion.

En este género de trabajo y persecucion, que se puede llamar un prolijo martirio, fué ejercitado este siervo de Dios con tanta fortaleza de ánimo, sin sentirse del padecer de tantos años, ántes con tan grande estima de la merced que Dios hacia con él, que consolando y animando á cierta persona, que hacia semejante trabajo de los demonios, le dijo que se holgaba que le diese Dios aquella merced, y que se la agradeciese; añadiendo que rogaria por él, no para que le librase de aquel trabajo, sino para que le diese fuerzas para llevarle bien, y con fruto de su alma.

Dijo (dijo) que el diablo se canse en combatiros, y que de cansado y derrotado de no haber alcanzado nada, os deje:» y añadió: «¡Oh si supiéredes cómo á otra persona le apaleaban, ataban, sacudian, escupian (entendia sin duda sí mismo) y despues se iban vencidos y corridos!»

Así como esta persona despues de cuatro años, no fiando de su flaqueza, se vio libre de este trabajo, compadeciéndose el siervo de Dios, rogó por que se le quitase, y no fué menester más para quedar del todo libre de él. De lo cual parece que tuvo el siervo de Dios imperio sobre los demonios, y no se valia para eximirse de sus molestias y malos tratamientos.

Lo que es más, no sólo en vida los amedrentaba y echaba de los cuerpos humanos, mas aún despues de muerto le temian de suerte, que no se osaban tocar donde habia alguna reliquia suya, como se puede ver en el caso siguiente y otros muchos.

Trataba el demonio á un hombre todas las noches cruelmente, y con un nombre del vestido del P. Juan Sebastian, que le dió un Padre de casa, se defendido de suerte, que el demonio desde léjos se le aparecia, y hacia

fieros, mas no osaba llegarse á él: fruto de la paciencia del siervo de I en sufrir tan larga persecucion de los demonios y corona de su victoria, los mismos se le rindiesen y temiesen no sólomente á el, mas á un pe de su vestido, despues de muerto.

De las batallas secretas de que no tenemos noticia por no haberla dad siervo de Dios, se deja entender fácilmente que fueron aún más terribles continuas: porque suele ser mayor la bateria espiritual del enemigo y gloriosa la victoria del que le vence, como este santo varon le venció, y g del premio y corona debida á sus victorias y de la gloria que con sus trabajos y santas obras mereció.

X

Sabe la hora de su muerte, y acaba santamente.

Queriendo nuestro Señor dar descanso á su siervo, le previno reveland la hora de su muerte antes de caer enfermo.

Sin advertir en ello, dijo á una señora devota, prima hermana suya, p dias antes de caer en la cama, que estaba de partida, que le llamaba n tro Señor.

Asimismo á otras dos señoras muy siervas de Dios significó que no le rian más, dejándolas á todas documentos muy espirituales.

En casa guardó silencio, no descubriendo á nadie lo que sabia; sólomente á un Padre que le dijo en la enfermedad, pasado el dia de nuestro Santo P nacio, que viviria hasta otro dia del Santo del año siguiente, en que mori respondió con resolucion: «No ha de ser, sino este.»

Segun era muy grande el deseo que tenia de morir, para ver y gozar Dios, á un Hermano que le dijo tenia esperanzas que no moriria entón respondió con algun sentimiento: «¡Oh Hermano, no me desee tanto m

Cargó la enfermedad, en la cual fué obedientísimo á los médicos y en meros con todo rendimiento y humildad; y creciendo la calentura sobre flaqueza é inapetencia grande que padecia, dentro de pocos dias llegó á extremos.

Recibió los Sacramentos con singular devocion, y despues guardó pro do silencio sin hablar apénas con nadie, y cerrados los ojos, por tratar a las con Dios y escusar demostraciones en presencia de otros.

Mas, hallándose sólo, fué acechado de fuera, que no reparaba en desa char sus afectos, y dos veces fué visto blandear una cruz de palo, com

se para ahuyentar los demonios, que toda la vida le persiguieron y malon, y debian tambien de hacerlo en la muerte.

entándole un Padre para el cielo con aquellas palabras del salmo: *es erant pedes nostri in atriis tuis* y otras semejantes, mostraba el sier-

Dios en el semblante recibir notable pena en lugar de alegría.

paró el Padre, que conocia bien su humildad, y, vuelta la hoja, exhortó á actos de contrición, diciendo: *Deus, propitius esto mihi peccatori*, y al momento, serenado el rostro, bajó la cabeza al humilde siervo de Dios, siguiendo que aquello era lo que se le había de decir a él, para llorar sus pecados.

gunas personas principales de fuera le vieron en la enfermedad, y a mi-
rocuro excusarlo, no fue posible que le dejasen de ver sin hora de pa-
u consuelo, que de dia recibiese en su grande cama sola su vista y encon-
arse en sus oraciones.

gó el día de su muerte, que fue el de la Transfiguración del Señor, el 26 de agosto del año 1604, en el cual con muy gran sosiego y paciencia, tratando con sus señores en el interior de su alma la entrega de su alma al mismo Señor.

do en este de americana brasileira; e, segundo o, não
do.

in siguientes de la de su anterior, a que unido el anterior, por una
razón y para dar una idea de su estado, se le ha agregado el
estado anterior, dando lugar a la forma siguiente: "El estado
anterior de la población anterior, cuando se ha producido, y
el estado de la misma."

religiosas, as de natureza civil e outras, e, por isso, a liberdade
religiosa, a liberdade de consciência e de culto, a liberdade de
expressão e de imprensa, a liberdade de reunião e de associação, a
liberdade de trabalho e de greve.

1. Pravila o izdavanju i korišćenju sredstava za izdavanje
 2. Pravila o izdavanju i korišćenju sredstava za izdavanje
 3. Pravila o izdavanju i korišćenju sredstava za izdavanje

El primer de la Iglesia Inglesa del Norte de la Gran Bretaña y de Irlanda
es el primer de la Iglesia Inglesa del Norte de la Gran Bretaña y de Irlanda
y el primer de la Iglesia Inglesa del Norte de la Gran Bretaña y de Irlanda

Билет 1 - Прогноз погоды на завтрашний день - 10 баллов. 1 балл за каждый правильный ответ.

Inspected again today. Reported to be found in "Barnyard" and
on "High Street" (Hammock) in London. "Barnyard" and "High Street"
are names of streets in London. "Barnyard" is a street in the
City of London. "High Street" is a street in the City of London.

que estaba, vióle el Hermano, y sin haberle visto ni conocido en vida, quiso el Señor que, aunque muerto, le sacase tan al vivo, que á juicio de todos los que le miran y conocieron, le reconociesen por retrato propio suyo.

Al mismo tiempo que espiró, quiso dar el Señor alguna señal de su gloria porque un ciudadano muy honrado y devoto de la Compañía, en oyendo tocar la campana del colegio, que fué al punto que habia espirado, sospechando lo que era, dijo á su mujer en su casa: «Arrodillémonos y encomendémonos á este santo Padre, que sin duda se ha ido derecho al cielo.»

Al punto que se arrodillaron, vieron en el aire un grande resplandor y sintieron en su alma extraordinario consuelo y singular alborozo, con que se confirmaron en su opinion de la gran santidad del siervo de Dios, y que gozaba de gloria.

Aparecióse el siervo de Dios, poco despues de muerto, dos veces: la una, á un Hermano de la Compañía del mismo colegio de Sácer, que, hallándose en su aposento con una afliccion espiritual acerca de su salvacion, vió al Padre distintamente en su propia figura, rodeado de gran resplandor, con rostro sereno y afable.

Turbóse el Hermano al principio, y, cobrando ánimo, con toda la devocion y afecto que pudo le pidió que le alcanzase de Dios nuestro Señor perdon de sus pecados.

Volvió el Padre el rostro, como quien habla con otro, diciendo por tres veces: «Perdonadle, perdonadle, perdonadle;» y vuelto al Hermano, le encargó se guardase de ofender á Dios.

Duró la vision casi medio cuarto de hora, y quedó el Hermano muy consolado en su alma.

La otra fué á una mujer devota, criada de una señora muy principal, que estaba en la cama con vehementísimo dolor de cabeza y tan apretada, que pensaba morirse aquella noche.

Tomó por remedio encomendarse al P. Juan Sebastian; hízolo con todo afecto que pudo, y á deshora le vió entrar por la puerta de su aposento ricamente vestido y rodeado de resplandores, con una estrella en la frente; el cual se llegó á la cama y la tocó con la mano la cabeza donde tenia el dolor, diciéndola que estaria buena y que encomendase á su señora de su parte dos pobres mujeres que quedaban despues de su muerte desamparadas, y que la una de ellas vendria á acordárselo.

Cumplió lo uno y lo otro, porque quedó al instante libre de su dolor, y la otra mujer necesitada le vino poco despues á hablar, sin que ella lo procurase, representándola su necesidad de la manera que le fué dicho en la vision.

ambien se apareció á otras personas espirituales con señales ciertas de la vida que gozaba, como fué al P. Salvador Pizqueda, el cual, como tuviese peligrosa enfermedad ocho ó nueve meses antes de su muerte, pensando habia de acabar en ella la vida, púsose á pensar cómo se dispondria en ella hora.

Mientras estaba en esto, se le apareció este siervo de Dios y le dijo: «Tened por cierto que no morireis esta vez; aún no es llegado el tiempo, trabajad algo más, y despues vendreis al cielo á coger el fruto de vuestros trabajos.»

Dichas estas palabras, desapareció, y el P. Salvador volvió en sí y quedó cierto que no moriría aquella vez, que luego estuvo bueno.

En las en la enfermedad de que murió, preguntado con juramento de un notario público sobre lo que habia escrito del P. Sebastián del Campo si estaba cierto de lo que decia, respondió en secreto que no dudase ser así, porque habia aparecido el mismo Padre y díchole haber pasado todo como lo habia escrito, corrigiendo sólamente algunas cláusulas, para que fuesen con las mismas palabras formales que él le habia dicho.

Despues que hubo pasado de esta vida el V. P. Salvador Pizqueda, se aparecieron ambos siervos del Señor á una persona muy espiritual cuatro ó cinco veces, vestidos de inmensa gloria y resplandor, y le dijeron que estaban en el monte santo de la gloria, y que ella perseverase en toda bondad y virtud, que con eso se veria en el mismo lugar.

Los milagros que ha obrado el Señor despues de muerto el Padre, así por sí como por sus reliquias, son muchos y muy averiguados, de los cuales hay un caso auténtico hecho por mandado del Arzobispo Turritano de Sácer, entónces era D. Andrés Bacallar, á instancia del P. Juan Garrucho, Vice-rectoral; los cuales, por no alargar esta *Historia*, se dejan de poner aquí, y adelante pondré unos testimonios de dentro y fuera de la Compañía, que manifiestan la santa vida del P. Juan Sebastian.

El dicho Arzobispo, que le conoció y trató mucho así en la ciudad de Oristan, donde era entónces Obispo, como en la de Sácer siendo Arzobispo D. Gabino Manca de Cedrelles, que lo fué despues, y siendo Obispo se halló á su entierro, los Inquisidores, gobernador D. Antonio Carrillo, Arzobispo de Oristan, los virreyes que en su tiempo gobernaron el reino, y lo más noble y principal de aquella ciudad, y generalmente los que le conocieron y trataron, no sólamente le tuvieron por santo en su vida y muerte, reverenciándole como á tal, mas aún procuraron todos los medios para alcanzar alguna reliquia suya, sintiendo algunos efectos milagrosos con ella.

El dicho Arzobispo D. Gabino Manca, insigne Prelado no ménos en santidad y letras que en la nobleza de su sangre, dió, poco despues de su muerte, firmado de su mano, que en una grave indisposicion, aplicándose una reliquia que tenia del Padre, por su intercesion quedó sano.

Doña Juana de Castro, condesa de Elda, virreina de Cerdeña, por la grande opinion que tenia de la santidad del Padre, le deseó tener por confesor suyo en la ciudad de Cáller, y sólo reparó en la vejez del Padre, que no le permitia ponerse en camino.

Escribíale á menudo y consolábase mucho con sus cartas; y afirmó que en un grande trabajo que tuvo el virrey su marido, el siervo de Dios le escribió que no tuviese cuidado, porque muy en breve volveria bien despachado de la córte adonde habia ido, como sucedió.

Doña Felipa de Cervellon, condesa de Cedilo, hija de confesion del Padre, le tuvo tan grande veneracion, que decia le miraba siempre como á varon santo y todo de Dios, afirmando que nunca le dijo cosa por venir que no sucediese de la misma suerte que él lo habia dicho.

Don Juan Moros de Molinos tambien, y otros señores principales que confesaban ó trataban con el Padre, afirmaron lo mismo.

Doña Estefanía Carrillo y Zapata, doncella no ménos insigne en santidad que en sangre, tuvo tan grande opinion y estimacion de la santidad del P. Juan Sebastian, que cuando se hallaba más acosada de un trabajo que el demonio la causaba, se ponía al paso del confesonario donde oía el Padre las confesiones, y, sin que él lo advirtiese, llegaba la mano á tocar su sobrero y besársela con devocion y confianza de que le valdria en su trabajo, y afirmó que todas las veces que esto hacia, se hallaba libre de él.

De los testigos domésticos de su santidad hay tantos cuantos le conocieron y trataron en la Compañía, de los cuales muchos han dejado por escrito su testimonio.

Así estos como todos los demás, así Padres como Hermanos, convienen, segun queda dicho arriba, en que siempre fué tenido por de insigne virtud y santidad en nuestra Religion y singular observancia de nuestras reglas é Instituto, sin que jamás se advirtiese cosa en él que desdijese de varon perfecto y santo.

Así lo dejó escrito el P. Salvador Pizqueda, varon tambien santo y verdadero imitador del espíritu del Padre, que le conoció y trató muchos años, el cual recogió las cosas de su vida y averiguó muchos de sus milagros.

Despues el P. Diego de Pinto escribió tambien la vida de este siervo de Dios: y el P. Fr. Elías de Sta. Teresa, Carmelita descalzo, Provincial de Flandes, en su *Legacion de la Iglesia triunfante*, tom. I, lib. II, cap. XXXI

hace un gran elogio de las virtudes de este siervo de Dios, donde concluye diciendo:

«Murió devotísimamente con certísima opinion de santidad, y ya obra Dios por él tantos milagros, que se puede hacer de ellos un particular libro.»

P. NIEREMBERG.

P. JUAN GARRUCHO

El P. Juan Garrucho fué sardo de nacion y natural de la villa de Tempio, de Gallura, en el Obispado de Civita, hijo de padres honrados y principales en aquel lugar.

Siendo niño, le pusieron á leer y escribir en él, y juntamente aprendió algunos principios de gramática de un maestro seglar, no teniendo entónceš noticia alguna de la Compañía, que no habia entrado aún en aquel reino de Cerdeña.

Sólo con cierta ocasion trató nuestro devoto mancebo al Rector de la villa de Agios, que así llaman á los curas en Cerdeña, vecina á la suya, á quien nuestro P. S. Ignacio habia recibido en la Compañía en Roma, aunque, tentado del demonio volvió atrás sólo por tenerse por indigno de habitar en medio de hombres tan santos.

Esta única tentacion le hizo dejar la Religion, que es señal del altísimo concepto que habia formado de nuestro Santo Padre y de todos los demás sus compañeros que á la sazón vivian en Roma.

Este Rector le dijo tales y tantas cosas en alabanza de la Compañía, que nuestro Garrucho concibió tan grande concepto del Instituto de ella y de la santidad de sus hijos, que discurrió de esta manera: «Si este hombre, siendo expulso de la Religion, dice de ella tantas y tan señaladas cosas, sin duda que serán mayores las que calla y hay en ella.»

De esto le vino un grandísimo deseo de entrar en la Compañía, y deseaba hallar ocasion para ponerlo por obra.

Sucedió que á pocos meses despues fueron los de la Compañía á fundar el colegio de la ciudad de Sácer, y, habiendo comenzado la fundacion, pusieron escuela de Gramática.

Divulgóse por el reino, y los padres de Juan Garrucho le enviaron á Sácer para estudiar: abrazólo con sumo gusto por ser lo que más deseaba.

Aplicóse de veras al estudio y juntamente á la virtud con la buena enseñanza de los de la Compañía, y habiendo hecho conocido provecho en entrambas cosas, pidió la Compañía y fué recibido en ella, siendo el segundo que se recibió en la provincia de Cerdeña.

Hizo su noviciado con toda exaccion y aventajado aumento en las virtudes religiosas, desprecio de sí mismo y de todas las cosas del mundo, como lo mostró en el discurso de su santa vida, que fué verdadero ejemplo de humildad, mortificacion y caridad á los de casa y á los de fuera, con tan rendida y perfecta obediencia, y tan dado á la oracion y trato con Dios, que toda su vida tenia dos horas y más de oracion cada dia, fuera de la hora comun que tenian todos.

Poníase en la oracion siempre de rodillas en medio del aposento, para tener ocasion de arrimarse á alguna parte, con tan grande humildad é inclinacion, que casi tocaba la tierra con la cabeza, lo cual causaba no poca admiracion en todos, porque de suyo era notablemente corpulento.

Cuando salia de la oracion, parecia que estaba encendido como un ascua de fuego.

Muchos para afervorizarse le estaban escuchando algunas veces y le oían dar grandes suspiros con iguales afectos, aunque no se podia oír lo que decía pero eran de modo que todos concebían ser grandemente regalado del Señor en aquel santo ejercicio.

Y no podia ser ménos, pues con tanta hambre acudia á la oracion, gastando tantas horas en ella; porque para este fin madrugaba de modo que pudiese hacer sus dos horas de oracion antes de la comun.

Y cuando despues de comer habia de salir fuera de casa por algun negocio preciso estando en el noviciado donde vivió largos años Superior y súbdito siempre tasaba el tiempo de manera que estuviese en casa antes de hacer señal de la oracion que hacen los novicios por la tarde, para que él también entrase con ellos, aunque se detenía más y siempre le parecia muy corto tiempo que gastaba en este santo ejercicio.

Acabado su noviciado, fué á la ciudad de Valencia á estudiar Artes y Teología, por no haber entónces en Cerdeña escuelas de estas facultades.

Así como las acabó, fué ordenado de sacerdote en Barcelona.

Pidió por este tiempo con grande instancia pasar á Indias; mas, como la provincia habia falta de sujetos, no se lo concedieron, y despues de muchos años volvió á hacer nuevas instancias en esta santa pretension, pero nunca lo pudo alcanzar de los Superiores; y así, pidió ir en misiones y hacer correrías por el reino de Cerdeña, por lo cual anduvo muchas en él.

A su tiempo hizo la profesion de cuatro votos, la cual tenia muy merecida.

si por la suficiencia de letras, como por su aventajada virtud y conocida santidad.

Con ser así que Dios tanto le favorecia y los hombres le honraban, era este venerable Padre tan humilde en sus ojos, que se tenia por inútil y desaprovechado, y gozando de muchos regalos del Señor, jamás de su boca se supo ni dijo palabra que oliese á ello.

Todos sabian cuán continuo era en la oracion y contemplacion, y que no la interrumpia sino con alguna obra precisa de caridad, y aún entónces iba tan dentro de sí, que era menester hacerse fuerza con tanta violencia, como el que quiere esconder el fuego en el seno, que no deja de manifestarse por alguna parte.

Sucedió que, habiendo tocado un sábado á barrer, salió este humilde Padre con su escoba en la mano, y, estando barriendo, le vieron los demás de casa con rayos de superior luz y tan resplandeciente su rostro, que parecia otro Moisen, en tanto grado que no le podian mirar fijamente.

Lo cual él no advirtió; que si lo echara de ver, sin duda que quedara corrido de sí mismo, por estar siempre puesto en el profundo de su nada con devota consideracion.

Mas Dios levanta á los humildes como levantó á este Padre; porque era cosa extraordinaria la reverencia que le tenian no sólomente los de casa, sino tambien los de fuera, pues les parecia que cuando entraba en su casa, entraba un ángel, y así, iban de todos estados á besarle la mano y vestido, amándole á boca llena *Santo*.

Tambien es confirmacion de su humildad, que habiendo pedido el P. Francisco Passio (á quien recibió en la Compañía nuestro Padre S. Ignacio) al Padre Juan Garrucho por Ministro, operario y predicador de un colegio que entónces se fundaba en la villa de Busaqui; cuando lo supo este siervo de Dios, no acababa de maravillarse que siendo, como él decia, tan para poco, útil y desaprovechado, hubieran echado mano de él: esto lo dijo á un Hermano sin advertir lo que decia.

De una enfermedad que tuvo en su mocedad quedó algo impedido de la lengua, por lo cual no tenia tanta gracia en el púlpito como se requeria; mas el celo de las almas era tan grande, que no le dejaba perder ocasion todas las veces que podia predicar, con tanto fervor y espíritu, que movia grandemente á los oyentes, y les hacia saltar las lágrimas, y se enternecian de manera que todos á voces decian que así se habia de predicar, y no como predicaban otros. Sus palabras se les imprimian de modo que, aunque se hubiesen pasado treinta años que las hubiese predicado, siempre que las referian, lloraban, diciendo: «Esto predicaba aquel santo P. Garrucho.»

Con el mismo espíritu encendía á los Hermanos estudiantes del colegio de Cáller, que venían al noviciado para hacer los ejercicios, pidiendo con grandes instancias se los diese el Padre, el cual lo hacía con tanto fervor, que los que le oían, parece, según la materia de que trataba, que veían el infierno y sus penas, ó la gloria y los gozos de los que la poseen.

Para ponerse uno compungido y devoto, no había menester más que mirar su compostura alegre y grave.

Jamás levantaba los ojos á mirar á otro en el rostro, en particular á mujeres; su andar era mesurado con la boca risueña.

Aborrecía la murmuración y que otros delante de él murmurasen, y la falta que podía remediar en secreto no la comunicaba con otros.

Supo que un Padre en cierta ocasión se mostró más celoso de lo que pedía la caridad; con la pena que de esto sintió el siervo de Dios se le soltó una palabra ligerísima contra él sin querer; más luego se corrigió, advirtiendo que no decía con la caridad, é hizo gran penitencia por ello.

Fué varias veces á pie el P. Juan Garrucho á diversos pueblos del reino de Cerdeña en misión.

El año de 1600, aunque era Rector del noviciado de Cáller, donde lo fue más de quince años; alcanzó del Provincial que le dejase ir por el arzobispado de Oristan, que estaba muy necesitado de doctrina espiritual.

Padeció en esta misión muchos trabajos con valeroso ánimo, despertando las gentes del vicio y encaminándolas á las cosas del cielo.

Gastó, pues, este venerable Padre siete meses en esta ocupación, los cuales empleó en ayudar á sus prójimos y sustentarlos con la palabra de Dios.

Para lo cual hubo de escoger la parte que le pareció más pobre de obreros evangélicos que la cultivasen: esta fué la de Arborea, lugar antiguamente del marqués de Oristan y ahora unido á la corona real; para cuyo efecto se encaminó hacia la ciudad, llevando por compañeros de su misión á los Padres Salvador Monaquello, Antiogo Carta y H. Monserrate Mura.

Iba por Superior de todos el P. Juan Garrucho, y llegado, declaró su intento al Arzobispo, y le pidió licencia por escrito para ponerlo por obra en toda su diócesis, la cual dió, para que todos sus curas hiciesen lo que los Padres ordenasen.

Fué cosa notable lo que aquí todos trabajaron, ejerciendo los ministerios de la Compañía, predicando, confesando y pidiendo limosna para los necesitados, con que juntamente socorrian su necesidad, procurando que se concluyesen presto las causas de los presos, que detenidos en las cárceles padecían extrema necesidad, con cuya diligencia en breve tiempo no quedaron sino muy pocos.

Pero, aunque era grande el fruto que se hacia en la ciudad, eran mayores entrañas de caridad de este apostólico varon.

Con deseo de hacer participes de tanto bien á todos los fieles, quiso dejar el puesto y discurrir por todas aquellas villas y lugares.

Para esto envió á los dos Padres aparte, quedándose él sólo con el Hermano: comenzó su jornada, y á pocos pasos que habia dado, le ofreció Dios manos llenas ocasion en qué merecer.

El tiempo era de invierno, los caminos llenos de agua y lodos, las posadas sacomodadas, su comida era continuamente lo poco que allegaban de limosna, su dormir encima de alguna mesa ó tabla en aposentos desabrigoados, con que venian á estar expuestos á todas las inclemencias del tiempo, cuando caminaban, era á pié, cargados con sus cartapacios.

Luego que llegaba el santo Padre al lugar, procuraba que se juntasen todos en la iglesia, donde comenzaba á declararles el intento á que venia, que era á ponerlos en el camino de su salvacion; y haciéndoles una breve plática, se dejaba compungidos en tanto grado, que tal vez uno de los oyentes, oyendo aquellas palabras tan encendidas y fervorosas del Padre, quiso luego confesarse.

No pudo el Padre en aquella ocasion confesarle, y así, le dijo que se preparase para confesarse el dia siguiente.

Fuése con esto el hombre á su casa, acostóse en su cama, y en ella fueron tantos los toques que Dios le daba al corazon por virtud y eficacia de las palabras de este santo varon, que luego se hubo de levantar antes de amanecer, yendiendo al Padre para confesar enteramente sus culpas.

Él tambien se levantó para oirle, recibéndole con las entrañas de amor que queria, y le envió á su casa con la quietud y sosiego que tanto deseaba.

En la villa de Oliena le aconteció otro caso admirable. Supo el Padre que habia uno de los principales del pueblo que defraudaba á su pastor de toda parte que le tocaba y cabia cada año.

Predicando, pues, una vez este ministro evangélico, afeó tanto aquel pecado, que compungido el hombre, se hubo de salir de la iglesia á llamar aquel pastor cuya hacienda habia usurpado, diciéndole que por su bien habia venido aquel varon de Dios á aquel pueblo; porque le habia movido tanto con sus palabras, que no podia dejar de darle entera satisfaccion y pagarle todo lo que en otros tiempos le habia quitado: tanto como esto podian y movian sus encendidas palabras.

En este mismo lugar, por la necesidad que los pobres padecian en este tiempo, hizo que se recogiese lo que se podia de limosna de cuatro personas principales, y, dando tambien cuenta al Arzobispo de Cáller, debajo de cuyo

distrito estaba aquel lugar; fueron tales las razones que le propuso, que luego envió para remediar los pobres cien libras, ántes más que ménos.

Todo se alcanzó con la buena industria del Padre; pero no se podían cerrar en tan cortos límites los rayos de su misericordia, sin que se comunicasen por otras partes y lugares, atendiendo no sólo á las necesidades del cuerpo, sino á componer los ánimos entre sí contrarios y discordes.

Fué este siervo de Dios una vez á Orani (lugar de los grandes de Cerdeña) y con sólo significar á dos de los principales de aquella villa lo que les convenía, según lo que mandaba Dios, por estar muy encontrados y en peligro de quitarse las vidas; luego hicieron lo que el insigne varón les aconsejó, dejándolos tan conformes, que parecían dos hermanos.

También remedió en esta ocasión muchas doncellas pobres que corrían riesgo de perder su castidad.

A otras mujeres sacó del mal estado de sus torpezas en que estaban, ejerciendo por todas las partes de esta misión otros ministerios de caridad que se enderezaban al bien de las almas, levantando cofradías, consolando á unos y amonestando á otros á caminar por la senda estrecha de la virtud.

Vinieron de una villa circunvecina al lugar en que estaba el P. Juan Garrucho los parientes de un pobre hombre poseído de malignos espíritus, y tan acosado y afligido de ellos, que pensaban sin duda que había de acabar la vida.

Suplicaron al siervo de Dios se apiadase de aquel hombre y le fuese á dar el remedio conveniente á la gran molestia que recibía de aquellos infernales enemigos.

Condescendió á su voluntad y púsose luego en camino, y así como llegó al lugar donde estaba el endemoniado; pidió que le dejaran á solas con él, y con sólo hacer oración le dejó tan libre de los demonios, que pudo á cabo de pocos días ir á dar las gracias al Padre, que andaba discurriendo por aquel contorno, por tan singular beneficio, llevándole en señal de gratitud un regalo por el trabajo que había tomado en irle á socorrer.

El santo varón lo rehusó diciendo que el mejor que le pudiera dar era no ofender á Dios, por cuya causa Su Divina Majestad permite que los demonios aflijan los cuerpos.

Con otro hombre le aconteció que estaba ya para dar en breve el alma á Dios de una grave enfermedad; como ya se había divulgado la santidad del Padre, y le reverenciaban como hombre más divino que humano, vino un deudo del enfermo á suplicarle quisiese ir adonde estaba el doliente, y que si no podía, le diese alguna cosa suya, como era el breviario ú otra reliquia.

No pudo ir el Padre, y así, le dió un pedazo de cirio, asegurándole que se

n con mucha fe, que presto alcanzaria la salud que tanto descaba. e lo dijo, y Dios por sus merecimientos lo cumplió todo, quedando s todos, y más el párroco que vió aquella maravilla con sus pro- y el enfermo se levantó sano de aquella tan peligrosa enfermedad muy breve tiempo.

s cosas tan milagrosas y más por el ejemplo tan singular de su era un retrato y modelo de toda perfeccion, adquirió el nombre de en vida, cuya memoria dura aún hoy en todos los lugares y par- anduvo este santo varon, tan encendido y fervoroso en las obras , que nunca jamás se cansaba de trabajar.

jo era su descanso, y su reposo el estar alerta para acudir y ayu- rójimos, socorrer sus necesidades y encaminarlos en la guarda : los mandamientos de Dios.

mision obró nuestro Señor por los méritos de este su siervo otros grosos y dignos de admiracion; dió salud á muchos enfermos, libró dos, y á algunos dijo los pecados secretos que habian cometido. ueblo halló una moza de diez y ocho años, hija de una viuda, la algun tiempo que estaba endemoniada, y diciéndole el P. Garru- ngelio, la dejó sana y libre.

en secreto dijo á la madre y á la hija que el demonio se habia de ella por tal y tal pecado que habia hecho; ellas quedaron es- y entendieron habérselo revelado Dios, porque sólas ellas sabian pa.

lespues al noviciado y prosiguió su oficio de Rector y Maestro de on mayores deseos de emplearse en el bien de las almas, y no o Señor por su siervo menores maravillas estando en casa que en s.

enfermo de una recia calentura un novicio; fué el Padre á visitarle, ncepto que el Hermano tenia de este siervo de Dios, le dijo: «Man- que esta calentura me deje y no me vuelva:» respondióle el santo la risa que solia: «En buena hora, Hermano, váyase la calentura, a;» y así se cumplió que no le volvió más.

odo dió salud milagrosa á otros muchos enfermos; pero no sólo le sanidad y de hacer maravillas, sino de espíritu profético.

ersona de conocida virtud y santidad afirmó algunas veces que á confesarse con el P. Garrucho, le decia: «Hoy no ha tenido ora- s veces: «Hoy si que la ha tenido;» de lo cual quedaba espantada ia por ver que era así como el Padre lo decia, sin que le hubiese ido nada.

Preguntábale cómo lo sabía: decíale que por el olor se conocen los ~~que~~ tienen oracion; y queriendo esta persona hacer mayor experiencia, ya hac ~~en~~ do oracion ya dejándola, siempre le decia lo que sucedia.

Parece que entendia todo lo que pasaba en el corazon del que le habla ~~ba~~, y jamás le habló religioso ó seglar, por más afligido que fuese á él, que no sa-
liese de su presencia consolado y animado; porque les hablaba al corazon ~~se-~~
gun la necesidad que en ellos veia, y Dios le daba á entender con la luz ~~que~~
le comunicaba del cielo, principalmente en la oracion, en la cual le hacia fa-
vores extraordinarios.

Varias veces le oyeron decir dulces coloquios con Dios en voz alta, como
uno que no se podia reprimir, dando á entender que debia de tener alguna
soberana vision.

Al paso que era favorecido de Dios era perseguido del demonio, porque
le quitaba tantas almas de sus garras con sus sermones, pláticas espirituales,
trato con el prójimo, consejos, confesiones y ejemplo de vida, aunque jamás
se supo de su boca; pero el Señor lo declaró de esta suerte.

Estaba una vez el santo Padre en la librería muy ocupado, y luego acudió
el demonio á maltratarle, y el Padre le estaba diciendo: «Quítate de ahí, mal-
dito,» y con mucha congoja y ahinco procuraba echarlo de sí.

Entró en esto otro Padre con mucho ruido, abriendo la puerta, y despu ~~e~~
lo hizo mayor de propósito, para que lo advirtiese; pero, como si estuvie ~~e~~
muerto, no hizo caso.

En esto salióse el Padre dejándole en la lucha y conflicto con el com ~~e~~
enemigo.

Otra vez en la oracion fué oido muchas veces como quien batallaba co ~~e~~
alguno; y yendo un Hermano á ver lo que era, le dijo se volviese á s ~~e~~
aposento, entendiendo todos que algunos demonios le molestaban y mal-
trataban.

Una noche casi le ahogaban, y se libró de ellos invocando los dulcísimos
nombres de Jesus y María y á nuestro P. S. Ignacio.

Este odio le tenia el demonio por el gran celo que tenia de sacar las al-
mas del pecado y de su cautiverio, ganándolas para Cristo.

Con este santo celo alcanzó de nuestro P. General que se quitase la pro-
hibicion que habia de oir confesiones en el noviciado, y que se pusiesen con-
fesonarios y obreros para administrar el Sacramento de la Penitencia, por la
muchacha gente que acudia.

El Padre era el primero en estos ministerios, trabajando infatigablemente,
sin hacer falta á los novicios.

Procedia este siervo de Dios con grande entereza y exacta obediencia.

Vino una vez el P. Provincial al noviciado, y para probar á los novicios, los hizo cantar un rato de uno en uno.

Dijo despues seria bien oir al P. Rector, el cual, con ser ya viejo que pasaba de setenta años y haber sido Rector más de diez, luego se levantó, y quitándose el bonete, se puso á cantar como los demás novicios, hasta que el P. Provincial le dijo que bastaba.

Holgábase de ver que algunos se reian de él por el impedimento que tenia en la lengua; y así, se paraba de propósito, para que se riesen más teniendo el objeto presente, y se estaba con una cara muy risueña y alegre.

Fué observantísimo de las reglas de la Compañía, y esto mismo procuraba hiciesen sus súbditos, que como veian su ejemplo, se esmeraban mucho en esta parte.

Gobernó más de veinte años los colegios de Cáller y Alguer y el noviciado, y dos veces la Provincia siendo Viceprovincial, y siempre procedió con grande rectitud y prudencia, raro ejemplo y profunda humildad.

Nunca determinaba cosa sin consultarla primero con nuestro Señor, y, como era tan humilde, recibia de muy buena gana cualquier consejo y aviso de cualquiera de los Padres y Hermanos.

Su recogimiento era grande; nunca salia de casa si no era para ayudar al prójimo en lo que podia, ó para otra obra de caridad, visitando á los enfermos pobres encarcelados y á los del hospital, á los cuales consolaba grandemente.

A los monasterios de monjas nunca iba si no era para hacerlas pláticas, ú oir alguna confesion.

La sujecion que tenia á los Superiores era singular, y á cualquiera que tuviese alguna autoridad.

Habia de ir una vez á cierta mision, y dijole el Superior que tomase un Hermano que le nombró, para ayudarle á componer las cosas que habia de llevar; esto fué despues que habia sido este santo varon Superior tantas veces.

Este Hermano, para probar su obediencia, le dijo con alguna libertad: «Pues me ha enviado aquí el Superior, V. R. se salga del aposento si quiere que yo haga algo.»

El P. Garrucho luego sin hablar palabra se quitó el bonete y se salió del aposento, y no volvió hasta que el Hermano le llamó, el cual quedó muy edificado, y por otra parte muy corrido de lo que habia hecho.

Procuró siempre este siervo de Dios que no se deslustrase en nada el buen concepto y opinion que de la Compañía se tenia, y, como viniese un Visitador, que, aunque con buen celo, intentaba una cosa que no pareciera

tan bien á los de fuera; no atreviéndose nadie á hablar sobre ello al Visitador, el P. Garrucho con santo celo y libertad de espíritu le habló y dijo lo que convenia, y le hizo reparar y llevar aquel negocio por mejores términos.

Fué muy amigo de la santa pobreza, y así, el vestido interior siempre lo traia roto y remendado, y era menester usar de arte para darle alguna cosa nueva que se pusiese, aunque en lo exterior se acomodaba con los demás. Pero cuando le cabia manteo, sotana ó ropa traída, era su mayor gusto, y lo agradecia diciendo ser harto bueno para él.

Siguió siempre con grande teson la Comunidad, sin admitir cosa alguna particular en la comida ni en otra cosa.

Estando enfermo, era ejemplo de paciencia; y aunque fuese Superior, en este tiempo no salia un punto de lo que el doctor y Hermano enfermero ordenaban, con tanta exaccion como si fuese el más mínimo novicio; y todo le parecia venirle ancho, porque concebía de sí que no merecia nada y que se hacia con él sobrado.

Andaba todo el dia ocupado y dentro de sí; y así, con facilidad volvía á su regalada oracion y trato con Dios.

Su conversacion siempre era de cosas espirituales y parecia tener de memoria las Colaciones de Casiano y vidas de los monjes y Padres antiguos; tan leido estaba en ellas y las referia por menudo, no sin grande provecho de los oyentes y consuelo suyo.

Si alguna vez en la conversacion le interrumpian, callaba como si fuese un niño.

Sucedió una vez que, siendo Rector del noviciado, fué á hablar á un juez de la real Audiencia, llevando consigo un novicio; comenzó el Padre su plática y el novicio con poca prudencia se puso tambien á hablar en el caso, y el humilde Padre, como si fuera el súbdito y novicio, calló sin decir palabra, hasta que el otro acabó de decir todo lo que quiso.

Nunca tomaba en su boca revelaciones, arrobamientos ni cosas semejantes: si alguno trataba de ello, luego procuraba mudar de plática, atendiendo más á la mortificacion, desprecio de sí mismo, caridad, celo de las almas y demás virtudes.

Cuando acabó este venerable Padre de gobernar la provincia, pidió ir á una mision con un Hermano teólogo que le dieron, y él hacia predicar al Hermano por acudir él á las confesiones, y oía el sermon como si fuese el más necesitado de doctrina.

Y diciéndole algunos que predicase, respondia que haciéndolo el Hermano tan bien, no queria defraudar las almas con su poco saber y mal modo en el hablar; todo era por humillarse y porque le despreciasen.

Venía al noviciado cada día un pobre vergonzante, que se había visto antes con mucha hacienda, á pedir alguna limosna, la cual no quería recibir si era por mano del P. Garrucho; y así, el siervo de Dios, con ser de tanta edad, tomaba el pan y una ollita con carne, y él mismo se la llevaba hasta portería.

Sucedía algunas veces estar con los demás en el tiempo de la quiete, y sándole el portero que lo aguardaba su pobre, al punto lo dejaba todo él volando á darle la limosna.

Muchos fueron de propósito á ver á este santo varón, y con ánimo de observar y notar en él alguna falta ó imperfección, por mínima que fuese, jamás vieron advertir nada.

Siendo ya muy viejo, que pasaba de ochenta años, iba con mucho cuidado á enseñar la doctrina cristiana á los barrios que le parecían más necesitados y apartados de la ciudad, sin admitir en esta santa ocupación ningún ocio ni descanso, ni ménos hacer alguna omisión, por leve que fuese.

La confianza que tenía en la protección de Dios este su siervo, fué admirable y singular.

Estábanse una vez arcabuceando dos tropas de hombres, y acertó á pasar el Padre por allí, y así como los vió, se metió por entre las balas para apaciguarlos y desparcirlos, sin recibir daño ninguno hasta que puso en paz a la gente y la sosegó.

En sus penitencias era riguroso: tomaba cada día disciplina y de ordinario escribía sobre las tablas de la cama, fuera de otras muchas mortificaciones que sufría: atendía mucho á la edificación dentro y fuera de casa, y así, hacía el mismo que un novicio.

Era notable su caridad: parece que á todos quería meter dentro de sus enseñanzas, amándolos como si fuesen hijos, consolándolos y animándolos á la perfección, y en su boca no se oían otras cosas sino ejemplos de santos, virtud y santidad.

Con los enfermos de casa tuvo particular cuidado, acudiendo á ellos con lo necesario, visitándolos y animándolos á llevar con paciencia sus achaques y enfermedades, y á muchos dió salud, como hemos dicho, con sólo ponerles sus manos encima.

En la devoción de la Virgen nuestra Señora fué siempre extraordinario el efecto que mostró este siervo de Dios.

No hablaba con persona á quien no procurase pegar esta devoción, ya haciendo algunas meditaciones, ya enseñando á rezar su Rosario con provecho, recordando los privilegios y grandezas de esta soberana Reina, exhortando á ayunar las vigili-
as de sus festividades y sábados de todo el año.

Tambien tuvo grande devocion á nuestro Padre S. Ignacio, á S. Francisco Javier y á S. Juan, cuyo nombre tenia.

Confesábase cada dia y decia su Misa, acabada la oracion de la Comunidad.

Con esta santa vida y admirables prevenciones, supo este venerable Padre el tiempo de su muerte; y así, viniendo un Padre á dormir al noviciado, cuyo novicio habia sido, para madrugar y coger la jornada con tiempo para otro colegio por ser tiempo de calores; aquella noche el santo varon le mostró tan grande afecto, que parece se le queria meter en su corazon.

No habia medio de soltarle ni despedirse de él, dándole á entender que no se habian de ver más en esta vida mortal.

Y así sucedió; porque, pasado un mes, murió el P. Juan Garrucho, el cual pidió antes á nuestro Señor tres cosas con mucha instancia y continuacion: la primera, que le cogiese la muerte trabajando en el bien de las almas; la segunda, que no diese trabajo á los de casa ni á los de fuera cuando hubiese de morir; la tercera, que fuese en dia de nuestro Padre S. Ignacio.

Todas tres se las concedió nuestro Señor; y debió de ser esta peticion por el miedo que tuvo no le apretasen los Superiores á que declarase los favores que el Señor le habia comunicado.

La víspera de nuestro Santo Padre estuvo siete horas en oracion con unos suspiros que ponian devocion á los que los oian, y mostraban el fuego de amor que dentro ardia y los deseos grandes de salir de esta cárcel del mundo, que tambien fué esto indicio de que tuvo revelacion de su muerte.

Luego, habiendo madrugado el dia del Santo, tuvo sus horas de oracion como solia sin la de la Comunidad, de la cual salió muy encendido; y habiéndose reconciliado, ya que iba á decir Misa, le avisaron que bajase a confesar unas señoras que del castillo de Cáller habian bajado al noviciado.

Acudió prontamente á este santo ejercicio: púsose á confesar aquellas señoras; habiéndolas confesado acudieron otras muchas, y así, prosiguió las confesiones hasta las ocho y media, que le avisaron para decir Misa.

Acabando la confesion que entre manos tenia, se levantó y apenas lo hizo, cuando se arrodilló para adorar el Santísimo Sacramento que alzaban en la Misa que se decia á la parte de su confesonario.

Alzado que hubo el sacerdote, se quiso levantar para ir á decir Misa y no pudo: pidió ayuda, y queriéndole ayudar, cayó herido de una gota coral, la cual le quitó totalmente el habla y los sentidos.

Fué menester con toda priesa meterle adentro y darle la Extremauncion, y duróle la vida hasta las cinco de la tarde, en que espiró.

Así se cumplieron las tres cosas que pedia, pues murió trabajando, ayudan-

do á las almas y sin dar trabajo en su casa, pues tan pocas horas duró vivo, y, finalmente, murió día de nuestro Padre S. Ignacio.

Quince dias antes de su muerte continuamente hablaba en la quiete de la grandiosa fiesta y regocijo que se haria en el cielo en semejante dia, y añadia con grande afecto y ansias: ¡Oh quién la viese! ¡Oh qué gran cosa será! ¡Oh si estuviésemos allí!

La misma vispera de nuestro Santo Padre, demás de la larga oracion que tuvo de siete horas, pidió licencia para hacer disciplina pública.

El Superior, por verle tan viejo no se lo concedió, diciéndole que la disciplina se haria en procesion por el refectorio, y que en lugar de la disciplina levase la cruz delante, y así lo hizo.

Despues besó los piés á todos, y á mediodia habia comido en tierra debajo de la mesa.

Luego que se supo la muerte de este siervo de Dios, acudió mucha gente á verle, y todos hablaban de él con aclamacion de santo, como verdaderamente lo fué.

Al tiempo del entierro todos procuraban tener alguna reliquia suya, y no sólo llegaron á cortarle del vestido, pero aún de la carne.

Fué su dichosa muerte á los 31 de julio de 1628 en el noviciado de Cáller, habiendo vivido en la Compañía sesenta y cinco años, y siendo de edad de más de ochenta.

Escribió la vida de este religioso varon el P. Gabino Pizqueda.

P. NIEREMBERG.

P. SALVADOR PIZQUEDA

I

NACIÓ el P. Salvador Pizqueda en la ciudad de Ploague, en el reino de Cerdeña, á 27 de octubre de 1551.

Su padre se llamó Pedro Pizqueda, y su madre Francisca de Ricia, personas nobles y virtuosas.

Estando su madre recien preñada del niño Salvador, vino á su casa un peregrino, y sin haberla visto jamás, le dijo que estaba preñada de un hijo varón; que no sabia el tesoro y rica prenda que tenia en sus entrañas; que le diese por nombre Salvador y no otro, aunque lo contradijesen algunos de

sus deudos; que se lo dedicase á Dios; que seria bien conocido; que el parir seria trabajoso, y la criatura saldria medio muerta; que la querrian enterrar que no lo consintiera, porque viviria largos años.

Oyó todo esto su madre con admiracion, porque aún no sabia de su parida, y habia mucho tiempo que no paria, y contóselo á su marido, el cual le respondió que no diese crédito á dichos de peregrinos; pero ella instó y le rogó lo escribiese.

Hízolo así su marido, y cumpliósese sin faltar cosa alguna de las que el peregrino habia dicho, que se tuvo por cierto era un ángel.

Así como nació le dedicó su madre á la Iglesia, y fué el quinto de sus hermanos.

Críaronle sus padres con mucho cuidado, y por haber muerto su padre sin haber el niño cumplido los dos años, le prohió un tio suyo llamado Pablo Pizqueda, que por no tener hijos le instituyó heredero de toda su hacienda, que era mucha.

Tuvo con él el mismo cuidado y aún mayor que su padre, porque le amaba tiernamente y habia concebido grande opinion de su virtud por lo que habia profetizado el peregrino.

Llevábalo á la iglesia siempre que iba á oír Misa, porque era hombre devoto.

En este tiempo hizo Dios al niño un grande favor, de anticiparle el uso de la razon siendo sólomente de dos años y medio.

Lleváronle en brazos á la iglesia un Juéves Santo por la tarde, y su tio le puso delante de un Cristo muy devoto enclavado en la cruz, y díjole: «Mira, niño, este es nuestro Padre y nuestro Dios, que ha muerto por nosotros.»

Al mismo punto, poniendo el niño los ojos en el Cristo, se le abrieron los ojos del entendimiento, y conoció clara y distintamente haber un Dios Criador de todas las cosas y Redentor del mundo, á quien se ofreció con grande alegria interior, que de puro consuelo y ternura se le caian las lágrimas, como si fuera un virtuoso anciano.

Esta luz y conocimiento le duró toda su vida muy reconocido siempre á semejante beneficio.

Desde entónces, como crecia en edad, crecia tambien la bondad y rectitud en su alma, y lo que él juzgaba no ser bueno, le daba en rostro y huia de ello.

Si estaba dudoso, preguntaba primero si la cosa que habia de hacer era buena ó mala, para admitirla ó dejarla.

Una vez algunos de su casa le hicieron hacer cierta accion no tan ajustada, despues se la reprendieron, y el niño quedó muy corrido y sentido de que le hubiesen engañado.

Estando una vez Salvador con otros sus iguales recreándose, de repente

le vino un pensamiento (no siendo aún de ocho años) como fué: ¿Qué cosa era yo antes de nacer y que mis padres me engendrasen? ¿Qué ser tenían estos mis compañeros antes de venir al mundo? ¿Qué cosa era el cielo antes de ser hecho? ¿Quién le dió el ser?

Y acordándose de la ilustracion que habia tenido al pié del santo Cristo el Juéves Santo, desató la duda entendiendo que todas las cosas eran nada, antes que Dios les diese el ser, y que Dios es el Hacedor de todo.

Despues de esto le vino otro pensamiento; qué cosa era Dios y dónde estaba antes de ser hecho el mundo: y no hallando el niño vado de esta duda, aunque era mediodia claro, se vió rodeado de unas tinieblas tan espesas que parecia las podia tocar.

Viéndose de esta manera afligido, comenzó á llorar, hasta que desaparecieron aquellas tinieblas: y pudiendo ver, dejó los compañeros y se fué corriendo á su casa.

Mientras corria, volvió los ojos atrás, y vió le seguia un hombre de extraordinaria grandeza, negro y horrible, que le amenazaba si le cogia en sus manos. Entónces se dió más priesa, y llegando á su casa despavorido, contó lo que habia visto, que sin duda era el demonio.

Con estos buenos principios de virtud le pusieron á estudiar gramática, representándolo tomase de veras el estudio, porque un peregrino habia dicho de él antes de nacer, que habia de ser grande hombre.

Esto se le imprimió de modo que parecia no gustar de otra cosa que del estudio.

Y pensando entre sí cómo podria ser grande hombre, se le ofreció que no lo podria ser en el siglo, adonde hay tantos peligros y males, y así, se determinó dejarle.

Ayudóle mucho para conservar esta santa inspiracion el haber oido leer la vida de S. Alejo, que tanto labró en su pecho, que no pensaba en otra cosa sino cómo dejaria el mundo y serviria á Dios.

En el estudio aprovechaba grandemente, y al salir del aula, recogia los niños, y les enseñaba la doctrina cristiana; pronóstico de lo que habia de hacer en la Compañía.

Todas las cosas que veia, oia y trataba le eran recuerdo de la bienaventuranza; y lo que más le encendia este afecto era el canto de los pájaros, porque, cuando los oia, le parecia que le decian clara y distintamente: «Al cielo, al cielo,» con que se enternecia grandemente, y derramando lágrimas quedaba como absorto.

Otra vez le sucedió, siendo de ocho ó nueve años, que estando junto á la iglesia mayor de su tierra acertó á pasar la procesion que en aquel dia se

hacia, y en viendo que pasaba un santo Cristo crucificado, le pareció, no como las demás veces, sino que descubria en él una cosa divina que le robaba el corazon.

El resto de la procesion y la música se le representaba un nuevo cielo, de manera que quedó suspenso y como fuera de sí.

Estando en esto, sentia realmente que uno le cogió del brazo, sin poder ver quién era, y que asido de él le llevaba tras la procesion con grande consuelo de su alma.

Caminó de este modo grande trecho, y alzando los ojos vió sensiblemente en un alto y soberano trono, como un rostro vivo del Eterno Padre, á la manera que de ordinario le pintan, y rodeado de grande luz, mucho mayor que la del sol, una nube vistosísima debajo de sus piés, y con una muchedumbre de ángeles de tan extremada hermosura, que no se podia explicar.

El Eterno Padre le pareció miraba con ojos de piedad aquella gente de la procesion.

Con esta vision quedó más suspenso y fuera de sí, y fué llevado de aquel que hasta allí le habia traído del brazo sin ser visto de él, y no volvió en sí hasta acabarse la procesion que se halló dentro de la iglesia, como quien despierta de un dulce y profundo sueño.

De esta maravillosa vision y del santo crucifijo le quedaron siempre tan vivas memorias, que cuantas veces se acordaba, se enternecia grandemente.

Otra vez la divina providencia obró por medio de este niño una gran maravilla. Iba con otros sus compañeros al campo, y uno de ellos cayó en una profunda laguna de agua, de manera que se hundió del todo: Salvador, sin reparar en lo que hacia, se echó al agua, y estendiendo la mano dentro del agua, sacó á su compañero vivo y sin lesion ninguna, con no pequeña admiracion de los que lo vieron y supieron, por ser lugar peligroso donde podian entrambos ahogarse.

II

Cómo fué enviado á estudiar á la ciudad de Sácer, y determina entrar en la Compañía.

Con las buenas esperanzas que habia dado Salvador Pizqueda en sus estudios y lo que gustaba de ellos, instó grandemente le enviasen á proseguirlos á la ciudad de Sácer con los Padres de la Compañía de Jesus, aunque su madre y tio reparaban mucho el no ser conveniente por su poca edad; mas, por condescender con él y por la grande instancia que les hacia, le enviaron con un hermano suyo llamado Pedro Pizqueda.

Incomendáronlos á su primer maestro, que entónces era el P. Antonio que, varon muy religioso y santo, de quien se dice que un rato antes de salir dijo: «Digamos todos el *Te-Deum laudamus*, porque en esta hora los cristianos han alcanzado victoria en la batalla naval,» siendo así, como se vio y probó despues.

Este santo maestro se encargó muy de veras de nuestro Salvador Pizqueda, biéndole con mucho amor y afecto, y dijo á otro estudiante virtuoso que cuidase de este niño, que se lograrían bien en él sus trabajos; y no se engañó, que aprovechaba en el estudio grandemente y mucho más en la virtud. Nunca se ponía á estudiar sin haber hecho primero un buen rato de oración; y cuando veía á su maestro y á los demás Padres, le parecia ver unos ángeles del cielo, y desde entónces se aficionó á la Compañía.

Enseñáronle á hacer oracion mental, y cada dia tenia por lo ménos media hora muy de mañana.

Confesaba y comulgaba cada ocho dias, y hacia algunas disciplinas entre las que era de costumbre derramando sangre, para lo cual exhortaba á muchos de sus compañeros á ejercicio tan santo, y movidos de su ejemplo, lo hacian: de esta manera llegó en breve á oír retórica.

Cuando se fundó la Congregacion de nuestra Señora en el colegio de Salazar eligieron los Padres doce estudiantes de los más señalados en la virtud. Uno de estos fué nuestro Salvador, y le hicieron Prefecto, y, siéndolo, recibía en su casa el Juéves Santo á doce de los congregantes, y los lavaba los pies á imitacion del Señor, y despues hacian juntos largo rato de oracion mental, meditando algunos pasos de la sagrada Pasion de Cristo.

Visitaba á menudo los hospitales, ayudaba y consolaba á los enfermos y daba muchas veces limosna para ellos.

Las noches de Navidad y Juéves Santo, nunca entraba en cama, y esto le duró toda la vida, hasta que los achaques y vejez no le dieron lugar.

Siempre fué amigo de ganar todas las indulgencias que podia, no perdiendo á cualquier trabajo.

Siendo ya filósofo de tercer año Salvador Pizqueda, entre otros pensamientos que tuvo, se le ofreció que si se quedaba en el siglo ponía en duda su salvacion; que era mejor dejarle y recogerse á sagrado, donde no hiciese cosa por su gusto, sino por direccion de otro que le supiese gobernar, y todo esto lo entendia cumplidamente entrando en la Compañía de Jesus.

Viendo esto el comun enemigo, procuró estorbarlo, representándole su mala complexion, la viudez y soledad de su madre y lo mucho que podia hacer en el mundo.

Todo esto le hacia fuerza, y á las veces le tenia confuso; pero, habiendo

oído que habia muerto en Cáller el Arzobispo de Sácer, D. Juan Segria, iba á Palermo; dificultó ménos el vencer aquella tentacion, considerando todo lo de acá se acaba.

Fuése luego á su confesor, el P. Bernardino Ferrario, de la Compañía, hombre muy religioso que despues murió santamente en la India orient

A este Padre le comunicó su deseo para que le ayudase, y lo hizo con grande voluntad y afecto. Díjole que en acabando el curso, pues no le faltaban sino ocho meses, le recibirian si perseveraba en su vocacion.

Prometióle de estar firme siempre en ella, y en saliendo del colegio de su casa, le acometió el demonio en forma visible de una grande sombra horrible y negra, poniéndole un pensamiento tan triste y melancólico, que le partia el corazon de pena y afliccion, por haber empeñado su palabra resuélto tan presto.

Mas la divina bondad le dió la mano; porque, poniéndose en oracion en el oratorio de su casa, y considerando la vanidad y peligros del mundo, y eternidad de las penas del infierno, de donde ni su madre, ni parientes le dieran sacar; se confirmó más en su santo propósito y descubrió lo que le habia pasado á su confesor, el cual le alentó más y le descubrió las maras del enemigo.

Así como se resolvió de entrar en la Compañía, supo que los Padres de ella, segun su Instituto, suelen ir á misiones, en que se padece mucho; y á los novicios, entre otras pruebas, son enviados en peregrinacion á pié y viático, viviendo de solas limosnas y recogándose á los hospitales, donde los hay.

Edificóse de esto notablemente nuestro devoto mancebo, y luego le dio deseo de comenzar á ejercitar algo de esto, para ensayarse en lo que desearia.

Comunicó su deseo á un compañero suyo, al cual persuadió que, por decir algo por Dios, hiciesen aquella jornada hasta el santo Cristo de Otan; y para hacerla con mucha devocion y pobreza, que no fuesen con hábitos de estudiantes, sino con unas esclavinas, ceñidos con unas sogas y con báculos en las manos.

De este modo salieron de Sácer, concertando primero que en el camino no habian de hablar sino de Dios, y que en las casas donde se habian de hospedar, comerian de sola limosna, que no entrarian en cama, y que siempre irian á la casa del cura, cuando no hallasen hospital.

Vinieron entrambos en esto con mucha conformidad, y nuestro Señor desde la primera noche los probó; porque, llegando bien tarde á un pueblo, hallaron ni un sólo pedazo de pan, estando bien cansados y casi en ayunas.

Pasaron aquella noche durmiendo en el suelo, y dando gracias á Dios por ver que padecian algo por su amor.

Prosiguieron otro dia su viaje despues de haber oido Misa, tratando cosas espirituales, y cantando algunas veces salmos.

Enseñaban la doctrina cristiana á la gente humilde que en el camino se les llegaba.

Ningun dia dejaron su oracion mental acompañándola con el Rosario, Oficio de nuestra Señora y de la Cruz, que nuestro Salvador Pizqueda rezó siempre.

En llegando á Oristan, se recogieron al hospital, de donde cada dia salian á pedir limosna, y todo lo que allegaban lo entregaban al mayordomo para repartirlo á los pobres, sin reservar nada para sí.

Confesaron y comulgaron con mucha devocion en aquel santuario, y despues dieron la vuelta para Sácer por otro camino, gastando un mes entero en su peregrinacion.

Dióle Dios á su verdadero siervo en este viaje encendidos deseos de servirle de veras y un grande desprecio de los bienes de este mundo, de sus honras y vanas esperanzas.

Mostró bien esto á pocos dias de la vuelta de su peregrinacion; porque, habiendo ido á Ploague, su patria, el Rector de allí, que despues vino á ser Obispo de Ales, le llamó un dia y díjole que, por lo mucho que le amaba y estimaba, queria renunciar en él su beneficio, insistiendo que lo aceptase.

Agradeciólo mucho Salvador, y díjole que el tener cargo de almas es carga más pesada de lo que parece; porque, si el hombre ha menester Dios y ayuda para dar cuenta de la suya, ¿qué será menester para darla de tantas? que así, se hallaba por indigno y poco suficiente para tal ministerio.

El Rector quedó muy edificado de esto, y dijo á sus parientes que no era poca virtud, pues dejaba lo que otros tanto desean.

Sus deudos le hacian grande fuerza á que lo aceptase, pero él nunca quiso: entreteníalos con largas y excusas de acabar primero sus estudios y de pensarlo mejor.

Volvióse á Sácer á proseguir sus estudios de Artes, donde, por ser preceptor de la Congregacion, hubo de hacer tan bien en público una oracion el dia de la Asuncion de nuestra Señora, que los Padres tuvieron deseo de tenerle más presto en la Compañía; y así, le prometieron que el dia de la Natividad de la Virgen le recibirian, aunque no se cumplió por esta ocasion.

III

Cómo fué recibido en la Compañía.

Satisfechos los Padres de la mucha virtud de Salvador Pizqueda, capacidad y constancia en su vocacion, juzgaron ser negocio de Dios y acertado el recibirle luego, como lo hicieron á 13 de setiembre, víspera de la Exaltacion de la santa Cruz, del año de 1571, sin haber cumplido los veinte de su edad.

Fué con gran consuelo de su alma; y cuando se vió solo en su aposento, le pareció que estaba en un cielo; y bañado en lágrimas de puro gozo, se arrodilló delante de una imagen de nuestra Señora, y, besando la tierra, dijo: *Hæc requies mea in sacculum sæculi, hic habitabo quoniam elegi eam.*

Súpose en Ploague su entrada en la Compañía, y luego ordenaron sus parientes de sacarle; para cuyo efecto envió su madre á su hijo Pedro Pizqueda (padre de otro religioso de la Compañía llamado Salvador Pizqueda, que fué á las Indias occidentales) y á otros hombres, encargándoles hiciesen lo posible para llevarle á su hijo.

Llegaron con este intento á Sácer; y un domingo por la mañana, viendo que con razones no le habian podido persuadir á que dejase el nuevo estado, se pusieron junto á la sacristía por donde habia de pasar el H. Salvador, después de haber comulgado con los demás novicios.

En pasando, le cogió su hermano Pedro Pizqueda del brazo, y con violencia le llevaba con los demás hombres hacia la portería, amenazándole que allí le daría de puñaladas, si no le seguía y decía públicamente se quería con él á su casa.

Respondióle el humilde Hermano que, aunque le hiciesen pedazos, no se apartaría de él ni diría aquellas palabras.

Acudieron luego algunos Padres y Hermanos con otras personas que hallaron presentes, y se le quitaron de las manos, culpándole su demasiada atrevimiento.

Con esto se volvieron a Ploague y dieron cuenta á su madre de lo que habia pasado, la cual no por eso perdió el ánimo; porque, sabiendo que entraban a la ciudad de Caller los novicios, determinó enviar algunos hombres a camino para cogerle.

Por eso le detuvieron cerca de cuatro meses en el colegio de Sácer, ejercitándole en cosas de devocion y espiritu y en oficios humildes de la casa.

En este tiempo le sucedió una cosa notable a nuestro novicio, y es que estando un dia en el coro en oracion delante del Santísimo Sacramento,

vió rodeado y bañado de una grande y extraordinaria luz sensible, y se halló encendido con tan grande ardor, como si fuera una ascua de fuego.

Con esto quedó tan aficionado á la castidad y pureza, que al mismo punto hizo allí voto de perpetua castidad, por más que le despidiesen de la Compañía.

Al cabo de este tiempo le enviaron al noviciado de Cáller; mas, como su madre estaba sobre aviso, tuvo noticia de su partida, y así, volvió á enviar á su hijo Pedro Pizqueda con muchos hombres, para que se lo trujesen. Halláronle en un pueblo llamado Torralba, en casa del Vicario, despues de haber oído Misa.

Allí comenzó su hermano Pedro á hablar á nuestro novicio, significándole mil lástimas de su madre y lo mucho que podria medrar en el siglo, pues ya le rogaban desde luego con el rectorazgo de su patria.

Púsole delante su flaca complexion, los trabajos de la Religion, y últimamente le dió á entender que, si no volvía con él de grado, le llevaria arrastrando.

Recelóse mucho el H. Salvador de la violencia que le podian hacer, y procuró persuadir á todos con humildes y devotas razones; y despues de haberse encomendado un buen rato á nuestro Señor de rodillas, con grandes ansias de su corazon, rogándole le librase de aquel aprieto; luego apartó á sólas á su hermano y le dijo que por la sangre de Jesucristo le rogaba no hiciese tan grande ofensa á Dios, como era apartarle por fuerza de su servicio, y que entendiese que, si le habia de llevar, seria muerto y no vivo, y que no se engañase con las vanas esperanzas del mundo, que se desvanecen como el humo.

«Si el rey, dijo, me llamara, sin duda os holgaríades, y me dejaríades ir; pues mirad que me llama el Rey del cielo, no me estorbeis.»

Hicieron tanta mella estas palabras en el pecho de su hermano Pedro, que de bravo leon se trocó en manso cordero; y así, le dijo estuviese sin recelo, que, pues Dios le llamaba, no se lo estorbaria, ántes iria con él hasta Cáller acompañándole, y que si volvía atrás, no le reconoceria por su hermano.

Maravilláronse todos de mudanza tan repentina, y entendiendo ser cosa de Dios, se pusieron todos á caballo para acompañarle.

Recelándose el novicio no mudasen de intento, despues de haber andado una legua, les rogó se volviesen á Ploague para consolar á su madre: hiciéronlo así por darle gusto.

Corrido el demonio de no haber salido con la suya, le quiso embestir con otra más terrible tentacion.

Habia caminado gran parte del camino despues de haberse despedido de su hermano y de los demás; cuando el enemigo comun del género humano

se le hizo contradicho en figura de su hermano, con un semblante triste y lloroso, que le puso gran lástima, representándole al mismo tiempo imaginariamente la grande pena y afliccion de su madre y de sus deudos tan al vivo, que le parecia verlo todo con los ojos.

Causó esta vision en el ánimo del fervoroso novicio algo de turbacion y ternura; pero nuestro Señor fué servido que, haciendo la señal de la cruz pensando que aquel no podia ser su hermano, porque el otro iba acompañado, y este venia solo; el otro se habia ido hacia poniente y este venia del oriente para toparle; entendió ser el demonio que le armaba lazos, con que desapareció.

Al cuarto dia de su camino pretendió llegar temprano á un pueblo llamado Sardara: faltóle el tiempo, y así, le fué forzoso caminar de noche en mucha oscuridad. Perdió el camino, y así, no hacia otra cosa que rodear muchas veces el monte de S. Gabino de Monreal.

Vióse perdido, sin saber dónde iba y adónde estaba; mas mostró Dios la providencia que tiene de los suyos; porque, cuando pensó nuestro novicio no tenia remedio, salió de entre aquella espesura un hombre con luz, que se entendió fué ángel, pues en aquella hora, lugar y tiempo frio no podia haber hombre que fuese con luz ni que con tanto cariño y alegría se le ofreciese para todo lo que habia menester.

Así, se cree con gran fundamento haber sido ángel enviado de Dios, para que le guiase como á otro Tobías y llevase hasta Sardara, adonde llegó á media noche y allí le dejó aquella guía, llevándole á una casa donde habia un hombre de la ciudad de Cáller, el cual, como supo ser novicio de la Compañía, le acogió con mucha caridad, proveyéndole de todo lo necesario.

El otro dia, por ser el de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora, confesó y comulgó, y despues de haber oido Misa, se puso en camino, y llegó á Cáller la misma tarde, donde fué recibido con sumo gusto de todos.

IV

De su noviciado, y lo que hizo en los colegios de Sácer, Cáller y Alguer.

Procedió el H. Salvador Pizqueda en su noviciado con muy grande satisfaccion de sus Superiores, esmerándose mucho en la observancia de sus reglas, no quebrantando ninguna á sabiendas.

Comunmente decian de él que era en todo un vivo ejemplo de virtud, y que, siendo novicio, procedia como viejo y anciano en la Religion y vida espiritual.

quiso una vez el Superior probar su obediencia, ordenándole hiciese todo lo que le viese en cierto Hermano que le nombró.

Este Hermano, estando nuestro novicio en cuerpo y sin bonete haciendo oración dentro de la sacristía, salió corriendo de ella á la iglesia, y de allí á correr hasta la torre del Elefante, que es buen trecho; el H. Salvador, de la celda que estaba, sale al punto corriendo tras el Hermano hasta la miserronda.

Volvieron los dos á casa y el Superior reprendió ásperamente al H. Salvador; y preguntado le dijese qué le habia movido á salir de aquella suerte, respondió que ninguna otra cosa sino el haberle dicho que hiciese todo lo que le viese hacer a aquel Hermano.

Notaron en esto los Superiores la puntualidad de su obediencia y cuán á gusto procedia en ella.

Hicieronle despues maestro de niños que aprenden á leer y escribir, á los cuales enseñaba y procuraba adelantar en toda virtud.

Viendo los Superiores lo bien que se portaba en este ministerio, dentro de poco tiempo le hicieron maestro de Retórica, y aún habiendo de defender un día en público de Filosofia un estudiante principal de la misma ciudad, habiendo acontecido cierto estorbo al maestro que lo habia de presidir; el Superior ordenó al H. Salvador lo presidiese, y él lo hizo con grande satisfaccion y aplauso de todos, así en dar las doctrinas y soluciones de los argumentos, como en la modestia religiosa.

Por enseñar la retórica aflojaba el H. Salvador un punto en las cosas del espíritu; y así, en este mismo tiempo de su noviciado, el día de la Purificación de la Virgen, pidió con instancia á los Superiores le dejasen hacer por devocion los votos, y habiéndolo alcanzado, los hizo con mucho fervor y espíritu.

Fuése despues al coro para agradecer al Señor aquel nuevo beneficio, y se le halló tan encendido en espíritu, que apenas podia sufrir aquel grande ruido.

Fuése tambien tan ilustrado de soberana luz, que flaqueaban los ojos en mirarlo, como cuando se mira el sol de hito en hito.

La cosa rara ver cuán dado era á la oracion nuestro novicio y el cuidado que ponía en tenerla bien, mortificándose para este fin en todo. No era ménos exacto en tener la leccion espiritual y los exámenes de conciencia, y en descubrir toda su alma al Superior.

Trabajábase en trabajar infatigablemente, no sólo en los oficios que hacen los estudiantes novicios, sino tambien en lo que hacen los Hermanos Coadjuvantes y muchas veces viniendo del aula, para mayor humildad y mortifica-

cion se quitaba la sotana con licencia, para trabajar como un mozo de casa.

Acabado su noviciado y de haber leído retórica tres años y medio en el colegio de Cáller, fué enviado al de Sácer para oír su Teología, en la cual aprovechó de modo que, acabada, le mandaron leyese dos cursos de Artes, con notable provecho de sus discípulos, aunque con no poco detrimento de su salud, la cual se le quitó de suerte que nunca más la tuvo entera.

Acontecióle en este tiempo leer todo un año con una recia cuartana, sin faltar á ninguna leccion.

De manera que, siendo Hermano, leyó diez años y medio, y en todo este tiempo nunca le dió pesadumbre el verse entretenido tanto tiempo en la lectura sin ser sacerdote, con la salud quebrada y entrado en edad, ni tuvo acerca de esto ninguna impaciencia ó murmuracion contra los Superiores, sino que entendió siempre ser aquello lo más conveniente.

Preguntándole una vez su confesor si esto le habia dado alguna pena y si queria que dijese alguna cosa á los Superiores, respondió que ninguna, ni que se hablase palabra sobre este punto; porque en todo queria ser llevado de la obediencia y no queria tener escrúpulos de negociaciones é intercesiones.

Frecuentaba tanto la lectura, que no sólo los días de estudio, pero aun las fiestas y vacaciones recogia en alguna parte sus estudiantes y los ejercitaba en letras y virtud, y aprovechaban tanto, que los demás los llamaban los *Recolectos* y los más fueron religiosos.

Leído que hubo el segundo curso, fué enviado al colegio de Busaqui, que despues se mudó en noviciado de Cáller.

Empleáronle allí en predicar ordinariamente en la parroquia y en los lugares comarcanos, con mucho provecho de los oyentes y consuelo de su alma.

Ocupóse en este santo empleo hasta la cuaresma del año de 1584, cuando ya tenia treinta y tres años cumplidos y trece y medio de Religion.

Entónces fué ordenado de sacerdote en la ciudad de Oristan por el Arzobispo D. Francisco Figo, que se holgó mucho de ordenarle por su conocida virtud y letras.

Ordenado que fué de sacerdote el P. Salvador Pizqueda, el Sábado Santo de la misma cuaresma en que se ordenó, se recogió á hacer los ejercicios espirituales, para disponerse á celebrar aquel santo Sacrificio con mayor pureza.

Y así, habiendo precedido esta disposicion, dijo su primera Misa en Busaqui la Dominica in Albis con extraordinaria devocion y lágrimas.

Hizo despues su tercera probacion en Cáller con notable satisfaccion de los Superiores y provecho suyo; porque se le comunicaba mucho nuestro Señor, dándole varios sentimientos é ilustraciones en la oracion á la medida de

que continuamente se mortificaba en todas las cosas sin perder ocasion, porque se tenia por el más inútil y desaprovechado de todos.

Procuraba imitar todo lo bueno que veia en los otros, dándose más á la racion, leccion espiritual y desprecio de sí, procurando tener los vestidos más viles, rotos y remendados, andando sentado en un jumento por la ciudad, echando cargas de basura; y, lo que es más, publicando continua guerra contra su propia voluntad, y diciendo que aquel era el tiempo de aprovecharse y quizá el último de su vida.

Acabada su tercera probacion, hizo el oficio de Ministro en el colegio de Cáller mucho tiempo, con notable cuidado y caridad con todos, la cual mostró principalmente con los enfermos, levantándose de noche muchas veces para ver si habian menester algo.

Habian sangrado el dia antes á uno de los enfermos que tenia algun peligro; levantóse el P. Salvador á la media noche para verle el brazo y si habia menester alguna cosa.

Halló al enfermo dormido y el brazo bien atado. Volvióse á la cama, y de ahí á dos horas, estando dormido, sintió sensiblemente que le despertaban oriasa. diciéndole acudiese presto á aquel enfermo, porque estaba en manifesto peligro.

Levantóse volando, váse al enfermo y hallólo dormido y casi desangrado, y habérsele soltado la sangre.

Remediólo lo mejor que pudo, y conoció que aquel aviso fué del cielo, para socorrer al enfermo, que de todo punto pereciera.

Del colegio de Cáller fué enviado al de Sácer, para hacer el mismo oficio de Ministro: hízolo algun tiempo, y despues fué nombrado Rector del mismo colegio, donde mostró su mucho celo y un extraño deseo de grandes aumentos de espíritu, y más con las obras y ejemplo que con las palabras.

En este mismo colegio hizo su profesion del cuarto voto á 30 de octubre 1592.

En los ejercicios que hizo antes de esta profesion se le comunicó Dios mucho, sintiendo extraordinarios consuelos é ilustraciones.

Fué como fundador de las cuatro Congregaciones que hay en aquel colegio, que como Padre le reconocen en el ser que tienen: gobernólas largo tiempo, teniendo muchos años dos juntamente.

Así como acabó de ser Rector de Sácer, fué enviado á Cáller para leer públicamente Teología moral, la cual leyó más de dos años.

Fué tambien en este tiempo Prefecto de todos los estudios de aquel colegio, dando principio á la fundacion de la Congregacion de menores, con la vocacion de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora.

Dióle el virrey D. Gaston de Moncada, que estimaba mucho al P. Salvador, bastante limosna para hacer el oratorio que hoy tiene.

Defendiéronse en un convento de religiosos unas conclusiones de Teología, en las cuales arguyó el P. Salvador Pizqueda, y despues de él el P. Francisco Canal, lector de Filosofía. A este Padre dijo el presidente que lo que queria probar era herejía, y, si no callaba, lo delataria á la Inquisicion.

El P. Salvador tomó la mano, y con mucha modestia dió razones que era doctrina sana y buena y de graves autores, como Belarmino y otros.

Alborótose más el presidente y dijo que él tenia tambien doctrinas heréticas, y que luego se partia á Sácer á dar cuenta al santo Oficio, como de hecho lo hizo, y despues publicó en Cáller le habian despedido de la Compañía por no haber querido retractar las que él llamaba herejías.

Averiguó el Tribunal el negocio con el cuidado y acierto que suele, y halló que la delacion era fundada en ignorancia; que el P. Salvador habia hablado docta y acertadamente.

Supo el P. Viceprovincial lo que en Sácer se habia divulgado á cerca de haberle despedido en Cáller, y puso en su mano si queria ir á Sácer, para desengañar la gente; mas el siervo de Dios le dijo que, si á su Reverencia no le movia otro fin, se quedaria de mejor gana donde estaba, pues era más conforme á la regla padecer injurias, afrentas y falsos testimonios, no dando ocasion alguna á ello.

Edificóse mucho de esto el Superior y no ménos los seglares, cuando supieron que el P. Salvador ayudó grandemente á aquel religioso, que así le habia infamado, en un muy grave negocio de honra que se le ofreció.

En este tiempo se mudó el noviciado de la Compañía del sitio en que estaba al que hoy tiene en Cáller, dejando sólamente el oratorio, de que dieron cuenta al P. Salvador; y así, iba todos los domingos, fiestas y en las cuaremas y advientos á confesar y decir Misa, y algunas veces se quedaba allí todo el dia, confesando y enseñando la doctrina cristiana, sin acordarse de ir á comer, proveyéndole Dios de tan grande dulzura y gusto espiritual, en lugar del sustento corporal, que parecia derretirsele las entrañas, con que ni sentia flaqueza ni hambre alguna.

Despues la obediencia le envió á Sácer á leer Teologia escolástica, y así, se puso en camino con dos Hermanos.

Pasando por la ciudad de Oristan, supo estaba allí enfermo el P. Juan Vargio, de la Compañía, que adoleció despues de haber predicado en aquel lugar el adviento, y discurrido por aquellos pueblos circunvecinos.

Entónces el P. Salvador envió los Hermanos á Sacer, y él se quedó con-

lando y sirviendo al enfermo por espacio de veinte y dos dias, sin entrar en cama todo este tiempo.

Llegó el enfermo tan á lo último, que lo tuvieron por muerto y trataban de enterrarlo; mas el P. Salvador rogó á Dios por la salud del Padre, el qual luego comenzó á tener tanta mejoría, que dentro de diez dias se partieron entrambos para Sácer.

Comenzó luego este insigne varon á leer su Teología con el cuidado y satisfaccion que siempre, y con la misma fué Prefecto de todos los estudios.

No por tener estos oficios se olvidó jamás de la humildad, ántes servia á los de casa como si fuera el más mínimo de ellos.

Despues de haber sido Rector del colegio de Sácer y leido Teología muchos años, aceptó de buena gana el ser Procurador del mismo colegio, y de ver cuenta de la fábrica, hasta que la poca salud no le dió más lugar.

Fué algun tiempo Rector del colegio de Alguer; hallóle muy desproveido de lo necesario por no tener bastante dotacion.

Encomendó á Dios esta necesidad, y, cuando ménos se pensó, una persona no tenia ningun trato con los de la Compañía, envió aceite y queso para el año, buena cantidad de trigo y carneros para algunos meses.

Cuando de noche, despues de recogidos todos, llamaban para algun enfermo el primero que se levantaba á responder y el que más á menudo principalmente en las noches más frias y ásperas, y más si se llamaba para el pobre y necesitada.

Instituyó en este colegio la primera Congregacion de la Virgen que hay en él.

V

De lo que le pasaba en la Misa y en las misiones que anduvo.

El santo Sacrificio de la Misa iba con muy grande disposicion y con un enaltecido deseo de gozar de aquella celestial mesa.

La principal disposicion era andar siempre con un continuo desvelo de evitar cualquier mínima falta.

Reconciliábase cada dia con mucho cuidado y dolor, considerando algun punto de la Pasion de Cristo, la cual era la ordinaria materia de su meditacion con grandes sentimientos é ilustraciones interiores y una compasion grande de lo que el Señor habia padecido por nosotros.

Algunas veces al principio se hallaba seco; pero, pasando adelante con perseverancia, le hacia Dios aquellos regalos; y esta pureza de corazon, con que

reviéndose los dos Padres compañeros, todavía él no dudó de ponerse en camino y á pié, para poder decir Misa aquel dia.

Llegó á las doce de mediodia, despues de grande trabajo y cansancio: halló allí al Obispo de Sagoni, que le recibió como á un ángel con grande reverencia; y pidiendo el Padre que le diesen aderezo para decir Misa, el Obispo mandó darle luego sus mismos ornamentos.

El siervo de Dios dijo Misa con extraordinaria ternura y lágrimas, gozando más de espacio que las otras veces de aquella celestial presencia de Cristo nuestro Señor en el divino Sacramento.

Llegó á Porto-Vechio, fortaleza de Córcega, un Miércoles santo, volviendo á Roma la primera vez que fué por Procurador de la Provincia, y para poder decir Misa aquellos dias, trazó con el capitan de la fortaleza y el cura le permitieron hacer los Oficios aquellos dias. Con esto pudo cumplir con aquella su grande devocion de nunca dejar la Misa.

En este tiempo se dió tan buena maña con los de la fortaleza, que los conquistó á todos.

Por esta misma devoción que tenia al Santísimo Sacramento, estando enfermo en la cama, comulgaba cada dia: acerca de esto dijo que, con estar tan debilitado, que de ninguna cosa tomaba sabor; más en comulgando sentia tan grande suavidad sensible y espiritualmente, cual no se puede hallar en todos los regalos y dulzuras del mundo.

Deseaba grandemente perder la vida por la verdad de la real presencia del Señor en el Santísimo Sacramento, padeciendo todos los tormentos que han padecido los mártires y todos los que se pueden imaginar.

Dióle Dios á este su siervo tan fervoroso celo de las almas, que de su parte siempre quisiera hacer oficio de operario evangélico, confesando y predicando infatigablemente por las villas y aldeas.

Con ser así que cuando predicaba en las ciudades apenas tenia voz, por ser de suya flaca y ténue; en las misiones mostraba tan grande chorro de voz y firmeza de pecho y copia de palabras, que, reparando en ello, se juzgó ser más que natural.

Envióle una vez la obediencia á mision, y al pasar de una puente, tropezó el caballo y enclavó la cabeza en un hoyo, de modo que no hubo remedio para poderla sacar por ser estrecho.

Ansóse mucho en ayudar la cabalgadura, mas fué en balde. Miró á todas partes á ver si podia esperar socorro de alguna persona, y, como no la hubiese, puso en oracion, rogando á Dios librase á aquel animal del trabajo en que estaba perdiendo la vida; ¡cosa maravillosa! al punto aquel caballo, en el mismo estado como estaba, se pasó todo por aquel hoyo el rio adentro, por donde

no pudo antes sacar la cabeza, y nadando salió del agua, sin haber recibido ningun daño, á la ribera, hacia adonde iba el Padre, que se estuvo quedo hasta que fué á tomarle.

Fué despues á ver si aquel hoyo se habia ensanchado, y hallóle como de antes estaba, y entendió cuán fácil es á Dios pasar el camello por el ojo de la aguja. Dió gracias á Dios, y, subiendo en el caballo, prosiguió el camino.

En las misiones, no sólo confesaba casi todo el dia en la iglesia y gran parte de la noche en casa á los pobres que venian tarde de sus labranzas; sino tambien leia á los clérigos una leccion de casos; y ciertos dias iba por el lugar con las alforjas al hombro pidiendo limosna para los presos de la cárcel y pobres vergonzantes.

Sucedíole una vez hallarse tan aturdido de la cabeza por el mucho trabajo, que habiendo de predicar al otro dia, no podia hacer concepto de cosa ni se le podia ofrecer algo para decir, durando este aturdimiento hasta la mañana, que tocaron á sermon.

Encomendóse á Dios, y confiando en Su Divina Majestad, subió al púlpito con ánimo de decir siquiera algun ejemplo, y, luego que comenzó, se le ofreció tanto qué decir y tan al propósito y con tanto vigor y brio, que nunca predicó tan bien ni tan provechosamente.

Sus conversaciones en las misiones siempre eran de Dios, y con la gente comun de los cuatro novísimos.

Otra vez, desviándose este insigne varon del camino, vino á dar á unos pantanos tan peligrosos, que en entrando la cabalgadura, se hundia del todo; iba ya á dar en ellos, por estar cubiertos de alguna yerba, que parecia asegurar el paso, cuando mostró Dios su providencia con este su siervo, porque luego salió un hombre de allí cerca dándole voces, y avisándole del peligro en que estaba.

Al punto el P. Salvador volvió atrás hacia el camino con aquel hombre, el cual despues no supo cómo se le desapareció, por lo cual quedó persuadido ser algun ángel en forma humana.

Yendo camino, de ordinario se apartaba lo que podia de la compañía, para ir rezando ó meditando alguna cosa, mientras lo podia hacer sin nota; y por más que la cabalgadura caminase bien, siempre que comenzaba á rezar ó meditar, tropezaba á cada paso: entendió ser astucia del demonio, y entonces se empleaba más en aquel santo ejercicio.

VI

De su gran caridad y profunda humildad.

Su grande caridad para con Dios se puede rastrear por lo que decia en algunas ocasiones, que aunque descargasen sobre él todas las afrentas, menosabos, malos tratamientos y penas del mundo, no haria un pecado venial á abriendas por ser contra Dios, que infinitamente merece ser amado.

Por la misma razon decia sentiria más, si Dios le echase en el infierno para siempre, el oir blasfemar de Dios y llamarle tirano, que sus propias penas terrenas.

Esta caridad le hacia desear entrañablemente el poder derramar la sangre pasar por todos los géneros de tormentos del mundo por hacer algun servicio á Dios.

Esta caridad le obligaba á tratar con los jueces y Prelados para que procurasen la reforma de los que vivian con libertad ofendiendo á Dios.

De la misma caridad le nacia el hablar siempre de Dios, y andar en su presencia, y afligirse extrañamente cuando veia ó sabia que alguno ofendia á Dios.

La caridad para con el prójimo se puede colegir de lo que siempre procuraba ayudar á los pobres y necesitados en el cuerpo y en el alma.

Hallábanse unas doncellas en tanta necesidad, que les faltó muy poco el perder la honra: súpolo el P. Salvador, hablólas y animólas á confiar en Dios, de ahí á poco les buscó bastantes limosnas, con que se casaron honramente.

Supo que una persona habia caido en una flaqueza, y el P. Salvador lloró más de un año su pecado y se afligió con penitencias.

Tuvo muchos años cuenta de los pobres de la cárcel, y á todos ayudaba con mucho cuidado en el alma y en el cuerpo, buscándoles limosnas y haciendo por ellos á los jueces.

Para más atender á su necesidad, se iba muchas veces por la ciudad con algunos de sus congregantes, buscándoles limosnas y haciendo lista de los que querian darles algun pan cada semana.

Lo mismo hacia con los pobres vergonzantes; y á las personas que por necesidad no podian salir de casa, iba cada semana á confesarlas sin reparar en su mal tiempo ni en sus pocas fuerzas y flaqueza.

La misma caridad y con más cuidado ejercitaba con los de casa, y nunca dia ocasion de hacer cualquier acto de caridad que se ofreciese.

A los enfermos visitaba cada día, y demás de esto, tenía continuamente las quietes con ellos.

De la misma manera en la humildad se esmeró este insigne varón, así para con Dios como para con los prójimos.

Para con Dios la mostró bien en la grande y señalada sujeción que siempre tuvo á la divina voluntad en todo lo adverso que le sucedía de trabajos, disgustos, enfermedades y persecuciones, que tuvo muchas.

Nunca decía otra cosa sino: «Así lo quiere Dios, ó á lo ménos lo permite, no hay más que buscar; sea Dios alabado para siempre. Amen. Amen. Su Majestad es el Señor absoluto, y nosotros viles é indignos esclavos; sea siempre glorificado.»

Mostróla también en encubrir los divinos dones que Dios le había comunicado. Jamás habló palabra de esto sin urgente causa, ni dió señales exteriores por respeto humano ni por título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo.

Claro testimonio da de esto lo que le pasó muchas veces con un Padre que andaba con cuidado continuo de sacarle algo, no perdiendo ocasión; y el venerable Padre estuvo siempre tan advertido, que nunca se le soltó palabra que oliese á cosa de regalos ó ilustraciones de Dios; ántes con grande destreza divertía la plática, envileciéndose y llamándose lleno de miserias.

Esto mismo nos declara el haber ocultado los favores divinos cuanto pudo en su última enfermedad, que para saberse algo, fué menester el brazo de la santa obediencia que se lo mandó, y aún entónce hizo todo aquello á que la regla le daba lugar, en proponer al Superior lo que en esto sentía, lo mucho que le afligía, lo poco ó nada que tenía que decir, pues en él no había sino miserias y pecados, que si quería los daría escritos.

Esta grande humildad fué causa de que antes de las dos enfermedades, que tuvo antes de morir, quemase todos los papeles en que tenía notadas todas las cosas señaladas que le habían acaecido en el discurso de su vida, para que no fuese estimado ni tenido por santo.

Y al contrario, si le había sucedido alguna cosa que pareciese podía ceder en algun desprecio y desestima suya, la decía llanamente.

Procuraba también el P. Salvador tener esta humildad con los hombres, á los cuales trataba siempre con grande respeto, por inferiores que fuesen, no estimando su saber ni demás dotes, para ponerse á los piés de todos.

De esto nos dió ejemplo este humilde Padre, cuando el P. Mateo Martínez, Provincial que entónce era, le quiso enviar á Roma en su lugar con ocasión de la sexta Congregación general, por estar gravemente enfermo. El P. Sal-

ador le rogó le enviase como á particular, y aquel cargo le diese á otro, como le hizo.

Con la misma humildad menospreciaba cualquier honra. Supo que el virrey de Cerdeña, cuando llegó á Sácer, tenia grande deseo de hablarle y conocerle por lo mucho que le habian dicho de su virtud y letras; nunca quiso verle, diciendo que habian engañado á su Excelencia.

Tambien mostró mucho sentimiento, cuando entendió que el gobernador de Sácer procuraba tener una firma ó carta suya.

Oíasele decir muchas veces que andaba como corrido por ver que no habia cosa buena en él, y que se espantaba cómo todos no le escupian á la cara y daban grita.

Sentia este humilde Padre grande gusto en los desprecios, y los deseaba de corazon, y decia que, si se pudiera hacer sin menoscabo de la Compañía, se holgaria que le sacasen en cadalso público, y que lo habia rogado á Dios muchas veces, si se podia hacer así.

Tambien decia que no podia explicar el regocijo que sentia de verse muy consumido y flaco.

Preguntóle un Hermano la causa, á que respondió de esta manera: «Dígame, carísimo Hermano, si un mundano tuviese un enemigo muy soberbio orgulloso, que le ha perseguido muchos años y procurado hacerle grandes gravios, ¿no se holgaria de verle ya sin fuerzas y rendido á su voluntad? Ciertamente, se holgaria. ¿Pues qué mayor enemigo que la carne? ¿Quién nos persigue más y procura hacer daño que ella? Por esto, pues, Hermano, nos debemos alegrar.»

Viéndose cercano á la muerte, rogó á todos le ayudasen á bien morir como el mayor pecador del mundo, que así lo habia menester.

VII

De su modestia y obediencia.

En la modestia fué muy señalado este venerable Padre, y túvola tan grande, como si fuera un novicio muy devoto, que notablemente se esmera en las reglas de la modestia; por esto las leia á menudo y ponía gran cuidado en guardarlas.

Nunca lo vieron andar apresurado, ni divirtiendo la vista á todas partes, ni hablar descompuesto, ni menear mucho las manos, ni hacer otras acciones escompasadas.

De aquí dió motivo á muchas personas graves á decir que, para ver la compostura de un santo, no habia más que mirar la del P. Salvador Pizqueda.

Las veces que salia fuera para los ministerios de la Compañía de Jesus, nunca alzaba los ojos á mirar cosa, por rara y nueva que fuese, ni descubria las manos, sino que siempre las tenia debajo del manteo.

Cuando salia á la iglesia, ponía devocion con su modestia y compostura, y sólo miraba dónde habia de poner los piés; y como tenia tan compuesto el hombre interior, resplandecía tan grande modestia y compostura en el exterior.

Si fué señalado en la modestia, no lo fué ménos en la santa obediencia. Acerca de esto dijo un Padre grave, de grande religion y letras, que aunque ninguno le edificaba tanto como el P. Salvador en todo género de virtudes, mas en la obediencia no sé qué ventajas tenia.

Dió muestras de esto no sólo en no hacer una mínima cosa sin licencia, sino tambien en nunca replicar ni proponer en lo que se le mandaba, y más, si era cosa humilde y de trabajo, aunque de suyo fuese árdua y dificultosa.

Siendo Hermano, hizo su entrada solemne D. Alonso de Lorca, cuando de inquisidor de Cerdeña fué hecho Arzobispo de Sácer.

Avisóle el Superior la noche antes que hiciese al otro dia por la tarde en la iglesia mayor una oracion latina al propósito de aquella entrada.

Aunque vió la dificultad, como era tan obediente, no replicó, sino que, confiado en la virtud de la santa obediencia, puso mano á la obra é hizo la oracion aquella noche, y al otro dia por la tarde la recitó públicamente con grande satisfaccion y aplauso de todos.

Siendo ya viejo, cansado y lleno de muchos achaques, le significó P. Provincial, Hernando Ponce, que se holgara mucho de que se pudiese llamar en la Congregacion provincial, que se habia de tener en Cáller.

Entónces el obediente Padre, que hacia tanto caso de la obediencia, aunque no viese sino la señal de la voluntad del Superior, dijo que iria, pues era su gusto, si no le ordenase otra cosa.

Dijo esto con tanta eficacia y fervor de espíritu, que el Superior, admirado de su ánimo y obediencia, lo dejó en sus manos, añadiendo que holgaria si pudiese: con esto, á pocos dias se puso en camino, y fué y volvió sin tener lesion en su salud.

Habiéndose de embarcar á Roma por Procurador de la provincia, el dia de la embarcacion, despues de haber trabajado todo él, dentro y fuera de casa en los negocios que tenia á su cargo, volviendo al colegio ya tarde á puestas de sol con harta hambre y cansancio, porque á la mañana apenas se habia desayunado y era tiempo de estío; cuando, bajando el refectorio á to-

na refeccion ordinaria, mientras iba, vino un Hermano á decirle de Superior que le parecia tarde para ir á la barca y que convenia

oyese este recado, volvió atrás sin tomar una sed de agua, y se fué á embarcar, segun le habian significado de parte del Superior, el abia si habia comido ó no.

nto le mandaban se persuadia ser aquello lo mejor y más á gusto Y si alguna vez los Superiores le querian dar alguna razon en lo andaban, luego decia: «No es menester eso, que la obediencia no se razon, sino que se ha de obedecer á ciegas.»

al Hermano enfermero obedecia con prontitud. Acontecia tener ne- le alguna cosa cuando estaba enfermo en la cama, y aunque estaba osento y se la podian dar los que se hallaban presentes, no la queria, e viniese el enfermero porque no habia pedido licencia.

una vez un Padre que el enfermero no queria, y respondió: «Si el no quiere, basta eso, no hay que buscar más, eso será lo mejor,» y tan exacto en esta obediencia, le dijo otro Padre á posta: «Que haciegas lo que dice el Superior, cuando él lo ordena por sí mismo, ; mas cuando lo manda por otro, eso es el reparo.»

ndió el P. Salvador: «El que está necesitado de comida, no tiene e la mano que se la da, sino de la necesidad que padece. Nosotros enester la obediencia, y así, no hemos de mirar que venga por cual- no; obedecer á Dios en el Superior, y no buscar más.»

o decia y hacia en materia de obediencia, que no se refiere por la d: llamaba á esta virtud diferencia esencial del religioso de la a

a grande obediencia le nacia la grande quietud y paz interior y ex- n que tenia á todos admirados.

VIII

De su castidad y pobreza.

a virtud de la castidad no sólo fué casto el P. Salvador Pizqueda, en de alma y cuerpo, con tanta pureza, que testificó su confesor que ó generalmente en su última enfermedad, que fué tan puro y limpio niño que sale de las entrañas de su madre, y que habian de pintarle azucena.



De esta su grande pureza le nacia un extraño deseo de que todos consagrasen á Dios su honestidad.

Engrandecia la excelencia de esta virtud, y ponía los medios posibles para conseguir su intento; y así, fué grandísimo el número de vírgenes que se consagraron á Dios por su persuasion; y muchas casadas hicieron voto que, si alcanzaban de dias á sus maridos, guardarian continencia.

A otras que habian caído levantó y puso en vida honesta; pero en quienes más deseaba esta limpieza era en los eclesiásticos, los cuales decia que se habian de considerar como empastados ó amasados con la sangre y carne de Cristo, que cada dia toman en las manos.

Decia que para guardar un tesoro tan grande como es el de la castidad, es poca cualquier diligencia y cuidado que se ponga.

Cuando hablaba con mujeres, nunca las miraba á la cara, y habiendo de salir á la iglesia para confesarlas, antes de sentarse en el confesonario, decia delante del Santísimo Sacramento aquellas dos oraciones: *Ūre igne sancti Spiritus*, etc.: *et Omnipotens et mitissime Deus*, etc., pidiendo á Dios pureza de cuerpo y alma.

Decia tambien que para guardar perfectamente la castidad, ha de andar uno con tanta delicadeza, como quien pasa entre espinas; y así entendia aquello de los Cantares: *Sicut lilium inter spinas*.

Afirman personas muy fidedignas que, siendo llamado á confesar á cierta mujer que fingió estar enferma, le quiso provocar á mal, y el P. Salvador para escaparse de aquel peligro, se llenó la cara de las inmundicias de un vaso, y la mujer, quedando atónita del hecho, desistió de su mal intento: caso verdaderamente de mucha edificacion.

En premio de su pureza ha concedido nuestro Señor á algunas personas que sean libres de la molestia de la carne, llevando alguna reliquia suya, y el no haberse corrompido algunos pedazos de su carne que se cortaron el dia de su entierro y duran hasta hoy.

Dejó este apostólico varon voluntariamente por Dios todo lo que tenia y podia tener con la Rectoría de Ploague, que con tantas veras le ofrecian.

Andaba con tanto cuidado en no tener cosa supérflua, y procuraba de modo carecer de muchas necesarias, aún de las que pertenecian á su enfermedad, que con gran razon tenia á todos no ménos edificados que maravillados.

Contentábase de cualquier cosa que le daban, aceptándolo todo con tanta humildad y reconocimiento, que parecia ser un pobre que pedia de puerta en puerta.

Holgábase grandemente cuando le cabia lo peor, y procurábalo alcanzar sin nota. Juzgaba que en aquello habia hartó y sobrado para él.

Un jubon le duró veinte años, que apenas habia ya pedazo; y asimismo una almilla de paño basto.

Cuando los Superiores mandaban darle alguna cosa nueva, hacia lo posible por no recibirla, diciendo que aún podia servir la que tenia, y no la habia menester tanto como pensaban, y que le ponian escrúpulo, por ver que con aquello no le faltaria nada de lo necesario en ese género.

Despues que se le hacian tomar, se corria y decia con notable confusion: «Miren por amor de Dios qué buen pobre de la Compañía, que tengo sotana nueva y ropa, etc.»

Siendo Hermano, al tiempo que le habian de ordenar le dieron un brevariario harto viejo; pero el P. Salvador era tan amigo de la santa pobreza, que se sirvió de él más de treinta años, y hubiera muerto con él, á no suceder que, cuando fué á Roma por Procurador de la provincia, se le vió un Padre conocido suyo y le mostró á nuestro P. General Claudio Aquaviva, el cual mandó le diesen uno nuevo. Tomólo por obedecer y de él se sirvió hasta que murió.

Mudando una vez de aposento por orden del Superior, un Hermano que le ayudaba halló en el aposento en que le ponian un trapo viejo de paño negro. Dijole el Hermano: «Téngase V. R. ese trapo para sacudir el polvo de la mesa y libros.»

Preguntó si el Padre habia dado licencia, respondióle que el P. Ministro no sabia nada por haberse hallado allí y que era de ningun valor.

Entonces el P. Salvador no lo quiso tener, diciendo ser contra la perfeccion de la pobreza tener una mínima cosa, aunque fuese un trapo, sin licencia; y que si queria lo tuviese, lo dijese primero al P. Ministro.

De este santo afecto de la pobreza le vino no tener cosa que oliese á comodidad, y tener un extraño cuidado de que no se perdiese la más mínima cosa.



Si cuando escribia era menester hacer borrador, primero lo hacia en papeles viejos y vueltas de cartas, por no gastar papel.

Cuando le pedian el manto u otra cosa, le decian si queria dar su manto, etc.; no sólo lo daba luego de buena gana, pero advertia con buen modo al que se lo pedia que no habia de decir *si queria*, ni poner el pronombre *su*, sino que el Superior queria diese el manto.

Con el mismo celo de la pobreza decia que en la mesa no se habia de trozar ni cuchillo, ni servilleta, etc., cuando no parecia tan presto al que le habia en el puesto que se sentaba, porque aquello era acto de disposicion, y el pobre no tiene sino lo que le dan, y lo que se le da, es lo que le cabe

IX

De la observancia de las reglas y su mortificacion.

En la observancia de las reglas se esmeró tanto este siervo de Dios  preguntado por obediencia sobre este punto pocos dias antes de morir,  dijo que, aunque entendia haber resbalado algunas veces por descuido ó inadvertencia, todavía en todos los cincuenta y dos años que habia vivido en la Compañía nunca jamás habia quebrantado ninguna regla ni orden á sabiendas y advertidamente; cosa cierto muy señalada y heroica, por ser las reglas de la Compañía de tan alta perfeccion, y tener tantas menudencias. De donde se colige la extraordinaria gracia que Dios le daba para guarda tan exacta.

Solia decir que en lo que es contra regla y orden no se ha de tener respeto á hijo de madre, y que no sólo no se ha de correr el verdadero religioso de la Compañía de decir al Superior lo que en esta parte viere, sin recelo ni respeto de nadie; pero aún se ha de preciar; pues hace poco al caso que los hombres nos tengan por cortos y mal acondicionados, é importa mucho ser fieles á Dios y á la Religion, so pena de ser hijos pródigos, desperdiciadores de los bienes de nuestra madre la Religion; y que no habemos de hacer poco caso de cualquier mínima observancia, pues sin ese mínimo no se puede llegar al máximo de la perfeccion.

Ponia en ejecucion todo lo que decia de la observancia, con que los Superiores quedaban muy edificadas y admirados de tanta exaccion.

Es cosa cierta que lo que más lleva al hombre es el amor propio. Este supo muy bien mortificar el P. Salvador Pizqueda; porque no sólo huia la honra y estima que el propio amor busca, sino que tambien descaba con todas veras padecer oprobios é injurias.

Tenia muy grande contento de cualquier menoscabo y desprecio que se le siguiese, y lo agradecia mucho á Dios nuestro Señor.

De aquí es que ni se entristecia por ninguna cosa adversa, ni hacia ningun caso de las prósperas; sino que guardaba en todo un mismo semblante, glorificando á Dios.

No hacia ménos caso de la mortificacion exterior, mortificando exactamente todos sus sentidos.

Reparó una vez en aquel ejemplo de los dos monjes, uno de los cuales tomó una flor para olerla, alabando á Dios; y el otro no la tomó por mortificarse, y que este mereció grandemente mucho más que el otro.



Desde entónces en más de veinte años jamás tomó en sus manos una flor, ni llegó al olfato cosas que oliesen; ántes, para mortificarse, olía las contrarias que le ofendiesen, sacando de ellas una ponderacion: si una cosa corrupta ofende tanto el olfato del hombre, ¿cuánto, á nuestro modo de hablar, debe ofender al olfato de Dios el alma corrupta con el pecado?

Mortificaba tambien la vista, no queriendo ver no sólo cosas inútiles que no sirven más de recrear la vista, sino tambien en no querer ver ni oír los diálogos y representaciones que se hacian en el colegio.

Cuando se fundó de nuevo la Universidad turritana, se hizo una fiesta muy solemne en que se graduaron algunos.

Acudió todo el colegio con lo más granado de la ciudad; sólo el P. Salvador se quedó en su aposento sin asomarse á ver cosa.

Súpolo despues el P. Provincial y díjole por vía de gracia que, á no entender que estando en el aposento veria *in verbo* aquella fiesta, le hubiera dado una buena penitencia por no haber ido á verla.

Fué enviado dos veces á Roma, y aunque estuvo algun tiempo en aquella santa ciudad, y los compañeros le llevaron á Nápoles y á otros lugares insignes de Italia, el P. Salvador mortificaba de modo la vista, cuando no podia buenamente quedarse en casa, que á puras penas podia dar razon de alguna cosa, si no era de algun santuario ó de la santa Casa de Loreto, que consideró y miró bien, donde la soberana Vírgen le alcanzó muchos favores y regalos espirituales.

Mortificaba el oído no queriendo oír cosas vanas, ni curiosas, ni músicas; y cuando estaba en la cama enfermo, que le visitaban seglares y no le hablaban de Dios, le daba enfado y hacia del que se dormia, divirtiendo el pensamiento con alguna devota meditacion.

Decia muchas veces que más queria ser tenido por corto, que perder tiempo oyendo cosas inútiles.

Mortificaba el gusto en gran manera, porque estando héptico tantos años y con algo de hidropesía, padeciendo grande sequedad; por más que la naturaleza le inclinaba á cosas frescas y húmedas, él se mortificaba de modo que en veinte años nunca comió fruta ni otra cosa fuera de lo que el médico le habia ordenado, lo cual era tan moderado, que eso mismo le servia de grande y continua mortificacion.

Comia todas las cosas sin sal, hasta el pan, no sólo por su enfermedad, sino por más mortificar el gusto; pues, no contento con eso, echaba muchas veces ceniza en la comida.

La bebida era extraña, pues no bebia más que una copa dividida en diversas veces; y estando con hidropesía, no tomaba agua fresca, ántes las pocas

gotas de vino que bebia, las aguaba con un poco agua cocida de muchos dias y tal vez tan caliente por descuido de quien se la daba.

Nunca se le oyó mínima palabra de queja, ni señal de sentimiento; ante preguntado de los Superiores si le faltaba algo, respondia siempre que le habian notable caridad y que para él era harto y sobrado.

Mortificaba este insigne varon todo su cuerpo con penitencias de disciplinas y cilicios.

En las disciplinas tenia cuenta de darse tantos azotes que de tanto a tanto tiempo hiciesen el número de los que dieron á Cristo en la columna.

Dormia muchas veces sobre las tablas de la cama, y cuando se acostaba en ella, se ceñia una cuerda nudosa y áspera de cerdas de caballo tan apretadamente, que le causaba mucho trabajo y le impedia no poco el reposar,

Acerca de esta penitencia contó un Hermano enfermero que, andando mal el P. Salvador de un grave dolor y flaqueza de estómago, ordenaron los medicos le pusiesen un emplasto tan grande que casi le ceñia todo el cuerpo.

Púsole el enfermero á punto y fué al P. Salvador á tiempo que estaba descuidado y hallóle ceñido con aquella áspera cuerda.

Díjole el Hermano que, para ponerle el emplasto, seria bueno quitársela.

Respondió el P. Salvador que, si era su gusto del Hermano, le podia poner el emplasto aunque no se la quitase.

Dijo el Hermano que en hora buena; y así, le puso el emplasto encima, el cual, como fuese tenaz y pegajoso, se abrazó tan fuertemente con la carne y con la cuerda, que al cabo de quince dias que le tuvo, le habia arrancado el cuero y hechóle una llaga, principalmente en el lugar de los nudos.

Espantóse el enfermero de ver aquello y se lo quitó luego, pesándole de haber condescendido con el Padre.

Si hacia estas mortificaciones siendo enfermo, de creer es que las haria mayores estando sano.

Siendo ya viejo y que la enfermedad y fuerzas no le daban lugar á hacer más, se mortificaba con estar echado en el suelo largos ratos, cosiendo la boca con la tierra y dándose algunas bofetadas en memoria de las que dieron á Cristo Señor nuestro.

Mortificábase tambien en no salir á divertirse; y así, habia más de trece ó catorce años que jamás salió fuera de la ciudad, sino era el dia de S. Pedro Mártir, que, por ser calificador del santo Oficio, era llamado de los Inquisidores.

En esta ocasion salia fuera de la ciudad aquel poco trecho que hay desde el castillo hasta S. Sebastian, convento de los frailes Dominicos, y entonces iba tan recogido y dentro de sí, que no sabia dar cuenta de cosa;



no hacia cuando iba por la ciudad para obras de caridad y cosas necesarias.

Las enfermedades y mortificaciones de este insigne varon no dejó de decer y campear la virtud de la paciencia.

Quando vivido enfermo largos años, nunca fué visto quejarse ni dar muestras de sentimiento ó tristeza; ántes con mucho sufrimiento, serenidad y paciencia, alabando á Dios en todo, decia ser gran consuelo de un religioso descuida del todo de sí mismo, dejando hacer á los Superiores, tales no debemos ser cargosos siendo mal contentadizos.

Trataba con grande igualdad los achaques, enfermedades y trabajos, y se entregaba en ellos y decia tener un no sé qué de escrúpulo cuando no padecia cosa por Dios, y que aquel dia le parecia no ser discípulo de Cristo. Esto en los graves y agudos dolores que muchas veces padecia nunca se quejaba, sino que añadia: «¡Ay Señor mio!» que son palabras de resignación queriendo decir con eso: «Ahí donde me duele quereis, Dios mio, que padezca? pues ahí mismo, Señor, quiero padecer por vos.»

Fué menor su paciencia en las injurias. Pensó un seglar que el P. Salvador era contrario en cierta pretension que tenia en casa de un Prelado: el Padre colérico y díjole que era un muy grande hipócrita, engañador y mentado, que con su cuello tuerto y cara de descomulgado traia engañamente; que era tan perjudicial como la peste, y que así lo escribiria á su superior.

Con estas palabras respondió el siervo de Dios con mucha paz y serenidad: «Muy reverentemente, señor, que en mí no hay cosa buena, y asegúrese que está formado en lo que piensa serle yo contrario, y si en algo no hubiere hecho el deber, le suplico me perdone y me encomiende á Dios para que me haga bueno.»

La grave injuria fué la que otras personas le hicieron, y así, mostró más paciencia y sufrimiento.

El Padre con su mucha caridad ayudar á ciertas personas necesitadas, las cuales pusieron nota en su pureza y honestidad del P. Salvador, tanto que llegaron á escribírselo á nuestro P. General, el cual aunque estaba satisfecho de la mucha religion de este ejemplar Padre, mandó al P. Provincial que se diese la verdad.

Se así y venció la inocencia á la malicia de sus émulos, gozando siempre de grande serenidad y alegría del buen testimonio de su conciencia.

Después de esto fué á Roma por Procurador, y preguntándole un Padre la verdad de sí á nuestro P. General de las calumnias y falsedades de su persona se habian dicho; respondió: «Jesus, Padre, Dios me

libre de tan gran tentacion; basta que Dios sepa la verdad, que peores cosas que esas hiciera yo si Dios no me tuviera de su mano.»

Todas las veces que descubria alguna ocasion de padecer, la recibia de buena gana y decia que el religioso que no tiene paciencia, no tiene perfecto dominio ni señorío de sí.

X

De su oracion y devocion.

No sólo tuvo este siervo de Dios don de oracion en la comun y ordinaria meditacion, pero aún en la extraordinaria y que llaman de silencio.

Aprovechó notablemente en esta oracion donde el Señor le comunicó muchas inteligencias de cosas espirituales, altas y delicadas, y particular gracia para andar en su presencia, de que con dificultad raras veces se apartaba, aún en negocios de mucha distraccion.

Sentia en la oracion grande ternura, principalmente meditando la Pasion del Señor.

Iba con grande cuidado de tener bien la oracion, á la cual no sólo daba la hora ordinaria, sino otras muchas y casi toda la noche, en que apenas dormia un poco; quedaba varias veces absorto y suspenso en la oracion.

Era muy amigo de tener los ejercicios espirituales. Preguntáronle por qué hacia diez dias enteros de ejercicios bastando ocho, pues andaba enfermo y con pocas fuerzas; respondió que por ganar la indulgencia y porque él era como un rocin cansado, que aún en diez dias no llegaba á lo que los otros en ocho.

Nunca entró en estos santos ejercicios que no estuviese persuadido de ser grandemente necesitado de ellos, y que ese era el tiempo de poner á punto el reloj de la vida que andaba desconcertado.

En todo el tiempo que duraban los ejercicios, no hacia otra cosa, por mínima que fuese, fuera de lo que se debia á aquel santo entretenimiento.

Tenia grande escrúpulo de cercenar algo de este tiempo para otra cosa, porque seria atar las manos á Dios para no hacernos las misericordias que hemos menester.

Leia una vez un libro espiritual, y como tenia costumbre de leer semejantes libros despacio y con consideracion, topó un punto que tocaba algo de los santos angeles.

Paró en él meditándole, y estando en esta consideracion, fué bañado de

la grande y soberana luz intelectual, con que entendió haber tenido propio, verdadero y esencial concepto de los ángeles.

Desde entónces tuvo cordial devocion á los santos ángeles, principalmente al Arcangel S. Miguel y al Angel de su Guarda.

Leia amenudo las reglas y las meditaba, y se hallaba tan ilustrado y con una alta inteligencia de la profundidad y sutileza que encierran, que juzgaba imposible poderlo entender sin particular luz.

Ocho ó nueve meses antes de su muerte tuvo una peligrosa enfermedad: entendió acabar su vida en ella, y así, se aparejaba con grande cuidado.

Púsose un rato á considerar en la muerte, y mientras estaba en esto y á parecer algo dormido, se le apareció el santo P. Sebastian del Campo, de la Compañía de Jesus, y le dijo: «Tened por cierto que no morireis esta vez; es aún llegado el tiempo; trabajareis algo más, y despues vendreis al cielo para coger el fruto de vuestros trabajos.»

Dichas estas palabras, desapareció el santo P. Sebastian, y el P. Salvador volvió en sí, y quedó tan cierto que no moriria aquella vez, que luego estuvo bueno. Estando en la enfermedad de que murió, preguntado con juramento de un notario público sobre lo que habia escrito de la vida del santo P. Sebastian del Campo, si estaba cierto de lo que decia; respondió en secreto que no se dase ser así, porque se le habia aparecido el mismo santo P. Sebastian, y que habia pasado todo como lo dejaba escrito, corrigiendo algunas cláusulas, las cuales quedaban con las mismas formales palabras que él mismo le habia dicho.

Cuando en la oracion encomendaba á nuestro Señor alguna cosa, de ordinario quedaba tan persuadido de que se haria, que no podia tener duda; y cuando no se habia de hacer, de la misma manera lo decia como si lo viese con los ojos.

De la oracion se seguia el ser este insigne varon muy devoto y espiritual; y, como dicen los santos, la devocion verdadera consiste en tener la voluntad pronta y aparejada para todo lo bueno, ¿quién la pudo tener más aparejada que el P. Salvador para tantas cosas del servicio de Dios y bien del jîmo, acudiendo con tanta exaccion á los ministerios más trabajosos sien- tan falto de salud?

Hallábase tan ceñido para las obras de piedad, tan celador de la honra de Dios y de la religion, que lo contrario le llegaba al alma.

Y sus gustos eran los trabajos sufridos por Dios, y el hablar de cosas espirituales, y el decir la Misa y rezo con tanta pausa y afecto; sin duda que infundió una notabilísima devocion, la cual le nacia del encendido amor con quien estaba muy unido.

Cuidaba de acudir á todos los ejercicios espirituales y cosas del culto di no con grande teson.

Tenia cordialísima devocion á la purísima Vírgen y á su Inmaculada Co cepcion, la cual mostraba en imitar sus virtudes, como es conservar la cas dad y una grande pureza de conciencia con una profunda humildad y carid con todos, y en hacer muchas obras de misericordia con los pobres.

Aun hasta despues de muerto no olvidó esta piedad el P. Salvador, pu alcanzó de Dios muchas gracias á los que de veras se le han encomenda y visiblemente ha consolado á personas afligidas.

Acerca de esto afirmó una persona religiosa que, andando afligida por ci tas cosas que de ella se decian falsamente, el siervo de Dios se le aparec dos veces, una de noche y otra de dia al tiempo de los ejercicios, dentro una hermosa nube, rodeado de mucha luz, y le dijo que no se afligiese ni mase pena y que lo ofreciese todo á Dios.

Díjole tambien que corrigiese tales y tales faltas: con esto aquella perso quedó muy quieta, consolada y agradecida á Dios.

Otra persona muy espiritual y sierva del Señor dice que cuatro ó cin veces se le apareció el P. Salvador vestido de inmensa gloria y respland junto con el P. Sebastian del Campo, y le dijeron que estaban ambos en monte santo de la gloria, y que ella perseverase en toda bondad y virtu que con eso se veria en el mismo lugar.

Volviendo á la devocion de la Vírgen en que se empleó de propósito e venerable Padre, él mismo ordinariamente tocaba la campana de la Cong gacion para llamar los congregantes, hasta el dia en que cayó en la cama la última enfermedad; y en la plática que les hizo, se despidió de todos diéndoles perdon y exhortándolos á la frecuencia de sacramentos y servi de la Virgen, diciéndoles que ya sus dias se acababan.

Demás de la devocion de esta gran Señora tenia otras muchas, como del Santísimo Sacramento del Altar, la del dulcísimo nombre de Jesus, la los santos ángeles, nuestro P. S. Ignacio, S. Francisco Javier, las ánimas c purgatorio, y á todas cada dia rezaba muchas y diversas oraciones.

XI

Del don de profecia que Dios comunicó á su siervo el P. Salvador Pizquet

Resplandeció este siervo del Señor con el don de profecia, principalmer habiendo precedido la oracion mental ó los ejercicios espirituales, de q como de aljaba salia la saeta aguda del espíritu profético.

Manifestó tres años antes que habia de ser llamada una persona grave á ciertos negocios; que tal enfermo no moriria de aquella enfermedad; que el otro acabaria en ella; que uno seria de la Compañía y Provincial, y se cumplió todo así.

Un caso referiré del P. Salvador, que no sólo fué profecía, sino tambien discrecion de espiritu y dominio sobre los demonios.

Atestigua un religioso de la Compañía que fué perseguido muchos años del demonio, apareciéndosele en ángel de luz y diciéndole muchas cosas de espíritu y santidad.

Recelábase el religioso de descubrir esto; padecia á menudo grandes aflicciones.

Decíale aquel ángel malo que aquellas molestias se las causaba el demonio, permitiéndolo Dios, para apurarle, y que él era ángel bueno.

Cansado el religioso de lo que padecia, se resolvió á decírselo al P. Salvador, como lo hizo. El cual le respondió: «Hermano, ese es el demonio que le gana, y desde ahora nunca más le molestará, déjelo á mi cargo.» Fuése luego el Hermano muy consolado, sin que jamás le tentase el demonio.

Otro religioso de la Compañía afirmó que, estando en Roma con el P. Salvador, se partieron ambos de Plontin, y, navegando, comenzó á llover reciamente y á levantarse grande tempestad de vientos encontrados en parte donde desagua en la mar un caudaloso rio que se despeña de entre dos montes. Enfureciéronse los vientos y la tempestad creció con grandes remolinos que se hacian en la boca del rio y aún muy adentro de la mar.

El siervo de Dios se puso en oracion levantadas las manos. El compañero, lleno de pavor y miedo, le dijo: «Encomendémonos, Padre, á Dios, que aquí estamos sin duda.»

Respondióle el santo varon: «Encomiéndose á Dios, que aunque el peligro grande, ninguno peligrará con el favor divino.»

De allí á poco se alborotó más el mar y se enfureció más la tempestad: se rompieron los árboles del bajel y las velas se cayeron en la mar; pero los dos con el favor de Dios se escaparon libres, como el Padre lo habia dicho.

Otra vez, yendo este mismo religioso con un hombre á un lugar para traer mucho de bastimento que faltaba, yendo el Hermano á despedirse, le preguntó el P. Salvador si llevaba consigo alguna medalla bendita.

Respondióle que sola la del Rosario, que era de nuestro Santo Padre. «Ésa te la da, replicó el siervo del Señor, llévela, que será menester.»

Allegando el Hermano al lugar, en la primera casa que entró halló una mujer que habia tres ó cuatro dias que estaba de parto.

Pidieron al Hermano si tenia alguna cosa bendita que aplicarle; el cual dió la medalla que traia, y al punto que se la pusieron, parió un niño casi muerto que se pudo bautizar.

La condesa de Cedillo tenia á su hijo primogénito muy enfermo mucho tiempo habia, y como los médicos no acertasen la cura, vino el conde á estar desahuciado de todo remedio humano.

Viendo esto la condesa su madre, determinó embarcarse á Génova; pero antes lo consultó con el P. Salvador, el cual la primera vez la dijo que hiciese lo que los médicos le ordenasen.

Rogóle la condesa que lo encomendase á Dios; dijole que lo haria; y volviéndole á preguntar muy afligida y determinada si se embarcaria ó no, entónces le respondió: «El conde estará bueno, vivirá y se casará, tendrá sucesion y Dios le hará muchas misericordias.» Todo lo cual se cumplió como lo dijo.

A la misma condesa le envió á decir con uno de sus hijos el P. Salvador que, si en cierto negocio que le importaba mucho queria dijese su dicho, lo haria con licencia de sus Superiores; pero que advirtiese que él no tenia sino dos dias de vida, y no enteros. Estuvo con atencion la condesa, y sin cumplirse los dos dias, murió el P. Salvador.

Una persona grave se halló en grande aprieto una noche por tres ó cuatro veces, y habiéndose librado del peligro, vino otro dia á confesarse con el Padre Salvador, y, sin decirle nada, él le refirió todo lo que habia pasado. Por donde entendió aquella persona que Dios se lo habia revelado, porque era la cosa muy secreta y ella no lo habia comunicado á nadie.

Por unas cartas supuestas se decia públicamente que una persona era Obispo de Alguer, y esto se tenia por tan cierto, que la mayor parte de la ciudad le dió el parabien.

Sucedió que un Hermano estudiante entró en el aposento del P. Salvador y le dijo cómo aquella persona era Obispo de Alguer.

Respondió luego el Padre: «No es así, hermano carísimo, porque lo ha de ser el que ahora es Obispo de Fosa;» y así se cumplió dentro de pocos meses.

A cierta persona noble y de puesto que estaba muy afligida por estar casada algunos años sin tener hijos, dijole el Padre que tuviese buen animo, que Dios le daria un hijo varon: cumpliósese así como lo dijo.

Fué una vez este santo varon á casa de una señora principal á cierto negocio, la cual estaba pensando entre si: «¡Qué flaco es este Padre! ¡qué mortificado! ¡qué modesto! ¡qué palabras tan compuestas dice! verdaderamente que es santo.»

Entónces le dijo el P. Salvador: «No piense señora, que por ser uno flaco y

modesto en lo exterior y decir buenas palabras, que por eso es santo; más que eso se requiere.» Con lo cual quedó espantada aquella señora, viendo que no entendía sus pensamientos tan secretos.

La noche antes de morir la madre de un Padre de la Compañía, la cual vivía con opinion de santa, fué llevado en espíritu el P. Salvador á una grande y hermosísima iglesia, donde vinieron unos bellísimos mancebos, que eran ángeles, y se ocupaban en entoldar y poner de fiesta aquella iglesia.

Preguntados del siervo de Dios que por qué ponían de fiesta la iglesia, le respondieron que porque aguardaban en ella el alma de Elena Flor, que así se llamaba, la cual murió otro día.

El P. Salvador escribió una carta á su hijo, que estaba en el colegio de Alácer, dándole el parabien de la gloria de su madre, y esto antes de haber llegado la nueva de la muerte de dicha señora al colegio de Alguer, donde entonces estaba el P. Salvador.

Deseaban grandemente unos Hermanos de la Compañía ir á las Indias; rogaron al P. Salvador que lo encomendase á Dios.

Hízolo el Padre y díjoles que dentro de ocho días tendrían respuesta de nuestro P. General, y que ninguno de ellos ni el Padre que les quería llevar en su compañía iría á las Indias: cumpliése todo como lo dijo.

XII

De su fe, esperanza y eficacia en sus palabras.

Como era tan humilde y tenía tanta luz de Dios este su siervo, tuvo gran y notable propension en creer todo lo que la fe divina propone, con tanta firmeza y certidumbre, que más le parecía ver los sagrados misterios, que creerlos.

Por esta causa tenía tan grande celo de todo lo que la santa Iglesia Católica Romana nos propone para creer, que parece se abrasaba, cuando oía ó leía unos errores de los herejes.

Hacia frecuentemente fervorosos actos de esta virtud, y por ser tan arraigada en él, entendemos que por eso obró Dios por él cosas maravillosas y agrosas, como es sanar á muchos enfermos, diciéndoles los Evangelios y las oraciones de que usa la santa Iglesia.

No fué ménos excelente la esperanza que tuvo, que como esta nace de una conciencia y pureza de vida, y como esta pureza era tanta en el P. Salvador, fué excelentísima su esperanza; y así, hablaba de la bienaventuranza que quien ya la poseía.

Experimentó el fruto de esta virtud muchas veces, proveyéndole Dios en necesidades muy apretadas siendo Rector.

Con esta esperanza tan firme emprendia cosas muy árduas y difíciles, esperando que el Señor le favoreciera como piadoso padre.

Comunicóle Dios nuestro Señor en las palabras á este apostólico varón grande eficacia y energía, cuando queria persuadir alguna cosa de virtud y servicio de Dios.

Afirman muchas personas que, cuando se ponía á persuadirles alguna cosa devota, les parecia sentir una virtud divina envuelta en aquellas palabras, que con grande eficacia las rendia para hacer lo que el Padre les decia, sin poder hacer otra cosa, aunque antes se inclinaban á lo contrario.

Vióse esto claro en muchas enemistades que compuso, sin haberlo podido alcanzar muchas personas graves así seglares como religiosas.

Hubo un hombre muy metido y hambriento en adquirir hacienda, el cual se confesó con el P. Salvador, y desde entónces quedó tan trocado con las palabras del siervo de Dios, que toda aquella ansia la trocó en deseos de su salvacion y bienes del cielo.

A otros sólo acordarse de sus palabras les causaba una mocion interior y celestial para alcanzar cualquiera virtud, como sucedió á una persona que estuvo muchos años acosada de graves tentaciones y molestias; con sólo acordarse de sus consejos, quedó quieta y sosegada.

XIII

Cómo se habia en el confesonario, y de otras virtudes que tuvo.

Cuando salia al confesonario á confesar mujeres, despues de decir aquellas dos oraciones: *Ure igne Sancti Spiritus. etc. Deus qui corda fidelium, etc.*, concebíase como uno á quien entónces llamaba Dios de su aposento, para ayudarle en la salvacion de aquellas almas, las cuales miraba como puestas en extrema necesidad, y que Dios se queria servir de él en las que confesaba y no de otro.

De aquí le nació una grande aficion á aquel oficio y á ser continuo en él, por más cansado que se hallase, diciendo que quizá era aquella la hora más conveniente para aquella alma, á que saliese de pecado.

Y así, hizo firme propósito de nunca decir que no á persona que le pidiese que la confesase, principalmente si era persona no conocida.

Por mucha gente que acudiese á su confesonario, nunca se daba prisa como quien quiere despachar gente; sino que se entretenia de propósito, ha-

ciendo despacio y con atencion aquel ministerio, y diciendo que la persona que habia comenzado á confesarse, habia adquirido derecho más que las otras para que su negocio se hiciese con toda exaccion, y estaba firme hasta confesar á todos por más tarde que fuese.

Dióle Dios á este apostólico varon una sed insaciable de la salvacion de las almas, y, en órden á esto, acudia de buena gana á las confesiones y con gran presteza y perseverancia.

Cuando sabia que alguna de sus hijas de confesion se iba á otro confesor, mostraba mucho agrado; porque decia que importa mucho para hacer bien la confesion que el penitente vaya adonde le da gusto.

Experimentaba grande provecho cuando á la gente ordinaria que confesaba pecados mortales, decia en lo último de la confesion que todo el tiempo que habia estado en desgracia de Dios era como un sentenciado á la horca que le sacan con la soga al cuello por las plazas, y que llegado á la horca no le faltaba más que darle el traspíe para dar consigo en el infierno con muerte perpetua; y que el alma en estado de gracia es esposa de Cristo y como una reina ataviada con vestidos y galas reales; y que el pecado la despoja de todo aquello, y que de reina la hace esclava y tizon del infierno.

Y á la gente recogida que confesaba pecados veniales, los alentaba á la virtud con decirles que eran como uno que con grande trabajo hacia y traia leña para quemarse en el purgatorio; que era grande locura procurar su incendio; y que estando en pecado venial, es desterrado de su patria el cielo.

Despues de esto les enseñaba alguna devocion de la purísima Virgen, del santo de su nombre, del Santísimo Sacramento, etc., y les decia que fuesen amigos de oír Misa cada dia, y de oír sermones con atencion, no mirando á la gracia del predicador sino á lo bueno que decia, para sacar provecho.

A los que trataban de espíritu los alentaba á la perfeccion, á la mortificacion de las pasiones, y los enseñaba á tener oracion mental, etc.

Instruia á todos en el modo que habian de tener para llegarse á la sagrada comunión y para dar las debidas gracias.

El celo que Dios nuestro Señor le comunicó á este su siervo de su honra gloria, de la salvacion de las almas, de la observancia del Instituto de la compañía, fué admirable.

Su celo por la gloria de Dios campeó en procurar con todas sus fuerzas sin ordenar á trabajo, que se quitasen las ofensas de Dios.

Cuando sabia que alguno estaba en mal estado, no sosegaba hasta hablarle ayudándole cuanto podia á salir de él, y que otros le hablasen.

Instaba con los gobernadores y demás ministros con tanto ahinco, que le

tenian por demasiado importuno, que remediasen los escándalos y pecados públicos.

Cuando sabia haberse cometido algun delito, se abrasaba de celo, y más presto quisiera haber él pasado por cualquiera género de tormento, que haberse hecho tal ofensa á Dios.

Movido de este santo celo, hacia muchas devociones y oraciones públicas para alcanzar se evitasen semejantes ofensas.

Con este celo exhortaba á los que pedian ir á Indias, y animó á un sobrino suyo llamado tambien Salvador Pizqueda, que fué á las islas Filipinas, con muchos santos consejos que le dió, y decia que tenia una emulacion á los que iban á Indias por no haberle cabido tan dichosa suerte.

El celo que de la observacion de nuestras reglas tenia, parece exceso, como lo mostró las veces que fué Superior en la exacta observancia que pedia, animando á todos con su ejemplo.

Decia que más presto queria ser aborrecido de todos, que faltar en una mínima regla; y que para guardarla, bastaba ser regla, por más que ninguna obligue á pecado.

Del buen ejemplo y edificacion tuvo siempre el P. Salvador extrema cuenta con los de casa y con los de fuera, y lo encargaba en gran manera porque decia que, así como las riquezas temporales se acrecientan añadiéndolas algo cada dia, así los bienes espirituales con los buenos ejemplos; que lo que dice nuestra regla, que considerando los unos á los otros crezcan devocion y alaben al Señor.

Por esto nuestro P. Salvador solia siempre ser el primero en poner la mano á la obra en las cosas del trabajo, de humildad y caridad, y el último retirarse.

Y aunque era ya viejo, enfermo y cansado, cuando estaba en la quiete en otro lugar, si venia el portero á decir al Superior que venian á pedir un Padre para confesar ó ayudar á bien morir, luego se ofrecia con un ánimo pronto y alegre, no sólo por ser obra de caridad, sino para dar tambien buen ejemplo á los mozos, á los cuales decia que siempre se habia de criar con la leche del buen ejemplo.

Por esto mismo en casa y fuera siempre hablaba de cosas de devocion y espíritu, y trataba á todos con mucha cortesía, y algunas veces ayudaba en lo que podia á los Hermanos Coadjutores en sus oficios.

Por esta misma razon decia que cada cual debe pensar de sí que es la muestra del paño de la Religion, porque los del mundo juzgan á los demás por lo que ven en uno cualquier que sea.

Fué muy circunspecto y remirado este prudente Padre en todo su modo

de proceder, así en el mirar como en el andar y hablar, que parecia tener estudiadas las acciones y palabras.

Aunque tenia de todos tan gran concepto que á puras penas podia creer mal de nadie; cuando le oia decir, con ser que fácilmente se persuadia á cualquier cosa buena que se dijese, todavía no trataba con mucha familiaridad sino con los que conocidamente eran señalados en religion y virtud, de los cuales tenia alto concepto y comunicaba con ellos sus dudas.

Cuando trataba algun negocio de peso, lo ponderaba mucho y lo encomendaba de veras á nuestro Señor.

Procuró siempre que su afabilidad fuese grave, y su gravedad afable con todos, sin decir nunca palabra ménos considerada y siendo siempre serio en todas sus acciones.

Por esto decia que siempre habíamos de proceder de modo como si todo el mundo nos estuviese mirando, pues nos ve Dios; y que para proceder así en lo público, es necesario que tambien lo hagamos en lo secreto, para hacer buen hábito y costumbre.

De esta circunspeccion exterior podemos colegir cuánta seria la interior en cosas de espíritu.

Finalmente, todas estas virtudes en grado perfectísimo florecieron en el P. Salvador; porque, cuando emprendia alguna cosa del servicio de Dios y de virtud, era tanta su perseverancia y teson que en ella ponía, que por más que se ofreciesen cualesquier trabajos y dificultades, nunca desistia de la buena obra.

Solia decir que el trabajo de la perseverancia es muy poco y el premio grande. De aquí es que siempre se vió en este santo varon un perpetuo tenor de vida, la cual era una continua mortificacion.

Y no faltaron ciertas personas que dieron en perseguirle, por verle contrario á sus dañados intentos, y dijeron cosas indignas de su edad y conocida santidad; mas no por eso aflojó un punto el siervo de Dios en llevar adelante lo que habia comenzado con santo celo de la gloria de Dios, y así, permitió que se declarase la verdad y se manifestase claramente su inocencia, y algunos de los que le calumniaron, acabaron mal.

Vivian mal unas mujeres por hacerles sombra algunos poderosos del lugar; tomó á pechos el P. Salvador el librar aquellas almas de la mala vida; puso tanto ahinco y conato en ello, que con el favor de Dios salió con su intento; y aquellos hombres, ciegos de su pasion, le enviaron á decir que, si no dejaba vivir aquellas mujeres á su gusto, primero le molerian á palos y despues le quitarian la vida.

Respondió el humilde Padre que **no dejaria** de hacer todo lo que era el



servicio de Dios, y que, si por eso le diesen de palos ó le quitasen la vida, lo sufriría de buena gana, y así, insistió siempre en aquella buena obra y libró á aquellas pobres mujeres del mal estado en que estaban.

Pusiéronse un dia aquellos hombres en cierto puesto por donde habia de pasar el siervo de Dios, determinados y resueltos á ejecutar sus malos intentos; pero Dios, que no desampara á los suyos y mira á los que miran por su honra, al punto que querian arremeter con él, hizo no tuvieran ánimo ni aliento de hombres vivos, quedando como helados, respetándole luego como á grande santo. Así lo dijeron despues ellos mismos.

XIV

De su dichosa muerte.

Quiso Dios premiar á este su gran siervo tantos y tan largos trabajos con la ocasion de la comunión general del mes de enero de mil y seiscientos y veinte y cuatro, donde trabajó tanto en confesar, que se halló notablemente malo y sin fuerzas, por haberle dias antes sobrevenido un catarro con algo de calentura.

El lunes siguiente tuvo la Congregacion de los clérigos, y en ella se despidió, y á las cinco de la tarde le fué forzoso hacer cama.

El martes los Superiores y el médico ordenaron se quedase en ella. Agravósele el mal y dijo claramente desde el principio que en aquella enfermedad acabaria la vida sin falta.

Procuró luego tener licencia para comulgar cada dia, segun su costumbre las veces que hacia cama, como lo hizo ahora, reconciliándose y comulgando cada dia.

Entreteníase todo el tiempo de su enfermedad, que apenas reposaba en oración y meditacion; y veces hubo que, con tener tan poca sangre, le hallaban muy encendido.

Nunca dejó de rezar el Oficio divino hasta pocos dias antes de morir, que por no poder más, pedia al Superior se lo conmutase en otra cosa.

Cuando le visitaban, á los Padres y Hermanos rogaba le leyesen algun libro espiritual ó algunos salmos; y mientras le leian, iba haciendo varios afectos segun la materia que tocaban.

Trataba de los coros y grados de los del cielo, y de la excelencia de la soberana y purísima Virgen sobre todas las criaturas, y del trato que tendran entre sí los bienaventurados y con Jesucristo nuestro Señor.

banle ya faltando las fuerzas cada día más, y miércoles á los veinte de marzo, á las cinco de la tarde, se le dió la extremauncion por un desmayo que le sobrevino.

Pero el P. Salvador dijo que no era menester tan presto, que tiempo habia, y pues querian que viniese, fuése en santa paz; y cuando entró en el oratorio, dijo con gran ternura y afecto: *Gloria Patri Domino, gloria Unigeniti, una cum Sancto Spiritu, in sempiterna saecula. Vides malum quod gessisti, occulta nostra pandimus, preces gementes fundimus, dimitte quod peccavimus*: y así como le comenzaron á ungir, él mismo respondia con grande seriedad y devocion con los demás presentes.

Hacia amenudo varios actos de dolor y amor de Dios, diciendo con voz ligible y lágrimas: *Pater superni luminis, cum Magdalenam respicis, flammam amoris excitas, geluque solvis pectoris. ¡Oh vera Christi charitas! tu sola purga crimina, tu corda reple gratia, tu redde coeli praemia.*

A la uncion de los ojos, decia llorando y con entrañable afecto: «Y cómo, Señor mio, que os he ofendido con los ojos; perdonadme, Señor mio, perdonadme,» y lo mismo en los demás sentidos.

Recibido este último Sacramento, dió gracias á nuestro Señor con el mismo llanto y lágrimas, y á lo último añadió: *Iesu dulce refugium, spes una contentum, per peccatoris gemitus, peccati solve debitum. Pia Mater et humilis, aurae memor fragilis, in huius horae fluctibus nos rege tuis precibus.*

Rogó despues al P. Provincial, que estaba presente con muchos Padres y Hermanos, le diese licencia para decir su culpa y pedir perdon á todos; y, concedida esta licencia, lo hizo con grande afecto y fervor de espíritu, que afectó tanto á todos, que la mayor parte prorrumpió en lágrimas, y hubiera pasado adelante si el P. Provincial no le detuviera, porque no se cansara más.

Vivió, despues de haber recibido la santa uncion, hasta el otro miércoles, y en este tiempo estuvo muy en sí, haciendo diferentes actos de amor, dolor, etc.

Cuando por su mucha flaqueza se hallaba cansado, hacia leer á los Hermanos cosas devotas; y como ellos iban leyendo, el P. Salvador iba haciendo muchos actos acerca de aquello que se leia, y cada noche rogaba á alguno le dijese la recomendacion del alma, y hacíase las cruces como si estuviera acabando.

Aunque tenia el Cristo colgado á la cabecera mientras habia gente, cuando no habia ninguno, le tomaba con grande reverencia y tenia con él tiernos dulces coloquios.

Estuvo así hasta el martes en la noche, en la cual ~~no tuvo~~ ~~ningun~~ reposo,

antes unas grandes ansias y congojas mortales, con tan grande sed que se abrasaba.

Preguntando á uno de los que le asistian si habian dado las doce, para no perder la comunión, respondióle que sí. «Abrásome, dijo el Padre, y arrancaseme el alma; sea todo, Señor mio, por vuestro amor y por la sed que padecisteis en la cruz.»

Convidóle entónces un Hermano diciéndole que, si queria beber, se lo daria luego; respondió el Padre: «No, Hermano mio, hagamos este sacrificio á Dios, que tiempo habrá despues de la comunión.»

Dadas las dos despues de media noche, le dijo el mismo Hermano por verle tan fatigado de aquella sed, si queria que despertarse á alguno de los Padres para que le dijese Misa y comulgase; respondió que habria tiempo para todo.

Estuvo así hasta cerca de las cuatro, en que le dijeron Misa, y recibió el Santísimo Sacramento con grande devoción, y dió gracias con entrañable afecto, como quien sabia ser la última vez que le habia de recibir.

Luego envió á llamar á su sobrino el P. Gabino Pizqueda, para que le dijese unas letanías que le habia dado antes, en que estaban todos los santos que le habian cabido en el mes desde que entró en la Compañía hasta aquella hora, que fueron cincuenta y dos años y medio, y de los santos que cayeron en el dia que entró en la Compañía, y en el dia que hizo los votos simples, dijo la primera Misa, é hizo la profesion de cuatro votos.

Vino el P. Gabino y preguntóle cómo estaba; respondió: «Para partimos, sea Dios alabado para siempre. Amen. Dígame aquellas letanías que le di, que ya es tiempo.»

Comenzó á decírselas, y el mismo siervo de Dios respondia con mucha devoción. Quisose quedar allí el P. Gabino por verle tan fatigado, y no quiso, diciéndole se fuese, que tendria tiempo de volver y que sin duda acabaria en sus manos.

Fuése el Padre por darle gusto, y á cabo de rato volvió el P. Salvador Pizqueda á uno de los Hermanos que estaban presentes, y le dijo: «No se puede declarar, hermano mio, las angustias que causa la muerte, hágase un santo, que todo lo demás es horror.»

Despues pidió perdon á los que allí estaban, y principalmente al enfermero, y de ahí á un poco hizo un apóstrofe á su alma, diciendo: «Sal fuera, alma mia; sal, arranca ya, ya no tardes más, vuélvete á tu Dios. ¡Ah Jesus, Maria ¡Ah Jesus, María!, Jesus de mi corazón.»

Dichas estas palabras, inclinó la cabeza como quien duerme, y á este tiempo entró el P. Gabino su sobrino, y le halló casi sin habla; porque á pura

podia pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y de María; pero los indicios que daba mostraba estar en sí.

Tras de haber estado agonizando con algun trabajo, como un cuarto de hora, dando muestras de un dolor muy intenso; acabó en las manos del mismo P. Gabino lo que habia dicho, y dió su espíritu al Señor, miércoles á las nueve y media de la mañana, 27 de marzo de 1624 años, de edad de setenta y dos años y noventa y cinco, y cincuenta y dos y medio de Religión.

Es cierto, que si se consideran los grandes achaques y flaqueza que tuvo y el trabajo que trabajó, se puede atribuir á milagro el haber vivido tantos años. Dado que hubo su carrera este siervo de Dios tan felizmente, quedó su cuerpo hermoso y venerable, que ponía devoción á los que le miraban.

Alababan todos de su dichosa muerte, de sus virtudes y señalada religión con un gusto y suavidad; y cuando oyeron el clamor de las campanas que se tocaban por la ciudad: «Muerto es el santo, muerto es el santo.»

Pues que estuvo revestido de los ornamentos sacerdotales, mandó el Prior ponerle debajo de llave en un aposento, para que estuviese seguro que no hurtasen ni despedazasen su santo cuerpo, y trató con los Padres de su entierro y que, pues era varón de tan conocida religión, se le diese sepultura en lugar distinto de los demás, dentro del convento, en un arca que se hizo para este efecto.

Una hora antes del entierro fué llevado al oratorio que está cerca de la capilla, donde muchos por su devoción le besaron piés y manos. De allí fué llevado á la iglesia á decirle el Oficio, y, con ser día de trabajo, acudió gran concurso de gente de todos estados.

Tras de haber oído los Oficios, ya que le llevaban á la sepultura, cargó sobre el cuerpo la gente y comenzaron todos con violencia á cortar á pedazos los vestidos, hasta la camisa, que fué menester á toda prisa echarle en el arca; como que no tenían vestidos que quitarle, dieron en cortarle pedazos de la cabeza y de los piés y manos le faltaron ocho dedos, y los que le revistieron, dejaron dientes ni muelas.

Después de esto, se le dió sepultura y todos aquellos días no se trataba de otra cosa que de su mucha santidad y religión; y no faltaron hombres doctos y entendidos que afirmaron se tendrían por temerarios, si dudasen de no haber ido al cielo el alma del P. Salvador sin pasar por el purgatorio.



XV

De los testimonios que dieron personas graves de la santidad del P. Salvador Pizqueda, y algunos milagros que obró Dios por su intercesion.

Las personas más graves y constituidas en dignidad del reino de Cerdeña, como son el Arzobispo de Sácer, Obispo de Ales, Abad de Sargio é Inquisidor apostólico, el Arcipreste de Ampurias y Vicario general, el gobernador de Sácer y los Superiores de la Compañía con otros muchos, todos dan testimonios muy auténticos y firmados de sus nombres de la santidad y virtudes del insigne varon P. Salvador Pizqueda.

En ellos afirman todo lo referido en su vida, como testigos de vista y con quienes sucedieron los más sucesos de ella, encomendándose en sus oraciones á este siervo de Dios como á santo y bienaventurado, teniendo su retrato.

Las condesas de Cedillo le encendieron lámpara en su sepulcro é hicieron novenario.

El año de 1636 la Congregacion provincial de Cerdeña honró á este santo varon con un elogio de su vida, el cual aprobó nuestro P. General, y es como se sigue:

Á 27 de marzo de 1624.

«En la casa Profesa de Sácer acabó el P. Salvador Pizqueda con comun aclamacion de santo.

»Floreció en toda virtud y letras, esmerándose en la obediencia, resignacion y pobreza, tanto, que para llevar cosas nuevas, era menester se lo ordenasen.

»De su honestidad y pureza de conciencia juraron sus confesores haber sido perpetuamente virgen, y que nunca pecó mortalmente.

»Toleró trabajos de peso, molestias y enfermedades casi cuarenta años con rara paciencia, profunda humildad, alegría de espíritu y conformidad en Dios.

»Su circunspeccion, retiro, paz, constancia, modestia, templanza y buen ejemplo, como de varon perfecto y santo.

»Con la continua mortificacion tuvo bien rendidas las pasiones, y todavia maccraba su cuerpo con varias asperezas.

»Echaba ceniza y cosas amargas en la comida, ceñía cuerdas nudosas, disciplinábase cada dia; y en memoria de los cinco mil azotes que dieron por nosotros al Señor, se daba otros tantos de cuando en cuando, repartidos en sus veces.

» Su caridad con Dios y con el prójimo fué aventajada; el celo del Instituto singular; la fe tan viva, que le parecia ver los divinos misterios; la devocion tierna y su oracion casi continua y fervorosa.

» Su gusto era hablar y oir hablar de Dios; él despego de las cosas grande; y cuando la enfermedad le impedia la Misa, confesaba y comulgaba cada dia con encendidos afectos.

» Trabajaba infatigablemente; despreciaba las honraspreciando los desprecios, con un perpetuo tenor de vida, exacta observancia regular y afectuosa misericordia con los pobres.

» Finalmente, lleno de merecimientos y santas obras, echando cada dia mayores rayos de santidad y resplandores de religiosa perfeccion, encendida su alma en ardores del cielo y bañado en lágrimas de fervorosos afectos, un miércoles á las nueve y media de la mañana, á los setenta y dos años y medio de su edad y cincuenta y dos y medio de Religion, trocó la vida mortal por la eterna.»

No fué ménos maravilloso Dios en este su siervo que en los demás santos, pues obró por su intercesion despues de muerto milagros maravillosos.

El H. Leonardo Pirilleno, Coadjutor temporal de la Compañía, estaba apretadísimo de unos graves dolores en todo el cuerpo, de modo que se hallaba inhábil, no sólo para cualquier trabajo, pero aún para andar.

Creciéronle un dia más que nunca aquellos dolores con otro muy intenso de la cabeza, que parece le atravesaban un puñal por las sienes.

No pudo el Hermano resistir á tanto dolor. Viéndose tan gravemente apremiado, aplicóse á la cabeza un lienzo que habia servido al P. Salvador; tomóle en la mano con mucha reverencia, rezó tres veces el *Padre nuestro* y *Ave Maria* con una *Salve*, rogando á Dios que por los merecimientos de su siervo, el P. Salvador, le quitase aquellos dolores tan intensos y agudos que tanto tiempo padecia, y mucho más en aquella hora. Dijo despues: «¡Ah Padre mio! Ah Padre mio santo! con esto quiero ver si estais en el cielo y si sois santo como todos afirman.»

Diciendo esto el Hermano con su santa llaneza y simplicidad, se puso aquel lienzo en la cabeza despues de haberle besado con devocion, y al mismo punto se le quitaron los dolores que tenia, sin quedarle ninguno, y se halló con tantas fuerzas y con tan entera salud, que luego se puso á trabajar, avando y llevando muchas piedras grandes para una albarrada que se hizo, habiendo mucho tiempo que no se podia menear. Sucedió á los 28 de marzo, un dia despues de su muerte, de 1624.

El licenciado Juan Francisco de Olía, sacerdote teólogo, natural de Flores, afirmó con juramento que su hermana, Juana de Olía, no podia ver con

uno de los ojos por una enfermedad grave que le habia sobrevenido, hinchándosele todo el carrillo de modo que casi le cubria todo el ojo y le pasaba la hinchazon tambien al otro para impedirle de todo punto la vista, sino era levantando la mano para ver por entre los dedos.

Tenia esta mujer en su casa un pedazo del alba con que enterraron al P. Salvador, y, apretada del grave dolor que padecia en el oido y carrillo, se lo puso sobre la parte del dolor, rezando tres veces el *Padre nuestro* con el *Ave María*, rogando á Dios la sanase por la intercesion de su siervo; y dentro de medio cuarto de hora, así como se quitó del rostro el pedazo del alba, se halló visiblemente con entera salud y que veia clara y distintamente como antes, sin ningun rastro de hinchazon ni dolor, aclamando todos la evidencia del milagro del santo Padre.

Yendo los seminaristas de nuestro seminario por el campo, hallaron una pobre mujer sin habla cerca de un valladar de viña, con la mano en el pecho y casi muerta. Quisiéronla levantar, y, como si fuera cuerpo muerto, se iba cayendo otra vez en tierra.

Acordaron de ponerle un pedazo del vestido del P. Salvador que llevaba uno de ellos, y, luego que se lo aplicaron, quedó sana del todo y con enteras fuerzas, que luego se fué á su viña á lavar ropa.

Preguntáronla qué habia tenido, y ella respondió que unos muy intensos dolores de corazon, y que así como le metieron la mano en el seno, sintió al momento como si con grande fuerza le arrancasen aquel mal que padecia.

Dijéronle lo que le habian aplicado que era un pedazo del vestido del Padre Salvador, que lo guardase con mucha reverencia y devocion, que era lo que le habia dado salud. Ella entónces dió gracias á Dios, y á su siervo, y á aquellos seminaristas por el favor que le habian hecho.

A Juana Angela Grandineta, de la ciudad de Alguer, que criaba un hijo del conde de Cedillo, salteó un grave dolor de costado con recias y terribles calenturas.

Una noche se vió más apretada que nunca de la enfermedad, que pensó acabarla la vida.

Pidió le aplicasen un pedazo del vestido del santo P. Salvador, á quien se encomendó lo mejor que pudo; y, habiéndoselo puesto, quedó al mismo punto sana y buena y con tan enteras fuerzas, que al dia siguiente por la mañana vino á nuestra iglesia al sepulcro del santo varon á dar gracias por el beneficio recibido.

Otra criada del conde de Cedillo, llamada María Piredda, estaba muy enferma de recias calenturas y un dolor de cabeza grande.

Rogó encarecidamente le trajesen un pedazo del vestido del santo P. Sal-

ador. Diéronsele, y, al punto que se le aplicó, cobró de repente entera salud, le modo que al dia siguiente fué á dar las gracias al sepulcro de este siervo de Dios.

Miguel Angel Polo, natural de Sácer, se hallaba tan indispuerto que en mucho tiempo no se pudo menear.

Procuró encomendarse al santo P. Salvador y ponerse alguna de sus reliquias, y, habiéndolo hecho, se halló luego tan ligero, ágil y con tantas fuerzas, que pudo ir y volver á pié á un pueblo que dista de Sácer seis millas.

Gabino de la Roca, natural de Sácer, pidió una reliquia del santo P. Salvador para aplicársela á su mujer, que habia doce horas estaba de parto, con gran peligro, que entendieron muriera con la criatura, y al punto que se la pusieron, parió con extraordinaria y milagrosa facilidad, de que quedaron muy agradecidos al santo varon,

Francisca Frassu, natural de Sácer, andaba muy apretada de mal de garganta, de suerte que con dificultad podia pasar la bebida. A esto se le añan otros accidentes de calentura y dolor de muelas, que no la dejaban reposar.

Entónces su madre le puso un birrete que usaba el P. Salvador, y luego se durmió cosa de un cuarto de hora, y, en despertando, se halló buena y sana, sin ningun rastro de la enfermedad y dolores que padecia.

Doña Francisca Cerbello Ferreras, natural de la ciudad de Alguer, afirmó con juramento que mucho tiempo tuvo un grande divieso ó postema que le causó graves é intensos dolores y no la dejaban reposar. Los medicamentos que le ordenaban, antes le eran de daño que de provecho.

Vióse un dia muy afligida del dolor y procuró un pedazo de lienzo que habia usado el P. Salvador, y, por la reverencia que le tuvo, no le quiso poner inmediatamente á su cuerpo, sino que lo puso en medio de cuatro ó cinco dobleces de su ropa y luego la medicina ordinaria, y á poco rato se halló el divieso sano del todo y se le quitaron los dolores; y habiendo pasado la medicina á todos los dobleces y manchádoslos, no llegó al lienzo del P. Salvador, sino que quedó tan limpio como de antes, teniéndolo todos por grande milagro.

Doña Margarita Casagia y Suzarelo dijo que, estando enfermo su marido D. Nicolás de muy recias calenturas, por las cuales los médicos le desahuciaron, le vinieron otros accidentes de enfermedad, como un gravísimo dolor de cabeza y grande hinchazon del rostro, que le tenia cubiertos los ojos y no podia reposar, sino dar unas voces como loco.

Aplicáronle una reliquia del P. Salvador, á quien se encomendó muy de veras, y al punto se le quitaron todos aquellos males, sintiendo en sí un admirable consuelo interior que le hizo derramar lágrimas de alegría.

Catalina Esgrechio tenia en la rodilla una gravísima hinchazon, la cual nunca pudieron los médicos y cirujanos quitársela, por más remedios que la hicieron. A cabo de mucho tiempo determinaron abrísela, y la enferma, temiendo el rigor de la cura, no lo consintió.

En la fuerza de sus dolores se puso sobre la rodilla una reliquia del P. Salvador, rogando á Dios que por los merecimientos de su siervo se los quitase. Al punto se deshizo toda aquella hinchazon y quedó libre de lo que padecía.

Una persona religiosa era muy acosada del estímulo de la carne, y habiendo traído consigo un pedazo del vestido del santo P. Salvador rogándole que le librase de aquella tentacion, nunca más se vió molestada de ella.

Rosa Samineda, por espacio de veinte y dos años estuvo coja con demasiada fealdad de su persona. Oyó que por intercesion del santo P. Salvador Pizqueda obraba Dios muchas maravillas.

Rogóle fervorosamente le quitase aquella fealdad, y, poniéndose un pedazo de su ropa, sintió como que se le soltaba un nudo, y desde entónces anduvo derecha sin estorbo ninguno.

Lo mismo sucedió con el padre de esta mujer, librándole el santo varon de un terrible dolor de cabeza que habia muchos años padecía.

Doña María Angela y Elena de Ansaldo, hallándose en la iglesia de S. Agustin cuando un sacerdote exorcizaba á una endemoniada, á quien secretamente le puso doña María Angela unas reliquias del santo P. Salvador, luego comenzó el demonio á hacer mayores visajes y á mostrar mayor furor y saña.

Apretándole muchas veces con los exorcismos, que por qué hacia de nuevo aquella novedad, respondió que porque le habian puesto las reliquias del P. Salvador Pizqueda, que lo decia á mal su grado, y que el Padre era santo y que estaba en el cielo.

A Doña Angela Pilo y Sanatello le salió en el párpado del ojo izquierdo una grande ampolla que le causaba grande inflamacion y calentura. Tomó una reliquia del P. Salvador y se la puso sobre el ojo, rogando al Padre le alcanzase salud, y luego se le quitó el mal con la calentura y dolores.

Sebastiana Nulla, mujer dedicada á Dios con voto de castidad, se quemó casi toda la palma de una mano con ocasion de una caida que dió sin pensar en el fuego.

Padecía graves dolores: ella en medio de ellos se acordó de la grande caridad que le hacia, como á pobre, el santo P. Salvador, de quien habia sido tambien su hija de confesion. Invocóle con grande afecto y lágrimas, y luego sintió que se le quitaron los dolores, y mirándose la mano, la halló del todo sana y sin quedar rastro ni señal alguna del fuego.

Tambien libró á la misma de una postema, á quien los remedios humanos no la ayudaban, sino antes la dañaban y endurecian la hinchazon que tenia.

Gabino de Abopi atestigua con juramento que, viniendo de Roma, padeció una grande tempestad y borrasca en la mar, en que pensó sin duda ninguna perecer; y echando en la mar una reliquia de este siervo de Dios, á quien invocó y pidió favor, se halló de improviso en una gran bonanza.

Sebastian Fadda, natural de Sácer, estaba algunas temporadas muy fatigado de tercianas. Procuró una reliquia del P. Salvador, y luego que se la puso, no le vino más la calentura.

Ana Suzarelo, natural de la ciudad de Alguer, estaba muy apretada de grandes calenturas y otros accidentes y desmayos, y no podia tener cosa en el estómago, porque luego la trocaba; vino á tan grande aprieto, que todos los médicos la desahuciaron.

Entónces doña Ana Ferrer le puso una reliquia del santo P. Salvador en el pecho, y, para probarla, le dió de comer y lo retuvo sin echar nada, y de ahí á poco tomó mejoría, sin tornarle la calentura, ni desmayos, ni los demás accidentes.

Una persona principal dijo con juramento, que algunos años antes que mu-riese el P. Salvador Pizqueda fué á su casa y vió una hija suya, que entón-ces procedia bien y daba muestras de ser grande mujer.

Preguntó el santo varon: ¿Cómo se llama esta niña? dijéronle que Clara; respondió el Padre un grande suspiro y dijo: «No la llamen Clara, sino oscura.» Es-cribióse su madre de aquel dicho, aunque por entónces no hizo caso; mas, andando el tiempo vino á muchas desventuras y trabajos, con que tuvo por cierto que Dios le habia revelado lo que habia de ser de su hija.

Y tambien afirmó esta señora que así ella como otras muchas personas se-ían librado de gravísimos dolores de cabeza, poniéndose un birrete que el padre usaba, el cual guarda como reliquia.

Dejáanse de referir otros muchos milagros, que Dios ha obrado por este su-eruo, por la prolijidad que puede causar la relacion de esta vida.

Mucho de lo que se dice en esta vida se supo del mismo Salvador, obliga-do del precepto de obediencia que su Superior le puso, el cual lo declaró con grande sentimiento de su alma por ver que no le admitian las excusas que-aba, diciendo que no tenia sino pecados y miserias.

Y lo demás se averiguó de personas fidedignas y de todo crédito, que la-igencia y cuidado particular recogió á esta breve suma de sus virtudes y-ha hecho jurídica informacion que está en Roma.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN ANDRES MANCONI

I

EL P. Juan Andrés Manconi fué natural de la ciudad de Sácer en el reino de Cerdeña, hijo de padres muy cristianos y honrados, hermano menor del Obispo de Ales, D. Gabino Manconi, Prelado ejemplarísimo.

Los primeros años de la niñez pasó en estudios de gramática y música, alumnó del seminario Arzobispal; después entró en servicio del Arzobispo titánico, D. Alonso de Lorca, en compañía de su hermano mayor.

De su vocación y entrada en la Compañía escribió lo siguiente el P. Salvador Pala, que le conoció ese tiempo: dirélo con sus palabras.

«La primera vez que le vi al P. Manconi en casa del Arzobispo de Sácer D. Alonso de Lorca, se me figuró ver un ángel.

»Era yo novicio que acompañaba á un Padre, y, sin haberme él jamás visto se llegó adonde estaba, y mientras el Padre negociaba con su amo, empezó á preguntarme puntos de la oración mental y algunos escrúpulos en razón de la atención y reverencia que se había de tener en ella, con tanta mesura, modestia y discreción, como si fuera de más años: entonces tendría doce.

»Robóme tanto el corazón su virginal modestia, que desde aquel primer razonamiento sentí en mi corazón que por su virginal pureza le quería D. Alonso para la Compañía, y se lo dije.

»Desde el mismo punto se sintió llamado á ella, y, dado que yo me quedé en Sácer para oír el curso de artes en Cáller, todos los tres años se consagró en su vocación sin comunicarla con nadie, sino procurando poner en ejecución los consejos que el simple novicio le había dado.

»Volví de ahí á tres años, y halléle tan adelante en las cosas del espíritu que alcanzaba mucho más que yo con ser religioso.» Hasta aquí el P. Pala en su carta.

Fué recibido el P. Manconi en la Compañía á los 30 de marzo de 1599, siendo casi de veinte años.

Su noviciado hizo en el colegio de la ciudad de Valle de Iglesias, donde eran probados los novicios en ese tiempo, mientras se fabricaba la casa de Probación que tiene la Compañía en la ciudad de Cáller.

Comenzó un tenor de vida tan ajustado á nuestra vocación e Instituto que parecía nacido para los ejercicios de la Religión, principalmente para los interiores, con un tison admirable en la oración, recogimiento y mortificación de sus sentidos, que siempre continuó en toda su vida.

Estudió el curso de artes, sin acabar los dos años de probacion, en el colegio de Cáller; su Teología en el de Sácer.

Leyó despues las artes y Teología por espacio de más de doce años con claridad de ingenio, satisfaccion y provecho de los estudiantes en los colegios de Cáller y Sácer, devotísimo siempre del angélico Doctor y de sus opiniones.

Fué incansable en el estudio, hermanándole con el de la oracion. Predicaba muchas veces, no obstante la ocupacion de su lectura, y era su predicacion muy devota y fervorosa.

Empleáronle despues los Superiores en el gobierno. Comenzó por el de nuestro seminario de S. Antonio, de donde pasó á ser Maestro de novicios en Cáller.

En su gobierno fué singular el don y talento de que nuestro Señor le dotó, la prudencia, el agrado y discrecion con que gobernaba, pegando en todos sus novicios gran celo de la observancia religiosa y entrañable devocion á la santísima Vírgen, y para consigo gran reverencia y amor. Por el ejemplo que les daba, todos á porfía procuraban imitarle sus acciones y ejercicios.

Fué el segundo Prepósito de la Casa Profesa de Sácer, despues de la separacion de los colegiales, en la cual procuró adelantar los ministerios de la Compañía con su ejemplo, trabajando incansablemente en todos ellos.

Fué de suma importancia la opinion y crédito de su santidad para aficionar la gente, y la eficacia de su oracion para alcanzar de nuestro Señor las limosnas y bendiciones que envió en aquellos principios y acrecentó las cosas del culto divino.

Fué su gobierno celosísimo de la observancia regular; y aunque de algunos fué tenido por algo rígido, en la hora de la muerte protestó á la Comunidad, cuando recibió el Viático, que nunca se habia movido por pasion, sino por celo de Dios y deseo de acertar.

En la Congregacion provincial del año 33, fué elegido en primer lugar por procurador de la provincia para Roma.

Hizo su viaje en compañía del P. Juan de Robledo, Provincial que acababa de ser de Cerdeña, y le llamaba nuestro P. General para negocios particulares.

En una peligrosa tormenta que pasaron y se vieron casi á pique, mostró P. Manconi grande ánimo y confianza en Dios, ocupando el tiempo con mucha quietud y serenidad dentro de sí, cuando la demás gente con el peligro iba turbada y confusa, y dijo á su compañero que no se perderian.

Así fué, que de ahí á pocas horas llegaron á la ribera de Génova, y por la Lombardía caminaron á Roma, donde el P. Manconi asistió en la Congregacion con los demás Procuradores de las provincias.

Concluidos los negocios, dió la vuelta á Cerdeña.

En Liorni, por haberle faltado un personaje que le prometió su compañía y un crédito de dinero para Cerdeña, tuvo tanta necesidad, que se halló obligado á mendigar, con gran consuelo de su alma, por espacio de un mes.

Acogiéronle con dos Hermanos compañeros todo ese tiempo en el hospital de la misericordia, hasta que se aprestaron las galeazas del duque que salían en busca de bajeles enemigos, por cuya causa estaban impedidas las embarcaciones.

No faltó la providencia del Señor en tan apretada necesidad, ni al Padre jamás la confianza; porque allí le conoció un maronita del monte Líbano, muy aficionado á los de la Compañía por haberse criado en Roma en nuestro colegio de los maronitas, y le acudió con extremada caridad á él y á sus compañeros.

No perdió el siervo de Dios la ocasion de trabajar en bien de las almas; y aunque andaba malo y padecía unos granos venenosos, los dias de la Semana Santa y despues de Pascua se empleó en oír confesiones de naturales y forasteros, con tan excesivo trabajo que se tiene por cierto le acortó la vida.

Hubo quien se persuadiese que vino de Liorni medio apestado; porque trujo consigo una especie de sarna de tan mala calidad, que le cubrió pecho y espaldas de muchas llagas, con harta compasion de los que le vieron, y dentro de pocos meses le sobrevino una enfermedad que le puso á los umbrales de la muerte y juntamente el año siguiente otra que le acabó la vida.

Venia el P. Manconi de Roma, señalado Rector del colegio de Sácer, donde nuestro Señor le ejercitó con dolores y otros trabajos, que tocan más en lo vivo, para perfeccionarse.

Y como si estos y los ordinarios del gobierno fueran muy cortos, dilató la esfera de su caridad, añadiendo el de acudir dos y tres dias de la semana á las confesiones de la Casa Profesa, no reparando en la distancia del camino y calores del verano, por sólo no hacer falta á algunas almas que dependían de su direccion. En el cual empleo y otros fervorosos de acudir á enfermos y consolar afligidos que solicitaba el fuego de su caridad, le halló el Esposo divino con luz encendida, cuando le llamó á las bodas celestiales.

II

Algunas de sus virtudes.

Las virtudes más señaladas de este venerable Padre fueron principalmente las que disponen el alma para unirla con Dios y adornan un perfecto religioso.

Su rara humildad manifestó en el desvelo de encubrirse con los dones de Dios, y en el desprecio de sí mismo y de toda vana estimacion, nacido de la luz interior.

Los deseos de vivir arrinconado encarece en una carta, afirmando que, á verse obligado á tratar almas, viviera donde no fuese visto de nadie.

Era en tiempo que más procuraba encubrir la opinion de su virtud, cuando empezaron á traslucirse algunas mercedes de Dios con las elevaciones en Misa que se dirán adelante; y este fué uno de los mayores trabajos que experimentó en su vida y que le obligó á extremadas diligencias y medios de retiro, y á clamar á Dios con repetidas instancias, para que se dignase de no pasar adelante en aquel favor.

¿Quién puede decir á donde llegó el sentimiento del humilde Padre? Valióse en este caso de ajena intercesion para ser oido de Dios, y en lo más apretado de sus angustias, de un medio que á otros no pareciera tan acertado, adonde le inclinó su profunda humildad, que fué consultar su trabajo con una mujer sencilla, de quien oyó como de la boca de Dios estas palabras: «Digame, Padre, ¿no se ha entregado todo á Dios, que haga de él lo que quisiere? ¿Pues cómo le pesa de esto? Déjele hacer como á dueño de alma y cuerpo.»

No fué menester más para quedar el siervo de Dios con esta enseñanza despenado, segun él mismo refirió, resignándose todo en sus manos; y por este medio tambien alcanzó lo que deseaba, deteniendo el Señor los efectos de su gracia, por no atormentar el humilde espíritu que tanto se afligia con estas demostraciones exteriores; y puédese creer que pasaran adelante, por lo que el mismo Señor reveló entónces á una alma santa, sino que la humildad del P. Manconi parece que le ató las manos.

Andaba tan atento á encubrir las mercedes de Dios, que prevenia los sucesos, y hacia cosas que admiraban sin entenderse.

Habia de predicar una mañana de la Resurreccion en una plaza el Encuentro, que es una devota celebridad, en que se encuentran dos procesiones al alborada, con dos imágenes de Cristo resucitado y de su gloriosa Madre, para representar el misterio de la primera aparicion.

Estando ya en el púlpito para comenzar el sermon, hallóse que le tenia olvidado; no supo hacer sino levantar los ojos á la imagen de la Virgen, la cual le habló distintamente, diciéndole: *Comienza como puedes, que yo no te faltaré.*

Alentóse con este favor, propuso el tema: *Surrexit, non est hic*, y las primeras palabras fueron: «No se halla Jesus sin María, si lo quereis hallar id adonde está María.»

De aquí empezó á discurrir por modo de contemplacion y afectos, y entendióse tanto en ellos con lo que iba diciendo, que empinando y extendiendo los brazos en forma de alas para volar, con la fuerza de aquel incendio

de repente se dejó caer en el púlpito con admiracion del auditorio; y fué la causa, porque sintiendo que se le derretian las entrañas de ternura y devocion, y no pudiendo resistir á la vehemencia del afecto, previno que, pasando más adelante, le podia suceder alguna demostracion exterior, y, para evitarla, quiso más presto interrumpir el sermon y cortar el hilo en el principio, sin reparar en la nota y descrédito.

La gente, que le escuchaba con profundo silencio, quedó más satisfecha que si le hubiera oído toda la hora, creyendo de las últimas palabras con que se dejó caer, que aquel repentino suceso tuvo causa más superior de la que parecia; y una persona que habia días trataba de dejar el mundo, ayudada de la luz del cielo á su desengaño, salió de aquel breve sermon con intento de dejarle, como lo hizo, y allegarse á Dios; porque dentro de sí decía: «¿Quién duda que serán muy mayores los gustos que tienen los siervos de Dios en esta vida, que los que promete el mundo?» De donde comenzaron sus cosas á darle enfado.

Pero el P. Manconi, conociendo que se hablaba de aquel suceso con mayor estimacion suya, quedó mortificado y confuso de no haberle salido conforme á su deseo la traza de encubrirse; porque las de Dios eran que alguna vez la misma humildad corriese las cortinas, como sucedia tambien cuando el Padre, humillándose á pedir parecer á otros que lo solia hacer muchas veces, les declaraba con esa ocasion las misericordias que Dios le hacia: fuera de eso y cuando le obligaba la caridad para consuelo de alguna alma, guardaba silencio.

Preguntóle un Prelado muy deseoso de agradar á Dios: «Dígame, Padre, ¿qué ejercicios suele tener entre día desde que se levanta?» respondió con alguna sequedad: «Eso no he dicho yo jamás á nadie;» con que atajó la pregunta.

El amor de su desprecio mostró en dos ocasiones bien particulares. Cuando leia Teología en el colegio de Cáller, solia ser bien oído y con aplausos en las primeras lecciones de renovacion de estudios, porque las disponia con agudeza y erudicion.

Un año subió á la Cátedra, y despues de parado un rato confesó ingenuamente que la leccion se le habia olvidado, y pidió perdon á los oyentes, los cuales, admirados, dificultosamente se persuadieron á lo que el humilde Padre pretendia.

El año siguiente dijo una leccion doctísima y fué oído con las aclamaciones que siempre; pero al fin hizo una cosa extraordinaria, que fué darse él mismo un vejámen con términos que movieron á risa, lo cual causó admiracion por la novedad del caso y autoridad de la persona; de donde resultó

e calificaron algunos la accion por imprudente, que era lo que el siervo de os habia pretendido con su humildad, que es la sabia insipiencia mejor cascada por el Apóstol, y la imprudencia más discreta que el mundo desconoce, sabiduría escondida á los sabios y prudentes.

En otra ocasion, siendo Prepósito de la Casa Profesa de Sácer, un inquisidor de aquel reino, que estaba en nuestra iglesia para publicar los edictos de la fe, sin culpa suya le trató mal de palabras, excediendo en la cólera y faltando en los términos debidos á su persona, de cuyo sufrimiento quedaron presentes tan edificadas, cuanto ofendidos de la pasion del otro; porque el siervo de Dios no habló en su descargo más que para dar satisfaccion, la cual no fué recibida, y pasó en lo demás con serenidad de ánimo, contento con su desprecio.

Ayudó el Señor á sus deseos en esa parte con un defecto de memoria en los postreros años, que no fué accidente natural, sino un olvido repentino al tiempo de predicar, quedándose como si no hubiera prevenido ni estudiado el sermon.

Era un lance de grande humillacion que pudiera el Padre fácilmente escusar con retirarse del púlpito, y no quiso sino pasar por él.

El intento de nuestro Señor él mismo declaró á una sierva suya, y díjole: «Hago esto con el Padre para que se humille y entienda que todo es mio lo que dice; y cuando no dijera cosa, eso mismo es mi gusto, que quede mortificado.»

Ajustóse tan bien el humilde Padre á los intentos de Dios, que logró los aumentos de esta virtud, y tambien se halló milagrosamente favorecido en estos lances, como se dirá adelante.

De su castidad se pudiera decir mucho y admirable. Poseyóla en grado heroico por gracia divina; pero no sin contrastes y continua bateria del enemigo doméstico, y del que atiza las brasas del fuego infernal con su aliento.

Para consuelo de un súbdito afligido y molestado en esta parte, dió vislumbre de sus batallas superiores á la guerra ordinaria, y dijo con admiracion que el demonio acertaba á ofrecerle la tentacion en tiempo que su espíritu estaba unido íntimamente con Dios en la oracion, cuando de cierto no podia saber lo que pasaba en lo interior de su alma.

Si fué continua esta guerra, como parece, alguna vez le tuvo tan afligido que parecerle impedimento de no llegar con la pureza debida á la presencia divina, que pidió instantemente á nuestro Señor se dignase de poner paz en sus términos.

Como no fué oido pidiéndolo muchas veces, especialmente cuando su Malestad le hacia merced; acudió á una persona que él conocia tener cabida con

Dios, para que le alcanzase lo que no habia podido, por cuyo medio tuvo respuesta del oráculo divino y el recaudo siguiente:

«Dile que este es mi gusto, y que ni por eso me doy por mal servido; que no desplace al rey ver su soldado tizado de pólvora y sin aseo de vestido, ántes le da mucho gusto; que no se aflija; que cuando viene á mi presencia de esa batalla, y le parece no viene como debiera, me da mucho gusto.»

Otra persona espiritual rogaba lo mismo á nuestra Señora, y supo que no era voluntad de su hijo que faltase al P. Manconi su tentacion, para cuyo consuelo oyó de la misma Vírgen estas palabras: «No le daña, como no dañó á Pablo.»

Así fué que no le empecio el fuego de Satanás, ántes le sirvió de crisol y tambien de purgatorio. Armólo varios lazos el demonio en esta parte, y de todos se libró por intercesion de la Vírgen.

Una le acometió con viva representacion de una mujer hermosa; dióle harto que penar y continua bateria, hasta que se le apareció nuestra Señora, acompañada de santa Catalina y santa Cecilia, que mostrándole su incomparable hermosura, entre otras cosas le dijo: «Mira si tiene cotejo la corruptible hermosura con esta.»

Quedó al punto despenado con la visita del cielo, y tan absorto, que se le borró el mal pensamiento.

Salió este varon de Dios tan esforzado, que tuvo don particular de enseñar á otros á pelear; tan aficionado á la pureza, que le dió gracia nuestro Señor para persuadirla á muchas personas que por su medio la consagraron al Cordero sin mancha.

Predicábala con su recato y vigilancia en la guarda de los sentidos, y para conservarla trataba su cuerpo, aunque delicado y flaco, con rigor y aspereza.

Fué amigo de penitencia; disciplinábase todos los dias ásperamente, y traía cilicios, cinta de hierro y de hoja de lata con que se maltrataba.

Hoy vive una persona que le hacia y remendaba esas cintas y crueles instrumentos, y un Hermano de la Compañía que afirmó haber visto con admiracion y harta compasion suya, cuando le curaban al P. Manconi de cierto achaque, los pedacitos de la cinta de hierro que se habian quedado dentro de las carnes.

Dormia muchas veces vestido sobre las desnudas tablas de su cama. Ayunaba dias extraordinarios y era muy parco en la comida, aborrecia en ella todo género de regalo y singularidad.

Mucho más se esmeró en la mortificacion de sus sentimientos y afectos, de que hacia mayor caudal. Con sólo su vista y composicion la pregonaba, y en sus pláticas y conversaciones movia para abrazarla.

Apénas levantaba los ojos para mirar á nadie, si no era ocasion forzosa, en que guardó un teson grande. Enemigo perpetuo de ver cosas curiosas ni de saber nuevas impertinentes, casi nunca salia para ver fiestas, regocijos, procesiones ó acciones semejantes.

Una vez que le llevaron como por fuerza á la fiesta del glorioso S. Antiogo, fuera del tiempo que empleaba orando dentro de su iglesia y diciendo Misa, lo restante pasó en recogimiento, cerrado dentro de un aposento y tratando con Dios.

Cuando el Hermano compañero le tocaba á la puerta para que saliese á ver alguna cosa de divertimento, respondia: «¡Oh Hermano mio! si nos divertimos, vaya despues á buscar la oracion.»

Aun las ordinarias recreaciones del campo no tomaba sino raras veces y con poco gusto, por no parecer en extremo singular, en las cuales más recreaba su espíritu que sus sentidos.

El mortificarlos y guardarlos ya parece que no le era trabajo, sino cosa natural, por la ocupacion interior y recogimiento que traia de continuo, en que se habia ejercitado desde sus principios.

En su andar era tan modesto y compuesto, que siempre traia puestas las manos en la forma que se le mostró Jesucristo á su sierva doña Marina de Escobar del modo y traje con que conversó en este mundo; tanto que algunos pensaron que el mismo Padre habia tenido semejante revelacion.

Amó singularmente la pobreza religiosa, contentándose con poco. No tenia cosa de precio; dos estampas de papel á la cabecera, una de Cristo crucificado, otra de nuestra Señora, sin más adorno en la celda.

El breviario muy comun y usado: aunque le dieron otros curiosos, no quiso tenerlos, ni de las cosas de devocion que trujo de Roma le quedó alguna, habiéndolas repartido en breve tiempo; y así, escribió á un Padre que andaba en mision, enviándole ciertas medallas, que estaba muy contento porque habia dado todo y no tenia más que dar.

Su obediencia tuvo la perfeccion y quilates que estima la Compañía. El impulso de sus mayores era en él como movimiento natural; parece que áun no sabia proponer cuando era necesario y la regla permite.

Fué extremado en un trato sincerísimo, sin dobleces, ni equivocaciones, cosa que aborrecia sobre manera; y era tan cándido en su modo de proceder, que con dificultad se persuadia que alguno le mintiese ó le quisiese engañar.

Exactísimo en la observancia de nuestras reglas, áun de las mínimas, con grande uniformidad en todos tiempos, de suerte que los Superiores le ponian los novicios por ejemplo de observancia: pedia licencia por menudencias, como lo hiciera un novicio.

Siempre fué conocido amigo del silencio y hombre de pocas palabras. En las recreaciones hablaba lo más de cosas de Dios, entreteniendo esta conversacion con gusto de otros y aprovechamiento propio; porque solia decir que salia muchas veces más devoto de la quiete que de la misma oracion.

Para llevar adelante esta costumbre, usaba de una industria, que no se allegaba á tratar con muchos juntos, sino que de ordinario convidaba uno ó dos para pasear en la pieza, con los cuales entablaba su santa y provechosa conversacion, y estos solian ser Hermanos, con quienes parece tenia mayor licencia de extenderse y continuar las pláticas de nuestro Señor sin pesadumbre.

No era pesado á nadie, ni tomaba en la boca faltas ajenas. Nunca fué visto estar un rato ocioso ó sin provechosa ocupacion, y era maravilla el cuidado que traia en no perder punto de tiempo, aún cuando se detenia con algun enfermo ó en ayudar á bien morir.

El rato que descansaba el enfermo, ó era necesario interrumpir el trabajo de la ocupacion, gastaba en rezar ó leer algun libro. Si se ofrecia ocasion de distraccion, él sabia escabullirse y huia al recogimiento de la celda como á centro de su quietud.

Su caridad fué tan conocida, y el celo de las almas echó tantas llamaradas principalmente en los postreros años, que apenas se hablaba de otro, cuando murió, sino de sus fervorosos é infatigables trabajos en ayudarlas.

Confesaba toda suerte de gentes sin número y sin diferencia de personas especialmente mujeres pobres, que por incomodidad y falta de vestido acudian muy de mañana.

Todo el tiempo que fué Preósito y vivió en la Casa Profesa usaba de industrias y trazas para traerlas á la confesion, y valiéndose de unas para traer otras.

Casi todas las mañanas tenia que hacer en las confesiones de la iglesia; por las tardes visitaba enfermos y entendia en otras obras de piedad.

Recogia limosnas para dar á pobres, y era refugio de personas necesitadas y miserables, que le lloraron hartos cuando murió.

Siendo Superior en la casa de novicios de Cáller, dió orden que de su racion se quitase una parte para socorrer á cierta persona que padecia necesidad: cuando no podia con otro, acudia con la compasion y afecto de su alma al consuelo de todos, y por lo ménos no faltaba en consolarlos.

Pareciéndole cortos los empleos y trabajos de la Europa en ayudar á los prójimos, conforme á la vocacion de la Compañía; tuvo deseos de pasar á Indias, y pidió esta jornada con instancia muchos años á nuestro P. General.

Estando en Roma por Procurador, y tratando con el de Inglaterra, se en-

ndió en deseos de acompañarle, y con gran resolución lo pidió á nuestro General; porque su corazón estaba tan dispuesto en esa parte, que con cualquiera ocasion avivaba la llama.

En los últimos años se dió tanta priesa en trabajar por las almas, que atrayeron su dichosa muerte á exceso de caridad; de donde se infiere la que vo para con Dios.

Fué su amor fervoroso y desinteresado; porque jamás cesó de obrar puesta mira en su agrado y aumento de gloria divina, imitando á nuestro P. S. Ignacio: no habia dificultad por donde no rompiese en cosas del servicio de Dios.

Solia decir, hablando con sinceridad y llaneza: «Engañarme puedo; pero, si entiendo que conviene hacer algo á gloria de nuestro Señor, por ningun caso lo dejaré:» y á los deseos de aprovechar, frecuentemente repetia que la importancia del negocio consistia en ir siempre venciendo dificultades en el camino de la perfeccion, siendo tantas las que se ofrecen á cada paso.

Decia esto con tanta fuerza de palabras, que mostraba bien lo que él ponía para vencerse, y cuán valerosamente atropellaba los impedimentos de la virtud; pero mejor lo dió á entender el cielo con una vision.

En resolviéndose una doncella virtuosa de apartarse del mundo y dedicarse á Dios, se le ofreció un tropel de dificultades, y pidió al Señor con muchas ansias, hallándose en una iglesia, que le diese el perseverar en lo bueno con su gracia.

Al punto fué arrebatada y llevada en espíritu á un valle muy fragoso, en el cual, para subir á la cumbre del monte donde una luz resplandecia y hacia donde marchaba gran muchedumbre de gente, vió un camino tan áspero, que no tenia brío ni alientos de caminarle por su dificultad.

Aquí se le pusieron delante dos Santos sus devotos, que eran S. Agustin y S. Francisco de Paula, y empezaron á darle ánimo para la subida, diciéndole entre otras cosas: *Mira tu confesor cómo va rompiendo dificultades y vencien-* ~~do~~ *las;* y le enseñaron al fervoroso P. Manconi, que en hábito de su Religión iba por la cuesta sobre un caballo lozano.

Quedó espantada y no ménos alentada mirándole, y notó que en aquella subida del monte nunca se lastimó el pié por más que rompía infinita maleza fragosidad, y se le ofrecian trances peligrosos.

Era en tiempo que más le apretaban al Padre sus tentaciones para impedirle la subida del cielo, y se daba á entender que no recibió daño ni lesion alguna, valiéndole su fervoroso espíritu en el camino de la perfeccion para vencer los impedimentos de ella, y arribar á la cumbre de la caridad.

No fué ménos puro y desinteresado su amor que fervoroso, cuyos quilates

manifiesta la resignacion que tuvo en las pruebas de Dios y trabajos interiores con que fué ejercitado.

La continua guerra de su carne con los sobresaltos y temores de deslizarse en algo, no era trabajo como quiera, sino tormento y martirio prolongado, más riguroso que el infierno mismo, cayendo en persona que vivia tan cerca de Dios por íntima union, y era tan ilustrado con su presencia en la contemplacion, favorecido y regalado con visitaciones del cielo, como se verá.

El P. Manconi, si bien padeció sus repugnancias como hombre, y pidió instantemente libertad del cuerpo de esta muerte, tuvo su desengaño con el Apóstol: *Quia virtus in infirmitate perficitur*.

Ni le faltaron otras pruebas de nuestro Señor para ejercicio de su resignacion, permitiéndole sucesos de descrédito en cosas que hacia con sana intencion, murmuraciones y calumnias nacidas de falsas sospechas, y aquel defecto de la memoria al tiempo de predicar, con otras mas interiores en las cuales se portó con igualdad de ánimo y grande conformidad, de donde le nació la confianza que tuvo siempre en Dios en todo género de cosas; y se le conocia claramente, porque jamás perdió su quietud por cuidados y negocios, hallándose á todos tiempos desembarazado y dispuesto para el trato con Dios y no perdiéndole de vista.

Manifestóla juntamente en ocasiones particulares, no sólo hablando de ella con encarecida estimacion, mas tambien ejercitándola en apretados lances, en que mereció le acudiese Dios con milagrosa providencia.

III

Su oracion, devocion á la Virgen y favores que recibe de Cristo y de su Madre.

Fué escogido de Dios para su trato familiar, y siendo de poca edad se ejercitó en la oracion mental con gusto y aprovechamiento; despues en la Compañia tendió las velas, y toda su vida fué oracion. Aficionaba para ella con su ejemplo y con sus pláticas encarecidamente, así á los nuestros como á los seglares deseosos de perfeccion.

Levantábase de ordinario antes de la Comunidad para tener oracion mas larga, algunas veces horas antes, de suerte que al tiempo de despertar, estaba orando. Hacia esto más en particular siendo Superior.

Por la tarde asimismo tenia oracion retirada y larga, sin jamás dejarla por ocupaciones que no fuesen muy precisas.

Entre dia visitaba á menudo el Santísimo Sacramento, y despues de comer

nia costumbre de detenerse espacio de media hora delante de él ó delante de la imagen de nuestra Señora.

Oraba siempre de rodillas con gran reverencia y quietud, las manos juntas, los ojos cerrados ó clavados en el suelo, sin moverse por cualquier acaecimiento; indicio de su interior devocion.

Rezaba tambien de rodillas el Oficio divino con la misma devocion y descubierta, sentado muy raras veces, y en caso de indisposicion extraordinaria, en alguna sillita baja ó pequeña tarima, sin ninguna compañía; porque sentia en eso algun impedimento de su devocion y afectos, siempre recogido dentro de la celda.

Los que más frecuentemente solian acudir á ella eran testigos que de ordinario le hallaban orando, y algunas veces tan absorto y embebecido, que ó no respondia, tocando la puerta, ó, entrando, no hacia movimiento, ó preguntándole algo, apenas acertaba á responder.

Tuvo don de lágrimas que en secreto derramaba copiosamente y en público reprimia con dificultad.

Una Cuaresma que predicó todos los viérnes sobre la preciosísima llaga del costado de nuestro Redentor cosas no tanto estudiadas en los libros como sacadas de su oracion; se echó de ver que traia los ojos continuamente bañados de lágrimas.

Quien conoció más de cerca su interior, afirma que el P. Manconi fué hombre de continua y levantada oracion, sin jamás perder el norte de la presencia de Dios en todos sus empleos, de los cuales dice que salia para la oracion sin que cosa de la tierra le fuese de impedimento.

Añade que esto se le conocia cuando aún en las mismas conversaciones y visitas se paraba, mostrando que no quedaba en la tierra más que con el cuerpo.

Fué muy favorecido y regalado de Dios con superiores ilustraciones. En cierta ocasion declaró él mismo con secreto á un religioso de la Compañía, contándole un caso particular de que se hará mencion adelante, la merced que Dios le hacia levantando su espíritu para mostrarle lo que era servido.

Otro religioso fué en su modo testigo de vista de otro favor singular, y fué que, entrando acaso una vez en la iglesia del colegio de Sácer para saludar el Santísimo Sacramento despues de mediodia, oyó unas voces y como unos sollozos que le causaron turbacion, porque ni veia ni entendia que hubiese alguno dentro de la iglesia.

Levantóse de donde estaba arrodillado, y caminando algunos pasos adelante, vió al P. Manconi puesto en oracion detrás de un pilar, delante de la imagen, como solia, todo encendido, hablando en voz alta con extraordina-

rios afectos y sollozos, extendiendo los brazos hacia la parte de la imagen, á la que miraba como quien pretendia recibir en ellos y abrazar alguna cosa que no se veia.

Quedó maravillado el testigo de estas acciones, teniéndolas por indicio de alguna visita del cielo á sus ojos encubierta, y mucho más suspenso de que, llegándose muy cerca del P. Manconi y deteniéndose á mirarle, él no le echase de ver ni reparase en lo que hacia; tan absorto y transportado estaba en su contemplacion y puesto en lo que nuestro Señor era servido entónces de mostrarle. Sucedió esto poco antes de su muerte.

Como el devotísimo Padre tenia tan impreso en el alma á Cristo crucificado y los misterios de la sagrada Pasion, tuvo á cerca de ellos particulares sentimientos, que, sin querer, declaraba despues en sus sermones, conversaciones y escritos.

Predicando un Viérnes Santo la Soledad en la iglesia mayor de Cállar, fué tanta la ternura y emocion de su corazon, que, sin estar en su mano, á las primeras palabras prorrumpió en llanto con admiracion del auditorio, y le continuó todo el tiempo del sermon, de suerte que más predicó y más efecto hizo con sus lágrimas que con sus palabras.

En sus cartas que escribia á personas religiosas y dedicadas á Dios encarecia sobre manera este punto de mirarse un alma en Cristo crucificado y abrazarse con su cruz, y era lo que más les repetia.

Finalmente, manifestó á una persona espiritual con quien comunicaba cosas interiores, que un mártes se le apareció el Señor en la cruz, derramando sangre y bañando con ella á la Virgen que estaba al pié, cuya vista tan vivamente penetró su alma, que, aún cuando lo referia, advirtió la persona que hacia sentimiento en lo exterior y semblante del rostro, como si viera lo mismo y aún tuviera delante aquel retablo de dolores.

No sabemos lo que el Señor quiso darle á entender con esta vision ni tampoco la razon por qué reparaba el Padre en que se le apareció un mártes; pero sabemos que en mártes murió, despues de haber agonizado tres dias con el trabajo que se dirá.

Y lo cierto es, que en vida y en muerte tuvo no sólo devocion, sino tambien admirable conformidad con la cruz de Cristo, participando de sus penas, trabajos y desamparos, para los cuales le movian y alentaban estas visitas celestiales de Cristo y de su Madre.

La devocion que tuvo siempre á la Reina del cielo no hay palabras con que pueda encarecerse. Descubrió para con ella un cordialísimo afecto, y todo se hacia lenguas para alabarla y encomendar su devocion.

Todos sus papeles y escritos están llenos de sentencias de santos y de

as notadas acerca de las excelencias, privilegios, gracias y virtudes de la Señora.

Predicaba con mucho gusto y espíritu en sus festividades, y en varias pláticas y razonamientos dentro y fuera de casa tomaba por asunto alguna cosa de la Virgen.

Un año entero platicó á los novicios de su devocion é imitacion, para criar en esta leche á los hijos de la Compañía y procurar que lo fuesen de la Madre de Dios.

Ayunaba sus vigiliass y los sábados entre año en honra suya, con otras devociones y penitencias que añadía. Llegó, finalmente, á estrechísima familiaridad con la Virgen, de cuyas visitas y favores, que fueron sin número, se puede mejor rastrear la devocion que le tenía.

Una vez llegando á casa bien tarde y muy cansado, quiso tomar el rosario para cumplir con su acostumbrada devocion, la cual se le hizo entónces tan difícil, ó por cansancio é indisposicion, ó por tentacion del enemigo, que no acertaba á resolverse y vencer la dificultad.

Al fin se determinó de rezar su rosario, y luego se le apareció la Virgen al pie de la cruz, que parece le quiso agradecer aquella victoria y alentarle para las batallas, mostrándosele junto á la cruz.

Dando cuenta el devoto Padre de este favor y aparicion de nuestra Señora, añadió que de ordinario se le mostraba en aquella forma al pié de la cruz.

Otra vez, examinando las visitas y apariciones que hacia la Virgen á una sierva suya, y sabiendo por menor todo lo que convenia acerca del modo y forma de estas apariciones; por asegurarla de buen espíritu, y para darle consuelo suyo, le vino á decir: «De esa manera la veo yo tambien.»

Rogando por cierta religiosa de cuya perseverancia estaba con cuidado, la Virgen se la mostró debajo de su manto y dijo: «Yo tendré siempre cuenta de ella.» Replicó el Padre; «Mirad, Señora, que no vuelva atrás.» «No volverá,» dijo la Madre de piedad, y se lo aseguró.

Vió tambien en espíritu á una hija espiritual dentro de su recogimiento en oracion, y que la Reina del cielo le ofreció el Niño Jesus que traía en sus brazos. Regocijose en extremo de ver esto, y preguntó despues á la persona que habia sentido aquel dia en su oracion: respondió que un extraordinario efecto para con la Virgen.

Andaba uno de la Compañía descontento de su vocacion y con intento de apartarla, tirado de la vanidad del siglo: escondió en su pecho la ponzoña, y no se declaraba.

Hacia entónces el P. Masconi oficio de Prefecto de espíritu, y tratando un dia con aquel religioso á deshora, la imagen que tenía delante de la Virgen

con el niño en los brazos, por señas le dió á entender que no creyese lo que aquel fingido corazon le decia, porque no le diria verdad.

Apretóle entónces el Padre con buena maña para moverle á descubrir su pecho; pero no pudo sacarle palabra de verdad acerca de su tentacion.

Al fin le dejó con harto sentimiento, y el suceso le confirmó en la ficcion del religioso, que dentro de poco tiempo fué despedido de la Compañía.

Pasaron tan adelante las finezas de la Madre de Dios en el trato familiar con este devoto Padre, que con sola su vista de ordinario le manifestaba el suceso de las cosas que le encomendaba, y el secreto que deseaba saber, y así, cuando rogaba por enfermos, si eran de vivir, se lo mostraba la Reina del cielo con semblante alegre, y triste si eran de morir. De la misma suerte en otras necesidades y peligros, con que luego entendia lo que habia de ser.

Hallóse obligado á descubrir estos favores del cielo en urgente ocasion, por el consuelo de alguna alma que necesitaba de él, ó por otros fines de la gloria de Dios: las ocasiones entre otras fueron estas.

Cuando murió en Sácer doña Elena Rabaneda y de Sena, mujer del señor de Fiesi, ahora marqués de Montemayor; para consolar el siervo de Dios á su madre, que estaba afligidísima, antes de suceder la muerte de su hija, la tomó aparte y dijo con gran secreto: «Mire V. S. que la enferma la quiere nuestro Señor para sí,» y con esto le declaró cómo la Virgen gloriosa rogando él por la enferma, se le habia mostrado en el traje y semblante que solia cuando no era de vida la persona por quien rogaba.

Añadió que nunca le habia faltado el suceso de aquella vision las veces que la tenia. Dióle seguras prendas de la salvacion de su hija, porque, diciendo Misa por su salud, al tiempo que leia la epístola, vió su alma mucho más resplandeciente que el sol.

A pocos dias sucedió la muerte de aquella señora muy cristianamente, y el saberla de antes por boca del P. Manconi con las circunstancias referidas, sirvió de notable consuelo para su madre y de ajustarse á la divina voluntad, como ella misma refirió con admiracion de la santidad del Padre.

Casi lo mismo sucedió en la muerte de doña Angela Manca y Francisco, mujer de D. Andrés Manca, conde de Villamora, que dias antes aseguró de ella el P. Manconi á su madre con certeza, porque la Virgen se le habia aparecido como solia en caso desesperado de la vida; mas dijo que, orando segunda vez por la enferma, la Reina del cielo se le mostró diferentemente, cuya vista le tuvo perplejo y preguntó: «Señora, ¿qué es esto? ¿Ha de morir ó vivir la enferma?» y que le fué respondido: «Ha de morir, pero ha de venir conmigo.»

La muerte sucedió muy cristiana, y con piedad se cree el haber ido aque-

a buena señora en compañía de la Madre de Dios, para gozar de su gloria, aún que vió á la misma Vírgen poco antes de espirar, conforme á los indicios que dió; pero no hay duda que la madre, persona muy devota que sirve á nuestro Señor en gran recogimiento, recibió extraordinario consuelo en aquel caso, con las alegres prendas de la gloria de su hija que le dió el P. Manconi, descubriéndole el secreto de su revelacion y mandándole que á nadie lo dijese hasta despues de sus dias.

Estando enferma una sobrina suya casada en Sácer, descubrió con secreto al P. Manconi al P. Jerónimo Zonza y aseguró que no moriria entónces la enferma; y el año siguiente al mismo tiempo, estando de parto, aseguró al mismo Padre que moriria, porque la Vírgen soberana se le habia mostrado la primera vez alegre, y la segunda triste como solia: sucedió puntualmente.

Un alma buena favorecida de Dios en estado seglar, hallándose con encendidos deseos de salir de esta cárcel para gozar del sumo bien, los tuvo por prendas de que seria en breve su partida, señalando la cercana Pascua de los Reyes.

Dió cuenta á su confesor, que era el P. Manconi, con intento de asegurar sus esperanzas; pero el Padre, tomando tiempo para la oracion, salió á desengañarla, certificando que no seria la muerte en aquel año, porque la Vírgen se le habia mostrado como solia cuando la persona habia de vivir; y así fué, que no murió la persona, y vive aún muy conforme con la voluntad divina.

Tambien en dos casos trabajosos fué asegurado con la vista de nuestra Señora á quien los encomendaba.

No fué la mayor fineza sino indicio de ella esta familiaridad de la Vírgen, quien reconocia favores más superiores el P. Manconi en el seguro de sus ligeros, en la victoria de sus tentaciones y en el colmo de las virtudes que alcanzó por su medio.

Aun le favoreció esta divina Señora con milagros en el defecto de la memoria, segun el mismo Padre confesó de su boca, que en estos lances era la Vírgen su refugio, á quien se encomendaba y decia: *Señora, ayudadme, que no sé lo que tengo de decir*. Y ella le respondia: *Nunca te he faltado, ni te faltaré*. Y con esto se levantaba con grande ánimo para predicar lo que no sabia, pareciéndole que no hablaba él, sino Dios.

En la Misa eran muy frecuentes las elevaciones de su espíritu con tal fuerza interior, que llevaba tras sí el cuerpo, unas veces levantándole del suelo en alto, como vieron y afirman personas dignas de todo crédito; otras, y era ordinario y casi continuo,teniéndole de puntillas todo el tiempo que corre desde el primer Memento hasta el consumir, de que se admiraron muchos religiosos y seglares.

El quedar de esta postura era efecto de la resistencia que hacia á la fuerza interior; y alguna vez no le era bastante á detenerle, ni estaba en su mano.

Divulgóse el caso, discurrióse diferentemente acerca de él entre gente á quien solicitaba la curiosidad de verle, y fué ocasion de que el Padre se retirase de decir Misa en público, ó la dijese muy de mañana.

Pero el Señor no quiso que quedase la merced que le hacia en solas conjeturas; y así, reveló á una alma santa que estaba una vez presente á la Misa del Padre con admiracion de lo que veia, que de estar la del siervo de Dios toda puesta en él sin divertirse y apartado de lo humano, le nacia el levantarse el cuerpo yéndose tras el espíritu, y que subiera más alto á no estorbarlo su humilde resistencia.

Tuvo el siervo de Dios sobre este sentimiento sus escrúpulos, dudando si hacia todo lo que era de su parte; y, comunicándolos, descubrió los favores de Dios, y añadió: «Paréceme que hago lo que puedo de mi parte, y cuando llego á este término, no me acuerdo de cuanto hay en el mundo, sólo de Dios: tengo recelo no haya alguna flojedad de mi parte, mas no la echo de ver para enmendarla.»

En estos tiempos era principalmente cuando el Señor esclarecia su alma con soberanas luces. Tal vez le enseñaba lo que habia de hacer en el gobierno de los que estaban á su cargo.

Sucedíole negar la comunión á una que ardia en deseos de recibir el Pan de vida con intento de mortificarla y probar su resignacion; y dejándola que se hartase del pan de lágrimas, entróse á decir Misa, en la cual, arrebatado su espíritu, se le mostró aquella alma junto á Cristo crucificado que amorosamente la recibia y daba licencia para poner la boca en su divinísimo costado abierto.

Quedó no ménos admirado con esta visita, que enseñado de lo que debia de hacer, y envióle á decir que comulgase, juzgando que una alma tan hambrienta de este divino manjar era entónces merecedora de gozarle cuando el Señor abrió su costado y sus entrañas para darle hartura, si (como dijo muy bien S. Crisóstomo) el recibirle en el altar dignamente es tanto como aplicar la boca á la fuente del costado de Cristo.

Otras veces le daba luz para conocer las cosas por venir, y otras el estado de algun alma escogida que estaba en gracia.

Sobre todo es la luz que le dió para regirse en el camino espiritual con acierto y evitar los lazos del enemigo.

Estando una doncella muy devota encomendando á Dios los religiosos de la Compañía, vió al punto en vision un número sin número de ellos, como un escuadron de soldados, y en medio una luz que los guiaba entre oscuras ti-

blas, á la cual unos se llegaban más y otros ménos, otros se quedaban lejos de ella y sin buscarla, otros caminaban junto á ella.

Fuéle dicho que estos eran los fervorosos, entre los cuales conoció al Manconi, sobre cuya cabeza caía el rayo de la luz, y él iba con cuidado ando siempre en la luz.

Entendió que siempre se regia con luz del cielo, obrando con motivos superiores y ordenando sus acciones á gloria del Señor.

Otra vez fué visto que iba como volando y escapando de varios lazos y un paso peligroso en que, para impedirle su camino, se le pusieron delante negros mastines, y que en un punto se dejó atrás al compañero.

Aun en los caminos que anduvo le favoreció alguna vez nuestro Señor con su superior.

Una, caminando bien descuidado, oyó una voz que le decia que iba errado: pensó que fuera ilusion, porque veía las pisadas frescas de las cabalgaduras; oyó luego otra voz que decia: «¿Todo ha de ser ilusion?»

Con esto le enseñaron el camino y prosiguióle: así lo contó el mismo Padre.

Finalmente, la luz interior resultó afuera, porque muchas veces en la Misa predicando fué visto con resplandores en el rostro, y que los arrojaba principalmente de los ojos.

Maravillándose de esto una persona seglar quiso asegurarse, preguntando otra que estaba junto si por ventura veía lo mismo. Respondió que sí y añadió: «Ya este Padre no se deja mirar á la cara.»

De la misma suerte le vió en el colegio de Cáller el bendito H. Francisco Cortolano, y lo contó á un Padre.

IV

Otros dones señalados de Dios.

De que tuvo luz de profecía y noticia de los secretos del corazon, parece cosa sin duda por muchos casos particulares.

Diez años antes que sucediese la muerte del Obispo su hermano, supo de él con algunas circunstancias, y fué la ocasion que en una vacante de arzobispado llegó una persona á decir al P. Manconi que entendia seria proveido su hermano; no le respondió entónces; pero quiso encomendar á Dios el negocio, y, diciendo Misa, se le mostraron al Obispo difunto en el ataúd con su mitra y ornamentos pontificales.



Entendió que no habia de pasar á otra iglesia, sino que habia de morirse estando él ausente y muy léjos. .

Contólo el mismo Padre de ahí á poco, asegurando á la persona de la muerte de su hermano sin ser promovido, y de que sucederia en ausencia suya, si bien no entendió el cuando.

Pasaron diez años hasta el de treinta y tres, y, habiéndose de embarcar para Roma el P. Manconi, la tarde que fué á despedirse del Obispo su hermano, fueron tantas las lágrimas que derramaron ambos, que maravillado el compañero le hubo de preguntar la causa, y él respondió: «No se espante mi hermano del sentimiento, porque no nos hemos de ver más hasta la otra vida.»

De allí á pocos meses, estando en Roma el P. Manconi, acabó felizmente su carrera el Obispo en su residencia, cumpliéndose todo lo que el Padre habia dicho.

Estando en Sácer, escribió á un Superior de los nuestros que estaba en otra parte, pidiéndole encarecidamente que tratase de consolar á una persona que lo habria bien menester.

Antes de hacerlo preguntó el otro á la persona si le habia sucedido algun trabajo ó tenia cosa que le diese afliccion; respondió que no, y replicó: «¿Por qué me dice eso V. Paternidad?» Dígolo, respondió, porque me escribe el P. Manconi con encarecimiento que trate de consolarle,» y le dió á leer la carta.

Quedaron ambos con suspension de esto, pero dentro de pocos dias sucedió á la persona un trabajo grande, y tuvo harta necesidad del consuelo de su confesor, si bien le valió mucho la prevencion de la carta del P. Manconi, asegurándose que Dios le habia revelado su trabajo antes que sucediese, porque el trabajo era interior y no podia por otro camino saberse.

Una religiosa, teniendo resolucion de hacer cierta salida y mudanza, antes de comunicarla, recibió una carta del P. Manconi, en que le decia se guardase de poner en ejecucion lo que tenia pensado.

Quedó pasmada de que el Padre hubiese entendido su intento, que era tan secreto, y desistió de él.

Fué una vez á predicar á un convento de monjas, y una que estaba muy afligida le rogó que la encomendase á Dios y rezase por ella una Ave Maria: prometió el Padre de hacerlo, y añadió que el dia siguiente saldria lo que pedia.

Fué así, que salió conforme al deseo de la religiosa, sin haber entendido de ella el P. Manconi, ni de otra alguna persona, el negocio que se encomendó en sus oraciones.

Otra religiosa, estando muy mala, envió á pedirle encarecidamente que en-

trase en el monasterio para confesarla. Respondió que lo haria si fuese necesario, y por la mañana le envió un recaudo diciendo que no tuviera cuidado, que no era necesaria su entrada.

Dentro de pocos dias convaleció la religiosa enferma y bajó á la reja para confesarse con el Padre.

Procurando que fuese recibida en el convento una que lo pretendia, halló dificultad por parte de las religiosas, de suerte que llegaron á decirle no se cansase en diligencias, porque no saldria con su intento; pero el Padre, volviendo la mañana siguiente, habló con una de ellas y le aseguró que tan cierto seria monja la que pretendia, como la con quien hablaba.

Fué cosa maravillosa que, llegando las monjas á votar, todas unánimes votaron en favor de la novicia, que fué recibida y perseveró en su vocacion.

Reprendiendo á uno de los nuestros de cierta falta secreta, le declaró las menores circunstancias de ella, con que el otro, aunque al principio quiso encubrirse, se halló convencido y con certeza de que el Padre habia tenido noticia superior.

A otro que iba para darle cuenta de conciencia, le descubrió antes que hablase lo más secreto de ella y las dudas que traia, consolándole y dándole los avisos necesarios. Lo mismo le sucedió con una persona seglar que vino para comunicarle sus aflicciones.

Un Hermano salió un dia de su aposento haciendo admiraciones y diciendo á los que topaba: «¡Jesus, que el P. Rector me ha descubierto una falta que no la podia saber sino Dios!»

Un estudiante que pretendia la Compañía con gran fervor, despues se resfrió en su vocacion de manera que huia de nosotros. Dió un Padre cuenta de esta mudanza al P. Manconi, el cual, despues de haber encomendado á Dios la reduccion de aquel mancebo, le respondió: «Padre, déle V. R. esta imágen de nuestra Señora al pretendiente, y téngale desde luego por de la Compañía.»

Fué cosa maravillosa que, en recibiendo el mozo la imágen de la Virgen, sintió trocado su corazon y volvió á pedir la Compañía tan de veras, que fué recibido en ella y persevera muy agradecido á Dios, atribuyendo á las oraciones del P. Manconi su buena suerte.

Mas admirable fué el suceso de una doncella seglar á quien nuestro Señor daba impulsos para mejorar su vida.

Pensando ella que bastaba reformarse en materia de devociones y apartarse de algunas vanidades y entretenimientos, llegó á tratar con el P. Manconi, el cual la escuchó con agrado todos sus intentos, que eran de servir á Dios en estado de casada, y á la postre vino á decirle con resolucion: «Ella no

será casada sino que cumplirá la voluntad de Dios, cuyas pretensiones son no solamente de que recoja y reforme la vida, sino que se consagre á Él.»

De mala gana oyó la doncella estas palabras, y quedó tan afligida como si le apretaran el corazon, porque no sentia en sí fuerzas para mudar el estado.

De otra parte, como tenia singular respeto al Padre y opinion de su virtud, no se atrevió á contradecirle ó dejarle: solamente le dijo: «Verdaderamente yo quisiera, pero me falta mucho, y no será bien emprender una cosa para no llevarla al cabo.» «Vaya, replicó el Padre, que la otra vez que me hable tendrá lo que le falta.»

Fuése á su casa la doncella donde le esperaba una guerra de pensamientos, porque se le hacia muy difícil aborrecer los entretenimientos del mundo, y juntamente clamaba por las cosas del cielo y suplicaba al Señor le diese á entender su voluntad con afectuosas ansias, en las cuales perseverando, fué oida, y de repente se vió delante de la majestad de Cristo caido y arrodillado con el peso de la cruz, que volvía su divino rostro para mirarla, y con sólo eso le dió á entender lo que queria que hiciese, que era lo mismo que el Padre le habia significado.

No fué menester más, porque al punto sintió su corazon tan trocado, que dijo dentro de sí: «Aunque el rey me quisiese por mujer, le dijera que no.»

De golpe se le cayeron del alma todos los gustos del mundo y se mudaron en el de seguir á Cristo con la cruz hasta morir con él.

Vino el P. Manconi despues de tres semanas para verla, y antes de oír la palabra, le dijo: «¿Está contenta? ya tiene lo que le faltaba.»

Quedó admirada la doncella creyendo que Dios le habia revelado al Padre el suceso de su conversion, y reconociendo haberla recibido por sus oraciones, se confirmó más en el deseo de consagrarse y seguir á Cristo, como hizo y persevera en su divino servicio.

De la misma suerte descubrió á personas espirituales los consuelos que habian de recibir de nuestro Señor en su oracion, y tambien los trabajos que habia de enviarles su divina Majestad.

A una dijo que tal dia señalado recibiria un singular favor, pero que advirtiese de no hacer nueva resolucion acerca de su vida y ménos de ejecutarla sin su parecer.

Vino el dia, y entrando la persona en su oracion, se halló tan llena de Dios, que le parecia no estar en el mundo. Luego tuvo grandes ansias de retirarse á soledad, para gozar continuamente de aquella bendicion, que suele á veces ser engaño y tentacion de principiantes; y lo hubiera hecho á no haberla prevenido el P. Manconi con aquella luz con que le descubrió lo que le habia de pasar en lo secreto de su alma.

Otra vez descubrió á la misma persona otro favor extraordinario que habia le recibir de nuestro Señor en la oracion, advirtiéndole juntamente que no naciese mudanza sin su licencia.

Fué así, que viéndose la persona tan favorecida de Dios, queria empezar á maltratarse con penitencias excesivas; pero no hizo nada por obedecer á su confesor; señal de buen espíritu.

A una señora de mucha virtud, entrando en el confesonario un dia, le dijo antes de empezar la confesion: «Señora, no hemos llegado aún al monte Calvario; aparéjese á trabajos y á tener paciencia.»

Repitióselo tantas veces, que la otra quedó atemorizada, creyendo que sin duda le habia de suceder algun trabajo extraordinario. Así fué, que de ahí á poco le sucedió uno bien pesado, con que la ejercitó nuestro Señor y dió que merecer.

Déjanse de referir otras cosas por semejantes, y sólamente se añade acerca de esto, que muchas personas que confesaban con el P. Manconi y algunos de sus súbditos tenian por creido que les veia el interior antes de descubrirselo.

Tuvo don de magisterio espiritual en el gobierno de almas que trataban de espíritu y oracion con singular dominio, eficacia y destreza en razon de enseñarles el camino, como quien le sabia por experiencia, de moverlas y aficionarlas á todo lo bueno y despegarlas del amor de las criaturas.

Conforme á esta gracia fué el cuidado que puso en aprovecharlas y el de nuestro Señor en depararle muchas de singular espíritu y alta contemplacion, trayéndolas á su direccion alguna vez por caminos extraordinarios.

De un lugar distante, donde no hay casa de la Compañía, con ocasion de una mision que hizo por allí un Padre, le trujo la divina vocacion una mujer casada, habiéndole dado licencia su marido para vivir en recogimiento, y era un alma tan favorecida de Dios cuan desconocida del mundo, porque tenia muy altos sentimientos de los dolores y penas interiores de Cristo, cuando celebraban los sagrados misterios de la Misa, con otros singularísimos favores y admirables virtudes en apariencia de una pobrecilla que atormentaba el demonio; á quien el P. Manconi, despues de haber reconocido el tesoro que encerraba dentro de su alma, ayudó en vida y en muerte cuanto pudo, y despues de ella publicó las maravillas de Dios.

De otra que tambien habia sido casada y vivió en la viudez con su direccion vida angélica, despues que pasó á la eterna, refirió singulares virtudes y aún milagros; entre otras cosas, que moraba casi continuamente en las llagas de Cristo por un modo de contemplacion de que hablan S. Buenaventura y S. Bernardo.

De las demás almas cubre ahora el silencio cuánto se les lució la enseñan-

za y magisterio de este religioso varon, que no fueron pocas en varias y diferentes partes del reino de Cerdeña. Su celo se extendió tambien á las que eran ausentes, concurriendo Dios en caso de necesidad con modo maravilloso.

A una que padecia extremo desamparo en lo interior, faltándole juntamente el consuelo del confesor presente y la debida resignacion, orando una vez con sus congojas y aficciones, vió junto á sí al P. Manconi, que era ausente, con un semblante angélico, y oyó de él esta repension: «¿Cuántas veces te he dicho que acabes de despegarte de las criaturas?» y otras palabras que le habló más en lo interior por espacio de una hora, hasta despenarla y reducirla á la debida conformidad.

No es ménos admirable el modo como acudió al consuelo de otra persona, la cual hallándose afligida en lo interior, y deseando comunicar las cosas de su alma con el P. Manconi sin alcanzar para eso comodidad, un dia que le vió pasar por la calle, puso en él los ojos, y al Padre le obligó la necesidad ajena para levantarlos, de suerte que, mirándose ambos de corrida, se hablaron las almas al modo angélico, y afirmó la persona que con sólo eso le dió el siervo de Dios á entender cuanto deseaba preguntarle y cumplida satisfacció como si le hablara largo rato.

El dominio y superioridad que tenia en las almas de su gobierno, conciliaba tan singular obediencia y respeto, que las más espirituales parecian delante de él como unas criaturas, sin atreverse á replicarle en cuanto les mandaba. La eficacia de sus palabras conocieron por experiencia que rendia fácilmente los corazones.

Procuraba una sierva de Dios que se le pintase un retrato de la Asunción de la Virgen de una estampa de papel que le habia caído en devocion, y prometia muchos ratos de consuelo con su vista.

Tuvo noticia el P. Manconi, que estaba ausente, y conociendo que divertía por diferente senda de la que le habia enseñado, escribió á un Padre que dijese á aquella sierva de Dios solas estas palabras: «No importa ese retrato sólo que note y vea lo que dice el mote de la estampa.»

No fué menester más para borrarle del corazon aquel deseo que parecia tan bueno, porque no era conforme á su espíritu, de suerte que nunca más se le despertó otro semejante, siguiendo la vereda primera de vivir sacudida de todas estas cosas exteriores.

Tuvo gracia en consolar almas afligidas y curar escrúpulos: Un dia, estando una persona espiritual en su oracion, se le apareció en figura horrible el comun enemigo; no hizo caso, pensando que fuera devaneo de su imaginacion, pero al punto le hirió un pensamiento de blasfemia contra Dios que la puso en gran turbacion.

Vino asustada á confesarse con el Padre pensando que habia cometido algun grave pecado; y empezando á decirle, atajó el Padre las primeras palabras diciendo con gran sentimiento: «¡Ay pobre de mí, que no debia de confesar eso!» y tornaba á repetir: «¡Pobre de mí, que no debia de haber dicho eso!» «¿Pues qué sabia yo? (replico la persona) si supiera que esto no era de confesar, no lo dijera;» y el Padre más insistia que no debia de haberlo confesado.

Fué muy eficaz remedio para que la persona concibiese lo que era aquella tentacion y no hiciese caso de ella, cerrando la puerta á las inquietudes y desasosiegos que suele traer consigo.

De esta manera remediaba tambien otros escrúpulos, mandando al penitente despues que le habia oido y conocido: «Tal cosa no me habeis de confesar jamás,» y le obedecian aunque fuese con pena y remordimiento los escrupulosos, por el respeto grande que le tenian, y por el dominio y resolucion con que les mandaba, hallándose despues satisfechos en lo interior y sanos de su dolencia.

Otras gracias particulares le comunicó Dios nuestro Señor en órden á tratar provechosamente almas de todós estados, especialmente dedicadas á Dios, que no acababan de alabarle y reconocer las mercedes que Dios les hizo por su medio.

V

Su dichosa muerte.

En setiembre del año 35, cuando aún duraban los calores, quiso el P. Manconi hacer los ordinarios ejercicios que le sirvieron de preparacion para la muerte.

Hizolos con extremada exaccion, añadiendo extraordinarias y rigurosas penitencias; y aunque la caridad le obligó á interrumpirlos por asistir en la muerte á un caballero que le quiso en aquel paso para confesarse y disponerse á la partida; despues los prosiguió más de los ocho dias.

A los 13 de octubre sintió cargada la cabeza y algo de calentura que no nostraba malicia; pero á pocos dias la descubrió.

Aplicáronle remedios sin provecho, hasta que en el séptimo le desahuciaron los médicos.

A los 19 recibió el Viático con mucha devocion y pidió perdon á la Comunidad con notable sentimiento, declarando en breves palabras, porque apenas tenia fuerzas ni aliento para formarlas, el ánimo que siempre tuvo de ser-

vir á la Compañía en el gobierno y de acertar en todo, sin moverse jamás por pasión.

Aquí fueron las lágrimas de muchos, que no podían reprimirlas. Después se le dió la Extremaunción.

El día siguiente, que fué á 20, empezaron las agonías, y aquella lucha tan penosa que le duró tres días con admiración y compasión de los que le asistieron, cuyos efectos y demostraciones exteriores apenas hay encarecimiento de palabras que baste á representarlos; porque fué servido nuestro Señor de darle á este su siervo adelantado purgatorio en un trabajo interior y tormento que no parecía de esta vida.

Teniendo la cabeza y ojos levantados, sin moverse, parece quería volar de la cama, y como un ciervo acosado se alentaba con tanta fuerza, que parecía arrojar llamaradas, y de cuándo en cuándo unos suspiros que arrancaba de lo íntimo del corazón.

No hablaba, y solamente con acciones daba á entender que padecía un gran trabajo que no podía declarar de otra manera.

Era este un aprieto en que le puso el demonio, trayéndole á la memoria los lances de la tentación pasada y haciéndole aparentes cargos para moverle á desesperación.

Como de otra parte no amanecía luz del cielo, cubierta el alma de oscuras tinieblas por divina ordenación, le resultaba aquella congoja mortal, vivamente representada con los afanes, en la cual permaneció tres días enteros luchando con el infierno, hasta que se vió cercano al de la eternidad.

No es de maravillar este suceso atendiendo á otros semejantes que se leen de muchos santos, siendo el paso de la muerte asombro de los Hilariones y Arsenios, en que el dragón infernal suele juntar todas sus fuerzas para la postrera batería, *sciens quia modicum tempus habet*.

Y cuando se le permite, aprieta los cordeles y atormenta de la manera que se vió en este siervo de Dios, el cual, fortalecido con su gracia, salió con la victoria.

Antes de entrar en esta lucha, preguntado si moría de buena gana, respondió que sí, queriéndolo Dios.

Preguntado también qué cosa en aquel tiempo le daba más consuelo, respondió que el no haberse dado jamás consuelo: finalmente, por qué había pedido ir á Inglaterra, respondió que para mostrar un fino amor para con Dios.

El martes por la noche cesaron los afanes, y faltándole las fuerzas, como quien se echa á dormir sosegadamente, rindió el alma á su Criador á los 23 de octubre de 1635, entrando en los sesenta años, de los cuales vivió en la Com-

añía cerca de cuarenta, diez y nueve despues de la profesion de cuatro-
otos.

Su muerte fué tan sentida y llorada de todos en Sácer, como si á cada uno
e le hubiera muerto su padre.

Al entierro que se hizo en la iglesia de la Casa Profesa acudieron para hon-
arle el Clero de algunas parroquias principales, el Cabildo, el magistrado y
el Claustro de la Universidad, cuyo Rector era el P. Manconi, mucha gente
doble y extraordinario concurso de pueblo.

Era el llanto universal, que apénas se podian cantar los Oficios, los cuales
acabados, acudieron todos á besarle la mano y á despedazarle la ropa, tan á
tropel y con tanta fuerza, que apénas hubo lugar de ponerle en la sepultura.

Pusiéronle en una arca de madera delante de las barandillas del altar ma-
yor, hacia fuera, á la parte del Evangelio.

En vida y despues de muerto fué tenido en opinion de santo de los que le
conocieron y trataron, así religiosos, como seglares: de su primera vista se
traslucia la santidad y parecia un retrato de ella.

Los que le comunicaron más de cerca tuvieron de sus virtudes altísimo con-
cepto, y una persona muy espiritual lo declaró en particular, atribuyendo á
sus oraciones una gran merced de Dios, y dando el testimonio siguiente:

«Entiendo, dice, que me la alcanzó este ángel, á quien conocí siempre por
muy cabal en todo género de virtud, y para mí no habia más, si queria ver
un retrato de los que perfectamente vivian segun Dios en este destierro, que
levantar los ojos y mirar á este Padre, y juzgaba se le debia gran respeto,
porque, en verle, no parecia hombre como los demás, sino que se traslucia el
mismo Dios en él.

«Esto publicaba su compostura para mis ojos, y con sus obras me lo con-
firmaba, porque siempre le veia obrar segun lo que de él concebía.

«El era humildísimo, y por serlo en supremo grado, iba de arte encubierto
que no lo pareciese, pero no hay humillacion y desprecio que no aceptara de
su voluntad; declaraba esto bien la benignidad con que acudia á todos, sin
hacer diferencia.

«La caridad que ardia en su pecho encendia el pedernal más duro con la
eficacia de sus palabras, que ya no eran humanas sino divinas, pues no ha-
bia de él de por sí, si no Dios en él, y de esto tienen hartas experiencias
personas que le trataron.

«De su continua y levantada oracion, ¿qué se dirá?; que ya habia hecho fon-
en todos sus empleos, y de cualquier salia para la oracion, sin que cosa de
tierra le fuera de impedimento, aunque él quitaba las ocasiones de su parte
: todos lo deben hacer.

»¿Qué diré de las pruebas que Dios le hizo, dando lugar á que le atormen-
tasen su angélica pureza con tan grandes batallas, de las cuales entiendo
tendrá muy levantadas coronas como otro Pablo?

»Pues ¿qué me queda por decir cerca lo que le conocí ser despegado de co-
sas de la tierra? Que en esta parte le juzgaba tan distante su corazon como un
ángel: ¿Qué de las demás virtudes que moraban en él de asiento?, las cuales
estaban como escondidas por su humildad, y las ha de manifestar el Señor en
esta vida mortal cuando fuere servido: ó, si por nuestros pecados no lo mere-
cemos, vendrá el dia que para nuestra confusion nos las declare el que se dig-
nó dotarle de tan levantados dones.»

Hasta aqui el testimonio, que por ser de persona de fuera, es mayor indi-
cio del concepto que se tenia del P. Manconi.

Acreditaron este concepto algunas revelaciones de su gloria en diferentes
partes: el trabajo que padeció en la muerte de la manera que está referido, la
lucha con el demonio y la victoria que alcanzó con el premio de sus mere-
cimientos, manifestó el Señor á una grande sierva suya.

Otro, oyendo Misa de difuntos, que se decia por el Padre en una iglesia de
la Compañía, al tiempo que llegó el sacerdote á decir: *Requiescant in pace*,
sintió una fragancia soberana, y se le dió á entender que el alma del Padre
estaba en lugar de descanso.

Otra, ofreciendo la comunión por el mismo, despues de muerto; sintió inte-
riormente que le dijo el Señor: *No ha menester nada mi siervo, que ya me
goza*.

Otras personas tuvieron superiores noticias así de la santidad como de la
gloria de este religiosísimo Padre, que se dejan de referir, y todo es piadosa-
mente creible, con lo demás que queda dicho.

Pero no se pretende mayor crédito que el de humana historia y relacion
en que se ha puesto la diligencia posible para averiguar las cosas por testi-
monios dignos de todo crédito, para gloria del Señor y honra de sus santos.

La vida de este siervo de Dios mandó escribir el P. Gonzalo de Peralta,
Provincial de Cerdeña.

P. NIEREMBERG.



P. CORNELIO MURGIA

El P. Cornelio Murgia fué natural de la villa de Buttiócoro, de la diócesis del Alguer, en la isla de Cerdeña.

Nació de padres honrados, los cuales le aplicaron al estudio desde niño, y como era de buen natural é ingenio, aprovechaba bien y era ejemplo de virtud no sólo á sus condiscípulos, sino tambien á los demás con su buena inclinacion y natural recogido y modesto.

Entró en la Compañía el año 1623, á los veinte y cuatro años de su edad, habiendo estudiado en la ciudad de Cáller el curso de la Filosofía y letras humanas, en todo lo cual aprovechó bastantemente.

En el noviciado procedió con grande edificacion de todos, echando hondas raíces en la humildad, conocimiento propio, dándose mucho á la oracion, mortificacion, á la santa obediencia y á las demás virtudes religiosas, señalándose en la pobreza y en la pureza de la conciencia.

Siendo ya hombre, se hacia como niño en todo, dejándose guiar y llevar de los Superiores como un niño de pocos años; y nuestro Señor se le comunicaba mucho á la medida de su gran disposicion y aparejo que con la divina gracia tenia.

Siendo maestro, era cosa extraña lo que aprovechaba á sus discípulos en la virtud y en la devocion de la purísima Virgen y frecuencia de los santos Sacramentos.

Su gusto fué siempre la oracion y trato con Dios y hablar siempre de cosas espirituales, teniendo siempre un gran celo de la observancia regular, en la qual siempre se mostró muy exacto.

Pusiéronle á estudiar Teología en el colegio de Cáller, aunque despues la prosiguió y acabó en el colegio y Universidad de Sácer. En entrambos lugares procedió con el buen ejemplo que siempre y con el provecho deseado en el estudio, el cual no le estorbaba nada el ejercicio de la oracion, porque se estaba en ella dos y tres horas seguidas con grande devocion y con las manos cruzadas ante el pecho.

De ordinario se iba delante del Santísimo Sacramento en el coro ó en la misma iglesia, poco más ó ménos de una hora antes de tocar á leccion, y allí estaba orando hasta tocar á entrar en el aula, á que acudia con puntualidad, saliendo todo encendido y devoto.

Hízole nuestro Señor un muy extraordinario favor con que se enternecia

y adelantó mucho en virtud, y fué, que con un modo maravilloso sentia sensiblemente que dentro del corazon tenia á Jesus á un lado y á la Virgen en el otro, incitándole á toda humildad, devocion, pureza de conciencia, celo de las almas y á toda virtud, con tal ternura y afecto, que se le derretia el alma.

Con los estudiantes no hablaba sino de cosas devotas ó de los estudios, y siendo estudiante, huia todo lo posible el tratar con seglares.

No le daban oficio ó empleo, por bajo que fuese, que no le abrazase con mucho gusto y sin ninguna repugnancia: y si alguna vez por varias ocupaciones representaba algo á los Superiores, hacíalo con tanta indiferencia y resolucion que, oida la respuesta del Superior, no hablaba más palabra.

Ordenado que fué de sacerdote, se aparejaba siempre para decir la Misa con notable cuidado, y rezaba con grande devocion y atencion: y le observaron que á cada verso del salmo paraba un rato, ponderando aquellas santas palabras.

Tenia grande caridad con todos y trabajaba incansablemente en los ministerios de la Compañía, y principalmente en las misiones, las cuales hacia con mucho gusto y con tan grande cuidado, y trabajaba en todo tanto, que la gente se admiraba, y en todos los puestos que estuvo, era muy deseado, y decian de él mil alabanzas.

Su predicar era llano y sin profanidad ni arreo de palabras; pero con notable fervor y espíritu, con que hacia singular provecho y mocion en las almas.

Aborrecia grandemente el oir hablar mal de otros; y así, nunca se le oyo cosa que oliese á esto.

Andaba siempre con grande recelo de que no hiciese algo que desagradase á Dios, y habiendo sabido la falta de uno, estaba temblando de sí.

Fué Ministro en el seminario de Sácer primero, y despues en el de Cáller. en el colegio de Iglesias y en el noviciado de Cáller.

En todos estos lugares hizo muy exactamente su oficio y con gran celo de la observancia, en que era el primero, y con grande subordinacion y obediencia con sus Padres Rectores, cuyas órdenes ejecutaba á la letra.

Su aposento parece que siempre predicaba pobreza, con una sola imagen de papel á la cabecera y otra en la mesa; y si de vestido ó calzado le daban alguna vez cosa nueva, la recibia con mucha repugnancia, por más falto que estuviese.

Éra muy devoto del Santísimo Sacramento, y le visitaba á menudo: asimismo era devotísimo de la Virgen y de las almas del purgatorio, y exhortaba mucho á estas devociones.

Su modestia era tal, que algunos estudiantes seglares procuraban verle y tratarle, sólo por ver aquella modestia y paz llena de devocion.

nderezaba todas sus cosas á mayor gloria divina, y con profunda humildad que lo más vil y el más bajo empleo y oficio era para él lo sumo, más áspero y dificultoso era para él lo más agradable y suave.

lovía á devocion á los que le miraban, y uno en particular que pretendia ar en la Compañía, se confirmaba y animaba más cada dia viendo su modestia, y devocion, y religioso procedimiento.

or ser muy recogido y amigo del aposento tenia escrito en su mesa este o: *Pax est in cella, foris autem plurima bella*; y le leia y decia á menudo principalmente cuando salia fuera de casa y encomendaba á los Hermanos esta devocion.

uando iba á alguna parte, siempre iba rezando algo si no le hablaban, y á veces hacia con la mente lo que no podia con la lengua, como se le echaba ver en el semblante y acciones.

parecia no estimar cosa alguna de este mundo, y todo estaba puesto en mayor gloria de Dios, que de ordinario tenia en la boca.

veia, cuando era Ministro, que alguno quedaba algo sentido por haberle o alguna penitencia que convenia, luego le pedia perdon y le decia el fin y afecto con que lo hacia. Era rígido y muy escrupuloso consigo mismo, y muy blando y suave con los demás.

desapego que tenia con sus parientes y á toda carne y sangre era notablemente grande.

la pureza y honestidad parecia un ángel; y así, experimentó consigo una liberalidad de nuestro Señor, visitándole á menudo y dándole muchas ilustraciones, no causándole novedad alguna lo que leia ú oia de favor visitas, y regalos que Dios hacia y habia hecho á varios santos y siervos, porque los experimentaba en su persona.

vió en la Compañía diez y seis años; y habiendo adolecido de una grave enfermedad de que murió, pocos dias antes de su dichosa muerte se le apareció la Virgen con su benditísimo Hijo, y le consolaron y animaron.

esta vista quedó tan ilustrado, que de su cara saltaban rayos de luces y resplandores, testigos de aquel grande favor y de su grande santidad y pureza.

la enfermedad mostró extraña paciencia; no perdía rato de tiempo, haciendo siempre varias oraciones jaculatorias, invocando á menudo los dulcísimos nombres de Jesus y María con grandes y encendidos suspiros, y afectos de devocion, y lágrimas dulces y suaves.

ninguna cosa le daba pena ni molestia en verse que moria tan presto, tenia solamente cuarenta años; sólo sentia que no acababa su vida trabajado entre gentiles é infieles en las Indias, adonde grandemente habia

deseado ir, para convertir áquellas gentes y derramar su sangre, dando su vida por aquel Señor que la dió por él en una Cruz, ó que á lo ménos muriera en las misiones enseñando á la pobre y ruda gente.

Finalmente, agravándose la enfermedad, pidió todos los santos Sacramentos, si bien ya se habia confesado y comulgado algunas veces, y los recibió con mucha devocion y ternura, y con entrañable afecto y lágrimas.

Acabó su feliz carrera á los 12 de enero año 1640, dejando á todos muy consolados y edificados, alabando al Señor que así favorece á los suyos.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Gabino Pizqueda.

P. NIEREMBERG.

P. JERONIMO ANSALDO

UNO de los esclarecidos varones que ha tenido en esta edad la provincia de Cerdeña fué el P. Jerónimo Ansaldo, noble por su sangre y mucho más por sus grandes virtudes, porque fué dechado de religiosos observantes, ejemplo de prudentes Prelados, lector de Teología, Maestro de novicios, Rector, Prepósito y Provincial con grande aceptacion de todos; misionero apostólico, obrero infatigable en la viña del Señor, varon verdaderamente mortificado, humilde y espiritual, de alta oracion y familiaridad con Dios, de quien recibió singulares mercedes merecidas por su santa vida y gloriosos trabajos, como lo veremos aquí.

Nació el P. Jerónimo Ansaldo en la ciudad de Sácer, del reino de Cerdeña, el año de 1598, á 20 de enero, dia del glorioso S. Sebastian.

Su padre fué D. Juan Ansaldo y su madre D.^{na} Elena Esgrechu, personas principales, de notoria calidad y muy estimadas en aquella república.

El primero de once hijos fué nuestro Jerónimo, no sólo en la edad, sino en la virtud y letras, y en el talento natural.

Padeció su madre mucho en el parto, porque joya tan preciosa sino es por subido precio no se la quiso Dios dar.

Habiendo estado dos dias con gravísimos dolores y afliccion, en llegando á su presencia los religiosos de la Compañía que la iban á confesar, dió á luz hijo tan precioso, que parece le ofreció el cielo desde el vientre de su madre para nuestra Religion.

Criáronle sus padres con grande cuidado, así por ser el mayorazgo de su casa, como por la buena habilidad que mostró desde su niñez.

Fué muy inclinado á la virtud, de apacible condicion y amable natural, manso, quieto y modesto, muy obediente á sus padres y maestros, amigo del recogimiento y enemigo de travesuras y de muchachos inquietos, verificándose en él lo que la sagrada historia dice del santo Tobías, que, siendo mozo, no hizo obras de mozo, y siendo niño en la edad, era anciano en el seso.

Era muy inclinado á leer vidas de santos, y con su lectura se encendia en deseos de imitarlos.

Aborreció las galas y los vestidos profanos, y por esto suplicó á sus padres que le vistiesen de eclesiástico, y ellos lo hicieron por darle gusto.

Tenia un oratorio en su casa, adonde se retiraba todos los dias por largo tiempo á orar á la divina Majestad.

Rezaba el Rosario á nuestra Señora, de quien fué siempre devotísimo, y otras devociones á los santos; y tenia el dia que ménos una hora de oracion mental, meditando lo que habia leído allí.

Hacia sus penitencias y tenia tanto gusto en estos ejercicios retirados, que muchas veces se excusaba de bajar á comer con sus padres por no dejarlos, verificándose en este angelical mancebo lo que dice S. Gregorio, que quien gusta del manjar espiritual, aborrece el corporal; y engolosinado con la dulzura del espíritu, fastidiaba las delicias temporales que en tan tiernos años fué cosa muy singular.

Confesaba y comulgaba cada ocho dias, y muchas veces dos cada semana.

Cursó en nuestros estudios de gramática, en que mostró su vivo entendimiento, aventajándose en poco tiempo á los demás.

Con el trato de los nuestros y la noticia que tomó de nuestra Religion, se aficionó á la Compañía y pidió ser recibido en ella para servir con más libertad á Dios; mas, por tener poca edad y estar en la mitad de los estudios, le dilataron el cumplimiento de su vocacion.

Entró en la Congregacion de nuestra Señora, sirviéndola con grande fervor; y en cumpliendo quince años, hizo apretadas instancias con el P. Provincial para entrar en la Compañía.

Sabiéndolo sus padres, lo llevaron tan pesadamente, que hicieron el esfuerzo posible para que no le recibiesen, y el P. Provincial les dió palabra de no recibirle sin su orden, con que por entónces se quietaron.

Pero no se quietó nuestro pretendiente, porque Dios que le habia escogido para sí, no le dejaba sosegar en el siglo; y, viendo frustrado su deseo y que el Provincial se habia ido á Cáller, determinó hurtarse á sus padres para entregarse á Dios.

Para salir con su intento, compró un vestido de pastor y concertó con un arriero ordinario, que en Italia llaman vitorino, que le llevase á Cáller pagándoselo muy bien.

Desnudóse sus vestidos y púsose el de pastor, y por caminos aviesos para no ser hallado ni conocido, llegó á Cáller, y en aquel mismo traje se echó á los piés del Provincial, pidiéndole con lágrimas que le recibiese en la Compañía adonde le llamaba Dios.

Admirado el Provincial de su constancia y de la firmeza de su vocacion, le alzó del suelo y le dió palabra de recibirle aunque sus padres resistiesen, porque primero era Dios, y ordenó que se quedase en casa, porque habia de cumplir con ellos dándoles de todo razon.

Escribióles lo que pasaba, y que ni él ni ellos podian con segura conciencia quitar á su hijo el estado que le daba Dios, añadiendo tantas y tan eficaces razones, que los padres se rindieron y su hijo fué recibido en la Compañía á 31 de marzo de 1613 años, teniendo quince de edad y muchos de virtud y cordura, con indecible gozo de su alma por verse en el puerto de la Religion que tanto deseaba.

El fervor con que pasó su noviciado y la vida que hizo en la Religion se puede colegir por la que hizo en el siglo entre las delicias de sus padres; porque, si entónces hizo una vida religiosa, como vimos, en la Religion la hizo santa, esmerándose entre todos en la observancia y perfeccion.

Ninguno le vió quebrantar regla, ni hablar palabra fuera de tiempo, ni menos ajustada que debia.

Era la misma modestia y compostura, obedientísimo en todo á los Superiores, y tan gustoso y bien hallado desde la primera hora en la Religion, como si hubiera nacido para ella; todo le era gustoso y en nada hallaba dificultad.

No le faltaron tentaciones del enemigo que armó todas sus huestes para derribarle; pero, declarando su tentacion al Superior, obrando la gracia divina, las venció.

Cumplido su noviciado, hizo los primeros votos á 2 de abril de 1615, y luego pasó con feliz curso y mucho aprovechamiento sus estudios de Humanidad, Artes y Teología, é hizo su acto mayor y volvió al noviciado á tercera probacion.

En todo este tiempo guardó el tenor de novicio, atendiendo más al estudio de la perfeccion que de las letras.

Fué el ejemplo de todos y el que los afervorizaba con sus obras y palabras.

Con otro compañero espiritual se levantaban todas las noches á la una á tener oracion con licencia del Superior, que se la daba por la experiencia que tenia del provecho que sacaban para sí y para los otros.

Para su primera Misa se dispuso con unos fervorosos ejercicios, la cual lijo con igual devocion y júbilo de su espíritu.

De allí adelante trató con mayores veras de toda perfeccion, dándose por obligado con el nuevo estado á más oracion, penitencia y mortificacion, recogimiento y silencio, cual se pide al que cada dia ha de ofrecer y recibir á Dios.

Preparábase siempre para la Misa con oracion y contemplacion de lo que iba á hacer, y decíala con tanta quietud, pausa y devocion, que la ponía á todos los oyentes; y miraban tales mudanzas en su rostro, que se persuadian á que Dios le hacia singulares mercedes en ella.

Una persona religiosa de probadísima virtud testificó con juramento que, oyendo la Misa del P. Ansaldo en la capilla de la Anunciata de la Casa Profesa de Sácer el año de 1611, dia de la Anunciacion de Nuestra Señora, vió, despues de haber consagrado, bajar una nube más resplandeciente que el sol sobre la cabeza y brazos del Padre, y bañarle todo de luz, la cual duró por media hora que se detuvo hasta consumir desde la consagracion.

Y otra vez vió bajar la misma nube al mismo tiempo de la consagracion, y que, abriéndose encima del altar, pareció en medio Cristo nuestro Señor en la forma que le pintan cuando andaba en el mundo, el cual abrió su pecho, y descubrió su corazon, y metió dentro al P. Ansaldo, de modo que le perdió de vista y del altar todo el tiempo que duró este favor, hasta que se tornó á cerrar la nube y desapareció, y el Padre quedó tan resplandeciente todo el tiempo que duró la Misa, que con dificultad podia mirarle, como los hijos de Israel á Moisés cuando traía el rostro resplandeciente de hablar con Dios.

Testigos abonados son estas demostraciones de las mercedes y favores interiores que recibia en su alma de la mano del Señor.

Y su vida era tal, que da gran crédito á esta revelacion; porque andaba siempre en la presencia de Dios haciendo actos de amor y caridad y de conformidad con su santa voluntad.

Una semana entera, á imitacion de lo que se escribe del siervo de Dios Gregorio Lopez, todos los momentos del dia hizo un acto de amor y conformidad con Dios; y, fuera de esto, cuantos ratos podia hurtar de las ocupaciones ordinarias, los gastaba en la oracion.

Era grande la vigilancia que traía sobre su conciencia, no permitiendo el más mínimo átomo de imperfeccion.

Su pobreza fué admirable, tomando siempre lo más viejo y lo peor. Seis y siete años traía una sotana llena de remiendos, hasta que se la quitaba la bediencia.

La pureza de su alma fué siempre angelical. Su recato y compostura y la modestia de sus ojos componia á quien le miraba.

Mortificaba su cuerpo con ayunos, vigiliass, cilicios y disciplinas, hasta deramar sangre.

Su obediencia y humildad eran iguales á las demás virtudes: no habia cosa en sus ojos más vil que á sí mismo.

Siempre tomaba el lugar más bajo; y, alabándole un Padre, le dijo tantas faltas de sí para deshacer la buena opinion que tenia de él, que el Padre quedó igualmente admirado y edificado de su profunda humildad.

Rehusó de manera siempre el ser Superior, que hizo voto de no admitir dignidad ni superioridad en la Compañía, sin proponer primero al Superior su indignidad para ella.

Por este afecto huia el trato de los Prelados y señores constituidos en dignidad, y afectaba el de los pobres y personas humildes de la república.

Era tal su humildad y encogimiento, que se tenia por indigno de rogar por otros y ser oido de Dios, de que tenemos buen testimonio de una persona espiritual, reputada por santa, á quien se comunicaba familiarmente nuestro Señor, la cual testifica que, apareciéndole tal vez nuestra Señora y rogándole por el P. Ansaldo, le respondió la Virgen: «Dile que por qué anda tan encogido conmigo en pedirme gracias y favores; que ensanche más el corazón y que me pida muchas cosas, que yo se las alcanzaré de mi Soberano Hijo.»

La sierva de Dios se lo dijo, y el Padre quedó muy confuso con aquel favor teniéndose por indignísimo de él; y agradecido y alentado, acudió con mucha confianza á pedir mercedes á la Reina de los ángeles, á quien siempre tuvo por Madre y procuró servir é imitar de corazón.

Tenia entrañable deseo de padecer por Cristo y morir mártir por su amor, y para cumplimiento de esto, pidió muchas veces ser enviado á las Indias á predicar á los infieles.

No lo pudo alcanzar por ser tan necesario en su provincia, y Dios le dió un continuo martirio, semejante al que S. Pablo confiesa haber padecido de un ángel de Satanás y estímulo de carne que le atormentaban, dándole de bofetadas, que duelen y afrentan; y semejantes pensamientos duelen y afrentan á los siervos de Dios, como dolia y afrentaba esta continua batalla de Satanás al bendito P. Jerónimo Ansaldo.

Peleó valerosamente contra el importuno enemigo con penitencias y oraciones, como peleó S. Pablo; y pidiendo á Dios que le librase de aquella lucha, como lo pidió el Apóstol, recibió la misma respuesta; que luchase en aquella lid, porque así le convenia para su merecimiento y para velar siempre

sobre su alma y avivarse con aquella espuela en el servicio de Dios, con cuya voluntad conforme, no curó del descanso, sino de pelcar con esfuerzo hasta alcanzar la victoria, como la alcanzó con mayor pureza de su alma.

Del vivo deseo de padecer por Dios brotaron aquellas palabras que dijo en cierta ocasion; conviene á saber, que, si nuestro Señor le diera á escoger ó una vida llena y colmada de todos los gustos espirituales, consuelos y delicias celestiales, que fuera como parte ó retrato de la bienaventuranza, ó una vida llena de disgustos y trabajos, colmada de aflicciones y dolores, hasta quitarle la vida á fuerza de congojas y pesares; con toda verdad y aseveracion decia que escogeria la segunda y no la primera por imitar á Cristo nuestro Redentor, que teniendo á su libertad el gozo y el dolor, echó mano de la cruz y padeció tanto por nuestro amor.

Leccion que, como buen hijo, aprendió de nuestro P. S. Ignacio, que la enseñó de palabra en la segunda semana de los ejercicios, y de obra padeciendo en el discurso de su vida tantos géneros de afrentas y trabajos por Cristo, pudiendo vivir con opulencia y regalo en la casa de su padre.

Juntemos á esta sentencia otra que dijo en semejante ocasion, y fué que, si Dios le diera á escoger, ó todos los trabajos que ha habido, y hay, y ha de haber en el mundo hasta su fin, ó la gloria y bienaventuranza que gozan los santos en el cielo, y que sin culpa suya pudiese tomar lo que quisiese; si por algun indicio entendiese ó sospechase que lo primero era voluntad de Dios, echara mano de ello y dejara la gloria por no apartarse un punto de la divina voluntad: testimonio claro de la fineza de su amor, y cuán léjos andaba de ofenderle en cosa alguna, quien tan atento estaba á no discrepar un ápice de su divina voluntad.

El mismo Señor le ofreció ocasiones de cumplir estos deseos con varias enfermedades y trabajos que le envió, un corrimiento á las vías y una fístula que le duró casi toda la vida.

Otro humor molestísimo á la boca que le movia las quijadas y desencajaba las muelas y los dientes con vehemente dolor.

Nunca quiso aplicar medicinas, recibéndolo con alegría como regalo de la mano de Dios: el frio, el calor, el agua, los vientos, las nieves y todas las inclemencias de los tiempos le eran delicias, por padecerlas por Dios.

Si le decian contumelias, callaba y las recibia con gozo por su amor.

Las malas palabras, las afrentas y desprecios eran perlas en su estimacion, y las sequedades de espíritu y los desvíos en la oracion, con que probaba Dios su constancia, que fueron muchos; y cuanto más crecian, más se asmeraba en su servicio.

A un padre espiritual le dijo un dia: «Son tan graves las aflicciones, las se-

quedades de espíritu, desconsolaciones y tribulaciones que padezco á tiempos, que, á no darme Dios algun esfuerzo y aliento, no me parece posible poderlas sufrir:» que así ejercita Su Majestad á los soldados valientes que escoge para capitanes y caudillos de su milicia, como al P. Jerónimo, á quien el gobierno por tantos años de la Compañía.

El primer oficio que tuvo fué de Ministro en el colegio de Sácer, adonde dió las primeras muestras del escogido talento para gobernar de que le dotó nuestro Señor.

Leyó su curso de Artes y una cátedra de Teología con tal aprovechamiento de sus discípulos no sólo en las letras, sino tambien en la virtud, que entraron muchos por su ejemplo en la Compañía.

En este tiempo hizo la profesion de cuatro votos, y fué electo Rector del colegio de Sácer, que fué el primero que gobernó.

Despues leyó un poco de tiempo Escritura, y en esta ocupacion le halló la patente de Provincial que le envió el General, bien léjos en su concepto de esperar tal dignidad.

Y aunque siempre propuso su insuficiencia (como dijimos) á todos los gobiernos por su humildad, este le turbó de manera que, si le dejaran, fuera á Roma á pedirle al General que le exonerase de él.

Tales razones dió á la provincia y con tanto ahinco y eficacia, que sobreseyeron por entónces y pusieron aquel cargo en hombros de otros.

Pero con toda resolucion le ordenó el Provincial que se encargase de la Casa Profesa; y por verse libre de la dignidad de Provincial, calló, y la tomó y fué Prepósito tres años.

Despues de los cuales fué más de seis Rector del noviciado, y uno de ellos juntamente Viceprovincial, y últimamente Provincial, aunque más le rehusó; pero entendiendo que era voluntad de Dios, humilló el cuello al yugo y tomó la dignidad, para él carga tan pesada cuanto para otros estimada.

En el gobierno fué un dechado de Prelados y un espejo de Superiores, caminando siempre delante en la observancia religiosa, como buen capitán y como buen pastor, y, como se dice de César, nunca dijo *id*, sino *vamos*.

El era el primero en la observancia religiosa, en la guarda de las reglas en los oficios de humildad y de trabajo.

Con su ejemplo traia consigo á los demás, y era grande el fervor que habia en los colegios que gobernaba; que el ejemplo del Superior es piedra imán de los súbditos que los trae á la observancia regular; y cuando este falta, aunque haya más preceptos y consejos, dice S. Gregorio, que con una mano los trae y con dos los aparta de la observancia regular.

En el noviciado era el primero con los novicios en la oracion de la mañ

na y de la tarde, en las mortificaciones y oficios corporales, ostentándose una idea de la perfeccion que debian procurar.

Su prudencia y rectitud en todos sus gobiernos fué admirable, no aceptando personas, ni moviéndose por amor ni por pasion, sino por sólo merecimientos.

En la distribucion y cargos de la Religion oia á todos con igual paciencia y mansedumbre, y procuraba con todas sus fuerzas consolarlos.

Sus palabras eran blandas, humildes y llenas de caridad.

Condescendia con los flacos, y aunque era manso con todos, pero con los soberbios y altivos que no se ajustaban á la correccion, era severo y entero, y sabia refrenarlos y castigarlos con valor; porque, como dice S. Gregorio en su Pastoral, el buen Superior ha de ser como el Arca del Testamento que guardaba la vara y el maná, porque ha de tener la dulzura de este pan con los buenos, y el rigor de la vara para con los malos, sin la cual no se puede conservar la Religion.

Con los enfermos y ancianos era grande su piedad, cuidando de su salud y su regalo, y sirviéndolos por su propia persona, como si fueran sus hijos ó sus hermanos.

La misma caridad tenia con los pobres, dándoles largas limosnas y socorriéndolos en su necesidad.

Hacia rigurosas penitencias por las faltas y aprovechamiento de los súbditos, tomando como buena ama las medicinas por los que criaba con la leche de su enseñanza.

Gastaba muchas horas de oracion en encomendarlos á Dios, á quien fué tan agradable su gobierno, que le envió á decir con una persona espiritual de aprobadísima virtud que llevase adelante lo que hacia en su persona, procediendo del modo que deseaba procediesen los demás, y alcanzaria lo que pedia.

Con cuyo aviso se consoló y afervorizó su espíritu, y puso grande vigilancia en mejorar sus acciones y dar á todos ejemplo de santidad; y Dios le favoreció revelándole algunas cosas que convenia remediar.

Dos novicios vivian relajadamente y eran escándalo á los demás, y con maña y artificio se ocultaban del Superior, el cual, usando de sus armas ordinarias, hizo por ellos oracion, en la cual le reveló Dios lo que actualmente tramaban y en qué lugar se juntaban.

Llamó luego á su Ministro y envióle al dicho lugar, adonde los cogió en fragante delito, y, movido de la luz divina, los despidió de la Religion, y arrancada aquella cizaña, aseguró á los demás.

Siendo Preósito de la Casa Profesa, le pidieron una deuda de mucha cantidad, mostrando papeles para ejecutarle por ella.



El siervo de Dios se halló atajado, porque ni tenia con qué defenderse, ni tampoco con qué pagar.

Acudió á su ordinario refugio que era la oracion, pidiendo á la Majestad de Dios que le valiese en aquella necesidad, y luego oyó al divino oráculo que le declaró cómo aquella deuda estaba pagada, y el que se mostraba acreedor debia á la casa, y dónde hallaria razon de todo.

Dió muchas gracias á Dios por aquella claridad, con que remedió su casa y salió de aquella opresion.

A este modo le dió otros avisos para su gobierno de mucha consideracion.

No olvidemos el vivo celo de las almas y salvacion de sus prójimos que ardia en el pecho de este siervo del Señor.

En el púlpito y en las conversaciones domésticas siempre procuraba ganar las almas para Dios, asistiendo en el confesonario y predicando con grande fervor, con más gusto en los pueblos pequeños de los labradores que en las ciudades principales.

Hizo muchas misiones en las treguas que le dieron las lecturas y el gobierno, en las cuales sacó gran suma de almas de pecados envejecidos y de costumbres depravadas.

Puso á muchas doncellas en estado religioso con voto que hicieron de castidad, porque fué siempre muy celoso de esta virtud.

Quitó muchas malas amistades, y compuso muchas enemistades siendo ángel de paz en los lugares que entraba.

Movido de esta experiencia el duque de Avellano, virrey de Cerdeña, le envió á unos pueblos que estaban muy encontrados, y el apostólico Padre les predicó con tal espíritu y fervor que, obrando la divina gracia, los redujo á paz y concordia, y se trocó la guerra en júbilo y amistad y en un jubileo plenísimo que todos ganaron con gran devocion.

La fama de su espíritu y fervorosa predicacion voló por toda Cerdeña, y los Obispos á porfia le llamaban y pretendian para que diese pasto espiritual á sus ovejas.

El primero que salió con su pretension fué D. Antonio Nusco, Obispo de Alguer, el cual alcanzó de los Superiores que le acompañase en la visita de su obispado, haciendo mision en los pueblos que visitaba.

Aquí hizo alarde de la grandeza de su espíritu y del ardiente celo de la gloria de Dios y bien de las almas que ardia en su pecho, no dejando piedra por mover para diligenciar su salvacion.

Predicaba continuamente con grandísimo fervor, enseñaba la doctrina cristiana á grandes y pequeños, confesaba por la mañana y la tarde y gran parte de la noche.

Acudia á los hospitales y á las cárceles, visitaba los enfermos, consolando á todos y encaminándolos al cielo.

Del púlpito bajaba al confesonario, y de este volvía luego á predicar.

Quitó abusos y malas costumbres, introduciendo las santas y provechosas, en particular la frecuencia de los Sacramentos, tan importante para conservar la gracia de Dios y conseguir la salvacion.

Procuró imprimir en los corazones de los fieles la devocion de nuestra Señora, de que predicaba muchas veces.

Desterró muchas ignorancias con la luz de su doctrina, y deshizo muchas enemistades, poniendo paz en los desavenidos, usando de todos los medios posibles para mejorar las almas.

El más eficaz de todos era el ejemplo de su vida, á quien miraban como á un apóstol en el fervor y espíritu, y como á un ángel en la pureza de vida, en el trabajo infatigable.

Admirado el Obispo no cesaba de hacerse lenguas en alabarle; pero el siervo de Dios más se humillaba y envilecia cuanto más le ensalzaba.

Bien quisiera el buen Obispo tenerle consigo toda la vida, así por el aprovechamiento de su alma, como por las de sus feligreses; pero no fué posible, porque otros Prelados hicieron tales instancias por llevarle á sus obispados, que se hallaron forzados los Superiores á concedérsele.

El primero fué D. Andrés Manca, á la sazón Obispo de Ampurias, el cual le llevó á su obispado, donde predicó el año de 1640, con admirable fruto de las almas.

Llegada la Cuaresma, le pidió la iglesia catedral para que les predicase, deseando todos aprovecharse de su doctrina, y el Padre obedeció y predicó con el fervor que siempre y con el fruto que de su predicacion esperaban.

Ocupado en este ministerio, le mandó la obediencia volver al gobierno; mandato para el siervo de Dios bien áspero; pero hubo de bajar la cabeza y obedecer á lo que le mandaron.

Así, dejó por entónces las misiones, y volvió á gobernar el noviciado, adonde, como dijimos, estuvo más de seis años, en los cuales hubo una Congregacion provincial en que fué electo de primero escrutinio para ir á Roma por Procurador de la provincia.

Deseó excusar este honroso cargo como otros, mas no fué admitida su excusa de los Padres que le eligieron; pero el buen Padre se fué á la oracion á negociar con Dios lo que no pudo con los hombres.

Salióle bien su pretension, porque le reveló nuestro Señor que no habia de ir á Roma por entónces, aunque no entendió el cómo; pero súpolo presto, porque dentro de poco tiempo murió el General de la Compañía, que era

el P. Vincencio Carraffa, y fué necesario hacer otra Congregacion provincial, en que fueron electos diferentes personas, y el P. Jerónimo Ansaldo se quedó en su noviciado.

Acabado el oficio de Maestro de novicios, estuvo en Cáller y Sácer ejercitando los ministerios de la Compañía con el fervor que siempre, dándose á la oracion y devocion como si entónces comenzara.

Aquí tuvo una grave enfermedad que llevó con admirable paciencia, y habiendo convallecido, recibió una carta de su condiscípulo y amigo el P. Antonio Juan Sanna, su fecha en Filipinas dos años ántes, que fué el 49, en la cual le decia estas palabras: «Cuando esta carta llegue á sus manos hallará á V. R. Provincial, ó cerquita de serlo; prevéngase para un buen trabajo que le espera.»

La profecía fué verdadera; porque, cuando la recibió, que fué el año de 51, ya estaba en la provincia la patente de Roma para que fuese Provincial, y en acabando el que lo era, se publicó y fué puesto en posesion, y tuvo hartó en qué merecer, así en el gobierno como en la navegacion que hizo á Roma, en que se vió á pique de ser cautivado de los turcos y anegado de una tempestad.

Pero conócese por esta profecía, en más de cinco mil leguas de distancia, que su eleccion fué del cielo, pues tantos años antes la reveló aquel siervo de Dios.

El año en que fué electo Provincial, murió el P. Francisco Picolomini, General de la Compañía, y con esta ocasion fué á Roma para hallarse en la Congregacion general que se juntó para darle sucesor.

Parece que tuvo revelacion de que moriria en ella, porque dispuso todas las cosas como sino hubiera de volver, y así dijo á una hermana suya, que le pidió le trujese unas camándulas, que tomase las que entónces le daba, y no las esperase de Roma. Y más claramente á una persona muy devota suya: «Cuando llegue de Roma la nueva de mi muerte, procure sacarme presto del purgatorio con las oraciones y santas obras.»

A otro que le envió la en buen hora del oficio de Provincial le respondió: «Sírvase de encomendarme á Dios, para que acierte á hacer mi oficio segun su divina voluntad el tiempo que me durare, que aunque le he comenzado, no le acabaré.»

En que se conoce que tenia luz del cielo para conocer la cercania de su muerte, y que habia de ser en Roma, pues aseveradamente dijo que no habia de volver, lo cual se cumplió muy presto en la forma siguiente.

Llegó á Roma con los demás electores y entró en la Congregacion, adonde fué estimado de todos su voto y su persona como tan prudente y acertado en todo lo que se trató.

Estando el último día de enero tratando con otros Padres de la elección los Asistentes, le dió de repente una aplopegía mortal con vehemente dolor á la cabeza, de donde le bajó un grueso humor á la garganta y al lado izquierdo, que en breve tiempo se le secó.

Quedóle libre el sentido, el habla y el uso de la razón; y conociendo que a el mal de la muerte, se preparó para ella recibiendo con mucha devoción los Santos Sacramentos de la Iglesia.

Y haciendo fervorosos actos de amor de Dios, cercado de los religiosos de casa, que le decían la recomendación del alma, según el uso de nuestra religión; dió su espíritu á su Criador, dejando á todos sentidos de su pérdida y con gran estima de su santidad.

Cumplióle nuestro Señor lo que muchas veces le había pedido, que su muerte fuese breve, por no dar trabajo á los de la casa con prolija enfermedad.

Murió á los dos de febrero, día de la Purificación de nuestra Señora, que quiso pagarle la cordial devoción que siempre le tuvo, con llevarle su día al cielo el año de 1652, de cincuenta y cuatro de edad y treinta y nueve de compañía.

Toda la provincia lloró la pérdida de tan buen Padre, con santa envidia de la dicha, persuadidos con razón que gozaba de grande gloria en el cielo.

Cada uno refería los heroicos actos de virtudes que había hecho viviendo, las mercedes singulares que recibió de la mano poderosa de Dios. Testimonios de sus altos merecimientos y del crecido amor que le tenía, de que referiremos aquí algunos por no sepultar en silencio lo que Dios manifestó para tanta gloria suya.

Una persona espiritual, de vida perfecta y de conocida santidad, á quien Dios se comunicaba familiarmente, certificó que le había mostrado Su Divina Majestad al P. Jerónimo Ansaldo, cuando vivía, entre los monjes antiguos que la Iglesia celebra por dechado de santidad, Antonio, Hilarion, Arsenio, Macario, etc., tan lleno de virtud y santidad como ellos, dándole á entender la perfección de su vida y cuanto merecimiento tenían sus obras en el cielo para con Su Majestad.

Otra vez le reveló que era uno de los más ajustados al Instituto y vida de su padre S. Ignacio, y sin duda que sus acciones y modo de proceder dan toda certidumbre á esta revelación, como se ve en el discurso de su vida, desde que entró en la Religión hasta que murió con merecida opinión de santidad.

Cuando entró á ser Provincial, pidió el P. Ansaldo á una persona reputada por santa, que le encomendase á Dios y comulgase por él, para que le diese gracia para hacer bien aquel oficio.

Ella lo hizo, y estando en oracion, vió al P. Ansaldo de rodillas delante de un crucifijo, puestas las manos y levantadas en alto, y Cristo la dijo con voz inteligible que en aquel oficio padecería buen trabajo, y que por sus oraciones recibiría muchas mercedes de su mano, como en la verdad sucedió.

Añade que, comulgando otra vez por su intencion, luego que recibió el Santísimo, vió en lo interior de su corazon un trono todo de oro, y en él á Cristo muy resplandeciente y glorioso, delante de quien estaba el P. Jerónimo de rodillas adorándole con mucha devocion.

Esta vision se le imprimió en el alma de manera que por muchos dias no era señor de sí ni podia atender á los negocios exteriores que trataba, aunque más fuerza se hacia, robándole la atencion el gozo de aquella vista, con que su alma se encendia en llamas de amor de Dios y en vivos deseos de padecer por su amor.

Y testifica otrosí, que comulgando el dia de S. José de 1651, vió en vision imaginaria al P. Jerónimo Ansaldo hincado de rodillas delante del altar mayor, resplandeciente como el sol en señal de la gracia divina que bañaba su espíritu y lo mucho que valia para con Dios.

Estas y otras revelaciones hubo de la virtud, religion, méritos y santidad de este señalado varon, para glorificarle en los cielos y en la tierra, y animarnos á todos con su ejemplo á seguir sus pisadas, imitando sus obras para conseguir la gloria que alcanzó.

Esta vida se ha copiado de la relacion que envió la provincia de Cerdeña de sus obras y virtudes, y de las noticias que se han podido alcanzar de los que le trataron.

P. NIEREMBERG.

H. FRANCISCO HORTOLAN

I

FUE el siervo de Dios Francisco Hortolá (otros le llaman Hortolan) natural del reino de Cerdeña, y nació en la ciudad de Cáller dentro del castillo, la parte más noble y principal de ella, el año de 1544 á los 15 de octubre, dia dedicado á una particular invocacion y fiesta de la Santísima Virgen, llamada nuestra Señora de Simbirici, lugar dos leguas léjos de la misma ciudad de Cáller.

Fué hijo de padres honrados y principales; el padre se llamó Jerónimo Hortolan, y su madre Beatriz Frogassota, oriundos y descendientes de la ciudad de Barcelona

Afirmó su buena madre que le parió casi sin dolor, y ella y la comadre le vieron luego, recién nacido, con las manecitas juntas y levantadas al cielo en forma de quien ora, y juntamente le oyeron al mismo tiempo decir con voz alta y clara: *¡María, María!* dando á entender desde entónces que habia de ser aquel niño en su vida grande siervo y esclavo de la Vírgen, y que esta soberana Reina del univverso le habia de honrar con muy particulares favores y regalos, como lo hizo y luego se dirá.

Fueron discurriendo su padre y deudos sobre caso tan prodigioso, de haberle oído, al nacer, nombrar al santísimo nombre de María, y no faltó entre ellos quien lo tomó á mal agüero, diciendo que aquel niño habia de ser una desastrada criatura.

Pero los más, y entre ellos un tío suyo llamado Micercola, como hombre sabio y letrado, dijo lo contrario, que aquel niño habia de ser la gloria y ornamento de su casa.

Cuidaron su padres, como cristianos, de la buena crianza de su hijo luego en llegando á los años de discrecion, y muy en particular su madre, por ser muy devota de nuestra Señora, le enseñaba la devocion que habia de tenerla.

Siendo de edad de nueve años oyó que su madre habia de ir á pié una mañana á cumplir una devocion que habia hecho á una iglesia de nuestra Señora de Monserrate, que estaba en la villa de Pauli, léjos de Cáller poco más de dos millas; y él, muy deseoso de ir con su madre á pié, se levantó muy de mañana, y saliendo á la calle, vió á una mujer muy semejante á su madre caminando.

Fuéla siguiendo pensando que iba á cumplir su devocion á la Vírgen, y aunque sin poderla alcanzar en todo el camino, nunca la perdió de vista hasta entrar en la iglesia, dentro de la cual, por más que la buscó con grandes ansias, no la pudo hallar, porque su madre no se habia partido de casa por un impedimento que habia tenido.

Entónces el niño se volvió á nuestra Señora y se le encomendó, entrando en cuidado de la vuelta para su casa, porque no sabia el camino y se hallaba muy cansado y con miedo que sus padres no le castigasen por el atrevimiento que habia tenido de salir de casa y de la ciudad solo y sin licencia.

Estando en estas apreturas, vió delante á su padre y hermano mayor, que habian venido á caballo á cumplir su devocion, quedando consoladísimo porque, sin reñirle, su padre le mandó sentar á caballo y volver á casa.

Pero, aunque su padre no le riñó, lo hizo su madre y le mandó que no sa-

liese de casa sin su licencia particular para lugar alguno, fuera de la escuela, á la cual iba cada dia vía recta, cumpliendo al pié de la letra lo que su madre le habia mandado, como si fuera un muy rendido novicio; de lo cual maravillado su padre, le tomaba algunas veces y le llevaba consigo á pasear y divertir fuera de la ciudad.

Olvidado de todos los entretenimientos, juegos y libertades de estudiantes, y muy apartado de ruines compañías, todo su cuidado era la devocion cristiana y el estudio de las letras humanas, en las cuales aprovechó hasta llegar á la retórica, y no sin fruto.

Lo cual no pudo ser tanto como pudiera, porque desde entónces le llamaba Dios al estado de los santos sencillos y humildes, dando muestra de su mayor devocion al servicio de Dios y menosprecio del mundo, que de otra cosa alguna: de lo cual teniendo envidia el demonio, le comenzó desde entónces á perseguir y tentar grandemente.

Siendo de edad de diez y seis años, fué acusado á sus padres por una persona muy allegada suya de que habia violado una doncella criada de su casa, y creyéndolo ellos, tuvieron grande pena y sentimiento, determinando castigar severamente á su hijo, como lo hicieron, pasando de raya.

Sin admitir su disculpa ni averiguar la verdad del caso, le dieron cien azotes muy recios, dejándole bien lastimado; de lo cual quedó él tan afligido, que no sabiendo qué hacerse dejándose llevar de la pasion de la reputacion y honrilla fomentada del demonio, determinó de ántes morir que vivir afrentado y sin honra en casa de sus padres.

Apretóle tanto esta tentacion, que salió un dia fuera de sí y de su casa, con ánimo de irse á una viña y echarse en un pozo; pero, al salir de la puerta de la ciudad, oyó una voz que le decia: «No vayas,» sintiéndose detener.

Forcejando él para pasar adelante, le detenian invisiblemente, hasta que levantando los ojos hacia una iglesia del glorioso mártir S. Pancracio, que estaba delante, vió encima de ella á la Virgen Santísima, vestida y rodeada de resplandores como de un lucidísimo sol, que le daba voces, diciendo: «No pases adelante.»

Respondió todo turbado que queria ir á beber agua. Replicó la Madre de Dios: «Vuélvete á la ciudad y bebe en la fuente de S. Pancracio.»

Obedeció luego y venció con el favor de la Virgen aquella tentacion diabolica, y hallándose libre de ella, como quien despierta de un letargo, con mucha alegría y contento se volvió.

Quiso Dios que la verdad y virtud no fuese oprimida, aunque perseguida; porque dentro de pocos dias se supo y conoció su inocencia y cobró la buena reputacion que de él tenian sus padres, los cuales lloraron amargamen-

te lo que habian hecho, de castigar tan severamente á su hijo, muy ajeno de lo que se le imponia y de todo lo que era ofensa de Dios.

Otra vez otro deudo suyo le acusó á su padre que habia ido con otro compañero á las malas mujeres, no siendo verdad: y el padre con celo paterno que no puede sufrir en los hijos semejantes desenvolturas que suelen ser la peste y carcoma de la juventud; sin más averiguar el caso, lo creyó y le dió otro no ménos cruel castigo que el pasado, encerrándole en un aposento oscuro, desnudo como un galeote, donde le tuvo ocho dias sin que nadie le hablase ni diese de comer sino un poco de pan y agua que le mandaba dar por un agujero, y sólo un dia de los ocho, por compasion de su madre, le dieron una escudilla de vianda.

Y, segun era el enojo de su padre, hubiera pasado adelante esta prision y maltratamiento, si una tia suya no se hubiera puesto de por medio, rogando á su padre le sacase de aquella cárcel, como hizo luego.

Saliedo el prisionero inocente, se fué derecho á echarse á los piés de sus padres y besarles las manos, y protestóles con lágrimas de corazon su inocencia; mas no fué creido, hasta que vino á noticia del compañero con quien habia ido á pasear aquel dia que le habian maltratado sus padres.

Acudió luego á ellos, y con juramento les aseguró de la inocencia y bondad de su hijo, haciéndoles evidencia de la verdad con lo cuai quedaron desengañados y más aficionados á la virtud de Francisco su hijo, mirándole de allí adelante con otros ojos de los que hasta entónces le habian mirado.

Su padre, pocos años despues, estando enfermo de la enfermedad que murió, dió muestras de la estima que tenia de su obediente hijo en el último testamento que hizo, dejándole la parte que le pareció de sus bienes, y añadiendo luego estas formales palabras sacadas auténticamente del testamento:

«Te encargo y ruego que, pues eres tan aficionado al servicio de Dios nuestro Señor, te entres en el colegio de la Compañía de Jesus, para que mejor en él sirvas al Señor y ruegues por tu alma, por la mia y por la de tu madre, y por todos los demás tus deudos difuntos.»

Mostrando más este buen padre el contento que tenia de la bondad de su hijo y el deseo que entrase en la Compañía, dice luego consecutivamente á las sobredichas estas palabras: «Que ruega cuan encarecidamente puede y replica á los reverendos Padres de la dicha Compañía, que por amor de Dios nuestro Señor quieran recibir al dicho su hijo en el colegio, para que los imite y sirva á nuestro Señor como debe y es obligado.»

II

Su vida religiosa y grandes virtudes.

Cumplió el cielo este buen desecho; porque, poco despues de la muerte de su padre, el H. Francisco, siendo estudiante de letras humanas, bien nacido y emparentado no sólo en la ciudad de Cáller, pero aún en la de Barcelona, pidió con instancia á la Compañía para que le recibiesen, no por estudiante, sino por Coadjutor temporal; y con su perseverancia y profunda humildad alcanzó lo que deseaba.

Fué recibido en la Compañía, siendo de edad de veinte y dos años, á los 6 del mes de diciembre del año de 1566, saliendo de la Babilonia del mundo y entrando en el paraíso de la Religion tan puro y casto como habia salido de las entrañas de su madre, como él mismo, declarando las singulares mercedes que Dios le habia hecho, con sumo agradecimiento á la Majestad divina, declaró á su Superior dándole cuenta de su conciencia al fin de su vida; añadiendo que en la misma pureza le habia Dios conservado en la Compañía hasta ese dia, que fué pocos meses antes de su muerte.

Dijo tambien que, estando con los deseos de entrar en la Compañía, le habia Dios comunicado tanta devocion á nuestro P. S. Ignacio, que no era aún beatificado, que no podia dejar de encomendarse á él como á Santo, y que un dia le libró de una muerte desastrada.

Corriendo un caballo brioso, á toda furia sin poderle detener, iba á dar en un grande hoyo donde sin duda perecieran el caballo y el caballero, si unos pocos pasos antes de llegar al despeñadero no invocara á S. Ignacio, como lo hizo, y al punto paró el caballo y se hizo inmoble como una estatua, quedando ambos libres de la muerte.

Viéndose recibido en la Compañía, no se puede encarecer el contento que tuvo y cuánto lo estimó entónces y toda la vida, viviendo con continuo cuidado y sobresalto, por su grande humildad.

Rogaba á Dios no permitiese que por sus pecados fuese despedido de ella por inútil y desaprovechado, cumpliéndose en él lo que dice el Espíritu Santo, que el principio de la verdadera sabiduría que el Señor concede á sus escogidos, es su santo y divino temor.

Este santo temor sirvió toda la vida á nuestro Francisco de firme muro y guarda perpetua de su corazon, para que no entrase en él cosa que le pudiese perturbar, y de un continuo acicate para todo ejercicio de mortificacion y oracion.

Comenzó, pues, su noviciado con tanta resignacion y humildad, que no habia obediencia á la cual no acudiese con grande prontitud, sin reparar jamás en cosa que los Superiores le mandasen, por más dificultosa y vil que fuese.

Su gusto y contento era servir en los oficios más bajos y humildes; y así, le pusieron en la cocina y con una sotanica de cáñamo blanco, larga hasta media pierna.

Hizo oficio de cocinero algun tiempo, y, porque entónces comenzaba el colegio de Cáller donde fué recibido, padecian los Padres falta de muchas cosas necesarias y, entre otras, de agua para guisar la comida y beber.

Nuestro H. Hortolan con su mucha caridad se ofrecia á traer agua de la fuente comun de S. Pancracio, y lo hizo muchísimas veces, llevando públicamente un barril á cuestras, vestido con su sotana de cáñamo.

Despues de esta probacion, fué enviado al colegio de Sácer, que tambien estaba en sus principios, donde estuvo por espacio de seis años, sirviendo en todos los oficios humildes y bajos de la Compañía, de cocinero y enfermero, y algun tiempo sirvió de peon á los maestros de obra que estaban fabricando un cuarto del colegio, trayendo á cuestras piedra, cal y todo lo demás necesario.

En este tiempo, toda una cuaresma iba cada dia á las once del dia á pié á la huerta, á llevar la comida á los Hermanos que estaban allí fabricando una casa, con órden del P. Rector que luego volviere al colegio para comer.

No era tan cerca la huerta de la ciudad que no fuese camino de dos millas, y entre la ida y vuelta caminaba nuestro H. Francisco cinco millas cada dia antes de comer, despues de haber trabajado toda la mañana hasta las diez ó las once en el oficio de peon.

Cuando él volvía cansado y molido, hallaba que todos habian comido, y de lo que á los otros habia sobrado, y frio ya, comia él con mucho gusto suyo.

Muchas veces el P. Rector, por probarle y darle ocasion de merecer, le ordenaba que no sólomente llevase la comida á los Hermanos que estaban en la granja, sino que juntamente se quedase allí hasta la noche sirviéndoles de peon.

Y porque el Superior no le decia que llevase comida para sí, él, sin hablar palabra ni mostrar cosa que oliere á queja y sentimiento, se quedaba sin comer todo el dia, trabajando como un gañan con mucho gusto y contento por amor de su Dios y de la Santísima Virgen, su querida Madre, la cual no sufrió que estos grandes y excesivos trabajos y mortificaciones de su siervo quedasen sin alivio y consuelo espiritual.

Un dia, yendo, como solia, á las once á la granja á pié y con la comida para los Hermanos, muy regocijado por obedecer al Superior y cumplir la voluntad de Dios; topó en el camino una mujer muy hermosa, sola y vestida rica-

mente, la cual le habló con mucho agrado y luego desapareció, dejando al H. Francisco lleno de una celestial consolacion que le duró por mucho tiempo.

Entendió él que aquella matrona era la soberana Virgen, que le quiso consolar y animar al trabajo que por amor de su santísimo Hijo padecía cada dia, llevándolo de buena gana, sin jamás quejarse ni mostrar repugnancia alguna en todos los seis años que estuvo ocupado en el colegio de Sacer, todo lo que á la sensualidad repugnaba.

Despues de este tiempo, le mandaron los Superiores volver al colegio de Cáller, en el cual hizo oficio de comprador, de cocinero y refitolero por algun tiempo.

Despues, todo el restante de su vida hasta la vejez, se ocupó en hacer oficio de enfermero con tanta humildad, caridad y paciencia, que tenia admirados á todos.

En estos oficios, aunque tuvo muchas y varias ocasiones de disgustos y pesadumbres, jamás en casi cincuenta y ocho años que vivió en la Compañía, vieron en él un mínimo acto de impaciencia, ni una mínima repugnancia á lo que se le mandaba, ni responder con enfado á las importunas peticiones de los muchos y varios enfermos que tuvo á su cargo, sino decia á todos con semblante alegre: «Sí, hermano mio, sí, hermano mio de mi alma.»

Para mayor prueba de su virtud permitió nuestro Señor que algunos mal acondicionados le dijesen palabras pesadas é injuriosas, á las cuales el siervo de Dios no respondia; sino con una profunda humildad, puestas las manos en cruz, decia con mucho gusto suyo, que era verdad lo que le decian, llamándose pecador indigno de estar entre siervos de Dios.

Y en otras más graves ocasiones de paciencia que tuvo, un hombre le dió una vez, permitiéndolo Dios para probar su paciencia, con un garrote tan recios golpes, que le hizo caer en tierra; y, levantándose, estuvo tan léjos de quejarse, que luego se arrojó á sus piés á darle gracias y pedirle perdon, si en algo le habia ofendido.

La venganza que este siervo de Dios tomaba, era encomendar á Dios continuamente á sus injuriadores.

Un Ministro, entre otros, le dió muchas ocasiones de merecer y ejercitar la paciencia, y en ellas nunca le resistió, ni le habló sino con profunda humildad.

Acudiendo al coro muchas veces, como solia hacer cada dia, y hablando con Dios con lágrimas en los ojos, le oyeron decir: «Dios mio y Señor, ¿que le he hecho yo al P. Ministro que no gusta de mí?»

Oyóle el Señor, é hizo que el Ministro le mirase con otros ojos, y por gran regalo suyo con muchos ruegos alcanzó de él que le dejase cada dia fregar

á la primera mesa, y con esto quedó tan agradecido al P. Ministro, como si hubiera recibido de él una grande dignidad.

Fué cosa singular el afecto con que acudia á los enfermos, sin jamás cansarse ni enfadarse; á todos acudia con una rara puntualidad.

Notaba en un libro cada dia lo que ordenaban los médicos á cada enfermo de medicinas, comidas y bebidas, y las horas en que lo habian de tomar, y jamás se vió hacerles falta alguna.

Luego en levantándose á la mañana, los visitaba y limpiaba las inmundicias, consolaba á todos con palabras suaves y llenas de caridad; tras esto les acudia con todo lo necesario.

Entre dia andaba de uno en otro mirando lo que habian menester; velaba todas las noches que habia de dar purgas ó jarabes, para darlos á su tiempo.

Siendo la enfermedad peligrosa, los visitaba dos y tres veces en la noche, y por no despertarlos, si acaso reposaban, se ponía á escuchar en la puerta, y sintiéndoles gemir ó dar señal de despiertos, entraba y los consolaba.

Cuando llegaba el enfermo á ser desahuciado ó de grande peligro, todas las noches se estaba con él, y por no darle pesadumbre con la luz, la sacaba fuera, y él se sentaba de la puerta afuera, rezando, y leyendo, y durmiendo á ratos en la misma silla, y á cada movimiento del enfermo saltaba luego para acudirle en lo que era necesario.

En muriendo, los componia y se estaba con el cuerpo difunto, rezando todo el restante de la noche, y le quedó esta buena costumbre toda la vida; porque, siendo ya viejo y no para trabajo, nunca dejó de hacer este oficio de caridad con los enfermos en cincuenta y siete ó cincuenta y ocho años que vivió en la Compañía.

Todos los que le conocieron en todo este tiempo ó en parte de él afirmaron que jamás le vieron accion que llegase á pecado, áun venial, ni una mínima impaciencia, ni una palabra colérica, ni una leve murmuracion.

Era tan grande su humildad, que áun á los Hermanos novicios se humillaba hasta la tierra.

Solia decir que en ninguna cosa habia experimentado más la caridad de la Compañía que en haberle á él recibido y sustentado, siendo cosa tan inútil y el más vil hombre del mundo.

Estando una vez malo y con peligro de la vida, á los que le decian que iria al cielo y se salvaria, respondia que los ángeles y demás santos, si esto aconteciese, se reirian y dirian admirados: « ¡Jesus! ¿á este tan vil dejan entrar en el cielo? »

A esta su grande humildad acompañaba un grande espíritu de pobreza en todas las cosas. Veinte años continuos estuvo en un aposentico oscuro, tan

angosto, que no cabia en él sino una pobre camilla y una sillica, y de techo tan bajo, que no podia estar en pié.

La cama era un colchon viejo con dos pedazos de manta bien raída; y porque en este aposento en el estío se asaba de calor, porque por ninguna parte le podia entrar aire fresco por estar al rincon de una pequeña sala; los Superiores, teniendo compasion de lo mucho que padecia, le mandaron pasar á otro poco más ancho y desahogado, lo cual sintió en el alma, y lloró como si le hubieran quitado un grande palacio, y puso muchos intercesores para quedarse en él.

El vestido siempre era viejo y desechado de otros. Si alguna vez los Superiores le hacian dar alguna cosa nueva, lo sentia en el alma.

En la comida no sólomente era parco, pero aún muy pobre, contentándose de cualquier cosa, y gustando que muchas veces le faltase aún lo necesario.

En esta materia padeció mucho en tiempo de las enfermedades por descuido de los enfermeros, que con particular providencia permitió nuestro Señor para probar á su siervo, sin jamás abrir la boca para quejarse.

Era hombre de mucha penitencia; disciplinábase toda la vida cada semana muchas veces; traia de ordinario ásperos cilicios.

Esta costumbre guardó hasta la vejez, cuando no podia más, y entónces se hacia azotar de otros, aunque toda la vida fué hombre de gran mortificacion interior, y llegó á tener tan sujetas las pasiones que parecia insensible.

Hacia tambien penitencias públicas en el refectorio, como santamente usa la Compañía.

Nunca dejó de acompañar la mortificacion continua con el perpetuo ejercicio de la oracion, porque, sin la comun hora de oracion mental que cada dia hacen los de la Compañía con sus dos veces el exámen y leccion de libro espiritual, él siempre añadia más tiempo á la meditacion.

Todas las veces que podia acudia al coro y á la iglesia á orar por las necesidades comunes de la cristiandad y de su Religion, y conversion de los infieles, y por las particulares de su provincia y ciudad de Cáller, donde apenas habia enfermo que conociese que no rogase á Dios por él, alcanzando á muchos la salud con sus ruegos.

Tenia en su aposento una lista patente de todos los Padres y Hermanos de la provincia, escrita de su mano, para encomendarlos á Dios cada dia.

Visitaba todos los dias muchas veces el Santísimo Sacramento del cual era devotísimo, y comulgaba á menudo con particular licencia y con mucha devocion, la cual quiso el Señor aún en esta vida premiarle con un celestial regalo que le hizo quince años antes de morir, á los trece de noviembre, dia del glorioso mártir S. Antioco Sulcitano, uno de sus particulares abogados.

y por cuya devocion habia de comulgar aquel dia á la primera Misa, con órden de que luego, sin tardar más, partiese con otro Hermano que tenia cuenta de la granja.

Acabada la Misa, avisó el Hermano que la servia al Padre que la decia que comulgase al H. Francisco.

Buscó el Padre la llavecita del sagrario, y no hallándola allí, no quiso aguardar á que la trujesen de la sacristía, y saliéndose del altar, dijo al Hermano que dejase de comulgar aquel dia.

Él viendo que ni le querian comulgar ni podia aguardar á la otra Misa, porque el Hermano que le habia de acompañar le daba priesa para partirse, volviósese al Señor, y con profunda humildad y lágrimas le dijo: «Señor, yo conozco y confieso que no soy digno de recibiros, y así, me voy á obedecer.»

Hecho este acto interior levantó los ojos á la capilla del santo mártir Antioco, por cuya devocion habia de comulgar aquel dia, para despedirse de él, como lo hizo, diciendo: «Santo mio glorioso, recibid mi buena voluntad.»

Al punto vió venir de la capilla hacia el altar mayor donde estaba, una muy hermosa matrona acompañada de dos ángeles con un sacerdote revestido, el cual abrió el sagrario y le comulgó, dejándole lleno de un celestial contento que le tuvo todo aquel dia absorto y trasportado en Dios, sintiendo en su alma consuelos singulares y gustos inefables.

III

Es perseguido de los demonios.

Teniendo el demonio grande pesar del afecto grande y devocion que este humilde siervo de Dios tenia al Santísimo Sacramento, le persiguió mucho.

Una entre otras veces, estando para comulgar, se le puso delante con una horrenda y espantosa figura, diciéndole que no comulgase porque nada le aprovecharia; pero él con una viva fe comulgó, haciendo poco caso de los cocos y varios temores que le ponía el enemigo, cobrando ánimo para resistirle y sufrir su persecucion y mal tratamiento que muchas veces le hacia, permitiéndolo el Señor para mayor prueba suya.

Saliendo solo un dia para hacer una obediencia fuera de la ciudad, á los doce del mes de agosto de mil y quinientos y noventa y tres, en el camino vió venir hacia él el demonio en figura grande y temerosa, con una gruesa

cadena de hierro, y llegándose á él, le dijo: «Qué, ¿piensas salvarte? no te salvarás, que aquí en este cuaderno te tengo escrito entre los mios, y así, te perseguiré hasta la muerte y no te escaparás de mis manos.»

Mas el siervo de Dios, encomendándose al Señor y humillándose hasta la tierra, le ahuyentó y echó de sí.

Otra vez, estando en oracion en el coro, como solia, se le apareció el demonio con una fea y monstruosa figura, diciéndole que aquella oracion y ejercicios que hacia, nada le aprovechaban, y que se cansaba en vano, y trabajaba sin fruto.

Y porque él no hizo caso de sus dichos prosiguiendo su oracion, el demonio rabioso le asentó la mano, y, echándole en tierra, le sacudió tan cruelmente que le dejó bien molido, y levantándose como pudo del suelo, se fué al P. Rector, que entónces era el P. Antioco Carta, á darle cuenta, como solia, pidiéndole le aconsejase.

El Superior le consoló y exhortó á sufrir con paciencia el mal tratamiento del demonio y á resistir á sus malos intentos con viva fe, y perseverar en el ejercicio santo de la oracion.

Otra vez, estando despierto en la cama de noche, y encomendándose á Dios, como solia, sin perder tiempo; se le puso delante el mismo demonio en figura y traje de una mujer muy hermosa solicitándole á mal.

Pero resistiendo él luego con los santísimos nombres de Jesus y Maria en la boca, despechado el maldito y torpe enemigo, le dió un bocado en uno de los brazos que se le dejó muy lastimado, desapareciendo como un rayo; y vió el Superior con sus ojos la dentellada bien impresa y negra, que le duró muchos dias y no sin dolor.

Otras muchas veces le acometió el demonio y le maltrató, y visiblemente fué defendido del Señor por medio de sus ángeles.

Yendo una vez solo á la granja por obediencia para acompañar y guisar la comida al que tenia cuenta de ella, en medio del camino fué acometido de muchos demonios con espantosas figuras; y hubieran hecho en él grande riza, si luego no acudieran á su defensa los ángeles del Señor, ahuyentando á los demonios que no le tocasen.

Despues de lo cual los oyó el mismo hermano cantar, como en persona de Dios que le tenia por su escogido siervo estas palabras: «Dejadme, dejadme lo estar, que mio es y vuestro no es.»

Otra vez, viniendo del colegio de Iglesias, donde habia ido para servir á un enfermo, estando junto á la ciudad de Cáller, el mismo demonio le hizo atollar el caballo en un grande y profundo lodazal, donde forcejando el caballo para salir, cayeron los dos, de manera que el caballo le ahogaba.

Así, todo turbado, perdidos los sentidos, invocó luego á su padre S. Ignacio, diciendo: «Valedme, Santo Padre, que perezco.»

Al momento se le apareció visiblemente nuestro Santo P. Ignacio, y tomándole la rienda del caballo, sacó á ambos libres del lodazal.

Despues de haberle puesto en lugar seguro, le dijo: «Ten buen ánimo, hijo, que me verás canonizado antes que mueras,» como lo vió y tuvo revelacion del dia, como diremos luego, refiriendo algunas de las muchas revelaciones y visitas regaladas que tuvo de Dios, de su Madre Santísima y de muchos santos.

IV

Es muy favorecido y visitado de Cristo y de su Madre santísima.

Comenzando, pues, de la Cabeza, Cristo nuestro soberano bien, entre otros regalos que le hizo, fué este.

Estando sirviendo á un convaleciente en el refectorio con aquella grande caridad que solia acudir á los enfermos y pobres religiosos, contemplando en ellos á Cristo; vió en el aire á nuestro Señor puesto en cruz en forma y figura grande y grave, que con un alegre semblante venia hacia él con los brazos abiertos á quererle abrazar y agradecerle el servicio que le hacia en su siervo enfermo.

Él confuso, con profunda humildad dijo: «Señor, ¿qué quereis de mí pecador?» y el Señor le respondió: «Que confíes en mí, que nunca te desampararé;» dicho esto, desapareció dejándole lleno de gozo espiritual.

Otra vez, haciendo oracion en su aposento delante de un crucifijo que tenia en la pared, vió que se movia de su lugar donde estaba, é iba con los brazos abiertos á quererle abrazar.

El humilde Hermano quedó todo absorto y bañado de un consuelo tan grande, que sólo el que se le causaba lo podia declarar.

Tomó ocasion el demonio, su grande enemigo, de levantarle una persecucion pública de las reliquias de una santa que se hallaron en la basílica, haciendo esparcir una voz comun en toda la ciudad que él habia hurtado las reliquias de esta santa.

No faltaron refrendarios ministros de Satanás que acusándole al Arzobispo, se lo persuadieron é hizo grande sentimiento de ello, juntamente con la ciudad.

Lo cual sabido del buen Hermano, lo sintió tanto, que cayó enfermo por lo que le referian que habia dado pena al Arzobispo y á la ciudad lo que sin ser verdad le oponian.

El remedio que tomó en esta su afliccion fué el que solia en sus trabajos; acudir á la oracion y pedir á Dios en ella consuelo.

Hallóle muy presto, viendo á Cristo dentro de una nube blanca que le vino á quitar la afliccion, como se la quitó, diciéndole: «Sufre este trabajo por mi amor, que yo llevé tambien esta cruz por ti.»

Duró esta vision más de un cuarto de hora, quedando el devoto Hermano tan absorto y trasportado en Dios, que abriendo el aposento y entrando el Sotoministro con otro Hermano sin advertirlo él, le hallaron en el raptó.

No sólo fué regalado de Cristo, pero de su Madre Santísima. Para ir á la granja desde el colegio, se solia salir del castillo, donde está, por una puerta, junto á la cual está la cárcel comun, y á todos los que pasan suelen los presos desde sus rejas pedir limosnas.

Pasaba por ella muy á menudo nuestro H. Francisco, yendo solo y á pié por obediencia; y porque no tenia cosa temporal que darles, iba diciendo por el camino Pater noster y Ave Marías, repitiéndolas muchas veces con mucha devocion y ternura, ofreciéndolas al Señor por aquellos pobres encarcelados.

Gustó tanto la Santísima Virgen de esta limosna espiritual, que su siervo hacia á aquellos pobres, que en medio del camino le apareció vestida de púrpura real y le preguntó qué oracion hacia.

El le respondió con su santa simplicidad y llaneza: «Señora, digo algunos Pater noster y Ave Marías por los de la cárcel, porque no tengo otra limosna que hacerles; y, dejándole lleno de júbilo y consuelo, desapareció, mostrando gustar mucho de aquella limosna santa espiritual de su siervo, con que quedó muy animado á hacer lo mismo todas las veces que pasase por aquella puerta de la cárcel.

No fué sola esta vez en qué nuestra Señora quiso honrar y regalar con su celestial presencia á este su devoto.

Estando un dia solo ocupado en meditar las excelencias de esta soberana Reina de los ángeles, la vió encima del sobrecielo del púlpito del refectorio, con extremada hermosura y resplandor, teniendo debajo de los piés la luna y una diadema de sol en la cabeza, muy resplandeciente, y mirando con apacible rostro, se sentia infundir en el corazon un consuelo y gozo inexplicable que le arrebatava del suelo.

Fuése luego á su aposento para poder á solas y sin testigo gozar del regalo del cielo, y, llevado del impulso y afecto divino, perseveró por muy largo tiempo absorto y trasportado todo en la contemplacion y excelencias de esta soberana Señora.

Al tiempo que se descubrió la iglesia soterránea del glorioso mártir S. Lujorio, en la cual se hallaron sus sagradas reliquias dentro de un sepulcro bien

labrado á lo mosaico, y las reliquias de otros muchos santos mártires; fué un dia por su devocion nuestro H. Francisco á visitar aquel santuario y encomendarse á aquellos gloriosos martires.

Entrando en la iglesia con su compañero, que era otro Hermano, no hallaron persona alguna; pero halló el siervo de Dios una que valia más que todas las del mundo, que fué la Sacratísima Virgen, vestida de púrpura imperial quien con un grave y alegre semblante, llamándole hijo, le tomó de la mano y le llevó á ver la sepultura del Santo y de los otros mártires, y se las enseñó, dejándole revestido y bañado de consuelo, y espantado y confuso, de que tan gran Señora y soberana Reina hiciese caso de tan baja y vil criatura.

Preguntó despues el H. Francisco á su compañero si habia visto en aquella iglesia alguna mujer, y respondiéndole que no, calló encubriendo el regalo de la Virgen hasta que fué forzado por obediencia á decirlo.

V

Es muy favorecido de los Santos, y revélale Dios las reliquias de Cerdeña.

Vamos ahora á referir algunas otras visitas que tuvo de muchos santos sus devotos, y particularmente del glorioso mártir S. Antioco Sulcitano.

Estando en el colegio de Iglesias, adonde fué enviado desde Cállar para servir á dos enfermos, el P. Baltasar Sanna, Rector de él, le llevó á la fiesta del santo que se hace cada año quince dias despues de Pascua de Resurreccion en la isla de Sulcis, donde está una iglesia antiquísima en el mismo lugar en el cual el Santo murió y fué enterrado.

Haciendo oracion delante del altar mayor con grande devocion y deseo de saber en qué parte y lugar de aquella iglesia y sus catacumbas estuviesen las reliquias del Santo; estando en esto se llegó á él un hombre muy venerando, grave y de un rostro muy resplandeciente, y asiéndole del manteo le dijo: «Vente conmigo que te quiero enseñar dónde está el cuerpo de S. Antioco.»

Siguióle y llevóle dentro de la cripta ó cueva, á la cual se entra de la misma iglesia; y allí le enseñó el lugar donde estaba el cuerpo del Santo, que fué el mismo en que despues se halló.

Y añadió que en aquella catacumba habia otros cuerpos de santos martires, compañeros de S. Antioco, y que de allí adelante el mal de corazon que padecia no le atormentaria tanto.

Y así fué, que desde entónces no le dió tanta molestia, dejándole de venir á menudo.

Que haya sido esta vision del cielo, lo confirma lo que despues aconteció; porque, habiendo determinado el señor Arzobispo de Cáller, D. Francisco de Esquivel, se buscasen las reliquias de este Santo, y hecho hacer muchos meses antes oracion á muchos siervos de Dios, entre ellos la hizo nuestro H. Francisco por órden de su Superior, por habérselo encomendado el Arzobispo.

Despues de lo cual, preguntado el Hermano si podia emprender el Arzobispo aquel negocio de buscar las reliquias del Santo, respondió que sí, y que las hallarian á la entrada de la catacumba, señalando el lugar individual donde estaban, y se hallaron con su letrero auténtico y claro.

No puedo dejar de contar aquí una singular gracia que el glorioso mártir S. Antioco hizo mucho antes de la invencion de su sagrado cuerpo al H. Francisco.

Despues de haber vuelto del colegio de Iglesias, al cual, como poco ha dijimos, fué enviado; cayó enfermo en el colegio de Cáller y llegó á estar desahuciado de los médicos: ordenaron se le diese luego el Viático, porque no veian en él esperanza de vida.

El Superior quiso disponerle para eso, y así, le avisó de su peligro y que se aparejase para recibir los santos Sacramentos.

Confesóse el devoto Hermano con mucha ternura y resignacion en las manos de Dios; y apretándole el Superior que recibiese tambien el Viático, le respondió con grande seguridad: «Padre mio, no es tiempo; y así, desistió el P. Rector, dando crédito á lo que decia con tanta confianza.

Pudo con certeza decir esto, porque el glorioso S. Antioco, mártir, su particular abogado y patron, se le apareció, visitó y regaló, asegurándole como buen médico, que no moriria de aquella enfermedad, y que antes de morir habia de ver halladas sus reliquias, añadiendo que se hallarian en su iglesia sulcitana despues de haberse hallado otros muchos cuerpos santos del reino.

Y así fué, que despues de haberse hallado en Portu-Torres, en la iglesia del glorioso mártir S. Gabino sus reliquias y de otros muchos santos mártires y confesores; y despues tambien de halladas otras muchas en Cáller en las iglesias de S. Saturnino y Luxorio, mártires; se hallaron las del dicho santo en la suya de Sulcis.

Fué escogido del Señor este santo Hermano para publicar y descubrir al mundo grandes tesoros de reliquias santas que estaban encubiertas y olvidadas.

Fué una vez del colegio á la casa de probacion para hacer los ejercicios

pirituales, los cuales nunca dejó de hacer. aunque viejo y cargado de achaques, hasta que murió, en los cuales le fué revelado que en la antiquísima iglesia de S. Saturnino mártir, Catedral de la ciudad de Cáller, habia enterrados muchos cuerpos de santos mártires.

Porque una noche le apareció santa Olimpia vírgen y mártir y santa Restituta mártir y madre del glorioso mártir S. Eusebio, Obispo de Vercelli, y santa Olimpia le dijo: «¿Por qué no haceis de manera que se quite la yerba de mi sepulcro y se descubra al mundo para mayor gloria de Dios, y que me llamen Olimpia y fuí siempre vírgen y mártir, Esposa de Jesucristo, que morí por su fe y fuí natural de la villa de Selargios? Mira que no te descuides de lo que te digo.»

Luego tomó la mano santa Restituta, y le exhortó á cumplir lo que santa Olimpia le pedia, y juntamente le encargó que procurase tambien sacar sus huesos del olvido en que estaban en su iglesia soterránea con otros muchos santos y reliquias.

A estas santas peticiones del cielo, enseñado de las santas el lugar donde estaban sus reliquias, procuró dar principio nuestro H. Francisco de esta manera.

Fuése un dia á la iglesia de S. Saturnino con el P. Francisco Piñas, Recio que entónces era de la casa de probacion, con quien solia comunicar muchas veces cosas tocante á su alma.

Habiendo el Padre dicho primero Misa en la iglesia de S. Saturnino, después de haber dado gracias al Señor, llevó el H. Francisco al Padre al brazo izquierdo de aquella iglesia, que estaba caido hasta el suelo, y en una pila de yeso encajada en la pared hacia la parte interior, descubierta y toda llena de tierra y de yerba, le dijo: «Aquí están los huesos de santa Olimpia Vírgen y mártir.»

Diciendo y haciendo, comenzó á arrancar la yerba y á escarbar la tierra, empezando luego con los huesos de la santa, y sacando algunos pedazos, los mostró al Padre y algunos otros que se hallaron presentes, tomando todos algunos pedacitos por su devocion, por donde luego se divulgó y vino á noticia del Arzobispo, el cual mandó que se recogiesen todos los pedazos de huesos que se habian quitado, y sacasen los demás de la pila.

Con esta ocasion hubo grande mocion en todo el arzobispado y en toda la ciudad, y se le encendió un gran deseo y fervor de buscar luego los demás cuerpos santos que en aquella Basílica y otras iglesias soterráneas de la ciudad el santo Hermano que se hallarian.

Y así, con este feliz principio se prosiguió, y con grande felicidad se han hallado hasta ahora pasados de doscientos cuerpos santos, y ha sido cosa sin-

gular la luz que en esto le comunicó Dios á nuestro H. Francisco; en porque otras muchas iglesias antiguas de todo el reino, en las cuales nunca él habia estado, por su dicho se han hallado reliquias de muchos santos.

Y porque no salgamos tan presto de las iglesias de la ciudad de Cállor, obedeciendo á lo que santa Restituta le habia mandado en la vision que arriba dijimos, fué un dia, importunado de los que tenian cuenta de la iglesia de la santa, en compañía del mismo P. Francisco Piñas, y entrando en ella, hecha primero oracion á Dios, fué señalando á todos los presentes los lugares donde hallarian las reliquias y letreros de las dichas santas que él les nombraba, comenzando primero de santa Restituta.

Cavando en los lugares señalados, se hallaron las reliquias de la dicha santa con su letrero y de otros muchos santos y santas, como de S. Eugenio, Obispo y mártir, y de las santas Justa, Justina y Heredina, vírgenes y mártires, y de las santas Aguila, Erasma, Tecla, Teodosia, Catalina, Dorotea, Bárbara é Inés, vírgenes y mártires; y de los santos Obispos Jenaro, Ludovico y otros.

Tambien en la iglesia del glorioso mártir S. Edisio, que está tambien debajo de tierra, hallaron debajo de un altar pequeño, antiguo, los huesos de un cuerpo humano, sin letrero por entónces, de lo cual quedaron muy tristes los cofadres de aquella iglesia.

No sabiendo qué hacerse llamaron al santo Hermano y le enseñaron la sepultura y los huesos que habian sacado, el cual les dijo que aquellos huesos eran de S. Edisio, mártir, y que los tuviesen por tales, y le dejaron tomar una canilla grande con un pedazo grande del cráneo, y se los dió á su Superior, el cual los tuvo algun tiempo; y porque no se habia hallado letrero se los volvió, diciéndole que los volviese á la misma iglesia, no fiando de solo su dicho, aunque le afirmaba que eran de S. Edisio.

El siervo de Dios sin replicar, con mucha humildad, hizo lo que le decia. Pero quiso Dios que de allí á pocos dias pareciese milagrosamente un pedazo de mármol largo como la palma de la mano y ancho como tres dedos, con el letrero del santo.

Le habia hurtado un hombre que se halló presente el dia que se habian sacado los huesos de la sepultura, sin ser visto, y con ánimo de nunca revelarlo.

Pero Dios que quiso que este santo fuese conocido y reverenciado, se lo hizo restituir mal de su grado: porque una noche estando en su cama le dió un tan grande dolor al brazo y hombro, que pensó morir y no tuvo remedio hasta que hizo traer á su mujer el letrero que tenia escondido en una arca, y prometió á Dios, si se le quitaba el dolor, de publicarle luego, como lo hizo delante del Vicario General del Arzobispo, con juramento, lo cual fué para

de mucho gozo que se verificase lo que el H. Hortolan habia dicho. Año de 1625 por las fiestas de Pascua de Resurreccion, el P. Juan Cuy, lo en la mision de la villa de Aritzo, se acordó que el H. Hortolan le dicho que en una iglesia del campo muy antigua y léjos de poblado, y del altar mayor habia una bóveda llena de reliquias de santas.

nando licencia del Arzobispo de Oristan, en cuyo distrito estaba la iglesia, y dándosela muy ancha; fué á ella con mucha gente principal istica y seglar, y cavando en aquel lugar, hallaron una pequeña bóveda en labrada.

npiéndola, hallaron un monton de reliquias, despidiendo de sí una ce- fragancia, con los letreros de las santas Vírgenes y mártires Sofia, a y Anastasia.

esta materia parece que Dios le habia dado la llave de todas las rique- : aquel reino; porque anda un cartapacio de su mano, donde nombra y be muchísimas y antiguas iglesias, y dice los nombres de los santos, n cualquiera de ellas se pueden hallar, y esto sin haberlas él jamás vis- haber sabido de nadie el nombre y sitio de las dichas iglesias.

quinze millas de la ciudad de Cáller, en la villa de S. Esperat, dijo que una iglesia antigua caida y asolada, y que dentro de ella habia muchas uias de santos.

bido por el señor Baron y Canónigo de la dicha villa, fueron á buscarlas. isieron que el mismo Hermano fuese con ellos; y por ser personas de deracion y muy de nuestra Compañía, le envió su Superior con el iguel Palacios, y en espacio de pocos dias hallaron con sus letreros las uias de los santos mártires Esperat, Marturio y Guisitano, con las de San- isca, vírgen y mártir.

ria nunca acabar querer referir todo lo demás que en esta materia le des- ió Dios.

VI

De la canonizacion de nuestro santo P. Ignacio, estando en Cerdeña, antes que se hiciese.

veló tambien á este santo Hermano nuestro P. S. Ignacio la honra que de tener en la Iglesia, como ya hemos dicho, cuando le libró del loda- le dijo que antes de morir le veria canonizado.

cual se cumplió con particular favor que en esto Dios le quiso hacer medio de su mismo P. S. Ignacio; porque pocos dias antes que el Papa

Gregorio XV determinase su canonizacion, le apareció el Santo Patriarca encima del cuadro de su capilla, que está en la iglesia del colegio de Cáller, dentro de una nube blanca, de la cual le enseñaba cómo en Roma se hacia ya el aparejo para su canonizacion.

Otro dia, oyendo Misa en la tribuna que cae y mira al altar mayor, vió al mismo Santo muy resplandeciente y alegre y que le decia: «Ahora ya tienes lo que deseabas,» durando esta vision largo rato con harto consuelo suyo y singular favor que Dios le hizo, dándole á entender lo que tanto deseaba por el mismo Santo Padre.

Y en el mismo dia de su canonizacion, que fué á los doce de marzo de 1622, estando el santo Hermano mirando con grande afecto un cuadro del Santo Padre, vestido de vestiduras sacerdotales que estaba encima de la puerta del refectorio, vió que de él salia un rayo de luz como de un sol muy resplandeciente, y que iba á parar en otro cuadro de uno de nuestros mártires japoneses que estaba léjos y en un lugar donde no podia llegar rayo de sol, y que por buen espacio fué dándole en varias partes el rayo, en el rostro, en la cabeza, en el pecho y los hombros y costados, como regocijándose de su canonizacion, que en aquella hora se habia acabado de hacer, y la declaró el Hermano con tanta evidencia, que no dudó ni se pudo contener de contento y gozo sin que lo declarase.

Así lo notaron y tuvieron los de casa por cosa milagrosa, porque en Cerdeña no sabian aún que el Papa estuviese determinado de canonizarle aquel dia; ántes estaban en lo contrario, porque un personaje muy grave y muy conocido en Roma, habia divulgado por carta que habia recibido de un Cardenal, que el Papa habia muerto muchos dias antes, sin poder hacer la canonizacion del Santo; y así, todos estaban en grande duda y recelo.

Sólo el santo Hermano estaba muy seguro y regocijado, callando y aguardando con humildad el desengaño de los demás, porque él bien seguro estaba con la vision sobredicha y con otra no ménos admirable luz que tuvo de lo mismo en el mismo dia del decreto de la canonizacion, que fué á los diez y seis de febrero del mismo año.

Oyendo Misa en la capilla de nuestro Santo Padre, oyó por tres veces una voz que decia: «S. Ignacio, S. Francisco Javier,» é interiormente le dieron á entender que en aquel dia habia sido decretada la canonizacion de los dos santos.

VII

Su singular don de profecía y obras milagrosas.

Era tan grande su caridad para con los prójimos y conocidos, que siempre rogaba por ellos, y todos en sus necesidades y trabajos se le encomendaban, y así vivos como difuntos acudían á él; desde el purgatorio los muertos le pedían socorro.

Era muy conocido y tenido por santo del Arzobispo de Cáller D. Alonso Cedeño, hombre muy letrado, y de muy buena vida, y de grande gobierno, el cual, dejando aquel arzobispado porque le probaba mal el aire de aquella tierra, pasó á ser Obispo de Mallorca, y murió allí la víspera del glorioso Doctor de la Iglesia S. Agustín.

En este mismo día, estando el H. Hortolan en su aposento recogido, le vió delante de sí con vestido llano y semblante triste, y le rogó que hiciese oración á Dios por él y le socorriese, porque había muerto y estaba en el purgatorio.

El Hermano con su humildad le respondió que pidiese ese socorro al Rector, que haría que los Padres y Hermanos rogasen por él.

El Arzobispo le replicó: «No quiero, sino que tú lo hagas.» Entónces tomó por propósito el siervo de Dios el rogar por aquel Prelado, aplicando juntamente sus ayunos, comuniones, disciplinas, cilicios y rosarios por espacio de tres meses, al cabo del cual le volvió á aparecer con diferente traje y semblante, vestido de pontifical, muy alegre y resplandeciente, dándole gracias de lo que había hecho por él.

Tenia costumbre este devoto Hermano de encomendar al Señor cada día al buen Prelado deudo suyo, D. Antonio de Atzori, Obispo de Bosa, donde murió sin haber precedido larga enfermedad.

En el mismo punto en que murió, rogando, como solía, por él nuestro Hermano, oyó una voz que le decía de lo alto: «Ya es muerto,» revelándole Dios su muerte, para que de propósito le encomendase al Señor y socorriese en aquella hora.

Tuvo también don del cielo de conocer el interior de las personas y lo que había de ser de ellas.

Fué una vez á la casa de los novicios, y hablando á uno que había acabado su primera probación, advirtió el P. Francisco Piñas, que se halló presente por ser Maestro de novicios, que al abrazarle se demudó y se le bajaron las lágrimas, mirando con semblante triste al novicio.

Reparando en aquella accion el Padre, le preguntó despues á sólas la causa de la mudanza y tristeza del rostro; y aunque al principio se le quiso excusar, con todo eso, apretado del Padre, le dijo que cuando abrazó aquel Hermano, le habian dicho al oido que aquel novicio no habia de perseverar en la Compañia, como fué así, porque dentro de poco tiempo fué despedido y enviado a su casa.

Sor Margarita Porcela, monja profesa del convento de la Concepcion y muy conocida por su mucha virtud del H. Francisco, dijo que un día fué el santo Hermano en compañía de un Padre que iba á confesar las monjas, y llegando á la reja para rogar á cualquiera monja que topase le llamase otra monja deuda suya, halló allí sola á la dicha Sor Margarita que estaba con una grande afliccion interior que la tenia mucho tiempo muy afligida y desconsolada, y no tenia otro alivio sino ponerse delante de Dios y llorar pidiendo remedio.

La afliccion era una grande duda y perplejidad de su salvacion y temor de que Dios la condenase.

Luego que el H. Francisco conoció que era ella, sin haber comunicado á nadie su afliccion, se la dijo y consoló diciéndola: «Hija, no se aflija ni desconfíe de Dios; dígame que se haga su voluntad divina, y si la quiere salvar, será mayor gloria suya, y si la quiere condenar, que se haga su divino querer, y que de su parte toda su vida le quiere servir y procurar con su divina gracia y favor de nunca ofenderle gravemente, aunque le cueste la vida.»

Juntamente le ofreció el buen Hermano oír una Misa, comulgar y hacer una disciplina por ella, como lo hizo; y alcanzó de Dios que aquella Esposa de allí adelante quedase libre del escrúpulo y temor que tanto la afligia.

Otra vez dijo á la misma monja, la cual muy de secreto y sin comunicarlo deseaba ir á otro monasterio, que se dejase de eso y que no respondiese á la carta que le habian escrito, porque más le convenia quedar donde estaba, añadiendo que otras dos monjas que habian ido, se volverian luego; y así fué, que no pudiendo sufrir las incomodidades del lugar, se volvieron.

Quedó muy espantada Sor Margarita, porque todo lo que en aquella materia habia negociado fué con cartas secretas y fuera de la ciudad de Cáller en la de Iglesias, donde pretendia ir, y sin haberlo comunicado con nadie fuera de la persona con quien se escribia; porque tenia por cierto que, si se sabia en Cáller, sus hermanos y deudos, y las monjas de su monasterio la impedirian; y así, tuvo por cierto que Dios nuestro Señor se lo habia revelado al H. Hortolan, para aconsejarla lo que le convenia ser de mayor servicio y gloria suya.

Por ser tenido este Hermano por tan santo y en concepto de que Dios le a y que alcanzaba de Su Divina Majestad cuanto le rogaba, acudían á él todas las personas que le conocían en sus trabajos y necesidades, y particularmente en las cosas que habían de acontecer y deseaban de ellas el buen suceso, en las cuales tuvo de Dios singular don.

A cuanto en esta materia se le pedía, después de hecha oración, respondía lo que infaliblemente había de ser, como se echará de ver en algunos ejemplos que para confirmación de esta verdad referiremos.

Doña Isabel de Alagon y Requesens, marquesa de Villasor, tenía tan gran estimación y opinión de la santidad del H. Hortolan, que en todos los trabajos de su casa acudía al socorro de sus oraciones con mucha confianza.

Tuvo una vez esta señora una grande aflicción; porque, habiendo casado dos hijas en España, la una con el conde de Santa Coloma, y la otra con D. Alonso Cardona, caballero muy principal, deudo de su casa; las hubo de embarcar juntas para España con otra tercera hija que enviaba, para que entrase monja en un monasterio de Barcelona, quedándose con sólo el marqués su heredero, que era niño.

Hizo esta embarcación en el puerto de Cállor, en dos navíos de alto bordo, con grande sentimiento de toda la ciudad, que quisiera que señoras tan principales quedasen en el reino y no se pusieran á peligro de la mar y enemigos: todo lo cual era de doblado dolor y aflicción para la madre.

La cual, viendo que tardaba el saberse de la llegada de sus hijas y que se temía de algun desastre, acudió con su afligido corazón al siervo de Dios, á quien antes había encomendado muy encarecidamente aquella navegación, y cada día lo hizo con puntualidad; y así, pudo tener luz del cielo y consoló á la afligida madre, diciéndola que diese gracias á Dios, porque sus hijas habían llegado á Cataluña sin peligro; y para mayor consuelo de la marquesa, le dijo que tendría cartas el día de Sta. Catalina vírgen y mártir.

Sosegóse con esta buena nueva y aguardó con grandes ansias el día, que como estaba muy lejos, y, llegado, estuvo toda la mañana con esperanzas.

Pasado mediodía, llegándose la tarde y tañendo las oraciones sin recibir las cartas que el Hermano le había dicho, ni haberse tenido noticia que las recibiese haber por no haber venido bajel alguno de España; viéndose á su parecer desesperada, envió luego un recaudo al H. Hortolan; mas él confirmó lo dicho, diciendo que confiase en Dios, que aún no había pasado media noche.

Y así fué, que luego después de esta embajada vino un bergantín al puerto de Cállor que traía un pliego para la dicha marquesa, y se le trujeron de noche, y tuvo en él cartas de sus hijas y nueva de su llegada con muy gran-

de consuelo suyo y mayor estima de nuestro Hermano, cuya santidad le predicaba, diciendo á muchos esto que le habia pasado.

En este mismo tiempo estaba en Barcelona, para venir por Provincial de provincia de Cerdeña, el P. Pedro Fernandez Mudarra aguardando pasados algunos dias.

Encargó el Superior al H. Hortolan que encomendase al Señor la navegacion del dicho Padre, y, pasados algunos dias, le preguntó si habia partido de Barcelona: respondióle, que el dia de la gloriosa Magdalena habia partido para Génova con una nave.

Pasados algunos otros dias, le volvió á preguntar cuándo tendrían en Cerdeña al P. Provincial, y respondió que por la fiesta de Sta. Cruz de setiembre llegaría salvo al puerto de Cálles desde Génova.

Así fué como él lo dijo, porque llegó la víspera de la dicha fiesta, y se averiguó haber partido de Barcelona el dia de la Magdalena.

Eugenia Sanna, mujer del protomédico Juan Antonio Sanna, tenia un niño llamado Próspero Trota, grande médico napolitano, el cual quiso mudarse con su casa á Nápoles.

Por más que se lo quisieron estorbar, no hubo remedio, aparejándose para embarcarse en una nave inglesa, grande y bien artillada, con casi toda su hacienda, dejando para otra embarcacion á sólo su mujer y cuatro hijas pequeñas.

Fué el H. Hortolan á casa de la dicha señora en compañía de un Padre la cual le preguntó qué sentía de aquella embarcacion.

El Hermano respondió encogiendo sus hombros, y, entristeciéndose, calló. La señora, viendo esto, entró en mayor cuidado, y tomando aparte al Hermano Francisco, le rogó le dijese en puridad qué sentía de aquella ida, el cual le respondió: «Señora, mejor sería que no se embarcasen.»

No contenta con esta respuesta, instó mas, preguntando la causa, y el Hermano muy en sí le volvió á decir: «Mejor sería que no se embarcasen.»

Replicó la señora, diciendo: «¿Hermano mio, peligrarán?» respondió el Hermano: «Sí, señora, que peligrarán.»

Así aconteció, porque, apenas hubo salido fuera cuarenta millas en el mar, cuando fué acometido de dos navíos corsarios, y en pocas horas fué robado y llevado á Túnez, de donde le pasaron á Trípoli de Berbería para vender la ropa y los esclavos; y volviéndose los corsarios á partir, llevaron consigo al sobredicho médico Trota, el cual, al entrar en un barco, cayó en la bodega en el mismo puerto y se ahogó, perdiendo con la hacienda y libertad la vida, y cumpliéndose de esta suerte la profecía de nuestro Hermano.

Habiendo partido de Cálles á Barcelona el Dr. Bernardino Armaniach

compañía de la condesa de Eril, virreina que era de aquel reino; pidió el P. Salvador Lopez al H. Hortolan, que encomendase á Dios la navegacion del doctor su cuñado.

Ofreció el buen Hermano de hacerlo, y despues de haber hecho oracion y encomendado al Señor el negocio en la capilla de nuestro P. S. Ignacio, le dijo al P. Salvador: «Tal dia tendremos aviso cómo ha llegado, y con salud, á tierra firme.

Notó el Padre el dia señalado por el Hermano, y aún lo dijo á algunos de casa, y todos estuvieron muy advertidos aguardando el suceso.

Llegó el dia y díjole el Padre á la mañana: «Hermano Hortolan, hoy es el plazo en que me dijo tendriamos aviso de mi cuñado.» Respondió: «P. Ministro, V. R. confíe en Dios, que no ha pasado aún el dia.»

Pasó mediodia, vínose la tarde y, topándole otra vez, le dijo el Padre burlando: «Viejo, esta vez sale falso profeta:» Entró la noche y perdió el Padre la esperanza, porque en todo el horizonte no se descubria bajel que viniese al puerto.

Tocaron á acostar, y el Padre, con ocasion del oficio de Ministro se entretenió sin acostarse, y á las diez horas y media oyó tañer la campanilla de la portería apriesa, y pensando que llamaban á algun enfermo, llegó el portero á decirle que le llamaban de parte del conde de Eril, virrey.

Acudió y halló un gentilhombre con uno de los de la guarda, que de parte de su Excelencia le dió una sola carta que entónces habia recibido del Dr. Armaniach, diciendo que en aquel punto habia llegado una barca de Génova, y que no llevaba otra carta más que aquella; y que así, que le hiciese saber alguna buena nueva de la condesa su mujer.

Abrió la carta, la cual contenia que, llegando á Génova, topó esta barca que partia para Cáller, y que les hacia saber cómo habian llegado con salud, cumpliéndose bien la profecía del siervo de Dios Francisco Hortolan.

El mismo P. Salvador Lopez dijo que, despues que volvió el dicho doctor su cuñado, se encontró con el Hermano, y sin preguntárselo el Padre, le dijo al H. Francisco: «Padre mio, ya tenemos un caballero más.»

No entendiendo el Padre lo que queria decir, se lo preguntó con curiosidad, y él respondió: «La señora Esperanza, su hermana, está preñada y parirá varon, y así fué alumbrada de un hijo varon, con un parto muy feliz.

Estando el H. Mateo Pau, de nuestra Compañía, en Cáller, supo que á su padre le habia cogido la santa Inquisicion en Sácer, y, pensando que la prisión fuese criminal, estaba en grande afliccion.

Acudió al H. Hortolan y encargóle que rogase á Dios por su padre para que le librase de alguna infamia pretendida de sus enemigos.

Hízolo el santo Hermano, y al cabo de pocos dias le dijo que estuviera buen ánimo, porque su padre ya habia salido libre de la cárcel de la lición, nombrándole el dia en que salió y declarándole la causa porque le dieron, que no era tocante á cosas de fe; y así como él lo dijo, se sup habia pasado al pié de la letra.

Mucho antes que el P. Francisco Piñas entrase en la Compañía, siendo estudiante y de la Congregacion de menores del colegio de Cáller, le vió el H. Hortolan muy ocupado en cosas de la Congregacion, y luego le dijo al otro Señor: «Ves aquel niño, ese entrará en la Compañía y será profesor de ella,» y así fué, y el dia que hizo profesion, cuando le abrazó, le dijo el hermano con ternura y lágrimas la revelacion que habia tenido.

Pasando un dia con el P. Juan Mauro Meloni, de nuestra Compañía, que estaba en la iglesia del glorioso mártir S. Saturnino, en el camino real, con gran regocijo se arrodilló é hizo oracion y dijo al Padre: «Aquí hay grande tesoro y se holgarán de ello en algun tiempo.»

Pasados siete años, se descubrieron en aquel mismo lugar muchos sacros, labrados de mosaico antiguo, con las reliquias de muchos santos mártires, y particularmente de los primeros mártires de Cerdeña, que fueron S. Príamo, Emilio, Luciano y Félix, de los cuales hacen mencion todos los *Martirologios*.

Y, sin estos santos, se hallaron en el mismo lugar otros muchos, entre los cuales fué muy festejada la invencion de un santo niño, por nombre Leonardo, en una hermosísima y curiosa sepultura; con que se vió cumplido el profetizado de nuestro H. Hortolan, el cual entónces dijo al mismo Padre que entre aquellos tesoros estaba el santo de su nombre.

Respondiéndole el Padre, para descubrir más tierra, le dijese qué tesoros eran, le respondió: «Sin que muramos los veremos.»

El dia que se comenzaron á descubrir, pasados algunos años, sin haber hallado el H. Francisco hallado presente, se fué al dicho Padre y le dijo: «Ya se ha hallado el santo de V. R.» y preguntándole dónde, le respondió que se acordaba aquel puesto donde se arrodilló los años atrás cuando fueron juntos por aquel tesoro.

Acudió luego el Padre para ver si era verdad, y halló ser todo al pie de la letra.

Partió del puerto de Cáller la señora Violante Nater, madre de los P. Juan Antonio y Cosme Nater, de nuestra Compañía, con una fragata armada para Araxe, su patria.

Estaba el P. Juan Antonio con grande cuidado de la navegacion, y habian pasado algunos dias sin haber sabido alguna cosa.

Acudió al H. Hortolan á pedirle rogase al Señor por su madre. Habiendo

ien Hermano, y luego tuvo revelacion del cielo que aquella señora habia
gado sana y salva, señalando tambien el dia en que llegó. Lo cual se supo
r verdad en todas las cartas que se recibieron.

El P. Juan Mauro Meloni, confiado en las oraciones del H. Francisco, le
gó encomendase á Dios de veras un negocio y deseo que tenia de ir á
s Indias y trabajar en ellas por la gloria del Señor, para que Su Divina Ma-
stad se lo cumpliese.

Hízolo el siervo de Dios, y respondióle: «Buenas Indias tiene V. R. en los
ueblos de las montañas de Cerdeña.»

Mas no por eso desistió el Padre de su pretension, sino que escribió apre-
damente á nuestro P. General para que se lo concediese, y á los PP. Nico-
s de Almazan, Asistente de España, y P. Francisco Sachino, Secretario de
Compañía, que le favoreciesen con nuestro P. General.

Tuvo respuesta del P. General, que de su parte le daba su bendicion, re-
itiendo la ejecucion al P. Provincial; y de los Padres Asistente y Secretario,
egurándole de su ida á las Indias y como dándole el parabien de ella.

Con estas cartas se fué al H. Hortolan y se las enseñó, diciéndole por do-
ire: «¡Oh falso profeta, que siempre me desanimaba! Mire aquí cómo ya
ngo licencia.»

«Verdad es, dijo el siervo de Dios que nuestro P. General se lã da, pero
. R. no irá esta vez.»

Y así fué, que consultándole el P. Provincial, juzgó por entónces que no
ese, cumpliéndose la profecía del Hermano que humanamente no pudo
ber ni sospechar lo que el P. Provincial habia determinado, por estar léjos
aco jornadas del colegio de Cáller, y ser al parecer humano muy claro lo
ntrario de lo que el H. Francisco decia.

El P. Julian Melis, de nuestra Compañía, profeso y maestro de Teología en
üller, encargó al H. Hortolan que encomendase á Dios de parte de D. Luis
oalbez, conde de Palmas, la salud de D. Alonso Goalbez, su hijo y herede-
de su Estado, que estaba enfermo de una grave enfermedad que le habia
iesto á peligro de la vida y hecho perder los pulsos á los médicos que le
nian por desahuciado.

Hízolo muy de propósito el santo Hermano, y respondió al P. Julian que
moriria el hijo del conde de aquella enfermedad, y que los santos márti-
s Antioco y Saturnino, á los cuales sus padres habian ofrecido dos cirios
ra que ardiesen delante de sus altares, lo habian alcanzado de Dios.

Y añadió que una medicina que le habian dado habia sido dada fuera de
mpo, sin haberle á él dicho persona de los cirios ofrecidos á los santos ni
la medicina; porque ni el mismo Padre, que como confesor cada dia los

visitaba, lo sabia. Mas, yendo el Padre por la mañana siguiente, halló á los médicos hablando del error que se habia hecho en darle purga fuera de tiempo y sazon.

Cuando oyó el conde lo que el Hermano habia dicho al Padre en razon de esto, dijo: «Eso no puede ser sino milagro y revelacion del cielo; porque ni en casa sabíamos, hasta ahora que los médicos los han dicho, que la medicina se hubiese dado fuera de su tiempo.»

El Dr. D. Juan Atzori, Dean de la santa iglesia de Cáller y Cancelario de aquel reino, por ser deudo muy cercano del H. Hortolan, siempre que le hablaba le decia: «H. Hortolan, encomiéndeme á Dios;» y él le respondia: «Ya se hace.»

Una vez entre otras le dijo lo mismo con algun encarecimiento y deseo de que Dios por sus oraciones le hiciese bueno, y el santo Hermano le volvió á responder lo que siempre. «Ya se hace; añadiendo, y Vm. será Obispo.»

Esto era en tiempo en que el dicho Dean estaba desahuciado de la corte en materia de prelacías, ni curaba más de ellas; y así, cuando él ménos lo pensaba, le hizo su Majestad merced del obispado de Bosa, y se acordó luego de la profecía del H. Francisco.

El P. Antioco Luciano escribió con grande secreto á nuestro P. General, suplicándole le diese licencia para ir á las Indias, que lo deseaba con grande afecto.

Y, para obligar más á Dios nuestro Señor cumpliese su buen deseo, dijo al H. Hortolan, que encomendase á Dios el suceso de un negocio que le importaba mucho, sin declararle el negocio ni haberlo dicho á otra persona nacida.

El Hermano le respondió luego: «¿Qué, quiere ir á las Indias? no irá;» y no reparando entónces el Padre mucho en esto, perseveró en su pretension, y vino nombrado de Roma el año de 1625, para que partiese con otro compañero para las Indias.

Avisado del P. Provincial, dispuso todo su matalotaje y las cosas necesarias para su partida.

Estando ya, como dicen, el pié en el estribo, sobrevinieron tales circunstancias, que forzaron al P. Provincial á dilatar su ida, enviando, como envió, otro en su lugar, quedando espantado el P. Luciano que tan sin pensarlo le impidiesen el negocio que tenia ya en las manos.

Atribuyéndolo á causas superiores, se acordó de lo que el H. Hortolan le habia dicho, y confirmóse más en que Dios nuestro Señor le habia dotado de un singular don de profecía.

Habiendo la marquesa de Villazor, doña Isabel de Alagon, casado á su

hijo el marqués en Madrid con la hija del vicecanciller Roig, y estando el marqués en Madrid con su mujer; preguntó en Cáller al santo varon en presencia del P. Antonio Lopez, á quien acompañó el H. Hortolan: «Mi marquesilla, ¿tendrá hijo ó hija?»

Respondió el siervo de Dios: «Señora, Dios lo sabe.» Entónces dijo la marquesa: «¡Pobre de mí, hija tenemos!» Acudió el Hermano declarando lo que sabia del cielo: «Señora, no será hija, sino hijo.» Replicó la marquesa: «¿Cierto?» Respondió el santo Hermano: «Cierto, señora;» y así fué, que á pocos meses parió un hijo, que es el mayorazgo de su casa.

Cayó enfermo el P. Rafael Garao, Provincial de aquella provincia; fué el P. Antonio Lopez á decirle al H. Hortolan encomendase á Dios al P. Provincial.

Él entónces, encogiendo los hombros, como solia en tristes sucesos, respondió: «Padre, ¿qué haremos á Dios?»

Lo mismo dijo con palabras algo más claras al P. Julian Melis, que fueron estas: «Si Dios no le quiere dar salud, ¿qué haremos?» Y así fué, que dentro de pocos dias murió.

Habiéndole encomendado el P. Julian Lai un negocio de muy mala disposicion de personas que le tocaban y le tenia en grande cuidado y afliccion, para que rogase á Dios le diese buen suceso; él lo hizo por muchos dias, y topándose un dia despues de haber comulgado, sin decirle nada el Padre, le dijo el santo H. Francisco: «Padre, tenga buen ánimo, que el negocio está hecho,» y luego tuvo aviso cómo Dios habia dado buen remate al negocio.

Estando enfermo el dicho Padre, siendo Hermano, llegó á estar desahuciado de los médicos.

Súpolo el siervo de Dios que estaba en la huerta ó granja en aquella sazón, y rogó muy de veras á nuestro Señor por su salud.

Luego pidió licencia para ir á visitarle, y entrando en la puerta del enfermo, con grande contento le dijo desde la misma puerta, sin llegarse á él: «No tema, Hermano. que luego estará bueno.»

Así fué, que dentro de cuatro dias se levantó sano, y volviéndole á visitar el H. Hortolan, le dijo: «¿No le habia dicho yo que estaria bueno luego?»

Francisco Sigui, cirujano muy conocido y querido de todos en Cáller por su mucha bondad y destreza en su arte, teniendo por santo al H. Hortolan, y confiando mucho en sus oraciones, le rogó que encomendase á Dios un hijo suyo que habia enviado á Nápoles para estudiar medicina y graduarse en aquella facultad.

Hízolo mucho tiempo el H. Francisco, y siempre que se encontraban le decia: «Tenga buen ánimo, que su hijo ha de ser hombre de bien.»

Y así fué, porque acabó sus estudios, y recibió el grado, y se aparejó para volver á su casa, escribiendo á su padre que le aguardase por horas.

En este tiempo vinieron algunos bajeles de Nápoles sin él, y fué para el padre de grande pena, la cual se aumentó más sabiendo que entónces por aquellos mares andaban muchos corsarios.

Acudió al H. Hortolan y dióle cuenta de su afliccion. Consolóle el santo Hermano, dándole firmes y buenas esperanzas, diciéndole que sin pensar le veria delante de sí sano y bueno.

Tuvo algun alivio el padre con esto. El dia siguiente le dieron nueva que su hijo habia desembarcado y estaba en nuestra Señora de Buenaira, insigne santuario de la Virgen, una milla de la ciudad.

Fué corriendo allá, y llegando á la plaza de la iglesia, encontraba muchos religiosos de aquel sagrado convento, amigos y conocidos suyos, y ninguno le decia palabra de su hijo; entró en la portada de la iglesia, y no viéndole, quedó más suspenso, pensando le habian engañado.

Entró en la iglesia, y estando haciendo oracion de rodillas, sin ver ni saber de dónde, vió á su hijo delante, cumpliéndose bien lo que el H. Francisco le habia dicho, que sin pensar lo veria delante.

Viéndose un Hermano de la Compañía muy afligido de temores que por su poca virtud le despedirian de la Compañía, fuése al H. Hortolan y comunicóle sus trabajos y desconsuelos.

El santo varon le consoló y dió buenos consejos, asegurándole que moriria en la Compañía; y en el tiempo que se vió á pique de ser despedido de ella, volvió en sí como de un letargo, y, conociendo su poca virtud, cobró alientos y comenzó de nuevo á servir á Dios con muchas veras.

Estando en buena disposicion, le dió una enfermedad que dentro de pocos dias se lo llevó, recibiendo antes todos los Sacramentos, con muchas prendas de su salvacion, cumpliéndose al pié de la letra lo que el siervo de Dios habia profetizado.

Estando asimismo afligido un Padre de la Compañía con grandes temores que no fuese despedido de ella, los cuales temores se le acrecentaron más cuando haberle dicho un Provincial que nunca le daria la profesion en la Compañía, acudió al H. Hortolan como á comun refugio de afligidos, el cual le dijo que estoviese con buen ánimo, que luego le darian la profesion.

Esto se ha cumplido y se confía se cumplirá tambien lo que le dijo de perseverancia hasta la muerte en la Compañía con la gracia divina.

Viniendo el P. Salvador Pizqueda, siendo estudiante secular del colegio de Sacer, para ser recibido en la Compañía en la Casa de probacion de Calle, le encontró el H. Hortolan, y abrazándole, le dijo que iria á las Indias.

Rióse de ello, porque no le habia pasado por la imaginacion, ni aún sabia qué cosa era ir á las Indias.

Acabó su probacion y sus estudios; mas, ordenado de sacerdote, le vino un grande deseo de ir á las Indias, que no podia reposar hasta que lo alcanzó: y fué, y llegó con una felicísima navegacion.

Estando el P. Pedro Fernandez de Mudarra, Provincial de la Compañía que fué de la provincia de Cerdeña, en el colegio de Cáller una cuaresma predicando los domingos, fué llamado de la Inquisicion para que en espacio de seis dias compareciese en Sácer ante aquel santo tribunal.

Temiéndose de alguna falsa acusacion en cosas tocantes á la fe, fué luego con grande sentimiento de todos sus súbditos. Encargóse al H. Hortolan encomendase á Dios aquel negocio.

Comenzó á este fin una novena en la iglesia de S. Georgio, Obispo de Suelli, que está en uno de los arrabales de la ciudad, y es la misma casa donde el Santo nació, convertida en iglesia.

Acompañábale un dia el P. Antioco Luciano, siendo Hermano, y al salir de la iglesia, le dijo el siervo de Dios: «Hermano, el P. Provincial volverá presto.»

Así fué, que apenas hubo llegado á Sácer, cuando el Inquisidor conocida su inocencia, le dió licencia de volverse, sin tomarle dicho ni tratarle como reo sino como amigo, despues de haber estado los dos en buena conversacion largo espacio de tiempo.

Estando enfermo en el siglo D. Diego Pacheco, hijo de D. Francisco Pacheco, Regente de la real Audiencia, de una grave enfermedad que le puso en notable peligro de la vida á juicio de los médicos; el P. Salvador Lopez, de la Compañía, su confesor, encargó al H. Hortolan encomendase á Dios un enfermo peligroso, sin decirle quién era.

El siervo de Dios lo hizo muy de veras en la capilla de S. Ignacio.

Pasados algunos dias, encontrando al dicho Padre, le preguntó: «¿Cómo está el enfermo? Y el Padre le dijo que estaba mejor. Respondióle el Hermano: «Dígale V. R. que la salud que tiene, la agradezca á S. Ignacio.»

Hízolo el Padre, y el enfermo quedó de tal manera agradecido al Santo, que, luego en convaleciendo, pidió la Compañía con grande instancia, y dentro de seis meses fué recibido en ella.

Al H. Salvador Pili, Coadjutor de la Compañía, preguntó un dia el H. Hortolan si un su hermano recién casado en la villa de Setimo tenia hijos; respondióle que sólo sabia que su mujer estaba preñada; y con alguna curiosidad le preguntó si seria hijo ó hija.

El santo Hermano respondió: «Será varon, y le pondrán por nombre

Ignacio;» y así fué, que siendo alumbrada de un hijo varon y estando sus padres lidiando con los demás deudos qué nombre le pondrian; salió su abuela, que jamás tuvo conocimiento de S. Ignacio, y dijo que le pusiesen por nombre Ignacio; y así se hizo, cumpliéndose lo que el santo Hermano dijo.

En todas estas profecías van envueltos algunos milagros que Dios nuestro Señor obró por su siervo, fuera de otros que hizo por su causa, como fué este de gran regalo que ahora contaré.

El H. Juan Pablo Porcu servia una vez de enfermero al H. Hortolan en tiempo de mucho frio, que por su vejez y enfermedad le hacia grande impresion.

Un dia á la hora de comer le pidió el enfermo le trajese de la cocina unas brasas para encender con ellas un poco de carbon que tenia en un braserito de barro para calentarse las manos y poderlas menear para tomar lo que habia de comer.

Fué el Hermano á la cocina y no pudo haber las brasas que pedia. Volvió y dijo al enfermo lo que habia pasado.

Entónces el santo H. Hortolan, dando gracias á Dios, dijo al enfermero le trajese la comida. Fué, y volvió luego, y halló delante del Hermano todo el carbon del braserito encendido.

Quedó espantado y no se atrevió á decirle cómo se habia encendido el carbon, entendiendo que no pudo ser sino milagrosamente en tan breve espacio de tiempo.

Dió tambien milagrosamente salud á algunos enfermos, como lo hizo con la señal de la cruz al P. José Senis, de la Compañía, el cual solia padecer un recio dolor de estómago que varias veces en el año le apretaba tanto, que no le daba lugar para cosa alguna.

Estando un dia con gran dolor en su aposento, le vino á ver el H. Hortolan y le preguntó qué tenia: el Padre le dió cuenta de su mal, y le rogó que le hiciese la cruz donde le dolia.

El santo Hermano se arrodilló é hizóle la cruz, y luego cesó el dolor, de manera que ha muchos años que no le ha vuelto, como solia cada año muchas veces.

Entre otras mercedes que hizo el Señor á este su siervo, fué revelarle la hora de su muerte.

Llamó un dia al H. Pablo Poggio para que le escribiese una carta al Dr. Pedro Juan Hortolan, su hermano, que vivia en la ciudad de Barcelona, y acabó la carta diciéndole que hasta entónces le habia encomendado á Dios en esta vida y se habia holgado de haberlo hecho, porque sabia que él y su hijo vivian como buenos cristianos; y que de allí adelante lo haria en la otra vida, despidiéndose de ellos como quien no les habia de escribir más.

El secretario le rogó le dijese, cuándo moriria. Pero, rehusándolo decir por su humildad, procuró que le acabase de escribir la carta y se fuese.

Mas el Hermano le apretó diciéndole que no la acabaria, si no le decia cuándo moriria. Entónces el santo Hermano sonriéndose le dijo: «De aquí la Pascua será, y no hable más de ello.»

Esto aconteció un mes y medio antes de Navidad, y el siervo de Dios murió a víspera de Sto. Tomás Apóstol.

VIII

Su santa vejez y dichosa muerte.

En los últimos años de su vida, cuando por sus muchas enfermedades, achaques y vejez, no podia trabajar como solia; vivia una vida del cielo con los continuos regalos espirituales que recibia de la liberal y franca mano del Señor.

Fuera del tiempo que gastaba en la oracion comun y de obligacion del Instituto, que son la hora entera de meditacion á la mañana, los dos tiempos de los exámenes de la mañana y de la tarde, y el tiempo de leer leccion espiritual y oír Misa cada dia y rezar el Rosario y Oficio de nuestra Señora; todo lo demás del dia lo ocupaba en visitar enfermos, si los habia en casa, y consolarlos, en visitar el Santísimo Sacramento del altar y rogar por todas las necesidades comunes y particulares con ratos de oracion muy largos.

Fuera de esto, todo lo restante del dia lo gastaba recogido en el aposento en hacer oraciones jaculatorias que él mismo componia, y en cantar algunas alabanzas á las tres Personas divinas, á la santísima alma de Cristo, al Santísimo Sacramento, á la gloriosísima Vírgen y á todos los santos ángeles en comun y en particular, á todos los cuales solia componer unos abecedarios, diciendo por cada letra una alabanza de Dios ó de algun santo, comenzando desde la letra A, primera del A, B, C, y no parando hasta la última de él, de los cuales andan muchos de su mano, tenidos por reliquias.

Otras veces cantaba himnos en latin de los que canta la Iglesia, y algunos otros que él componia en alabanza de algun santo, que aunque no muy elegantes, pero bien llenos de espíritu y de devocion.

De esta manera andaba siempre ocupado en Dios, llena su alma de santos afectos, con que la esforzaba y alentaba á llevar con alegría la carga de este cuerpo pesado y corruptible, y á sufrir con paciencia las penas y dolores de los achaques que de continuo le atormentaban.

Llegó en esta materia á ser tan favorecido y regalado del cielo, que mu-

chas veces oía músicas de los ángeles y cantaba con ellos, y otras entonándole ellos alguna antífona ó himno, la proseguía solo.

Estaba tan hecho á esto, que aún en presencia de otros, sin advertirlo, tomaba el tono que le inspiraban á los oídos y la letra, y proseguía.

Una vez estando enfermo en la cama y en presencia de un Padre que le visitaba, sin reparar en ello, elevado del espíritu, comenzó á cantar aquella antífona: *Similabo cum viro sapienti*, etc.

Preguntado del Padre por qué cantaba á deshora aquella antífona, respondió con una santa simplicidad: «Porque me han dicho al oído que la cantase»

Con esto andaba tan ocupado interiormente en todo tiempo y lugar, que se puede bien decir bien de él que siempre oraba, cumpliendo el consejo de Cristo nuestro Señor: *Oportet semper orare et nunquam deficere*, etc.

Bastaban las cosas referidas para confirmacion de lo mucho que Dios nuestro Señor se comunicó á este su siervo tan liberalmente, visitándole y alumbrándole, oyéndole y respondiéndole en todas las cosas que le suplicaba.

Ahora diremos algo de lo que le pasó en la última enfermedad de que murió, de su santa muerte, glorioso entierro y algunos milagros que Dios nuestro Señor ha obrado despues de su muerte por su intercesion.

Llegó, pues, el tiempo en que el cielo habia dispuesto de llevar de esta á mejor vida á su siervo Francisco, y darle el premio de ochenta años de vida cristiana y de cincuenta y ocho de vida religiosa, humildísima, obedientísima, castísima, pacientísima y de caridad heroica.

Fué prevenido de la divina Providencia para disponer la jornada con una larga y penosa enfermedad que duró más de un año, desde octubre del año de 1622 hasta diciembre de 1623, en que salió de esta vida mortal.

Apoderóse de él una calentura que le tuvo rendido lo más del año en la cama, sobreviniéndole otros accidentes de flemones y dolores, que le dieron que merecer y perfeccionaron la corona de su grande paciencia y sufrimiento.

Viendo los médicos la flaqueza y mucha edad del sujeto con la calentura que nunca le dejaba, fueron de parecer que le diesen los Sacramentos, los cuales recibió con extraordinaria devocion y ternura, la cual él solia mostrar en las confesiones y sagradas comuniones con copiosas lágrimas.

Recibió el Viático á los 17 de diciembre, día de domingo, y vivió hasta el miércoles siguiente, en el cual pidió con mucho afecto al P. Agustin Castana, Rector, le dejase comulgar aquel día.

Viendo que escupia muy amenudo y no se podia contener, le fué divirtiendo para el día siguiente, que era el día del Apóstol Sto. Tomé; á lo cual respondió el siervo de Dios, como quien sabia lo que habia de ser, que esotro

seria menester, conformándose con la voluntad de su Superior. Habia tambien recibido á su tiempo la Extremauncion, comenzó á dar muestras de se moria.

Algándose por casa esta nueva á todos los Padres y Hermanos, acudieron á ver morir al que tenian por santo, y tomar algo de sus cosas por reliquia y en un instante barrieron cuanto habia en el aposento, no sólo sus vestidos, sino tambien de sus papeles y escritos de su mano.

Los á porfia le tocaron sus rosarios y otras cosas en la cabeza sin que advirtiese; porque si lo advirtiera, por su grande humildad no lo sufriera. Estaba muy ocupado en dulces coloquios con su Dios, y con un alegre y singular confianza repetia amenudo aquel Invitatorio que pone la Iglesia sancta en los maitines de la vigilia de Navidad: *Hodie scietis quia Dominus, et mane videbitis gloriam eius.*

Asi muchas veces decia aquellas palabras de Isaías: *Surge illuminare Hierusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.*

Despidiéndole los de casa que se acordase de ellos en el cielo, con apacible y dulce voz le decia: «Sí haré.»

Entre otros se llegó á él un Hermano muy amigo suyo á quien habia acompañado mucho tiempo en la huerta, y lo abrazó, y el siervo de Dios le dio la mano, y con rostro risueño le hizo la fiesta que pudo.

El Hermano con mucha llaneza, viendo que otros habian puesto sus bonetes en la cabeza del siervo de Dios, quiso poner el suyo, y lo hizo de manera humilde Francisco lo advirtió, y luego se paró con rostro algo triste y con voz baja, y alzando la mano á la cabeza, cogió el bonete y lo apartó.

Asi, viendo que por su grande humildad sentia estas demostraciones de caridad, dieron en un santo engaño, con el cual le pudieron poner todos los rosarios en las manos, diciéndole que le ponian los rosarios porque ganaba indulgencias que en aquellos rosarios se ganan, con lo cual lo permitia. En este tiempo quiso Dios para su consuelo le volviese el sentido del oido, que muchos años atrás habia perdido, y no podia oir sino hablándole alto y á la oreja. Pero en esta hora, cuando faltan á otros los sentidos, se le volvió á su siervo tan entero, que por más bajo que le hablaban, lo oia luego y con claridad, que fué para todos de gran consuelo.

Quando que ya se llegaba la hora, despidiéndose de los presentes y repitiendo amenudo el dulcísimo nombre de Jesus, se compuso en la cama, escurriendo muy en sí, y cerrando los ojos como quien se quiere dormir, *obdormi-
Domino* el dicho miércoles á 20 de diciembre de 1623, vigilia del Apóstol Santiago. Tomó, á las diez y media de la noche, á los ochenta años de su edad, cincuenta y ocho de Religion.

IX

El concurso grande á su entierro.

Luego que espiró el siervo de Dios, se compuso el cuerpo y se llevó al oratorio de la Congregacion de los caballeros, donde estuvo encerrado con llave hasta la mañana, que fué forzoso abrirle para que fuese visto de toda la gente que venia en procesion á verle como á cuerpo santo, entrando unos y saliendo otros, sin jamás faltar concurso de hombres.

En esto se pasó toda la mañana, besándole todos la mano y los piés, tocándole con sus rosarios con mucha devocion y ternura.

Pensando los Padres enterrarle aquel mismo dia á la tarde con la humildad y modestia que sule la Compañía enterrar sus difuntos, vino á deshora el jurado de la ciudad á pedir en nombre de toda ella al P. Rector que fuese servido, por dar gusto á todo el pueblo y satisfaccion á todo lo granado de la ciudad, dilatar el entierro del santo H. Hortolan, y entre tanto hacerle sacar á la iglesia donde fuese visto y reverenciado de todos.

Pidió juntamente en nombre y de parte de toda la ciudad las cosas siguientes: que fuese enterrado aparte dentro de una arca y que la arca no se pusiese debajo de tierra, sino en lugar alto dentro de la capilla mayor, ofreciendo para este efecto una arca curiosamente labrada y aforrada de terciopelo.

Ultimamente, que se señalase predicador que declarase al pueblo los raros y heróicos ejemplos de virtud y piedad cristiana que en su vida dió este santo Hermano á todos, y esto para mayor gloria del Señor, que quiere ser glorificado en sus santos, y para consuelo y regalo de toda la ciudad que lo deseaba sumamente.

El P. Rector agradeció el favor grande que en esto se hacia al Hermano difunto y á la Compañía, pidiendo plazo para con más acierto responder á los demás puntos, consultándolos primero con los Padres más graves del colegio.

Apénas se habia despedido el jurado, cuando llegó el Dean de la santa iglesia de Cáller para hacer de parte de los señores Capitulares la misma peticion, y antes que comenzase á hablar, sobrevino el marqués de Laconi acompañado de muchos caballeros principales, y D. Pablo de Castelvi, Procurador real, Caballero del Hábito de Santiago, su hermano, en nombre de los señores, á pedir lo mismo que pedia la ciudad y Cabildo.

Así, fueron forzados los PP. Rector y Consultores, á ordenar que, para dar gusto y satisfaccion á tantos señores y condescender con la mucha devocion

l pueblo, se difiriese el entierro del santo Hermano para el dia siguiente, y e el cuerpo fuese puesto en una arca de madera lisa, sin otro adorno al- no de seda ni de oro, y que fuese enterrada, y no puesta en alto, dentro de capilla mayor á la parte de la epístola.

Esta respuesta se dió á los tres estados, eclesiástico, militar y real, con pre- ncion y aviso que el dia siguiente se habia de poner todo en ejecucion.

Sacóse la misma tarde el cuerpo á la iglesia; y porque se entendió que el a siguiente determinado para su entierro, no daria el concurso de la gente gar para poder cantar los tres nocturnos de difuntos, pareció anticiparlos: así, se cantaron la misma tarde con asistencia de todo lo más granado de ciudad.

Quísose hallar presente la virreina, y cuando vino, halló la iglesia tan cua- da de gente, que con grande dificultad pudo entrar y llegar al lugar donde enia la silla aparejada, la cual hubo de dejar por la grande apretura de la gente, de quien no se pudo librar, aunque lo procuraron los de su guarda, y fué forzoso retirarse á la capilla de nuestro P. S. Ignacio, donde estaban las marquesas de Laconi, de Serramanna y Palmas.

Mientras se cantaron los Oficios, hubo en todos grande sosiego; pero en acabando de cantar y de llegarse el de Palmas, como se llegó con mucha de- vocion y ternura á besarle los piés, hubo tan grande mocion, que sin orden ni concierto concurrían á hacer lo mismo y tocarle sus rosarios, sin dar lugar á nadie ni aun á la misma virreina, que hubo de aguardar hasta que los de- más cumpliesen con su devocion.

Llegándose despues con alguna dificultad, le besó por tres veces la mano y le tocó con su rosario, y un Padre de los nuestros dió á su Excelencia por reliquia una cruz pequeña que el santo varon traia en sus manos la cual re- cibió con mucha devocion y agradecimiento, y se la colgó luego al pecho, dando muestras que deseaba tener otra reliquia más conjunta al santo.

Con esto se despidió y se convidó para el entierro del dia siguiente; en el cual, en amaneciendo Dios, hubo un innumerable concurso de gente, desper- tada al doble de las campanas que toda aquella mañana se hizo en la Cate- dral por mandado de los Capitulares.

Sacóse el cuerpo de la capilla mayor, donde se habia recogido la tarde antes, y se puso en medio de la iglesia levantado más en alto para que todos le todas partes le pudiesen ver.

Y fué muy acertado, porque con esto hubo mayor sosiego en toda la gen- te; la cual volvió como el dia antes con la demás que no se habia hallado, y fué innumerable, á besarle la mano y tocarle los rosarios.

Los que no podian llegar daban sus rosarios de mano en mano, y no con-

tentos con esto, comenzaron á tomarle de los cabellos y vestido por reliquia.

Recelándose los de la Compañía que estaban juntos al cuerpo de lo que aconteció, que no pasasen adelante dejándole desnudo, procuraron con la guarda de la virreina impedir que nadie se llegase más, y por más que forcejaron no pudieron estorbarlo, no reparando, aún damas muy principales, en que las muchas hachas que estaban alrededor del santo cuerpo les manchasen los mantos y ropas de valor.

Estando en esto llegó el clero en procesion con los jurados y otros muchos caballeros y ciudadanos honrados, y entrando con harta dificultad al altar mayor, cantaron la Misa de difunto para el entierro con la música de la Catedral.

Estando la Misa en el ofertorio, subió al púlpito el P. Salvador Pala, maestro de Teología, y con el deseo de saber las maravillas del siervo de Dios, se sosegó la multitud del auditorio.

Comenzó su sermon el predicador dando principio y tomando por tema aquellas palabras: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus.*

Fué diciendo lo que pudo y el tiempo le dió lugar de la santa vida y favores singulares que el cielo le hizo; con lo cual quedaron todos espantados, y mucho más aficionados á la vida del santo Hermano.

Acabada la Misa, al punto que quisieron tomar el cuerpo de enmedio de la iglesia para llevarle al lugar donde se habia de depositar, levantaron todos un grande ruido, como que se animaban á dar el asalto al santo cuerpo y coger de sus reliquias.

Y de hecho le acometieron con tanta furia, que ni la autoridad de los señores jurados y títulos, ni la resistencia de los alabarderos que estaban en guarda de la virreina, ni los de la Compañía fueron bastantes para estorbar que no le quitasen cuanto tenia, como le quitaron á pedazos todos los vestidos, desde el manteo hasta la camisa, dejándole desnudo, y forzando á los Padres á cubrirle luego con un paño negro de bayeta que estaba encima del ataúd.

Aun de ese tomaron la mayor parte á pedazos, ayudando á este santo robo los mismos jurados, los títulos y los señores Capitulares; y no hallando ropa que tomar, pasaron adelante hasta cortarle dos dedos de los piés.

Y así, para sacarle de medio de la furia popular, acordó el Dean mandar á todos, como mandó, so pena de excomunion, se apartasen y diesen lugar á que el santo cuerpo se llevase al lugar donde se habia de depositar ó sepultar, lo cual se hizo con harta dificultad.

Llegando allá, se puso dentro del arca y cubrióse como se pudo sin enclavarla, y la metieron dentro de la sepultura, la cual cubrieron con un tapete, dando á entender estaba allí depositado.

Con lo cual se quitó del todo al pueblo la esperanza de verle, con que comenzó á dar lugar la multitud, yéndose á sus casas á las dos despues de mediodia.

Movido de lo que se decia y del gran concurso de la gente que acudia á venerar el santo cuerpo, el Obispo de Madauro, y titulado del Arzobispo de Cáller, acudió sin poderse detener para poder verle y reverenciarle, y para poder hacerlo á su gusto, se entretuvo hasta que la demás gente se fuese.

Descubrióse el arca y se halló tan desarropado, que de admirado dijo: «¡Grande impulso y mocion divina ha sido la que pudo mover á hacer todo esto!»

Tocóle las manos, cabeza y cuello, y hallólos tan tratables despues de cuarenta horas que estaba difunto, que sin resistencia alguna los volvía á la parte que queria, como si fueran miembros de un cuerpo vivo.

Ponderó mucho y tuvo por milagro la hermosura y resplandor del rostro y la extraordinaria blancura de las manos, que parecian fino alabastro; indicios claros de la santidad del santo Hermano: con los cuales quiso tambien Dios declararla al mundo en la muerte, en la cual tiene el justo puesta toda su esperanza: *Sperat autem iustus in morte sua*.

Porque entónces suele Dios abrir los ojos de los mundanos para que vean que aquellos á los cuales ellos tenian en este mundo por simples, eran los sabios de Dios, como lo hizo con este su siervo, declarando, no sólo en su muerte lo mucho que le agradó y sirvió en vida; pero aún despues de ella, moviendo á todos á tomarle por su abogado y patron, en tanto grado, que no habia enfermo en Cerdeña que no procurase tener una estampa ó retrato suyo ó alguna reliquia.

Con esta grande fe que todos le tienen hace Dios milagros muy frequentes con los que se le encomiendan; de los cuales para conclusion de esta breve relacion referiremos aquí algunos, comenzando de uno que hizo el mismo dia de su entierro.

La señora Ana Guio, mujer del doctor Juan Masonz, oidor que fué de la real Audiencia del reino de Cerdeña, tuvo por espacio de once ó doce años un brazo tan malo y tan dolorido, que no podia valerse de él para accion alguna. Aun para lavar las manos no podia ayudarse sin grande pena y tormento, ni llegarse al fuego podia sin la misma pena y dolor.

Aplicáronle los médicos cuanto su arte les enseña. Todo fué sin provecho hasta el dia del entierro de nuestro santo Hermano, al cual acudió la dicha señora, y procuró, con mucha fe y deseo del remedio de su mal llegar cerca del cuerpo, aunque con grande dificultad.

Tomóle una de las manos, y, como pudo en medio de tanta apretura, la

puso encima de la suya y procuró meterla hacia el brazo lisiado, y desde entonces se le quitó el dolor y quedó de él sano para todas las acciones de trabajo.

El doctor Francisco Marcio, médico, afirmó que desde niño de diez años padecía una hinchazon como hernia que le daba mucha molestia, y que estando de la edad dicha en Palermo, habia un tio suyo excelente médico que le aplicó todos los remedios que el arte le enseñaba para curársela y nada le aprovecharon, ántes le fué creciendo con la edad, y á los cuarenta años le impedía el subir y poder ir á caballo, con harta afliccion y pena suya por no hallar remedio humano de su mal.

Pero quiso Dios le hallase del cielo, porque, hallándose al entierro del santo H. Hortolan, y viendo la grande devocion y afecto con que todos se encomendaban á él, se movió á rogarle por su mal, diciendo: «Santo Hermano, bien sabeis que yo muchos años os he visitado en vuestras enfermedades y curado, acordaos ahora de mí y alcanzadme de Dios remedio para este mi mal que padezco tantos años.»

A la mañana se halló tan sano, como si nunca hubiera tenido tal mal, dando muchas gracias al Señor y al santo H. Hortolan, por cuya intercesion habia alcanzado salud.

X

Otros muchos milagros despues de muerto.

Doña Catalina Silva, hija de D. Melchor de Silva, Veedor real en aquel reino, niña de pocos años, estando enferma, llegó á estar desahuciada de los médicos y sin remedio humano.

Viendo esto sus padres, acudieron al divino, y á la hora en que le habia de venir un paroxismo, que segun el parecer de los médicos la habia de acabar, lleváronle un cuadro del santo Hermano.

Luego que le tuvo delante se avivó la niña y no le vino el paroxismo ni otro accidente, sino que desde entonces quedó sana con admiracion de los médicos que afirmaron ser milagro hecho por el siervo de Dios, á quien encomendaron sus padres su hija y dieron ocasion á que despues casi todos los enfermos se encomienden al santo varon, y busquen alguna reliquia ó cuadro suyo, y alcancen por su medio lo que desean.

Clara Morrocu, criada de doña Beatriz Escarchony, estaba con grandes desmayos y desahuciada de vivir.

Confesóse y recibió el Viático, y estando media dormida, sintió le pasaba una mano por la cara.

Despertó pensando seria su señora, y abriendo los ojos vió un hombre aniano con hábito de la Compañía que le ponía la mano en la frente, y espantada dijo: «Jesus, María.»

El de la Compañía la dijo: «No temas, hija, que yo soy el H. Hortolan y no tendrás nada de esta enfermedad.»

Desde entónces cesaron los desmayos que padecía, y se le quitó una hinchazon de cabeza que tenia, y fué mejorando hasta sanar del todo.

Refirió la vision á su señora, que conocia bien al siervo de Dios, y tambien su marido; dióles las señas y entendieron que era el H. Hortolan que habia muerto aquel año, quedándole muy agradecida y pregonando su milagro.

Gracia Cocu, natural de la ciudad de Cáller, el dia del entierro del santo Hermano, despertando á la mañana, se halló con una de las rodillas muy hinchada y no ménos inflamada.

Espantóse y dió cuenta á su hermana Ana Cocu, y ambas quisieron llamar un cirujano que abriese la hinchazon, pareciéndoles estaba sazónada.

No lo hicieron por miedo que tenian; y el dia siguiente, sabiendo el mal una señora, les dió un pedazo del manteo del siervo de Dios, diciéndoles que el Hermano era santo, y que, poniéndolo en la rodilla, la curaria.

Tomólo la enferma con mucha devocion, y haciendo tres cruces con él sobre la rodilla hinchada, dijo tres Pater noster y tres Ave Marías, añadiendo: «Si es santo este Hermano, hará que se me quite el dolor.»

Esto fué un sábado, y luego se le mitigó el dolor que no le dejaba vivir, y el domingo siguiente se levantó de la cama y anduvo por casa sin dolor, y luego se fué á oír Misa á la iglesia por sus piés, y volviendo de ella y recorriendo su rodilla la halló del todo sana sin hinchazon alguna y sin dolor, pregonándolo por milagro á todos.

Á Moncerrada Colecta, de la ciudad de Cáller, le dió una aguda punta debajo del pecho, que no le dejaba resollar ni menearse.

Viéndose tan apretada y sin remedio, y acordándose que nuestro Hermano habia curado la criada sobredicha, que estaba vecina á su casa, tomó un pedazo de la ropa del siervo de Dios que tenia por reliquia, y encomendándose á él, se lo puso á la parte y lugar donde tenia el dolor.

Al momento se sintió libre de él y pudo levantarse de donde estaba tendida y ponerse á comer con sus hijos en la mesa, cobrando grande devocion al santo Hermano.

En un invierno riguroso corrió en Cáller tan gran tormenta y furia de vientos á la media noche, que empezando la Catedral, todas las parroquias y Religiones tocaron sus campanas por ser tan furiosa la tempestad, que derribó casas.

No hubo sosegarla hasta que un caballero de Cáller llamado D. Francisco de Avila, devotísimo del H. Hortolan, acordó echar un pedacito que tenia del manteo del siervo de Dios, y abriendo un resquicio de una ventana que cinco ó seis hombres no podian detener, arrojó sacando el brazo la santa reliquia á la calle.

Al punto paró el viento y tempestad tremenda, sin que nadie supiese la causa hasta otro dia que se divulgó.

Añadióse á esto que otro dia por la mañana, abriendo el dicho caballero la ventana por la cual habia arrojado la santa reliquia, la halló sobre el poyo y descanso de la ventana con admiracion mayor de esto segundo que de lo primero, porque el viento era tan desastrado, que derribó casas y tejados.

Con la fama de este tan claro milagro, en otra ocasion semejante de vientos y tempestades, en que así mismo tocaron las campanas de la ciudad á las dos despues de media noche, acordó el P. Elías Madao, de la Compañía, arrojar asimismo por una ventanilla de su aposento un pedazo del vestido del santo Hermano.

Apénas lo arrojó, cuando cesó aquel torbellino. A la mañana, con santa curiosidad de si hubiese acontecido lo mismo que la vez pasada, abrió la ventanilla y halló en el poyo de ella el pedazo de vestido, con admiracion suya y de otros que le vieron.

La madre Sor Margarita Porcella, monja profesa del convento de la Concepcion de Cáller de la regla de la gloriosa Sta. Clara, estando enferma de una calentura terciana que no acababa de dejarla, hizo una novena al santo Hermano, rogándole le alcanzase de Dios le quitase aquella calentura para mayor gloria y servicio de Su Divina Majestad, y luego se la quitó, quedando del todo sana.

Sor Isabel Baccallar, monja profesa del mismo convento, estaba un año con un corrimiento á uno de los carrillos, que le tenia gastada la quijada y desquiciadas las muelas, que todas se le andaban; y demás del continuo dolor, no la dejaba reposar todas las noches ni mascar comida alguna.

Aplicáronle los médicos varios remedios sin provecho alguno: acudió á la intercesion de nuestro santo Hermano, y una noche que le apretaba mucho el dolor, tomó un pedazo de su vestido que le habia dado el P. Saturnino Ursana, de la Compañía, y se la puso en la parte lisiada.

Luego se durmió toda la noche, y á la mañana despertó sana del todo, sin que jamás despues le haya vuelto el sobredicho corrimiento.

Y afirma que ha recibido otras muchas gracias del Señor por la intercesion del santo Hermano, y que por eso le ha tomado por particular abogado.

A Sor Arcángela Baccallar, monja profesa del mismo convento, despu

le una grave caída que dió, le quedó un agudo dolor en una de las espaldas, que le atormentaba mucho.

Aunque por espacio de mucho tiempo se le aplicaron varios remedios, no se le pudieron quitar, hasta que acudió á la intercesion del siervo de Dios, y poniendo á la parte lesa un pedazo de su vestido, quedó del todo sana.

Sor Francisca Carnicer, monja profesa del mismo monasterio y Maestra de novicias, tenia una niña novicia, á la cual dió otra monja, su tia, un oficio de la Virgen muy curioso por su persuasion, y saliendo fiadora que la novicia no le perderia.

Con esta confianza dió la tia á la sobrina las Horas: no pasaron muchos dias que desaparecieron; revolvió todos los lugares, abriendo las arcas y alacenas por espacio de dos dias, con harta pena y sentimiento suyo, no pudiéndolas hallar.

Un dia, estando en el coro para oir una Misa solemne que se cantaba, vió que las monjas por su devocion habian puesto en él un cuadro del santo Hermano.

Con el deseo de hallar las Horas, porque iba su reputacion, quiso rogársele al santo varon, y no halló dentro de sí tanta fe por haberle conocido ya viejo y parecerle que era un hombre como los demás.

Anduvo lidiando con esta su poca fe un buen rato: finalmente se venció y rogó á la Santísima Trinidad que por los merecimientos de aquel su siervo la hiciese merced que se hallasen las Horas perdidas.

Luego en acabando de oir la Misa, desde el mismo coro donde esto pasó, fué llamada al torno por un criado de sus hermanas, el cual le dijo si habian perdido en el monasterio algunas Horas de nuestra Señora.

Ella, desconfiando que fuesen las que buscaba, le dijo que le enseñase las que tenia; hizolo el criado, y viendo que eran las que descaba, quedó espantada y admirada, y con mayor afecto y devocion al siervo del Señor.

Otra monja novicia, llamada Estefanía Fortesa, del mismo monasterio, oyendo los favores que nuestro santo Hermano hacia á las monjas, estando enferma de una recia calentura continua y de otra subintrante, con peligro de la vida; viendo que en los médicos no hallaban remedio, acordó de acudir á la intercesion del H. Francisco, y una noche que se vió muy apretada, tomó un pedazo de la ropa del santo Hermano que le habia dado su madre, y se la ató al cuello.

La misma noche le faltó la calentura continua, y dentro de muy pocos dias quedó del todo sana y muy aficionada y devota al siervo de Dios.

El P. Fr. Juan Polla, religioso profeso del glorioso Patriarca S. Francisco, y los Padres conventuales de la ciudad de Cáller, persona conocida por ha-

ber sido muchos años Guardian de aquel insigne convento de Cáller y de otros de la provincia, estando enfermo desahuciado de los médicos, recibidos los Sacramentos y avisado que se moria, aunque muy apretado del mal, invocó el favor de nuestro P. S. Ignacio y del H. Hortolan.

Luego los vió entrar por la puerta de su celda de esta suerte: primero venia S. Ignacio, el cual se llegó hasta donde estaba el enfermo, y el Hermano quedóse á la puerta con el bonete á los pechos, sustentado de ambas manos, como solia siempre estar en presencia de sus Superiores cuando vivia, dando muestras de grande reverencia para con su Santo Padre y Patriarca.

Habló al enfermo solo S. Ignacio, y díjole: «Procurad ser más santo y servir á Dios de veras, que no morireis de esta enfermedad;» y así fué, que luego estuvo bueno, dando muchas gracias á Dios y quedando muy devoto de S. Ignacio y del santo H. Francisco.

Bautista Lochi, notario de Cáller, tres dias antes del tránsito del H. Hortolan, yendo con otros amigos fuera de la ciudad, dió una caída que se lastimó muchó el carrillo derecho, quedándole bien hinchado y llegando á corrupcion.

Unos amigos suyos le convidaron para ir al entierro del santo varon, movidos de la fama de su santidad.

Fueron, y oyendo al que predicaba las maravillas que el Señor obraba por medio de su siervo, se le encomendó afectuosamente.

El dia siguiente por la mañana, lavándose los ojos muy ligeramente, porque no le tocase agua en la herida del carrillo, que siempre le causó grande dolor, y queriéndose enjugar con un lienzo; al apartarlo de la cara vió en él la costra del golpe, que se habia ido sin pensar, dejándole el rostro sin mancha ni señal alguna, lo cual atribuyeron él, su madre y los de su casa á cosa milagrosa.

Pasados ocho dias que esto sucedió, su madre del dicho Bautista Lochi, mandó a un criado suyo le trajese un jarro de agua de una tinaja de la cual bebian y tenian bien cubierta y limpia, sin haberse visto en ella gusanos.

Trajo el jarro del agua el criado, y queriendo beber la señora, halló en él una infinidad de gusanos rojos como una grana y grandes más de los ordinarios, que en algunas partes se suelen criar en el agua.

Mandó echar el agua, y que otra vez sacase agua de la tinaja: hizolo y hallóse de la misma manera llena de gusanos como en la primera.

Maravillados del caso, una señora, su tia, tomó el jarro y fué á la misma tinaja, y antes de llegar á tomar el agua, rezó secretamente un Pater noster y un Ave Maria al santo H. Hortolan, diciéndole: «Santo Hortolan, si estais gozando de Dios en el cielo, haced que yo saque agua sin gusanos.»

Metiendo el jarro, le sacó llenó de agua clara y sin ningun gusano, lo cual causó admiracion á todos, y callando ella la oracion que habia hecho entre sí misma, el dicho Bautista Lochi, como despechado del criado, quiso probar si sacaria el agua sin gusanos.

Fué y sacó el agua con tantos gusanos como el criado la habia sacado las dos veces, lo cual causó en todos mayor admiracion.

Entónces la tia les declaró lo que ella habia hecho para sacar el agua limpia, que fué decir antes de meter el jarro en la tinaja un Pater noster y un Ave María al santo H. Hortolan.

Oido esto, quiso probar la verdad el dicho Bautista, y despues de haber rezado el Pater noster y el Ave María, metió el jarro en la misma tinaja y sacólo lleno de agua tan clara y limpia como de una fuente cristalina, alabando todos al Señor que así manifestaba la santidad de su siervo, y cobrando grande devocion para con él.

Al principio de setiembre del año de 1625, el mismo Bautista Lochi cayó en una grave enfermedad con grandes dolores por todo el cuerpo, que parecia estar tullido sin poderse menear en la cama.

Aplicáronsele muchos remedios, y viendo que nada aprovechaba, acudieron á la intercesion del santo Hermano, y tomando una reliquia que tenia suya, rezando antes con devocion un Pater noster y un Ave María, se la hizo poner en el espinazo donde el dolor más agudamente le atormentaba.

Túvola consigo dos dias, y al cabo de ellos se levantó sano, sin calentura ni dolor alguno.

El maestro Juan Leo, natural de la ciudad de Iglesias y vecino y morador de la de Cáller, por cierta indisposicion se hizo sangrar del brazo izquierdo, y alterándosele la picadura se le hinchó el brazo con peligro evidente de perderle, segun el parecer de los médicos; aplicáronsele muchos remedios y todos sin provecho: resolvió el médico abrirle el brazo.

Estando en este trabajo desahuciado de salud, fué aconsejado se encomendase al bendito H. Hortolan y que se pusiese en el brazo una reliquia suya.

Hízolo, y el dia siguiente se halló mejor notablemente, y al cabo de tres dias estuvo del todo sano, sin dolor, hinchazon, ni inflamacion, lo cual visto por el protomédico y cirujanos, lo mostraban á todos, pregonando el milagro.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Antioco Carta, que fué Rector suyo y le trató mucho, y al fin de ella cuenta de sí esto:

«Deseando yo mucho que otro Padre de la Compañía, muy siervo de Dios, escribiese la vida del santo Hermano, porque lo hiciera harto mejor y con más aventajado estilo y espíritu; le di un cuaderno de mi mano donde tenia

apuntadas todas las cosas más notables que de él sabia, y se han referido en esta relacion, rogándole muchas veces que diese principio á obra tan santa.

»Viendo que no acababa de poner mano, habiéndose pasado año y medio despues de su dichoso tránsito; me determiné de hacer esta breve relacion antes de morirme, porque no quedasen sepultadas las cosas de este santo Hermano.

»Para poderlo hacer pedí al dicho Padre mi cuaderno, y, por más diligencias que usé, no le pude cobrar, dándome desvíos y excusas, sin duda con deseo que tenia el dicho Padre de poner en ejecucion lo que todos deseábamos.

»Viendo esto, perdí del todo la esperanza de sacarle de sus manos mi cuaderno.

»Estando un dia diciendo Misa, se me ofreció en el memento, y volviéndome al Señor, dije: «Señor, vos sabeis mi buena intencion de sacar á luz las cosas de vuestro siervo. Y vos, santo Hermano, si quereis que yo tome el asunto de escribir vuestra vida, haced de manera que se me vuelva el cuaderno donde tengo notadas las cosas que vos mismo me dijistes.»

»Acabada la Misa y dadas gracias subí á mi aposento sin memoria de lo que habia pedido; y apenas habia entrado en él, cuando me tocó la puerta el Padre que tenia el cuaderno, y con mucho contento me lo dió, pidiéndome perdon de la tardanza; y así, pude luego hacer esta breve relacion á gloria de Dios y del santo su siervo.»

Por último remate me ha parecido apuntar aquí algunas de las personas de consideracion que en vida tuvieron á nuestro H. Hortolan por gran santo, en las cuales entran los Arzobispos de Cállar, D. Francisco de Vall, hombre letrado y Prelado de muy ejemplar vida; todas las veces que le veia le trataba y respetaba como á gran siervo de Dios.

Don Alonso Laso y Cedeño hizo tambien lo mismo, y, despues de muerto, acudió á pedirle sus oraciones para que le ayudase á salir del purgatorio, como lo hizo y hemos referido.

Lo mismo hizo en vida D. Antonio Atzori, Obispo de Bosa.

Nuestro P. General, Claudio Aquaviva, de feliz recordacion, le escribia pidiéndole encarecidamente que le encomendase á Dios.

Doña Isabel de Alagon y Requesens, marquesa de Sorris, persona muy conocida en aquel reino y fuera de él por su mucha cristiandad y nobleza, en todos sus trabajos de su persona y casa acudia á las oraciones del santo Hermano como a su angel, y tuvo felices sucesos por su medio.

Don Luis, marques de Palmas, caballero de grande cristiandad y piedad, le predicaba y predica por santo y pregonaba muchos favores que Dios ha hecho en su casa por sus ruegos, y entre ellos entran milagros.

Doña Ana de Amarich y Castelví, marquesa de Laconi, con sus hijas doña María de Castelví, condesa de Cullar y despues marquesa de Sietefuentes, y doña Serafina de Castelví y Gualbes, en vida y despues de muerto le han tenido y tienen por santo, y pregonan muchas mercedes de Dios alcanzadas por su intercesion.

Doña Felipa de Sena y Cervellon, condesa de Cedillo, desde Sácer donde estaba, por medio de Padres conocidos le hacia encomendar al Señor todos los negocios de su casa; y despues de muerto, ha procurado tener alguna reliquia, y hoy dia todos procuran tener alguna del santo Hermano.

El doctor Miguel Escarchoni, Canónigo de la santa iglesia calaritana, declaró en una accion que hizo una vez, el grande concepto que tenia de la santidad de este siervo de Dios.

Pasando un dia delante de su casa en compañía del P. Antioco Lucian, que era aún Hermano, saliendo á la calle, le rogó casi de rodillas que entrase un poco en su casa. Entró, y hechos asentar en dos sillas, se llegó al H. Hortolan, y llorando, le besó las manos. y luego postrado á sus piés, se los besó, sin poderlo estorbar el siervo de Dios, llamándose pecador y diciendo: «No haga eso, señor, que soy un grande pecador.»

Volvióle á hacer asentar en la silla y quitóle una cinta vieja que traia con un pobre rosario, y besándolo muchas veces con lágrimas de ternura, decia: «Más estimo esto que cuantos haberes hay en el mundo.»

Tras esto tomó una cinta y rosario suyo mejores, y volvióle de su mano á ceñir al santo Hermano y meterle en la cinta su rosario, guardando lo que le habia tomado para sí.

Salióse luego el Hermano muy confuso y espantado de la accion, y rogó por un sólo Dios á su compañero que no dijese nada al Superior, y que para tener aquel rosario y cinta él pediria licencia al mismo Superior.

Otras maravillas, fuera de las referidas, escribe el P. Antioco Carta, que como tengo dicho escribió la vida de este santo Hermano; pero bastan las dichas para que conozcamos cuánto sirvió á Dios en vida y cuánto le honró Su Divina Majestad despues de muerto.

Escribe y habla de este siervo de Dios con mucha veneracion el Ilustrísimo D. Fr. Ambrosio Machin, Arzobispo de Cáller, en su muy docta defension, por el valeroso defensor de la fe contra Constancio emperador, Lucifero Calaritano en la parte segunda, cap. XXXVIII, donde llama al H. Hortolan venerable y varon esclarecido en santidad; cita sus revelaciones, como muy dignas de crédito, y se remite á una informacion jurídica, en que sobre algunas que tuvo, y de su gran virtud y fama de ella, hablaron personas gravísimas con gran estimacion.



La cual informacion imprimió al fin del libro: contiene testigos muy acreditados, y entre ellos el P. Fr. Tomás Pitzalis, Prior del convento de Santo Domingo de Cáller, y otros muchos Padres de la Compañía, de gran autoridad, y todos hablan de él como de santo, y dotado de espíritu de profecía.

En vida y muerte fué tenido por tal, comprobando la gran luz que le dió nuestro Señor para descubrir muchas santas reliquias.

P. NIEREMBERG.



PORTUGAL





H. RODRIGO MENESES

ENTRÓ el H. Rodrigo Meneses en la Compañía en Portugal el año de 1543, en el colegio de Coimbra.

era hijo del Presidente de Lisboa, y estaba en servicio del rey de Portugal. Era mancebo de gran ingenio y memoria, y así, de grandes esperanzas en glo. Tenía una hermana dama de la reina.

Quando novicio, le enviaron á una peregrinacion con otros de la Compañía, vestido muy pobremente, como es uso, con un sayo pardo lleno de muchos bultos, que parecia mozo de cocina muy vil; y pasando por Evora, donde estaba la corte, supo la reina que pasaban por allí nuestros peregrinos, y, tan devota de la Compañía, quiso verlos, y quando los vió tan pobres, compadeció mucho y les aconsejó la perseverancia en la Religion con palabras amorosas, y lo mismo hizo el rey.

Después quando su hermana, la dama de la reina, vió á su hermano en aquel estado delante de los reyes, fué tanto lo que se halló corrida y afrentada, que comenzó á llorar y mesarse los cabellos, como muchacha seglar que no sabía de los trabajos encerrados en la santa pobreza y desprecio del mundo, y comenzó á decirle palabras afrentosas.

Entonces, como el H. Rodrigo tenía diferente luz que ella, reñase de sus lágrimas y palabras lleno de gozo.

Quando su madre que aquella noche habia de ir á dormir dos leguas de distancia, trazó con disimulacion de enviar á personas que su hijo no conociese cabalgaduras para él y sus compañeros, y muchos regalos que les ofrecían de limosna como acaso y movidos de compasion: mas el H. Rodrigo entendió con sagacidad muy bien, y con mucha constancia lo despidió todo, y quiso admitir ni recibir cosa alguna por el grande afecto que tenía á la vida evangélica.

Oyó voz por aquel reino que los que hacian los ejercicios tenían visiones ordinarias y celestiales con raras apariciones, y que por esto, los que los



hacian quedaban atónitos y sin juicio, y así, dejaban sus padres y sus haciendas y honras, y se despreciaban tanto; de donde venia el vulgo á decir de ellos: *Musto pleni sunt isti*.

Llegó esta voz al Cardenal D. Enrique, inquisidor general, y de secreto encargó á un religioso muy grave del Orden de S. Jerónimo se informase jurídicamente de los que habian hecho los ejercicios si era verdad que veian estas visiones fantásticas, para poner remedio á este daño.

Habiendo examinado á muchos del caso y negado tal cosa como falsa, llegó á tomar su dicho al H. Rodrigo Meneses, y habiéndole requerido seriamente que dijese la verdad, si habia visto algunas visiones ó fantasmas horribles, respondió que sí y muy grandes.

Preguntado segunda vez por el juez (que ya le pareció topaba lo que buscaba) que declarase qué visiones ó fantasmas eran las que vió, y las dijese todas, mandando al escribano las fuese escribiendo con puntualidad, dijo el H. Rodrigo: «Yo me ví á mi mismo, que antes no me habia visto ni conocido, y allí me conocí y ví tan feo y abominable por mis pecados y malas inclinaciones, que en mi vida ví mónstruo más abominable que á mi mismo.»

Con lo cual el juez admirado de que, buscando algo contra los ejercicios, hallase una luz tan en honor, crédito y estima de ellos, que se desengañó; declaró al Cardenal lo que le habia pasado con el H. Rodrigo Meneses, y no sólo se deshizo la falsa calumnia contra los ejercicios, mas ántes se quedaron muy edificados del H. Rodrigo.

El año de mil y quinientos y cuarenta y ocho fué Dios servido de llevarse para sí á este Hermano de tantas más esperanzas en la Compañía que las que habia de él en el siglo, cuanto va de esperanzas de bienes temporales á las de bienes eternos; porque llegó á gran perfeccion de sólidas virtudes, y á estar muy maduro y sazonado para el cielo.

Al fin, de un recio dolor de costado acabó su vida corporal, acompañado de todos los Padres y Hermanos del colegio de Lisboa, que derramaban muchas lágrimas de devocion y consuelo, viéndole subir de los dolores corporales de esta vida mortal á los goces eternos, y sintiendo mucho perder tal sujeto en tan tiernos años, que fuera sin duda, si viviera, un gran Superior de aquella provincia y operario de singular fruto.

P. NIEREMBERG.



P. LUIS GONZALEZ DE CAMARA

A vida de este esclarecido varon, exemplo de religiosos, dechado de confesores de príncipes, maestro de maestros de reyes y grandes señores, espejo en quien se deben mirar los validos de los príncipes, noble por su sangre y mucho más noble por sus heróicas virtudes y por el caudal de letras, sabiduría y prudencia, de que le dotó la mano liberalísima de Dios, escribió copiosamente el P. Baltazar Tellez en el primer tomo de la *Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesus de Portugal*, para que la memoria de tan insigne varon no se perdiese con el tiempo y quedase por exemplo y dechado de perfeccion en todos los siglos venideros, la cual, reducida á más breve estilo, es la que se sigue.

I

Su patria, padres, nacimiento y entrada en la Compañía.

Nació el P. Luis Gonzalez de Cámara en la isla de la Madera, de la corona de Portugal, siendo su padre virrey y capitan general con título de gobernador de aquella isla.

Su nombre era Juan Gonzalez de Cámara, y el de su mujer y madre de nuestro Luis doña Leonor de Villena, hija de D. Juan de Menceses, conde de Arauco, que fué Prior de Ocrato, mayordomo mayor del rey D. Juan II, y despues del rey D. Manuel.

A Simon Gonzalez de Cámara, hermano mayor del P. Luis, dieron los reys titulo de Conde de Callera, que se conserva en su casa.

De estos tan floridos árboles, matizados con el rosicler de tan esclarecida sangre, compuso la mano del Altísimo en nuestro P. Luis Gonzalez un ramillete de fragrantísimas flores de virtudes y prendas divinas y humanas quanto pudieron desear.

Fué de vivo ingenio, pronta memoria, gran capacidad para todo género de letras, mucha prudencia, ánimo alentado para cualesquiera cosas, por difíciles que fuesen, una como natural inclinacion á la virtud, liberal con todos y muy compasivo con los pobres, cuerdo en las resoluciones y acertado en los consejos y exemplo de todos los que le trataban, y así, era amado y respetado de todos no sólo por su grande nobleza, sino mucho más por su grande virtud.

Siendo pequeño, aprendió con eminencia la lengua latina, y la griega, y hebrea; y para aprender las ciencias mayores de Filosofía y Teología, dejó su patria y parientes y pasó á la Universidad de París, adonde tuvo por maestros los doctores más insignes que hubo en aquel tiempo.

Como su ingenio era tan vivo y despierto, aprovechó mucho en las letras y se graduó en ambas facultades.

Alcanzó en aquella Universidad á S. Ignacio nuestro Padre y á sus santos compañeros, y los comunicó y notó su grande santidad y el ejemplo que daban á todos los estudiantes.

En especial tuvo mayor familiaridad con el P. Pedro Fabro, á quien estimó siempre por el grande magisterio de espíritu que mostraba.

Sucedió que á esta sazón fundó el rey D. Juan III de Portugal la Universidad de Coimbra, para la cual trajo muchos y muy insignes maestros, y ordenó que los del reino viniesen á estudiar á ella.

Con esta ocasion vino á Coimbra nuestro Luis con designio de ostentar sus letras y alcanzar grandes puestos por ellas, como los merecian su sabiduría y nobleza; pero Dios le trajo por otros más altos fines que ahora diremos.

Habia el rey enviado á la India á S. Francisco Javier, y detenido en Portugal al P. Simon Rodriguez para fundar allí la Compañía; y dado el Padre principio al colegio de Coimbra con tan feliz suerte, que en menos de seis años habia en él ciento de la Compañía, y entre ellos de las personas más nobles y de más esclarecida sangre del reino.

Y viendo S. Ignacio nuestro Padre los grandes progresos de aquel colegio y de otros que se iban fundando en Portugal con el favor y devocion de sus reyes, envió al P. Pedro Fabro para que los visitase y pusiese en toda perfeccion.

Como por una parte era tan santo y por otra tan diestro en las cosas espirituales y de tan fervoroso espíritu, no cesaba de enseñar en todos los lugares el camino del cielo; y de todas partes venian á consultarle y á oír sus palabras llenas de sabiduría celestial.

Predicó en Coimbra con igual aplauso y fruto, y por medio de su predicacion trajo á la Compañía gran número de sujetos de lo más lustroso de la Universidad y de lo más noble del reino, que fueron despues el lustre de la Religion y los que la gobernaron y honraron con sus lucidos talentos.

Pues como nuestro Luis Gonzalez le habia comunicado en París y sido familiar suyo, cuando le vió en Portugal, fué grande el gozo que tuvo, y renovando la amistad antigua, le visitó y comunicó íntimamente.

Tal efecto hicieron las palabras de aquel varon santo, llenas del espíritu de Dios, en su corazon, que se determinó á dejar las pretensiones del mundo

pisando todas sus honras y las que con tan fundadas esperanzas esperaba alcanzar por sus letras y su sangre, y sacrificarse á Dios en el ara de la Religion.

Habiendo considerado muy de espacio esta resolucion, para hacerla total de su persona y cortar todas las esperanzas que pudiera tener de entrar con el tiempo en alguna dignidad; se determinó á pedir la Compañía, adonde en todos tiempos está cerrada la puerta á todas las pretensiones humanas.

Tomada esta resolucion, pidió al P. Fabro que le recibiese en ella, el cual le dió la ropa con igual consuelo de ambos; del que se la daba, por la satisfaccion que tenia de sus aventajadas prendas; y del que la recibia, por la certidumbre que tenia de alcanzar su salvacion por este medio y gozar de una vida quieta y retirada del mundo en seguimiento de Cristo.

Para hacer los ejercicios de la primera probacion, pidió un lugar apartado de todo el bullicio del siglo y donde no le inquietasen visitas de parientes ni amigos, ni pudiesen llegar las nuevas de lo que pasaba en el mundo.

Condescendiendo los Superiores con tan justa peticion, le enviaron á la villa de Coja, siete leguas de Coimbra, adonde estuvo retirado por muchos dias entregándose todo á Dios en oracion, silencio y penitencia, echando los primeros cimientos de la vida espiritual que disponia.

Sobre este sólido cimiento comenzó á levantar el edificio espiritual de su santa vida; y para que fuese más á nivel, conforme á las reglas de la perfeccion, pidió, como otro Abrahan, alejarse de su tierra y parientes y tener su noviciado donde no fuese conocido.

El P. Fabro, aprobando este buen espíritu, le envió á la ciudad de Valencia, ciento y cincuenta leguas de Coimbra, á un corto colegio que se comenzaba á fundar allí con gran pobreza.

Dióle dos compañeros que fueron el P. Urbano, que despues fué Rector de Coimbra y murió en el viaje de las Indias, y el P. Manuel de Satan, célebre por sus doctos libros.

Los tres partieron á tan larga peregrinacion, caminando no ménos por el cielo con el alma que con el cuerpo por la tierra, adelantándose siempre en el espíritu.

Llegados á Valencia, fueron recibidos del P. Diego Miron, Rector de aquel corto colegio, con mucha caridad y amor; y luego comenzaron la obra de su espiritual edificio, ejercitándose en oficios de humildad, en áspera penitencia, mortificaciones domésticas y públicas, saliendo en varios disfraces por las calles á ser despreciados del mundo, ó, por hablar más propiamente, á despreñarlos ellos, pisando sus honras y estimacion, como lo usó la Compañía en aquel tiempo á imitacion de los monjes antiguos.

Bien tuvo que vencer el nuevo soldado de Cristo en su altivo natural y robusta complexion.

Como estaba criado en regalo, hizole grande guerra la corta comida de la Religion y mayor la de Valencia, que ya por la pobreza del colegio, ya por la delicadeza de los naturales, junta con su mortificacion, la usan más ténue que en otras partes; y como no satisfacía al vivo calor de su estómago, padecía grande necesidad y menoscabo en las fuerzas naturales.

Mas como el espíritu era robusto, venció esta dificultad con otra mortificacion, y fué tomando agua gruesa de un pozo salobre que habia en el colegio, y como quien echa agua al fuego, templó el de su estómago con la de aquel pozo, bebiendo cuando le apretaba el hambre, y supliendo con el manjar del alma el que le faltaba al cuerpo, pasando, sufriendo y callando por amor de Dios, que atendiendo á su paciencia, le dió victoria de este y los demás enemigos que combatieron su santa vocacion.

Acabado su noviciado, volvió á Coimbra por órden del Superior, y fué tal la edificacion de su vida y el ejemplo de santidad que á todos dió, así dentro como fuera de casa, que teniendo tres años de Religion, vista su mucha prudencia, le hizo Rector del Colegio de Coimbra el P. Simon Rodriguez, Superior de todos los de Portugal, con aceptacion comun de todos: tales eran los progresos que en tan breve tiempo habia hecho en la Religion.

El humilde Padre rehusó la dignidad, pidiendo que le enviasen á predicar al Brasil á los indios gentiles, porque sentia para esta jornada inspiraciones de Dios; pero, vistas todas las cosas, se juzgó por más conveniente que aceptase el rectorado, y así, abajó la cabeza y tomó aquella carga sobre sus hombros, que no fué pequeña para su espíritu humilde, deseoso más de obedecer que de mandar.

La habitacion del colegio era muy corta, los sujetos muchos, la posibilidad de sustentarlos tan ténue, que les era forzoso salir á mendigar por las calles y lugares, lo cual hacian con mucha edificacion.

Pero el corazon del Superior y la confianza en Dios era tal, que vencía todas las dificultades, y en medio de tanta pobreza fué tan magnánimo que no dudó de emprender tales obras, cuales la imaginacion no pudiera llegar a ellas, como si tuviera la hacienda de todo el mundo en su mano, si bien la tenia en la confianza en Dios.

Trazó en lo alto de la ciudad, á vista de la Universidad, un edificio no soberbio, pero grande y tan capaz que tuviese vivienda para más de doscientos religiosos, con su iglesia y oficinas correspondientes á él, esperando que Dios habia de traer tantos á la Religion, que fuese necesaria la vivienda que trazaba, como en la verdad sucedió.

cha la planta del colegio, la ofreció á la Majestad de Dios, suplicándole edificase su casa, pues era para su servicio; y juntamente dió cuenta al P. Juan de sus intentos y de la necesidad que habia de vivienda para los religiosos que Dios traia á la Religion y los que se habian de criar allí para ir á las Indias á publicar el Evangelio de Cristo entre los gentiles; suplicándole se sirviese de ayudar con su limosna para obra tan pía como necesaria á la cristiandad.

El Rey, como tan pío y devoto de la Compañía, oyó al P. Luis con tan agradecidos que, alabando sus intentos, tomó por su cuenta toda la fábrica de casa y de iglesia; y, á no irle á la mano la moderacion del siervo de Dios, la habia hecho mucho más suntuosa que la habia trazado.

En el mes de la corte el P. Simon Rodriguez, y con mucha solemnidad puso la primera piedra á catorce de abril del año de mil y quinientos y cuarenta y

comenzóse la obra con gran fervor, no ménos del espíritu que del cuerpo; el Rector, capitaneando el Rector á los súbditos como el capitán á los soldados, todos trabajaban en el edificio repartidos en estancias; los unos cavaban la cimientos, otros la llevaban en espuelas; unos cargaban los carros, otros los llevaban; unos sacaban la piedra y otros la traian, repartidos con buen orden en sus oficios, con tanto silencio, modestia y alegría, que no pocos religiosos que los miraban, movidos de su edificacion, pidieron entrar en la Compañía.

II

Prosigue la obra del Colegio y dáse cuenta de algunos que despidió de la Compañía.

En el buen ejemplo del Rector y de los súbditos creció el número de los religiosos del colegio á más de ciento; y la paz y concordia que guardaban entre ellos, que no parecian muchos, sino uno; conformes en las voluntades, y unidos con el vínculo de la fraterna caridad, sólo habia emulacion, en cuál de ellos trabajar más y habia de ser más humilde.

Esto trabajaban todos en la obra á porfía, pretendiendo cada cual para su oficio más trabajoso y el oficio más abatido; unos servian de aguado trayendo agua con los jumentos desde el rio; otros acarreaban cal, otros ladrillos, tan diestros en la carretería, como si se hubieran criado en el oficio; los que no sabian tanto, esportaban la tierra y daban los materiales á los albañiles.

Concurrian los estudiantes y ciudadanos á mirar aquella nunca vista maravilla de tantos nobles, muchos de la sangre más ilustre del reino, hechos peones y jornaleros, llevando acuestas la piedra y la madera, tirando el carretillo y llevando muchas veces en sus hombros las angarillas; y lo que más miraba era la rara modestia y silencio con que todos trabajaban.

No levantaban los ojos de la tierra ni hablaban una palabra sino era compelidos de la necesidad de lo que hacian, y entónces con voz baja y humilde cosa que edificó tanto, que muchos de los más principales se movieron á entrar en la Compañía, entre los cuales fué D. Teutonio de Braganza, sobrino del rey D. Juan III, que despues murió Arzobispo de Evora: con que el edificio crecia, y mucho más la observancia y edificacion de los nuestros, con el buen olor de santidad que derramaban con su ejemplo, afervorizados con el que les daba su buen Rector y Maestro.

Pero, como enseña S. Pedro Damiano, así como no hay comunidad tan tibia en que no haya un fervoroso, así no la hay tan fervorosa en que no se halle algun tibio; y en esta de tan grande espíritu se hallaron tres, no de los más nobles, que vencidos del pundonor humano, afectando más honra en la Religion de la que tuvieran en el siglo, se desdeñaron de los oficios humildes en que se ejercitaban los demás, alegando que no habian entrado en la Religion para ser carreteros ni aguadores ni servir á los albañiles. lenguaje que escandalizó el colegio y causó ofensa á los demás que trabajaban con igual fervor y gusto en los oficios humildes, teniéndolos por más honrados en la Religion que los mayores del siglo.

Quien más sintió este desórden fué el P. Luis Gonzalez, el cual escribió luego al P. Simon Rodriguez lo que pasaba, y su respuesta fué la que sigue:

«Ved (le dice) si están los Hermanos á quien hablasteis aparejados para andar en el carro; sino, váyanse en muy en buena hora, que yo por esta me ofrezco á ser vuestro carretero, y en esto tendré más gusto que en ser maestro del príncipe.

»No tenemos necesidad de gente que se rija por respetos humanos; conviene despedir estos y enviarlos al mundo y no cuidar de vanidades, que lo que lleva el carretero puede sustentar dos Hermanos; quien anda con la rucua necesariamente ha de andar de fuera.

»La cruz de Cristo no fué sino á las espaldas, ni la llevó el Señor dentro de casa, sino por medio de Jerusalem y fuera de ella.

»Pluguiera al Señor que tuviera yo esta libertad que sumamente amo deseo; quien no ama á Cristo crucificado, sea habido por descomulgado y por abominable; quien no ama las deshonras de la cruz de Cristo, no es de Cristo.

» Ya pasó el tiempo de hablarnos por enigmas, es menester hablar de Cristo claramente; los que no crucifican su carne con Cristo, no son de Cristo.

» Muchas veces os dije que era mejor ser nosotros cuatro en la Compañía; ahora os digo que con uno solo me contentaré, y conoceréis los que son de esta Compañía: *Qui non sequitur Christum, anathema sit, recedat, et abeat, separetur a nobis*. Apártese de aquí, busque otro Cristo, porque nosotros seguimos á Cristo crucificado.»

Hasta aquí el P. Simon Rodriguez, en que declara su sentimiento y el dictámen que aprendió de S. Ignacio, su maestro, y el que todos debemos tener los que militamos debajo de su bandera. Y por haber desdicho de esta regla los tres referidos, fueron justísimamente despedidos de la Compañía.

Otro caso sucedió por el mismo tiempo en Coimbra, bien ejemplar y no desemejante al pasado, que es justo no pasar en olvido para ejemplo de los presentes y de los siglos venideros.

Habia en aquel colegio otros tres religiosos ménos amoldados á la regla y espíritu de la Compañía de lo que ella pide, amigos de libertad y de regalo, sueltos de lengua y poco rendidos á la obediencia; el uno era sacerdote y los dos Hermanos estudiantes.

El P. Luis Gonzalez de Cámara, con caridad y amor de verdadero padre, procuró corregirlos, dándoles saludables amonestaciones y algun moderado castigo; pero ellos, mal aconsejados, convirtieron la triaca en ponzoña y se empeoraron con la medicina, volviéndose contra el médico de sus almas y maquinando contra él injurias.

Para salir con su intento, escribieron una carta á otro de la Compañía amigo suyo que moraba en Lisboa, para inquietarle y hacerle de su bando, firmada de todos tres, y con grande secreto y buena paga la dieron al mensajero para que la diese en mano propia.

Hízolo así, pero el que la recibió no vino en lo que pedian, juzgando mal de accion tan perniciosa así para sus almas como para la Compañía; por lo cual, atendiendo más á la fidelidad que debia á Dios y al Superior que gobierna en su lugar, que á los que se vendian por sus amigos, puso la carta en manos de su Provincial, que era el P. Simon Rodriguez, el cual la remitió al P. Luis Gonzalez con otra suya larga, en que le ordenaba que públicamente despidiese á los tres de la Compañía.

Recibidas las cartas, mandó tocar la campana; y, estando el colegio junto, se hincó de rodillas en medio de todos, suspensos hasta ver el fin de tan desusada accion á semejante hora.

Abrió la boca y con más lágrimas que palabras les exhortó á ser fieles y obedientes á los Superiores, y no dejarse llevar del amor propio ni de caer en

faltas, aunque pareciesen pequeñas, porque no se despeñasen en mayores, como algunos que luego verian.

Levantóse del suelo, y sentado en la silla, mandó hincarse de rodillas á los tres culpados y leer la carta firmada de sus nombres que habian escrito á Lisboa, y despues de ella la del P. Provincial en que los mandaba despedir de la Compañía por haber cometido falta tan grave contra su Rector, moviendo sedicion y persuadiendo á otros á entrar en ella, cosa nunca oida entre nosotros y que seria de grande escándalo si se permitiese en la Religion.

Luego se ejecutó la sentencia, y los desnudaron de los vestidos religiosos, y dieron los de seglares, y los echaron la puerta afuera.

El santo Rector hizo una plática á todos con grande espíritu y sentimiento, exhortándoles á la perseverancia en la Religion y á no dar oidos al demonio que habla por boca de los díscolos y mal acostumbrados, para despeñarnos en nuestra perdicion, como se vió en aquellos tres mal aconsejados cuya caida permitió Dios por su tibieza para ejemplo y escarmiento de los demás que quedaron atemorizadísimos, y procedieron en adelante con mucho fervor; que el premio y el castigo son las pesas con que se gobierna el reloj de la observancia religiosa.

III

Celo del P. Luis Gonzales en enviar misioneros á varias partes, y recibe de N. P. S. Ignacio una carta muy espiritual para el colegio de Coimbra.

Continuaba el P. Luis Gonzalez con grande fervor gobernando el colegio de Coimbra, el cual fué varon muy ajustado á toda virtud, y principalmente dado al espíritu de la mortificacion, al desprecio de sí mismo y grande celador del bien de las almas.

Y porque es ordinario en los Prelados querer imprimir en los súbditos lo que juzgan ser de más provecho para su bien espiritual, entró en grandes fervores de ejercitar á nuestros religiosos en varias peregrinaciones y misiones, para ayudar á las almas, que es el principal fin de nuestro Instituto; y luego para diversas misiones nombró varios sacerdotes cada uno con su compañero.

Salían todos del colegio de Coimbra á pié, sin viático, cumpliendo al pié de la letra el consejo del Profeta (que tambien el glorioso P. S. Francisco de

Así daba á semejantes misioneros por principal provision del camino que iacian) conviene á saber, la confianza en Dios que los sustentaria.

Partiéronse algunos peregrinando al obispado de la Gusrda, otros entre Duero y Miño, y otros á diversas partes y comarcas del reino, entrando por las ciudades, por las villas y lugares como si fuesen unos nuevos correos del cielo que les venian á traer nuevas de la salvacion.

A nuestra residencia del monasterio de S. Fins, que está junto á las riberas del Miño, fueron enviados algunos convalecientes para tomar nuevo aliento en la salud en aquel sitio, los cuales avergonzándose de estar allí ocupados en acudir á los males propios, sin tratar del bien ajeno, deliberaron con valiente resolucion de hacer animosas salidas para ayudar á los prójimos, discurriendo por todos aquellos lugares de la raya de Portugal y del confin de Galicia.

El principal aventurero y como adalid mayor de esta frontera en estas grandes empresas fué el P. Gonzalo Vaz de Melo, hombre ilustre por sangre, heredado de sus abuelos y mucho más de la virtud que ganó en la Religion, persona grave en la Compañía, de grande talento para predicar y de grandísimo espíritu de misionero, en el cual siempre la fuerza del generoso espíritu prevaleció contra la flaqueza del cuerpo debilitado.

Como era tan grande siervo de Dios y de tan conocida virtud, podia con toda confianza salir á predicar; que, como dice S. Gregorio Magno, sólo aquel puede con toda libertad hablar que aprendió primero con todo cuidado á obrar bien.

Hizo la primera predicacion en Valencia del Miño con tal satisfaccion y asombro de toda la gente, que en bajando del púlpito y tratando de volver á casa, la justicia, con todos los principales de la tierra, fueron en su seguimiento, como antiguamente sucedió al Señor despues de predicar á los samaritanos, para obligarle á quedarse con ellos más tiempo.

No pudo el Padre por entónces aceptar la buena voluntad de los habitantes de las orillas del rio, porque llevaba orden para tornar luego á S. Fins; pero excusóse con promesas de proseguir la mision, lo cual ejecutó en brevec; porque, considerando cómo la Divina gracia le habia ayudado, dándole fuerzas en su flaqueza para la mision pasada, le creció de nuevo el ánimo para mayores trabajos.

Alcanzada licencia del Superior para discurrir por las tierras vecinas de aquel contorno, salió con su compañero (que fué el P. Antonio Gomez) pertrechados ambos con las armas de la santa pobreza, con vestidos tan viejos, que sólo bastaban para cubrirlos en la más humilde forma que permitia la modestia religiosa y el estado sacerdotal que ambos tenian; de manera que

más podría parecer que iban á vivir de las limosnas que los moradores de aquellas tierras les podian dar, que llevarles á sus casas los ricos tesoros de la gracia.

Llevaban por instruccion en estas misiones que entendiesen que más iban á aprovecharse á sí con procurar su perfeccion, que para enseñar á los otros procurándoles la salvacion; que viviesen siempre de limosnas y no hiciesen provision de las que les daban para no pedir las á otro dia; que en los miércoles, fiestas y domingos, fuera de predicar á las mañanas, hiciesen la doctrina á los niños por las tardes y no aceptasen agasajos en casa alguna fuera de los hospitales, y que en estos sirviesen á los enfermos y les barriesen los aposentos, hiciesen las camas y acudiesen á todo lo demás necesario; de suerte que los ejercicios superiores de la predicacion se ilustrasen mejor con los más bajos oficios de la humildad, trayendo siempre delante de los ojos el primero y principal ejemplar, que es Cristo.

Los fervores del colegio de Coimbra alentados con el cuidadoso celo de su Rector fueron tales, que tenia puestos los ojos en aquella santa Comunidad nuestro P. S. Ignacio, amándola ternísimamente, porque veia que correspondia su espíritu con el del Instituto de la Compañía; y así, para que no degenerase á ménos, les escribió una carta de mucha doctrina que propone en lengua portuguesa el P. Baltasar Tellez, la cual, aunque larga, es tan preciosa y tan llena de documentos espirituales, que es digna de que la tengamos muy en la memoria, y, traducida en castellano, es la siguiente:

V

Carta de nuestro P. S. Ignacio al colegio de Coimbra.

La suma gracia y amor eterno de Jesucristo nuestro Salvador sea siempre **P** en nuestro favor y ayuda. Amen

Por cartas del Maestro Simon y de Martin de Santa Cruz tengo acá **fre** cuentes nuevas de todos, y sabe el Señor, de quien todo bien depende, **de** cuánto consuelo y alegría me es saber lo que la divina Majestad os ayuda así en el estudio de las letras como de las virtudes y buen olor de ellas, que aún en partes tan distantes de esas, animan y edifican á otros, de que todo buen cristiano debe tener particular contento por la obligacion comun que todos tenemos á buscar la honra y gloria de nuestro Criador en el bien de su imagen redimida con la sangre y vida de su Unigénito Hijo.

A mí particularmente me cabe grande parte de éste gusto, pues estoy tan obligado á teneros particular amor dentro de mi alma.

Por todo sea siempre glorificado y bendito el Criador y Redentor nuestro, le cuya liberalidad infinita mana todo bien y gracia.

Plegue á su Divina piedad abrir cada dia más las fuentes de su Divina misericordia, aumentando y promoviendo lo que en vuestras almas ha comenzado.

Ni dudo de la Suma bondad, sumamente comunicativa de sus bienes, y de aquel amor eterno con que quiere darnos toda la perfeccion con mucha mayor voluntad de la que nos tenemos para recibirla que así lo hará: que no siendo así, no nos animara su Eterno Hijo á lo que sólo de su divina mano podemos alcanzar diciendo: *Estote perfecti sicut et Pater vester coelestis perfectus est.*

Así que de su parte cierto es que él está presto, con tal que de la nuestra lé la humildad lugar para recibirse mucho de sus grandézas, viendo que usamos bien de las mercedes que ya nos hizo y de las que esperamos nos haga de su divina gracia.

No dejaré en este particular de poner espuelas aún á los que entre vosotros van corriendo.

Que cierto os puedo decir que os habeis de esmerar mucho en letras y virtudes si habeis de corresponder á lo que hicisteis y se espera de vosotros, no sólo en este reino de Portugal, sino en otros muy distantes, que considerados los socorros y ayudas interiores y exteriores que Dios nuestro Señor os da por todas las vías, con razon esperan de vosotros fruto muy extraordinario.

Y así es que á la grande obligacion que teneis de vivir virtuosa y santamente, no satisface un ordinario proceder.

Ved cuál es vuestra vocacion y juzgareis que lo que en otros no será poco lo será en vosotros; porque no os llamó Dios de las tinieblas á la admirable luz suya, pasándoos al reino de su Hijo muy amado (como á los más fieles) sino para que mejor conservaseis la pureza de vuestra alma y tuvieseis más unido el amor á las cosas espirituales de su servicio; hubo por bien sacaros del peligroso golfo de este mundo, á fin de que no peligrase vuestra conciencia en medio de las tormentas que en él suele ejercitar, de una parte el viento del deseo, ora sea de riquezas, ora de honras, ora de deleites y de otra el temor de perder todo esto.

Y tambien para que estas cosas bajas no se apoderasen de vuestro entendimiento y amor, repartiéndole por varias partes y os pudieseis todos convertir y emplear en aquello para que fuisteis criados, que es á gloria de Dios y á vuestra salvacion y de los prójimos.

Y dado que tiren á este blanco los institutos de la vida religiosa, con todo



eso la Divina bondad os ha llamado á este, donde no con una general direccion, sino poniendo en esto todo el caudal de vuestra vida y trabajos, habeis de hacer de vosotros un continuo sacrificio á la gloria divina y salvacion de los prójimos, trabajando en ella con el ejemplo y afectuosas oraciones, con que la divina Providencia ordenó que unos á otros nos ayudásemos.

De donde podreis entender cuán noble y real es el modo de vivir que habeis escogido, pues no sólomente entre hombres, pero aún entre ángeles no se pueden hallar ejercicios más ilustres, que son los de glorificar al Criador en sí y reducir á él sus criaturas en cuanto son capaces de la participacion de la divina gloria.

Así que, considerad vuestra profesion para que de una parte os consoleis y deis al Señor infinitas gracias por tantos beneficios, y de otra le pidais especial favor para corresponder á ella, ayudados de grande esfuerzo y diligencia, que os es muy necesaria para salir con fines tan importantes.

Por amor de Jesucristo nuestro Señor y Redentor, que olvidándoos de lo que queda atrás, os estendais con S. Pablo á lo mucho que os queda por andar en el camino de la perfeccion.

La flojedad, tibieza y hastío del estudio y de los demás ejercicios virtuosos tenedlos por enemigos declarados de los fines que pretendéis, ni consentais que os hagan ventaja los hijos de este mundo en buscar con más industria y cuidado las cosas temporales que vosotros las eternas. Avergonzaos de que ellos corran con mayor prisa para la muerte que vosotros para la vida.

Teneos por hombres para poco, si viereis que un cortesano sirve con más cuidado á fin de granjear el valimiento del príncipe de la tierra, que vosotros el del Rey del cielo.

Y si un soldado por un humo de honra de la victoria y algun despojo se pone en campo con más resolucion que vosotros por la gloria, por el señorio del mundo y de vosotros mismos, no os sea esta flaqueza de poco peso y vergüenza.

No seais, por amor de nuestro Señor, remisos en el ejercicio y combate en la conquista de la perfeccion, teniendo entendido lo que dice el Sabio, que el arco quiebra por estar siempre tirante y el ánimo por estar descaído, y el alma de los que trabajan se fortalece y hace robusta, como dice la Escritura.

Procurad conservar el fervor santo para trabajar en el estudio de las letras y de la virtud; que así en lo uno como en lo otro vale más un acto intenso que muchos remisos, y lo que no alcanza un flojo en muchos años, un diligente suele conseguir en breve tiempo.

En las letras se ve claramente esta diferencia; la misma hay en vencer las pasiones y flaquezas á que nuestra naturaleza está sujeta.

Y no adquirir en las virtudes es cierto que es de remisos; y porque no pelean contra sí, tarde ó nunca llegan á gozar de la paz de su alma ni á poscer alguna virtud perfectamente; siendo así que los fervorosos y diligentes en breve tiempo pasan adelante en una y en otra empresa.

Pues el verdadero contento que en esta vida puede haber, la experiencia muestra que no se halla en los flojos y remisos, sino en los que son fervorosos en el servicio divino; porque haciéndose de su parte fuerza para vencerse á sí mismos y á cortar por el amor propio, desarraigan de sí las pasiones interiores y las inclinaciones viciosas de su alma.

Y tambien con alcanzar los hábitos de las virtudes vienen como naturalmente á obrar con facilidad y alegría conforme á ellos; pues con que pongan el pecho á la virtud, se disponen á recibir de la mano de Dios, piadosísimo consolador, la suavidad de sus consolaciones. pues al vencedor se da el maná escondido.

Por el contrario, la tibieza es causa de vivir uno con molestias, no dejando quitar la causa de ellas, que es el amor propio, y desmereciendo en todo el favor divino.

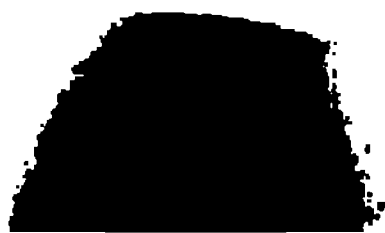
Por tanto, debeis trabajar más de propósito en vuestros loables ejercicios; que en esta vida sentireis el fruto del santo fervor, no sólo en la perfeccion de vuestras almas, pero tambien en el contento de la presente vida.

Pues si aspirais al premio de la eterna (en que todos debíamos poner frecuentemente los ojos) fácilmente os persuadirá S. Pablo, que no tienen que ver los trabajos de este mundo con la felicidad de la futura gloria del otro, á cual se manifestará en nosotros, porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulacion nos causa un peso de gloria sobremanera excelente y eterno.

Y si esto es así en todo cristiano que honra y sirve á Dios, fácilmente podreis ver cuál será vuestra corona si correspondeis á vuestro Instituto, que es no sólo servir á Dios en vuestra persona, sino traer á otros muchos á la santísima honra y servicio del mismo Señor, siendo del número de aquellos que instruyen á otros y los traen á la virtud, y por eso resplandecerán como estrellas del firmamento por toda la eternidad.

Esta alabanza da la Escritura Sagrada á los que diligentemente se emplean en su oficio, así despues de ejercitar las armas, como antes al prevenirlas.

Que de otra manera es cierto que no basta ocuparse en las obras que por sí son buenas, pues nos dirá el profeta Jeremías que es maldito aquel que hace las obras de Dios con negligencia; y S. Pablo que muchos corren parejas, pero uno sólo recibe el premio, y que no será coronado sino el que legítimamente peleare; que quiere decir, **el que trabajare** con ventajas, se salvará con ellas.



Sobre todo esto, querría que se encendiese en vosotros el amor puro de nuestro Señor y Redentor y el deseo de su honra, mayor gloria y salvacion de las almas (que él tan á su costa redimió) teniendo á esto particular obligacion, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta su Compañía. Digo especial, porque otros muchos hay generales que grandemente nos obligan á celar su servicio y honra.

Sueldo suyo es todo lo natural que sois y teneis, pues de su mano recibisteis y hoy poseeis todas las partes y perfecciones del alma y cuerpo y bienes exteriores.

Sueldo suyo son los bienes espirituales de su gracia, con que tan liberal y benignamente nos anticipó y no deja de conservarlos en nosotros, siendo tan rebeldes y contrarios á su Divina voluntad.

Sueldo son los inestimables bienes de la gloria, la cual (sin venirle de allí provecho alguno) os tiene aparejada y prometida, comunicándoos todos los tesoros de su bienaventuranza, para que seais por una eminente participacion de sus perfecciones lo que él es por su esencia y naturaleza.

Sueldo es, finalmente, todo el mundo universo y cuanto en él se contiene, así corporal como espiritual; pues Dios tiene puesto en su ministerio no solamente cuanto hay debajo del cielo, sino toda aquella su alta corte, sin perdonar á ninguna de las jerarquías celestiales, pues todos los espíritus bienaventurados se ocupan en servir á aquellos que entran en la herencia de la salvacion eterna.

Y porque todos estos sueldos no bastaban, se hizo á sí mismo precio nuestro, dándonos por hermano en la misma naturaleza, por precio de nuestra redencion en la cruz, por mantenimiento, medicina y compañía de nuestra peregrinacion en la Sagrada Eucaristía.

¡Oh cuán mal soldado es aquel á quien no bastan tantos sueldos para animarse á trabajar por la honra de su príncipe! Pues es cierto que por obligarnos á procurarlo y desearlo con más prontitud quiso su divina Majestad anticiparse con estos incomparables y costosos beneficios, despojando (en cierto modo) á su perfectísima humanidad de sus bienes por hacernos participantes de ellos, pues tomó en sí nuestras miserias para exemptarnos de ellas, quiso ser vendido por rescatarnos, infamado por honrarnos, pobre por enriquecernos, muerto con tanta ignominia por darnos vida inmortal y bienaventurada.

¡Oh cuán extraña ingratitud y dureza es la de quien con todo esto no se da por muy obligado á ser diligentísimo en procurar la honra, gloria y alabanza de Cristo nuestro Señor!

Y si veis esta obligacion y deseais emplearos en su divino servicio, en tiempo estais en que es necesario mostrar por obras vuestro deseo.

Poned los ojos en todas las partes del mundo, buscad y ved dónde es honrada la divina Majestad; dónde venerada su inmensa grandeza; dónde conocida su sabiduría é infinita bondad; dónde se cumple su voluntad santísima; y no os causará pequeño dolor ver cómo en el mundo es ignorado, despreciado y blasfemado su santo nombre y la doctrina de Cristo, Eterna Sabiduría, desamparada, su ejemplo olvidado, el precio de su sangre en cierto modo perdido de nuestra parte por haber tan pocos que de él se aprovechen.

Poned los ojos en vuestros prójimos como en una imagen de la Santísima Trinidad y capaz de su gloria, templos vivos del Espíritu Santo, miembros de Cristo Señor nuestro, redimidos con tantos dolores é infamias, y últimamente con su sangre y vida.

Ved en cuánta miseria se hallan metidos, en cuán profundas tinieblas de ignorancia y en cuál tempestad de deseos y vanos temores, y por otras tales perturbaciones conquistados y combatidos por todas partes de tantos enemigos visibles é invisibles, á riesgo de perder, no la hacienda ó vida temporal, sino el reino y felicidad eterna, y de caer en la intolerable miseria y fuego del infierno.

Digo, por concluir en pocas palabras, que si bien considerais la obligacion que teneis de volver por la honra de Jesucristo, Señor nuestro, y por la salvacion de los prójimos; entendereis cuán debida cosa es que os dispongais á todo trabajo para haceros instrumentos idóneos de la gracia divina para este efecto, mayormente habiendo hoy tan pocos obreros que buscan á Jesucristo, y por eso mucho más os debeis esforzar en llevar adelante lo en que otros faltan, pues Dios os hizo esta particular gracia de la vocacion á que os llamó y de los propósitos y deseos que os da.

Lo que hasta aquí tengo dicho para despertar á quien duerme y hacer correr al que poco anda, no ha de ser ocasion de dar en otro extremo de fervores indiscretos; que las dolencias no proceden sólo de cosas frias, cual es la tibieza, pero tambien de cosas calientes, cual es el demasiado fervor; razonable devocion, dice S. Pablo, conformándose con lo del Salmista: *La honra del rey ama el juicio*, que quiere decir la discrecion; y lo que se figuraba en el levítico, donde Dios mandaba que en todo sacrificio se ofreciese sal, que significa la sabiduría y prudencia.

Es así, que ningun ardid más eficaz tiene el enemigo de la naturaleza humana para quitar del corazon la verdadera caridad, como hacer que se proceda en ella incautamente y no conforme á la razon superior.

En nada seas nimio, dice un autor, y así se debe guardar aún en la misma justicia, como leéis en el Eclesiástico: *No quieras ser demasiadamente justo*; que á no tener esta moderacion, el bien se convierte en mal, y la virtud en

vicio, y nacen otros inconvenientes que se oponen á la atencion de quien así camina.

El primero es que no puede servir á Dios mucho tiempo, como acontece no llegar al fin del camino el caballo que al principio hace muy largas jornadas, ántes suele suceder que viene á ocupar á otro en servirle.

Lo segundo, que es contingente ser de dura el que así camina con demasiada prisa; que aún en esto tiene lugar lo que dice la Escritura, que la hacienda en breve tiempo adquirida, fácilmente se acaba.

Y no sólo se disminuye, pero tambien es causa de caer, porque, como dice el sagrado texto: «Quien se apresura mucho no deja de tropezar;» y tanto es la caída más peligrosa, cuanto es de más alto, no parando hasta el último grado.

El tercero es, que quien así procede, no repara en el peligro que hay en cargar mucho la barca.

Bien es verdad que hay peligro en ir vacía y con poco lastre, porque cualquier tentacion la lleva de una parte á otra. Pero mayor peligro hay en cargarla tanto, que se vaya á pique á lo profundo.

El cuarto es, acontecer que por crucificar al hombre viejo se crucifica el nuevo, trayéndole á no poder por flaqueza ejercitar las virtudes y obras santas; que, segun S. Bernardo, cuatro cosas se quitan por este exceso injustamente; al cuerpo, la ejecucion de las buenas obras; al alma, el afecto; al prójimo, el ejemplo; á Dios, la hora.

De donde infiere que queda con cargo de todo esto, como un sacrilego, por tratar así el vivo ejemplo de Dios.

Decíamos que quitaba el ejemplo al prójimo, porque la caída de uno espanta y entibia á muchos en el camino espiritual y aún suele dar escándalo.

Y por ese respeto se llaman divisiones de la union y enemigos de la paz, además del mal que á sí mismos se hacen con soberbia y vanagloria, prefiriendo su juicio al de todos, y por lo ménos usurpando lo que no es suyo, que es hacerse jueces de sus cosas, pidiendo la razon que lo sea el Superior.

Fuera de estos, hay otros inconvenientes, como son cargarse tanto de armas que no puedan ayudarse de ellas, como David de las de Saul, y proveer de espuelas y no de freno al caballo de su naturaleza impetuoso: de manera que en este particular es muy importante la discrecion que modera los ejercicios virtuosos entre los extremos.

Y, como bien avisa S. Bernardo, no se ha de creer siempre á la buena voluntad, ántes se ha de ordenar y regir, principalmente en el que empieza, porque no suceda ser malo para sí quien quiere ser bueno para otros.

El que es malo para sí, ¿para quién podrá ser bueno? Y si os parece que la

discrecion es cosa difícil é inaccesible, á lo ménos suplid la falta de ella con obediencia y consejo del Superior, que siempre será seguro.

Y si alguno quisiere seguir primero su parecer, oiga lo que el mismo S. Bernardo dice: Que lo que se hace sin consentimiento, y voluntad del Padre espiritual, no se cuenta por merecimiento sino por vanagloria. Acuérdesse que el crimen de idolatría no sujetarse y pecado de agorero no obedecer, como dice la Escritura.

Así que, para tomar medio entre la tibieza y el fervor indiscreto, importa tener por guía á la santa obediencia; y si en el tiempo de estudio teneis gran deseo de mortificacion, empleadle antes en quebrar vuestras voluntades y sujetar los juicios debajo del yugo de la obediencia, que en debilitar y afligir los cuerpos sin la debida moderacion.

No querria con todo eso, que por lo que tengo dicho juzgaseis que me desagradan algunas de vuestras mortificaciones; que estas y otras locuras tantas sé yo que las usan los santos para su provecho y son útiles para vencerse uno y adquirir más copiosa gracia, mayormente en los principios.

Pero en tiempo de estudios y á quien tiene ya más dominio sobre el amor propio por la gracia divina, lo que tengo escrito de reducirse á la medianía de la santa discrecion, tengo por mejor, no apartándoos de la obediencia, la cual os encomiendo muy encarecidamente junto con aquella virtud, perfeccion y compendio de todas las otras que Jesucristo nuestro Señor tanto encomendó, llamando suyo al precepto de ella, *que os améis unos á otros como yo os amé*.

Y no sólomente que conserveis entre vosotros el fraternal amor y union de caridad, sino que tambien le extendais en vuestras almas en orden á la salvacion de los prójimos, pesando lo que cada uno vale por el precio que costó á la sangre y vida de Cristo nuestro Dios y Señor.

Porque, previniendo de una parte las letras y de otra aumentando la caridad, os hagais cabales instrumentos de la divina gracia y cooperadores de esta altísima obra de reducir á Dios, supremo fin, sus criaturas.

Y en este medio tiempo en que sois estudiantes, no os parezca que sois inútiles al prójimo; porque, fuera de aprovecharos á vosotros, como pide la caridad ordenada, servís al prójimo en muchas maneras para gloria y honra divina.

La primera con el trabajo presente y con el fin con que le tomais, ordenándolo todo para su edificacion; que los soldados en cuanto atienden á proveerse de armas y municiones para la empresa que se espera, no se puede decir que su trabajo no es en servicio de su príncipe.

Y dado que la muerte atajase á alguno antes de empezar á comunicarse

exteriormente al prójimo, ni por eso deja de haberle servido en el trabajo que puso en aprestarse y apercibirse.

Lo cual, fuera de la atención con que se toma, se debía cada día ofrecer á Dios nuestro Señor por los prójimos; que, siendo el Señor servido de aceptarlo, podía ser instrumento para ayudar al prójimo, no de ménos importancia que el predicar ó confesar.

El segundo modo de ayudarle es ser vosotros muy virtuosos y santos, para que así seais idóneos de hacer tales á los prójimos cuales vosotros sois; porque el modo que Dios omnipotente quiere se guarde en las generaciones naturales, quiere también proporcionadamente en las espirituales.

Muéstralo la filosofía por experiencia, que en la generación de un animal, fuera de las cosas generales, como son los cielos, se requiere agente inmediato de la misma especie que tenga la forma que ha de introducir en otros sujetos; de la misma manera, para poner en otros la forma de la humildad, paciencia y caridad, quiere la divina Sabiduría que la causa inmediata de que ella usa como instrumento (cual es el predicador ó el confesor) sea humilde, paciente y caritativo.

De manera que, como os decia, perfeccionándoos á vosotros en toda virtud, servís grandemente al prójimo; porque no aparejais ménos antes más alto instrumento para dársele la gracia con la buena vida y con la doctrina, supuesto que una y otra cosa requiere lo que ha de ser perfecto instrumento de la salvación de las almas.

El tercero modo de ayudar al prójimo es con buen ejemplo de vida; y de esta (como os decia) por la gracia divina sale el buen olor de este colegio, que edifica mucho en otras partes fuera de ese reino.

Y espero en el Autor de todo el bien, que sus dones en vosotros se continuarán é irán en aumento, para que, creciendo cada día más en toda perfección, crezca, sin pretenderlo vosotros, este santo olor y edificación que de allí se extiende por tantas partes.

El cuarto modo de ayudar á las almas, y que comprende mucho, consiste en los santos deseos y oraciones; y dado que el estudio os lleve mucho tiempo, puede con todo eso con deseos recompensar el tiempo aquel que con todos sus ejercicios, tomados puramente por servicio de Dios, los hace oración continua.

Mas en esto y en todas las demás cosas más de cerca teneis con quien en particular podais conferir las, y por esa causa pudiera yo excusar parte de lo que escribo; pero, haciendo esto tan pocas veces y habiéndome dicho que deseabais alguna carta mía, me quise poner esta vez á consolarme con vosotros escribiendo largamente.

No más por ahora que rogar á Dios nuestro Señor y Redentor que como él aprobó el haceros gracia de llamaros y daros eficaz voluntad para entregaros á su servicio, así sea servido de continuar y aumentar sus dones en todos, para que siempre crezcáis y perseveréis en su divino y santo servicio, para mucha honra y gloria suya y ayuda de su santa Iglesia. Amen.

De Roma, á 27 de mayo de 1547.—Vuestro en el Señor nuestro, IGNACIO.

IV

De la mudanza de rectorado del P. Luis Gonzalez de Cámara y de algunos sujetos que en el año 1548 entraron en la Compañía.

Gobernando el P. Luis Gonzalez el colegio de Coimbra con grande ejemplo de su persona y mucho espíritu de sus súbditos, sucedió bien sin pensar una cosa muy notable que dispuso el P. Simon Rodriguez para prueba de su virtud, ejercicio de obediencia, edificacion religiosa y enseñanza de todos sus religiosos del poco asimiento que deben tener á las cosas de la tierra, estimando sobre todos sus bienes la humildad, desprecio de sí mismo y abnegacion de la voluntad propia por la santa obediencia: y fué privarle de repente del oficio de Rector con un modo singular y de mucha mortificacion.

Porque, procediendo el P. Luis Gonzalez en su oficio como se podia esperar de su mucha prudencia y espíritu, vino la fiesta de Navidad, y deseando el P. Maestro Simon ir á pasar aquella santa noche en compañía de sus Hermanos y religiosos del colegio de Coimbra (como solia hacer en semejantes solemnidades) se partió de Almeyrin (donde entónces residia la córte) á Coimbra, donde tenia el corazon.

Despues de pasada aquella noche felicísima con la devocion y espíritu que se acostumbra en aquel santo colegio, en un dia de aquella Pascua, estando los religiosos todos juntos llamados para aquella accion, alivió el Padre Maestro Simon al P. Luis de Cámara del oficio y cargo de Rector del colegio, nombrando en su lugar al P. Luis de Gran, y, para que no estuviese ocioso, le encomendó el ministerio de la cocina.

Admiracion grande causó mudanza tan repentina en el tiempo y tan desigual en la ocupacion; salto fué éste de gloria para quien sólo deseaba despreciarse, y de merecimiento incomparable para el que pretendia solamente negarse á sí mismo.

Mostró el P. Luis Gonzalez que nada le faltaba para ejercitar cualquier cargo, y le sobraba virtud para abrazar oficios humildes

Aceptó esta promocion con más alegría y satisfaccion que otros admitieran los mayores puestos del mundo; tan contento se hallaba entre las humillaciones del oficio nuevo, como otros entre los honores de la corte.

Así vivia en la cocina como si de ella fuese natural; acudia con toda diligencia á esta su nueva ocupacion, sin perdonar á trabajo ni ménos á asistencia, empleando en este ejercicio abatido todas las buenas dotes de que Dios le habia dotado de ilustre, de cortesano, de prudente y santo.

Todos los instrumentos de la cocina le estaban en grande obligacion, por la limpieza con que los traia lucidos y por el cuidado que tenia de las alhajas de aquella pobre oficina; que un varon ejemplar que pone los ojos en Dios, con igual ánimo se emplea en ocupaciones grandes que en ministerios pequeños.

Discursos varios se hicieron sobre la mudanza de puestos tan desiguales, viendo á un hombre tan insigne depuesto de la dignidad en que estaba para dedicarse á ejercicio tan humilde.

Espantáronse todos de que hubiese razon para ser tratado con tan riguroso y extraordinario modo un Rector de tan numeroso colegio, primero en la Compañía, siendo él tan noble por la calidad, hijo de un caballero de los más conocidos del reino, benemérito por sus virtudes y letras, acepto á la persona del rey, capaz de todas las confianzas reales, como lo mostraron bien los tiempos.

Pero nosotros, así, como no sabemos faltas que hubiese en un Rector á quien sobran tantos buenos talentos, tambien juzgamos que el P. Maestro Simon (por ser varon dotado de espíritu tan alto, tan fuera del camino ordinario, y como tenia tanto concepto de la virtud del P. Luis Gonzalez) deseando que los de la Compañía estuviesen aparejados, no sólo para guardar el voto que hacen de no pretender dignidades, antes de tenerlas, pero tambien que las supiesen dejar despues de poseerlas; por eso quiso en este caso darnos ejemplo á todos de humildad verdadera, para que á vista de un Rector hecho cocinero, supiésemos que en la casa de Dios los más perfectos son los más deshechos de sí, y que desean ser los más desechados de todos; y que en la Religion son de autoridad igual los cargos lustrados que los oficios humildes, segun el consejo de Cristo, el cual nos dice que cuando nos viéremos más aventajados en el merecer, entónces nos tengamos por ménos provechosos en el servir, y cuando llegáremos á obrar bien en todo, entendamos entónces que nada se nos debe.

Era el P. Lus de Gran (que sucedió en el Rectorado) persona en quien asentaban bien esta y otras dignidades mayores. Fué natural de Lisboa, docto y noble, de singular bondad, buen natural, junto con una mansedumbre y suavidad admirable de costumbres.

Despues de gobernar el colegio de Coimbra por espacio de cinco años, fué la mision del Brasil, donde fué Provincial con aprobacion grande así de los súbditos, para los cuales era padre amoroso, como de los indios, de quienes parece fué apóstol verdadero.

Empleóse tambien el P. Luis Gonzalez en varias misiones que hizo con gran celo y fruto, porque tuvo gran estima de este ministerio; pues no se puede negar ser celestial y divino el medio de las misiones apostólicas para la conversion del mundo.

Todas recibieron su precio y autoridad de aquella primera mision del Verbo Encarnado, enviado por su Padre Eterno al mundo, como legado de su Divino lado: *Misit Deus Filium suum*.

Vino á la tierra este Misionero divino, predicó, sirvió, curó y ejercitó todos los buenos oficios que él queria tuviesen sus ministros apostólicos; y antes de partirse para el cielo, despachó en misiones varias á sus Discípulos por toda la tierra, para que predicasen el Evangelio á toda criatura.

Con este espíritu crió siempre S. Ignacio á sus hijos, con este los envió á partes diversas del mundo.

Con este mismo espíritu nació la Compañía y se fué criando siempre, y ahora se continúa con felicidad grande, y, mediante la gracia divina, proseguirá hasta el fin del mundo.

En este tiempo de que voy escribiendo, era en todos los del colegio de Coimbra el fervor de las misiones tan grande, que parece no cabian los espíritus fervorosos en los límites estrechos de las esferas humanas que animaban.

El orbe universo era globo muy pequeño respecto de celo tan excesivo; mundos más espaciosos quisieran para convertirlos que Alejandro los deseaba para conquistarlos.

Con este celo valeroso andaban todos tan absortos, que cuando trataban de enviar algunos á la India, habiendo de ser diez los nombrados, eran ciento los pretendientes, y, si les diesen licencia, todos irian con deseos inflamados á ocuparse en la conversion de las almas, pareciéndoles que no cumplian con sus obligaciones los que con alas angélicas no salian volando á postrar el mundo á los piés de su Criador, entendiendo que á ellos se dirigia el precepto que Dios daba por Isaías: *Ite Angeli veloces*; viendo bien en estas palabras las instancias repetidas con que Dios apresuraba la diligencia en sus misioneros, pues no se contentaba con llamarlos ángeles (que por ser espíritus no tienen la carga de los cuerpos pesados) sino que tambien les añadia el título de ligeros, para que supiésemos cuánta prisa pedia Dios en sus ministros, queriendo que no sólo fuesen muy ángeles en el correr para predicar, pero que fuesen asimismo muy ligeros en el volar para convertir.

Con estos pensamientos abrasados se criaban en aquel tiempo los Padres y los Hermanos de Coimbra; muchos discurrían por todo Portugal en misiones, y de estas algunas habemos visto, é iremos refiriendo más. Otros habían pasado ya á la India y predicado el Evangelio en la Asia, corrido mucha parte de la costa de Africa, y entrado por Guinea en la Etiopía inferior.

Tuvo también el P. Luis Gonzalez estos santos empleos, principalmente el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, en Portugal corrió por muchos lugares evangelizando á Cristo.

Cuando llegó á Pedrograo, llevando por compañero al P. Jorge Morera, estaba todo el pueblo ardiendo en tan graves y pertinaces odios, que á su mismo señor habían tenido desterrado seis años había, sin consentir entrase en él; pero con la venida de los Padres todo se apaciguó, y entró el señor con gran paz en el lugar.

Fué increíble el fruto que hicieron y singular la edificacion que causaron con su santa vida y pobreza evangélica.

Pasaron voluntariamente suma necesidad, sin sustentarse de otra cosa sino es de las limosnas ténues que pedían como mendigos; pero cuanto ellos más se despreciaban, tanto más les veneraban como á santos.

Venia á oírlos infinidad de gente de lugares muy apartados; sus sermones eran tan llenos de espíritu, que inflamaban á los oyentes y hacían derramar copiosísimas lágrimas, con notables mudanzas de vidas muy estragadas.

En un sermón solo hicieron las amistades públicamente veinte enemigos capitales y de muchos años, derramando copiosísimas lágrimas y abrazándose con grande afecto y dolor de lo pasado.

Con tales efectos, llamaban los pueblos turco ó moro al que dejase de oír los sermones, si alguno había.

Llamaban á los Padres de todas partes por gozar de su saludable doctrina, y ellos acudían á todas más de lo que alcanzaban fuerzas humanas.

En una encontraron un sacerdote que treinta y ocho años había estado enfermo de su flaqueza, teniendo el escándalo en su casa, huyendo de encontrar hombre que le arrojase en la piscina de la penitencia; pero, acertando á oír un sermón, se convirtió de veras al Señor, echando la mujer de su casa, la cual estando también oyendo la palabra de Dios, fué herida del cielo con tanta vehemencia, que prorrumpiendo en gemidos y clamores, alborotó todo el auditorio, delante del cual no tuvo empacho, como otra Magdalena, de mostrar públicamente su dolor y arrepentimiento, confesándose por pecadora y haciendo penitencia pública.

Fuera largo contar las conversiones extraordinarias que se hicieron, las cuales dejamos por pasar á la misión que hizo en Africa el P. Luis Gonzalez

V

*Parte el P. Luis Gonzalez de Cámara**por compañero del P. Juan Nuñez Barreto para la mision de Berbería.*

En este mismo año de 1548 se ofreció una ocasion de enviar mision á aquella parte de Africa más vecina de nosotros que llamamos Berbería, donde ordinariamente los cristianos padecen duro cautiverio debajo de la crueldad de los moros fronterizos á la costa de España.

Era en este tiempo gobernador de Ceuta D. Alonso de Noroña (que despues fué virrey de la India, hermano del marqués de Villarreal) el cual llevado de su mucha cristiandad, tenia sentimiento grande del desamparo notable y miseria extrema que sabia padecian en Berbería los cristianos cautivos y soterrados en las profundas mazmorras de Tetuan.

Para acudir como piadoso á obra de tanta caridad, halló que el mejor medio era escribir al P. Maestro Simon, porque sabia muy bien la entrada grande que tenia con el rey y el amor entrañable de los prójimos que ardia en su pecho.

Escribió tambien al rey representándole cuán grande servicio de Dios seria ir á aquellas partes algunos religiosos de la Compañía, ayudando por entónces á los de la Orden sagrada de la Trinidad Santísima, cuyo oficio por estatuto es acudir á esta redencion, el cual ejercitan con gloria de Dios y provecho general de los que están aherrojados en Africa entre los moros bárbaros.

Atendió el rey benignísimo á las cartas de D. Alonso y á los ruegos del P. Maestro Simon, á quien ordenó hiciese eleccion de algunos de la Compañía para esta mision.

Luego que en el colegio de Coimbra se supo la empresa nueva que se les preparaba, no se puede fácilmente creer cuántos fueron los pretendientes que se opusieron á estas cátedras trabajosas.

Entre otros, fueron luego á ofrecerse con resignacion grande en manos de la obediencia santa y deseosos de padecer trabajos el P. Juan Nuñez Barreto, que despues fué Patriarca de Etiopía y el P. Luis Gonzalez de Cámara, que andaba ocupado en su ejercicio loable de la cocina, no por huir este trabajo que era pequeño, sino por buscar otro que le parecia mayor.

No pudo el P. Maestro Simon dejar de anteponer á estos opositores ferrosos.

Dióles por compañero al H. Ignacio Bogado, que en pocos meses de Compañía habia aprovechado mucho en la virtud.

Partieron luego los tres misioneros por el Algarve y entraron en Andalucía.

Por todas estas partes fueron notables los frutos que de camino recogieron con sus sermones y oyendo confesiones, como hijos verdaderos de S. Ignacio, que nunca pasaba los caminos ocioso, y como imitadores del Verbo encarnado que siempre caminaba comunicando gracias y repartiendo favores como testifica la Escritura: *Qui pertransiit benefaciendo, et sanando omnes.* etc.

Llegando los Padres á Ceuta, tuvieron ocasiones grandes de hacer muchos servicios á Dios en aquella ciudad, predicando y confesando á aquellos soldados y caballeros de la frontera, más acostumbrados á acudir á la seña de los rebatos que á las señales de la predicacion, y más diestros en terciar la lanza que en decorar la doctrina.

Fué el fruto tan admirable y la mudanza tan propia del brazo del excelso, que el gobernador de la plaza, D. Alonso de Noroña, se dió por obligado á dar las gracias al P. Maestro Simon por su carta, en la cual le certifica que habia sido tal la mudanza con las doctrinas santas y trabajos dichosos de los Padres, que muchos hombres que antes en las costumbres parecian moros bárbaros, entónces ya representaban ser religiosos santos.

Juntamente le avisa en esta carta que habia mandado pedir salvo conducto al alcaide Acem, para que los Padres entrasen en Tetuan y acudiesen á los cautivos; que en esto habia peligros grandes y muchas dificultades, pero que las mayores eran ver los deseos indecibles que los Padres tenian de entrar por Tetuan predicando la fe de Cristo, y que con esto sólo harian bien á sí muriendo mártires gloriosos, pero no acudirian á su obligacion libertando cristianos encarcelados.

Por esta causa él no les queria dejar entrar sin tener primero orden en que el P. Maestro Simon les pusiese obediencia expresa de no entrar á predicar á los moros públicamente los misterios de nuestra santa fe, y que se contentasen por entónces con visitar y sacramentar á los pobres cautivos y con informarse del modo de las redenciones, y que con esta informacion se volviesen á Ceuta.

Con estas prevenciones y obediencias se partieron los Padres para Tetuan á 13 de setiembre del mismo año en compañía y guarda de tres moros conocidos, á quien D. Alonso de Noroña los entregó.

Estos llevaron y defendieron á los tres religiosos de algunos asaltos que tuvieron de algunos moros que en el camino les salieron para robarlos y matarlos; pero no pudieron estos librarlos de la hambre grande y mayor sed que por aquellas breñas desiertas y matorrales padecian.

Entraron en Tetuan, donde fueron recibidos de los moros de la tierra con buen semblante, y aposentados en la Aduana, no hallaron en ellos las inju-

rias y afrentas que por el nombre de Cristo deseaban padecer: esto quedó por entónces sólo á cuenta de los muchachos y mozos de menor edad, los cuales seguian á los Padres por las calles con muestras del odio innato que beben contra los cristianos en la leche de sus madres, que bien se veia en los gritos, en las burlas, y aún (pasando de palabras malas á obras peores) en los empellones y golpes que les daban.

Luego en el dia siguiente trataron de visitar los cristianos cautivos que en varias mazmorras estaban repartidos.

Entraron los Padres por aquellos lugares soterráneos, por aquellas cuevas tenebrosas adonde los pobres cristianos cautivos estaban sepultados en vida entre las sombras de la muerte.

Con tal vista y con tan alegre y no esperada visita, les amaneció un dia esclarecido y hermoso, como si el sol bañase de luz aquellas estancias lóbregas ó sepulturas, por mejor decir, de vivos, dándoles una alborada muy apacible.

Entre los casos en que se vió aquí la providencia del Señor, fué admirable el que sucedió con un pobre cautivo, que era un sacerdote francés, al cual hallaron casi al cabo de la vida con una enfermedad grande, y era cautivo de un moro zapatero.

A este enfermo tomó por su cuenta el P. Luis Gonzalez, por ser peritísimo de la lengua francesa desde el tiempo que estudió en París.

Primeramente alegró al sacerdote hablándole en su lengua natural (que tal es la fuerza del amor á las tierras en que nacemos, que hasta aquella hora en que la vida va faltando, se consuela el que está muriendo, si no con ver su patria, á lo ménos con oir su lengua) y luego le oyó de confesion.

Al mismo tiempo cuidaba el P. Juan Nuñez de poner en orden todo lo necesario para llevarle el Santísimo Sacramento con la mayor decencia, veneracion y concierto que en tal tierra y en tal casa podia ser.

Así se hizo con una procesion muy devota, ordenada con canto y muchas alabanzas divinas, acompañada de los cristianos, de los cuales unos iban cantando y todos llorando de consuelo por ver al Señor Sacramentado, en medio de tantos enemigos suyos, ir como triunfando por las calles de Tetuan, donde no se habia visto en aquella forma por muchos tiempos antes.

Prosiguieron los Padres con su sacerdote enfermo, acudiéndole al bien de su alma y no faltándole á lo necesario del cuerpo que estaba ya muy debilitado, hasta que finalmente acabó la vida temporal con grandes señales de empezar la eterna.

Hiciéronle públicamente el entierro con ataúd levantado en hombros de mercaderes cristianos, yendo con toda la solemnidad posible por medio de

las calles de Tetuan hasta el lugar diputado para sepulcro de los cristianos, que está fuera de los muros. Acompañaban los Padres entonando los versos y responsos, y los demás encomendando su alma al Señor.

Y, para que se conozca mejor la merced que Dios hizo á este sacerdote y la cruel granjería que estos bárbaros hacen de los pobres cautivos, referiré lo que se halló escrito que contaba muchas veces el P. Luis Gonzalez.

Decia que, estando moliendo un pisto para el sacerdote francés, á tiempo en que él estaba ya casi acabando, entraron de repente por la Aduana cuatro ó cinco mercaderes moros, tratando muy de propósito con el zapatero sobre el precio que habian de dar por aquel su cautivo, á quien él en salud taba en catorce mil reales sin haber quien se le quisiese comprar, y ahora pedia más y eran más los comerciantes.

La causa de esta mudanza de precio fué la opinion nueva que concibieron del enfermo, diciendo que debia de ser alguna persona muy principal, pues veian á tres religiosos ocupados todos con desvelo infatigable en curarle y cuidar de su salud.

Y era la codicia de los crueles contratantes tan desenfrenada, que con ver al miserable sacerdote echado en el fuego sobre una cachera, cargado de hierros, arrojando sangre por la boca, sin poder comer en seis dias y ya casi sin aliento, le hacian fuerza que se levantase para ver su disposicion y juzgar el precio que se podia dar por mercadería tal: tan ciega es la codicia y tan bárbara la crueldad de estos mercaderes inhumanos.

Lastimábanse los Padres sobremanera de ver las calles llenas de cristianos cautivos cargados de hierros, flacos, consumidos y desfigurados con el hambre y mal tratamiento.

Y con todo eso, como á los hijos de Israel no perdonaban los gitanos el trabajo de los adobes, así estos eran obligados por sus amos á trabajar de sol á sol, andando unos en el campo con el arado ó con la azada, otros en poblado moliendo á fuerza de brazos, que es trabajo de grande fatiga, y últimamente, todos como hombres afligidísimos.

Para asistir mejor los Padres á estos sus cautivos y acompañar con el ejemplo á los que no podian valer con la libertad, dejaron el hospedaje que tenían en la Aduana, y se fueron á dormir y á habitar en las mazmorras entre los miserables cautivos, para consolarlos con su presencia, ya que no podian aliviarlos de sus hierros.

Rezaban con ellos de noche muchas oraciones, hacíanles doctrinas y sermones acomodados al estado de la paciencia en que debian vivir, con no ménos devocion y lágrimas en los oyentes que compasion y lástima en los predicadores.

Que en la verdad no podia dejar de ser grande el sentimiento en los Padres, viendo á tantos cristianos, que estando aún vivos, ya parecian sepultados debajo de la tierra en concavidades oscuras, en tinieblas perpetuas, acinados unos sobre otros, por no haber lugar para revolverse.

Cuando entre sí se movian para poder ménos mal acomodarse en incomodidad tan grande, luego, en moviéndose, sonaban los grillos que los lastimaban, á cuyo triste sonido levantaban gritos espantosos y gemidos lamentables, que resonando por aquellas cavernas horribles de la tierra, representaban asombros del infierno.

Tomando ocasion de esta lastimosa cárcel, les hizo el P. Juan Nuñez Barreto en la primera noche una plática sobre aquellás palabras del profeta: *Posuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosis et in umbra mortis.*

Fué la plática de grande consuelo para los cautivos, el cual se les aumentó con las limosnas del dinero que llevaban y que despues de ella les repartieron, tomando los Padres á su cuenta particularmente á los más enfermos para socorrerlos mejor, limpiarlos, servirlos y hacerles todos los regalos posibles, con tanta aplicacion y gusto como si en cada uno de aquellos pobres sirviesen á la persona de Cristo.

Proseguian los religiosos en estos santos ejercicios, y no contentándose su zelo fervoroso en acudir con tanta caridad á los cristianos que padecian tan cruel cautiverio de los cuerpos, trataban de remediar á los que traian las almas cautivas del demonio.

Y porque les estaba prohibido por obediencia, como dijimos, que no predicasen en público á los moros, con todo eso no perdian ocasion de hablar á algunos en particular, y principalmente á los elches, que son los renegados, que con sus santas pláticas volvieron en sí, tornándose á recoger al rebaño del Pastor eterno, de donde habia años que andaban descarriados.

Entre estas ovejas perdidas á quien penetró el rayo de la luz del cielo, fué un elche mancebo que entre los moros se llamaba Alcaalá, y era caballero portugués, natural de la ciudad de Lisboa, el cual, como otro hijo pródigo, se vino á rendir y echar á los piés del P. Luis Gonzalez, que tomándole en los brazos, le recogió en el corazon como padre amoroso á un hijo arrepentido.

Con estos y otros trabajos continuos vino el P. Luis Gonzalez á enfermar gravemente, y porque en Tetuan no habia remedio para poder sanar, le mandó el P. Juan Nuñez que pasase á Ceuta, adonde dió orden el capitan D. Alonso de Noroña para que fuese curado con todo cuidado.

Luego que el Padre empezó á levantarse, se fué al púlpito, contando desde él los trabajos grandes y extremas miserias que los cristianos cautivos

padecian, y, en bajando, se iba luego por las puertas á pedir limosnas para tantos necesitados.

Recogidas estas limosnas que todos le dieron con buena voluntad, conforme la posibilidad de cada uno, y viéndose con salud bastante, estando ya de partida parra volver á la empresa de sus cautivos, que habia interrumpido, pero no dejado; recibió cartas del P. Juan Nuñez Barreto, su Superior, en que le ordenaba que luego tornase á Portugal á dar cuenta al rey de lo que habia en Tetuan, y tratar con él con eficacia del remedio de aquella gente desamparada, y para que le procurase gruesas limosnas con que rescatar y ayudar aquella gente miserable.

VI

Es elegido por maestro del príncipe y confesor del rey de Portugal con gran repugnancia y excusas suyas, y lo que nuestro Padre S. Ignacio escribió acerca de esto.

En este tiempo andaba el P. Maestro Simon preparándose para la primera jornada que hizo á Roma, tratando de la provision de los oficios que tenia.

Nombró en su lugar por maestro del príncipe D. Juan, al P. Luis Gonzalez de Cámara, que por muchos títulos lo merecia.

Y es muy digno de advertencia que el mismo P. Simon, que hizo dos años habia al P. Luis Gonzalez cocinero del colegio de Coimbra, entónces le eligió maestro del príncipe en la córte de Lisboa, como buen Superior que así como sabia mortificar, tambien queria autorizar, porque ni mortificaba por pasion ni autorizaba por lisonja, poniendo sólo delante de los ojos las buenas conveniencias del gobierno que tal vez enseñan levantar sobre la cabeza lo que anda abatido debajo de los piés.

Aceptó forzado el P. Luis Gonzalez, y con mucho ménos voluntad que en la cocina de Coimbra lo que ahora le ordenaba la obediencia en el palacio de Lisboa, mostrando que no tenia ménos humildad para ser cocinero que para ser maestro; porque sólo aquel sabe ser buen maestro que primero aprendió á ser buen discípulo, y aquel puede con más lucimiento enseñar á los príncipes que supo con más rendimiento ejercitar humildades.

Llegaron á Portugal las buenas nuevas de la dichosa muerte por la fe de P. Antonio Criminal, que fué el primero de la Compañía que animoso dió su vida por la predicacion del Evangelio, y, como si aquella sangre clamase desde la India pidiendo misiones á Portugal, era tal el fuego divino que habia encendido en todos los moradores de aquel santo colegio, que confesaba

ban los Superiores que no podían valerse con las cartas y memoriales de los que pretendían ser electos para empresa tan gloriosa y preferidos en pretensión tan solícita.

Con la venida de Roma del P. Maestro Simon cesó el P. Luis Gonzalez en la sustitución del oficio que le había dejado encomendado de maestro del príncipe, y fué luego mudado para Coimbra (donde era su estancia ordinaria) para promover con su presencia el bien de aquel colegio.

Fué tal el consuelo que tuvo con ver y experimentar este fuego celestial de las misiones que ardía en todos aquellos religiosos, que le pareció que no había nueva más grata y sabrosa para enviar á su Alteza que esta, refiriéndole los deseos que en todos había de ir á convertir almas al Oriente y al Brasil; y porque se halló en el archivo de Coimbra la carta que escribió al rey por esta ocasión en el año de 1551, me pareció trasladarla aquí letra por letra, la cual dice así:

«Hallé, Señor, tanto fervor en esta casa, tanta obediencia y humildad con todas las demás virtudes que parecen necesarias á la perfección que la Compañía pretende, que aunque yo trabajara muchos años en servicio de nuestro Señor, sólomente con el premio de ver esto y conversar tan santa gente me tuviera por muy satisfecho.

»Vuestra Alteza debe dar muchas gracias á nuestro Señor, y tener por muy cierto que de esta viña que aquí plantó ha de coger el fruto que agrada mucho al mismo Señor.

»A lo ménos, si Vuestra Alteza fundó este colegio para cumplir con las obligaciones que tiene á las almas de la India, del Brasil y demás tierras de infieles; bien puede tener por cierto que para eso están todos bien aparejados y andan en eso tan encendidos, que es trabajo grande cuidar de este colegio sin recelo de que no se pase todo á la India, al Brasil y á otras tierras de infieles.

»Los más de ellos dieron sus razones y trabajaron en persuadir que los enviasen.

»Fuera de los cuatro nombrados para el Brasil, otros tres ó cuatro mostraron tan excesivos deseos, con tantas lágrimas y con tantas vivas y eficaces razones, que le pareció al Padre estaba obligado á enviarlos por no resistir al Espíritu Santo, principalmente siendo el deseo de ir al Brasil, de donde se escribe que hay necesidad de esta gente.

»Y para que los enviásemos con mejor voluntad, pagó luego Dios de antemano con cuatro ó cinco que ya están recibidos, y con otros muchos idóneos que andan movidos para entrar en la Compañía, sólo por las razones que les dieron para salir de ella los que están fuera.

»Paréceme que no quiso Dios más que ver este colegio limpio de hijos del mundo para darle á criar los suyos.

»Y, porque Vuestra Alteza fué causa de todo esto, deseamos todos muy afectuosamente pagar esta merced, con pedir continuamente á nuestro Señor premie á Vuestra Alteza en esta vida y en la otra tanto servicio como en esto le ha hecho. Coimbra, etc.»

Hasta aquí la carta del P. Luis Gonzalez de Cámara, en la cual, así como refiere los fervores santos de los religiosos verdaderos de la Compañía, también toca las dimisorias de otros; que entre los hijos legítimos nunca faltaron algunos que degeneraron, perdiendo por sus faltas la Religión á que Dios los habia llamado; pues por eso el oro de la Compañía es dentro más puro, porque acostumbra arrojar fuera la escoria.

Después de esto, sucedió que vino por Provincial de Portugal el P. Diego Miron, y se partió segunda vez á Roma el P. Simon Rodriguez.

Y como la fama de las virtudes del P. Provincial, Diego Miron, volase tanto, y el serenísimo rey D. Juan tuviese noticia de la bondad grande de este Padre, y como cada dia se aumentase en él el amor y afecto á la Compañía; trató de tomar confesor nuestro, y así, pidió que le diesen, ó al P. Provincial, ó (si las ocupaciones no le permitiesen) al P. Luis Gonzalez, que ya por este tiempo confesaba al príncipe, su hijo, en lugar del P. Maestro Simon que se habia ausentado para Roma.

Fué esta pretension del rey cosa muy nueva para la humildad del Provincial.

Resistió constantemente, mostrándose indignísimo de tanta honra, diciendo al rey que por extranjero no era capaz de tal oficio: *Para mí*, replicó el benignísimo príncipe, *ninguno de la Compañía es extranjero*. Palabras por cierto dignas de perpetua memoria y merecedoras de eterna gratitud.

En resolucion, con tantas veras se excusó, dando razones tan eficaces, que no fué posible acabar con él aceptase este oficio, por parecerle que podia entrar en la Compañía, en consecuencia de este cargo, algun lugar de admitirse otras dignidades y prelacías que sabia eran tan contra el espíritu de nuestro Fundador, de quien era hijo tan particular.

Por esta misma razon el P. Luis de Cámara se habia casi retirado de confesar al príncipe, y ahora, con la misma eficacia siguió el parecer del P. Diego Miron.

Pero como la materia era de tanto peso y en que se negaba dar gusto á un rey á quien debia tanto la Compañía, hubo muchos que extrañaron la rara humildad de estos dos Padres, y ellos tambien dieron cuenta á nuestro Santo Patriarca para que juzgase lo que habian hecho en esta materia y les enseñase

ian de hacer en otra semejante. Y para que entendamos la opinion
cio nuestro Padre en este particular, pondremos aquí la copia de
le sobre este negocio escribió al P. Provincial Diego Miron en el
te de 1553.

e en el archivo de Coimbra, y es la que se sigue:

ia gracia y amor eterno de Dios nuestro Señor sea siempre en
vor nuestro.

versas cartas que de allá tenemos, supimos cómo pidiéndoos su
le confesaseis y tambien al P. Luis Gonzalez, y esto con instante
os excusasteis ambos, no por peligro que temais de vuestras con-
tratar la de su Alteza que teneis por santo, como escribís, sino
parece esta dignidad no ménos de rehusar que el aceptar obispa-
los en ese reino, y por lo mismo aún la del príncipe ha dejado (se-
) el P. Luis Gonzalez.

to, mirando vuestros motivos, fundados en humildad y seguridad,
uele hallarse en lo bajo que en lo alto, no puedo sino aprobar vues-
on y edificarme de ella; pero, considerado todo, me persuado que
eis en tal determinacion, viendo el mayor servicio y gloria de nues-

amente, porque nuestra profesion é instituto es administrar los sa-
de la confesion y comunión á todos los estados y edades de hom-
no á lo muy bajo, tambien á lo muy alto nos obliga la misma ra-
nsuelo y alivio espiritual de los prójimos.

iendo tan particular la obligacion que tiene toda esta Compañía á
desde su origen y principio sobre todos los príncipes cristianos, ó
buenas obras ó el amor y caridad tan singular, que más que otras
robar nuestros ánimos; no sé qué excusa puede ser bastante para
r servir á sus Altezas en cosa tan propia de nuestra profesion,
estran recibirían consuelo y contento espiritual.

i se atiende al bien universal y mayor servicio divino, de esto se
icho mayor, en cuanto yo pueda sentir en el Señor; porque del
cabeza participan todos los miembros del cuerpo, y del bien del
dos los súbditos; de suerte que la ayuda espiritual que á ellos se
estimarse más que si á otros se hiciese.

que de un caso juzgueis otro, considerad si seria fruto importante
sar al rey, tener concluido el negocio del Patriarca de Etiopía,
o tanto la salvacion, no digo de muchas almas, sino de muchas
provincias.

d que, ó confeseis á su Alteza alguno de vosotros ó no, que no de-

jeis de acordarle este negocio, ni de escribirme de él cada vez que escribiéredes á Roma lo que habeis hecho.

»Pero volviendo á las causas porque no debeis rehusar este empleo, digo que aún la de vuestra seguridad no me parecia relevante, pues si no buscásemos otro fin segun nuestra profesion sino andar seguros, y hubiésemos de posponer el bien por apartarnos léjos de los peligros, no habiamos de vivir y conversar con los prójimos.

»Mas segun nuestra vocacion conversamos con todos, ántes como decia S. Pablo: «*Omnia omnibus fieri debemus, ut omnes Christo lucrificiamus,*» y andando con intencion recta y pura: «*Quaerendo non quae nostra sunt, sed quae Iesu Christi,*» el mismo Señor nos guardará por su bondad infinita; y si á esta profesion no la tomase por su cuenta su mano poderosa, no bastaria apartarnos de peligros semejantes, para no caer en ellos y en otros mayores.

»Pues lo que las gentes pudieran decir que quereis honras y dignidades, se desvanecerá con la fuerza de la verdad y evidencia de las obras, viendo que conservais la bajeza que por Cristo nuestro Señor tomasteis.

»Así que, por lo que se puede decir ó juzgar del vulgo, no se ha de dejar lo que puede ser en mucho servicio de Dios nuestro Señor y de sus Altezas y bien comun.

»Y finalmente, porque yo de una vez satisfaga en esta parte á mi conciencia, os mando en virtud de santa obediencia á vos y al P. Luis Gonzalez que hagais lo que sus Altezas os mandaren en esta parte, uno de dos, si otro alguno entre los de la Compañía no os pareciere á vosotros que tambien agradase á sus Altezas para que tomase este cargo.

Y, confiados en la bondad divina que será todo para mayor bien cuanto sucediere por esta vía de la obediencia, habeis de significar á su Alteza esto que se os ordena, mostrando esta misma letra, si la quisiere ver su Alteza, y á lo ménos diciendo la suma de ella.

»Y porque de otras cosas escribirá largo el Maestro Polanco, no diré otra sino que en vuestras oraciones y sacrificios mucho me encomiendo, y ruego á Dios nuestro Señor dé á todos su gracia cumplida, para que sintamos siempre su voluntad santísima y la cumplamos interior y exteriormente.

»De Roma, 1 de febrero de 1553.—Vuestro en el Señor nuestro, IGNACIO.

Esta fué la resolucion de nuestro Patriarca glorioso, esta la carta no menos admirable que resuelta y eficaz, en que ordenó á los dos Padres que aceptasen el cargo de confesores del augustísimo rey y serenísimo principe, enseñándonos que con título de provecho propio no habemos de dejar de procurar el bien de los prójimos.

Tambien escribió nuestro santo Padre otra carta al P. Luis Gonzalez, que

repugnaba por la misma razon que el P. Maestro Miron el ser confesor del Rey, la cual es la siguiente:

«La gracia y amor de Cristo nuestro Señor sea siempre en vuestra ayuda y favor. Amen.

«Recibí vuestra carta de veinte y cinco de abril; por ella entiendo que se os hace dificultoso el tener cuidado de la conciencia del rey, alegando vuestra poca edad, falta de experiencia y molestia de negocios que suelen cargar sobre el tal confesor, y otras cosas que aunque, cierto, me causa edificacion o que de vos mismo sentís y lo mucho que repugnáis ese cargo que tantos en el mundo desean; con todo eso yo juzgo en nuestro Señor que debeis hacer lo que su Alteza os ordenare en este particular, como tambien en otra cualquier cosa debemos todos á gloria de Dios nuestro Señor obedecerle; poned los ojos en Aquel que ve y puede tan eficazmente suplir todo aquello en que os parece faltais.

«Y en lo que toca á la conciencia del rey, no es cosa que os haya de parecer pesada siendo tan buena y santa, ni teneis con qué excusaros, como tendria aquel que confesase príncipes más enredados en casos dudosos.

«Y á lo que decís que es costumbre de su Alteza levantar á cargos y dignidades más honrosas á sus confesores, no temais que contra vuestra voluntad y de la Compañía lo haga, pues es padre de toda ella.

«Y aunque andar en la corte os sea cruz, llevadla con paciencia; porque, disponiéndose las cosas por medio de la santa obediencia, no podreis dudar que irán dispuestas conforme al beneplácito divino, que es lo que pretendéis y todos debemos pretender en cualquier lugar y ocupacion que tuviéremos.

«A otras cosas no respondo, sino sola esta pido á la Bondad divina, dé á todos de su gracia cumplida, para que sintamos siempre su santa voluntad y perfectamente la cumplamos.

«De Roma, 9 de agosto de 1552.»

VII

Va á Roma en nombre de la provincia el P. Luis Gonzalez de Cámara, para tratar negocios de mucha importancia.

Refiérense las cartas que llevó del rey.

Despues de esto, en el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, en el cual se contaban ya catorce de la Compañía, trataron los Padres de Portugal de enviar á Roma un religioso de autoridad que diese cuenta á nuestro fundador S. Ignacio del estado en que quedaban las cosas de aquella provincia, despues que el P. Simon Rodriguez habia dejado el gobierno de ella, y para

asistir á los ojos de Su Santidad á algunos negocios de importancia de la misma provincia, en especial acerca del monasterio de S. Juan de Longavres, que el rey la habia dado y se movian dudas en la bula de la union, y tambien sobre la iglesia de S. Martin de Alvaredo.

Porque, como de ella no tenia hasta aquel tiempo más que el nombramiento, estaba este anulado por el Papa Julio III, y era necesario acudir á Roma á esta renovacion y rivalidacion de la gracia concedida por el Pontífice predecesor, que fué Paulo III.

Para esto eligieron al P. Luis Gonzalez, persona en quien concurrían todos los requisitos necesarios para encargarse de la empresa.

Ajustóse mucho esta resolucion de los Padres con los pensamientos y deseos de los serenísimos rey é infantes de Portugal, que deseaban sumamente enviar á Roma una persona muy de su gusto que notase y advirtiese todas las acciones de nuestro Patriarca S. Ignacio.

Porque, como era tan notable la opinion que por el mundo corria de la santidad y prudencia de varon tan admirable, deseaban mucho aquellos príncipes piadosísimos saber de cierto la conversion del Santo, sus gloriosos trabajos y los secretos más íntimos de su vida.

Para este fin encomendaron con gran cuidado al P. Luis Gonzalez, de quien hacian toda confianza, que les pusiese por memoria todo lo que advirtiese y notase en varon tan santo, lo cual el P. Luis cumplió muy á medida de su deseo, porque escribió un diario muy largo en que ponía todo cuanto veía hacer á este grande siervo de Dios.

Era materia de particular consuelo y santa curiosidad ver la delgadeza con que el P. Gonzalez notaba estas cosas, pues no hacia el Santo accion alguna, aún de las más ordinarias, en que no tuviésemos mucho que aprender.

Llevó en esta ocasion el P. Luis Gonzalez cartas de recomendacion de la Compañía y de su persona, que le dió el benignísimo rey, de las cuales pondremos aquí algunas copias, cuyos originales se guardan en el archivo de Coimbra, para que se vea la opinion que este príncipe tenia de nuestra Religion, y se entienda el amor con que trataba las cosas de la Compañía.

Primeramente escribió su Alteza al Papa Julio III la carta siguiente:

Carta del rey D. Juan el III, para el Papa Julio III en que le encomienda la Compañía y al P. Luis Gonzalez.

«Muy Santo en Cristo Padre y muy bienaventurado Señor: El vuestro devoto y obediente hijo D. Juan, por la gracia de Dios rey de Portugal y de los Algarves, de aquende y de allende el mar; en Africa señor de Guinea y de la Conquista, navegacion, comercio de Etiopía, Arabia, Persia y de la India, etc.

Con toda humildad envio á besar sus santos piés, muy Santo en Cristo Padre y muy bienaventurado Señor.

»El P. Luis Gonzalez, de la Compañía de Jesus, va á comunicar con el P. Maestro Ignacio de Loyola, Prepósito General de la dicha Compañía, algunas cosas de ella para el bien de su gobierno en estos reinos.

»Por el mucho fruto que los Padres de la misma Compañía han hecho y hacen en estas partes y en las de la India, Brasil y Guinea, y por el buen ejemplo que de sí hasta ahora han dado, me obligan á favorecerlos en lo que puedo y á pedir á Vuestra Santidad, como pido muy por merced, que en todo lo que á la dicha Compañía fuere necesario y el P. Luis Gonzalez pidiere para bien de ella en este reino, reciba de Vuestra Santidad gracia y merced, porque se conseguirá de eso amarlos y alentarlos, para que tan santa obra y de tanto servicio de Dios vaya siempre en aumento, como de tan buenos y santos principios se espera.

»Porque, segun soy informado de mis capitanes y gobernadores, que en aquellas partes de la India y Brasil tengo, del mucho fruto que en las almas se hace por medio de la dicha Compañía, parece que nuestro Señor renueva en ellas la forma de la Iglesia primitiva, de que Vuestra Santidad debe dar muchas gracias á nuestro Señor, como yo hago.

»Muy Santo en Cristo Padre y muy bienaventurado, nuestro Señor por muchos tiempos conserve á Vuestra Santidad en su santo servicio. Escrita en Lisboa en 30 de enero de 1553.

»Obedientísimo hijo de Vuestra Santidad.—Yo, *D. Juan, Rey de Portugal.*»

Pero, porque quien mucho ama, por más que haga, siempre le parece que queda deudor, no se contentó el rey con escribir á Roma al Padre Santo y á su embajador, sino que tambien dió cartas al P. Luis Gonzalez para todos los potentados por cuyas tierras habia de pasar, para que en todas hallase el hospedaje y agasajo que se debia esperar de príncipes tales.

Trasládase aquí de todas sólomente la que escribió al rey de Francia, Francisco de Valois.

Carta del rey de Portugal para el rey de Francia en recomendacion del P. Luis Gonzalez.

«Muy alto, muy poderoso y cristianísimo príncipe, hermano y primo: Yo, D. Juan, por la gracia de Dios, rey de Portugal y de los Algarves, de aquende y de allende el mar, en Africa señor de Guinea y de la Conquista, navegacion, comercio en Etiopía, Arabia, Persia y de la India, etc., os envio mucho á saludar, como á aquel que mucho amo y precio.

»Es tan grande el fruto que los Padres de la Compañía de Jesus en estos reinos han hecho, así en la buena instruccion de los cristianos, como en la conversion de los infieles, en todas las partes sujetas á ellos; y es tan grande la esperanza que se tiene de que por principios tan maravillosos se sigan muchos provechos y auxilios para alcanzar el fin verdadero; que me mueven á procurar con todo cuidado que tan santa obra y de que nuestro Señor tanto muestra ser servido, vaya cada dia en mayores aumentos.

»Y porque para el cumplimiento de esto el P. Luis Gonzalez, de la misma Compañía (de cuya virtud, letras y proceder confío), va ahora á Roma para conferir con el General de ella algunas cosas necesarias para el gobierno de la dicha Religion en estos reinos; os pido muy afectuosamente mandeis darle salvo-conducto para poder proseguir su camino, sin que en él le sea puesto impedimento alguno, lo cual recibiré de vos á muy singular placer.

»Muy alto, y muy poderoso, y cristianísimo príncipe, hermano y primo, nuestro Señor haya siempre vuestra persona y real estado en su santa guarda.

»Escrita en Lisboa, á 29 de enero de 1553.—*Vuestro buen hermano y primo, etc.*

VIII

*Lo que le pasó en Roma con S. Ignacio nuestro Padre.
y cómo volvió á su provincia para maestro y confesor del rey D. Sebastian.*

Otras muchas cartas, fuera de las referidas, llevó del rey para su embajador y para algunos Cardenales, encomendándoles la persona del P. Luis Gonzalez, y que le diesen su favor para el buen despacho de los negocios que llevaba.

El infante Cardenal D. Enrique, su hermano, le dió tambien cartas para los Cardenales sus correspondientes, en que mostraba la grande estima que tenia del Padre y la que deseaba que todos hiciesen de su persona, y le diesen en todo su favor para su buen despacho, como se lo rogaba.

Con estas buenas recomendaciones llegó á Roma el P. Luis Gonzalez: entregó las cartas y fué muy bien recibido del Papa, del embajador D. Alonso de Alencastro y de todos los demás para quien llevaba cartas.

Diligenció con todo cuidado los negocios de su provincia, y tuvo ocasiones grandes para tratar muy de cerca á nuestro glorioso Patriarca S. Ignacio.

Pero, para que se vea el espíritu de este grande Santo y los diversos caminos por donde llevaba á sus súbditos para probarlos y ejercitarlos más, aun

uando eran más insignes y dotados de mayores talentos, para fundarlos de esta suerte en humildad verdadera; referiré cómo se hubo el Santo varon en los tiempos primeros con el P. Luis Gonzalez.

Despues de recibirle y festejarle en su primera llegada, desde allí por espacio de tres meses no le habló ni trató con él cosa alguna, ántes le probó con penitencias y graves mortificaciones.

Entre otras, le mandó una vez estar dentro de un círculo siete horas de la noche en pié y en silencio.

Pero, hallándole finalmente perfecto religioso, despues de tan bien probado, hizo de él particular confianza de allí adelante, admitiéndole á una familiaridad tan continua, santa y secreta, que cada dia á ciertas horas se recogia con él á tratar de cosas del cielo.

Aquí tuvo el P. Luis Gonzalez ocasiones excelentes para tomar noticia muy individual y conocimientos cabales de la vida admirable del Santo Patriarca y del modo que Dios habia tenido en regirle y encaminarle hasta llegar á fundar la Compañía; de las cárceles y persecuciones que habia padecido; de las peregrinaciones que hizo y de todo lo demás que los devotísimos príncipes de este reino deseaban saber, á los cuales muy en particular lo avisaba.

Con este trato tan íntimo quedó nuestro Santo Padre tan satisfecho de la virtud y capacidad del P. Luis Gonzalez, que empezó á ocuparle en gobiernos, haciéndole Superior de la Casa Profesa de Roma, en la cual ocupacion se hubo con tanto ejemplo, prudencia y celo extremado de la observancia de las reglas y edificacion de los nuestros, que le envió por compañero del Provincial, aunque algunos afirman que vino por Visitador de Portugal.

Concluidos felizmente sus negocios, partió de Roma con doce compañeros que le dió S. Ignacio, para que se criasen en aquella provincia; el viático que les dió fué la confianza en Dios, que estimó en más que todos los tesoros del mundo.

Vinieron todos esta larga peregrinacion á pié, hospedándose, como pobres, en los hospitales, y enseñando y predicando la doctrina cristiana en todos los lugares, y viviendo de las limosnas que les daban.

De esta manera llegó á Portugal, y visitó al rey, y le dió las cartas que traia de S. Ignacio y cumplida razon de lo que habia negociado con mucha satisfaccion suya, y de la reina, y del infante Cardenal.

Hizo asiento en Coimbra, adonde fué recibido como un ángel del cielo.

Halló las obras paradas y las cosas alteradas por mudanzas que se intentaron hacer del colegio á otro sitio no tan bueno; y el P. Luis Gonzalez con su autoridad y prudencia, y con la mano que tenia con el rey, patron de

aquella casa, dió buen corte en las diferencias que se habian levantado, y dispuso que el colegio se quedase en el sitio antiguo, y que prosiguiese la obra con fervor.

Luego trató de hacer una jornada á su alma, retirándose de negocios para darse muy despacio á la oracion, silencio y devocion; pero no le fué posible lograr estos buenos deseos por la ocasion que diré.

Por la muerte de nuestro santo P. Ignacio, fué electo el P. Luis Gonzalez para ir á Roma á la Congregacion general, á que se halló presente, en la cual le eligieron por Asistente de Portugal, siendo segundo General el P. Maestro Diego Láinez.

Pero no pudo el P. Luis Gonzalez durar en esta ocupacion todo el tiempo del P. Láinez; porque, tratando la reina doña Catalina y el Cardenal infante de dar un maestro al rey D. Sebastian (cuyo nacimiento fué en el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, á veinte de enero, dia del glorioso mártir S. Sebastian) para que en aquella edad tierna le enseñase é instruyese en costumbres dignas de su persona real; escogió su alteza al P. Luis Gonzalez, por dejárselo así encomendado el rey su marido.

Para efectuarse este decreto real, escribió la reina al P. Diego Láinez, segundo General, pidiéndole á él y á toda la Compañía quisiese aliviar al Padre Luis Gonzalez del cargo de Asistente, para poder tomar el de maestro del rey D. Sebastian, su nieto.

Notables fueron las repugnancias y grandes las diligencias que hizo el Padre Luis Gonzalez para que le excusasen de esta honra, hasta que, finalmente, se le mandó en virtud de santa obediencia que aceptase aquella ocupacion, para la cual tenia todas las buenas prendas que se podian desear en un tal maestro.

Porque, fuera de ser ilustre en sangre, era religioso de grande virtud, muy docto en las ciencias divinas, muy erudito en las letras humanas, y como habia estado en Valencia, en Francia, en Roma y en Africa, sabia muchas lenguas, francesa, italiana, castellana y arábica, además de la latina, griega y hebrea.

Y, sobre todo, era hombre de mucha prudencia, de gran capacidad y conocimiento de negocios; tenia condicion muy amable, y era finalmente en todo maestro dignísimo de un rey.

Con esta obediencia partió de Roma el P. Luis Gonzalez, y llegó á Lisboa en el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve.

Luego, en el siguiente, siendo ya el rey D. Sebastian de edad de seis años y medio, empezó el P. Luis Gonzalez á ejercer el oficio de maestro del rey con notable aplicacion y celo del bien de tal discípulo, en el cual hacian

grande impresion los santos avisos y prudentes documentos de tan buen maestro, que iba formando aquella edad en la verdadera y católica doctrina.

Criábale en el celo de la justicia; instruiale en el amor de la misericordia; aficionábalo á toda piedad; enseñábale á ser liberal y generoso como rey, y no desperdiciador y perdido como pródigo.

Mostrábale con ejemplos de la Sagrada Escritura y de historias de reyes santos cuánto depende el estado y felicidad de los reyes y señores de la tierra de la perfecta sujecion y vasallaje que en todo deben reconocer al Soberano Rey de la gloria, de cuya mano divina tienen los bienes que en este mundo poseen, y de cuya liberalidad esperan el cumplimiento de las promesas que en el otro desean.

IX

De la muerte del sirviente de Dios y la ocasion que hubo para ella.

Con estos y otros santos documentos que daba al rey santamente, y con enseñarle las letras humanas, instruyéndole en todo género de virtudes, se crió el príncipe más cristiano, pio y devoto que conoció en su edad la cristiandad.

Fundó muchos colegios á la Compañía y á otras Religiones; era ejemplo de virtud á sus vasallos, y un dechado de reyes católicos y santos.

Pero sucedió que algunos de los criados mozos que tenia, le comenzaron á ganar la voluntad y él á seguir sus consejos, dejando los de los ancianos, como antiguamente Roboan, con gran perjuicio suyo y de su reino.

Porque, como era valeroso y de altos pensamientos, abrazaba con gusto todo lo que frisaba con el suyo; y de unas en otras le vinieron á persuadir que se podia hacer señor del mundo con el valor de sus armas.

Diéronle un libro en que estaban escritas las hazañas del emperador Carlos V, su abuelo, y otro que contenia las de Castrioto Escanderberg, rey de Albania, y encendióse de manera en el ardor de las armas, que luego juntó ejército y trató de pasar al principio á la India oriental y despues á Africa para conquistarla.

El prudente y santo maestro, viendo los desaciertos del rey, le amonestaba como padre lo que le convenia; y viendo que, resuelto en su parecer, despreciaba sus consejos y tambien los del Cardenal su tio, se retiró de la corte á Coimbra por no ver lo que tan mal le parecia.

El rey, siguiendo sus dictámenes, siendo de solos veinte años, salió de Portugal el de 1574 y desembarcó en Ceuta, adonde estuvo algunos dias, y desde allí pasó á Tánger.

Con la cual jornada se entristeció tanto el P. Luis Gonzalez, que vino á enfermar gravísimamente, y quedó con unas cuartanas dobles, ocasionadas de la gran tristeza de lo que prudentemente temia.

Obligáronle los médicos á pasarse á Lisboa, para ver si con la mudanza de los aires se le quitaban las cuartanas; pero el mal se le iba cada dia agravando más; que enfermedades adquiridas con tristezas prolongadas tienen muy dificultosos remedios.

Estaba el P. Luis Gonzalez muy enfermo y flaco; mas el amor á su querido rey y amado discípulo estaba en la misma fuerza y vigor.

Viendo la detencion que hacia en Africa sin algun buen efecto y con descrédito de su autoridad real, movido de personas graves, le escribió una carta, estando ya desahuciado de los médicos, afirmándole por la hora en que estaba y por la cuenta que presto habia de dar á Dios, que ninguna cosa le habia puesto en aquella cama á las puertas de la muerte, sino su jornada de Africa; que le pedia encarecidamente se tornase para consolar con su vista al reino, que con tal ausencia andaba como fuera de sí.

Esta carta fué para el rey de tanto peso, que luego trató de dar la vuelta á Portugal, y llegando á Lisboa en el último dia de noviembre del mismo año de mil y quinientos y setenta y cuatro, luego fué al colegio de S. Anton donde aún estaba muy enfermo el P. Luis Gonzalez, y le visitó, enterneciéndose mucho, y mostrando grande lástima de verle en aquel estado; y dándole gracias por la carta que le habia escrito, le dijo estas palabras: «Para que sepais cuanta fuerza tuvo la carta que me escribisteis sobre mi venida, la guardé y traigo conmigo, y en prueba de esto os la entrego;» y dicho esto, se la puso en la mano.

Esta carta tuvo muchos años en su poder el P. Juan Correa, Provincial de Portugal, y lo testificaron otros muchos testigos que fueron de vista.

Pero, entendiendo el P. Luis Gonzalez de allí á poco tiempo que el animoso rey D. Sebastian trataba de volver á Africa; se le confirmó el mal y vino á morir, como se verá en el párrafo siguiente; que de esta suerte se iba sazonando la total ruina de aquel principe, que ni entónces el P. Luis Gonzalez con sus consejos pudo impedir, ni ahora el arrepentimiento la puede remediar; que los yerros pasados, como dice Salustio, sábense reprender, pero no se pueden enmendar.

De tal modo se apoderó la enfermedad del P. Luis Gonzalez, y tan obstinada fué la tristeza que la acometió al corazon, que por espacio de seis meses tuvo bien en que ejercitarse y en que se viese bien su grande paciencia.

Los achaques que le sobrevinieron fueron muchos, y los accidentes tan repetidos y opuestos, que le causaban dolores continuos; y lo que era remedio

para uno, venia á ser veneno para otro, no dejándole quietar de dia ni reposar de noche.

Pero, el buen Padre daba gracias á Dios nuestro Señor, mostrando que recibia esta enfermedad como merced particular de su mano, por haber muchos años que tenia pretension con Su Divina Majestad de que antes de morir le diese una enfermedad dilatada para tener tiempo de aparejarse, por temer que, como era tocado de perlesía, le pudiera llevar la muerte apresuradamente.

Viendo, pues, el fiel siervo del Señor que le visitaba con tan larga y rigurosa enfermedad, se confesó luego generalmente y recibió el Santísimo Sacramento con muy cordial devocion, como quien tanto deseaba salir de los peligros de esta vida y entrar en las felicidades de la eterna.

Cuando, obligado de los médicos, se hubo de partir de Coimbra á Lisboa, mandó el Obispo Conde D. Manuel de Meneses darle una litera para ir con más comodidad; pero él (como quien estimaba más el buen ejemplo que la buena salud) no la quiso aceptar.

Mas los grandes accidentes que en el camino le sobrevinieron, mostraron bien á cuán buen tiempo venia la litera que el Obispo le daba, para llegar vivo á Lisboa.

Con todo eso, aunque él vió esto, partió en una cabalgadura ordinaria, como quien ántes queria peligrar en la vida que arriesgar la edificacion.

Habia pedido mucho tiempo antes á su amigo y compañero el P. Amador Rabelo, que por su amistad antigua le avisase luego que los médicos empezasen á desconfiar de su vida.

Ejecutólo el Padre con gran sentimiento suyo, pero con alegría notable del enfermo, el cual, levantando las manos al cielo, dió gracias amorosas al Señor por querer desatar su alma de las prisiones del cuerpo, para entrar en la libertad dichosa de sus amados y verdaderos hijos.

Luego, poniendo el pensamiento en los benditos Padres y Hermanos de nuestra Compañía que ya en el cielo gozaban de la vista del Señor, empezó á hacer una letanía de todos ellos, diciendo así:

Bienaventurado P. Ignacio que tanto me amastes, acordaos de este vuestro indigno hijo.

Bienaventurado P. Francisco Javier, Predicador Evangélico del Oriente y Apóstol de los reinos del Japon, acordaos de este vuestro pobre Hermano; y así fué discurriendo por todos los otros primeros Padres, que ya eran muertos, nombrándolos por sus propios nombres.

Los deseos de acabar esta vida presente y empezar la eterna se acrecentaban tan vivamente, que habia pedido á los que le visitaban, que si por ventura los médicos dijesen que conocian alguna mejoría, no le diesen tal nueva,

porque para él era mejor la que le daba más prestas esperanzas de la vida eterna, en que tanto descaba entrar.

De allí adelante continuó con devotísimos coloquios y repetidas jaculatorias que hacia al Señor y á sus santos, en especial á la Virgen Santísima, de quien siempre habia sido muy devoto.

Llegóse á él su compañero el P. Amador Rabelo y le preguntó si tenia alguna cosa que le molestase, ó si le queria encomendar algo para mayor satisfaccion suya ó descargo de alguna obligacion ó negocio que acaso tuviese.

Respondió con grande serenidad que no sentia en aquella hora cosa semejante que le afligiese: que ciertò fué respuesta admirable y de rara edificacion y testimonio notable de cuán perfecto, de cuán recto y bien intencionado era su espíritu, pues, tratando tanto tiempo con reyes y con príncipes, de los cuales era tan valido, y con las personas principales del gobierno en negocios de mucho peso; no hallaba cosa que le diese cuidado en aquella hora.

Y á la verdad, quien sólo pone los ojos en el mayor servicio de Dios, tan fuera de embarazos vive en palacio entre negocios de pretendientes, como en la Tebayda en conferencias de ermitaños.

Y lo que aún más espanta y muestra mejor la entereza de su proceder, es lo que afirmó en esta ocasion; que nunca en negocios tocantes á su oficio de maestro y confesor del rey le habia movido respeto particular, sino el servicio de Dios y gloria divina, y que no se acordaba que acerca de esta materia le remordiese la conciencia en cosa alguna.

Respuesta que sólo pudiera dar un tal siervo del Señor, que tan particular amistad tuvo con aquel grande Santo, fundador nuestro, Ignacio; que no podia dejar de beber documentos divinos en fuente tan pura.

Si los religiosos que tratan con príncipes y son confesores de reyes, pusiesen delante de los ojos este ejemplo, moririan más consolados y vivirian con más edificacion.

Y verdaderamente que no me espanta tanto ver salir á Daniel intacto é ileso del lago de los leones hambrientos, cuanto me admiro de ver salir al P. Luis Gonzalez tan incorrupto y entero del trato de los cortesanos pretendientes.

Porque, si bien los leones de Daniel estaban irritados con hambre, tuvieron respeto á un Santo, para no tocarle ni con los dientes ni con las uñas; pero en las córtés de los grandes principes no hay fieras más hambrientas ni leones más fieros que son los pretendientes; porque estos ni perdonan á los santos ni respetan al mismo Dios; todo lo atropellan por alcanzar sus medras y conseguir sus pretensiones.

Y el P. Luis Gonzalez salió tan sano y libre de este lago profundo de leo-

nes inhumanos, que ni para sí ni para otros negoció jamás cosa alguna que no fuese muy conforme á justicia y que no se ajustase mucho á la razon; que sólo quien fué en la vida tan severo, podia esperar muerte tan santa.

Recibió la última vez el Santísimo Sacramento con muestras de humildad profunda y devocion suavísima; y cuando le dieron la Extremauncion, él mismo ayudó á rezar los salmos penitenciales, y respondió á todas las demás oraciones.

Viendo que habia ya cumplido con todas las obligaciones de cristiano, quiso tambien satisfacer á las de religioso, y, levantando la voz lo más que pudo, dijo por última despedida estas palabras:

«Siempre, Padres míos y Hermanos en Cristo muy amados, tuve entrañable amor á nuestra Compañía y á todos los hijos de ella, los cuales tengo y llevo escritos en mi corazon.

»Ruégooos, carísimos, que siempre en todas las cosas seais leales á la Compañía y la ameis como á madre; y si quereis ser consolados en la muerte, sed en la vida amigos de mortificacion, y en especial de la caridad.

»Poneos siempre de la parte de Cristo y defended su causa; confesadle en todas ocasiones y ofreceos por su honra en la vida, para que en la última hora Jesucristo os confiese por suyos delante de su Padre Eterno.

«Y porque no puedo decir más, concluyo todo cuanto os quisiera acordar, con pidiros procureis en todo vestiros del espíritu verdadero de nuestro bienaventurado P. Ignacio.

»Y ahora pedid al Señor me conceda entero juicio hasta la hora final, para sentir y llorar mis pecados y entregarme con afecto amoroso en sus manos.»

Estaban presentes á esta última despedida todos los Padres y Hermanos del colegio, y entre ellos tambien se halló el P. Maestro Simon Rodriguez, su antiguo maestro y Provincial, del cual se despidió con particular afecto.

No pudiendo ya el P. Maestro Simon retener las lágrimas, las derramaron muy copiosas todos los presentes, causadas no ménos de lo que perdian, que del consuelo espiritual de lo que veian.

Y porque era entrada ya la noche, pidió á todos que se fuesen á reposar, como quien sentia más el trabajo ajeno que la muerte propia; y aunque ya no tenia pulso en el brazo derecho y en el izquierdo tenia intercadencias, les aseguró que bien se podian recoger, porque no espiraria sino de las cuatro á las cinco de la mañana.

En la cual hora, asistiéndole el P. Maestro Simon con otros muchos Padres y Hermanos, llamando al Señor con el nombre dulcísimo de Jesus, con la vela encendida en una mano y con una cuenta de indulgencia plenaria en la otra, y con notable quietud, dió el espíritu á su Criador á los quince de

marzo de mil y quinientos y setenta y cinco, de cincuenta y siete años de edad, tres años y medio antes de la pérdida del rey D. Sebastian.

Quedó su rostro tan alegre, que se maravillaban los presentes, y en especial el P. Maestro Simon, y dieron gracias al Señor por mostrar con tal evidencia cómo la muerte de sus siervos es principio de vida eterna.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de S. Anton el viejo, primer asiento que en Portugal tuyo la Compañía, y de allí fué traslado en caja particular al colegio nuevo, donde ahora se reside, esperando siempre mercedes grandes del Señor, por medio de un siervo tan fiel, el cual, así como siendo vivo nos autorizó con los príncipes de la tierra, tambien despues de muerto nos defenderá delante del rey de la gloria.

En el tiempo en que el P. Luis Gonzalez estaba tan cnfermo en Lisboa, asistia el rey D. Sebastian con la córte en Evora, de donde enviaba muchos correos á saber cómo lo pasaba en la enfermedad, y, viniendo uno á informarse de su salud, le llevó por nuevas que ya era muerto.

Notable fué el sentimiento que tuvo el rey con la pérdida de su maestro, y tanto más, cuanto entendia que le habia ayudado con la pena que recibió de su jornada primera á Africa y por los pensamientos que traia de la segunda.

Grandes fueron las demostraciones que dió de este su dolor; recogióse luego solo á un retrete, en el cual estuvo por espacio de tres horas.

Despues, saliendo de su palacio con la capilla de la capa metida en la cabeza en señal de tristeza (como en aquel tiempo se usaba) se retiró á un monasterio del Orden de S. Jerónimo, distante media legua de la ciudad, llamado de nuestra Señora del Espinero, todo cubierto de luto, con sotana y capa de duelo, muy larga, y gorra de lo mismo, no comiendo en todo aquel dia, y pasando la mayor parte de la noche sin acostarse, teniendo de dia las ventanas cerradas, con una vela encendida, sin permitir que persona alguna entrase á hablarle.

Pero porque tan estrecho retiro pudiera ser dañoso al rey, fuera de ser de inconveniente á los despachos y negocios de la córte; el P. Mauricio, que en aquel tiempo era ya su confesor, fué á pedirle que no usase consigo y con todos de tanto rigor y sentimiento por la muerte de quien estaba descansando en el cielo.

Y aunque, por condescender con las amonestaciones de su confesor, mandó apagar la vela y abrir una ventana, con todo eso por ningun caso quiso salir, ni admitir visitas ó acortar los cinco dias que tomó de recogimiento, en los cuales el gran disgusto que tenia de tal manera le quitó la gana de comer, que no admitia sino cosa muy poca, con no pequeña admiracion de todos.

Pocos dias despues, caminando de Evora á Lisboa, fué luego al colegio de

S. Anton, donde visitó la sepultura del P. Luis Gonzalez, é hizo en su presencia decir Misa por él y echar agua bendita con señales de gran sentimiento y muestras de grande amor, que de la educacion y trato de tantos años tenia y debia á tan grande siervo del Señor, maestro y confesor suyo; que por merecernos memorias tan de marca, no es bien dejar de hacer algunas más, en particular de sus heróicas virtudes.

X

De las virtudes del P. Luis Gonzalez, en especial de su caridad; de cómo favorecia á los profesores de letras humanas y de su humildad.

Para haber de decir alguna cosa de las virtudes de este grande siervo del Señor, empezaremos por la caridad, porque esta es la reina de todas las virtudes, es la medida de los merecimientos, es el fin de los preceptos y el blanco adonde asestan los consejos Evangelicos: y, como dice Ricardo de Sancto Victore, el que tiene mucho de caridad tiene mucho de las demás virtudes.

La que tuvo para con todos este siervo de Dios fué tal, que pudo decir con S. Pablo: «¿Quién enferma que yo no enferme? ¿Y quién padece escándalo que no le padezca yo?»

Porque era el amor que tenia á todos tan grande, que hacia propios los trabajos ajenos, y los sentia y procuraba su alivio como si él mismo los padeciera.

Por esto, cuando miraba á los suyos alegres y gustosos, lo estaba él de manera que se le conocia en el semblante, sin poderlo disimular; y cuando, al contrario estaban tristes, lo estaba él más que todos.

De aquí le nació aquel fervor de caridad que ardia continuamente en su pecho del sacar á todos del pecado y llevarlos al cielo, como se vió en el ministerio de las misiones que ejercitó continuamente, dejando los reyes, y las córtés, y los grandes señores por acudir á los pueblos pequeños y gente desamparada á predicarlos, y enseñarlos, y hacer la doctrina á los niños.

Este mismo ardor de caridad le sacó del reino de Portugal y le llevó á tierra de moros á predicar á los cautivos, y confesarlos, y doctrinarlos, y juntamente curarlos, y procurar su rescate, diligenciándoles la salud del alma y cuerpo juntamente.

Este mismo fervor le hizo tan asistente en el confesonario para oir á todos y sacarlos de pecado, hurtándose cuanto le fué posible de la vista de los reyes y de gravísimos negocios que le encargaban, teniendo por el mayor de todos sacar un alma de pecado, y confesar y consolar á un pobre desvalido.

Esta virtud ostentó en supremo grado con los que estaban enfermos; y, dejando lo que hizo en Berbería con los cautivos enfermos, que tocamos arriba, en todas sus misiones se albergaba como pobre en el hospital, sin admitir hospedajes más ricos y acomodados que le ofrecían, no sólo por padecer mas por Cristo, sino tambien por tener ocasion de consolar y curar á los pobres enfermos, como lo mandó el mismo Señor á sus Apóstoles, á los cuales procuró imitar en todo.

Cuando habia enfermos en casa, no se apartaba de ellos, sirviéndolos, curándolos, consolándolos, buscándoles los regalos por todos los medios posibles.

Estando tal vez con el rey D. Sebastian, á quien seguia en las jornadas, en una villa una jornada del colegio, le avisaron que un Padre habia caido enfermo, y fué tal su cuidado, que sin poderse contener, pidió licencia al rey y vino al colegio, y sirvió de enfermero al Padre enfermo, velándole de noche, curándole á todas horas, sirviéndole y diligenciando su salud, y no se apartó de su cabecera hasta dejarle bueno, anteponiendo la caridad para con el enfermo á todas las honras y valimiento de los reyes.

No fué menor la caridad que usó en el colegio de Evora con un Hermano que estaba tísico de muchos meses, y, cansados y apurados los médicos, le dejaron por incurable en manos de la muerte.

El caritativo P. Luis Gonzalez, cuya caridad no se apuraba con la importunidad de las enfermedades ni con el trabajo de curar á los enfermos, se encargó de curar á este, y halló cura para el que desahuciaron por incurable.

Esta fué llevarle consigo junto á su propio aposento y por muchos meses servirle, y regalarle, entretenerle, llevándole flores y músicos que le cantasen canciones santas, sacándole al campo y haciendo tantas diligências, y las principales fueron encomendarle á Dios, que tuvo efecto su cura, y le dió sano y bueno, premiando Dios su caridad con dar salud al enfermo, la cual tuvieron todos por milagrosa.

Y para mayor demostracion del cuidado y solicitud que este siervo de Dios tenia con los enfermos, nacido del fervor de su caridad; contaré un caso que le sucedió en el colegio de Lisboa siendo no Rector, sino Superintendente, como se practicaba en aquel tiempo.

Habia un enfermo á quien, como solia, velaba y servia con mucha solicitud, y viéndole desganado de comer, ordenó al P. Rector que le trujesen agua de la Pimenteyra, que es una fuente distante media legua del colegio, de mejor agua que la de la ciudad.

El Rector se olvidó, y cuando le vino á dar de comer, pidió el agua de aquella fuente como más saludable para el enfermo.

El Rector que se halló presente, confesó de plano que se habia olvidado

hacerla traer; el bendito Padre lo sintió como si se hubiera hecho una divisísima falta, y con graves palabras le dijo: «Padre mio, con otras faltas se puede disimular, pero las que tocan á la caridad y en particular á los enfermos, no se pueden tolerar ni es justo que pasen sin castigo; y pues la culpa es de estado de parte de Vuestra Reverendísima, que ha tenido negligencia y descuido en el regalo del enfermo, es justo que haga la debida penitencia por ella, y esta sea que Vuestra Reverendísima tome un cántaro, y vaya á la fuente, y le traiga lleno de agua para él, y con este recuerdo no se olvidará a vez de hacerla traer.»

El buen Rector abajó la cabeza, y, sin replicar palabra, tomó el cántaro, y en cuerpo por medio de la corte y trujo el agua sobre sus hombros con pequeña admiracion de los de dentro y fuera del colegio, entre los cuales hubo gran disputa sobre cuál habia sido mayor, la caridad del Superintendente para con el enfermo ó la obediencia del Rector en traer el agua con mortificacion y nota de la corte.

En la verdad ambos nos dejaron esclarecidos ejemplos de estas virtudes, P. Luis Gonzalez de finísima caridad y el P. Rector de exactísima obediencia, ejecutando con tanta puntualidad y humildad mandato tan difícil en persona de sus canas y dignidad, pudiendo excusarla con mucha facilidad; y obedeció con tanto gusto como si le mandaran la cosa más honrosa del mundo, dando esclarecido ejemplo á los presentes y venideros de mortificacion, obediencia y humildad.

De este mismo incendio de caridad nacia la que usaba con los predicadores y lectores, y con más conato con los maestros de humanidad, retórica y gramática, así porque su ocupacion es más seca y más trabajosa que los que predicaban y leen ciencias mayores, como porque es tambien muy necesaria y es el fundamento de la sabiduría. Por esto se esmeraba en alentarlos y animarlos, honrándolos cuanto el porte de la Religion permite.

La misma caridad usaba con los huéspedes y con los Hermanos que atendían á los oficios de la casa, los cuales decia que llevaban el peso de la Comunidad y la carga de todos, por lo cual convenia poner el hombro y ayudarlos á llevarla.

Por esto los ayudaba en sus oficios, y les daba muchas recreaciones, y les agradecia lo que trabajaban, con que andaban gustosos y consolados, y trabajaban más en un día, que con tedio y tristeza en muchos; porque el alegría en el trabajo es como el unto en las ruedas del carro, que aligera el curso y livia la carga; y el tedio la hace más difícil y pesada.

Y sin duda dotó el cielo á este santo varon de gracia particular para comunicar á todos; porque, entrando en el colegio, entraba con él la alegría, y el

gusto, y el aliento que todos sentian en sus almas, no ménos con su presencia que con sus dulces palabras y gran afabilidad.

Hijo fué de esta caridad el celo tan ardiente que siempre tuvo de la salvacion de las almas, y la diligencia que puso en que los reyes fundasen muchas casas y colegios, así en Portugal como en las Indias, en que se criasen sujetos que fuesen á predicar á los infieles.

A este fin aplicó todos los valimientos que tuvo con los reyes, sin pedirles para sí ni para alguno de sus parientes cosa alguna de las muchas que pudo darles, siendo tan nobles y tan capaces de las mayores del reino.

Pero el siervo de Dios todas sus mientes tenia en los bienes eternos, tan descarnado de carne y sangre, como si no estuviera vestido de ella, sin reconocer otra madre más que su Religion, ni otros parientes más que los religiosos de ella, á quien cordialísimamente amaba.

Fué gran despreciador de sí mismo y apreciador de todos; ninguno fué malo en su boca; de solo sí dijo mal, y de todos bien.

Traia el vestido siempre viejo y remendado; el manteo y la sotana cortos, imitando á S. Ignacio, nuestro Padre; y como lo llevase mal su tia la camarera mayor de la reina doña Catalina, juzgando por mengua suya que entrase tan roto y mal tratado en palacio, le hizo un vestido nuevo muy cumplido y autorizado.

Pero el siervo de Dios no se le quiso poner, diciendo que no era de religiosos adornar el cuerpo con vestidos preciosos, sino el alma con ricas virtudes; y que el vestido pobre era la librea de Cristo de que deben honrarse los que militan en su milicia y siguen la bandera de su cruz; de que no poco se edificaron los reyes y los cortesanos de su palacio, los cuales, aunque tal vez muestran ménos aprecio de esta humilde librea, siempre le tienen en su corazon del afecto humilde de que nace, y se edifican más de ver al religioso observante, humilde y pobre, que ricamente vestido, muy cumplido y curioso y con más ostentacion que otros seglares.

XI

Refiérense otras virtudes del siervo de Dios, y el espíritu de profecía de que le dotó.

La oracion y trato que tuvo con Dios el P. Luis Gonzalez de Cámara fue como la raiz y la fuente de las heroicas virtudes que ostentó en el discurso de su vida, porque en ella encendia el fuego espiritual que animaba su alma y afervorizaba su espíritu.

Nunca, por muy ocupado que estuviese, así en palacio con los reyes como en las misiones predicando y confesando, disminuyó ó acortó los tiempos dedicados á la oracion que tenia por la mañana y por la noche, que eran tres horas cada dia para la mental y otras para la vocal siempre de rodillas.

No pocas veces pasaba toda la noche en peso, sin interrumpir la oracion, recompensando los ratos que le impedian las ocupaciones del dia.

Cada año se retiraba por uno y dos meses á los ejercicios espirituales de S. Ignacio á una granja que se llama Valderosal, gastando todo el dia en contemplacion y leccion espiritual con gran usura de su alma, hablando solamente con Dios, de quien recibia luz para sus aciertos y fuerzas para ejecutarlos.

Jamás se resolvió en cosa alguna de importancia sin comunicarla primero con Dios en la oracion, y así le salieron todas tan acertadas; que la luz del cielo enseña el verdadero camino y descubre las celadas.

Hijo fué de su oracion el espíritu de profecía que Dios le comunicó confirmado con muchas experiencias de que pondré aquí dos.

La primera fué de un Hermano que, persuadido del demonio, pretendia salir de la Compañía.

Hablóle el P. Luis Gonzalez, disuadiéndole aquella locura con muchas y fuertes razones; mas estaba tan ciego y obstinado en su depravado intento, que á todas resistió, y el Padre le dijo con espíritu profético: «Pues no da crédito á mis razones, saldrá de la Compañía y morirá violentamente dentro de breves dias.»

Lo cual se cumplió, porque un cuñado suyo, afrentado de tener un pariente tan cercano apóstata, como él decia, le dió de puñaladas pocos dias despues de haber salido, cumpliéndose á la letra lo que el Padre le profetizó.

En Evora vino á pedir la Compañía un estudiante artista que se llamaba Bartolomé Duarte, y tenia su madre anciana y no muy rica.

El P. Luis Gonzalez juzgó al principio que seria mejor atender el hijo á su consuelo y regalo que entrase en la Religion; mas, como el pretendiente insistiese porque le recibiese, el Padre lo encomendó á Dios, y la respuesta fué la siguiente: «Confiad, hijo, porque el Señor os quiere para la Religion: entrareis en ella y sereis profeso de cuatro votos y morireis lector.»

Todo se cumplió á la letra, porque leyó un curso de Artes en Braga, hizo la profesion de cuatro votos y murió en Lisboa leyendo teología moral con mucha aceptacion de todos y no menor sentimiento de su pérdida.

Y como estas dijo otras cosas futuras que se vieron cumplidas puntualmente como las profetizó.

La oracion y trato con Dios acompañaba con la mortificacion de las pa-

siones y la maceracion de su cuerpo, la cual fué continua y rigurosa, así de disciplinas y cilicios como de ayunos y viglias, fruta poco usada en palacio.

Pero el siervo de Dios vivia en palacio como en la Religion, y en medio de la abundancia sabia abstenerse de los manjares delicados y de las delicias seculares y vivir á los fueros de la Religion.

Tenia muy enfrenadas sus pasiones, señoreando sus apetitos de tal suerte, que ni se airaba en los casos adversos, ni se envanecia en los prósperos, ni se alteraba en las injurias, ni se engreia con las alabanzas, guardando una gravedad humilde y una modestia grave, con que se hacia á todos respetable.

Decia muchas veces que la virtud más necesaria á los de la Compañía era la mortificacion de las pasiones, sin la cual ninguno podia aprovechar ni áun perseverar en ella; y conforme á esto, en una conferencia que tuvo con los de casa sobre cuál era la virtud más propia y necesaria al religioso, dió la palma al que dijo que la mortificacion propia, porque esta era la que le formaba religioso y daba el ser á las demás virtudes esenciales de la Religion.

De aquí le nacia el odio que tenia de sí mismo, buscando en todas las cosas su mortificacion.

Cuando iba á las misiones, huia de los lugares donde sabia que habia de ser agasajado y regalado, y se iba adonde no lo habia de ser, sino pasar penuria y pobreza por Cristo.

Siempre daba lo mejor á los compañeros, así en las misiones como en los viajes que hacia, y si faltaba alguna cama, dormia en el suelo ó sobre una tabla por acomodar á su hermano.

Cuando el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco vino de Roma con los doce compañeros que dijimos, tuvo muchos lances de estos, en que hizo alarde de su mortificacion y caridad.

Uno de ellos fué que á un Padre extranjero se le rompieron los zapatos, y, no alcanzando su pobreza á darle otros, se quitó el P. Luis Gonzalez los suyos y se los dió, caminando tan largo camino con la incomodidad y trabajo que se deja entender, pero con grande alborozo de su alma por lograr aquella ocasion de hacer á su prójimo caridad y tener que padecer por Dios.

Otro caso le sucedió en una aldea de la villa de Pedro Gran, adonde habia ido á mision, en que asimismo mostró su paciencia y mortificacion; porque, como dijimos, se albergaba en los hospitales con los pobres, pero los veranos dormia en las eras en los pajares de los labradores, en memoria de las pajas en que Cristo se recostó en Belen.

En esta aldea fué á sazón que habian hecho un hurto en las eras, y el labrador velaba por coger al malhechor: con la claridad de la luna que hacia, divisó al Padre en su pajar, y, persuadido que era el ladron que buscaba, ar-

emetió á él ciego de cólera con un baston de una lanza, y comenzó á descargar palos y golpes, mezclados de oprobios, sobre el inocente Padre, con tan grande rabia, que á no socorrerle el compañero que se halló cerca, le matara.

El buen Padre llevó aquel trabajo con paciencia y alegría, como ordenado de la mano de Dios; y, cuando el labrador vió por la mañana al Padre en el púlpito predicando, se deshacia en lágrimas por las injurias que le dijo y los malos tratamientos que le hizo.

En bajando, se arrojó á sus piés pidiéndole perdon, y el santo Padre le abrazó con mucha caridad diciendo: «Más bien me hicisteis vos con vuestro engaño, dándome ocasion de ganar el cielo, que los que me han agasajado quitándome la ocasion de padecer; y os quedo en mucha obligacion.»

Finalmente, el P. Luis Gonzalez de Cámara fué un perfecto religioso, sin descaecer un punto desde el dia que entró en la Religion hasta el último en que acabó.

Noble por su sangre y mucho más por el desprecio de esa nobleza junto con sus altas virtudes, espejo de observancia á todos los religiosos, y en especial á los de la Compañía, dechado de confesores de príncipes, que en medio de su estimacion supo desestimarse á sí mismo, sin admitir dignidad ni nuestro honroso de cuantos le ofrecieron, varon á todos visos grande, desinteresado, pobre, humilde, caritativo, celoso de la gloria de Dios y salvacion del mundo y un ejemplo vivo de santidad y perfeccion, con quien Dios honró la Compañía.

Su vida escribió el P. Baltasar Tellez en varios capítulos de la *Coronica de la provincia de Portugal*, y de él se hace honorífica mencion en las tres primeras partes de la *Histonía de la Compañía*.

P. NIEREMBERG.

P. SIMON RODRIGUEZ

EL P. Simon Rodriguez, de nacion portugués, fué el sexto entre los diez primeros Padres que fundaron la Compañía de Jesus; el cual, estudiando Filosofia en la Universidad de París á costa del rey de Portugal, de buena edad y natural escogido, comenzó á tratar con nuestro P. S. Ignacio, á sentir por este medio grandes toques en su corazon de mudar la vida, entregarse todo al servicio de nuestro Señor.

Pero aunque estos deseos de vida perfecta eran grandes, él se los tenía encerrados en lo secreto del corazón, sin dejarles salir á las obras, hasta que, creciendo más el trato y familiaridad del Santo Patriarca, le desabrochó todo su pecho y toda su alma.

Con esta claridad y con el ayuda de tal maestro, ilustrado de nueva luz del cielo, antes de saber la determinación de S. Ignacio y sus compañeros, se determinó de ir peregrinando á Jerusalem, y de emplear toda su vida en el ayuda y provecho de las almas; en lo cual se confirmó mucho más, entendida la resolución y propósito de aquella santa Compañía.

Acabados sus estudios de Teología y tomando el grado de Maestro, se partió de París con sus compañeros para Italia y Jerusalem.

A pocas jornadas se le ofreció un encuentro en que mostró bien su constancia; porque, echándole menos, y sabiendo su determinación y viaje, salieron tras él á caballo y á rienda suelta un su hermano y otro íntimo amigo suyo con ánimo de divertirle de su peregrinación é intentos.

Alcanzáronle presto, diéronle presta batería, proponiéndole con grande fuerza é importunidad las comodidades y esperanzas grandes que dejaba, las dificultades á que se ponía, el abatimiento y bajeza de vida que tomaba, y, finalmente, las obligaciones de amistad y sangre que á los dos tenía.

Pero todos sus tiros se deshacían como en roca fuerte con la fortaleza y constancia del apostólico varón, el cual no se contentó con rebatir los golpes que el demonio le tiraba por medio de su hermano y amigo, pero ántes les dió á ellos tan recia batería, persuadiéndoles dejasen la vanidad del mundo y abrazasen con él la cruz de Cristo, que no hallándose con bastantes expensas para obra tan grande, tuvieron por buen partido dejarle proseguir libre y alegre su viaje, y retirarse ellos, volviéndose tristes á sus estudios.

Hizo el P. Simon su peregrinación hasta cerca de Venecia con grande fervor de espíritu, mucho rigor de penitencia y buen ejemplo de todos.

Llegados cerca de Venecia los santos compañeros, se repartieron en varios lugares para aguardar oportunidad de proseguir su viaje á Jerusalem.

El P. Simon Rodriguez con el P. Claudio Jayo, hicieron asiento en Bassano: vivían de limosna, comiendo pobremente un poco de pan duro, siendo á semanas el uno Superior del otro, porque no faltase ejercicio de obediencia y humildad.

Hacían oración de día y de noche, durmiendo muy poco, y eso sobre el duro suelo, en unas casillas viejas del arrabal, que defendían poco de las injurias del tiempo; y otros días pasaban arrimados á un roble en el campo en compañía de un santo anacoreta. En este género de vida estuvieron por espacio de cuarenta días, viviendo en la tierra como unos ángeles del cielo.

Pasado este tiempo de recogimiento, llenos de bienes celestiales y deseosos de comunicarlos á sus prójimos (en que siempre tuvieron puesta la mira, segun su vocacion) salieron de repente de aquel humilde y escondido retiramiento al mayor concurso y frecuencia de la ciudad de que antes habian huido; y subiéndose en lugares altos, llamaban la gente con señas y voces á oir la palabra de Dios.

Concurria á ellos grande muchedumbre, no como á predicadores para compungirse y aprovecharse, sino como á burladores para reirse y entretenerse por verlos tan rotos y despreciados, y que no sabian bien su lengua.

Pero, en comenzando á oirlos, y conociendo que no eran burlas, sino verdades dichas con grande fervor de espíritu, en vez de risa derramaban muchas lágrimas, y despedian grandes gemidos por sus pecados.

Conociendo ya mejor quiénes eran aquellos que antes despreciaban, y sin reparar en el hábito pobre y roto, ni en el lenguaje mal limado; se componian en su presencia, y mirándolos y admirándolos como á pregoneros de Jesucristo, tomaban con grande estimacion su doctrina, y la actuaban en sus corazones con grande mudanza de sus vidas.

Fué admirable la que hicieron los Padres en los oyentes, siendo muchos de ellos gente de plaza, de tiendas y de negocios, que raras veces oyen sermones; mas, viéndose allí con el predicador delante, no podian excusar el oirle, ni, oido, el obedecerle y abrazar lo que les enseñaba; que este gran bien trae esta manera de predicar en las plazas, de que usaban todos aquellos primeros Padres de la Compañía, y despues acá han continuado los demás hijos de ella con mucha edificacion y provecho de las almas.

Crecia más la admiracion y estima de nuestros predicadores, viéndolos tan fervorosos é incansables en trabajar, y tan descuidados de sí, y desinteresados en lo temporal, que no sólo no pedian nada á los oyentes, pero ni áun lo querian admitir cuando libremente se lo ofrecian, que les parecia cosa rara y casi milagrosa.

En estos excesivos trabajos de penitencia y rigor, y de ayudar á la salud espiritual de los prójimos, perdió el P. Simon la de su cuerpo, porque, aunque el espíritu era incansable, el cuerpo flaco no pudo sufrir tanta carga, especialmente que era en lo recio de los caniculares.

Apretóle tanto la enfermedad, que ya los médicos le desahuciaron, perdida la esperanza de su vida.

Supo nuestro P. S. Ignacio en Venecia el aprieto en que su compañero estaba, y, aunque él tambien habia enfermado de unas calenturas, sin aguardar á que se le quitasen, vino luego á pié á visitarlo y socorrerlo, en compañía del P. Pedro Fabro, con tanta ligereza, que traia admirado á su compañero.

Luego que llegó, abrazó al P. Simon y díjole que tuviese buen ánimo, dándole á entender que no moriria de aquella enfermedad: hízole buscar cama y que se desnudase en ella, que áun se estaba vestido y sin cama.

Con tal visita comenzó luego el enfermo á mejorar, y en breve estuvo del todo sano; que la misma caridad que dió fuerzas á un enfermo para andar tanto camino con tanta ligereza, estando ya presente, tuvo eficacia de ahuyentar la enfermedad y restituir la salud.

Y para que nadie dudase de que esto habia sido por milagro, el mismo Santo Padre cuando venia de camino, saliendo una vez de oracion, dijo al P. Fabro, su compañero, que luego que llegasen, tendria salud el P. Simon.

Así lo referia el P. Fabro por cosa milagrosa, y el P. Simon toda su vida confesó que la debia al P. S. Ignacio, cuya intercesion y merecimientos le libraron de la muerte.

Y no sólo recibió en esta visita la salud del cuerpo por medio del Santo Patriarca, sino tambien la del alma; porque despues de haber los cuatro compañeros pasádose á Bassan, dejada la posada del anacoreta, comenzó el P. Simon á titubear en su vocacion, y, llevado del amor de la soledad y retiramiento, á comparar los trabajos de la vida activa, que se emplea en ayudar á los prójimos, con el descanso de la contemplativa que atiende sólo á sí, y los peligros de la primera, con la seguridad que á él le parecia tener la segunda.

Con esto comenzó á temer el llevar adelante su vocacion, y sentirse muy inclinado á la soledad del anacoreta; y, finalmente, se determinó de ir á tratar este negocio con él, y pedirle consejo en lo que habia de hacer.

Mas nuestro Señor, que queria prosiguiese adelante en lo comenzado sin dejar sus primeros intentos, le detuvo de esta manera.

Apénas habia salido de la posada, cuando se le puso delante una y dos veces un hombre armado, que con aspecto terrible y la espada desnuda le amenazaba y apretaba mucho, hasta que le hizo torcer el camino, yéndole siguiendo, en tanto que lo volvió muy apriesa á nuestro Santo Padre, con admiracion y espanto de los que le veian huir sin saber de quién, y con nueva firmeza del Padre en sus primeros intentos.

Aquí sucedió otra cosa maravillosa, y fué que, yendo el Santo P. Ignacio con el P. Fabro á visitar al anacoreta, y agradecerle el hospedaje que habia hecho á los nuestros, mirando el buen viejo á nuestro Padre en lo exterior que veia de fuera con curiosidad, y regulando su santidad con la manera de vida solitaria que él profesaba; le pareció que no habia en él cosa particular digna de admiracion y sobre la vida comun y ordinaria.

Pero no permitió Dios que el piadoso y sencillo anacoreta se quedase en

que aquel engaño, ántes quiso darle á entender la verdad, mostrándole en el rostro del Santo Padre, cuando estaba orando, una extraordinaria luz y resplandor, del cual alumbrado, entendió que aquel que despreciaba estaba lleno del Espíritu Santo, y era vaso escogido de eleccion, para llevar el nombre de Dios por el mundo, y grabarle en los corazones de los hombres, avergonzándose de haber juzgado tan indignamente de un varon apostólico y de tan grandes merecimientos en los ojos de Dios, como él mismo despues lo publicaba refiriendo el caso.

Decia tambien que, no acostumbrando á recibir á nadie en su recogimiento porque tenia experiencia que nunca sacaba provecho de la conversacion de sus huéspedes, luego que vió los Padres, se halló tan inclinado á hospedarlos, que hiciera escrúpulo de no hacerlo, y que no le engañó su inclinacion, porque sacó mucho fruto de su conversacion y trato.

Por este mismo tiempo, despues de haberse preparado el P. Simon con grande diligencia y cuidado, celebró en Ferrara la primera Misa con mucha devocion y consuelo de su espíritu.

Y para aumentar esta devocion y confirmar aquellas gentes en la doctrina que les enseñaba de la reverencia y frecuencia del Santísimo Sacramento del altar, obró nuestro Señor algunas maravillas propias de su soberano poder.

No mucho despues, deseando el rey de Portugal D. Juan III con su piadoso celo socorrer espiritualmente á las Indias y reducir aquella gente bárbara del culto de sus ídolos, á la adoracion del verdadero Dios y al camino de la salvacion; trató de enviarlos ministros evangélicos que hiciesen estos efectos; y, teniendo noticia de los de la Compañía y de las obras maravillosas que en provecho de las almas hacian en Italia y otras partes, deseó mucho encarregarles esta árdua y apostólica empresa.

Para esto pidió á nuestro P. S. Ignacio y al Sumo Pontífice, á quien sabia estaban dedicados por voto los de la Compañía, y por cuya órden discurrían por varias partes de la cristiandad, que se le enviasen por lo ménos seis Padres para estas misiones de las Indias.

Concedió el Papa de buena gana lo que el rey le pedia, remitiendo á nuestro Santo Padre el señalar quiénes y cuántos habian de ir, haciendo Su Santidad á los que él señalase sus Nuncios Apostólicos en la India.

El santo Patriarca, despues de mucha oracion y acuerdo de los demás Padres, señaló para este efecto al P. Simon Rodriguez y al P. Nicolás de Bobadilla, en cuyo lugar, por estar él gravemente enfermo, entró el Santo Padre Francisco Javier.

Vino el P. Simon para esta mision de Etruria, adonde estaba, con mucha

presteza y gusto, porque habia muchos dias que deseaba ardientemente ir á plantar la fe entre gentiles.

Apénas hubo llegado á Roma, cuando, aunque estaba cuartanario, se puso con grande fervor en camino, sin querer aguardar al embajador de Portugal que trataba ya de partirse; porque el mucho deseo que tenia de hacer esta jornada en beneficio de aquellas almas desamparadas, le hacia temer no se le despintase y saliese de entre las manos.

Así, antes que los demás pasó navegando con grande ligereza á Portugal, desde donde habia de partir á la India.

A ocho ó diez dias de como llegó á Portugal, aunque él se quiso retirar del bullicio para aliviar el rigor de la quartana y trabajo del camino, pero el rey le hizo llevar á Lisboa, por el encendido deseo que tenia de verlo y hablarlo, y para que se atendiese con más regalo y cuidado á curarle su enfermedad. Recibiólo con suma benignidad y amor, preguntándole y sabiendo de él muchas cosas que deseaba; y mandó que le proveyesen abundantemente de todo lo necesario.

Pero el religioso Padre, acordándose del voto de pobreza que habia hecho, pidió con grande instancia al rey que le dejase pedir limosna por las puertas para sustentarse, segun el instituto y costumbre de la Compañía; que esto estimaria más que todos los regalos y banquetes reales, en lo cual hizo tanta y tan porfiada instancia, que venció la piedad y liberalidad del rey, trayéndole á su voluntad.

Así, se fué con la quartana al hospital real de Todos los Santos, y, no obstante su mucha flaqueza, comenzó á pedir la comida de limosna de puerta en puerta, con tan grande consuelo y alegría de poder entre sus ciudadanos y conocidos dar este ejemplo y calificacion de la pobreza y humildad cristiana, que le parecia este bastante fruto y premio de camino tan largo y tan trabajoso para un enfermo; y no dejaba de atender con mucha diligencia á oír confesiones y dar los ejercicios espirituales á muchos, supliendo la grandeza de caridad y celo la falta de salud y fuerzas corporales.

Pasados tres meses, vino el Santo P. Francisco Javier el dia que aguardaba la quartana el P. Simon, el cual se alegró tanto con su venida y le sintió tan propicio y favorable, que con su salutacion y abrazo despidió la quartana y nunca más le volvió.

De allí á tres dias fueron llamados á palacio, donde, á peticion de los reyes, dieron cuenta del Instituto y fin de la Compañía; de su principio y progreso de sus ministerios y frutos; de las persecuciones y contradicciones que en varias partes les sobrevenian, y de lo que Dios nuestro Señor sacaba de ellas, con grande gusto y consuelo de los cristianísimos reyes.

Los cuales con singular benignidad dieron cuenta á los Padres de todas sus cosas, de los hijos que habian tenido, los que se habian muerto y los que de presente vivian, llamando luego al príncipe D. Juan y á la infanta Doña María, para que diesen la bienvenida á los Padres y recibiesen de ellos su bendicion.

Despues habló el rey á los Padres de esta manera: «Es cosa cierta que de la buena educacion de la juventud depende todo el acierto y lustre de la cristiandad y buenas costumbres del reino; por eso procuro que los niños y muchachos más nobles de mi corte se crien en toda piedad y virtud, y tengo mandado que se confiesen cada ocho dias; porque, si desde niños se instruyen bien en la ley y temor de Dios, cuando grandes valdrán mucho con su autoridad.

»Siendo ellos los que deben, llevarán con su ejemplo tras sí á los demás del pueblo, cuyas costumbres por este medio, con la ayuda de Dios, se reformarán.

»Estoy persuadido que, si los nobles van delante con la compostura y concierto de sus vidas, la mayor parte del reino enmendará y reformará las suyas.

»Por tanto, supuesto que hasta el verano del año que viene no ha de haber navegacion para que paseis á la India, os encomiendo con grandes veras y del todo os entrego esta juventud, para que la instruyais y perfeccioneis en la vida y costumbres de perfectos cristianos.»

Encargáronse los Padres de aquel ministerio con singular cuidado y celo y con admirables efectos.

Habia como cien niños, la flor del reino y la esperanza de su conservacion y acrecentamiento, y no ménos de la religion y piedad cristiana.

Confesábanlos los Padres todos los viérnes, y con este y otros muchos medios espirituales los adelantaban y mejoraban en todo.

Y no atendian ménos ni con menor fruto á los de mayor edad, confesando muchos, en especial de los príncipes, prelados y caballeros, y dándoles los ejercicios espirituales; con que se entabló nuevo modo de vida muy diferente del que hasta allí se usaba.

Acudian tambien cada dia, á instancia y ruegos del Cardenal D. Enrique, Inquisidor general, que despues fué rey de Portugal, á visitar la cárcel de la Inquisicion, haciendo pláticas, confesando los presos y socorriéndolos en todas las necesidades, así temporales como espirituales.

En los cuales ministerios hicieron tanto los dos apostólicos varones y con tanta edificacion y ejemplo, que luego tuvieron muchos y muy buenos imitadores, que abrazaron el Instituto de la Compañía.

El primero de ellos fué un Teólogo muy docto, conocido antes de los Padres en la Universidad de París, que se llamaba Gonzalo Mederio, al cual trujo Dios á su casa movido por una comparacion llana que oyó en un sermón; que como en la mesa del rey no se ponen las aves sino muertas, peladas y asadas, así los que quieren agradar á Dios y ser de su gusto, han de mortificar sus cuerpos, afectos y pasiones, despojarse de todos los bienes de la tierra y abrasarse en deseos de agradar y servir á Su Majestad.

Luego que oyó esta razon, se vistió de cilicio y cargó de ásperas penitencias, comenzando con grandes veras y fervor á servir á Dios nuestro Señor.

Pero, como siempre el demonio hace guerra á los que se declaran por el bando de la virtud, comenzó luego á jugar contra él las armas, arrojándole fuegos abrasadores de torpezas que le encendian el pecho, y con los mismos remedios y diligencias que hacia para apagarlos, parecian crecer más, como suele cierta manera de fuego crecer con el agua, de manera que casi le traia á desesperacion de poder prevalecer y librarse del enemigo.

Mas, cuando estaba en la mayor apretura y oscuridad interior, se le apareció claramente un ángel, y le dijo una y otra vez en latin estas palabras: *Confide, tu salvus eris*: Ten confianza, que llegarás á salvamento.

Cobró ánimo y entendió que habia de alcanzar fácilmente la promesa del ángel, si seguia á los Padres, abrazando el Instituto de la Compañía.

Así lo hizo con grande resolucion, viviendo de tal manera en ella, que hizo muy cierta la profecía del cielo.

Al principio los Padres, segun costumbre y el grande amor que tenian á la santa pobreza, se sustentaban sólomente de la limosna que pedian por las puertas; mas, viendo que esto les quitaba más de tiempo que les traia de provecho, se resolvieron de admitir en adelante el sustento que espontánea y liberalmente les ofrecia el rey, de tal manera que no saliesen del hospital adonde se habian recogido, excusándose de vivir en palacio: y que dos dias en la semana pidiesen limosna de puerta en puerta, para ejercitar la santa humildad y pobreza y para usar de misericordia con los pobres, á quienes repartian todo lo que llegaban.

Entre estos trabajos y fructuosos empleos, cuando todo les sucedia prósperamente con grande apláuso, estimacion y fruto, echaban ménos los verdaderos amadores de la cruz de Cristo no tener quien los persiguiese y ejercitase en la paciencia: esto les daba pena, pareciéndoles que si mucho tiempo duraba esta prosperidad y bonanza; que no trabajaban con la fidelidad que debian á discípulos de Cristo.

Sólo tenian de consuelo que, por lo ménos en la navegacion de la India,

que ya esperaban y deseaban intensamente, hallarian copiosa materia y grande cosecha de trabajos y persecuciones.

Pero el rey y los principales cortesanos y caballeros (á los cuales seguian los deseos de todo el pueblo) alegres del grande bien que gozaban, y prometiéndosele cada dia mayor por la industria y celo de los Padres, determinaron quedarse con ellos en Portugal, y áun procurar traer otros, si pudiesen, de la Compañía, y no dejar de las manos la fuente y causa de todo su bien espiritual, por atender al de la India, que les tocaba ménos.

Aficionóse por extremo el rey á la Compañía, y le parecia traza del cielo la de los colegios, adonde se enseñaba á la juventud las buenas letras, la virtud y costumbres cristianas, y se criaban obreros para discurrir por el mundo cultivando la viña del Señor.

Y así, trataba de fundar un grande colegio, en el cual se enseñasen los niños y mancebos de su reino y se criasen ministros apostólicos de la Compañía así para Portugal como para toda la India.

No contento con esto, decia que, sin reparar en cualquiera gasto, tuviera de buena gana en su reino á todos los que habia de la Compañía, y, tuviera á grande dicha poder hacer ese bien á sus vasallos y ese servicio á nuestro Señor, gastando en ello su hacienda.

Encargóse él por sí, é hizo diligencias con el emperador y con el rey de Francia, de pedir y sacar luego la confirmacion de la Compañía, para tener parte en el progreso y aumento de los que estimaba por tan grandes religiosos y tan provechosos á la Iglesia.

A los cuales desde entónces, movidos del resplandor de las heróicas obras de los dos Padres, aunque con grande repugnancia y confusion suya, comenzaron todos á llamarlos los apóstoles, y de allí se ha extendido y durado este nombre á todos los de la Compañía hasta el dia de hoy en Portugal y en la India.

Luego que los Padres entreoyeron la determinacion del rey, y de los señores y caballeros del reino, escribieron el caso á nuestro P. S. Ignacio.

Él, con órden de Su Santidad, remitió todo el negocio á la disposicion del rey, escribiendo á los Padres que en todo se ajustasen con ella sin salir de su voluntad, aunque antes él les hubiese ordenado otra cosa; pero que, si el rey le pidiese en esto su parecer, él juzgaria que se partiesen, yendo el P. Javier á la India y quedándose en Portugal el P. Simon Rodriguez.

Este parecer siguió el rey, juzgando que se socorria bastantemente todo el reino de Portugal con la presencia del P. Simon, y mucha parte de las Indias con la del P. Javier.

En partiéndose el santo P. Javier á la India, haciéndosele estrecho aquel

reino á la caridad y celo del P. Simon, y llevado de los antiguos deseos de convertir á la fe las naciones de los gentiles, se resolvió de dejar secretamente á Portugal y caminar á las Indias.

Y así, con sumo secreto trató su embarcacion por medio de un su devoto y pretendiente de la Compañía, ofreciéndole en premio de la negociacion recibirle en ella luego que se diesen á la vela.

Pero, estando el Padre en esto, le llamó el rey para tratar y efectuar la fundacion de un colegio de la Compañía en aquel reino.

Con lo cual entendió ser voluntad de Dios que quedase en Portugal; y corrigiendo la suya y conformándola con la divina, desistió de sus intentos y se dió con toda diligencia y todas sus fuerzas á cultivar las almas de los portugueses con grande medra de ellas.

Era incansable en tratar la causa de Dios, aprovechando á los prójimos no sólo en el palacio y córte, adonde por la fama de su santidad era de todos venerado, sino tambien en lo restante del reino, usando para ganar las almas de todos los medios espirituales ordinarios, é inventando otros nuevos y extraordinarios, atrayendo cada dia muchos y muy buenos obreros que en su compañía y debajo de su obediencia trabajasen fructuosamente en aquella viña del Señor, y promoviéndolos á ellos á alcanzar con fervor y diligencia la perfeccion religiosa por medio de sus palabras y mucho más de sus ejemplos.

No cabia el piadosísimo rey de contento, viendo los admirables efectos del P. Simon y los suyos.

Para que pudiesen multiplicarse y extender más sus frutos, les fundó magnificéntísimamente otro colegio en la Universidad de Coimbra, sin darles áun cuidado de trazar ni asistir á edificar la casa, porque no quitasen nada del que tenian en ayudar á los prójimos, atendiendo él por sus ministros á edificar y acomodar casa á los Padres.

Por esta misma razon, viendo el P. Simon que algunos de los nuestros que habian de atender á la granjería de las almas, ó habilitarse y hacer caudal para darse á ella despues, se impedian mucho por atender á los ministerios temporales necesarios para el sustento de los demás; recibió seis Hermanos de buenos naturales y buenas fuerzas, que se encargasen de este cuidado de lo temporal, sirviendo en esto á nuestro Señor, y siendo partícipes de los gloriosos empleos y frutos de los otros.

En este tiempo vino de la India un embajador gentil, persona principal y de mucha autoridad entre los suyos, el cual, por ellos y por él, deseó mucho el rey se hiciese cristiano.

Encargó esta empresa al P. Simon, fiado en su eficacia y celo; visitó el

Padre al embajador, y hablóle con grande afabilidad y blandura, haciéndole muy amigo, y ganándole con su trato apacible la voluntad.

Finalmente, á pocos lances ilustrado con la luz del cielo, y trocado el corazón y ánimo, se rindió á la verdad católica que el Padre le proponía, y detestando sus antiguas idolatrías é ídolos, se desnudó del viejo Adán y se vistió del nuevo por el santo bautismo, con tanto fervor y constancia, que causó grande consuelo al rey y á todos los demás, y daba ciertas esperanzas que había de ser eficaz medio para atraer á los suyos á la verdad que él había abrazado.

Envió nuestro Santo Padre al P. Simon algunos sujetos, y aunque de ellos repartió con Alcalá, Valencia y Lovaina, con todo eso tenía en Portugal el año de 1544, uno despues de fundado el colegio de Coimbra, sesenta buenos sujetos, á los cuales incitaba á toda virtud y perfeccion el santo Superior más con obras que con palabras, practicando en sí primero la disciplina religiosa y perfecta observancia que pedia á los otros, entablado una exactísima guarda de las reglas.

Con lo cual eran á todos de grande ejemplo, edificacion y fruto, y trujeron muchos á la Compañía, de manera que el P. Simon que antes pedia sujetos de Francia y de Italia, escribió á nuestro Santo Padre, rogándole que no le enviase más, porque tenía bastante cosecha en Portugal, y más pretendientes de los que podía recibir.

Dejó el colegio de Coimbra en grande fervor de espíritu y rigor de observancia, y fuese para Lisboa, adonde halló bien que padecer, pretendiendo el demonio impedir los felices progresos y frutos de los nuestros, por medio de cierto Licenciado, á cuyo hermano había el Padre despedido de la Compañía en Coimbra por no estar quieto en su vocacion.

Hablaban ambos mal del Padre y de la Compañía en cada corrillo, desacreditándola con todos no sólo de palabra, sino tambien por escrito, sembrando libelos en que decían mal del Instituto de la Compañía, afirmando que no tenía otras reglas ni estatutos que sola la voluntad del P. Simon; que falsamente decían que los de ella estaban sujetos inmediatamente al Sumo Pontífice, siendo verdad que eran del todo dependientes de los Ordinarios, y de ellos podían ser castigados y compelidos por leyes y mandatos; que las inmunidades, exenciones y privilegios que decían tener de la Sede Apostólica, eran ficciones y mentiras, y como tales debían ser tenidas; que no estimaba la Compañía en otro fundamento que en el aplauso de algunos pocos engañados y de muchos ignorantes; que recibía sujetos contra la prohibicion del Sumo Pontífice.

A este modo sembraban otras falsedades, y no contentos con esto dige-

ron al P. Simon en su presencia muchos oprobios y afrentas, y pusieron en él las manos con sacrílega impiedad.

Lo cual todo sufrió el Padre con grande paz y tranquilidad de ánimo, como si á él no le tocara, sin querer por sí ni por otra persona tomar satisfaccion, pudiendo fácilmente por la mucha cabida y estimacion que tenia con el rey, príncipes y caballeros del reino.

Y, aún cuando el negocio vino á noticia del rey, y de su hermano el Cardenal é Inquisidor General, y del Nuncio Apostólico, porque los mismos perseguidores les enviaron los tratadillos contra la Compañía; entendiendo el Padre cuán mal lo habian tomado, y que trataban de castigarlos severamente, puso grande esfuerzo en alcanzarles perdon.

Y aunque el rey no se dejó vencer del todo de su instancia y ruegos, todavía no pudo dejar por ellos de moderar la pena, contentándose con desterrar de su reino á los perseguidores.

El P. Simon, aunque veia que las calumnias ellas mismas se caian de su estado, sin que hubiese quien las diese crédito, quiso con esta ocasion sacar y publicar las Bulas de la confirmacion de la Compañía y de sus privilegios, con que ella quedó más conocida y estimada, y el Padre aún más respetado y venerado que antes, viéndole constante y ejemplar, no sólo en lo próspero, sino tambien, y mucho más, en lo adverso.

Cayó enfermo de los excesivos trabajos que tomaba por la gloria de Dios; y estando el rey ausente, luego que lo supo, lo vino á visitar con el príncipe su hijo y algunos Obispos y caballeros, honrando con esta humanidad y benevolencia la virtud y grandes merecimientos del P. Simon.

El año 1545, yendo á visitar el colegio de Coimbra, halló entre los nuestros mucho rigor de penitencias y mortificaciones extraordinarias; y aunque trató de quitar el exceso, ordenando que ninguna se hiciese sin el registro y bendicion del Superior, todavía conservó muchas de mucha edificacion para los de fuera, y muy acomodadas para alcanzar los religiosos perfecta victoria de sí mismos.

Entre las cuales una fué que, viniendo un estudiante llamado Ambrosio Ferreira á pedir la Compañía, para prueba de su constancia y fervor le mandó ir á mediodía por las principales calles de Coimbra, sin capa y sin sombrero, con una calavera en la mano derecha, y de esta manera entrar á hacer oracion en las iglesias del camino, y volverse á casa.

Hízolo el mozo de buena gana, y por ser muy conocido en toda la ciudad por excelente músico y cantor, y por el traje que llevaba, convocó tras sí mucha gente y grande número de muchachos que como á loco le seguian con silbos, gritos y oprobios.

Con la cual experiencia le pareció al Padre que era digno de ser recibido en la Compañía de aquellos que por Cristo desean ser tenidos y estimados por locos.

Enviaba tambien algunos de los nuestros, que en la oscuridad de la noche diesen grandes voces, diciendo: «Infierno, infierno, para los que están en pecado mortal.»

Otros iban á pedir limosna con unos manteos rotos y remendados, que por ser cosa desusada, era á propósito para mortificar y causar vergüenza.

A otros enviaba entre medias de la gente que repitiesen en voz alta: «Tierra, tierra, vé á la plaza á oír la palabra de Dios;» y allí los aguardaba otro con una plática fervorosa de la muerte, del juicio y de la cuenta estrecha y rigurosa.

Con lo cual muchos con entrañable dolor lloraban sus pecados, y confesándolos mejoraban sus vidas; aunque no faltó quien extrañase tanto fervor, y no conociendo su necesidad, decia que aquellos terrores eran para los ninivitas, y no para cristianos cultivados.

Por medio de los ejercicios espirituales se hicieron tan grandes mudanzas de vida que parecian milagrosas, siendo los que los hacian de mucha edificacion y ejemplo á los demás.

Salian tan encendidos de amor de Dios que, como llenos de su espíritu, no cesaban de hablar de sus grandezas y andaban tan absortos en Dios y olvidados de sí, que comenzó á extenderse por el vulgo, que los que una vez hacian los ejercicios, luego padecian éxtasis y tenian visiones. Traia el Padre Simon á sus súbditos en continua oracion dentro y fuera de casa, en tanto grado, que se tenia por crimen salir uno de casa, sin llevar algo que meditar por el camino.

Y así, era costumbre asentada recogerse todos, antes de salir, delante del Santísimo Sacramento á recapacitar materia de meditacion; de donde venia algunas veces el ir tan absortos en Dios por las calles, que como si fueran ciegos y sin sentido, se encontraban con lo que habia delante, con los hombres, con las piedras y con las cargas que por las calles pasaban, siendo por esto no pocas veces causa de risa y escarnio á los hombres en la tierra, cuando causaban admiracion y alegría á los ángeles del cielo, adonde era su conversacion.

A esta causa, y por su continua mortificacion andaban todos flacos, macilentos y amarillos, de manera que solian decir de ellos por gracia algunos seglares, que se sahumaban con humo de paja para tener aquel color quebrado.

No aflojaban este teson ni interrumpian el hilo de la oracion para la hora

de comer; antes allí la cebaban con la pia y devota leccion, segun que acostumbra la Compañía.

En el tiempo de comulgar era tanto el fervor y devocion de nuestros Hermanos, tan copiosas las lágrimas que derramaban, que acudian de muy léjos á ver este espectáculo de piedad muchos de la Universidad y pueblo.

Con estos ejemplos de virtud atraian mucha gente, no sólo de la ciudad, sino de la comarca, á confesarse y remediar sus conciencias.

El Obispo de Coimbra, D. Juan Suarez, de la Orden de S. Agustin, les cobró tan gran devocion y tan grande estima de sus ministerios, que no quiso otra ayuda para llevar la carga del obispado que le habian impuesto, sino los de la Compañía, de quienes se ayudaba en todas las cosas de piedad y religion.

Por su persuasion é industria hizo y dotó liberalmente una casa para recoger huérfanas, hasta tiempo de ponerlas en estado de Religion ó matrimonio, encargándoles esta obra hasta ponerla en punto que la pudieran administrar otros.

Convocóse en este tiempo el Concilio Tridentino, y luego el cristianísimo rey D. Juan, deseoso de ayudar á cosa tan grande, escribió al P. Simon que mirase y consultase con los demás Padres qué seria bien que se propusiese de parte de su Majestad para bien de la cristiandad.

Con ello envió juntamente una gravísima recomendacion de la Compañía, diciendo cuán loable y fructuosamente trabajaba por la gloria de Dios, no sólo en Portugal, sino en todas las regiones de la India.

Porque el Maestro del príncipe Fr. Juan Suarez habia sido electo Obispo de Coimbra, trató el rey con grande resolucion de poner en su lugar al Padre Simon Rodriguez.

En esta razon escribió apretadamente á nuestro P. S. Ignacio que lo tuviese por bien; el cual, aunque temia que aquel demasiado trato de la córte y la mucha privanza del rey hiciese daño al P. Simon y á la Compañía, todavía le pareció que no se podia negar lo que pedia con tantas veras y tan buen celo un rey tan piadoso y cristiano, y tan insigne bienhechor y Patron de la Compañía.

Así, vino en que el Padre tomase el oficio de maestro del príncipe, el cual él hacia con grande celo y cuidado; confesábalo todos los viérnes, y para sus costumbres y virtudes le era maestro y padre: con lo cual, no siendo de más de diez años, tenia madurez y modo de proceder de viejo.

No se encerraba en esto la cosecha del Padre, ántes la tenia copiosísima en los cortesanos, en tanto grado, que los que antes habian conocido de cerca aquella córte, no podian dejar de admirar y alabar con grande consue-

lo suyo tan grande mudanza de las vidas y costumbres de todos los nobles.

Lo cual atribuia el P. Simon á la abundancia de doctrina y frecuencia de Sacramentos, de cuyas fuentes manaban todos los oficios de piedad y ejercicios de virtud.

A esta sazón, que era el año de 1546, llegó á Portugal la Bula que declara constar la Compañía de dos grados de Coadjutores, unos espirituales y otros temporales.

Publicóla el P. Simon y pidió á los nuestros que por escrito le diese cada uno qué grado queria en la Compañía, y todos le dieron unos papeles de grande edificacion llenos de fervor, humildad y resignacion, pidiendo los oficios y empleos más bajos y humildes de la casa, y últimamente remitiéndose á la disposicion de la santa obediencia.

Vínole al P. Simon patente de Provincial de la provincia de Portugal que en él se comenzaba, y con esta ocasion comenzó de nuevo á renovar y aumentar el fervor del espíritu en su provincia con admirable cuidado é iguales progresos, así dentro como fuera de casa.

Llegó á esta sazón de Africa á Portugal un moro noble, capitan de la caballería africana, el cual en su casa nunca arrostró hacerse cristiano, aunque se le ofrecian para ello muy honrosas y provechosas condiciones.

Pero, salido de ella y entrado en Portugal, le comenzó á rayar la cruz de Cristo, que lo llamaba de las tinieblas oscuras de la supersticion y falsa secta á la luz admirable de su Evangelio; y ya, como ciervo herido con la saeta de la palabra de Dios y de su inspiracion, se daba priesa á buscar la fuente de vida, adonde por el santo bautismo renaciese á Cristo y en Cristo.

Instruyóle diligentemente el P. Simon por orden del rey; y habiendo en breve conocido y enterádose de los misterios necesarios de la fe, despues lo dejó por algun tiempo en nuestro colegio de Coimbra, para que se perfeccionase en la fe y costumbres cristianas, como lo hizo con mucho cuidado y con grande consuelo de los que le trataban.

Crecia ya tanto el número de los nuestros en Portugal por el buen ejemplo de su vida, y en particular por el ejemplo y doctrina del P. Simon, que de los que recibia, entresacados de muchos pretendientes, enviaba grande número á Roma, y convidaba á nuestro Santo Padre con más, si fuesen menester.

Tambien envió otros muchos muy fervorosos obreros á las misiones de la India y Etiopía, para grande bien de las almas y gloria de nuestro Señor.

Juntamente con el número crecia y se adelantaba la exacta observancia y fervor espiritual, en especial el rigor de mortificacion y penitencia, que era admirable, así en público como en secreto, de que se pudieran decir en particular muchos ejemplos raros.

Y á ese paso iba en aumento el fruto de nuestros ministerios, con grande reformation de las costumbres de todo el reino, cuyo príncipe con el magisterio del P. Simon se aprovechaba mucho en su espíritu, y era á todos ejemplo de cristiandad y virtud.

Y así, le seguian é emitaban todos los demás, á quienes todos ayudaba el santo Provincial, socorriendo juntamente á las almas y á los cuerpos con su mucho fervor y celo y con la mucha autoridad que tenia así con el rey como con todos los señores, caballeros y las otras personas del pueblo.

Pero estando ya cansado de la córte, trató de huirla y áun salirse de Portugal, tornando á resucitar los antiguos fervores y deseos de Etiopía y de la India, cuyas misiones y las del Brasil, que entónces se descubrieron, le tiraban mucho y le tenian suspirando por ellas.

Pero, por más que intentó estas empresas, no pudo salir con nada, porque Dios nuestro Señor se daba por bien servido de él, y queria que prosiguiese en Portugal, aprovechando aquel reino, y gobernando y aprovechando su provincia.

El año de mil y quinientos y cuarenta y ocho hizo el P. Simon Rector del colegio de Coimbra al P. Luis Grana, para emplear en el trato de las almas al P. Luis Gonzalez, que hasta allí lo habia gobernado en este oficio.

Para hacer este trueque, llamó á los dos Padres delante de los de casa, diciéndoles que al uno de ellos queria confundir y mortificar, y allí declaró por Rector del colegio al P. Grana, y al Rector antiguo le envió á servir en la cocina, para que diese ejemplo de humildad y obediencia, adonde antes lo habia dado muy bueno de prudencia, solicitud y celo.

Y, como preguntasen al prudente Provincial cuál de los dos era el mortificado y confundido, no quiso responder allí, pareciéndole que estaba claro entre gente que trata de perfeccion, que el ministerio humilde y bajo era el quieto, sosegado y apetecible, y el de gobernar cargoso, de pena y mortificación.

Habia dado en el colegio de Coimbra á un Hermano estudiante, llamado Vicente Rodriguez, un recio dolor de cabeza que no le dejaba hacer nada, y le afligia en grande manera.

Enviáronle á los aires naturales y benignos de Lisboa, pero ni la mudanza del lugar, ni la diligencia de los buenos médicos y eficacia de medicina bastaron para salvarlo; ántes creció tanto el mal, que ya le pronosticaban temian su muerte, porque le manaba mucha podre por un oido, y toda la cabeza parecia estar podrida. Finalmente, lo desahuciaron, perdida la esperanza de su salud.

Llegó en este tiempo á Lisboa el P. Provincial, Simon Rodriguez, á quie

intensamente deseaba ver el enfermo, muy confiado de que con su venida habia de estar bueno.

Abrazóle, en llegando, con grande amor, y con mucha seguridad le dijo que tuviese confianza, que de aquella enfermedad no habia de morir.

Al punto se le quitó al enfermo del todo el dolor, y se sintió perfectamente sano, para mucha gloria de nuestro Señor y provecho de las almas, en cuyo beneficio trabajó despues mucho en el Brasil el P. Vicente Rodriguez.

Lo cual se tuvo por cosa milagrosa, y como tal se escribió á Roma, donde hasta hoy se guarda la carta, honrando nuestro Señor en esta obra la reverencia y confianza del enfermo, y declarando los grandes merecimientos del santo Provincial.

Tambien es cosa muy sabida en Portugal que por su medio alcanzó la salud y conservó la vida el santo P. Gonzalo Silveira, para vivirla santísima y darla despues por Cristo con glorioso martirio, como lo hizo.

Porque estando una vcz en Coimbra ya para espirar, desahuciado de los médicos, pasó el P. Simon Rodriguez, al amanecer, por su aposento, y díjole: «Tenga buen ánimo P. Gonzalo, que yo voy á decir Misa por su salud, y Dios se la dará.»

En el mismo tiempo que la Misa se decia, el P. Silveira dijo á voces al P. Rector Luis de Grana y á otros tres que le asistian, que estaba perfectamente sano, y que el P. Provincial le habia dado la salud; y como él lo dijo se halló luego que era, con grande admiracion y consuelo de todos; y porque esta maravilla sucedió dia de S. Silvestre, el P. Gonzalo se llamó por algun tiempo Silvestre Silveira.

El año de 1550 convocó nuestro P. S. Ignacio á Roma á todos los Padres graves que le fué posible, para comunicarles las Constituciones que por orden del Sumo Pontífice y á instancia de los de la Compañía habia sacado, y para que, despues de vistas y consideradas despacio, diesen su parecer y dijesen si habia algo que quitar ó añadir.

Para lo cual principalmente deseó al P. Simon Rodriguez, porque con la experiencia y uso grande que habia tenido de cosas en Portugal, á donde tanto con su industria se habia dilatado la Compañía, podria juzgar más acertadamente de lo que aprovechaba y dañaba á los nuestros, y para que segun eso aprovechase y entablase su provincia; pero no fué posible con el rey le dejase ir hasta el principio del año siguiente.

Aumentóse tanto de sujetos la provincia de Portugal en las manos del P. Simon, que el año de 1551, despues de haber enviado muchos á las Indias, en sólo el colegio de Coimbra habia ciento y cuarenta de la Compañía.

Por esta muchedumbre de gente, la más muy nueva y de poca edad, y

ocupada en estudios, y por la grande prosperidad y bonanza con los excesivos favores de los reyes, y con el mucho aplauso del pueblo y abundancia de todo lo necesario, por no haber apenas noviciado ni estar aún promulgadas las reglas ni Constituciones, comenzó mucha parte á aflojar en los fervores primeros, y á vivir muchos con demasiada remision y descuido, si bien los más conservaron siempre el rigor de la observancia religiosa.

A lo cual, fuera de lo dicho, juzgó nuestro P. S. Ignacio que ayudaba la demasiada blandura de condicion y suavidad del P. Simon, su Provincial, que ya era remision y descuido en permitir y pasar cosas que no debiera sufrir, y el no haber entablado el modo de gobierno que nuestro Santo Padre usaba en Roma.

Era el P. Simon muy amado de todos los nuestros, de los buenos por verlo tan santo, y de los flojos por hallarlo tan blando y sufridor de sus faltas; y con este amor se hallaba él obligado á amarlos mucho y mostrarlo en condescender demasiado con ellos.

Lo cual sabido por nuestro P. S. Ignacio, juzgó que el único medio para evitar la relajacion de aquella provincia y repararla en la parte que habia desdicho algo de sus principios, era sacar al P. Simon de ella.

Así lo hizo, venciendo grandes dificultades que otras veces que lo habia intentado no se habian podido vencer, así del rey y cortesanos que adoraban al Padre, como de los de la Compañía que lo amaban con exceso, y se inquietaron tanto con su pérdida, que costó mucho el quietarlos, y algunos por esta causa perdieron la vocacion.

El Padre dejó con grande gusto el gobierno, pidiendo con mucha humildad le dijese las faltas que en él habia hecho; y tratando de recogerse y vivir á sí y á Dios sólamente, se retiró á una heredad del colegio de Coimbra que se llama S. Félix.

Pero no pudo estar allí mucho tiempo, así porque los Hermanos estudiantes y otros de los nuestros se inquietaban viéndole tan cerca y que no los gobernase, y hablaban algunos con sentimiento, diciendo que no querian otro Superior; como, principalmente, porque no queria nuestro Señor que aunque tuviese poca salud, le dejase de servir en el gobierno de otros; y así, hubo de pasar á la provincia de Aragon, á ser su primer Provincial.

Despues, por falta de salud volvió á Lisboa y de allí caminó á Roma, llamado de nuestro Santo Padre, adonde, porque mostró sentimiento y dió quejas de que le hubiesen sindicado como culpado en la revolucion é inquietud de Portugal, juzgándose él por inocente; nuestro Santo Padre cometió el negocio á algunos Padres profesos y graves, para que lo examinasen al este religioso y dijese si tenia culpa ó no, reservando para sí el dar la peniten-

Los cuales, despues de haberlo mirado mucho y encomendádolo á nuestro Señor, juntándose en presencia del P. Simon, afirmaron con juramento que lo hallaban culpado en aquella causa.

El P. Simon, que habia aprobado la eleccion de los jueces, se rindió del todo á su parecer, y con grande modestia y humildad se arrojó á los piés de ellos pidiendo perdon y ofreciéndose á cualquiera satisfaccion y penitencia.


Mas nuestro Santo P. Ignacio, satisfecho de su rendimiento y modestia en conocer la falta y contento con haber dado con esto satisfaccion á los demás; respetando y amando al Padre como á hermano suyo é hijo carísimo, no le quiso dar castigo alguno, aunque juzgó y determinó que no volviese por entónces á Portugal para no renovar inquietudes.

En este tiempo referia públicamente el P. Simon que habia tenido una vision de esta manera: parecíale que subia una cuesta ágría y dificultosa, y que allá en lo más empinado y árduo de ella, le faltaban del todo las fuerzas y el aliento para pasar adelante; pero que en esta ocasion llegó á él nuestro P. S. Ignacio y le tomó en sus hombros, y con grande trabajo suyo y del que así era llevado, le subió por todas aquellas dificultades que antes parecian invencibles.

Y así le pasó poco despues; porque, no pudiendo sufrir el comun enemigo del género humano tan grande ejemplo de religiosa obediencia y humildad profunda como el P. Simon dejaba á la posteridad; procuró mancharlo y afearlo, dándole grande batería y proponiéndole vivamente que quedaba infamado y deshonorado si no volvía á Portugal, hasta que se persuadió á ello y á que, para huir esta infamia y no desdorar las buenas obras y ejemplos que en aquel reino habia dado, procurase con todas sus fuerzas volver á él.

Y, no teniendo esperanza de negociar con nuestro Santo Padre porque conocia cuán constante era en lo que una vez determinaba maduramente; intentó sacar un Breve del Sumo Pontífice para volver exento del P. General de la Compañía; que es caso muy para hacer temer á los que profesan humildad y obediencia, y para aprender á no fiarse de muchos años de estudio de perfeccion; ántes andar siempre solícitos en despreciar su honra y su buen nombre; pues una persona tan virtuosa y un tan grande y tan ejercitado ministro de la gloria de Dios como el P. Simon, vino á tan lastimoso punto combatido del demonio.

Pero por la diligencia de nuestro P. S. Ignacio y su continua oracion y penitencia que á este fin hizo y ordenó hacer, no pasó adelante esta tentacion; y el P. Simon, reconocido de su yerro y con mejor acuerdo, se dejó de estos intentos, y con la bendicion de nuestro Santo Padre prosiguió otros mejores



que antes tenia, de caminar á Jerusalem y, si pudiese, edificar en ella un colegio de la Compañía, llevando para este efecto autoridad apostólica.

Mas llegado de camino á Venecia el año de quinientos y cincuenta y cuatro, le atajó los pasos é impidió el cumplimiento de sus deseos la falta de salud, que no sufrió tomar tan larga jornada.

Y así, quedándose en Italia, trabajó en ella y en España con mucho fervor y celo y mucho provecho de las almas por espacio de otros veinte y cinco años, hasta el de mil y quinientos y setenta y nueve, que fué á gozar el premio de la suya desde Lisboa á los quince de julio, el octavo de los diez primeros fundadores de la Compañía.

Fuera de las muchas virtudes que ejercitó en su vida este señalado varon, tuvo espíritu profético; y así, dijo á algunos lo que despues les sucedió conforme el P. Simon les habia anunciado.

• P. NIEREMBERG.

P. LEON ENRIQUEZ

UNA de las brillantes estrellas que crió Dios en el cielo de la Compañía en sus principios, para ornamento y lustre de ella, fué el P. Leon Enriquez, noble por su sangre, y mucho más noble por sus heroicas virtudes, por sus muchas letras y admirable prudencia con que gobernó muchos años la Compañía.

Fué hijo este insigne varon de D. Juan Enriquez, hijo de D. Enrique Enriquez, señor de las Alcacevas y cazador mayor del rey D. Manuel de Portugal, y de doña Felipa de Noroña, hija de D. Juan Gonzalez de Cámara, Capitan general de la Isla de la Madera.

Por este costado era el P. Leon primo del P. Luis Gonzalez de Cámara, cuya vida dejamos escrita; y si tomáramos el agua de más arriba, halláramos descender estos caballeros de sangre real por D. Enrique, rey de Castilla.

Nació nuestro generoso Leon en la isla de la Madera, en la villa de Punta del Sol, como rayo de luz que la habia de dar al mundo con su v̄ y doctrina.

Tenian sus padres cuantiosas haciendas en la dicha villa, y con esta

on moraban algunos tiempos en ella, y por dichosa suerte le cupo ser pa-
a suya.

Criaron estos nobles caballeros á su hijo con especial cuidado, como pren-
. recibida de la mano del Altísimo; y no sólo se desvelaban los ojos de los
ombres en mirar por su vida, sino, á lo que se vió, los de los ángeles del
elo.

Porque, siendo muy pequeño, llegó á caso á un poco de rejalgar que te-
an preparado para los animalejos domésticos, y, como es condicion de ni-
s llegar á la boca cuanto hallan á su parecer comestible, el inocente infan-
tomó el rejalgar para comerlo.

A este tiempo oyó su hermana una voz que interiormente le decia que
corriese al niño que estaba en grande peligro; voz que no pudo ser de
ro que del Angel de su Guarda, que como tal velaba en la defensa de
a vida.

Levantóse la hermana con presteza, y hallóle con el veneno en los labios,
e, á no quitársele, le quitara la vida, sacándole Dios por este medio de tan
ande peligro, y conservando su vida para grande gloria suya.

Tenia el P. Leon en Evora un tio llamado D. Fernando Enriquez, señor
e las Alcacevas y alcaide mayor de Evora, el cual, oyendo las buenas pren-
as de que habia dotado Dios á su sobrino, le pidió á sus padres para tenerle
nsigo y criarle en la policía de la ciudad mejor que en la tosquedad de
isla.

Aquí abrió los ojos á la razon, y aprendió las primeras letras en que dió
n buenas muestras de su vivo ingenio, que, para lograrle mejor y enrique-
rle con las ciencias, se determinó su tio de enviarle á París, que entónces
a el emporio de las letras, á donde acudian de todas partes los más luci-
s ingenios.

Ofrecióse una muy buena ocasion, porque partia para allá su primo Luis
onzalez de Cámara, con el cual partió nuestro Leon, siendo de sólo trece
os.

Entraron en el colegio de Sta. Bárbara, y nuestro Leon comenzó sus es-
udios por las letras humanas, en las cuales tuvo por maestro á Adriano
urnevo, varon eruditísimo en aquel tiempo, de que es abonado testimonio
u insigne libro de los *Adversarios*, con justa razon estimado en todos
empos.

Con la doctrina y enseñanza de tan gran maestro aprovechó el discípulo,
se aventajó de manera, que competian los versos que hacia en elegancia,
opiedad y sentencias con los de su maestro, como él mismo lo confesó va-
is veces, poniéndole por dechado á sus condiscípulos.

II

Vuelve de París á Portugal y entra en la Compañía.

Por este tiempo perseveraban en París algunos de los compañeros de S. Ignacio nuestro Padre, uno de los cuales era el admirable varon en espíritu y prudencia, el P. Pedro Fabro, con quien su primo de Leon, Luis Gonzalez de Cámara, tenia estrecha amistad, oyendo sus santos consejos y rigiéndose por ellos, aprovechando á largos pasos en la virtud con tan espiritual maestro.

Como andaba Leon en su compañía, cabíale parte de la celestial doctrina que les daba, y, cursando en las letras humanas, no olvidaba las divinas, componiendo sus costumbres con la frecuencia de los Sacramentos, obras de caridad y leccion de buenos libros, semilla, que sembrada en París, dió sazonado fruto en los campos de Coimbra, adonde D. Juan III fundó la Universidad, ó por mejor decir, mudó la que estaba en Lisboa, acrecentándola en rentas y colegios y dándole gran realce con los grandes maestros que trajo de varias partes.

Y, porque no faltasen discípulos, vinieron á ella los que estaban derramados por varias partes y eran naturales de aquel reino, entre los cuales fueron los dos primos de quien hablamos, que dejando la Universidad de París, vinieron á la de Coimbra, adonde se volvió á ver Luis de Cámara con el P. Fabro; y movido por sus razones y santa vida, entró en la Compañía.

Sintió su primo Leon esta entrada con tanto extremo, que rompió no solamente en iras de viva indignacion contra la Compañía porque le habian recibido, sino en injuriosas palabras y amenazas.

Atrevióse á decir que probaria con evidencia que habian pecado mortalmente en recibirle, así por su falta de salud, como por la que habia de hacer á sus hermanos; y que ni habia de atravesar más nuestras puertas, ni mirarnos á la cara, y hacernos cuanto mal pudiese.

Un año pasó D. Leon creciendo en su corazon el odio contra la Compañía al paso que crecia el sentimiento de su compañero y la falta que le hacia cuando plugo á la Majestad de Dios herir á este Leon bravo con la flecha de su inspiracion divina, llamándole con eficaz vocacion para que dejase el mundo, y, despreciando sus honores y valimientos, abrazase su cruz y sus desprecios, sacrificando su voluntad y su vida en el ara de la Religion.

La carne luchaba contra el espíritu y el espíritu contra la carne, guerreaban á brazo partido sin poder tener paz ni consuelo, acosado de melancolías; porque las padece grandes quien resiste á la vocacion divina.

Andaba como fuera de sí, sintiendo en su corazon esta lucha, hasta que, visitando las Estaciones un Juéves Santo, se halló tan acosado que, rendidas las fuerzas, postrándose en una de ellas á los piés de un Crucifijo, con gran copia de lágrimas le ofreció con voto de pisar el mundo entrando en una de las Religiones, como no fuese la Compañía

Pero la voz divina interiormente le instó que no queria aceptar la oferta con aquella condicion, sino absolutamente, dándose del todo á quien del todo le queria, como en efecto lo hizo.

Con esto cesó aquella lucha y amaneció en su alma una tranquila serenidad y una paz interior acompañada del gozo y consuelo que da Dios á los que de corazon se rinden á su servicio.

No le habia significado hasta entónces en qué Religion queria que le sirviese, y declaróle su voluntad por el medio siguiente.

Volvió por aquel tiempo su primo y amigo el P. Luis Gonzalez de Cámara de la ciudad de Valencia, adonde, como dijimos, habia ido á tener su noviciado, y, sabiendo que estaba en Coimbra, vino á visitarle.

Cuando el portero le vió entrar por nuestras puertas, que no habia pisado en todo aquel año, como admirado le dijo: «¿Qué nueva venida es esta, señor D. Leon? ¿Quiere V. m. por ventura quedarse entre nosotros?»

Sonrióse con la pregunta y túvola por razon de córte; y en el ínterin que llamaba á su primo, entró en la iglesia á hacer oracion, y vió en ella una mágen de Cristo juzgando el mundo, que dura hasta hoy, y yo la he visto; y ahora fuese que el mismo Cristo se le mostrase severo y riguroso, ahora que la misma representacion y terribilidad del juicio le atemorizase; el efecto de esta vista fué, obrando la voz divina con el temor de la cuenta y de su condenacion y el deseo de asegurar su salvacion, que temblando con el cuerpo y esforzado en el alma, sintió que Dios le llamaba para la Compañía.

Resistia la naturaleza flaca y peleaba la gracia poderosa, hasta que, finalmente, quedó por esta la victoria.

Luego, sin más dilacion, se manifestó á su primo el P. Luis Gonzalez, el cual le llevó al Superior, y, hechas las ordinarias diligencias, fué recibido en la Compañía para tanta gloria de Dios como lo dirá su santa vida.

III

De su Noviciado y estudios hasta ser Lector de Coimbra.

Alistado en la milicia de Cristo este nuevo soldado de su Compañía, y trocado el bravo Leon en manso cordero, no se puede explicar con pocas palabras la alteza de virtudes que levantó en su alma el Arquitecto divino, para el grande edificio de perfeccion que determinó labrar en él.

Y como los primeros cimientos habian de ser de humildad, echólos tan hondos, cuanto habia de levantar y crecer el edificio.

Era el primero en todos los oficios más humildes, y con más gusto y presteza cuanto más bajos y despreciados eran, abatiéndose y humillándose á los piés de todos, más que el polvo de la tierra.

Iba fuera con el comprador, con la espuerta al hombro, para traer lo que compraba para el colegio, hecho criado de todos el que poco antes andaba por las mismas calles acompañado y servido de criados.

Ni se desdeñaba de pasar cargado por medio de los estudiantes y maestros, de quien era tan conocido y estimado; que los verdaderos humildes padecen de voluntad afrentas, por granjear merecimientos.

Y aunque padeció muchas de mortificacion en este ejercicio, sólo contaré la que le pasó con un criado del Obispo, el cual, ó por burla ó por golosina viniendo cargado con un seron de lechugas, le pidió una.

El buen novicio con su mucha caridad se la dió sinceramente; pero luego le vino escrúpulo, como suele venir á los novicios, de haberla dado sin licencia; y en llegando á casa, se hincó de rodillas á los piés de su Maestro, diciendo su culpa de la que habia cometido en aquella ocasion.

El Maestro, como prudente y diestro en mortificar á sus novicios, le afeó lo que habia hecho, y en penitencia le mandó que volviese luego en casa del Obispo, y dijese al criado: «Señor, yo soy un mal religioso que os dí lo que no podia daros sin licencia de mi Superior; y así, os pido que me volvais la lechuga;» y tráigala luego con las demás.

En oyendo esta sentencia el humilde y obediente Leon, salió con presteza sin faltar en la modestia, los ojos bajos, las manos cruzadas y la cabeza cubierta con un sombrero viejo, y fué en casa del Obispo, adonde previno el prudente Maestro otro Hermano con órden de que, en llegando á los umbrales, le detuviese y trajese al colegio, como con efecto lo hizo, contentándose con su pronta obediencia sin la ejecucion del mandato.

Así lo hizo Dios con Abrahan y lo hace muchas veces con sus siervos,

ándoles inspiraciones santas de empresas difíciles, para sólo probar su voluntad, sin pretender el efecto, pero sí el merecimiento que ganan con la pronta obediencia de su parte.

De este argumento tenemos otro ejemplo de harta edificacion en el mismo H. Leon Enriquez; porque, enviando de Lisboa á Coimbra órden el P. Simon Rodriguez, que á la sazón era Provincial de Portugal, para que se enviasen cinco del colegio para ir al reino de Congo, en publicándose esta mision, ofreció á ella el H. Leon con tal fervor de espíritu, que, por no desconsolarle, el Rector, le señaló para ella.

Envióle á Lisboa con increíble gozo suyo, prometiéndose en aquella empresa grandes trabajos que padecer por Cristo y con ellos la corona del martirio; que estas son las pretensiones de los predicadores evangélicos, y esta codicia de riquezas del cielo, que los destierra de sus patrias á lo remoto de las Indias.

Llegado á Lisboa, le mandó el P. Simon que se volviese á Coimbra, aceptando Dios su voluntad y no la ejecucion de ella.

El obediente religioso, sin perder su paz ni replicar á su prelado, rendido su voluntad que sabia era la de Dios, volvió á Coimbra con el mismo consuelo que si partiera para Congo, y no con menor mérito, habiendo sacrificado á Dios su voluntad en la ida y en la vuelta.

Conmutóle su Maestro de novicios la jornada de las Indias en una peregrinacion trabajosa, enviándole con otro compañero á pié, pidiendo limosna, tan pobre, roto y mal vestido, que raro ó ningun mendigo le hacia ventaja en la pobreza, si bien se la hacia él á muchos en el espíritu.

Y húbole bien menester para los desprecios y afrentas que tuvo en este camino, entre las cuales se cuenta que, llegando á pedir limosna á un cortejo de gente grave, oyó jurar libremente á uno de ellos, y postrado á sus pies de rodillas, le dijo: «Señor, por amor de Dios pido á V. m. que no jure, porque se ofende mucho nuestro Señor con los juramentos.»

No se ofendió poco aquel hombre de oírse reprender, aunque con tanta cortesía y humildad de un pobre mendigo, al cual arremetió ciego de cólera, diciéndole que era un desvergonzado y atrevido; y pasando de las palabras á las obras, le dió muchas bofetadas y coces, y tendido en el suelo puso encima sus piés, ultrajándole con gran furor.

Todo lo sufrió el siervo de Dios no sólo con paciencia, sino con alegría, viéndose maltratar por Cristo, el cual, aunque da estas ocasiones á sus siervos para aumentar su corona y ostentar al mundo la alteza de sus virtudes; pero no deja á los agresores sin castigo, como se vió en Roboan y en Asur, por quien dió á sus siervos ocasiones de merecer y á ellos el debido castigo.

Lo mismo sucedió á este mal considerado y atrevido, á quien castigó de contado, que al punto que puso las manos en nuestro peregrino por haberle reprendido, le dió un dolor tan vehemente y agudo, que no se podia tener; y rendido al inopinado accidente, se arrojó á los piés de á quien poco antes habia puesto los suyos, pidiéndole perdon y que rogase á Dios le mitigase aquel dolor.

El H. Leon lo hizo con mucha caridad, y Dios le oyó, y le mitigó, y quedó juntamente arrepentido y corregido, con grande gozo del siervo de Dios por haber ganado aquel alma, y para sí la ocasion de tal merecimiento; que los verdaderos humildes sufren con gusto lo costoso de las afrentas á cuenta de adquirir el remedio de las almas y las riquezas del cielo.

Acabado el noviciado con tanto fervor y aprovechamiento, hizo los votos de la Religion; y por ser aventajado estudiante en Cánones, se dió al estudio de los casos morales que tocan á la conciencia, con tanto cuidado y aprovechamiento, que los leyó publicamente en Coimbra á los de dentro y de fuera del colegio con aplauso y comun aceptacion de todos y con tal crédito, que el Dr. Martin Azpilcueta Navarro, catedrático de Prima en aquella Universidad, le comunicaba algunas dificultades, y estimó en tanto sus resoluciones, que en el *Manual de Confesores*, que escribió, le cita con nombre de Leon de Noroña, como se llamaba en el siglo.

IV

Ordénase de sacerdote y es electo Rector de Coimbra por S. Ignacio nuestro Padre.

Procedió siempre el P. Leon Enriquez con tan sólida y ejemplar virtud que siendo de pocos años en la edad, era de muchos en la perfeccion, en prudencia y en maduras costumbres.

Por esta causa, siendo de sólo veinte y tres años, le ordenaron de sacerdote con dispensacion del Papa, y le dieron cargo de Padre espiritual y confesor de los de casa con igual gusto y consuelo de todos.

Leia juntamente la cátedra de casos que dijimos; ejercitaba los ministros de confesar y acudir á los enfermos y encarcelados, y platicar á los estudiantes de la Universidad, acudiendo con mucha caridad y celo de sus mas á todos, así eclesiásticos como seglares.

Llegóse el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, en que se publicaron y establecieron las Constituciones y reglas que hoy tenemos en toda Compañía por orden de S. Ignacio nuestro Padre, el cual, satisfecho del

piritu y prudencia del P. Leon Enriquez, y descando que se recibiesen y guardasen con toda exaccion en el colegio de Coimbra, que era de los mayores de la Compañía, le nombró por Rector suyo, ordenándole que tomase aquel cargo sobre sus hombros, que no era de poco peso, y más para quien deseaba más obedecer que mandar.

Pero bajó la cervíz al yugo de la obediencia y obedeció á su Prelado, cuya voz respetó siempre como si la oyera de Dios.

Su eleccion fué muy aplaudida así de los de casa como de fuera, por el amor que todos le tenian y la grande opinion que habian concebido de su prudencia y santidad.

El nuevo Rector se dedicó todo á establecer las Constituciones y reglas que en nombre de S. Ignacio publicó el P. Nadal como Comisario de España; y juntando la prudencia con la suavidad, y la blandura con la eficacia, se recibieron de todos y se guardaron con gusto y puntualidad.

Bastaba ser obra de S. Ignacio nuestro Padre para que todos la veneraran y abrazaran como dada de la mano de Dios, á quien tenian en la tierra por Vicario suyo y veneraban como á tal; y la mayor exhortacion para esto era la vida y ejemplo de su Rector, que era el primero en todas las observancias y una regla viva de todo lo que se ordenaba.

Ninguno más puntual, ni más rendido, ni más obediente á todas las ordenaciones; y, como él iba delante facilitando el camino, seguíanle con gusto todos; que el ejemplo del Superior es suave mandamiento de apremio para los súbditos.

Y así, en su tiempo floreció aquel colegio en grande fervor y observancia, en que persevera hasta hoy, de que hablo como testigo de vista.

Ni por ser Rector dejó de leer la cátedra de casos que leia, ántes aumentó y puso maestros de casa que leyesen públicamente Teología así á los nuestros como á los de fuera, que fueron las primeras piedras de aquella insigne Universidad de la Compañía.

Aumentó Dios el crédito y opinion que tenia de santidad en toda aquella tierra con algunas obras admirables que obró por su medio, de las cuales referiré algunas para comun edificacion.

La primera fué que un ciudadano de Coimbra, acosado de desgracias y golpes de fortuna, cayó en tan profunda melancolía, que, apurada la paciencia, se resolvió á salir de tantos males acabando con su triste vida, como si dieran fin las fatigas temporales conmutándolas por las eternas.

Con este errado consejo tomó un lazo en lo tenebroso de la noche, que siempre quien hace mal huye la luz y vista de los hombres, ya que no puede la de Dios.

Pasó de la otra parte del rio á un pago de olivas para ahorcarse de una de ellas, y en medio de aquella oscuridad, no menor de su conciencia que de la luz del cielo, le apareció el P. Leon Enriquez, Rector de nuestro colegio, y poniéndosele delante, dijo: «¿Dónde vas, hombre mal aconsejado, á perder la vida temporal y eterna? ¿Qué locura es la tuya que por bienes caducos y perecederos de la tierra quieras perder los espirituales del cielo, y condenar tu alma á los tormentos eternos?»

No se puede fácilmente decir el espanto y turbacion que le dió á aquel miserable, oyendo el trueno de esta voz, y viendo delante de sí á quien tanto veneraba por su santidad, á hora y en lugar tan solitario, con la noticia de lo que pasaba en su conciencia, manifestándole los íntimos secretos de su alma.

Quedó el hombre atónito y asombrado, sin voz ni aliento para responderle; y, vista su turbacion, el Padre le tomó del brazo y le habló cariciosamente, volviéndole hacia la ciudad y le dijo: «Vuélvete á tu casa, encomiéndate á Dios, y ve á la mañana al colegio de la Compañía de Jesus y pide por el Rector, que él te dará remedio para todo.

Ofreció de hacerlo así, y, dejado tan pernicioso intento, volvió á su casa con menor tristeza, aunque con mayor espanto que habia salido de ella.

En amaneciendo, fué á nuestro colegio y pidió por el P. Rector, y en viéndole y mucho más en hablándole, conoció que era la voz del que le habia aparecido, porque la oscuridad y turbacion no le dieron lugar á conocer bien el rostro. El Padre le tomó aparte y le dió saludables consejos para su salvacion y para gobernar su vida, y mucha confianza en Dios que le habia de ayudar y mejorar la adversa fortuna que hasta allí padecia.

Hizo con él una muy buena confesion y salió consoladísimo de sus piés, publicando la grandeza de su espíritu y santidad manifestada con tan admirable accion, la cual fué abonado testimonio de que moraba Dios en él y le manifestaba sus secretos, y milagrosamente le llevaba á remediar las almas que padecian riesgo de su condenacion.

Y divulgado este suceso por el mismo á quien le sucedió, creció de manera en el aprecio de todos la opinion del P. Leon, que le miraban como á un hombre bajado del cielo y como á un varon santo.

No fué sólo este hombre en aquel tiempo á quien trajo Dios á su servicio por medio milagroso de este santo varon.

A la misma sazon vivia en una casa de campo otro hombre, si no descomulgado, como el dicho, de la misericordia de Dios, presumido por los filiocontrarios de su grande piedad, tomando de ella ocasion para entregarse á los vicios sin rienda ni temor de su justicia, al cual apareció una noche P. Leon, y mirándole con rostro severo, le dijo:

re perdido, ingrato y desconocido á las misericordias del Altísimo
ciensas que no conoce tus maldades, ó que no las podrá castigar?
ojos, sal de esa ceguedad, mira tu perdicion, teme a Dios, muda de
quieres experimentar su rigor.»

esto desapareció, y el pecador quedó temblando, mas muerto que
ado con el temor.

a noche perseveró llorando en actos de contricion; y llegando la
rino al colegio é hizo con el Padre una cumplida confesion de todos
os con más facilidad que con otro, por haber conocido que antes
os se los habia manifestado Dios.

onsoladísimo; que no hay consuelo igual al que se alcanza con la gra-
os; y restituido de la muerte á la vida, ordenó la suya en adelante
lala en ejemplar, siendo perpetuo pregonero de la santidad del
á quien Dios manifestaba los pecados de los hombres, y llevaba
mente del poblado al despoblado y de la ciudad al campo, para su

ia de estas maravillas y la vida tan ejemplar que vivia, le granjea-
Leon opinion de varon santo en toda la tierra, nombrándole y co-
le todos por este apellido del *Padre santo* y el *Rector santo*.

l confirmó algunos sucesos que se tuvieron por profecías suyas,
la de un sacerdote que vivió en la Compañía al principio bien, y
tan mal, que fue necesario despedirle de la Religion.

óse en la oracion y observancia de las reglas, cobró libertad y has-
cosas espirituales y fastidio de su vocacion, que son las paves com-
r donde un a'lma camina á su perdicion.

en Rector, como pastor solícito, procuró con santas amonestaciones
a su primero estado y detenerle para que no se acabase de per-
fue en vano, porque como frenético se volvía contra el médico de
y empeñaba con las medicinas que le daba para su salud.

de decir Misa y de confesarse con gran per, uno de su alma que en
peñaderos eran los que se desvotan contra sus Prelados, y pierden
de la obediencia.

tre con espíritu profetico á lo que parecia le dijo: «Miser Padre,
vino de parte de Dios que si ahora pidiendo no quieres decir Misa
tempo en que quieras decir, y no podrás.»

el caso de la amenaza, y el P. Leon viendo su obstinacion dijo: «
que vuestra alma y la de este hermano se vaya en casa.»

dicando estava tan enfermo de la Religion que con una sola pala-
ra por despesa se iba, y se lo hizo.

El buen Rector procuró con blandura volverle á la Religion; y no le pudiendo reducir, dió cuenta de todo al P. Jerónimo Nadal, el cual le dió por legítimamente despedido.

Y sucedióle lo que á muchos, que, cortados del cuerpo de la Religion, quedan como las ramas cortadas del árbol, secos, sin vida, sin lustre y sin fruto, y sólo buenos para el fuego.

Porque este desdichado cayó enfermo, y se halló tan pobre y desamparado, que se vió forzado á irse á un hospital á que le curasen de limosna entre los mendigos.

Dióle cáncer en un pié, y fué forzoso cortársele; tuvo á gran dicha quedar con la vida, la cual pasó en tal miseria, que andaba por las calles de Coimbra con dos muletas pidiendo limosna de puerta en puerta, sin poder decir Misa, aunque lo deseaba, para poderse sustentar, cumpliéndose á la letra la profecía del P. Leon.

Ultimamente, deseó volver á la Compañía; pero, aunque lo pidió con lágrimas, no lo pudo alcanzar; que de esta suerte castiga Dios á los que le vuelven las espaldas y dejan su santa casa por los aljibes rotos y cenagosos del siglo.

Acompañemos este caso con otro que sucedió en el mismo colegio de Coimbra, siendo Rector el P. Leon Enriquez.

Un mozo murió de cáncer, ocasionado de una pequeña picadura que acaso otro le dió; movió tanto este suceso á un amigo suyo, que determinó dejar el siglo y entrar en la Religion.

Ejecutó su deseo en la nuestra de la Compañía, á donde fué recibido; y habiendo comenzado bien, á pocos lances se entibió en su primero fervor, aspirando á mayorías y á puestos que no merecia, con tal ambicion, que fué forzoso despedirle de la Compañía.

Fué cosa muy notada que dentro de pocos dias murió de la misma enfermedad que habia muerto el amigo por cuya muerte entró; porque, hiriéndole otro levemente y acaso con una tijera, se le encanceró la herida y murió en la flor de su edad, cuando se prometia grandes prosperidades en el siglo, permitiendo Dios, por justo juicio suyo, que le sirviese de instrumento para castigo el que le dió para medio de su salvacion.

Otro caso bien singular sucedió al P. Leon con otro novicio suyo, que quiero poner aquí para cumplir esta materia.

Vino á pedir la Compañía un sacerdote portugués, á quien no traia Dios, sino el demonio, procurándola destruir; porque tenia pacto con él, y como á ministro suyo le ingirió en la viña del Señor para contaminarla toda con la infernal cizaña de su doctrina.

Al principio se fingió muy santo y observante, para engañar con su hipocresía.

Pero el P. Leon Enriquez, con el espíritu y luz que tenia del cielo, nunca satisfacía de él, porque le daban en rostro muchas de sus acciones y palabras y modo de proceder.

Con este recelo le andaba á los alcances, hasta que una noche visitando la casa como vigilante pastor, oyó ruido en su aposento, y esperando con cautela adonde no le pudiesen ver, vió salir de su aposento un animal disforme en figura de perro, quedando el novicio gimiendo y dando ahullidos.

Disimuló con cautela, y dió cuenta al P. Diego Miron, á la sazón Provincial de Portugal, el cual le llamó á Lisboa para experimentar su espíritu, porque se le habian vendido por hombre de raras habilidades y que podia honrar toda nuestra Religion.

Aunque al principio con sus embustes, y fingimientos, y palabras dulces quiso engañar al Provincial, últimamente fué conocida su hipocresía y despedido de la Religion.

Y, como era miembro de Satanás y lazo suyo, procuró fuera lo que no habia podido conseguir dentro, que era desacreditar la Compañía, sembrando en todas partes mentiras y falsedades contra ella y contra muchos de los que en ella vivian; propiedad antigua de apóstatas, procurar deslucir el cielo de la Religion de que fueron lanzados, porque su pureza no los pudo sufrir, ni ellos tuvieron virtud para poderla merecer.

Fingióse alquimista y que sabia hacer de plata oro, y metales preciosos de las yerbas del campo.

Pretendió con sus embustes engañar al rey y á los de su Consejo; pero al cabo fué hallado en mentira, y, conocidos sus embustes, fué entregado al tribunal de la santa Inquisicion, y sacado como reo en público auto de la fe, y condenado á galeras perpétuas, en las cuales engañó al Sotocómitre con la misma promesa del oro, cebo dorado que ha hecho caer á muchos en semejante lazo.

Dióle larga licencia con esta codicia, y el embustero se escapó, y se fué al Brasil, adonde movió otra persecucion contra la Compañía y engañó al Visitador, el cual fué preso con el embustero de quien se fió.

Traidos ambos á Lisboa, fué el expulso encerrado en la Inquisicion, adonde miserable, deshonorado y afligido acabó los dias de su vida.

Este fin tiene de ordinario quien deja la casa de Dios; y el que quiso engañar á la Compañía con falsos fingimientos, que con su buen espíritu conoció el P. Leon, y á la corte con su fingido oro, fué castigado con verdadera justicia de la mano del Señor.

Siendo tan conocida la santidad del Padre Rector y obrando nuestro Señor por su medio cosas tan admirables, no le faltaron mortificaciones que sufrir y ocasiones en que ostentar la fineza de su virtud; que no quiere Dios que haya santo sin cruz, ni oro fino que no pase por el crisol y fuego de la paciencia y humillacion.

Se la dió á este su siervo por medio del P. Jerónimo Nadal cuando visitó el colegio de Coimbra, siendo él Padre Rector, á quien hizo cargo de una pared que edificó para repartimiento del agua, á su parecer necesaria y á la del Visitador superflua.

Por haberla hecho sin su orden le dió una repension pública, y en penitencia le ordenó que estuviese en pié sobre la pared que habia hecho la hora de quiete á vista de toda la Comunidad que se juntaba en aquel lugar.

El obediente Padre subió sobre la pared y cumplió su penitencia con la humildad y rendimiento que pudiera un niño del estudio de gramática, á quien su maestro dijera que se pusiera en pié encima de un banco.

Así estuvo toda la hora á vista de sus súbditos, por blanco y objeto no de contradiccion, sino de edificacion y obediencia, con tanta alegría y tan sereno semblante, como si no estuviera en la pared penitenciado, sino en un trono para ser autorizado.

De esta manera obedecen y reciben los siervos de Dios las penitencias y humillaciones que les envía para prueba de su virtud, aumento de su corona y ejemplo de los demás.

V

Eligele S. Ignacio por Rector de Evora y lo que en este Rectorado obró.

Antes de acabar los tres años del Rectorado de Coimbra, pagado S. Ignacio nuestro Padre de su santidad y prudencia con que habia gobernado aquel colegio con igual consuelo y satisfaccion de todos, le nombró por Rector del nuevo colegio de Evora que el Cardenal infante D. Enrique, Arzobispo de aquella ciudad, fundaba en ella con la magnificencia y grandeza digna de su persona.

Para dar buen principio á tan ilustre obra, envió á su fundacion de los más escogidos sujetos que tenia la Compañía en aquel tiempo, y entre ellos al P. Leon Enriquez por piedra fundamental y Rector de todos.

El orden de S. Ignacio vino al P. Provincial, que á la sazón estaba en Lisboa disponiendo las cosas del nuevo colegio con el Cardenal infante que estaba en la dicha ciudad, adonde llamó al P. Leon sin decirle para qué; es-

muy usado en la Religion en que ni los Superiores daban razon de lo hacian, ni los súbditos la pedian, obedeciendo, callando y sin inquisicionina, lo que les mandaban.

El P. Leon, luego al punto se partió de Coimbra á Lisboa, adonde fué redo de su Provincial con la caridad acostumbrada de nuestra Compañía, el dia siguiente le vistió una sotana parda, gruesa y vieja, y le ordenó que se á servir al cocinero y refitolero en las cosas de sus oficios.

El obediente religioso fué luego con mucho gusto á ejecutar esta obediencia, ganando más honra con ella que pudiera ganar con los pundonores del mundo; que la honra del religioso es totalmente contraria á las vanidades del mundo; y aquel es más honrado, que es más humilde, como lo fué este siervo de Dios.

Sirvió al cocinero y refitolero con el mismo gusto y devocion que sirviera á Cristo nuestro Redentor, á quien miraba en aquellos Hermanos que le habian por Superiores, sin reparar en lo que dirian ó no dirian los de casa y fuera que estaban á la mira.

Todo lo puso debajo de los piés, y encima de la cabeza el mandato de su superior con obediencia ciega, obedeciéndole como á Cristo.

Ocho dias le tuvo el Provincial en esta ocupacion, despues de los cuales le llamó y le intimó el órden que tenia de S. Ignacio, de que fuese por Rector del colegio de Evora.

El que con tanto gusto admitió ser mozo de la cocina, tuvo tristeza de verse elegir por Rector de un colegio tan ilustre, fundacion de un Cardenal fante del reino de Portugal, que le miraba como á delicias suyas.

Porque en la verdad el humilde Padre más deseaba obedecer que mandar ser súbdito que Superior; que es camino más seguro y más conforme á la doctrina de Cristo.

Conoció el Provincial en el semblante lo que al P. Leon pasaba en el corazón, y, dándole la patente, dijo que abajase la cabeza y obedeciese á San Ignacio, que estaba en lugar de Cristo y le enviaba esta obediencia.

A que el humilde Padre con todo el rendimiento posible bajó la cerviz y yugo y tomó sobre sus hombros el cargo de aquel colegio, como habia tenido tres años el de Coimbra. Luego fué á dar la obediencia al Cardenal interino, que, como dijimos, estaba en aquella sazón en Lisboa, con quien trató espacio lo tocante al colegio y á la fundacion de sus estudios.

Recibida su bendicion, partió á Evora, adonde fué recibido como si viniera un ángel del cielo; tal era su apacibilidad, tal su prudencia y tal la opinion que corria de su acertado gobierno y el ejemplo de su santidad que daba en todas las partes.

El cual no fué menor en Evora que en Coimbra; porque, en entrando, tomó para sí el peor aposento, las alhajas más despreciadas y más pobres, y solas las precisas para su uso.

Ayudaba con caridad á los oficiales de la casa, no se desdeñando de servir al cocinero y dispensero, ni al portero y comprador, cuando era necesario, siendo como Coadjutor y como hermano de todos.

Con los huéspedes y enfermos era su caridad admirable, sirviéndolos, consolándolos y dándoles de comer por su mano; barria los aposentos, limpiaba los vasos y no dejaba oficio de caridad que no usase con ellos con un amor y cariño más que de propio padre; y sucedió tal vez perseverar siete horas con un enfermo dolorido, hasta dejarle del todo aliviado.

En la observancia regular fué, como siempre, el primero, y el que con su ejemplo traia en pos de sí á los demás.

Era el primero que se levantaba y el último que se recogia, velando como solícito y vigilante pastor sobre su ganado.

Cada dia tenia siete horas de oracion mental, sin otros muchos ratos que gastaba en la vocal.

Las horas canónicas rezaba siempre de rodillas á sus tiempos con mucha pausa y devocion.

Decia con el mismo espacio la Misa á que asistian todos los Hermanos de casa; y en acabando, gastaba una hora entera en dar gracias á Dios por la merced recibida.

Todo el dia andaba rumiando en su mente lo que contemplaba en la oracion, en la cual recibia mucha luz y avisos de Dios nuestro Señor para el gobierno de los súbditos y para el bien de los seglares.

Tenia en el colegio de Coimbra un sacerdote tentado en su vocacion, de que tenia noticia un amigo suyo, que esperando reducirle, no dió parte al Superior como lo ordena nuestra regla.

La tentacion iba tan adelante, que el tentado estaba muy cerca de salir de la Religion.

Estando el P. Leon reposando en una silla, le habló Dios entre sueños, como á Samuel, y le dijo: «Despierta y mira por la oveja que te quiere llevar el lobo, de que te dará noticia tal Padre,» nombrándole el amigo que sabia la tribulacion del tentado.

Despertó á esta voz, y, teniéndola por sueño, no hizo caso de ella, y así se volvió á dormir; y, en cerrando los ojos, abrió Dios su boca y le repitió lo mismo.

Despertó segunda vez, y aunque le hizo más fuerza para reparar en ella, tambien la tuvo por sueño y se volvió á dormir.

Pero no se cansó Dios en hablarle, como no se cansó en llamar á Samuel, porque le llamó tercera vez como á él, y le dijo: «¿Qué haces? ¿Cómo no velas? ¿Ni llamado tantas veces, despiertas para socorrer la oveja que el lobo infernal te lleva? Ve á quien sabe su daño y no te avisa, remedia á ambos, á quien lo padece y á quien lo encubre.»

Con esta voz despertó, y fué luego al encubridor, y le afeó el secreto perjudicial que habia guardado á su amigo, en que no le habia hecho amistad, sino gran daño, dejando encancerar la llaga sin manifestarla al médico que le habia de sanar, como en la verdad sucedió; porque tenia palabras de vida tan dulces y espirituales que la daba á los tentados, y afligidos, y desconsolados, como la dió á este sacerdote á quien habló y esforzó á perseverar toda su vida en la Religion, con igual consuelo de su alma y agradecimiento á su bienhechor. Siendo Rector del mismo colegio, le reveló Dios en la oracion cómo un hombre seglar estaba en la ciudad muy al cabo de la vida y muy cerca de perder la eterna por algunos pecados graves que habia callado de vergüenza en la confesion.

Levantóse de los piés de Cristo y fué con grande presteza en casa del enfermo; hallóle muy apretado, y con la mayor blandura y suavidad que pudo, le comenzó á consolar y á poner delante la importancia de su salvacion.

De uno en otro lance le dijo el riesgo en que estaba de condenarse por los pecados que habia callado en la confesion, diciéndoselos uno por uno.

El enfermo quedó atónito y confuso oyendo el juego de su vida y lo secreto de su conciencia descubierto; y, reconociendo el espíritu de Dios en quien le hablaba, y rendido á sus palabras, hizo con él una confesion general para asegurar su salvacion.

Y preguntó al compañero quién era aquel Padre santo que le habia dicho todos sus pecados: y diciéndole que el Rector, testificó antes de morir lo que le habia pasado con él, y cómo por su medio alcanzaba la salvacion.

Mucho más admirable fué la salud milagrosa que dió, viviendo en Evora, al Cardenal infante D. Enrique, enfermo en Lisboa.

Sabida su enfermedad, ordenó el P. Leon en su colegio que se hiciesen grandes rogativas, penitencias y mortificaciones por su salud, como se usan en la Compañía hacer por los bienhechores.

Quien más se esmeró en ellas fué el santo Rector, el cual, despues de larga oracion en que le dió el Señor á entender que fuese á dar la salud al Cardenal, salió con su compañero al campo y caminó un breve espacio por el camino que va á Lisboa, que está veinte leguas de allí.

Llegando á una espesura, le dijo al compañero que le esperase allí, por que se retiraba un poco á encomendarse á Dios.

Perdióle presto de vista y al mismo tiempo entró en la cámara del Cardenal infante en Lisboa, cuando la calentura estaba en su mayor fuerza y vigor, y con rostro alegre, blandas y corteses palabras le dijo:

«Confíe V. Alteza en la misericordia de Dios, que no ha de ser nada la enfermedad, y tenga por muy cierto que presto se ha de levantar bueno y sano de la cama. Dígame V. Alteza, á dónde tiene el dolor.»

Respondió el infante, que en el corazon: entónces alargó la mano el P. Leon, y le hizo encima de él la señal de la Cruz, y el dolor cesó y el infante se quedó dormido. El Padre se volvió á Evora, y, cuando despertó el Infante, se halló sano y bueno de toda su enfermedad, dando gracias á Dios por ello.

Para dárselas al Padre por haber recibido la salud por su medio, mandó á su camarero que fuese luego á la Compañía y trajese al P. Leon Enriquez, que poco antes se habia ido de allí.

El camarero se admiró, porque ni él ni otro de su palacio le habian visto entrar ni salir: con todo eso, por obedecer al infante, fueron á la Compañía á llamar al P. Leon, y testificaron que ni estaba ni habia venido allí, ántes tenían cartas suyas de Evora, escritas de pocos dias.

Oida esta respuesta por el Cardenal infante, le causó grandísima admiración; y como el testimonio de la repentina salud no daba lugar á duda en su visita y asistencia, túvola por milagrosa.

Aumentó con este suceso grandemente la estima que tenia de su santidad, y escribió cartas muy encarecidas al P. Diego Lainez, que habia sucedido á S. Ignacio en el oficio de General, dándole las gracias por habérsele dado por Rector de su colegio de Evora, con que se daba por pagado de cuanto habia hecho, y pensaba hacer por la Compañía; y suplicándole que en todo acontecimiento se le diese por confesor, porque no queria tener otro en toda su vida.

El General lo concedió, y el Padre vino con la humildad y encogimiento que se puede pensar á asistir al infante de quien fué confesor y Padre espiritual todo el tiempo que vivió, con la edificacion que adelante se dirá.

VI

De su oracion y las mercedes que recibió en ella de la mano de Dios.

Fué el P. Leon Enriquez uno de los varones contemplativos y de más oracion que tuvo la Compañía en aquel tiempo; porque de tal suerte se ocupaba en los negocios exteriores, así de estudio y gobierno como del trato con los prójimos, que nunca perdía á Dios de vista, hermanando la accio-

contemplacion con tal destreza, que no sólo no impidiese, sino que ayudase la una á la otra.

Y así, estaba siempre templado y tan devoto para cualquiera obra, como si saliera entónces de una feivorosa oracion.

Las mercedes que recibia en ella eran tales, que fuera mayor maravilla no andar siempre abrasado su corazon y todo traspasado en Dios, como se verá por los casos siguientes:

Siendo Rector de Coimbra, le vino á visitar el Obispo D. Juan Suarez; fué con presteza el portero á darle aviso para que saliese á recibirle; tocó á la puerta del aposento, y no respondió; tocó segunda vez, y como no respondiese y el Obispo se acercase, abrió confiadamente la puerta, y hallóle de rodillas arrebatado en un éxtasis, todo transportado en Dios.

Hablóle con voz alta, y tampoco respondió: tan tomado y poseido estaba de aquel vino celestial de su alta contemplacion.

Viendo que llegaba el Obispo, le tiró del brazo, haciendo fuerza para que volviese en sí, y, como violentado, volvió, y quejándose de haberle despertado del dulce sueño en que reposaba en Dios, dijo: «Dios se lo perdone, Hermano, que me ha impedido la oracion; mire que le ordeno severamente que no diga en su vida lo que ahora ha visto.»

A esta sazón entró el Obispo, á quien recibió con mucha cortesía y humildad; pero tan divertido en la conversacion, que con dificultad podia atender á ella.

El Prelado conoció que le tiraba la atencion otra materia superior que tenía en su corazon; porque, así como los que miran á los rayos del sol, cuando vuelven los ojos á la tierra los tienen tan impresionados de su luz que con dificultad discernen lo que miran de acá, á este modo, pero con más fuerza, los ojos interiores que son ilustrados del resplandor celestial de la luz inaccesible de Dios, cuando los bajan á la tierra para mirar las cosas materiales de ella, con dificultad las pueden discernir, ni mirarlas como son; efecto que se vió en el P. Leon Enriquez algunas veces cuando salia de la oracion.

De que tenemos otro grande testimonio en el mismo colegio de Coimbra, adonde, faltando el dia de S. Pedro y S. Pablo el Padre que estaba señalado para decir la Misa de la Renovacion, conforme á la costumbre de la Compañía, y estando todos esperando, fué el sacristan á llamar al P. Enriquez para que dijese la Misa.

Tocó y entró juntamente en su aposento, espoleado de la falta que se hacia, y halló al siervo de Dios como hincado de rodillas, las manos cruzadas en el pecho, los ojos poco abiertos, absorto de los sentidos, arrebatado en el aire, y levantado á buena distancia del suelo.

Quedó el sacristan poco ménos absorto que él, sin saber qué consejo tomar; al fin se resolvió en llamarle, mas, como no respondiese, volvió á salir y llamó á los de casa para que viesen aquella maravilla, y todos alabaron á Dios que tales mercedes le hacia.

De allí á un rato entró el Padre por la capilla el rostro tan encendido, que parecia echaba llamas de sí.

Vistióse para decir Misa, y estaba tan absorto y retirada su alma á lo interior de su espíritu, que fué necesario advertirle las ceremonias, como si las hubiera olvidado.

De esto hubo tantos testigos, que aunque lo procuró encubrir, no pudo, y se divulgó no sólo por toda Coimbra, sino por grande parte del reino de Portugal, creciendo en todos su aprecio y estimacion.

A esta clase pertenece lo que le pasó el año de mil y quinientos y ochenta, en que murió el rey D. Enrique y vinieron por su muerte tantas y tan grandes calamidades sobre el reino de Portugal, á cuya causa se hicieron en todo él rogativas y procesiones, limosnas y penitencias para aplacar la ira de Dios.

Hallóse en esta sazón el P. Enriquez en el colegio de Coimbra, adonde se trajo el Santísimo de la iglesia á una capilla interior con solemnísima procesion, en que iban más de doscientos Religiosos, moradores del colegio, para tener oracion continua de dia y de noche, remudándose por horas.

El P. Leon, por su ancianidad, los esperó en la capilla hincado de rodillas, pidiendo á Dios con muchas lágrimas que se apiadase de aquel reino y no le quisiese castigar.

Cuando entraba por la puerta y estaba en el fervor de su oracion, oyó una voz clara y temerosa que salió del Santísimo Sacramento, y dijo: «No, no, déjame, Leon, déjame, que tengo de castigar, he de castigar.»

Como el siervo de Dios instase por el perdon, repitió el Señor la misma voz hasta llegar al altar, diciendo: «Déjame, déjame, Leon, que tengo de castigar,» conforme á lo que en semejante ocasion respondió al Profeta Jeremías, cuando rogaba por su pueblo para que no le castigase: «No me pidas por él ni perseveres en orar, porque le tengo de castigar.»

Lo mismo respondió á este segundo Jeremías, cuando oraba y lloraba por el reino de Portugal, á quien con efecto castigó con las calamidades notorias que en aquel tiempo le envió, y el buen Padre manifestó, antes que viniesen, á su muy confidente amigo el P. Ignacio Martinez, de quien se supo lo aqui referido.

VII

Las batallas que tuvo con Satanás y de su poder sobre los demonios.

Costumbre antigua es de Satanás hacer más cruda guerra á quien se le opone más.

Por esta causa vemos las batallas tan continuas que movió contra los santos, persiguiéndolos sin cesar como á mayores siervos de Dios y capitales enemigos suyos.

En cuyo número entró este fidelísimo siervo del Señor, á quien, como á tal hicieron cruda guerra los espíritus infernales, apareciéndole en horribles formas para espantarle y afligirle; y, pasando de los espantos á las obras, le dieron grandes golpes, empellones y bofetadas, permitiéndolo así Dios para acrisolar más su paciencia, y refinar el oro de su amor, y aumentar la corona de sus merecimientos.

Estando una vez rezando con el P. Luis de Sequeira, que murió Obispo de Japon, les quitó la vela que les alumbraba, y mirándola los Padres la llevaba de una parte á otra, subiéndola y bajándola, como quien jugaba con ella y hacia burla de los dos; pero hízola mayor del demonio el P. Leon, haciéndole que la dejase y prosiguiendo en su oracion.

Morando en el colegio de Coimbra y entrando en su aposento cuando tocaban á recogerse, vió al demonio en su cama en figura de un disforme y feísimo mastin.

No se turbó mirando al huésped ni le despidió de su aposento, mas hizo lo que S. Francisco de Borja en Plasencia en semejante ocasion, que fué hablarle con humildad y decirle estas palabras: «Déjate estar en la cama, que mejor la mereces que yo, porque tú pecaste una sola vez y yo muchas ofendí á mi Señor.»

Y diciendo y haciendo, se echó debajo de la cama, teniéndose por inferior al demonio, el cual, como astuto y diestro en pelear, no perdió la ocasion y jugó otra lanza contra él, diciendo: «¡Oh qué humilde eres, Leon!» pretendiendo derribar por soberbia al que no habia podido por temor.

Pero el Padre, no ménos diestro en resistirle, respondió con presteza: «Más soberbio soy que tú;» con que huyó vencido de su humildad.

Siendo Rector en Evora, tenia en su colegio un Hermano Coadjutor llamado Andrés Annez, que siendo labrador rico, habia entrado en la Compañía.

Era corpulento y de grandes fuerzas, y parece que el demonio las queria probar con él, porque le acometia muchas veces dándole terribles golpes;

echábale en alto y dejábale caer; y aunque recibia gran dolor, nunca le hacia herida ni señal.

El pobre andaba afligido y temeroso de tan importuno enemigo.

Acudió á su Rector bien ejercitado en esta lid, y no ménos diestro en vencer; consolóle y enseñóle cómo habia de pelear, y, entre otras, le dijo las razones siguientes:

«Tened buen ánimo y perded el miedo á ese perro infernal que Dios Omnipotente tiene preso, y no hace más que ladrar, ni puede acometer más que con la licencia que el Señor le da, ó para ejecucion de castigo contra los malos ó para corona de premio para los buenos.

»No juzgueis, Hermano, que sois solo, porque compañeros teneis en la batalla.

»Consolaos, amigo, que os afirmo que todos los dias que me olvido de hacer cierta devocion y de armarme muy de propósito contra esa bestia infernal, aquí en la cama me llena de coces y me da de bofetadas, ni tengo otro remedio más que levantarme y recurrir á la oracion, y con esto desaparece.»

Esto dijo y en ello una gran verdad; porque los vecinos oian muchas veces los golpes que le daban, y los estruendos que hacian los demonios en su aposento, adonde llevó por compañero á dicho Hermano, y por su medio se libró de su tiranía, enseñándole á pelear y vencer con oraciones, ayunos y penitencias, como lo enseña el Redentor.

Otra vez tuvo un coloquio con el demonio sobre un público pecador, quien trataba con grandes veras de sacar de pecado, porque era gran lazo suyo. El demonio le apareció visiblemente y le amenazó con terribles tormentos, sino desistia de quitarle aquel alma, que era suya.

El siervo de Dios con más ánimo que él amenazas, le respondió: «Mucho me huelgo de que tengas tanto empeño en esta presa, que por esto mismo doblaré las diligencias para sacarla de tu poder, y verás cuán poco temo todas tus amenazas.»

De que corrido Satanás por verse tan despreciado, se fué sin atreverse á más; que los cobardes no tienen más fuerzas que la lengua, y en viéndose despreciados se coitan de temor.

Estando en Santarén en una mision en que se ocupaba con santo celo siempre que las ocupaciones le daban treguas, sintió su compañero gran ruido en su aposento, y que el siervo de Dios repetia muchas veces con agonia: *Jesus, Jesus*.

Estuvo atento, y vióle salir haciendo la cruz sobre sí, y repitiendo muchas veces los dulces nombres de Jesus y de María.

Se movió un vehemente torbellino, estando el cielo sereno, que abrió la puerta y ventana con extraña violencia.

El compañero temió, pero el P. Leon intrépido entró en su aposento y dijo á su compañero que no temiese, porque ya estaba vencida la causa de su temor, que era el maligno espíritu que los queria inquietar.

Luego cerró su puerta, y se recogió, y durmió con toda seguridad como á quien guardaba Dios.

Con estas y otras victorias fué admirable el señorío que cobró sobre los demonios, á quien no temia más que si fueran unos perrillos sin fuerzas ni poder para hacer mal, ántes parecia que los demonios le temian á él.

Con la experiencia de esto le traian de varias partes los endemoniados, y los curaba y lanzaba los malos espíritus que los atormentaban.

Un estudiante padecia grande guerra del demonio, porque, en apagando la luz, como espíritu de tinieblas, venia sobre él y le maltrataba dándole muchos golpes, y haciéndole otras injurias y espantos temerosos.

Trajéronle al P. Leon, el cual le dió buenos consejos para defenderse de él.

Hizo con el Padre una confesion general, y dióle otros buenos medios para su seguridad.

Pero el maligno espíritu no se dió por vencido; y así, la noche siguiente, estando solo, le apagó la luz, y luego descargó sobre él una lluvia de golpes y bofetadas, arrojándole y maltratándole con grande crueldad.

Avisaron al P. Leon de lo que pasaba; fué con presteza, y asió del estudiante, como quien le quitaba la presa de las manos; conjuró al demonio, mandándole que le dejase y no le atormentase más.

Al punto huyó el mal espíritu, dejándole totalmente libre, y nunca más le atormentó. Y como este caso pudiéramos referir otros muchos, que dejo por brevedad.

VIII

De su fervorosa caridad para con todos.

Esta virtud parece que fué en este siervo de Dios su primero y principal blason; porque, como su corazon estaba tan abrasado en el amor de Dios, al mismo paso ardia en llamas de caridad con sus prójimos, así para socorrerlos y ayudarlos en las necesidades espirituales que tocaban á su salvacion, como en las corporales que se enderezaban á su consuelo y salud.

Y, comenzando de las primeras como las más principales, ardia en un santo celo de la salvacion de las almas, sin dejar piedra por mover, para tracr-

las á Dios, ya por sí mismo, confesando y predicando, leyendo y enseñando la doctrina cristiana, así en público como en pláticas particulares, que siempre eran de Dios; ya por sus súbditos, enviándolos á predicar á varias partes, como Cristo á sus discípulos.

Cuando fué Provincial, envió un crecido número de obreros á las Indias y á tierra de idólatras, para que los convirtiesen á la fe; de los cuales muchos padecieron glorioso martirio, muriendo en ellos el mismo P. Leon con el deseo y la voluntad.

Y cuando fué Superior, era el primero en el confesonario, y en acudir á los enfermos, y en todos los ministerios con los prójimos.

El tiempo que siguió la corte como confesor del infante Cardenal D. Enrique, y el tiempo que fué rey de Portugal, confesaba con el mismo gusto y asistencia á los pobres y esclavos que al mismo rey.

Cuando podia, se hurtaba de la corte y salia á predicar á los pueblos, y hacer misiones con igual fruto de las almas y edificacion de los pueblos, viendo á un varon tan grave y tan estimado del rey y de toda su corte tocando una campanilla por las calles, y juntando la gente pobre y los niños para enseñarles la doctrina, y todo el dia por mañana y tarde asistir en el confesonario; que por estas acciones no pierden, sino ganan autoridad y crédito los varones más graves.

A este linaje de caridad y de celo de las almas pertenece lo que le sucedió con dos caballeros que salieron desafiados al campo.

Eran conocidos suyos, y sabia el pundonor de ambos y la dificultad que habria en componerlos, y, para vencerla, tomó un ardid digno de su estremada caridad.

Vistióse una túnica ó sotana vieja de las que usamos para salir con disciplina pública, que cubre el pecho y lo anterior, y deja descubiertas las espaldas; cubrióse con su manto, y fué con toda presteza á buscar los desafiados.

Llegó á coyuntura que, desenvainadas las espadas, comenzaban su batalla: arroja el manto, y con una gruesa disciplina en la mano lánzase en medio de los dos, azotándose rigurosísimamente, y pidiéndoles por la Pasion de Cristo que cesen de la batalla.

Quedaron los dos atónitos con aquel espectáculo, y arrojáronse á sus piés pidiéndole que cesase de su penitencia y ellos cesarian de su riña.

Así lo hizo, levantándose del suelo, y abrazando, y concordando á los enmistados, los cuales le dijeron con verdad: «Más valiente ha sido el P. Leon que los dos, pues nos ha rendido á ambos; pero no es mucho que nos diese guerreando con armas desiguales; nosotros con las de acero y el

dre con las del fuego de la caridad, que son mayores y más fuertes y eficaces.

Con esto, volvieron á la ciudad, amigos los enemistados, y el P. Leon victorioso y triunfante.

Vengamos ahora á la otra parte de la caridad con los prójimos en las necesidades corporales, que no fué menor en este siervo de Dios, que en las espirituales.

Algo dijimos arriba de la que usaba con los enfermos y huéspedes, esmerándose en servirlos y regalarlos cuanto sufria el porte de la Religion.

El mismo les lavaba los piés, y les rogaba que se detuviesen en su colegio; y no tenia mejor dia que cuando venian muchos huéspedes con quien ejercitar su caridad.

Siendo Rector del colegio de Braga, aportaron á Galicia una tropa de la Compañía, robados de los Rocheleses piratas en el viaje del Brasil, y pobres y desnudos los echaron en tierra.

Vinieron á Braga como á colegio más cercano, y no hay palabras con que decir la caridad, el amor y la ternura con que el caritativo Rector los recibió, con más cariño que si fuera su propio padre, consolándolos, abrigándolos y regalándolos.

Luego hizo buscar paño y los vistió á todos, no permitiendo que se pudiese á costa de la provincia del Brasil, á quien pertenecía este gasto, por no menoscabar la fineza de su caridad.

Túvolos muchos dias reparándose del viaje y malos tratamientos pasados, y con toda la comodidad que pudo los encaminó á su provincia, disponiendo su viaje.

Siempre tomaba para sí lo peor para acomodar mejor á sus Hermanos, y no pocas veces con riesgo de su salud, como se verá por el ejemplo siguiente:

Siendo viejo le mudaron de Evora á Lisboa en tiempo de invierno: diéronle á un Hermano enfermo por compañero.

Llegaron á una posada donde no hallaron cama: dolorido el caritativo Padre, no de su falta, sino de su compañero, le hizo un lecho de sus vestidos, quedándose medio desnudo, sin más cama que el suelo en tiempo de tanto hielo.

Mas, como el buen Hermano por su flaqueza tuviese helados los piés, no habiendo con qué calentarlos, dió una traza para repararle del frio el ingenio de la caridad del Padre, y fué desnudar su pecho y tomar los piés del Hermano yertos y helados, y aplicárselos á sí mismo, para darles calor del poco que al santo anciano le quedaba.

De esta manera estuvo buena parte de la noche recibiendo el frio de los

piés del compañero, y dándole del calor de su pecho, hasta que se reparó de aquel accidente, el cual tomó sobre sí mismo con el frío que recibió.

Pero el fuego de su encendida caridad dió calor para todo: que quien la tiene con su prójimo, como este siervo de Dios, sabrá tomar los males ajenos á costa de la salud propia, y Dios se la aumentará por la que diere á su prójimo.

De este celo de caridad nació el que tuvo de conservar la paz y concordia en la Compañía de unos con otros, y de excusar pleitos con los seglares cuanto fuese posible.

Y, aunque de suyo era manso y benigno y trataba á todos con blandura; pero, en reconociendo falta de caridad en alguno ó linaje de disension, era verdaderamente leon, y como tal se oponia á esta falta, y luchaba con ella hasta vencerla, y desterrar la discordia y dejar á todos en verdadera caridad; y solia decir que no era ménos oficio del Prelado ejercitar con los súbditos esta virtud, que gobernar.

No olvidemos la caridad que ejercitó con los pobres, de los cuales fué verdadero Padre, reparando y remediando cuanto pudo sus necesidades.

Dolíase mucho de su miseria, y, siendo Superior, les daba largas limosnas, sin recelo de que por esto empobreciese el colegio; que no permite Dios empobrecer á alguno por la limosna que da, pues tiene prometido que retribuirá ciento por uno.

Veinte y cuatro años fué confesor del infante y rey D. Enrique, y en todo este tiempo no se halla que le pidiese cosa alguna para sí ni para sus parientes, siendo de la primera nobleza del reino y pudiendo con facilidad acomodarlos en los mayores cargos de la monarquía.

Pero el que era tan despegado con los de su sangre, fué tan caritativo y tan solícito para con los pobres, que no cesaba de pedirle por ellos.

El príncipe, como tan piadoso, le oía de buena gana y le daba gruesas limosnas, que les repartía con admirable caridad, casando huérfanas, remediando viudas, reedificando monasterios, levantando templos, redimiendo cautivos y libertando encarcelados.

Y, recibiendo tanto para otros, jamás pudo el príncipe recabar que recibiese para sí algo de lo mucho que le ofreció, por no menoscabar la pobreza tan exacta que siempre profesó, en tanto grado, que teniendo algunas veces su palacio muy léjos de S. Roque adonde el Padre moraba, nunca quiso admitir coche ni otra cosa en que ir á confesarle.

Siempre fué á pié y como mendigo, aunque estuviese distante una legua de camino, como tal vez aconteció.

Hízole Calificador del Consejo de la Inquisicion, y no lo quiso admitir ha-

se aseguraron los Superiores que no era de las dignidades prohibidas nacio nuestro Padre, ni escalon para subir á ser Inquisidor, sino más de cargo para servir al Santo Oficio en cosas del servicio de Dios. Esta seguridad lo admitió, y, cuando salia en los autos generales, no se con los Calificadores, sino entre los reos, ayudando á alguno de los s que habian de morir, así para excusar aquella honra, como para en aquel tiempo un acto tan heróico de humildad y caridad.

IX

*ele Provincial S. Francisco de Borja, va á Roma á la tercera
Congregacion General y lo que en ella obró.*

inde crédito y opinion, así de santidad como de prudencia que ganó on, obligó á S. Francisco de Borja á darle cargo de Provincial de su a de Portugal.

que el humilde Padre deseó no admitirle por juzgarse indigno de él, rior le obligó á que le tomase, y así se encargó de la provincia, la erno con tal acierto y satisfaccion de todos, que le prolongó el ofi- anto General por siete años, siendo tres el término ordinario.

emplo que dió en este gobierno pedia más larga escritura que esta lacion.

lmitió Hermano compañero que le sirviese ni coche para visitar la a, sino los arrieros que iban de una parte á otra, con los cuales se iba para que le llevasen y á su Secretario, pasando el trabajo y la lidad que se puede pensar con tal caballería y tales compañeros.

atalotaje que llevaba era la confianza en Dios, y entónces estaba stoso cuando pasaba más incomodidad, por tener más que padecer s.

l fervorosísimas pláticas en los colegios, y la más eficaz era su vida r.

la grandemente la observancia de las reglas, y daba buenas peniten- cualquier falta de ellas, y encargaba mucho en las pláticas seguir nidad, por lo cual jamás permitió que se le pusiese cosa extraordi- la mesa, que no se diese á los demás.

endo una plática la noche de Navidad en el colegio de Coimbra, fué ocion que causó en todos y la ternura de su corazon, que anegado ar de lágrimas, enmudeció la lengua sin poder pasar adelante, y llo-

rando con él todos, estuvieron un gran rato, supliendo por las palabras las lágrimas.

Con este remate dió fin á la plática con más fruto que si hubiera prosiguído con abundancia de razones y retórica muy limada.

Acabado el oficio de Provincial, volvió á Evora á asistir y confesar al Cardenal infante. Allí le cogió la nueva de la muerte de S. Francisco de Borja, y la Congregacion provincial, en la cual fué electo para ir á Roma á la nueva eleccion del General.

Aunque el Cardenal infante sintió la ausencia suya, sobreseyó en su jornada, por no alterar la determinacion de aquella Congregacion.

Y para que el P. Enriquez fuese con toda autoridad, le dió cartas de recomendacion para el Papa, que á la sazón era Gregorio XIII, y para el rey D. Felipe II, pidiéndole que le acreditase con su embajador, y para otros Cardenales.

El rey D. Sebastian le dió las suyas, de las cuales usó conforme refiere el P. Francisco Sachino en la cuarta parte de la *Historia de la Compañía* como diremos aquí.

Treinta y dos años tenia de edad la Compañía, dilatada por todas las naciones del mundo con gloriosos principios.

Todo este tiempo la habian gobernado españoles que la fundaron, y propagaron en varias partes, y no sólo habian sido Generales sino Provinciales, Comisarios, Visitadores, Asistentes y Rectores de la mayor parte de ella.

Y, aunque su gobierno fué acertado y conforme á la mente de S. Ignacio, sucedió lo que en la primitiva Iglesia, sobre quien vino el Espíritu Santo, que habiéndose congregado de varias naciones, y teniendo los hebreos, como fundadores y primeras piedras de ella, su gobierno, mostraron sentimiento las demás naciones, y, en particular los griegos, de verse excluidos del gobierno; y para atajar esta queja, les dieron parte á todos.

Así pareció á muchas naciones que estaban en la Compañía, que era conveniente y justo que entrasen en el gobierno y que no la rigiesen solos españoles.

Esta voz llegó á Portugal, y el P. Leon Enriquez tomó consejo con los ancianos de su provincia, y de comun acuerdo decretaron que se pusiese esfuerzo en que no saliese esta vez General español, por no excluir sólomente alguno en particular, que tenia la comun voz; y, para salir con este intento (que juzgó ser del servicio de Dios) sacó cartas de los tres príncipes dichos, en que lo pedian á Su Santidad.

Partió con ellas á Roma, y confirmóse más en su opinion, hallando á muchos de Italia y Francia tenidos del mismo dictámen.

El Pontífice le hizo tanto favor, que dió orden á sus porteros para que le anqueasen la entrada siempre que quisiese entrar; y, como traia este intento, habló sobre él al Pontífice é inclinóle á su parecer con las razones que le dió, guardando siempre el decoro que debia á la nacion española.

Y así, cuando el P. Juan Polanco, que era Vicario General, pidió al Pontífice con otros Padres la bendicion para la Congregacion, les dijo que por aquella vez estimaria que no fuese el General español, para que entrasen las demás naciones á gobernar tambien.

Entendida la mente del Pontífice, se comenzó la Congregacion.

Para asegurar su intento, el P. Enriquez, tres dias antes de la eleccion del General, envió con un propio á Frascati (adonde estaba el Papa) las cartas de los reyes de España y Portugal con la del Cardenal infante que habia guardado de industria, las cuales leidas por el Pontífice, se resolvió firmemente que no fuese español el General.

Así lo intimó á la Congregacion por medio del Cardenal, como su Secretario, á quien respondió el P. Polanco en nombre de todos, como Presidente de la Congregacion, que obedecian al mandato de Su Santidad; y en cuanto á la ejecucion, suplicaban ser oidos de su Beatitud, con que se dilató por entónces la eleccion del General.

No se puede fácilmente decir la turbacion y sentimiento que causó en toda aquella santa Congregacion tan inaudita novedad, y las lágrimas que muchos derramaron por verse atadas las manos y sin la libertad conveniente para elegir la persona que juzgasen más conveniente para aquella dignidad, y abrir juntamente una puerta en la Compañía á la ambicion del Generalato por medio de los príncipes seculares, y otros muchos inconvenientes que traia consigo esta novedad.

Viendo, pues, el P. Leon la turbacion y sentimiento universal, conoció el yerro que habia hecho, aunque con buena intencion; que tal vez permite Dios errar á los suyos para su humillacion.

Y, levantándose de su asiento, se postró en medio de la Congregacion, y con más lágrimas que palabras, lleno de humildad y contricion, confesó llamadamente su culpa, y que él habia sido la causa de aquel decreto, grangeado por medio de las cartas que habia traído de los príncipes para Su Santidad, juzgando que acertaba en ello; pero que ahora reconocia su yerro, y confesaba su culpa, y pedia penitencia por ella á toda la Congregacion, y se ofrecia á recabar del Pontífice la revocacion de aquel mandato.

Mucho edificó á la Congregacion la humildad del siervo de Dios, y, admitiendo su oferta, le dieron cuatro Padres acompañados, y ninguno español, en los cuales habló al Pontífice en nombre de todos, y le dijo:

«Santísimo Padre, toda la Congregacion suplica á V. Beatitud, postrado á sus piés, que sea servido de sobreseer en el mandato que les ha enviado, y dejarles libres para elcgir de cualquiera nacion el que juzgaren más conveniente para su General, porque sin esta libertad no se tendrá por bien electo, y más por intruso á fuerza de favor, que por legítimo General; ni será bien recibido, ni amado, ni obedecido como conviene, y es contra el órden que nos dejó nuestro Santo Fundador, y se abre una puerta á la ambicion, y un ejemplar de grandísimo inconveniente á toda la posteridad.

Y, si á V. Santidad le mueven las cartas que le remití de los Reyes Católicos, yo sé certísimamente que no ha sido su intencion alterar en cosa alguna el gobierno de la Compañía, ni violentar su eleccion.»

Oidas estas razones por el Pontífice, concedió lo que se le pedia, añadiendo que estimaria que, por aquella vez, no fuese la eleccion en español.

Los Padres, como tan obedientes, obedecieron á la señal de su voluntad, y eligieron de primero escrutinio al P. Everardo Mercuriano, flamenco de nacion, Provincial que habia sido, y Asistente actual, persona de tales prendas, cuales pedia aquella dignidad.

El P. Leon instó, como tan humilde, en pedir penitencia de su yerro; y aunque él la pedia bien grave, y, entre otras cosas, dos años de servir en la cocina; por consolarle se le concedieron seis meses, los cuales cumplió vistiéndose una sotana parda, en llegando á Portugal.

Despues estuvo otros tres por una resistencia que hizo á la ejecucion de un órden del General, con tanto consuelo suyo, como ejemplo y edificacion de los demás.

X

En que se refiere lo restante de su vida hasta su santa muerte.

En Portugal fué recibido con la caridad y amor que de padre tan amado y benemérito se deja entender, y en particular del rey y del Cardenal infante, á quien asistió en Evora y despues en Lisboa, siendo rey, por la infelice muerte del rey D. Sebastian.

Duróle la corona dos años, y falleció el de mil y quinientos y ochenta, cuya muerte vinieron grandes trabajos á Portugal.

El buen P. Leon Enriquez, cansado de la córte y deseoso de quietud y de entregarse todo á la oracion y devocion, alcanzó licencia para irse á Braga sesenta leguas de Lisboa; pero, estando en aquel colegio, no le dejaron descansar, mandándole que se encargase de él.

La fundacion era nueva, y el colegio estaba á los principios, y el santo **an-**
iano hacia papel de Rector, de predicador, de lector, de operario y desper-
ador, y no pocas veces de portero, sacristan, y otras de albañil y trabajador,
levando piedra, cal, arena y madera para el edificio.

Este descanso halló en su vejez el confesor del rey, el calificador del Con-
sejo, el maestro de Teología, el Rector de Evora y Coimbra y el Provincial
siete años de todo Portugal.

Era incansable en el trabajo, y Dios le daba las fuerzas que le negaba
su edad. Hubo dia que predicó tres sermones, y juntamente asistió á las con-
fesiones, y no pocas veces, despues de haber suplido el aula de mínimos ó
menores, salia á confesar los enfermos que tenian necesidades

Era tan dado á este ejercicio, que, siendo Provincial, le acontecia, en lle-
gando á algun colegio, ir sin quitarse el manteo á la portería ó á la iglesia á
buscar á los que querian confesar.

Lo mismo hacia en las ventas y mesones, contándoles muchos ejemplos
en utilidad de la confesion, y enseñándolos y disponiéndolos para que se
confesasen bien; que este santo Sacramento pide gran preparacion y verda-
dere dolor y propósito de no pecar.

Bien quisiera el siervo de Dios, concluido el rectorado, quedarse en aquel
rincon olvidado de los hombres, para darse todo á Dios; pero no pareció á
los Superiores privarse de su consejo, ni á la córte de su presencia, adonde
podia ser de mucha importancia su asistencia y autoridad, y así, le llamaron
á Lisboa, adonde vino el obediente Padre á dar fin á los trabajos y remate
á su santa vida.

Era de sesenta años á esta sazón, nevado de canas, fatigado de achaques,
disminuido de fuerzas, flaco en la carne, pero robusto en el espíritu, y así,
tomó el oficio de operario de la Casa Profesa, como si entónces comenzara
en su florida edad.

Asentó confesonario de hombres y mujeres; encargóse del hospital, adon-
de se curan muchos pobres; visitaba las cárceles, y acudia á los enfermos,
haciendo á todas manos con admirable caridad.

Y porque en aquella córte hay comercio con Francia y otras naciones que
navegan por la mar y vienen á comerciar, para poder acudir á todos, refres-
có la memoria de la lengua francesa, que cuando mozo y seglar aprendió
en París.

Buscó para esto vocabulario francés y maestro que le enseñase, hacién-
dose discípulo de los mismos á quien enseñaba el camino de la verdad: que
á este término llegó la grandeza de su espíritu y el celo santo de aprove-
char á las almas y reducirlas á su Criador.

Ni por ocuparse en esto olvidó el estudio de su mortificación, venciendo á los novicios en su fervor, no sólo en las mortificaciones dentro de casa, sino en las que salían fuera; que nunca parece, que satisfacía su sed de ganarse merecimientos para el cielo, sirviendo de continuo en los oficios más humildes.

Hizo tan repetidas instancias para que le hiciesen portero, que, por consolarle, permitieron que fuese su ayudante y que supliese sus ausencias.

Era cosa que admiraba ver á un varón tan venerable y por tantos títulos estimado en la corte, ir y volver con recaudos al Superior, y servir á todos los que llegaban á la portería como si fuera su criado, respondiéndolos y agasajándolos con mucha cortesía y caridad.

Ejercitándose en estos santos ejercicios, vinieron de la cárcel á pedir un confesor para un pobre francés que estaba muy enfermo de un pestilencial tabardillo, y cerca de morir.

Partió al punto el caritativo Padre; con el alborozo y presteza con que parten los cazadores cuando ven la presa que buscan; así este codicioso cazador de almas se abalanzó á la de aquel pobre francés.

Sin reparar en el riesgo de su vida, se llegó á él como si estuviera sano, y le consoló y confesó con mucho espacio, y tanto le asistió, que se le pegó la enfermedad, y, habiendo salido sano, volvió herido de su contagio á la casa de S. Roque, adonde al segundo día le desahuciaron los médicos.

Avisáronle de su peligro, y recibió esta nueva con igual alegría y devoción.

Preparóse luego recibiendo los santos Sacramentos de la Iglesia, y, acercándose su hora, pidió que le dejaran solo; y no lo estuvo quien estaba acompañado de Dios, con quien hizo ternísimos coloquios, que oían los que le velaban á la puerta de su aposento.

Y, sintiendo que cesaba, entraron, y llegándose su hora, se juntó la Comunidad, y le dijeron la recomendación del alma, y, hablando con Dios, espiró y fué á recibir el premio de su santa vida á los descansos eternos á ocho de abril de mil y quinientos y ochenta y nueve años, teniendo setenta y cuatro de edad, y cincuenta y tres de Compañía, y muchos de merecimientos que gozará eternamente en la ciudad santa de Sion.

Sabida su muerte, se convocó toda la corte á venerar su cuerpo como de hombre santo, y hallarse en su entierro, á que vino el Obispo, y el Clero, y las Religiones, y la Inquisición en forma de tribunal, y toda la nobleza de aquella corte, pidiendo cada uno alguna cosa de sus pobres alhajas por reliquia como de hombre santo.

Los que más se mostraron fueron los pobres y la gente popular que

confesaban con él, los cuales cuando salió en el ataúd á la iglesia, levantaron el clamor viendo eclipsado el sol de su consuelo en el ocaso de su muerte.

Con una envidia santa corrieron á portía á tomar algo de sus reliquias, á besarle los piés y las manos y á tocar los rosarios y coronas, con tanto ímpetu, que fué necesario defenderle para poder enterrarlo, como se hizo en aquel suntuoso templo, que mereció ser depósito de sus reliquias.

Su vida se toca en las cuatro primeras partes de la *Historia de la Compañía*, y la trae más en forma y cumplida el P. Baltasar Tellez en la *Coronica de la Provincia de Portugal*.

P. ANDRADE.

P. FERNANDO PEREZ

DOS señalados varones no ménos en virtud que en letras trajo Dios á la Compañía para piedras fundamentales de la sabiduría y enseñanza de la esclarecida Universidad de Évora, (que fué de las primeras que tuvo la Compañía, y lo ha sido siempre en la sabiduría y doctrina que tantos y tan esclarecidos maestros han enseñado en ella), que por haber sido los primeros y haberlos traído Dios á nuestra Religion por modo particular, los he querido poner aquí, así por el grande ejemplo de su vida como porque no borre el olvido la memoria de tan esclarecidos doctores de aquella escuela.

Llamáronse Fernando Perez y Pedro Pablo Ferrer; el primero natural de Córdoba y el segundo de Valencia, ambos discípulos del santo P. Maestro Juan de Avila, por cuya órden entraron en la Compañía con la ocasion que aquí diré:

Cuando el infante D. Enrique, Cardenal y Arzobispo de Évora, que murió rey de Portugal, fundó el colegio de la Compañía en aquella ciudad y en él la Universidad que hoy tiene, escribió al P. S. Francisco de Borja, á la sazón Comisario de toda la Compañía en España, pidiéndole personas de toda satisfaccion, así en letras como en discrecion, autoridad, prudencia y magisterio en enseñar, que fuesen las piedras fundamentales y los primeros maestros y doctores de su Universidad.

Como la Religion estaba muy á los principios y tenia pocos maestros, y

esos ocupados en las fundaciones que se iban haciendo y no las podian dejar, tomó por arbitrio escribir al santo P. Maestro Juan de Avila, y enviarle la carta del infante, y decirle el estado en que se hallaba, pidiéndole juntamente que, si de los muchos y buenos discípulos que tenia, entre los cuales habia personas doctas, se hallaban algunos tales que pudiesen llenar aquellos puestos á satisfaccion del infante, teniendo voluntad de hacer á Dios este servicio entrando en nuestra Religion, se los enviase para maestros de aquella Universidad.

Recibidas las cartas, el venerable y santo Maestro, habiendo hecho oracion sobre ello á imitacion de Cristo cuando escogió sus Apóstoles, con la luz que tuvo del cielo, escogió dos de sus discípulos doctores graduados, personas doctas, de vida muy ejemplar y conocidas virtudes, y, llámándolos aparte, les habló de esta manera:

«Cuando S. Juan Bautista predicaba en el mundo, en sabiendo que habia comenzado su predicacion Cristo, le remitió sus discípulos para mejorarlos de maestro y ellos fueron tan obedientes, que sin detenerles el amor que le tenian, fueron luego á la escuela del Salvador para ser sus discípulos, en que se mejoraron tanto, que de discípulos de Juan subieron á ser Apóstoles de Cristo.

»Este ejemplo nos dió el sagrado Bautista, y nos dieron sus santos discípulos para que todos le siguiésemos, y ahora se ofrece ocasion en que ponerle por obra.

»El V. P. Francisco de Borja, Comisario de la Compañía de Jesus, me pide dos personas graduadas que lean Teología en la Universidad que funda en Evora el infante Cardenal D. Enrique, y, habiéndolo consultado con Dios, he puesto los ojos en los dos, para esta obra tan del servicio suyo.

»El blanco de nuestras acciones es su mayor gloria y servicio, y juzgo, si no me engaño, que lo será este empleo en ambos á dos, entrando en esta sagrada Religion, que es la escuela de Cristo, adonde mejorareis de maestro y de ocupacion, subiendo de seglares á religiosos, y de discípulos de quien tan poco vale á quien vale tanto como el Superior de la Religion, que tiene el lugar de Cristo.»

Aquí dió fin á su discreto razonamiento el santo Maestro á sus discípulos, los cuales se pusieron en sus manos, y tomando su consejo ofrecieron su libertad, sus estudios y sus vidas al servicio de Dios.

Vinieron luego á S. Francisco de Borja, y, postrados á sus piés, le pidieron con toda humildad que los admitiese en la Compañía.

El Santo los levantó del suelo y los recibió con grande consuelo suyo, como Cristo á los discípulos de S. Juan, y como piedras que venian labradas

de tan primoroso Maestro, no necesitaron en la Religion de nuevo pulimento.

Así, se incorporaron en la Compañía como si se hubieran criado siempre en ella, y, novicios de un día, eran profesos de muchos años en la observancia, oracion, silencio, modestia, obediencia, mortificacion y penitencia, tan humildes y pobres, tan templados y fervorosos en todas las acciones religiosas, que eran el ejemplo de todos, y los que comenzaban á ser regidos podian gobernar la Religion; al fin como discípulos de tan grande Maestro.

Luego los envió S. Francisco de Borja á Evora, adonde fueron recibidos de la Compañía con grande contento, y agasajados y honrados del Cardenal infante con grande amor y con igual magnificencia, y dió la cátedra de Vísperas de Teología al P. Fernando Perez, y al P. Pedro Pablo la de Escritura.

Esta fué la vocacion de estos sabios doctores de nuestra Religion de la Compañía, no muy desemejante á la que tuvieron S. Andrés y S. Juan á la de Cristo.

Veamos ahora brevemente lo que obraron en ella el tiempo que les duró la vida y los ejemplos que nos dejaron, corriendo á una en el estudio de las letras y de las virtudes, enseñando igualmente á sus discípulos la santidad y la sabiduría.

Comenzando por el P. Fernando Perez que, como dijimos, fué natural de Córdoba, hijo de padres honrados, ricos de los bienes temporales y no ménos de los espirituales, porque fueron personas pías y ejemplares en su estado, y se conoció bien en la crianza de su hijo, á quien desde el pecho industriaron en virtud y en la devocion de nuestra Señora, la cual tuvo siempre tan entrañada en su alma, que daba testimonio de haberla mamado en la leche.

La beatísima Virgen le pagó el tierno amor que la tuvo, adoptándole por hijo y haciéndole muchos favores desde niño, entre los cuales se tuvo por milagroso el siguiente:

Siendo pequeño, y andando como tal con poca cautela por las riberas del rio Guadalquivir, cayó en su corriente, y en un momento le arrebató el agua y desapareció, invocando el tierno infante los nombres dulcísimos de Jesus y de María.

Los que le vieron caer dieron aviso á sus padres de la desgracia que habia sucedido á su hijo, los cuales vinieron con presteza á buscarle, no tanto vivo como difunto, para darle sepultura, porque cuando llegaron habia una hora que le habia sumido el agua, sin haber aparecido.

Mas llegando el padre al lugar adonde habia caido, se levantó el niño al pié de una junquera, adonde estaba ligado entre los juncos, teniéndole para que no se ahogase (como testificó despues) la Santísima Virgen Maria, cuyo favor invocó cuando le arrebató el rio.

Asióle su padre del brazo y sacóle bueno y sano con el gozo que se puede entender, así suyo como de su madre, pues ambos le lloraban difunto.

Dieron muchas gracias á Dios y á la Reina del cielo por la merced que les habia hecho, y él la tuvo tan en el corazon siempre, que nunca se olvidó de ella ni de hacerle gracias por este señalado beneficio, de que fué buen testigo la devocion fervorosa y tierna que siempre la tuvo.

Entre otros servicios que le hizo, fué el voto de defender su purísima Concepcion sin pecado original, desde sus primeros estudios, sin tener ejemplo de alguno que le hubiese hecho, siendo el primero que le hizo, á quien en estos tiempos han seguido muchos, y el P. Fernando Perez leyó siempre esta verdad cuando fué maestro, y la apoyó con doctísimos escritos.

Con la edad corrieron parejas en su alma la virtud y sabiduría, creciendo en ambas con los años delante de Dios y de los hombres.

Fué devoto, bien inclinado y recogido. tan honesto en sus acciones y palabras, y tan recatado todos los dias de su vida, que testificaron sus confesores que nunca amancilló su pureza con obra ni pensamiento lascivo, que fué otro singular favor que recibió de la santísima Virgen.

Con su ingenio descollaba entre todos sus condiscípulos, y con su buen ejemplo les atraia á las virtudes, dando muestras desde luego de lo que habia de ser despues, y que era escogido de la mano del Señor para grandes empleos de su servicio.

Estando en el fervor de sus estudios, llegó á Córdoba el nuevo Apóstol de Andalucía, el santo P. Maestro Juan de Avila, tan insigne en santidad como célebre por su predicacion, la cual frecuentó nuestro Fernando con grande usura de su alma porque, como estaba tan dispuesta, imprimíansele sus palabras como el sello en cera tierna.

Recogia sus consejos, abrazaba su doctrina, rumiaba sus buenas razones y salia tan inflamado de sus sermones, que ni queria ni pensaba en otra cosa que en el desprecio del mundo y de sí mismo, y en el aprecio de las cosas del cielo, y en el servicio de Dios, y en lo que era gloria suya.

Viendo que muchas personas de prendas se alistaban por sus discipulos y como tales le seguian, asentó plaza en su escuela y se hizo su discípulo con tanto gusto de sus padres, que aún vivian, como de su santo Maestro, reconociendo los buenos talentos de que Dios le habia dotado, así de blando natural y buena inclinacion como de ingenio y habilidad para sabiduría.

Por consejo suyo estudió la Teología y se graduó de doctor, y se ejercitó en ordenarse en la predicacion con mucho provecho de los pueblos.

A esta sazón llegaron las cartas de S. Francisco de Borja, en que pedia dos catedráticos para Evora, y el santo P. Juan de Avila le señaló para ser uno

de ellos, aconsejándole que hiciese sacrificio de sí á Dios en la Compañía.

El siervo de Dios obedeció con todo rendimiento á sus consejos, y sin replicar ni resistir á ellos, abajó la cerviz al yugo de la Religion, y de predicador y maestro se hizo novicio y discípulo en lo mejor de su edad, dando de mano á las dignidades y rentas que pudiera tener por sus méritos, y haciéndose pobre por Cristo con no poco sentimiento de sus padres, viendo que los dejaba cuando más necesitaban de su alivio, y cuando los habia de honrar con sus lucidos talentos.

Pero el siervo de Dios lo pisó todo por abrazar la cruz de Cristo y servirle desnudo en la Compañía sin interes alguno.

En Évora leyó algunos años la cátedra de Vísperas de Teología con tanto crédito y aceptacion, que el Cardenal infante se dió por obligado á escribir á S. Francisco de Borja las gracias de haberle dado tal maestro para su Universidad.

Luego le hizo catedrático de Prima, y su agudeza en argüir y magisterio en enseñar junto con la claridad y erudicion fué tal, que en poco tiempo voló su opinion por todo el reino de Portugal.

A la fama del insigne maestro vinieron de todas partes muchos aventajados ingenios á ser discípulos suyos, con que en breve tiempo se pobló aquella nueva Universidad, y compitió en número, lustre y buenos estudiantes con las mejores de España, con el gozo que se puede creer de su esclarecido fundador, viendo tan bien logrados sus deseos.

Y aunque en todas materias se ostentó muy crudito, en las resoluciones morales parecia que se excedia á si mismo, desenmarañando conciencias, declarando y resolviendo con admirable claridad y facilidad casos difíciles é intrincados, con tal satisfaccion de todos, que de muchas partes era consultado de las personas más doctas que se conocian en el reino.

A todos respondia con grande satisfaccion; y llegó á tanto su opinion, que algunos afirmaron que tenia ciencia infusa en las materias morales.

En viendo su firma, ninguno se atrevia á contradecir su parecer por docto que fuese, venerándole y aceptándole todos con tanta fe y seguridad, como si fuera decision de algun Concilio.

Tal era el crédito que habia ganado con sus letras, prudencia y santidad; por lo cual no se hacia en el reino cosa de importancia, en que así los reyes y gobernadores, como los consejos y cabildos eclesiásticos y seglares, no tomasen primero su parecer para regirse por él.

Las universidades andaban á porfía pretendiendo tenerle por maestro, y, para satisfacer á sus descos, se dió orden que leyese unos años en Évora y otros en Coimbra.

En ambas universidades leyó la cátedra de Prima de Teología por espacio de cuarenta años con la estimacion que hemos dicho.

Dió gran realce á las letras de aquel reino, sacando insignes discípulos que fueron los catedráticos y maestros que con la luz de su doctrina enseñaron a muchos y desterraron las ignorancias con la luz de su sabiduría, siendo la fuente de la ciencia el P. Dr. Fernando Perez como primero maestro de ella.

Pero oyendo esta verdad, se ofrece al entendimiento una duda: ¿Cómo siendo varon tan docto, y su doctrina tan sólida y segura y tan recibida de todos, no la dió á la estampa y sacó algunos libros para perpetuar su doctrina y hacer con ella fruto en los siglos venideros, como le hizo en los que vivió, como lo han hecho otros muchos de menor crédito y caudal?

A lo cual se responde que tuvo la culpa, si la hubo, su profunda humildad, la cual corrió parejas con su sabiduría, y en parte se adelantó á ella; porque siendo tan sabio, fué tan humilde, que nunca pensó cosa grande de sí, ántes con toda sinceridad y verdad se tenia por ignorante, necio, rudo, tosco y desacertado en cuanto hacia, si no le regia otro que supiese más, y así, decia que era un jumento sin saber y sin prudencia.

Si alguno le alababa, se corria y le salian los colores al rostro, nacidos del bajo sentimiento que tenia de sí mismo, con una candidez y pureza virginal, virtud verdaderamente grande y ensalzada por rara y milagrosa de S. Ambrosio y S. Bernardo, que en un mismo entendimiento se hallen juntos con toda verdad tan alto caudal de ciencia y tan bajo concepto de sí mismo, que se juzgue por más ignorante que los brutos; y cuando todos los hombres le ensalzan hasta el cielo, él se humilla hasta el profundo del abismo; bien diferente de lo que sucedió á los ángeles que cayeron, que con ser ángeles se envanecieron de su ciencia, y de lo que sucede comunmente á los hombres, que, como dice S. Pablo, se hinchan con la ciencia, y los que ménos saben, suelen ser los más soberbios y caen por su presuncion en intolerables yerros.

Nuestro sabio doctor venció á los hombres y á los ángeles en la humildad y desprecio de sí mismo, del cual le nació huir siempre el trato de las personas grandes que le buscaban para consultarle, y afectar el trato con los humildes y pequeños.

Huia de ser conocido de los reyes y no queria que le nombrasen delante de ellos.

Nunca arrostró á ser Superior, y, aunque algunas veces le hicieron Rector por fuerza, no lo parecia en su trato, sino siervo y criado de todos, segun se humillaba y los servia en los oficios domésticos.

Servia en la cocina y en el refectorio á los oficiales, y en la enfermeria a

los enfermeros y enfermos; barria, y fregraba, y limpiaba los vasos humildes, de que es buen testigo el caso siguiente:

Estudiando un dia en nuestra librería del colegio de Évora, entró en ella, como otras veces solia, el rey D. Sebastian.

El humilde Padre se encogió y retiró á un rincon para salirse afuera, pero no pudo porque le detuvo el rey, y le preguntó qué ocupacion tenia en el colegio: respondió que acudia á la cocina, como era la verdad. «¿Y en qué os ocupais?» replicó el rey. «En barrer y fregar,» respondió el Padre. Y el rey añadió: «¿Y no teneis otro oficio ni ocupacion en esta casa?» Aquí se turbó el humilde Padre, y con mucho encogimiento dijo: «Tambien, señor, acudo á la aula de Teología cuando me lo mandan.»

Y como el rey era bien entendido, conoció que era el maestro de quien tenia grandes noticias, y quedó tan edificado de su humildad, cuanto era grande el concepto que tenia de su sabiduría, y en adelante le estimó mucho más; que se gana por la humildad tanta honra y estimacion, como se pierde por la soberbia.

De que estuvo tan léjos este humilde sabio que se hacia discípulo de sus discípulos, consultándolos en muchas materias, y en especial en las del espíritu.

Cuando hacia ejercicios segun el uso de la Compañía, acudia al Prefecto de espíritu para que le platicase las meditaciones, y le enderezase, y enseñase, dándole cuenta de su conciencia como si fuera un novicio.

De las demás virtudes de este sabio varon pudiéramos decir mucho, porque fué sabio y prudente como la serpiente; cándido y puro como la paloma; devoto y afable para con todos, sin que hubiese jamás quien se quejase de él; tan caritativo y liberal para con los menesterosos, que pudo decir con Job, que nació con él la misericordia.

Desde niño la tuvo con los pobres, dándoles su merienda y lo que podia de su casa, y tal vez no teniendo qué darles y pidiéndole limosna un pobre desarrapado, le dió su capa para que se remediase, y él se fué en cuerpo á su casa.

Esta piedad creció de manera en su corazon que, siendo Superior, nunca permitió que despidiesen á ningun pobre sin limosna, y él se quitaba con gusto el bocado de la boca para dárselo, y Dios parece que le aumentaba los bienes al paso que los repartia á los pobres, como se vió en el caso siguiente.

Siendo Rector del colegio de Coimbra el año de 1575, hubo una grande hambre en aquella parte de Portugal que está entre Duero y Mino, que si bien es la más fértil, entónces fué la más estéril.

Compelidos de la necesidad bajaron enjambres de pobres á Coimbra á buscar remedio, y halláronle en las piadosas entrañas del santo Rector.

Dió orden á los oficiales del colegio que tuviesen á todas horas en la portería pan y carne para socorrer á los pobres, sin permitir que faltase a sólo uno.

Doce fanegas de pan cocido repartia cada semana, y algunas más, conforme el número de los pobres; y cuando algunos le iban á la mano, diciendo que faltaria para los de casa, respondia que no le quitasen su tesoro.

Y dijo verdad á todos visos, no sólo por el que acaudaló en el cielo, sino tambien por el que le dió nuestro Señor en la tierra, multiplicando milagrosamente el trigo en los alholíes del colegio, los cuales se hallaron llenos despues de haber sacado gran suma de cahíces para los pobres.

El año siguiente dieron las heredades y tierras de la casa cuatro doblada cosecha que solian, cumpliendo Dios su promesa, que toma á logro lo que se da á sus pobres, y lo retorna con tantas creces cuanta es la confianza y liberalidad del que hace la limosna, como sucedió á este caritativo Padre.

Ocupado, pues, en estas santas obras, llegó el año de 1595, en que cumplió los setenta de su edad y en que tenia Dios determinado llevarle á su descanso, á darle el premio de sus merecimientos.

Estando en el colegio de Coimbra, le dió una recia enfermedad que tuvo por paraninfo y precursor de su muerte, y así, se preparó para ella con una confesion general y con los santos Sacramentos de la Iglesia, que recibió con gran devocion.

Cuando le trajeron el sagrado Viático, aunque estaba muy flaco y sin fuerzas, las recobró con la grandeza de su espíritu, y se hincó de rodillas para adorarle y recibirle, y con voz grande dijo: «¡Ah mi Dios! ¡Ah mi Dios del cielo! ¡Ah mi gloria mia! ¿Vos habeis de entrar en casa de quien está para entrar en la sepultura?»

Y derritiéndose en lágrimas de ternura y devocion, le atajó las palabras el raudal que bajaba de sus ojos.

Así estuvo un rato suspenso careándose con su Dios, hasta que, dando lugar el devoto sentimiento, recibió en su pecho á aquel Señor que dentro de breve tiempo le habia de recibir en su cielo.

Despues de recibida la Extremauncion, estando en los últimos alientos la vida, cercado de sus discípulos y de los religiosos que habia criado en Compañía, despidiéndose de ellos, les leyó la última leccion, y no la menos importante, de la materia de caridad, bien semejante á la que leyó S. Juan Evangelista á los suyos á la partida de este mundo, casi con las mismas palabras que fueron las siguientes:

«Padres y Hermanos míos muy amados en Cristo, muero consoladísimo en la Compañía de Jesus.

«Ninguna otra cosa os encomiendo en esta hora, sino la caridad; amaos unos á otros.

«Con la caridad aseguraréis el beneficio de la vocacion en la Compañía; con la caridad creceréis en la perfeccion; en la caridad tendreis señal cierta de vuestra salvacion.

«Haya, mis carísimos hermanos, entre vosotros caridad, y esto os basta.

Aquí dió fin su razonamiento, derramando todos ternísimas lágrimas de sentimiento por la pérdida de tan santo Padre, el cual se recogió con Dios, y con devotísimos coloquios, llamándole y ofreciéndole su alma, la dió en sus manos con la paz y tranquilidad que habia vivido, el cuarto día de febrero de 1595, habiendo cumplido los setenta de edad, como dijimos, y gastádolos todos en vida religiosa los de su juventud en la compañía del santo Padre Maestro Juan de Avila, y los cuarenta y uno en la Compañía de Jesus, con multitudísimos trabajos, aclamacion de santo, aplaudido por docto y maestro sabientísimo.

Este fué el P. Fernando Perez, tan celebrado en su siglo, una de las piedras fundamentales de la Universidad de Evora, la columna de su sabiduría, la fuente de sus ciencias, de quien la han recibido tantos y tan insignes maestros como ha tenido, luz de las escuelas, maestro de los maestros, doctrina y enseñanza de los discípulos y ejemplo de todos los siglos, que supo juntar en uno el supremo grado de la ciencia con el profundo de la humildad, la alta sabiduría con la ardiente caridad, y el ser de santo y docto juntamente.

Su cuerpo quedó más hermoso que cuando estaba vivo; testimonio de su virginal pureza y de la inocencia de vida que guardó siempre, pasando de esta á la eterna con la gracia que recibió en el bautismo, sin haberla mancillado con pecado mortal en todos los días de su vida, como lo testificó el confesor que le confesó generalmente para morir, religioso anciano de grande verdad y espíritu.

Su vida, con la del P. Pedro Pablo Ferrer, escribió sucintamente el Padre Baltasar Tellez en la *Coronica de la provincia de Portugal*, en la parte segunda, en el lib. V, á los XLIII y XLIV capítulos.

P. ANDRADE.



P. PEDRO PABLO FERRER

HABIENDO sido tan larga la vida de este santo varon, condiscípulo y conmaestro del P. Fernando Perez, que pasó de noventa años, son tan cortas las noticias que se hallan de sus empleos y virtudes, que no se puede formar historia, como lo pide su opinion así en santidad como en letras, de lo que hizo y obró en el discurso de su vida; pero por no dejar del todo su memoria, la haremos aquí de lo que se halla escrito en la *Coronica citada de la provincia de Portugal*.

No sabemos quién fueron sus padres ni las muestras que dió en su primera edad.

Su juventud fué buena debajo de la disciplina del santo P. Maestro Juan de Avila, que no admitió en su escuela persona que no fuese de probadisima virtud, y así, basta saber que fué discípulo de tal maestro, para entender que fué de vida ejemplar y consumadas costumbres.

Veinte y seis años gastó en el siglo en el estudio de las ciencias, en que salió aventajadisimo; y los sesenta y cuatro, hasta noventa, en la Compañia en leer y en enseñar las ciencias y las virtudes con la palabra y el ejemplo.

De él dice el P. Baltasar Tellez las palabras siguientes:

«Fué el P. Dr. Pedro Pablo Ferrer tan eminente en virtud y ciencia, que con su compañero el P. Fernando Perez bastaban los dos sólo para hacer célebre la Universidad de Evora; hombre muy noticioso, doctor muy conocido por su mucha religion, admirable doctrina y espantosa erudicion en todas letras, así divinas como humanas, y tambien por la grande noticia y uso casi igual de las tres lenguas, latina, griega y hebrea, rarísimas en España en aquel tiempo.

»Era de memoria tan fecunda, tan pronta y tan presente en todo lo que tocaba á Escritura Sagrada, y erudicion de coronicas antiguas, conocimiento de historias, cosmografias de tierras, cómputo de siglos, anales de autores, noticias cronológicas y sucesos de tiempos, que dignísimamente le llamaba biblioteca viva.

»Leyó muchos años la cátedra de Escritura con la opinion que se puede entender de tan esclarecido maestro, á cuya fama se despoblaban los estudios del reino, y venian á beber el agua de la sabiduría de su fuente como ciervos sedientos.

»Sucedió al P. Jorge Serrano en el oficio de Cancelario de aquella Unive

l, y fué el segundo que dió en ella los grados de doctor y de maestro. »
to dice el sobredicho autor de sus letras y sabiduría, y de su magisterio.
uego pasa, aunque de paso, á decir algo de sus virtudes, que corrieron
as con su ciencia, no enseñando ménos santidad con su ejemplo que le-
con su doctrina.

ié hombre religiosísimo, puntual en todas las observancias de las reglas,
ervando siempre el porte y vida de novicio.

ié más humilde que la tierra, y tan obediente, que no se le conoció más
tad ni más querer ó no querer que el de su Superior, cualquiera que
, portándose, de noventa años, con el mismo tenor y rendimiento que el
ero dia que entró en la Religion.

ntó lo más perfecto de la humildad con lo muy puro de la sencillez, por-
io se vió hombre más sincero, de mayor verdad y ménos ficcion, de tal
e, que siendo muy anciano en la edad, era como un niño en la inocencia.
da cual le persuadia fácilmente, cualquiera cosa que le dijese, porque no
a en su entendimiento que podia haber engaño en los otros, como él
a le tuvo, y así, nunca juzgó mal de nadie, sino bien de todos, con una
idez columbina.

ié varon muy penitente, macerando su cuerpo con rigurosas penitencias,
os, vigiliass y largas horas de oracion, con que llegó á estar como un
rio ó un S. Jerónimo en el desierto, curtida la piel, consumidas las car-
flaco y macilento, que le podian contar los huesos.

etirado en sí mismo, hablando en su alma con Dios y abstraído de los
res, consumó su carrera santamente, lleno de dias y de merecimientos,
Casa Profesa de Lisboa, á dos de julio de mil y seiscientos y diez y
años, siendo, como dijimos, de noventa, y habiendo vivido los sesenta
tro en la Compañía con grandísimo ejemplo.

jó escritas de su mano muchas obras eruditas, las cuales, si salieran á
uviéramos un rico tesoro para la inteligencia y claridad de la Sagrada
tura, y otras de humanidad muy provechosas, de que se han valido
en sus libros.

P. ANDRADE.



P. MANUEL DE SÁ

EL P. Manuel de Sá, fué portugués; nació en un lugar que llaman Villar del Conde, entre el Duero y el Miño.

Entró en la Compañía de Jesus en Coimbra el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, teniendo apenas quince de edad, no sin feliz auspicio de su madre.

Enviándole á los estudios de la Universidad de Coimbra: «Ve, hijo mio, le dijo ella, y aprovecha en las letras de tal modo, que me den de ti nuevas muy prósperas; y, si te declaro mi voluntad, esto desco principalmente, que seas uno de la familia de los apóstoles (así llamaban y llaman hoy á los de la Compañía en Portugal), que este será el mejor logro de tus trabajos.»

Fué nuestro Manuel de valiente ingenio; y admitido en la Compañía y lucidamente docto, no podrá decirse con certeza á qué ejercicio vacaba más, á la oracion ó al estudio; tanta era en el verdor de sus años la madurez de sus virtudes en su primer noviciado.

Por cincuenta años enteros que vivió en nuestra Compañía fueron admirables sus progresos en la perfeccion y en las letras ayudado de la bondad de su natural, de la grandeza de su ingenio, de la aplicacion de su ánimo y perpetuidad de su estudio.

Ocupóse con suma diligencia en el conocimiento de todas las ciencias y disciplinas, y salió en todas consumado.

Leyó las Artes en Portugal siendo de tan pocos años, que muchos que iban á las escuelas á oír como huéspedes alguna leccion, y viniendo el último él como los maestros suelen, le convidaban con sus asientos, teniéndole por discípulo.

Diez y siete años tenia sólo, cuando en la nueva academia de Gandia enseñó las mismas Artes, y privadamente se las leía al Ilmo. S. Francisco de Borja, entónces duque de Gandía, y despues Preósito General de la Compañía de Jesus.

Leyólas despues en Roma, donde en los principios de aquel colegio, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, empezó á interpretar la Profecia de Oseas y la *Secunda Secundae* de Sto. Tomás.

El año siguiente, en la eleccion del P. Diego Lainez, Preósito General, presidió á las conclusiones de Teologia por ocho dias continuos en presencia de gran concurso de Prelados y Cardenales, con tanta admiracion de todos, que, vista su modestia singular y excelente ciencia, era frequentísimo y

osísimo el número de los oyentes que acudían á nuestro colegio á la fama y virtud y doctrina.

año de mil y quinientos y diez y nueve por el otoño, porque restaurase fuerzas con algun descanso pero sin ociosidad, fué enviado á visitar los rios de Etruria y de Pisa, para que los ajustase y conformase al propio y costumbres de nuestra Compañía.

habiendo dado la vuelta de esta peregrinacion y profesado solemnemente de noviembre del mismo año, fué interpretando, sin descansar, los santos libros de la Escritura.

predicó muchos años en nuestra casa con frecuentes auditorios y opinión de santo.

era tal la doctrina de sus sermones, que aunque revolvía los libros tan diestramente, se echaba de ver con facilidad que, más que en la lección de ellos, en esto perpetuo con Dios y oración continua los estudiaba.

era su lenguaje eficaz, nervioso y significativo, pero desnudo de todo adorno, con esta sencillez, lleno de piedad y deleitable al sentido; tan conciso, sin afeite y sin elegancia, que con inimitable simplicidad venía á ser el más elegante.

hacía esta acción, no según las reglas ó preceptos de los maestros, y por esto mismo tan agradable, porque deleitaba á los que le oían artificioso en lugar de todo artificio.

Finalmente, el P. Manuel, sin faltarle jamás palabras, contra toda la forma de elocuencia era elocuentísimo, templando la severidad de la doctrina y suavidad de las sentencias con no se qué alegría espiritual, con tan singular ingenio, que á un mismo tiempo se arrebatava los ánimos de los oyentes y gustoso estilo los recreaba, imprimiendo altamente en sus interiores lo recto y verdadero de la piedad.

En esta sazón le mandó el Pontífice Pío V que, en compañía del P. Pedro de Parra, asistiese á la corrección de la *Biblia* en la edición que se hizo por mandado del mismo Pontífice.

Después, enviado desde Roma á fundar el seminario de Milán, con sus docenas y sermones ilustró el nombre de la Compañía, ocupado en varios ministerios por espacio de diez años.

Volvió nuevamente á Roma: de allí, pasados algunos, fué á Loreto, y de esto pasó á Génova, donde, concurriendo muchos á consultarle y aconsejarle, fatigado con tan ordinaria frecuencia, con deseo de recogerse y como anticipando su muerte, se retiró á Arona.

Quí gastó el resto de su vida en misiones por toda aquella comarca, predicando, confesando y enseñando la doctrina cristiana á los ignorantes y rudos.

En su más anciana edad no consintió que con él se hiciese ninguna cosa particular, ninguna asistencia ni privilegio, contento con lo comun que tenían todos.

Todo lo necesario para su persona y para su celda él mismo lo hacía por sí mismo; y cuando la caridad de muchos espontáneamente deseaba acudirle, él con agradecimiento y con buena gracia lo rehusaba, diciendo que sus pies y manos le sabían servir suficientemente.

Trataba de escribir cierto índice, cuando le sobrevinieron dos tercianas, y hechas cuartanas al cuarto mes, al quinto le quitaron la vida.

En todo el tiempo que le duró la enfermedad, aunque se hallaba muy fatigado con los crecimientos de las calenturas, ni dejó de rezar las Horas canónicas ni de decir Misa, hasta que por mandado de los Superiores debió abstenerse.

Prohibido, pues, del sacrificio del altar, parece increíble el afecto con que deseaba asistir á los Oficios divinos.

Ultimamente, cuando la misma fuerza ó necesidad le frustró aquestos deseos, un sólo consuelo le sustentaba, que era la comunión de todos los días, la cual sólo una vez, y esa á poder de importunos ruegos, la recibió en la cama.

Muchas veces y con deleite maravilloso hablaba de su muerte, y protestaba que moría gustoso y consolado.

Al fin, fortalecido con todos los Sacramentos, el año de mil y quinientos y noventa y seis, á treinta de diciembre, siendo de edad de sesenta y cinco, en el noviciado de Arona, del arzobispado de Milán, pasó el P. Manuel á mejor vida.

Celebróse su entierro con gran concurso de la ciudad, reverenciándole como á santo.

Anunció el día de su muerte, porque se la predijeron la beatísima Virgen nuestra Señora y su P. S. Ignacio.

Y tiénese por certísimo, según claras conjeturas, que muchas veces, especialmente en su edad primera, vió al Niño Jesus y á su divina Madre, por el afecto singular con que los amaba; de donde le vino la prontitud con que pensaba y hablaba de todas las cosas divinas.

Verdaderamente el P. Manuel de Sá, entre los ilustres varones de nuestra Compañía tuvo eminencia tan grande, que se echa de ver que tuvo las primicias del espíritu como bebido, y como heredado de la piedad de S. Ignacio nuestro Padre.

Los monumentos que dejó de su doctrina son los siguientes:

Los Escolios á los cuatro Evangelios, breves pero eruditos, colegidos de

as más selectas sentencias de los sagrados Doctores. Puede llamarse con toda verdad *Catena Aurea*.

Notas á toda la Sagrada Escritura, en que se explican casi todos los lugares dificultosos con admirable brevedad, examinadas las lecciones hebrea, caldea y griega; obra concisa y breve, pero con grandes desvelos y estudio incansable trabajada y perfecta.

El P. Cornelio á Lápide en el *Proemio á los Profetas mayores* es de parecer que este libro es para los muy doctos y para los que tienen tan fácil uso de las sagradas letras, que pueden por una palabra conjeturar toda la sentencia de su autor.

La Suma para los confesores, trabajada perfectamente con estudio de cuarenta años.

P. NIEREMBERG.

P. IGNACIO MARTINEZ

CUANDO el P. Simon Rodriguez comenzó el edificio del colegio de Coimbra, habiendo echado algunas piedras en el nombre de Jesus y de María, de Paulo III y de nuestro P. S. Ignacio, propuso que al primero que recibiese en la Compañía le llamaria Ignacio en reverencia de nuestro Santo Padre.

Cupo esta suerte á un mancebo que se llamaba Vasco Martinez, y así, mudándole el nombre en Ignacio, fué recibido en la Compañía año de mil y quinientos y cuarenta y siete, para mucha gloria de Dios, á los diez y ocho años de su edad.

Nació en Govea, que es una noble villa en la provincia de Beira, al pié de la sierra de Estrella, del obispado de Coimbra.

Procedió siempre como quien se habia criado debajo del amparo de la Virgen nuestra Señora; porque, siendo niño, ordinariamente estaba recogido en una ermita de la Madre de Dios, que está en un cerro junto á la villa de Govea, á la cual llaman hoy nuestra Señora de la Vera-Cruz, que es un gran santuario á que concurren muchos romeros y peregrinos, con quien la Reina del cielo por medio de su imagen obra infinitos milagros, á la cual casa despues el P. Ignacio Martinez, siendo ya de la Compañía, por la gran devocion

que la tenia, hizo muchas donaciones de frontales, ornamentos y otras alhajas, alcanzando considerables limosnas para esta ermita.

De su noviciado, estudios y del caudal de virtudes que siempre ostentó, tenemos cortas noticias.

Sólo podemos decir lo que dice de él en la *Historia de la Compañía* el P. Orlandino, que fué la piedra fundamental que Dios escogió para aquel insigne colegio; Ignacio en el nombre y en las obras, en la santidad de la vida, en el fervor del espíritu, en el celo de las almas, en la enseñanza y doctrina.

Salió tan aventajado estudiante que, en acabando de oír, le hicieron maestro de Filosofía, la cual leyó primero en Coimbra y después en Evora, donde se graduó de doctor.

Por tener tan grande talento de púlpito, no pasó adelante en las cátedras de escuelas, aplicándole los Superiores á la predicación, la cual ejercitó más de veinte años, con grande opinión, séquito y aplauso del pueblo y estimación de los hombres doctos y nobles de Portugal.

Los reyes por su grande eminencia le hicieron su predicador, así para honrarle con este título como lo merecian sus letras y talento, como por tener ocasión de oírle más veces, obligándole con este oficio á predicar más á menudo en su capilla; que á tal estimación llegó por su predicación.

El fruto seria á medida del talento, si le empleaba en mover más que en deleitar á los oyentes, de que no hablan los historiadores de su vida, ántes se inclinan á que predicaba con curiosidad y delgadeza, como suele acontecer á los mozos de buen ingenio, que dejándose llevar del aplauso de la gente, ponen más cuidado en el lenguaje culto, en las razones peinadas y en los pensamientos delicados que se los lleva el aire, que en el nervio del espíritu y la fuerza en el persuadir las verdades evangélicas con el fuego divino que abraza los corazones y arranque á los pecadores de sus vicios.

Mas, como tenia Dios escogido á este insigne predicador para llevar por su medio muchas almas al cielo, trocóle su dictámen y encendióle en el fuego sagrado de su espíritu divino, para que, despreciados los vanos aplausos de los hombres, diese de mano á las curiosidades y delicadezas en sus sermones, y predicase la doctrina sólida y maciza del Evangelio y á Cristo crucificado con grande fervor de espíritu con la ocasión que ahora diré.

Sucedió que en el principio del año mil y quinientos y setenta y dos se hizo Congregación provincial por muerte del P. Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, la cual se celebró en nuestro colegio de Evora, por asistir allí entónces el rey D. Sebastian y el Cardenal infante, los cuales mostraron gusto de que se tuviese en aquella ciudad.

En esta Congregacion fué electo el P. Ignacio Martinez para ir á Roma á la creacion del nuevo General.

A la vuelta vino por Pádua y visitó el sagrado cuerpo de su grande abogado S. Antonio, ilustre portugués, gran santo de la Religion Seráfica, gloria de toda Lusitania y la más celebrada grandeza entre las mayores que goza su novilísima patria Lisboa.

No se puede fácilmente creer el notable gozo que sintió en su alma, cuando entre las sagradas reliquias de este esclarecido Santo vió fresca y entera la lengua de aquel predicador de la verdad.

Desde allí se resolvió imitar muy de veras al Santo portugués, particularmente en aquellas virtudes porque el Señor le conservó la lengua incorrupta, que parece fué por ser tan grande maestro de la virtud y predicador de la verdad.

Llegando á Portugal, luego mudó de estilo en el púlpito; porque, siendo antes muy culto en las palabras, muy agudo y cortesano en los discursos, de tal manera se mudó, que de allí adelante no trató más que de agradar á Dios, predicar penitencia, perseguir vicios y enseñar la doctrina con tal fervor, que representaba un S. Pablo, y aquella su lengua parecia de S. Antonio; y con tan buen suceso, que si antes todos le oian, despues todos le buscaban.

Y para que el fruto fuese mayor, totalmente se entregó á Dios y al trato de la oracion, y luego, para coger el agua más en su fuente, se dedicó muy de propósito á la buena educacion de los niños desde su tierna edad.

Empezó á salir con las doctrinas en público al modo que hoy se usa, porque en aquellos primeros años se hacian dentro de la iglesia de S. Roque, discurriendo primero el H. Sacristan con la campanilla por las calles de Lisboa, para juntar los niños y convocar el pueblo á la iglesia, donde desde el púlpito se hacia la doctrina.

Pero en el año de mil y quinientos y ochenta y uno, salió la santa doctrina más solemnemente por las plazas y calles de Lisboa, guiada por el P. Alonso Martinez, varon verdaderamente apostólico, y como tal reconocido y estimado en todo el reino de Portugal.

Para salir con este santo intento, usaba de todas las buenas trazas que su caridad y celo le dictaban. Con todo eso, como aún en aquel tiempo no era estimada aquella forma de congregar las plantas nuevas y conducir las por las calles á lugar cierto y determinado, para enseñarles las oraciones; tuvo grandes trabajos y dificultades que vencer.

Porque, como no estaban los niños domesticados y esta jerarquía es muy difícil de gobernar, costábale mucho al Pàdre juntarlos por las escuelas, lle-

que la tenia, hizo muchas donaciones de frontales, ornamentos, alcanzando considerables limosnas para esta ermita

De su noviciado, estudios y del caudal de virtudes tenemos cortas noticias.

distencia

Alas una con

d.

*en aquellos prin-
predicador del rey.*

, gobernando unos mu-

Sólo podemos decir lo que dice de él en la P. Orlandino, que fué la piedra fundamental insigne colegio; Ignacio en el nombre y vida, en el fervor del espíritu, en el c doctrina.

Salió tan aventajado estudiante c tro de Filosofía, la cual leyó prim de se graduó de doctor.

uéndoles las oraciones

*Obispo de la isla Tercera, que era
verle de aquella suerte, se apco. y*

Por tener tan grande talen

me, le afeó y extrañó tal ocupacion, di-

de escuelas, aplicándole lo da á sí, no le deshonrase á él.

de veinte años, con gr

cion de los hombres

*responder palabra y, despues de haberse retirado
aquel Obispo era santo en todo, quitado el ser*

Los reyes por s

honrarle con este

ner ocasion de

menudo en

*que le resistia á este santo intento
su hermano el que le resistia á este santo intento
doméstica de la naturaleza repugnante; mas era grande*

El fruto

deleitar

se incl

á los

pe

E

*para quitarle de este santo ejercicio, viendo el grande fru-
que de él se habia de seguir.*

*iendo una vez con la doctrina por la Rua nova, sintió el Hermano que
acompañaba el golpe de una grande bofetada que se dió al P. Ignacio.*

Acudiendo luego el Hermano buscando al autor de tal atrevimiento, sin l

llar alguno, le dijo el Padre: Quietaos, Hermano, que no es cosa de ciudad

Inimicus hemo hoc fecit: el enemigo lo hizo, significando que fué accion

Satanás que procuraba estorbarle. Pero cuanto mayores eran las guerras

enemigo, tanto más gloriosas fueron las victorias del Padre.

Al principio eran muy pocos los que le querian seguir por las calles y

nos los que se atrevian á responderle á las preguntas que hacia.

Fué, con todo eso, creciendo el auditorio en las doctrinas, mas aún no

ban dar respuesta á lo que les preguntaba, particularmente los que eran

crecidos en edad.

Estaba una vez en las gradas del hospital de Lisboa donde tenia un gra

de auditorio: fué preguntando a algunos niños las oraciones, y, para que

hombres no presumiesen que estaban exentos de pagar también tributo á

santa doctrina, empezó el Padre con su buena gracia a pedirles cuenta de

oraciones.

acostumbrados á recitar estas lecciones en público; los grandes responder en voz alta delante de

santa porfia, preguntaba á uno, excuséste el sombrero y dábase por respondido; el padre, volvía sobre otro, preguntábale y cuando comenzar á hablar empezaban á reirse los demás, quedaba no dándose por entendido.

Por esto; mas, movido por impulso divino, llegó á un niño que estaba al cuello de la madre y tenía seis meses y le repita el Ave María.

¡Milagroso! Levanta la criatura la voz, dice el Ave María, dándole á entender, alentándole el pecho aquel Señor de quien dice su profeta: «Que en la boca de semejantes infantes recibió la más perfecta alabanza.» Este milagro de la santa doctrina se tuvo entónces por tal en la ciudad de Lisboa, porque en toda ella sonó luego la voz, autorizada con tantos testigos de vista cuantos fueron los que se hallaron á él presentes.

También voló la fama de tan notable suceso á los Estados de Flandes, porque los Padres de aquella provincia hacen mencion de él por admirable y raro en su muy erudito libro intitulado *Imágen del primer siglo de la Compañía de Jesus*.

Movidos con tan feliz principio, respondian los oyentes de allí adelante con más confianza á vista de las voces de aquel inocente; porque cuando Dios quiere, desata la lengua de los mudos y hace elocuentes á los infantes.

Y, de verdad, fueron tales los progresos que en adelante tuvo la santa doctrina, y salieron los niños de Lisboa tan bien enseñados, que desde que la Compañía empezó á ejercitar este su ministerio, parece que los halló ya impuestos y doctrinados, sin haberlo estado antes ni aún haber aprendido las preguntas y respuestas del Catecismo romano.

Trabajaba mucho el Padre en gobernar y ordenar junta aquella su infantería, porque no estaba aún en uso llevar estandartes (como hoy se practica) los cuales hubiese de seguir cuando hacia sus marchas con el Padre al lugar destinado para la doctrina.

Discurriendo el medio que en esto podia tomar, tuvo un sueño con que estuvo lidiando mucho tiempo.

Representábasele un estandarte al modo de los que traen los Hermanos de la Santa Misericordia, al cual seguian muchos niños; mas luego, también entre sueños, se le representaban grandes dificultades y le parecia que los Hermanos de la Misericordia venian con embargos para quitarle su insignia.

P. PEDRO PABLO FERRER

HABIENDO sido tan larga la vida de este santo varon, condiscipulo y conmaestro del P. Fernando Perez, que pasó de noventa años, son tan cortas las noticias que se hallan de sus empleos y virtudes, que no se puede formar historia, como lo pide su opinion así en santidad como en letras, de lo que hizo y obró en el discurso de su vida; pero por no dejar del todo su memoria, la haremos aquí de lo que se halla escrito en la *Coronica citada de la provincia de Portugal*.

No sabemos quién fueron sus padres ni las muestras que dió en su primera edad.

Su juventud fué buena debajo de la disciplina del santo P. Maestro Juan de Avila, que no admitió en su escuela persona que no fuese de probadisima virtud, y así, basta saber que fué discípulo de tal maestro, para entender que fué de vida ejemplar y consumadas costumbres.

Veinte y seis años gastó en el siglo en el estudio de las ciencias, en que salió aventajadísimo; y los sesenta y cuatro, hasta noventa, en la Compañía en leer y en enseñar las ciencias y las virtudes con la palabra y el ejemplo.

De él dice el P. Baltasar Tellez las palabras siguientes:

«Fué el P. Dr. Pedro Pablo Ferrer tan eminente en virtud y ciencia, que con su compañero el P. Fernando Perez bastaban los dos sólo para hacer célebre la Universidad de Evora; hombre muy noticioso, doctor muy conocido por su mucha religion, admirable doctrina y espantosa erudicion en todas letras, así divinas como humanas, y tambien por la grande noticia y uso casi igual de las tres lenguas, latina, griega y hebrea, rarísimas en España en aquel tiempo.

«Era de memoria tan fecunda, tan pronta y tan presente en todo lo que tocaba á Escritura Sagrada, y erudicion de coronicas antiguas, conocimientos de historias, cosmografías de tierras, cómputo de siglos, anales de autores, noticias cronológicas y sucesos de tiempos, que dignísimamente le llamaban biblioteca viva.

«Leyó muchos años la cátedra de Escritura con la opinion que se puede entender de tan esclarecido maestro, á cuya fama se despoblaban los estudios del reino, y venian á beber el agua de la sabiduría de su fuente como ciervos sedientos.

«Sucedió al P. Jorge Serrano en el oficio de Cancelario de aquella Univer-

dad, y fué el segundo que dió en ella los grados de doctor y de maestro. »
Esto dice el sobredicho autor de sus letras y sabiduría, y de su magisterio.
Luego pasa, aunque de paso, á decir algo de sus virtudes, que corrieron arejas con su ciencia, no enseñando ménos santidad con su ejemplo que letras con su doctrina.

Fué hombre religiosísimo, puntual en todas las observancias de las reglas, onservando siempre el porte y vida de novicio.

Fué mas humilde que la tierra, y tan obediente, que no se le conoció más voluntad ni más querer ó no querer que el de su Superior, cualquiera que fuese, portándose, de noventa años, con el mismo tenor y rendimiento que el primero día que entró en la Religión.

Juntó lo más perfecto de la humildad con lo muy puro de la sencillez, porque no se vió hombre más sincero, de mayor verdad y ménos ficción, de tal suerte, que siendo muy anciano en la edad, era como un niño en la inocencia.

Cada cual le persuadía fácilmente, cualquiera cosa que le dijese, porque no sentía en su entendimiento que podia haber engaño en los otros, como él nunca le tuvo, y así, nunca juzgó mal de nadie, sino bien de todos, con una candidez columbina.

Fué varon muy penitente, macerando su cuerpo con rigurosas penitencias, ayunos, vigiliass y largas horas de oracion, con que llegó á estar como un Macario ó un S. Jerónimo en el desierto, curtida la piel, consumidas las carnes, flaco y macilento, que le podian contar los huesos.

Retirado en sí mismo, hablando en su alma con Dios y abstraído de los ombres, consumó su carrera santamente, lleno de dias y de merecimientos, en la Casa Profesa de Lisboa, á dos de julio de mil y seiscientos y diez y ocho años, siendo, como dijimos, de noventa, y habiendo vivido los sesenta y cuatro en la Compañía con grandísimo ejemplo.

Dejó escritas de su mano muchas obras eruditas, las cuales, si salieran á luz, tuviéramos un rico tesoro para la inteligencia y claridad de la Sagrada Escritura, y otras de humanidad muy provechosas, de que se han valido otros en sus libros.

P. ANIDRADE.

P. MANUEL DE SÁ

El P. Manuel de Sá, fué portugués; nació en un lugar que llaman Villar del Conde, entre el Duero y el Miño.

Entró en la Compañía de Jesus en Coimbra el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, teniendo apénas quince de edad, no sin feliz auspicio de su madre.

Enviándole á los estudios de la Universidad de Coimbra: «Ve, hijo mio, le dijo ella, y aprovecha en las letras de tal modo, que me den de ti nuevas muy prósperas; y, si te declaro mi voluntad, esto deseo principalmente, que seas uno de la familia de los apóstoles (así llamaban y llaman hoy á los de la Compañía en Portugal), que este será el mejor logro de tus trabajos.»

Fué nuestro Manuel de valiente ingenio; y admitido en la Compañía y lucidamente docto, no podrá decirse con certeza á qué ejercicio vacaba más, á la oracion ó al estudio; tanta era en el verdor de sus años la madurez de sus virtudes en su primer noviciado.

Por cincuenta años enteros que vivió en nuestra Compañía fueron admirables sus progresos en la perfeccion y en las letras ayudado de la bondad de su natural, de la grandeza de su ingenio, de la aplicacion de su ánimo y perpetuidad de su estudio.

Ocupóse con suma diligencia en el conocimiento de todas las ciencias y disciplinas, y salió en todas consumado.

Leyó las Artes en Portugal siendo de tan pocos años, que muchos que iban á las escuelas á oír como huéspedes alguna leccion, y viniendo el último él como los maestros suelen, le convidaban con sus asientos, teniéndole por discipulo.

Diez y siete años tenia sólos, cuando en la nueva academia de Gandia enseñó las mismas Artes, y privadamente se las leía al Ilmo. S. Francisco de Borja, entónces duque de Gandia, y despues Prepósito General de la Compañía de Jesus.

Leyólas despues en Roma, donde en los principios de aquel colegio, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, empezó á interpretar la Profecía de Oseas y la *Secunda Secundae* de Sto. Tomás.

El año siguiente, en la eleccion del P. Diego Lainez, Prepósito General presidió á las conclusiones de Teología por ocho dias continuos en presencia de gran concurso de Prelados y Cardenales, con tanta admiracion de todos, que, vista su modestia singular y excelente ciencia, era frecuentísimo

piosísimo el número de los oyentes que acudian á nuestro colegio á la fama de su virtud y doctrina.

El año de mil y quinientos y diez y nueve por el otoño, porque restaurase sus fuerzas con algun descanso pero sin ociosidad, fué enviado á visitar los colegios de Etruria y de Pisa, para que los ajustase y conformase al propio estilo y costumbres de nuestra Compañía.

Y habiendo dado la vuelta de esta peregrinacion y profesado solemnemente á dos de noviembre del mismo año, fué interpretando, sin descansar, los sagrados libros de la Escritura.

Predicó muchos años en nuestra casa con frecuentes auditorios y opinión de signo de santo.

Era tal la doctrina de sus sermones, que aunque revolvía los libros tan diligente, se echaba de ver con facilidad que, más que en la lección de ellos, en trato perpetuo con Dios y oración continua los estudiaba.

Era su lenguaje eficaz, nervioso y significativo, pero desnudo de todo adorno, y, con esta sencillez, lleno de piedad y deleitable al sentido; tan conciso, sin sin afeite y sin elegancia, que con inimitable simplicidad venía á ser el más elegante.

Toda esta acción, no según las reglas ó preceptos de los maestros, y por eso mismo tan agradable, porque deleitaba á los que le oían artificioso en parecer de todo artificio.

Finalmente, el P. Manuel, sin faltarle jamás palabras, contra toda la forma de la elocuencia era elocuentísimo, templando la severidad de la doctrina y la gravedad de las sentencias con no se qué alegría espiritual, con tan singular ingenio, que á un mismo tiempo se arrebatava los ánimos de los oyentes y con gustoso estilo los recreaba, imprimiendo altamente en sus interiores lo provechoso y verdadero de la piedad.

En esta sazón le mandó el Pontífice Pío V que, en compañía del P. Pedro de la Parra, asistiese á la corrección de la *Biblia* en la edición que se hizo por mandado del mismo Pontífice.

Después, enviado desde Roma á fundar el seminario de Milán, con su doctrina y sermones ilustró el nombre de la Compañía, ocupado en varios ministerios por espacio de diez años.

Volvió nuevamente á Roma: de allí, pasados algunos, fué á Loreto, y de Loreto pasó á Génova, donde, concurriendo muchos á consultarle y aconsejarse, fatigado con tan ordinaria frecuencia, con desseo de recogerse y como pronosticando su muerte, se retiró á Arona.

Aquí gastó el resto de su vida en misiones por toda aquella comarca, predicando, confesando y enseñando la doctrina cristiana á los ignorantes y rudos.

En su más anciana edad no consintió que con él se hiciese ninguna cosa particular, ninguna asistencia ni privilegio, contento con lo comun que tenían todos.

Todo lo necesario para su persona y para su celda él mismo lo hacía por sí mismo; y cuando la caridad de muchos espontáneamente deseaba acudirle, él con agradecimiento y con buena gracia lo rehusaba, diciendo que sus pies y manos le sabían servir suficientemente.

Trataba de escribir cierto índice, cuando le sobrevinieron dos tercianas, y hechas cuartanas al cuarto mes, al quinto le quitaron la vida.

En todo el tiempo que le duró la enfermedad, aunque se hallaba muy fatigado con los crecimientos de las calenturas, ni dejó de rezar las Horas canónicas ni de decir Misa, hasta que por mandado de los Superiores debió abstenerse.

Prohibido, pues, del sacrificio del altar, parece increíble el afecto con que deseaba asistir á los Oficios divinos.

Ultimamente, cuando la misma fuerza ó necesidad le frustró aquestos deseos, un sólo consuelo le sustentaba, que era la comunión de todos los días, la cual sólo una vez, y esa á poder de importunos ruegos, la recibió en la cama.

Muchas veces y con deleite maravilloso hablaba de su muerte, y protestaba que moría gustoso y consolado.

Al fin, fortalecido con todos los Sacramentos, el año de mil y quinientos y noventa y seis, á treinta de diciembre, siendo de edad de sesenta y cinco, en el noviciado de Arona, del arzobispado de Milán, pasó el P. Manuel á mejor vida.

Celebróse su entierro con gran concurso de la ciudad, reverenciándole como á santo.

Anunció el día de su muerte, porque se la predijeron la beatísima Virgen nuestra Señora y su P. S. Ignacio.

Y tiénese por certísimo, según claras conjeturas, que muchas veces, especialmente en su edad primera, vió al Niño Jesus y á su divina Madre, por el afecto singular con que los amaba; de donde le vino la prontitud con que pensaba y hablaba de todas las cosas divinas.

Verdaderamente el P. Manuel de Sá, entre los ilustres varones de nuestra Compañía tuvo eminencia tan grande, que se echa de ver que tuvo las primicias del espíritu como bebido, y como heredado de la piedad de S. Ignacio nuestro Padre.

Los monumentos que dejó de su doctrina son los siguientes:

Los Escolios á los cuatro Evangelios, breves pero eruditos, colegidos

las más selectas sentencias de los sagrados Doctores. Puede llamarse con toda verdad *Catena Aurea*.

Notas á toda la Sagrada Escritura, en que se explican casi todos los lugares dificultosos con admirable brevedad, examinadas las lecciones hebrea, caldea y griega; obra concisa y breve, pero con grandes desvelos y estudio incansable trabajada y perfecta.

El P. Cornelio á Lápide en el *Proemio á los Profetas mayores* es de parecer que este libro es para los muy doctos y para los que tienen tan fácil uso de las sagradas letras, que pueden por una palabra conjeturar toda la sentencia de su autor.

La Suma para los confesores, trabajada perfectamente con estudio de cuarenta años.

P. NIEREMBERG.

P. IGNACIO MARTINEZ

CUANDO el P. Simon Rodriguez comenzó el edificio del colegio de Coimbra, habiendo echado algunas piedras en el nombre de Jesus y de María, de Paulo III y de nuestro P. S. Ignacio, propuso que al primero que recibiese en la Compañía le llamaria Ignacio en reverencia de nuestro Santo Padre.

Cupo esta suerte á un mancebo que se llamaba Vasco Martinez, y así, mudándole el nombre en Ignacio, fué recibido en la Compañía año de mil y quinientos y cuarenta y siete, para mucha gloria de Dios, á los diez y ocho años de su edad.

Nació en Govea, que es una noble villa en la provincia de Beira, al pié de la sierra de Estrella, del obispado de Coimbra.

Procedió siempre como quien se habia criado debajo del amparo de la Virgen nuestra Señora; porque, siendo niño, ordinariamente estaba recogido en una ermita de la Madre de Dios, que está en un cerro junto á la villa de Govea, á la cual llaman hoy nuestra Señora de la Vera-Cruz, que es un gran santuario á que concurren muchos romeros y peregrinos, con quien la Reina del cielo por medio de su imagen obra infinitos milagros, á la cual casa despues el P. Ignacio Martinez, siendo ya de la Compañía, por la gran devocion

que la tenia, hizo muchas donaciones de frontales, ornamentos y otras alhajas, alcanzando considerables limosnas para esta ermita.

De su noviciado, estudios y del caudal de virtudes que siempre ostentó, tenemos cortas noticias.

Sólo podemos decir lo que dice de él en la *Historia de la Compañía* el P. Orlandino, que fué la piedra fundamental que Dios escogió para aquel insigne colegio; Ignacio en el nombre y en las obras, en la santidad de la vida, en el fervor del espíritu, en el celo de las almas, en la enseñanza y doctrina.

Salió tan aventajado estudiante que, en acabando de oír, le hicieron maestro de Filosofía, la cual leyó primero en Coimbra y despues en Évora, adonde se graduó de doctor.

Por tener tan grande talento de púlpito, no pasó adelante en las cátedras de escuelas, aplicándole los Superiores á la predicacion, la cual ejercitó mas de veinte años, con grande opinion, séquito y aplauso del pueblo y estimacion de los hombres doctos y nobles de Portugal.

Los reyes por su grande eminencia le hicieron su predicador, así para honrarle con este título como lo merecian sus letras y talento, como por tener ocasion de oírle más veces, obligándole con este oficio á predicar más á menudo en su capilla; que á tal estimacion llegó por su predicacion.

El fruto seria á medida del talento, si le empleaba en mover más que en deleitar á los oyentes, de que no hablan los historiadores de su vida, ántes se inclinan á que predicaba con curiosidad y delgadeza, como suele acontecer á los mozos de buen ingenio, que dejándose llevar del aplauso de la gente, ponen más cuidado en el lenguaje culto, en las razones peinadas y en los pensamientos delicados que se los lleva el aire, que en el nervio del espíritu y la fuerza en el persuadir las verdades evangélicas con el fuego divino que abraza los corazones y arranque á los pecadores de sus vicios.

Mas, como tenia Dios escogido á este insigne predicador para llevar por su medio muchas almas al cielo, trocóle su dictámen y encendióle en el fuego sagrado de su espíritu divino, para que, despreciados los vanos aplausos de los hombres, diese de mano á las curiosidades y delicadezas en sus sermones, y predicase la doctrina sólida y maciza del Evangelio y á Cristo crucificado con grande fervor de espíritu con la ocasion que ahora diré.

Sucedió que en el principio del año mil y quinientos y setenta y dos se hizo Congregacion provincial por muerte del P. Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, la cual se celebró en nuestro colegio de Évora, por asistir allí entónces el rey D. Sebastian y el Cardenal infante, los cuales mostraron gusto de que se tuviese en aquella ciudad.

En esta Congregacion fué electo el P. Ignacio Martinez para ir á Roma á creacion del nuevo General.

A la vuelta vino por Pádua y visitó el sagrado cuerpo de su grande abodo S. Antonio, ilustre portugués, gran santo de la Religion Seráfica, gloria toda Lusitania y la más celebrada grandeza entre las mayores que goza novilísima patria Lisboa.

No se puede fácilmente creer el notable gozo que sintió en su alma, cuando entre las sagradas reliquias de este esclarecido Santo vió fresca y entera lengua de aquel predicador de la verdad.

Desde allí se resolvió imitar muy de veras al Santo portugués, particularmente en aquellas virtudes porque el Señor le conservó la lengua incorrupta, le parece fué por ser tan grande maestro de la virtud y predicador de la verdad.

Llegando á Portugal, luego mudó de estilo en el púlpito; porque, siendo antes muy culto en las palabras, muy agudo y cortesano en los discursos, de esta manera se mudó, que de allí adelante no trató más que de agradar á Dios, predicar penitencia, perseguir vicios y enseñar la doctrina con tal fervor, que representaba un S. Pablo, y aquella su lengua parecia de S. Antonio; y con tan buen suceso, que si antes todos le oían, después todos le buscaban.

Y para que el fruto fuese mayor, totalmente se entregó á Dios y al trato de la oracion, y luego, para coger el agua más en su fuente, se dedicó muy á propósito á la buena educacion de los niños desde su tierna edad.

Empezó á salir con las doctrinas en público al modo que hoy se usa, porque en aquellos primeros años se hacían dentro de la iglesia de S. Roque, recorriendo primero el H. Sacristan con la campanilla por las calles de Lisboa, para juntar los niños y convocar el pueblo á la iglesia, donde desde el púlpito se hacía la doctrina.

Pero en el año de mil y quinientos y ochenta y uno, salió la santa doctrina más solemnemente por las plazas y calles de Lisboa, guiada por el P. Alonso Martinez, varon verdaderamente apostólico, y como tal reconocido y estimado en todo el reino de Portugal.

Para salir con este santo intento, usaba de todas las buenas trazas que su caridad y celo le dictaban. Con todo eso, como aún en aquel tiempo no era estimada aquella forma de congregar las plantas nuevas y conducir las por las calles á lugar cierto y determinado, para enseñarles las oraciones; tuvo grandes trabajos y dificultades que vencer.

Porque, como no estaban los niños domesticados y esta jerarquía es muy difícil de gobernar, costábale mucho al Padre juntarlos por las escuelas, lle-

varlos en órden por la ciudad y tenerlos quietos y callados en el tiempo de la doctrina.

Por otra parte, la naturaleza hacia su oficio, haciendo grandes resistencias en vencerse y abatirse á aquella humilde ocupacion.

Fueron tales las repugnancias, que le acontecia batirle las rodillas una con otra de temblor, como si estuviese luchando en una incesable lid.

Y en la verdad, no podia dejar de causar pena y molestia en aquellos principios á un hombre tan autorizado, doctor en Teología y predicador del rey, ir por las calles de Lisboa con una caña en la mano, gobernando unos muchachos y hecho otro como ellos, cantando y repitiéndoles las oraciones

De esta manera le encontró una vez el Obispo de la isla Tercera, que era hermano suyo, y, avergonzándose por verle de aquella suerte, se apeó, y asiendo del Padre en medio de la calle, le afeó y extrañó tal ocupacion, diciéndole que, pues no se estimaba á sí, no le deshonrase á él.

Todo lo oyó el Padre sin responder palabra y, despues de haberse retirado, dijo al compañero que aquel Obispo era santo en todo, quitado el ser su hermano y repugnar aquella ocupacion tan santa.

No era sólo el Obispo su hermano el que le resistia á este santo intento, ni era sólo la guerra doméstica de la naturaleza repugnante; mas era grande la resistencia que le hacia el comun enemigo por sí y por sus ministros visible é invisiblemente, para quitarle de este santo ejercicio, viendo el grande fruto que de él se habia de seguir.

Yendo una vez con la doctrina por la Rua nova, sintió el Hermano que le acompañaba el golpe de una grande bofetada que se dió al P. Ignacio.

Acudiendo luego el Hermano buscando al autor de tal atrevimiento, sin hallar alguno, le dijo el Padre: «Quietaos, Hermano, que no es cosa de cuidado.» *Inimicus homo hoc fecit*; el enemigo lo hizo, significando que fué accion de Satanás que procuraba estorbarle. Pero cuanto mayores eran las guerras del enemigo, tanto más gloriosas fueron las victorias del Padre.

Al principio eran muy pocos los que le querian seguir por las calles y ménos los que se atrevian á responderle á las preguntas que hacia.

Fué, con todo eso, creciendo el auditorio en las doctrinas, mas aún no osaban dar respuesta á lo que les preguntaba, particularmente los que eran mas crecidos en edad.

Estaba una vez en las gradas del hospital de Lisboa donde tenia un grande auditorio: fué preguntando á algunos niños las oraciones, y, para que los hombres no presumiesen que estaban exentos de pagar tambien tributo a la santa doctrina, empezó el Padre con su buena gracia á pedirles cuenta de las oraciones.

No estaban los oyentes acostumbrados á recitar estas lecciones en público; acíaseles muy dificultoso á los grandes responder en voz alta delante de tantos muchachos.

No desistia por eso el Padre de su santa porfia, preguntaba á uno, excusábase éste; iba luego á otro, quitábale éste el sombrero y dábase por respondido y por excusado; persistia el Padre, volvía sobre otro, preguntábale las oraciones, y queriendo éste comenzar á hablar empezaban á reirse los demás, y luego muy corrido, callaba no dándose por entendido.

No desmayó el P. Ignacio por esto; más, movido por impulso divino, llega una criatura de pecho que estaba al cuello de la madre y tenia seis meses de edad; dícele que repita el Ave María.

¡Caso prodigioso! Levanta la criatura la voz, dice el Ave María, dándole lengua y alentándole el pecho aquel Señor de quien dice su profeta: «Que le la boca de semejantes infantes recibió la más perfecta alabanza.»

Este milagro de la santa doctrina se tuvo entónces por tal en la ciudad de Lisboa, porque en toda ella sonó luego la voz, autorizada con tantos testigos de vista cuantos fueron los que se hallaron á él presentes.

Tambien voló la fama de tan notable suceso á los Estados de Flandes, porque los Padres de aquella provincia hacen mencion de él por admirable y citan en su muy erudito libro intitulado *Imágen del primer siglo de la Compañía de Jesus*.

Movidos con tan feliz principio, respondian los oyentes de allí adelante con más confianza á vista de las voces de aquel inocente; porque cuando Dios quiere, desata la lengua de los mudos y hace elocuentes á los infantes.

Y, de verdad, fueron tales los progresos que en adelante tuvo la santa doctrina, y salieron los niños de Lisboa tan bien enseñados, que desde que la Compañía empezó á ejercitar este su ministerio, parece que los halló ya inculcados y doctrinados, sin haberlo estado antes ni aún haber aprendido las preguntas y respuestas del Catecismo romano.

Trabajaba mucho el Padre en gobernar y ordenar junta aquella su infantaría, porque no estaba aún en uso llevar estandartes (como hoy se practica) los cuales hubiese de seguir cuando hacia sus marchas con el Padre al lugar destinado para la doctrina.

Discurriendo el medio que en esto podia tomar, tuvo un sueño con que estuvo lidiando mucho tiempo.

Representábasele un estandarte al modo de los que traen los Hermanos de la Santa Misericordia, al cual seguian muchos niños; mas luego, tambien entre sueños, se le representaban grandes dificultades y le parecia que los Hermanos de la Misericordia venian con embargos para quitarle su insignia.

Despertó el Padre, y, saliendo de esta lucha, fué á la portería y encontró con un niño de sus discípulos de la doctrina, el cual traía en una asta una tabla con dos imágenes de santos de papel de una y otra parte, á la manera que durmiendo se le habia representado.

Y juzgando que no carecia esto de misterio, se resolvió á salir con sus estandartes en la forma que hoy vemos, que fué sin duda traza divina representada en sueños, mas ejecutada por este vigilante siervo.

En el mismo dia puso en campo su infantería, á son, no de tambores roncós ni de pífanos tristes, mas al blando y suave concepto de una capilla de excelentes músicos y de la campanilla que delante iba tañendo un Hermano nuestro (y tal vez la llevaba el P. Leon Enriquez, ó alguno de los más autorizados) y con la insignia de los nuevos estandartes que seguian estos sus soldados, yendo él con su caña en la retaguardia de este florido ejército.

Con este escuadron ya puesto en mejor orden, llegaba el Padre al lugar de la doctrina, y allí, levantando la voz (que la tenia muy clara y sonora) empezaba con aquel tan solemne y estimado principio: *Por la señal, de la santa cruz*, etc., y acabada la doctrina con la confesion general, que en voz alta y dolorosa comenzaba diciendo: *Yo pecador muy errado*, etc., entonando él y siguiéndole el auditorio con las mismas voces, daba fin á esta accion con repetir tres veces: *Señor Dios, misericordia*.

II

Apúntanse algunos casos particulares y buenos sucesos del P. Ignacio, que alcanzaba por medio de la santa doctrina.

Con este lucido batallon de niños inocentes pregonaba el P. Ignacio guerra descubierta contra los vicios, batallando contra el infierno y venciendo al demonio.

Con esta milicia hacia entradas venturosas, unas veces contra las comedias, de las cuales fué gran perseguidor á causa de las libertades con que en aquellos tiempos se hacian.

Lo cual sintiendo los comediantes, usaron de traza y se acogieron á sagrado, haciendo concierto y alianza con el Proveedor del hospital, que le darian por cada comedia un tanto para limosna al hospital (que el demonio tambien se viste con capa de piedad) porque se les diese franca licencia sin los embargos que les ponía el P. Ignacio Martinez.

Bien vió él la guerra que con este interés le hacian sus adversarios, mas no desmayó con tal invencion.

Procuró luego contaminarla; informóse de cuánto podía venir á montar aquella promesa; y constándole que seria hasta cien mil reis, que son maravises en Castilla, no le pareció por tan poco precio perder tan grande victoria.

Y así, ofreció al Proveedor los cien mil reis, fiado en aquel Señor cuyas partes defendia, que en aquel año los llegaria de limosna, y que para los años siguientes Dios proveeria.

Volviendo á casa con esta confianza, no habia entrado en la portería, cuando un hombre desconocido le entregó cien mil reis en plata, diciendo que cierta persona devota se los enviaba para que él los emplease en servicio de Dios, como lo hizo dándolos al hospital, quedando de esta suerte los pobres proveidos y los comediantes prohibidos.

Advirtiéndole tambien el P. Martinez cómo en aquella parte de la ciudad que llaman Corpo Santo concurrían muchos extranjeros de toda diferencia de gentes, católicos, herejes; soldados y marineros; ordenando su infantería, entró y conquistó aquella plaza, enarbolando la bandera de la santa doctrina en un lugar eminente, á la puerta de la ermita de nuestra Señora de Gracia, que hasta hoy se nos hace allí muy buen agasajo.

Todas las semanas en dia señalado acude á aquel sitio la doctrina á continuar la buena posesion de aquella plaza que se ganó por la santa industria del P. Ignacio con grande fruto de los oyentes; porque todos acudian á la doctrina, y los que no se aprovechaban, por lo ménos se confundían.

Otro lugar habia en Lisboa que el comun enemigo tenia conquistado, en el cual se habia hecho muy fuerte, y era la Plaza mayor, que llaman la Ribera poblada de grande chusma de gente ruda, que olvidada totalmente de las cosas de su salvacion, se emplea toda en la granjería de lo temporal.

Aquí concurre toda suerte de los que llaman *riberieños maraos*, mozos de espuerta y carga, y otros de semejante hechura.

Y lo peor es, que allí se hacen á la mala costumbre de echar mano á las bolsas ajenas, y se tiene este paraje en Lisboa por feria de ladroncillos y seminario de perdidos, que en adelante se vienen á graduar de famosos oficiales en la profesion de hurtar.

Entró, pues, en esta fuerza el P. Ignacio Martinez con venturoso suceso, y la rindió á la santa doctrina, tremolando en ella su estandarte real.

Tuvo el buen Padre al principio mucho trabajo en juntar estos trabajosos oyentes, porque trataban más de la ganancia en que ponían la mira por el interés, que de la medalla que el Padre les ofrecia por premio.

Le era necesario para reducirlos á oír la doctrina por bien ó por mal, mandar quitarles los sombreros y monteras, que se guardaban en un costal

y entregaban á un fiel depositario en cuanto asistian á la doctrina, y despues se volvia con toda fidelidad cada pieza á su dueño, atendiendo el buen Padre con toda diligencia á esta distribucion y entrega.

Mas de allí á poco se le hicieron más domésticos estos oyentes, y acudian de su libre voluntad sin ser necesario traerlos.

De aquí se siguió grande fruto; porque, demás de aprender la doctrina que antes no sabian, dieron en ser muy fieles de lo ajeno que en otro tiempo recogian, y los que eran más diestros en hallar bolsas antes de perderse, de allí adelante las restituian despues de perdidas, si acaso las hallaban, como algunas veces sucedia.

Tal hubo que hallando una bolsilla con un anillo de precio y setenta y siete cruzados en oro, la llevó al Padre para publicarla y restituirla al dueño; cosa que fué muy ponderada y celebrada, por cuanto este mozo era conocido por grande oficial y más aficionado á tomar bolsas ajenas que á restituir las halladas; juzgando todos este por uno de los milagros del P. Ignacio.

No paraban en estos lugares las conquistas victoriosas de la santa doctrina.

Tambien la llevó á los presos de la cárcel y calabozos de ella, redundándole de este santo ejercicio, no sólomente provecho espiritual para las almas, mas tambien remedio temporal para los cuerpos.

Llevábales gruesas limosnas de pan y carne juntamente en la procesion de la doctrina con música y estandarte, y halló que sólo de agua se gastaban ordinariamente más de doscientos cántaros.

Acudia mucha gente grave y autorizada, movida más que de la curiosidad de la solemnidad con que se hacia este acto de tanta piedad, y del celo de acompañar y ayudar á obra tan devota y santa.

Hasta el archiduque Cardenal deseó ver esta procesion, y en el año de mil y quinientos y ochenta y ocho la guió el P. Martinez por el terrero de palacio donde él estaba esperando.

Aquí paró la doctrina, y, poniendo en el suelo los cestos de pan y carne, le dieron una suave música, cosa que estimó mucho aquel príncipe, alabando la mucha caridad y buena gracia del Padre con que conducia aquella limosna, socorriendo la necesidad y recreando el oido.

Tambien los forzados de las galeras eran visitados y consolados del Padre Ignacio en compañía de sus doctrineros, dándoles limosnas de dulces y otros regalos.

No contento este santo varon con lo que ya habia ganado y rendido á la santa doctrina de portugueses y demás gente blanca; en el año de mil y quinientos y ochenta y siete trató de conquistar la negra, que en aquella ciudad es mucha y muy necesitada de la doctrina cristiana.

Para ejecutar esto con más suavidad, llamó á los principales de las naciones, y, juntos en conclave, les propuso el grande bien que se seguiria de oír doctrina que ellos debian apreciar mucho, pues todos eran cristianos.

Los que fueron llamados al consejo primeramente mostraron buena voluntad, pero representaron dos que parecian las principales dificultades.

La primera era que entre semana no se podian juntar por andar ocupados en servir á sus señores.

La segunda, que los domingos y fiestas de guardar les seria á ellos de grande incomodidad, porque en tales dias se congrega cada nacion en su pueblo para aliviar el trabajo de la semana, y gastan las tardes en sus fiestas anuales; porque los criados, y en especial los esclavos, trabajan toda la semana, mas quieren holgarse el domingo.

Pero, no obstante estas dificultades, se asentó en esta consulta, en la cual el Padre presidia, que cada domingo saldrian á la doctrina cinco naciones, y no eran por todas veinte las que entónces habia en Lisboa, venia á caber una en el mes un domingo solo, quedándoles libres tres domingos y bien los dias de fiesta para su recreacion.

Conferido en esta forma el negocio, ordenó el Padre por medio de estos mayores que un domingo de los siguientes harian procesion á la iglesia hospital del rey, donde se acabaria de ordenar el negocio y se asentaria por la última resolucion.

Así sucedió, y acudieron á esta iglesia más de mil negros.

Ante toda esta negra tropa, blanqueada ya con el agua del santo bautismo repartida en doce banderas, despues de recogidos en la iglesia, el P. Ignacio desde el púlpito les hizo su plática, hablándoles á su modo y casi en su lengua, para que le entendiesen mejor; que un varon santo, aunque sea santo tambien sabe fingirse ignorante cuando obliga la caridad, como S. Pablo decia: *Factus sum insipiens, vos me coegistis*.

Allí les dió cuenta de lo determinado con sus capataces, y preguntóles si estaban contentos de lo que les proponia acerca de venir por turno en cada domingo.

Respondieron todos con grande alegría y alborozo y con otras señales buenas á su modo, demostrativas de fiesta, que estaban muy contentos.

Con esto se acabó la solemnidad de aquel dia, y así, de esta suerte y bien dada disposicion, continuaron muchos años concurriendo á la doctrina.

Fuera grande obra de misericordia si aún se prosiguiese esta buena costumbre: que Dios nuestro Señor igualmente abre el cielo para los negros de España, como para los blancos de Europa.

III •

*De las trazas que tomaba para enseñar y traer los niños á la doctrina:
de un caso de mucha edificacion que le sucedió con el Cardenal Alberto,
y de las letras que componia
para que los niños cantasen en la doctrina.*

Para salir el P. Ignacio con este santo intento, usaba de todos los medios que su mucha caridad le inventaba para que los niños estudiasen de mejor gana las oraciones y los diálogos de la cartilla y acudiesen con diligencia á la doctrina; les buscaba y daba estampas, cuentas, medallas y semejantes cosas de devocion; que á vista del premio, aunque sea pequeño, se alientan los viejos y despiertan los de ménos edad.

Para tener siempre qué les dar, alcanzó una limosna en los almacenes de cantidad de plomo, del cual mandaba hacer las medallas, unas pequeñas y otras grandes, y entre ellas habia algunas del tamaño de un patacon, que tenían de una parte un Cristo crucificado y de otra la imagen de la Concepcion de nuestra Señora.

Estas eran, como se debe, de grande estimacion, y no las daba sino á quien las merecia muy bien; contentándose la gente en aquel siglo de oro con traer medallas de plomo, las cuales, aunque andan ahora mejoradas en la materia, están inferiores en la veneracion; que hasta esto lleva el tiempo depravado, mudando en ostentacion de adornos lo que los santos inventaron para ejercicio de devocion, usurpando para atavíos de vanidad los mismos instrumentos de la piedad.

Con la misma confianza con que daba una medalla de plomo ofrecia unas cuentas de carbon, que de esta pasta llamaban las que mandaba hacer, dándole por muy poco dinero muchas docenas.

Estas repartia por los muchachos, y tal vez las daba á los más ricos y más ilustres.

Contaré en este particular un caso de extraña edificacion. Estaba una vez haciendo su doctrina en el terrero de palacio; asistia á la ventana en que los gobernadores de este reino solian ver las fiestas de aquel terrero el Cardenal Alberto, hijo del emperador Maximiliano, archiduque de Austria y hermano de dos emperadores Rodolfo y Matías, príncipe dignísimo de los Estados de Flandes, el cual entónces gobernaba aquel reino de Portugal; pero estaba de secreto, disimulado y atento, con las vidrieras cerradas de tal arte, que veia sin ser visto.

Llegó el P. Ignacio en el discurso de la doctrina á un paso en ella muy adado, que era preguntar á todos si tenían rosarios. Y en prueba de la devoción de nuestra Señora, hacia que cada uno del auditorio saliese en público mostrando muestra y dando cuenta de su rosario.

Y era en este particular tanta la confianza del Padre y tenia ordinariamente tan buen suceso en este su alarde general, que ninguno se le excusaba de mostrar el rosario, habiendo á veces fiesta en el auditorio con ocasion de la buena gracia con que el P. Martinez procedia hasta con los más graves, que por miedo ó por vergüenza traian y exhibian sus dieces ó parte de rosario. Iba esta vez haciendo su reseña y pidiendo las cuentas, cuando llegó con los ojos á la ventana donde sabia estaba el Cardenal, y con la misma seguridad, hablando con él, le pidió que quisiese tambien su Alteza honrar aquel auditorio manifestando su rosario, pues tambien era devoto de nuestra Señora. Viendo que él no respondia, volviéndose al pueblo dijo: «Parece que no quiere mostrar sus cuentas ricas;» y luego llamó á un niño de la doctrina, y estos eran sus embajadores, y le puso sobre el sombrero unas de sus cuentas de pasta, diciéndole que fuese arriba y que de su parte las ofreciese su Alteza.

Sale luego este ángel de la embajada, sube la primera escalera, atraviesa la guarda de los tudescos, pasa por todas las demás escaleras, salas y corredores, vence cuantas guardas suelen asistir á las puertas reales, entra dentro de la cámara donde estaba el serenísimo príncipe, pone la rodilla en tierra, y la copa del sombrero le ofreció las cuentas.

Recibiólas el cristianísimo Cardenal, y con la confianza de príncipe hizo luego abrir la ventana, y descubriéndose al auditorio sacó el brazo fuera mostrando al pueblo las cuentas de su doctrina que el P. Ignacio le habia enviado.

Con la visita de accion de tanta cristiandad fué grande el aplauso del auditorio, levantando todos la voz diciendo: *Viva*, no ménos al príncipe que al padre; á éste por la santa confianza, al príncipe por la grande piedad y religion.

De otras muchas santas trazas usaba para traer contentos los niños y hacerles decorar la doctrina.

Ibalos á buscar á las escuelas; hablaba con los maestros, á éstos tenia muy á su parte; dábales el modo y direccion con que doctrinar á los discípulos, haciéndoles todos los dias enseñar las oraciones, entonándolas dos de ellos en voz alta y repitiendo luego todos.

Y para que los muchachos huyesen de músicas deshonestas, hizo componer y él mismo compuso algunas canciones espirituales y letras devotas que

andan al fin del catecismo portugués, las cuales, aunque no son las que estiman los cultos, son las que precian los santos.

Estas les obligaba á tomar de memoria y á cantarlas de día y de noche que así leemos de aquel gran P. S. Gregorio Nacianzeno, que se ocupaba en componer versos y escribir poemas, en los cuales mezclaba los misterios de nuestra santa fe, para con esta dulce poesía paladear la curiosidad á los de ménos edad y resistir á la impiedad del apóstata Juliano.

Juzgaba un tan grave Padre ser esta obra digna de sus canas y de su autoridad, por el bien que de ella resultaba á la buena crianza de las tiernas plantas, que de verdad, como dice S. Ambrosio, la religion á quien servimos, autoriza las obras humildes que hacemos: *Totum decet, quod defertur religioni.*

Ordinariamente en el principio de la doctrina, despues de persignarse y decir algunas oraciones, mandaba cantar á dos niños de buenas voces: *Todo fiel cristiano es muy obligado á tener devocion de todo corazon á la santa cruz, etc.*

A esta letra llamaba él *Cancion de los ángeles*; la razon de esto era la que él contaba muchas veces, y yo aquí referiré.

Decia que, yendo á la India una embarcacion de portugueses, la dió tan fuerte temporal que, obligada de los vientos, dió al través sobre un peñasco.

Salvóse la gente en el batel, porque teniendo todos la muerte delante de los ojos, pidiendo á Dios misericordia, oyeron de repente en la proa del barco una suavísima música que entre el estruendo de la tormenta, en la confusion de los mares y en la oscuridad de la noche, con celestial melodía sonó de repente diciendo: *Todo fiel cristiano es muy obligado á tener devocion de todo corazon á la santa cruz.*

Admirados quedaron los pobres naufragantes viéndose recreados de tan suaves voces y acordados instrumentos, cuando iban lidiando con la muerte.

Aclamaron la santa cruz, y luego, como si aquellas voces de los ángeles fuesen la de Cristo con que imperó á los vientos y mandó á los mares que se serenasen, cesó luego la borrasca, paró el viento y sosegáronse los mares.

Los naufragantes, libres ya por un tan raro y desusado modo, despues alegres contaban el caso, dando á Dios infinitas gracias que en tal hora no sólo les socorrió con el remedio, pero tambien los alivió y recreó con tan regaladas y celestes músicas.

Este maravilloso suceso referia muchas veces el P. Ignacio, y parece digno de todo crédito, pues lo afirmaba un varon de tanta autoridad y especificaba todas las demás circunstancias que yo aquí no pongo porque no vinieron á nuestra noticia.

Lo dicho lo oyeron repetidamente personas de grande verdad y autoridad.

suerte que los mismos ángeles del cielo le celebraban, y cantando aplaudían sus cantares de la doctrina de Lisboa aún en lugares tan remotos.

Esta su poesía la remedaron los angélicos espíritus; veamos otra que parece enseñaron ó enmendaron los mismos ángeles.

Entre los motetes que andan en aquel catecismo, el primero de los quincesterios compuso de esta manera: *Virgen sagrada, Madre de Dios, ¿quién el mundo tal como vos? Del ángel Gabriel fuisteis anunciada, y hablando él, quedasteis preñada del Hijo de Dios, etc.*

Pero no le sonaba bien ni le contentaba esta palabra *quedasteis preñada*, que, aunque explica el misterio, con todo eso descaba otra que dijese más la pureza de la Virgen purísima y con la modestia de sus palabras.

Con estos pensamientos andaba lidiando, porque estos eran sus cuidados; pero, por más que se desvelaba y pasaba por la lima el verso, no había remedo de ocurrirle otra frase.

Yendo una vez á S. Roque de hacer la doctrina, ocupado todo en esta lid, llegó á él un niño de hermosísimo aspecto, y tirándole del manteo le dijo: *Maestro Ignacio, Quedaste morada del Hijo de Dios.*

Quietóse luego el pensamiento que tan cansado andaba buscando aquella nienda que el niño le daba, la cual notablemente le agradó, quedando plenamente satisfecho de la palabra y admirado del corrector.

En el cual luego reparó, pues, pareciéndole niño, le sabía los pensamientos enmendaba los versos; y buscándole luego, para darle en paga de tan buca obra un premio como solia á los de aquella edad, desapareció el niño y nunca más le vió, entendiendo ser ángel el que en aquella figura vino á servir á Reina de los ángeles.

Mudó el verso quedando muy consolado por ver cuán á su cuenta tomaba la Virgen purísima ayudarle, cuando él andaba tan divertido en doctrinar á aquellos inocentes que, pareciendo niños, pueden ser ángeles.

IV

*De algunos casos admirables que Dios obró por medio de las voces
y de las doctrinas del P. Ignacio Martinez.*

Este gran celo del P. Ignacio, aquellas santas voces que daba por principio á la doctrina, el remate tan devoto con que le daba fin, aquellas músicas de sus inocentes con que iban cantando en la doctrina, sonaron tanto por la ciudad de Lisboa, que las tomó Dios por instrumento de grandes obras y de notables casos.

Muchos pudiera contar; apuntaré solos tres; sea el primero este.

Un hombre desalmado y de ruin vida, robó de noche una mujer honrada en el campo de Sta. Bárbara, y con infernal intento la introdujo en el mismo lugar en que se acostumbra ajusticiar ladrones y malhechores, mercediendo él también este nombre y semejante castigo.

Gritaba la pobre mujer, sin haber quien la valiese á tal hora, cuando en aquel triste y maligno sitio oyó el sensual clara y distinta la voz del P. Ignacio, entonando aquel su tan solemne principio de las doctrinas: *Por la señal de la santa Cruz.*

Luego, aplicando más el oído con raro sobresalto, le pareció que repetía el mismo Padre la confesion general en altas voces, diciendo: *Yo pecador muy errado, etc.*

Estremeciósese el miserable pecador con el estruendo de este repentino y divino trueno: á la manera que el poderoso clamor de Cristo, eterno Dios, hizo salir fuera de la sepultura á Lázaro amortajado y enterrado; así la voz del P. Ignacio, que milagrosamente resonó á tales horas y en tal paraje, de modo penetró el alma del desalmado, que al punto le obligó á salir de aquel triste y horrible sepulcro, libre de las cadenas de la sensualidad, dejando la presa con mayor prisa que al hurtarla se dió, llorando toda la noche y considerando el medio que Dios habia usado para su salvacion.

Vino el dia siguiente á S. Roque, refirió el caso, confesóse con muchas lágrimas, mudó de allí adelante la vida, admirándose todos de la virtud de la voz del Padre, á quien aquella mujer debió la honra y el hombre la vida que enmendó.

Parecido á este fué otro suceso que acaeció en la misma ciudad á una mujer noble que moraba en la Rua nova.

Estaba una noche á deshora con la puerta abierta, velando y esperando la ocasion de su perdicion; y mejor velaba y esperaba Dios la hora en que la habia de convertir.

Oyó á la sazón grande tropel de gente que pasaba por la Rua: no sabiendo qué podia ser, acudió á mucha prisa á la ventana y representósele que oía y que veía ir pasando por la Rua al P. Ignacio con la doctrina, acompañándole la procesion de sus infantiles, los cuales en voz alta iban entonando aquella su tan repetida letrilla del Catecismo: *Temed pecadores al justo Juez, etc.*

En oyendo estas voces, que milagrosamente sonaron á aquellas horas, así tembló aquella pecadora, como si verdaderamente oyera la voz tremenda de Jesucristo, hecho Juez riguroso, que la estaba juzgando y pidiendo cuenta de sus pecados.

Luego cerrando la puerta á los hombres, la abrió para siempre á Dios,

aneciéndola despues de aquella temerosa noche el alegría de la gracia. Fué tambien á S. Roque, hizo relacion del caso, confesóse y trocóse, enidiendo todos del suceso que, cuando Dios quiere, con voces imaginadas usa conversiones verdaderas.

Con este caso frisa otro bien notorio en Lisboa y no ménos milagroso que referido.

Vino de Coimbra á negociar en aquella córte un hombre que tenia muchas deudas, y, aunque pensó llevar suficiente caudal para hacer paga á sus reedores, no pudo conseguirlo.

Estuvo algun tiempo en Lisboa, y movido al principio de la fama del P. Ignacio Martinez, fué á oirle explicar la doctrina, y quedó tan prendado de su buena gracia y espíritu, que de allí adelante no le perdía sermon, ni plática, udiendo con mucho tiempo á tomar lugar, porque toda esta diligencia era necesaria para oirle.

Fuera de esto, trató con el Padre los negocios de su alma, que eran los más importantes y más fáciles de negociar; que los temporales, y, más de ciencia, siempre son los más difíciles:

Dióle buenos consejos y volvió consolado á Coimbra, rumiando siempre en el corazon las buenas pláticas y la santa doctrina que habia oido al P. Ignacio.

No le duró mucho este gozo, porque sus acreedores le apretaron grandemente porque los pagase.

El pobre se vió tan afligido, sin hallar remedio para salir de aquel aprieto, instigado de Satanás, determinó ahorcarse, para dar fin con la muerte á tantos afanes, sin advertir, como ciego, que la desesperacion le metia en otros mayores, en que si una vez caia, no podia tener remedio.

Engañado, pues, del demonio, echó un lazo á un olivo para colgarse de él, al tiempo que le ponía al cuello, oyó la voz del P. Ignacio, que á la misma ora estaba en las gradas del hospital de la Misericordia en la plaza de Lisboa, treinta y seis leguas de Coimbra, comenzando la doctrina y diciendo como solia: *Por la señal de la santa cruz*, etc.

Dardo encendido fué esta voz, que le penetró el corazon; y deteniendo los brazos en que tenia la soga, quedó como pasmado mirando á todas partes.

Como no viese persona humana, entendió que aquella voz era divina, traída milagrosamente para remedio de su alma; y abriéndole Dios los ojos, vió su perdicion, y lloró su pecado, y desistiendo de su intento, volvió al lugar meditando lo que habia oido al P. Ignacio Martinez á tan larga distancia.

Contó en nuestro colegio lo que le habia sucedido y se confesó con muchas lágrimas, y corrigió su vida, y confiando en la divina bondad, halló re-

medio y consuelo en sus trabajos, como le da nuestro Señor á todos los que en él confían.

De estos casos pudiéramos referir muchos que se dejan por brevedad, y los dichos declaran la virtud admirable de este predicador de la verdad y las obras milagrosas que obraba Dios por su doctrina.

Era tan cordial el amor que tenia á los niños y el cariño con que los trataba, que no pudiera ser mayor, aunque fueran hijos suyos.

Agasajábalos y regalábalos, y no parece que se hallaba sin ellos, y no permitia que los apartasen de su lado, y siempre traia con qué regalarlos, estampas, medallas, rosarios y cosas de devocion, con que los atraia y estudiaban con grande cuidado la doctrina.

Era en esto tan celoso, que riñó públicamente á un compañero suyo porque, cansado de sus importunidades, los apartó con enfado y con alguna indignacion, repitiendo aquellas palabras de Cristo: *Dejad venir los niños á mí, porque de los tales es el reino de los cielos.*

Conforme á esta benevolencia era la atencion con que les acudia en sus peligros.

Estando una vez haciendo la doctrina en Cuerpo Santo, lugar suyo ordinario, sobre las gradas del templo de nuestra Señora de Gracia; se soltó de repente una mula y partió corriendo al sitio donde estaban los niños de la doctrina, atropellando á uno que quedó casi muerto, y por tal le llevaron á casa de sus padres.

Acabada la doctrina, fué el Padre con gran cuidado á ver el niño á su casa; sube la escalera y halla los padres llorando el hijo por muerto.

Acudió el P. Ignacio con aquellas sus ordinarias palabras: *No es nada, S. Antonio, S. Antonio*, y luego, echando la bendicion á su discípulo, dijo á los padres que no llorasen, que no habia de morir, que presto tornaria á la doctrina.

El Padre lo dijo y Dios lo confirmó, porque mejoró luego, y de allí á dos dias se levantó sano y valiente, y volvió á la doctrina, juzgando todos el caso por maravilloso, y entendiendo que el P. Ignacio autorizaba con obras prodigiosas lo que con palabras santas enseñaba.

Otra vez iba con la doctrina por la Rua nova de Lisboa; pasó un coche y cogió debajo de las ruedas á uno de los niños que le acompañaban: bien se deja ver cuál quedaria una criatura con semejante desgracia.

Gritaron todos los que se hallaron presentes; acudió el Padre á su niño, tomólo en brazos, consoló á los circunstantes diciendo que no era nada, que S. Antonio acudiria.

Y en la verdad, siendo el desastre mortal, no fué nada, porque de los bra-

Los del P. Ignacio salió el muchacho sano, y por sus piés se fué á casa con buena salud, mostrando Dios que ponía los ojos en aquellos en quien tal siervo suyo ponía las manos.

En cada una de estas dos veces socorrió el P. Ignacio á un solo niño, en otras muchas valió á muchos.

Venia con su doctrina de las puertas de Sta. Catalina, y guió por la calzada de Pedenavaes, y sucede que arranca por la misma cuesta abajo un caballo desbocado, sin poderse conocer quién era el caballero, y pasó corriendo por medio de los muchachos, saltando y atropellando cuanto halló delante.

Desapareció el caballo y no se vió más el caballero, dándose por satisfecho el comun enemigo con dejar la procesion deshecha, la doctrina perturbada, y muchos de los niños pisados y lastimados.

No pudo resistir el poder infernal contra la caridad y celo de tal varon.

Llegó él con su buena gracia, diciendo: «No es nada,» *inimicus homo hoc fecit*; tomó de la mano á cada uno de los que estaban caidos, levantólos en pié, quedando todos sin lesion alguna, cuando se juzgaba que muchos quedarian muertos.

Otra vez estaba con su doctrina en la ribera de Lisboa, y de repente avisó á los niños y demás gente del auditorio que despejasen el lugar donde estaban y se pasasen á otra parte.

Mudóse la gente sin saber el fin que tenia semejante novedad, más por obedecer al Padre que por recelar algun peligro.

Apénas se habian mudado, cuando cae en el mismo lugar una ventana de lo más alto de unas casas, que sin duda con su gran peso ó mataria -ó á lo menos trataria muy mal á los que cogiese debajo; juzgando todos que reveló Dios á su siervo este suceso para librar por su medio á sus oyentes, que no era bien peligrasen en semejante ocupacion; manifestando el Señor cuán cuidadoso estaba de aquellos que descuidados de sí, ponian todo su cuidado en asistir á la santa doctrina.

V

Refiérense dos notables casos que sucedieron al P. Ignacio con un pecador que convirtió y con unos comediantes que reprendió.

Con estas obras prodigiosas y con este grande celo con que perpetuamente acudia á las cárceles, á los hospitales y á las galeras que entónces habia en aquel rio, alcanzó tan grande nombre el P. Ignacio, que era tenido por Padre universal de todos los pobres y miserables, buscando limosnas y reme-

diando á todos, y todo con tan buena gracia y con tan amorosas entrañas, que parece tenia la gente por beneficio particular concederle las limosnas que pedia, y que él tenia por gloria alcanzar las conversiones que deseaba.

De muchas pudiera decir mucho, las cuales pretendia, buscaba y alcanzaba; sólo hablaré de una conversion ó mudanza de un pecador que parece alcanzó acaso, aunque de parte de Dios venia muy de pensado.

Salió una vez de la sacristía de S. Roque, llamado del Hermano sacristan para una confesion, y, encontrando con cierto hombre que en la iglesia estaba de rodillas, le preguntó si queria confesar, pareciéndole que aquel era el que le llamaba.

Andaba este hombre tiempo habia muy embarazado y atribulado de la conciencia, y, oyendo la pregunta del P. Ignacio, quedó espantado.

Detúvose así breve espacio sin saber qué responder, y como ordinariamente semejantes conciencias dificultan llegarse á los Sacramentos, la respuesta fué decir: «Padre, yo no me quiero confesar, aunque tengo de ello mucha necesidad.»

«Pues, señor, si la teneis (dijo el Padre con la gracia que solia) fácilmente os daré remedio, que aquí luego os confesaré y se aliviará y consolara esa alma.»

Viendo este pobre pecador la facilidad y voluntad con que se le ofrecia tan grande bien, queria por una parte echar mano de lo que, sin pretenderlo, le traia Dios á su casa; mas por otra la conciencia cargada con el grave peso de los pecados, no le dejaba libre de la lucha interior que el Padre adivinaba, y como buen médico, le iba animando, mediando tambien la gracia divina por medio de las suaves palabras y blandas amonestaciones con que el P. Ignacio le disponia.

«Alto, señor, le decia, confesémonos, que yo para confesaros fui llamado, y no me he de ir ni tornar de balde.»

Instaba el Padre y resistia el pecador; fué finalmente más poderosa la gracia de Dios que la resistencia de la naturaleza: «Yo, Padre mio, le dijo, no os mandé llamar, mas ya que Dios aquí os trajo, no os volvereis sin dar remedio á esta alma.»

Vase entónces con el P. Ignacio á un confesonario, híncase de rodillas, comienza á deshacerse en lágrimas y á relatar sus pecados; hace una confesion general poniendo delante del confesor toda su vida, dále cuenta de los embrazos de su conciencia con que habia años andaba asombrado.

Queda, finalmente, aliviado, alegre y consolado; que si los hombres supiesen buscar estos alivios, tendrían ménos tristezas y vivirían más contentos.

Saliendo, en fin, de los piés del Padre, pregonaba por todas partes que aquel

padre era un ángel del cielo, dando infinitas gracias al Señor que de tal acaso sacó tan cierto remedio para su salvacion.

Que así, sin pretenderlo, se nos ofrece Dios, y así encontramos con sus divinos dones acaso, sin buscarlos de propósito, que por ser ellos de por sí de infinito precio y dársenos muchas veces tan baratos que sin industria nuestros hallamos, se comparan en el Evangelio á un tesoro hallado por quien no lo buscaba.

Y aquí tomó Dios por instrumento á este su grande siervo el P. Ignacio Martinez, para comunicar tanto bien al que tan mal le merecia.

El caso de esta conversion fué, como vimos, acaso; otras buscaba él muy á propósito, no perdiendo ocasion en que no procurase evitar pecados é introducir la virtud, no reparando en las mayores dificultades; porque fué hombre de grande ánimo y que sólo ponía delante de los ojos el servicio de Dios, sin hacer caso de inconvenientes humanos. Quiero en prueba de esto contar un notable ejemplo.

Ya dije de la grande guerra que siempre en Lisboa movió contra los comediantes, los cuales en aquel tiempo con representaciones indecentes profanaban la honestidad y estragaban la modestia.

Habian de salir un dia la vez primera con una danza muy lasciva, bien conocida entre deshonestos y enseñada por el mismo demonio, que hasta con bailes les engaña á los hombres.

Tenian los comediantes en los puestos más públicos fijados carteles, convocados todos los ociosos de la ciudad (que de estos hay infinitos en Lisboa), para asistir á aquella su diabólica máscara.

Tuvo noticia de ella el P. Ignacio; manda luego tocar caja; júntase su interioría, y, puesta toda en órden, marchó al corral de las comedias, que entonces estaba en una callejuela sin salida, vecina á la calle de Arcas.

Llega la vanguardia á la puerta que se le rindió sin resistencia; óyese ya dentro la campanilla de la santa doctrina, y aparécese al instante su estandarte real.

Habia concurrido aquel dia infinita gente por la causa dicha, ocupaba el patio todo, las gradas y aposentos poblados de los más autorizados oyentes, y llegaban los representantes á la jornada inmediata al entremés y sarao.

Al principio hubo gran bullicio en el auditorio cuando oyeron la campanilla, y mayor aún cuando despues de ella vieron entrar el estandarte de la doctrina entre muchos niños que venian cantando y abriendo camino por medio de la apretura del pueblo.

A la inquietud de la gente se siguió mayor admiracion cuando vieron que en la retaguardia el P. Ignacio, cosa que nada ménos esperaban en

aquel tiempo y en tal lugar, y suspensos con la novedad del caso, unos se espantaban, otros lo extrañaban.

El Padre, sin perder punto, ganado ya el patio, desde un banco saltó vencedor al propio lugar en que los farsantes empezaban su infernal entremés como si fuera un valiente conquistador que por las picas de los contrarios asalta venturoso la fortaleza enemiga.

Luego que el P. Ignacio apareció sobre el tablado de aquel teatro é hizo frente al pueblo, se siguió un admirable silencio y repentina suspension en todo aquel numeroso auditorio.

Hasta los mismos comediantes, espantados á vista de tan nuevo espectáculo, le dejaron como vencidos el campo, súbitamente asombrados de las voces que le oían diciendo: *Por la señal, de la santa cruz*, etc.

Prosiguió luego con un fervor y espíritu de Elías, afeando aquellos bailes lascivos y moviendo á todos á lágrimas y penitencia, con igual admiracion y contricion de sus pecados.

Púsose término á la doctrina, reprendiendo el Padre con un espíritu de Elías aquella profana y deshonesta accion, y concluyó pidiendo en altas voces á Dios misericordia.

Finalmente, salió victorioso, dejando vencido al infierno, confundidos los farsantes y compungidos los oyentes, que salieron de la comedia contritos habiendo entrado distraídos, hallando la salvacion en el lugar de la perdicion.

Y confesaron todos haber tenido más que ver en solo el P. Ignacio predicando, que en muchos comediantes representando.

VI

De la oracion y mortificacion del P. Ignacio Martinez; de la ocasion que tuvo para ir á Coimbra á una Congregacion, cómo quedó predicando en ella, donde adolesció y murió santamente.

Con este desvelado deseo y vehemente cuidado que tenia de enseñar la doctrina, decia bien la mucha vigilancia de la perfeccion de su alma, y ántes parece que por eso mismo le asistia tanta confianza para doctrinar á los extraños, porque era mucha la costumbre de mortificarse á sí mismo; que en la verdad, conforme moraliza S. Gregorio Magno, entónces mejor se predica la doctrina, cuando primero se ejercita lo que se enseña.

La oracion de este siervo de Dios fué muy continua todo el tiempo que ocupaba en la doctrina.

Era cosa muy ordinaria pasar la noche casi toda en oracion en la iglesia

y sus capillas, sin querer recogerse al aposento ni recostarse en la cama.

Algunas veces fueron á acecharle á media noche despues de recogidos todos, y le veian en pié delante del Santísimo Sacramento.

Tal vez le acometia el sueño, porque ya de rendido no podia velar más, y su violencia casi le derribaba en el suelo; mas, recobrado de él, se levantaba á proseguir su ejercicio, y así lidiaba luchando con el sueño, ya vencido, ya victorioso, hasta que triunfaba de él y continuaba en pié por muchas horas.

De esta manera los santos se hacen fuerza y pretenden hurtar á la naturaleza aquellas horas de que ella más necesita para descansar; y aunque como hombres flacos no pueden en todo y del todo vencerla, á lo ménos se esfuerzan á sujetarla en parte. Así sucedia al P. Ignacio, que si no podia pasar la noche toda velando en oracion como S. Antonio en Egipto, procuraba imitarle, contentándose con tener la pelea cuando no podia alcanzar la victoria; porque hay algunas cosas en que sólo el pelear es vencer, y el resistir triunfar, y en muy árduas empresas basta para gloria el intentarlas, aunque falte la dicha de conseguirlas.

La mortificacion de este gran siervo del Señor fué admirable, la penitencia muy rigurosa.

Por lo que hizo en el último año de su vida en Coimbra, entenderemos lo que obró todo el tiempo antecedente en Lisboa.

Mas será para eso necesario contar primero la ocasion que hubo para ir á Coimbra, donde en el postrer año de su vida dejó mucho que imitar en sus penitencias y otras cosas de gran servicio de Dios, como sucedió á su devoto S. Antonio en Pádua el año antes de su glorioso tránsito.

El año de 1597 se hizo una Congregacion provincial en el colegio de Coimbra, siendo entónces Provincial el P. Francisco de Gobeia, persona muy conocida en aquel reino, para elegir Procurador que fuese á Roma.

Acudió á ella el P. Ignacio Martinez como profeso y de los más antiguos.

Salió de Lisboa con tres novicios caminando á pié y haciendo siempre la doctrina con ellos por los caminos, conforme á su santa costumbre.

En llegando á Coimbra, víspera de la dominica segunda despues de Resurreccion, fué en la ciudad y colegio recibido como si les entrase un hombre santo.

Aquella misma tarde le vino á visitar el Obispo D. Alonso de Castelblanco, hijo de D. Antonio de Castelblanco, Prelado tan celebrado en aquel reino, y le hizo predicar el siguiente dia en la catedral sin más descanso ni aparejo, ó porque su alivio era predicar, ó porque juzgaba el Ilmo. Pastor que bastaba por predicacion la vista sola de tal predicador.

Convocóse la ciudad toda, y el mismo concurso habia todas las veces que salia en público, persuadiéndose la gente que iba á oír á un varon santo.

En el colegio pidió licencia al P. Rector para habitar en el corredor de la tierra (que así llaman aquel lienzo de la casa que queda en el andar de la calle) en el cual están algunas oficinas donde ninguno de los nuestros habitaba.

Pedíalo con tan grande instancia, que parece no era posible negárselo; y el misterio de la peticion era que se queria disciplinar allí á su voluntad sin testigos que lo oyesen.

Y aunque no alcanzó la morada, con todo eso tenia en aquel paraje un cierto lugar donde á deshora se retiraba y se disciplinaba con tanta fuerza y frecuencia, que por más que él queria encubrirse, testificaban algunos que parece sentian temblar la casa con la fuerza de sus disciplinas.

Acabada la Congregacion, fueron tantos los ruegos del colegio, del Obispo y de la ciudad, que hubo de quedarse en Coimbra predicando y haciendo la doctrina.

Llegó la cuaresma siguiente de mil y quinientos y noventa y ocho; predicó el primer viérnes en la capilla de la Universidad.

En el mismo dia adoleció, mas no dejó de predicar el domingo en nuestra iglesia, porque no bastaba la fuerza de la calentura para vencer un ánimo tan valeroso.

Acabado el sermon, se vino á rendir al mal, del cual finalmente murió, para que pudiésemos con verdad decir que moria en su oficio, predicando y doctrinando.

En la dolencia, que es la piedra del toque en que los religiosos muestran la virtud que en salud ejercitaron. mostró bien los preciosos quilates de su admirable virtud.

Pidió que todos los dias le diesen el Santísimo Sacramento, que por veces se le concedió.

Sus pláticas todas eran siempre de cosas del cielo; gastaba el dia casi todo en coloquios con Cristo Señor nuestro y con la Virgen santísima, de quien era devotísimo.

Y tenemos por tradicion que esta soberana Señora se le apareció á la hora de la muerte, acompañando y ayudando á este su gran devoto en aquel peligroso trance; y no podia dejar de tenerle muy bueno quien en tal tormenta tenia tal estrella.

Estando una vez para recibir el Santísimo Sacramento, despues de hacer la protestacion de la fe, dijo que lo que en aquella hora más le consolaban eran dos cosas.

La primera haber tenido por toda su vida la conciencia clara y mani

á sus Superiores, y que el Señor, que estaba presente, lo sabia muy bien.

La segunda era que nunca en toda la vida habia trazado lo que habia de hacer, dejándose siempre gobernar por la santa obediencia.

Estas dos cosas de tanta consideracion consolaban á este siervo de Dios; y, en la verdad, no hay camino más seguro que el de la santa obediencia; quien quiere acertar, ha de caminar por esta senda, y quien quisiere echar otra, como dice S. Bernardo, necesariamente ha de errar.

Tambien le era materia de gran consuelo en aquella hora, como él dijo, no tener que dar cuenta á Dios de vidas ajenas, porque, siendo así que fué varon tan santo y vivió tantos años en la Compañía, nunca fué Superior.

Duró la enfermedad toda aquella semana; el lunes pidió la Santa Uncion, que recibió con grande gozo de su alma.

Agravósele desde allí el mal por instantes con grave malignidad, y cuando le querian despertar y alegrar, le hablaban de la santa doctrina.

Para eso le tenian en un aposento de la enfermería en que estaba su caña de la doctrina y uno de los estandartes.

Una vez le preguntó el P. Rector qué era lo que deseaba de su gusto y consuelo; respondió que ver algunos Hermanos novicios hacer la doctrina, lo cual le fué concedido así para alivio suyo como para ejemplo nuestro.

Vino el novicio, hizo la doctrina, alivióse y alegróse el enfermo con esta vista; de suerte que esta era la cítara que le elevaba, esta la música y melodía que le recreaba, y más regalaba al P. Ignacio quien más le repetia recuerdos de la santa doctrina.

Diónos entónces ejemplo de lo que en vida muchas veces decia, que cuando consideraba los cuarenta años que en la Compañía ejerció oficio de predicador, temia ser en la otra vida muy castigado; pero que los diez y siete años en que ejerció la santa doctrina, no hallaba motivo de miedo, ántes tenia causa de consuelo.

Y para que aún despues de muerto mostrase el amor que tenia á tan santa ocupacion, pidió que le enterrasen con su caña de la doctrina; que esta era la espada de aquel caballero de Cristo, y este el baston de tan insigne general; como queriendo, ya muerto, del modo que pudiese, hacer desde la sepultura la doctrina, pareciéndole que entónces descansarian mejor sus huesos, cuando entre las cenizas de su cuerpo se mezclasen las reliquias de su caña.

Vino, finalmente, á morir este celoso siervo de Dios al seteno de su dolencia, á la una del dia, el último de febrero de mil y quinientos y noventa y ocho, con grande paz de su alma, con tal semblante y exterior compostura, que se dudó mucho espacio de tiempo si estaba muerto; que de verdad por

eso la voz del cielo en el Apocalipsis llama bienaventurados á los que mueren en el Señor, porque tal muerte es señal cierta de mejor vida.

Era de setenta años de edad; tenia de Compañía cincuenta y uno.

Tiénese en su provincia por tradicion que el demonio á la hora de la muerte le quiso perturbar, como hizo á otros grandes santos, y que en aquella misma hora le consoló el Señor con visitas celestiales, animando en tal ocasion á quien en tantas sirvió á tan buen Señor, que acompañó con ángeles á quien doctrinó inocentes.

Cuando reconocieron que estaba muerto, fué extraordinario el sentimiento de todos, llorando la pérdida incomparable de un varon tan provechoso.

Estas lágrimas se renovaron cuando, estando para amortajarle, le hallaron el cuerpo duro y denegrido, como si toda su vida anduviera alrededor del sol.

Por todas partes se descubrian grandes señales de llagas de las disciplinas, que cogian todo el cuerpo, porque habia veinte años que todos los dias se disciplinaba con inhumano rigor.

En la cintura se veia claramente la señal que dejó el cilicio; que así se sabia ceñir y apretar, segun el consejo del Evangelio, este fiel y verdadero siervo del Señor.

Entónces se descubrió un secreto que habia fiado al Hermano que llaman en Coimbra el mandador de la gente, á quien pidió le diese la llave de una covachuela muy excusada y apartada, donde se iba todos los dias á disciplinar rigurosamente, haciendo este ejercicio con gran disimulacion y á tiempo en que le faltasen testigos, porque trataba de buscar la mortificacion y de huir la opinion y aplauso del mundo.

Tal, en fin, fué hallado y visto el cuerpo del P. Ignacio, que los que vieron este raro espectáculo, decian que parecia un *Ecce homo*.

Dichoso Padre y bienaventurado cuerpo, que llegó á parecerse tanto al buen Jesus.

Dichosas penitencias, bien empleadas disciplinas, pues recabaron é hicieron que el P. Ignacio fuese una imágen viva del mismo Cristo llagado; bien se podia comprar á costa de tan penosas señales representacion de llagas tan preciosas.

Ni por salir tan llagado era ménos esforzado, ántes no seria tan valiente en esta pelea del espíritu contra la carne, sino saliese tan herido de la batalla.

Entónces parecia más vencedor, cuando más se divisaban sus heridas; que en la guerra de la mortificacion, quien sale con más golpes, alcanza más victorias; y quien tan bien supo retratar en sí á Cristo llagado, tambien le gozará hoy resucitado en la gloria.

VII

Refiérese lo que sucedió despues de la muerte del P. Ignacio Martinez, con el testimonio que dió el Rector de la Universidad de Coimbra y del grande sentimiento que hubo en todo el reino.

Despues que entre tantas lágrimas fué amortajado el bienaventurado cuerpo, le llevaron á la capilla del colegio de Coimbra, que es una pieza grande dentro de casa.

Allí en un lugar alto, muy bien aderezado, fué puesto revestido de ornamentos sacerdotales muy ricos.

Luego que se divulgó la nueva de la muerte del P. Ignacio, fué grandísimo sentimiento que mostró toda la gente.

Acudieron luego al colegio todas las personas graves de la ciudad para enlutar el cuerpo muerto, pues ya no le podian lograr vivo.

Vino el Obispo D. Alonso de Castelblanco, Prelado de aquella ciudad y muy célebre en todo el reino; vino D. Alejandro, hijo de doña Catalina, nieta del rey D. Manuel; vino el Rector de la Universidad, Alonso Hurtado de Mendoza, y con él la Universidad toda.

No habia quien pudiese resistir á la grande multitud de gente que entraba en el colegio y en la capilla á besarle las manos y los piés y á quitarle alguna reliquia, llorando todos la pérdida de varon tan santo, y renovándose en esta ocasion aquel general llanto y universal sentimiento.

De aquí con gran procesion en que iban más de trescientas luces, fué llevado á la iglesia; y fué tan notable el concurso, que por instantes venia á reherenciar el cuerpo, que no fué posible poderle sepultar de dia.

Echaron fama, para engañar la gente, que no habia de ser aquel dia el entierro, porque desahogasen la iglesia.

Yéndose á sus casas, tornaron el cuerpo á la capilla, adonde le volvieron á rehacer de vestidos, á causa de haberle cortado los otros para reliquias.

En fin, de noche, á puertas cerradas, se entregó á la tierra este venerable depósito, como no queriendo el dia ser testigo de tan grande pérdida y de xion de tanto sentimiento.

El siguiente dia, antes de amanecer concurrió al colegio otro tanto pueblo, rramando de nuevo un mar de lágrimas por la pena de hallarle ya enterrado, consolándose con besar la sepultura los que venian á verle segunda vez.

Fué tan extraordinario el concurso y sentimiento de la ciudad en esta

muerte, que procuraron los Padres, para memoria de los venideros, que tomasen testimonios auténticos de lo que en esta ocasion sucedió.

Y así se pidieron y dieron por el Obispo de Coimbra, D. Alonso de Cast. blanco, por D. Alejandro de Braganza (que entónce estudiaba y honra a aquella Universidad) por los Canónigos, Inquisidores y demás personas graves que asistieron á aquel funeral, cuyos autorizados instrumentos están en el archivo del colegio de Coimbra.

Costumbre es de Dios nuestro Señor autorizar muchas veces con milagros las reliquias de sus santos, supuesto que no concede siempre este privilegio á todos los que fueron insignes en santidad, para que, como dice S. Agustín, no juzguen algunos ignorantes que más se estiman en los Santos los milagros que hicieron que las virtudes que ejercitaron.

Admirable fué la vida que hizo este grande siervo del Señor el P. Ignacio Martinez, y este fué el principal milagro que de él podemos contar.

Con todo eso, despues de su muerte sucedieron muchos casos que aquí se podian referir; mas yo siempre voy muy atento en materias semejantes, porque sé los requisitos que son necesarios para publicar un milagro.

Los casos que referiré de esta especie serán muy pocos, fiando así que hay muchos, y estos serán por autoridad ajena, de la suerte que se hallan escritos.

El primer caso maravilloso se contiene en una carta de D. Alejandro, hijo del duque de Braganza, D. Juan, y de doña Catalina, nieta del rey D. Manuel, escrita al P. Juan Correa, de los más graves de aquella provincia.

«A esta hora me llegaron nuevas de Villaviciosa, y una monja hidalga me escribe que hizo un grande milagro una reliquia de aquel santo Maestro ignacio Martinez.

»Estando el Prior de nuestra Señora de Gracia con una apostema en la garganta, por la cual estaba ya desconfiado de su vida y se habia despedido de sus frailes, ni podia recibir el Santísimo Sacramento por no darle ella lugar.

»Envióle una parienta suya de la cámara de su Alteza una reliquia del santo P. Ignacio Martinez, y, en poniéndola, se reventó la apostema y quedó tan bueno que por su mano escribió á dicha parienta dándole las gracias, y confesando que en el punto que le pusieron la reliquia sanó de la apostema. Hasta aquí D. Alejandro.

Por el mismo tiempo un ciudadano honrado de Coimbra, llamado Luis Cardoso, tenia una hija enferma de accidentes mortales que la tenian en manifiesto riesgo de la vida.

A instancia de un amigo suyo que se llamaba Antonio de Coimbra Robello, le aplicó una reliquia del vestido del santo Padre, rezándole en su nombre un *Pater noster* y una *Ave María* cuando le entraba el accidente, y lae-

instantáneamente cesó y quedó sana, sin que en adelante le viniese más en el resto de su vida; y por ser tan manifiesto milagro, se tomó luego por **y** testimonio, para que constase en todo tiempo.

No gozó sólo Coimbra de estas maravillas, porque en varias partes del reino adonde llegó la fama del siervo de Dios, obró Su Divina Majestad muchas por su medio, entre las cuales fué muy notoria la que recibió un hijo pequeño de D. Manuel Correa de la Cerda y doña Francisca de Aragon, ilustres caballeros de Lisboa y muy devotos del santo Padre.

Teniendo, pues, á su hijo tan ciego de enfermedad de los ojos que no podía distinguir cosa alguna, y habiendo probado todos los medios humanos para darle salud sin fruto alguno, acudieron á los divinos.

Enviaron luego á la Casa Profesa de S. Roque, de la Compañía de Jesus de Lisboa, por una reliquia del P. Ignacio Martinez.

Trájoles un Padre una oracion escrita de su mano, que traia siempre en el breviario y la rezaba cada dia.

Los buenos caballeros la tomaron con grande reverencia y, derramando copia de lágrimas, suplicaron á nuestro Señor que diese salud á su hijo por los méritos del santo P. Ignacio Martinez, y á él que intercediese con Su Divina Majestad.

Con grande fe y confianza le aplicaron la reliquia á los ojos, y luego los abrió claros y buenos, y, cesando aquel pestilencial corrimiento, quedó del todo bueno y sano con igual gozo y admiracion, así de sus padres como de todos los que se hallaron presentes, que no cesaban de dar gracias á Dios por tan grande maravilla, ensalzando hasta los cielos los méritos y santidad del P. Ignacio.

Y á petition del P. Provincial y Prepósito y demás Padres de la Casa Profesa de Lisboa, hizo auténtica informacion de este milagro D. Miguel de Castro, Arzobispo de la dicha ciudad, y se puso con las demás informaciones hechas para su canonizacion, que están en el archivo del colegio de Coimbra.

Otros muchos milagros se cuentan que hizo nuestro Señor por su medio, así en vida como en muerte, los cuales más averiguados saldrán en la vida que los Padres de su provincia sacarán en libro aparte; porque con las guerras de estos tiempos entre Portugal y Castilla, no he podido alcanzar cumplidamente sus noticias ni he querido mezclar lo incierto con lo cierto, por no arriesgar el crédito de todo.

Dejó escritos algunos tratados de cosas espirituales muy útiles para las almas, y una *Declaracion de la doctrina cristiana*, copia y ejemplar de la que enseñaba, y una *letanía del Santísimo Sacramento*, que solia rezar por su devocion.

Escriben de este santo varon el P. Felipe Alegambre en su *Biblioteca* un cumplido elogio, que es resúmen de su vida; el P. Pedro de Rivadeneira el libro de los *Escritores de la Compañía*. El P. Orlandino en su *Historia*, lib. VII, cap. LXXIII. El P. Juan Eusebio, tomo I de los VARONES ILUSTRES DE LA COMPAÑÍA, fol. 773. *Imago primi saeculi Societ.*, lib. III, cap. VI, folio 352. P. Baltasar Tellez, en la *Historia de la provincia de Portugal*, segunda parte, lib. IV, cap. XLVIII, de quien se ha sacado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.

P. JERONIMO CARVALLO

EL P. Fr. Elías de Sta. Teresa, Provincial de Flandes, en el primer tomo de *Legatione Ecclesiae Triumphantis*, refiere algunas vidas de varones de la Compañía esclarecidos en virtud y santidad.

Entre ellos es el P. Jerónimo Carvallo, que entró en la Compañía por un modo maravilloso y providencia divina; porque, pasando un dia el rio Tajo (que por Portugal, donde él asistia, va muy crecido y profundo) fiado en los débiles fundamentos de una barca, de repente se levantó una cruel tempestad, que la desbarató su camino, y á él le arrojó en las aguas.

Viéndose, pues, en esta ocasion ya casi ahogado, entre los raudales copiosos del rio, sin poder humanamente escapar con la vida, sintió que invisiblemente le ayudaban á sustentarse en las aguas, y poco á poco le llevaron hasta la misma barca y le metieron dentro, dejándole en salvo.

Luego le pareció que le decian en lo interior de su corazon que la voluntad de Dios era que se entrase en la Compañía en agradecimiento á tan singular beneficio, lo cual el siervo de Dios ejecutó con mucha prontitud y alegría, y en ella dió raros y admirables ejemplos de perfeccion.

Nunca tenia ménos de seis horas de oracion cada dia, si bien toda su vida se puede llamar una continua oracion; tanto era el amor divino que en su pecho ardia.

Cada dia hacia cien genuflexiones, á imitacion de algunos de los Apostóles.

Su penitencia y mortificacion exterior era rara. Traia siempre un cilicio muy áspero y escabroso, que le ceñia todo el cuerpo y llegaba hasta las rodillas.

Tomaba todos los dias por lo ménos dos ó tres disciplinas, y eran tan

urosas, que los religiosos más cercanos á su aposento se movian á compa-
on, y con humilde envidia se confundian.

Tenia una devotísima familiaridad con la Purísima Virgen María, á quien
ernamente queria y amaba, y esta soberana Señora se lo agradecia con re-
íproco amor, tanto que se dignó muchas veces visitarle y hablarle visi-
blemente.

Y aunque era muy humilde, y por eso solícito y cuidadoso en encubrir se-
nejantes favores, con todo eso quiso la Majestad Divina, para nuestro pro-
echo y edificacion, que su siervo, sin pensar, dijese una vez que hallándose
en una ocasion muy triste por las penas del purgatorio que en la otra vida
esperaba, se le apareció la Virgen Santísima y le dijo que ella era Madre y
Abogada de los pecadores, no sólo en esta vida, sino tambien en la otra,
para las penas del purgatorio, lo cual le habia causado muy especial consuelo.

Supo este Padre el dia de su muerte antes que llegase y lo declaró á los
que le asistian, y, lo que es más admirable, entre sus papeles se halló uno de
su mano escrito el año de 1589, en que decia: *Ahora me quedan quince años
de vida*, y entónces tenia cuarenta y cinco de edad.

De allí á cinco años escribió otra cédula, que decia: *De aquí á diez años
he de morir*, lo cual sucedió de la misma manera, porque murió de edad de
sesenta años.

La Virgen Santísima, como su Patrona y Madre que es de misericordia,
le reveló su último dia, para que se previniese debidamente para tan impor-
tante jornada.

Alaba las virtudes de este siervo de Dios el P. Juan de Rho en diversas
Partes de su *Varia Historia*, lib. III, cap. III y VIII, lib. VII, cap. V.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN CARDIN

AQUELLOS diligentes obreros del Evangelio que vinieron al poner del
sol, trabajaron con tan grande fervor y tan escogidamente, que en una
hora se igualaron en el mérito y galardón á los que vinieron al amanecer y
trabajaron todo el dia.

Uno de los cuales podemos creer que fué el fervoroso P. Juan Cardin, que
bien ~~era~~ *era* ~~en~~ *en* la flor de su edad de veinte y seis años poco

más, fué al poner del sol de su vida, porque no llegó á cuatro años la que tuvo en la Compañía.

En tan poco tiempo, que fué como una hora respecto de los que trabajaron cincuenta, y sesenta, y más años, trabajó tan escogidamente y se adelantó de manera en la perfeccion, que mereció el premio de los más aventajados en ella y ser escrito en el número de los varones ilustres de la Compañía.

Su vida, como ejemplarísima y de grande edificacion, escribió en estilo latino y elegante el P. Felipe Alegambe, y la imprimió en Roma para ejemplo de todos el año de 1645, la cual, reducida á brevedad, es la siguiente:

Fué el P. Juan Cardin portugués de nacion, natural de la Torre de Moncorbo, hijo de Jorge Cardin Eroes, del Consejo real de Portugal y juez de apelaciones criminales, y de doña Catalina de Andrada, ambos nobles por su sangre y no ménos por sus virtudes, porque fueron personas ejemplares, de conocida virtud, la cual mostraron en la educacion de sus hijos.

De diez que les dió nuestro Señor, le ofrecieron los nueve á su servicio en varias Religiones, volviéndole fidelísimamente los dones que les habia dado.

Los primeros fueron cuatro hembras, y, creciendo su deseo de tener un hijo varon, heredero de su casa, hicieron voto á Dios nuestro Señor de edificar una capilla á S. Juan Bautista el dia que se le diese.

Oyó sus plegarias la divina Majestad, y dentro del mismo año les dió un hijo á quien llamaron Juan en reverencia de su devoto Patron S. Juan Bautista, cuya capilla edificaron en la villa de Montemaor, en cumplimiento del voto que habian hecho.

Este fué nuestro Juan Cardin, que nació á dos de junio el año de 1585, para grande gloria de Dios y edificacion de muchos.

Criáronle sus buenos padres con mayor cuidado que á los demás, así por ser hijo de oraciones como por mirarle como á heredero de su casa y varon tan deseado; y parece que nuestro Señor dió muestras desde su tierna edad de haberle escogido para su santo servicio en la inclinacion que mostraba á todas las obras de virtud.

Era admirable su compostura y no menor su devocion, así en rezar como en venerar las imágenes y asistir en los templos á los Oficios divinos.

El natural era blando, dócil, humilde, obediente y muy inclinado á hacer bien, con que cautivaba los corazones de todos.

Siendo tan niño huia de los traviesos y libres, y se juntaba con los quietos y bien acostumbrados.

Apénas supo leer, cuando, haciendo púlpito de una silla, ponía un paño, y, convocando á todos los de su casa, subía en ella y les leía un libro espi-

al ó la vida de un santo: pronóstico de lo que habia de obrar despues en edad mayor.

Creciendo en edad le envió su padre á Oporto á estudiar la gramática, donde le saltó una grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte.

Envío á llamar al P. Antonio Vasconcelos, Rector de nuestro colegio y ario suyo, y con más juicio que años, le dijo: «Padre mio, yo creo que soy más cerca de la muerte que de la vida, y por despedida os quiero encomendar un grande tesoro que tengo escondido: habeísme de dar palabra á cuidar de él como de cosa propia.»

«Yo lo ofrezco,» dijo el Padre y el niño: «Pues sabed, que este tesoro es mi alma, tan preciosa, que dió por ella toda su sanre Cristo; esta os encomiendo, y pido que mireis por ella como por vos mismo.»

«Así lo haré,» dijo el Rector, y luego dispuso una confesion general de toda su vida, tan corta, que no llegaba á trece años, y tan inculpable y pura, como si entónces saliera de la pila del bautismo.

Dispúsose para morir con grandes actos de contricion y fervorosos afectos de caridad y amor de Dios, el cual, como le tenia destinado para cosas de su servicio, dilató su partida por entónces, hasta cumplirlas, como veremos en el discurso de su vida.

Mejóro de la enfermedad, y en breve tiempo alcanzó entera salud y acabó la gramática con mucho aprovechamiento.

Luego le envió su padre á la Universidad de Coimbra á estudiar Cánones, adonde con su buen ingenio y mucha aplicacion se hizo grande lugar entre sus discipulos, y alcanzó nombre de aventajado estudiante en Cánones y leyes, y mucho mayor en virtudes.

Era el ejemplo de todos y el que los componia en sus acciones, y los reñenaba en sus vicios, no tanto con palabras como con obras santas y ejemplares virtudes.

Tenia sus tiempos señalados para la oracion mental y para la vocal y para sus devociones. Frecuentaba los Santos Sacramentos á menudo.

Usaba de cilicio y disciplina, y tenia dias señalados para ayunar. Ponia gran cuidado en apartarse de malas compañías y de buscar las buenas, que es grande medio para no distraerse en el estudio.

El recogimiento y la modestia parecian la esfera de su cuidado, porque no se hallaban sino en las iglesias, en las aulas y en su estudio.

Túvole grande en que sus criados fuesen de buenas costumbres; y, finalmente, en la flor de su juventud floreció más en la santidad que en los años, en hábito secular hizo una vida de un perfecto religioso.

Su resplandor ofendió á los ojos legaosos de los malos y mal

acostumbrados, que mirando en aquel claro espejo las manchas de sus vicios, procuraron escurecerle y anublarle con sus malas lenguas para no parecer en su comparacion tan malos como eran.

Llamaban á su virtud hipocresía, y á su modestia fingimiento, y á su recogimiento melancolía y sequedad, y avaricia indigna de su sangre y profesion; que si Cristo padeció semejantes y mayores calumnias, no es mucho que las padezcan sus discípulos.

Las que padeció nuestro Juan pasaron tan adelante, que llegaron á frisar con las de Cristo, pues le quisieron apedrear como á él y de hecho, estando en su recogimiento, le tiraron tantas pedradas, que le quebraron la ventana, diciéndole muchas injurias que el siervo de Dios llevó con admirable paciencia, ofreciéndolo todo por su amor.

No permitió que alguno de sus criados ó amigos le defendiese ni hablase palabra contra los ofensores, ántes rogó á Dios por ellos como fiel discípulo de Cristo.

El incendio de caridad que ardia en su pecho era tan vehemente, que no se limitaba á sola su alma, sino que juntamente extendia sus llamas á encender en amor de Dios las de sus prójimos.

Como el espíritu del cielo que recibieron los Apostóles, no se pudo contener sin comunicarse al mundo; así él que encendia en llamas de su amor á este su siervo, no se pudo contener sin comunicarle á los otros.

Con un celo santo procuraba atraer á sus condiscípulos, concurrentes y amigos al servicio de Dios, retirándolos de los vicios, persuadiéndoles las virtudes, llevándolos con suave prudencia á los hospitales á ejercitarse en obras de caridad, á las casas de religiosos á oír sermones y frecuentar los Sacramentos y al ejercicio de la disciplina que se acostumbraba en algunas.

Tenia tanta gracia en persuadir, que no pocas veces llevó á sus propios maestros á estos santos ejercicios.

Como él iba adelante con el ejemplo, hacía les á todos fácil el camino, porque, como enseña Séneca, es el más breve y eficaz para persuadir; y, como le tenían por santo, veneraban sus palabras y las recibían como de amigo favorecido de Dios.

A que ayudó mucho la fama que corrió en aquel tiempo que había tenido algunas revelaciones de Dios, así de cosas ocultas como de ausentes y futuras, en orden á remediar algunos pecadores, confirmadas con manifestos sucesos.

A la sazón que acababa sus estudios, vacó una colegiatura en el colegio real de S. Pablo de Coimbra, y, juzgando que le estaría bien para proseguir sus estudios, se opuso á ella; pero, como Dios le tenía para otro colegio

liferente, dispuso las cosas de manera que no salió con esta pretension.

Esta fué la primera aldabada que dió á su corazon para renunciar el mundo, viendo y tocando cuán poco habia de fiar en sus esperanzas, pues la que su parecer tenia tan fundada le habia salido vana; y cuando pensó quedar honrado, salió de la pretension con ménos crédito que habia entrado en ella.

Retiróse á Viana á pasar sus estudios, adonde le dió el Señor otro toque más recio con un dolor de cuerpo repentino tan fuerte y vehemente, que le privó de los sentidos del cuerpo por veinte y cuatro horas, pero no de los del alma, porque en este tiempo le llevó á su tribunal en espíritu como antiguamente á S. Jerónimo.

Allí se vió como reo, y, como tal, acusado de todos los cargos de su vida, y se halló tan atajado, como en semejante juicio cuenta S. Bernardo que se halló otra vez él mismo; que aquel tribunal es tan riguroso y el Juez tan recto y tan sabio que, como dice Job, de mil cargos el más ajustado apenas podrá satisfacer á uno; y si, como dice S. Pedro, el justo con dificultad se salvará, el pecador ¿á dónde irá?

Salió nuestro Juan de este juicio tan espantado y temeroso, que luego sin más dilacion determinó firmemente de pisar las vanidades del mundo, dejar las honras y riquezas y las esperanzas engañosas del siglo, y recogerse en alguna Religion á tratar de las eternas y verdaderas, entregándose todo al servicio de Dios en humildad, mortificacion y obediencia, que es el camino del cielo.

Tenia hecho voto de visitar la imagen de nuestra Señora que está en el convento de la Luz de los religiosos de Cristo y está una legua de Lisboa; y lo primero, en convaleciendo, fué á cumplir este voto para que nuestra Señora le alcanzase luz de su santísimo Hijo para escoger aquella Religion que fuese para mayor gloria suya y provecho de su alma.

Allí se confesó generalmente de todos los pecados y de los cargos que le hicieron en el juicio, el cual tuvo presente en su memoria todos los dias de su vida, que aunque fué tan inculpable, tuvo mucho que llorar y que temer, como el glorioso S. Bernardo lo testifica de sí mismo.

En aquel santuario gastó muchos ratos con Dios, meditando muy despacio lo que le convenia hacer para conseguir su salvacion.

Pidiendo con lágrimas á la Santísima Virgen que le alumbrase para tomar el estado que pretendia, sintió una voz clara en el interior de su alma que le dijo entrase en la Compañía.

Oyóla como voz de Dios por medio de su Santísima Madre, y luego sin más dilacion se resolvió en abrazar nuestra Religion, y vivir y morir en ella como ordenacion de Dios y su manifiesta voluntad.

Hallábase á la misma sazón en Lisboa el P. Vasconcelos, su tío, y luego se fué á ver con él y le dió parte de su determinacion, añadiendo que deseaba ser lego para servir en más humildad á Dios, y pidiéndole que le ayudase para salir con su pretension.

Ya era muerto su padre en este tiempo, y su madre viuda y con muchos hijos, que como hijos de Oidor muerto tenian poco valimiento; y así, el Padre le respondió que no le daria la mano para entrar en la Religion sin consentimiento de su madre, porque seria enviudar segunda vez.

Y en cuanto á ser H. Coadjutor mucho ménos, porque no convenia al servicio de Dios; ántes le dijo que, sin dar más plazos ni dilaciones, se ordenase de sacerdote, pues tenia edad y era lo mejor.

A todo obedeció puntualmente, y, venciendo dificultades, negoció con su madre la licencia para entrar en la Compañía y se ordenó de sacerdote.

Y para que tuviese más que dejar por Dios, le ofreció el Obispo de Leyria el deanato de aquella iglesia, que conmutó en el pobre noviciado de la Compañía, en la cual fué recibido en el colegio de Coimbra á 23 de junio el año de 1611, á los veinte y seis de su edad y muchos más de virtud, letras y cordura.

Fué de tanta edificacion su entrada en la Religion, que muchos, movidos por su ejemplo, renunciaron el mundo y se consagraron á Dios en la Religion, llevando con perseverancia la cruz de Cristo en su compañía.

Pero ¿qué lengua podrá decir el fervor con que este nuevo soldado del Señor comenzó á militar en su milicia?

No sólo era el ejemplo de todos los novicios, sino un dechado de perfeccion á todos los antiguos.

Su humildad fué rara, su penitencia rigurosa, su caridad ardiente, su silencio inviolable, su oracion continua, su devocion tan ferviente que siempre estaba templado, modesto, compuesto, con una ternura de corazon admirable.

Las palabras que salian de su boca movian á devocion á todos los que las oian.

Pidió un mes para prepararse á la primera Misa, el cual gastó en recogimiento, silencio, oracion y penitencia, haciendo unos largos y devotos ejercicios, despues de los cuales, vestido interiormente de cilicio, costumbre que guardó siempre, se llegó al altar para decir su Misa el dia de S. Ignacio nuestro Padre, con tan grande temblor, encogimiento y devocion y tanta copia de lágrimas, que las hizo derramar á todos los que le oian.

Esta misma devocion le duró toda la vida, derramando muchas lágrimas siempre que decia Misa, y parecia que salia de sí y se transportaba todo en Dios; de tal suerte, que cuando hacia las genuflexiones, se quedaba como ab-

sorto y era necesario que el ayudante le avivase unas veces de palabra y otras tirándole de la casulla para que prosiguiese la Misa.

La cual acabada, daba gracias muy de espacio, regalándose con aquel divino Señor que tenia en su pecho; y solia decir que no habia tiempo más sazonado para alcanzar mercedes de Dios, que despues de haberle recibido y hospedado en su corazon, como Marta y María le recibieron en su casa.

En dos cosas halló mucha repugnancia: la una en mortificarse en el sueño y la otra en estar de rodillas; y tomó tan á pechos vencerse en ambas, que alcanzó perfecta victoria de ellas.

Porque dormia poquísimo y perseveraba lo más de las noches de rodillas en oracion; que de esta suerte pelean y vencen sus pasiones los alentados de la milicia del Señor.

Ni por tomar con tanto cuidado su propio aprovechamiento se olvidó del de sus prójimos, ayudándolos segun su estado en lo que buenamente podia, en particular á los novicios con quien más conversaba, enseñándoles muchas buenas devociones, dándoles saludables consejos y quietándolos en sus tentaciones.

Fué esto de tanto provecho, que muchos por su medio perseveraron en la Religion, que despues fueron de grande provecho en ella.

Al primero año del noviciado le enviaron con otro Padre á la ciudad de Viseo á mision, la cual hicieron por muchos meses con grande fruto de las almas y crédito de la Compañía.

El P. Juan Cardin se portó de manera, que no sólo edificó, sino que admiró á todos su recogimiento, compostura y modestia, la cual fué tal, que no miró á mujer al rostro en casi un año que las confesó ordinariamente: y lo que más admira es, que ni á la mujer que los tenia en su casa miró jamás al rostro, teniéndola presente y hablándola tantas veces; tan enfrenados tenia sus sentidos, y tanta mortificacion en todas sus acciones.

Sus palabras eran raras, y siempre de cosas del cielo.

Todo el tiempo que le vacaba de los ministerios con los prójimos, gastaba en oracion y en trato familiar con Dios, en quien parece que vivia más que en sí mismo.

Como le miraban tan devoto, humilde y penitente, todos le aclamaban por santo y le amaban y veneraban como á tal, y tenian á gran dicha comunicarle y tratar con él los negocios de sus almas; que es piedra imán para los seglares la santidad en los religiosos; y aquel estiman en más, de quien experimentan mayor provecho en sus almas.

Acabada esta mision y antes de concluir el noviciado, le enviaron á Braga para oir Filosofía y comenzar á ser discípulo, de veinte y siete años, con

los de catorce y diez y seis, el que pudiera ser cumplidamente en cualquiera Universidad catedrático de Cánones; que no fué pequeña mortificación, ni la sabe bien estimar sino quien la ha experimentado.

Sus condiscípulos fueron aquel camino de treinta leguas á caballo, y el P. Juan Cardin, siendo sacerdote y delicado, fué á pié por mortificarse.

Viendo los demás que no podían vencerle sus instancias, tomaron por medio picar á las mulas en que iban, para obligarle, no los pudiendo seguir, á que subiese á caballo; pero salióles mal la traza, porque venció su diligente fervor á la priesa que llevaban, y les iba tan delante, que algunas veces se paraba con los labradores, enseñándoles la doctrina cristiana en el ínterin que llegaban: lo cual visto por los condiscípulos, se fueron poco á poco, porque no se fatigase y dar más lugar á la doctrina que enseñaba.

Comenzó á estudiar la Filosofía en Braga, y parecia que comenzaba también el estudio de la mortificación, penitencia y humildad, según se entregaba á ella.

Tomó tan de veras hacerse guerra á sí mismo, que no había cosa en que no se mortificase, negando todo alivio á su cuerpo y dándole penalidades.

En la comida, en el vestido, en el sueño y en la cama nunca tomó cosa de gusto, destemplando la comida para que le supiese mal, y por esto jamás usó linaje de salsa, ni aceite ó vinagre, ó naranja en las yerbas ó pescado.

No levantó los ojos á ver cosa curiosa, ni para recrear la vista extendiéndola en el campo.

Cuando sus condiscípulos salían á recreación, él se quedaba en casa y gastaba en oración con Dios el tiempo que los demás en el campo; que estas eran sus delicias y los jardines en que se recreaba.

Cuando estaba sentado, no se arrimaba al respaldar, por no dar aquel pequeño alivio á su cuerpo.

Su vestido era el más pobre y su cilicio el más áspero: su comida un perpetuo ayuno, tomada por obediencia más para dilatar la muerte que para sustentar la vida.

Para mortificarse más, nunca sacudía las moscas, ni los mosquitos, avispas ó tábanos que le picaban.

Leyendo tal vez en el refectorio, le vieron tan cubierto el rostro de moscas, hasta en los mismos ojos, que con dificultad podía proseguir la lectura, sufriendolos por mortificarse.

En las penitencias públicas era el más continuo, y muchas veces salía á comer con los pobres á la puerta reglar, y tomaba en una escudilla algo de lo que les daban, y juntándose con el pobre más llagado y asqueroso, comía con él en su hortera, dándole lo mejor, si había algo en que escoger, y

rocando él el pan blando que le daban por los mendrugos duros que traía.

Por Navidad andaba desabrigado para sentir el frío en reverencia del que Cristo sufrió por nosotros.

Nunca en el invierno se ponía al sol ó á la lumbre para desechar el frío, ni en verano buscaba refrigerios al calor, gozándose de hallar ocasiones en que mortificarse y padecer algo por Dios.

Y, diciéndole algunos que moderase los rigores, porque se acortaba la vida en que pudiera servir mucho á nuestro Señor, respondía que más gloria le valió S. Luis Gonzaga con su santidad y penitencia, aunque acortó su vida, que le diera viviendo muchos años si se regalara; y que él había venido tarde á la Religión y necesitaba de darse prisa para alcanzar á los que iban delante; que los verdaderos siervos de Dios hallan más razones para mortificarse, que los tibios para regalar-se.

Siempre que podía, enseñaba la doctrina á los pobres y salía por los lugares á enseñarla á los labradores.

Y como sus palabras nacían del volcan de amor divino que ardía en su pecho, emprendían fuego de caridad en los oyentes, y todos le oían y miraban como á santo.

Creció esta aclamación de manera que venían á sólo verle; y cuando pasaba por la calle, se asomaban á las ventanas, convidándose unos á otros á ver el santo.

Traía continua presencia de Dios, obrando todas las cosas como si le viera presente con los ojos corporales.

Mirábale dentro de su corazón, y allí moraba con él, y siempre le pedía licencia para hacer cualquiera obra y para decir cualquiera palabra, aunque fuese respondiendo á lo que le preguntaban, con que todas salían de su boca pensadas y niveladas con la voluntad de Dios.

A este grado de perfección llegó el P. Cardin en los dos años de su noviciado, los cuales cumplidos, se preparó para hacer los primeros votos con unos largos y fervorosos ejercicios, en los cuales escribió la fórmula de su profesión con la sangre de sus venas.

Después de haberla hecho con la solemnidad acostumbrada, la guardó en una bolsica y la trajo siempre al cuello como el toison de su nobleza.

Ordenando el Superior que antes de hacer los votos le dijese públicamente las faltas, como se usa en la Compañía; no hallaron entre todas otra que decirle más que andaba encorvado con el encogimiento humilde que traía con la carga de los cilicios; tan inculpable fué su vida, que esta fué la mayor falta que entre todos le notaron.

Oro tan fino y purificado de escoria no pudo dejar de ser de muy subidos

quilates, ni alma tan pura de heróicas virtudes, y así, las tuvo este siervo del Señor en alto grado.

Su caridad para con Dios fué tan ardiente, que se enajenaba de sí por emplearse todo en Él.

No se le conoció afición á cosa criada, porque todo su amor tenia puesto en Dios, á quien de dia y de noche estaba amando; y, como el corazon se va á quien ama, así no hablaba ni pensaba de otra cosa sino de Dios, ni procuraba sino lo que le agradaba y habia de ser de su servicio.

De aquí le nacia, como la llama del fuego, el ánsia con que vivia de la salvacion de las almas, y los caminos que hacia á pié cada domingo y cada fiesta á los lugares comarcanos á predicar á los labradores y enseñarles la doctrina cristiana, y el deseo de pasar á las Indias y al Japon á predicar á los gentiles y convertirlos á la fe, hasta derramar su sangre por Cristo, como lo pidió á los Superiores con repetidas cartas.

Para dar algun pasto á sus deseos, juntaba los criados de casa y les hacia pláticas espirituales, exhortándolos á la confesion, y á la penitencia, y frecuencia de los Sacramentos, y á las virtudes convenientes á su estado.

A los huéspedes recibia como á ángeles del cielo, acariciándolos, sirviéndolos, acomodándolos de todo y lavándoles los piés.

Visitaba las cárceles consolando á los presos, y los hospitales curando á los enfermos y exhortando á todos á la paciencia para ganar con los trabajos el cielo.

¿Qué diré de su oracion en que, sin encarecimiento, gastaba la mayor parte de su vida, contando las horas que gastaba en la vocal y mental? Las que tenia de mental retirada cada dia eran siete, sin la que gastaba en la Misa.

Las gracias, y los favores, y regalos que recibia del Señor eran tales, que se forzaba y mortificaba en dejar la oracion, como se cuenta de S. Antonio en su vida y de otros santos.

Muchas veces le hallaron absorto de sus sentidos y el rostro vertiendo luces y rayos de resplandor, y una vez le vieron media vara levantado del suelo, suspenso y elevado en el aire, arrebatado su cuerpo de su espíritu hacia el cielo.

Habiéndole sacado un dia casi por fuerza al campo, se hurtó de los demás y se retiró á una selva, adonde se pasó en alta contemplacion toda la tarde, y como se llegase la noche y el tiempo de volver á casa, partieron á buscarle y le hallaron todo trasportado en Dios al pié de un árbol.

Llamándole y tocándole, le despertaron de aquel dulce éxtasis en que estaba su alma bañada en gozos celestiales, derramando dulces lágrimas de sus ojos, las cuales solia verter tan continuamente en la Misa.

Fué ternísima la devocion que tuvo á la Santísima Virgen María. Desde sus primeros años le rezó todos los dias su Oficio menor, el Rosario y otras devociones.

Muchas veces al dia la visitaba en su capilla, teniendo ratos de oracion.

Ayunaba los sábados en reverencia suya y los tenia dedicados á contemplar sus misterios y los ejemplos de su vida para imitarlos.

Asistia á sus letanías, que entónces se cantaban, y convidaba á ellas á sus conocidos, y á todos exhortaba que tuviesen cordialísima devocion con esta celestial Señora.

Con nombrarla solamente se derretia en lágrimas y devocion, y era necesario reprimir los ímpetus de amor que nacia de su abrasado corazon. No negó cosa que le pidiesen en su nombre.

Los dias de sus fiestas desplegaba las velas de su oracion al viento del Espíritu Santo, y se enajenaba todo de sí, contemplando sus misterios y deliciándose con su dulce memoria con que regalaba su amartelado corazon.

Dando treguas á su contemplacion, hacia devotísimas pláticas de sus loores, prerrogativas y alabanzas, con más lágrimas que palabras, con que enternecia á los oyentes y les movia á devocion.

No paraba sólo en la devocion de nuestra Señora, porque la tenia á muchos santos, y en sus fiestas leia sus vidas, y estudiaba en imitar sus virtudes, que es la primera devocion; y es averiguado que oraba cien veces al dia y cien veces á la noche, imitando á S. Bartolomé.

Pero su principal estudio y su primera devocion fué la imitacion de Cristo, tomando su cruz y siguiéndole por la perfeccion de los consejos evangélicos.

Fué singular el afecto que tuvo siempre á la santa pobreza y á la humildad y abatimiento propio; buscaba las cosas que otros desechaban por viejas, para usar de ellas, diciendo que le venian muy bien.

Las alhajas de su aposento eran una cruz de palo, una imagen de papel, un banquillo, un candil y una mesilla en que escribir. Su cama era el duro suelo.

Nunca admitió preseas que dar, aunque fueran medallas ó cosas de devocion, por lo que desdecian de la perfeccion de la pobreza.

Su vestido era siempre el más viejo y desechado, sin admitir jamás cosa nueva; y si veia que alguno traia peor manteo que él, se corria de que le llevase ventaja en la pobreza, como solia S. Francisco, y pedia licencia á los Superiores, y le trocaba por el suyo, diciendo que era más ligero y que le hacia más provecho á la salud; y decia una grande verdad entendiendo la del alma, para la cual, como enseña S. Buenaventura, el vestido pobre es antídoto de la soberbia é incentivo de humildad.

Raras veces probaba la carne cuando comia; pero, para disimular su abstinencia, la partia en muchos pedazos, con que no se conocia si habia comido, y granjeaba tambien con esta industria que la diesen á los pobres con las demás sobras de la mesa.

No comia de ordinario el pan de la Comunidad, sino el de los criados ínfimos del colegio, que era de mijo, y tomaba para cenar los pedazos duros y desechados que dejaban á mediodia.

Solia esprimir las naranjas en el pan y luego comia las cáscaras amargas para ahelear el gusto y mortificar el apetito.

Siempre traia pretension con los Superiores de que le ocupasen en los oficios humildes, como eran la cocina, el refectorio, la limpieza de la casa, la enfermería y sacar las inmundicias, aniquilándose en todo cuanto era posible.

Hasta el papel que gastaba era basto, y tal, que con dificultad podia despues leer lo que escribia.

Siempre estaba estudiando cómo humillarse y mortificarse más para seguir más desnudo y más humilde á Cristo; y con este cuidado nunca dijo cosa de sí que pudiese ser de loa ó estimacion propia.

Encubria con grande cuidado los buenos talentos de que Dios le habia dotado y la ciencia que tenia, y en el aula se mostraba simple é ignorante, y en los negocios manuales inútil.

Las cartas que escribia enseñaba primero á un H. Coadjutor para que las enmendase y luego al Superior, conforme á la regla de la Compañía.

La leccion espiritual que se lee en Portugal de Comunidad por la noche para preparar la oracion, oia en pié y descubierto, con tal atencion y reverencia, como si la oyera de la boca del Señor.

Su empleo en los ministerios fué siempre con los pobres, humildes y desvalidos, huyendo los más lustrosos con la gente principal.

Finalmente, no hubo cosa imaginable en que pudiese humillarse y hallar algun desprecio de su persona, que no la buscasse y abrazase con todas las fuerzas de su alma, ni cosa de honra que no huyese por imitar más á Cristo nuestro redentor.

La pureza de su alma fué angelical, y tanto, que comunmente le llamaban el *Angel* y el *Serafin*, por haberle visto resplandecer el rostro en la oracion.

La compostura de su cuerpo era indicio de la pureza de su alma, porque su modestia fué tan rara, que nunca levantaba los ojos del suelo, ni miraba á hombre ni á mujer al rostro, y, por no caer en descortesía, se descubria en viendo la sombra de alguno en el suelo.

Edificaba de manera á los que le miraban, que si alguno padecia alguna tentacion sensual, la vencia con sólo mirarle; porque así como los lascivos

mueven á lujuria, los castos y puros son antídoto del vicio y mueven á honestidad.

Cuando caminaba, tomaba cada dia una sangrienta disciplina en el ínterin que los demás dormian, para recompensar el divertimento que habia tenido en el camino, no obstante que iba siempre en oracion, alabando á su Criador con ocasion de los campos que miraba.

Su penitencia y mortificacion fué tal, que llegó á tanta flaqueza, que no tenia más que los huesos y la piel, como dice de sí Job; y no era posible echarle unas ventosas, porque no habia carne en que asirlas, ni sangrarle, porque con la demasiada abstinencia tenia tan poca en su cuerpo, que parecia milagro poder vivir.

Y es cosa manifesta que acortó los plazos de su vida con el mal tratamiento de su cuerpo; y pudiendo llegar á edad anciana con el porte ordinario de los demás, no pasó de treinta años, como luego veremos, sacrificándose á Dios en el fuego de la mortificacion, ganando en este corto tiempo lo que otros con paso lento en larga ancianidad.

Bien se deja entender cuál seria la obediencia de quien tan rendido estaba á la voluntad de Dios, á quien miraba y respetaba en el Superior y obedecia puntualísimamente como á tal, y de la misma manera al cocinero cuando le iba á ayudar, y al enfermero cuando estaba enfermo, y á los oficiales de la casa en sus ministerios, y á cualquiera que tuviese sombra de Superior, sin hacer diferencia de uno á otro, porque en todos miraba á Cristo nuestro Señor.

Ninguno le vió quebrantar regla ni ordenacion alguna, ni replicar, ni interpretar ó discutir sobre alguna obediencia.

A todas obedecia lós ojos ciegos en oyendo que era órden ó voz del Superior, deseando hacer la voluntad de Dios en el suelo como la hacen los ángeles en el cielo.

Tenia tan entregada la suya al Superior, que no sabia hacer cosa sin su obediencia, y así, iba á pedírsela para cualquiera cosa que hubiese de ejecutar.

Y fué esto en tanto grado, que estando en el último trance de la vida, pidió licencia al Superior para partirse á la otra, y no murió hasta que el Superior se la dió, siendo obediente hasta la muerte, como nuestro Redentor.

No hay palabras con que explicar el amor que tuvo á la Compañía, y el alto concepto de su Instituto, y el modo con que hablaba de él, que si en algo pudo exceder, fué en sus alabanzas; pero no excedió, porque dijo lo que sentia y lo que pudo decir con verdad.

Se lo oyó muchas veces repetir que, si le echaran de la Compañía, como lo merecia por sus faltas, se quedaria á la puerta clamando y rogando y sus-

tentándose de la lismona que daban á los pobres, hasta que Dios se apiaca se de él y moviese á los Superiores á que le volviesen á recibir.

Tal era el desprecio que tenia de sí, y el amor que tenia á su Religión y la estima de su vocacion, por la cual confesaba que no podia satisfacer á Dios cumplidamente, sino era con alabanzas de la vida eterna.

Con este porte de vida llegó á tan alta perfeccion, que todos le miraban como á un dechado de virtud y santidad.

Era tan grande su opinion en los del siglo, que estaban persuadidos á que Dios hacia merced á toda su ciudad por los merecimientos del P. Juan Cardin que vivia en ella.

Cuando salia por las calles, que era rara vez y á cosas inexcusables del servicio de Dios, se levantaban los oficiales de sus tareas y salian de sus tiendas á porfía para besarle la mano y el manto y pedirle su bendicion.

Y llegó á ser algunas veces tan grande el tropel de la gente, que no le pudiendo romper, se entraba en alguna casa y les decia algo de Dios, con que los despedia para poderse volver, quedando muy ufanos por haber visto y oido á un santo, que á su parecer verian presto colocado en un altar como á los ya canonizados.

Lo que más admira es que muchos tuvieron tan alto concepto de él, que siempre que oian su nombre, descubrian sus cabezas, venerándole como suelen cuando nombran el Santísimo Sacramento del altar.

Este tan alto concepto tuvieron los hombres de quien le tuvo tan bajo de sí, como dijimos; porque al paso que él se humillaba, le ensalzaba Dios, como lo tiene prometido.

Mas el siervo fiel del Señor toda su mente tenia en la divina Majestad, deseando unirse íntimamente con él en el cielo, adonde vivia más que en la tierra, clamando y gimiendo por su Dios, de quien fué oido y consolado, porque fué fama constante de que tuvo revelacion que presto se le cumpliria su deseo.

Así, viéndose con el Maestro de novicios de S. Francisco, amigo familiar suyo, le dijo que no se verian más hasta el cielo.

Pero como callaba tanto los dones y mercedes de Dios, siempre tuvo este en secreto; pero manifestóle el tiempo, porque le saltó una calentura que los médicos dijeron no era de peligro; pero él con más cierta ciencia la tuvo por mensajero de su muerte.

Preparóse luego para ella y pidió los Santos Sacramentos, que recibió con grandísima devocion.

La calentura creció y los médicos conocieron que habia sabido más que ellos. Preguntáronle si sentia algun dolor y respondió: «Sólo siento que mi

destierro se ha prolongado mucho, pero ya finalmente me ha cabido suerte dichosa, porque me espera una copiosa herencia en el cielo.»

Gastó el tiempo que le quedaba en dulces coloquios con Dios, y, cuando sintió que se llegaba su hora, pidió al Superior licencia para morir en el suelo, y que le enterrasen en un muladar, porque no merecia él estar entre los siervos de Dios.

Luego le pidió la bendicion que arriba dijimos, y, abrazado con un santo Crucifijo, al tiempo de espirar, se desclavó y bajó sobre su pecho, abrazándole y recibiendo su espíritu como el del Sto. Moisés, de quien dice la Escritura que murió en el rostro del Señor.

A la misma hora apareció á su madre, que estaba en Viana, glorioso y resplandeciente, y le dijo que le diese el parabien y se consolase mucho, porque iba á gozar eternamente de Dios.

Su dichosa muerte fué á 18 de febrero el año de mil y seiscientos y quince, á los treinta de su edad, habiendo estado tres y ocho meses en la Compañía.

Con la opinion tan grande que tenian de su santidad, todos los de casa á porfía saquearon su celda, repartiendo sus pobres alhajas y vestidos por reliquias, y, como eran tan pocas, descuadernaron sus papeles y los repartieron entre sí por estar escritos de su mano.

En clamoreando las campanas, acudió el pueblo sediento, así con la estima de su santidad, como con el sentimiento de su pérdida, clamando y llorando, á verle, y venerarle, y besarle las manos y los piés como de santo.

Para satisfacer á tanta gente, le sacaron á la iglesia con guardas porque no le hiciesen pedazos, y le pusieron en alto, repartiéndoles por reliquias algo de lo que habia usado.

Allí tocaban sus rosarios, y coronas, y las medallas que traian; y el cielo le honró con un prodigio extraño, porque vieron todos resplandecer su sepulcro al tiempo que le enterraron, como habian visto muchas veces resplandecer su rostro cuando estaba vivo.

De allí á siete años, abriendo su sepulcro, hallaron su cabeza entera hasta el cuello y exhalando de sí una fragancia celestial, testigo de su bienaventuranza.

Y no fueron menores ni ménos abonados algunos milagros que Dios obró por su medio, de los cuales diremos los más averiguados.

El P. Andrés Palmeiro envió á su madre la cédula en que tenia escritos sus votos con su sangre, la cual aplicó á una monja de Viana, desahuciada de los médicos y luego alcanzó salud, invocando su nombre y su favor para con Dios.

En Agravilla, de la isla Tercera, estaba Antonio Pereira, Canónigo de aquella iglesia, muy fatigado con una penosísima enfermedad.

Acometiéndole una vez con gran violencia sin hallar medicina para su mal, se aplicó una carta que tenia del P. Juan Cardin, escrita de su mano y firmada de su nombre, y luego cesó el accidente, y cobró salud con igual gozo suyo y estimacion de su santidad, y publicó este milagro para crédito del siervo de Dios; y con miedo de que no le volviese, trajo un año la carta consigo, despues del cual la dejó y le volvió á saltar, hasta que la tomó y se la aplicó, mostrando el Señor con evidencia que le daba la salud por los méritos de su siervo.

A este modo se cuentan otros muchos milagros que en varias partes obró Dios por su medio, los cuales, juntos con la universal aclamacion de santo, movió á sus devotos á estampar su imagen y repartirla por la cristiandad, siendo muy estimada en todas partes.

Los Arzobispos de Lisboa, Braga y Evora, y los Obispos de Oporto y Portalegre, han hecho jurídicas informaciones de su santidad y milagros en orden á su canonizacion, con muy fundadas esperanzas de alcanzarla.

El Arzobispo de Braga, D. Sebastian de Mattos y Noroña, el año de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro dió un testimonio auténtico de su santidad, con tan subidos elogios, que dice le tiene por dignísimo de ser escrito en el catálogo de los santos canonizados y que le trató familiarmente toda su vida, y siempre le tuvo por santo.

El P. Antonio de Moraes, Rector del colegio de Braga, afirmó que no era inferior en nada á la santidad de S. Luis Gonzaga.

El P. Baptista Fragoso, que fué su confesor muchos años, dió un gran testimonio de la santidad de su vida, y, entre otras cosas, afirmó que le tenía en tanta veneracion, que siempre que venia á confesarse, sentia un vehemente impulso de arrojarse á sus piés y venerarle como á santo.

Y el P. Andrés Palmerio, que fué su Rector algunos años, en sus pláticas y sermones le ponía por dechado de santidad á todos, y en su informacion dió un grande testimonio de sus heróicas virtudes, rara inocencia de vida y santidad admirable, que es lo que debemos imitar.

Demos á Dios las gracias que en este tiempo nos dió un dechado de perfeccion tan grande, y pidámosle por sus méritos que nos dé gracia para copiarle en nuestras almas.

P. ANDRADE.

P. SEBASTIAN DE BARRADAS

EL P. Sebastian de Barradas esmaltó sus muchas letras con mucho mayores virtudes, y con unas y otras ilustró á su patria, aunque muy ilustre en el mundo, que es la nobilísima ciudad de Lisboa, donde nació año de 1542, de padres nobles, si bien se podia decir de él con mucha verdad lo que S. Gregorio Niseno celebró de S. Basilio, su hermano, que su linaje y parentesco le tenia con Dios, y su patria era la virtud, porque en ella parece que nació y que en su seno y regazo se crió.

Fué tan virtuoso, aún siendo seglar, que los que le conocian dijeron que con la entrada en Religion no habia hecho más que mudar casa y vestido.

Echábase de ver en él, aún cuando niño, un excelente natural y viveza de ingenio.

Como una vez delante de los reyes de Portugal recitase unos versos juntamente con otros de su edad y de floridos ingenios, sobresalió tanto entre todos nuestro Sebastian, que la reina doña Catalina, mujer del rey Don Juan III, señalándole con el dedo, dijo á los Padres de la Compañía: «Tenedme cuenta con este muchacho y enseñadle con más cuidado que á los demás, que él saldrá un grande hombre y varon excelente.»

No fué vano su pronóstico, porque luego veremos cuán admirable varon fué en todo.

Y verdaderamente lo fué mucho el principio que tuvo para entrarse en la Compañía de Jesus, lo cual sucedió año 1558, siendo él de diez y seis años.

Fué su vocacion á la Religion milagrosa y por órden y boca de la Madre de Dios; porque la Virgen de la Escala, que está en Lisboa en la iglesia de Sto. Domingo, le habló y le dijo que se entrase en la Compañía de Jesus, como lo refiere el P. Juan Burgesio y otros escritores.

Por lo cual quedó Sebastian por toda su vida muy agradecido á la Reina del cielo, de quien habia recibido tan singular beneficio, y fué particular hijo y devoto suyo, como lo muestran todos sus escritos, y particularmente el primer tomo de la *Concordia Evangélica*.

Lo mismo daba á entender en sus pláticas particulares y sermones públicos, porque hablaba con tal afecto de esta celestial Señora, que penetraban el alma sus razones é imprimian su devocion y afecto en todos los que le oian, y él parecia entónces más ángel que hombre.

Dando á uno que lo habia menester cuenta de aquel raro favor, no aca-

baba de decir cómo la Virgen le habia mandado que fuese de la Compañía; repetia como saboreándose en esta memoria suavísima: «Hermano mio, la Virgen me mandó ser de la Compañía de Jesus, la misma Madre de Dios me lo mandó, ella misma me mandó que entrase en esta Religion,» añadiendo muchos elogios y renombres de esta Santísima Señora.

Plantado en el vergel de la Religion, floreció en todas virtudes, y se señalaba tanto entre los demás, que venian muchos á verle como un raro ejemplo de santidad y modestia, para componerse con sola su presencia.

Creció tanto su fama por todo Portugal, que concurrían de partes muy léjanas al olor de su santidad, deseando tocarle, y guardaban por reliquias los cabellos que le quitaba el barbero, teniendo esto por bastante paga del largo camino que por verle habian tomado.

Decían que no les habia de ser de ménos provecho todo lo que pertenecía y tocaba á aquel casto y afligido cuerpo del P. Barradas, que lo que habia tocado á los cuerpos de los santos canonizados.

Cuando salia fuera, no se podia defender de los que le llegaban á besar el vestido, lo cual todo era tanto más molesto al siervo de Dios, cuanto más humilde se reconocia é indigno de toda honra.

Erale cárcel y tormento salir en público, y paraíso el recogimiento y retiro de su aposento, donde pasaba con su Dios y con sus libros.

Leyó Filosofía y despues sagrada Escritura en Evora y Coimbra, en la cual ocupacion procuró guardar tanto recogimiento, que una vez, cuando leía en Evora, le avisó el portero cómo un hombre le llamaba: respondióle el siervo de Dios: «Mire Hermano, no haya errado el nombre y llamen á otro por mí, porque nueve años ha que ninguno me ha llamado.»

Pero este retiro del P. Sebastian, que buscaba por huir la honra, le hacia más venerable y respetado, y aunque lo era mucho por sus sermones excelentes, profundas letras, rara erudicion y escritos tan limados y aprobados del mundo; lo fué mucho más por su vida santa, que dejó atrás todas las demás prendas de este raro varon.

Afligia su cuerpo como verdugo del más facineroso hombre del mundo; á media noche le topaban que se estaba despedazando con recias disciplinas; el descanso de ellas era quedarse luego en oracion, en la cual estaba una hora, luego tornaba á disciplinarse tan desapiadadamente como antes; volvía luego á tener otra hora de oracion, el fin de ella era otra disciplina y repetía luego su oracion.

Mientras se disciplinaba, solia decirse algunos baldones para contrapeso del aplauso que tenia en los sermones.

El mismo rigor tenia en las demás cosas; una vez, viniendo de predicar de

fuera, halló la cama muy bien hecha, pero él se la hizo mejor, por lo ménos más al gusto de su mortificacion, y fué llenarla de ortigas y révolcarse en ellas.

Quiso un Hermano limpiarle las chinches de la cama; estorbóselo el mortificado Padre diciendo: «Déjese de eso, Hermano mio, deje que esos gusanillos busquen á otro gusano; no me matarán, que conocidos somos.»

En lo cual bastantemente significó la mucha mortificacion con que habia sufrido sus molestias, sin matar alguna, por padecer más por Dios.

Su abstinencia era rara, y en ella su mortificacion; nunca esperó á que se enfriase el caldo, ni comida alguna por caliente que se la diesen, ántes tomaba luego la escudilla por quemarse la boca y lengua, y si le daban la comida muy fria, no se holgaba ménos por comerla desazonada: gustaba y pedía comer de lo que á otros sobraba.

Vivia muy enfermo y achacoso; una vez que lo habia estado más, vió que el Ministro tomó lo que á él habia sobrado de su comida y lo juntó con otras sobras de otros enfermos para darlo á los pobres.

Tuvo modo de cogerlas el P. Barradas, y, envueltas en un papel, las guardó para comerlas el otro dia, diciendo: «Si un mendigo se encontrara con esto, sin duda que se holgara; pues á mí, que soy pobre, ¿por qué no me sobrará esto?

No era este siervo de Dios ménos mortificado que pobre. Usaba de una cantarilla de barro muy vieja y maltratada para traer agua; quísosela quitar un Hermano y darle otra nueva; resistióse el P. Barradas, diciendo con grande humildad: «No, mi Hermano, que no hemos llegado aún á la pobreza del Sto. Job, porque yo tengo entera una cantarilla, aunque está vieja y poco limpia, pero él no tenia sino un casco de otra con que raia la podre de sus llagas.»

Su vestido era pobrísimo, y no habia remedio de ponerse cosa nueva; era forzoso que con astucia procurase el ropero hurtarle de noche los vestidos y ponerle otros, y aún esto no le aprovechaba, porque, si lo sentia el Padre, luego lo echaba de allí.

Una vez se le escapó el ropero, y el siervo de Dios iba tras él quejándose y diciendo: «Oh Hermano mio, ¿por qué me hurta todo lo que yo aprecio y estimo, por qué me hurta todas mis delicias?» y era porque las tenia sólomente en la pobreza y cruz de Jesucristo, no de otra manera, que dijo el Nacianceno, que la pobreza era todas sus riquezas.

Respondióle el ropero que porque la obediencia lo habia mandado. Fuése entónces el siervo de Dios al Superior, é hizo tanto porque le restituyesen sus vestidos remendados, que no lo parecian de puro viejos, que se los hu-

bieron de volver, pidiendo encarecidamente al ropero no le diese otra vez la molestia y pesadumbre grande que recibia en usar cosa nueva.

Tomóle en otra ocasion el mismo Hermano un jubon de lienzo que traia hecho pedazos, y viendo que no podia aprovechar de nada, se le dió al hornero para que limpiase con aquel trapo el horno.

Cuando despertó el Padre y se vió sin su andrajo de jubon, derramó muchas lágrimas pidiendo por amor de Dios y de los santos se le volviesen, dando muchas razones por qué le era más á propósito que el nuevo que le daban.

Dijéronle por acallarle quitándole la esperanza de cobrarle, cómo ya estaba en el horno; no hubo menester más el santo varon; voló luego al horno, y aunque halló su jubon atado al barredero del horno y medio quemado, le quitó de allí y se lo tornó á poner muy contento de haber cobrado su andrajo y llorando de gozo.

Tenia algunas cosas del vestido tan remendadas y llenas de diferentes piezas, que no se sabia cuál era la principal.

Las medias que traia estaban hechas pedazos; los zapatos le duraban ocho años. Todo su vestido era tal, que decian los que le veian, no habia mendigo más remendado que este santo varon.

No tenia en su aposento más libro que la *Biblia y Concordancias*, porque queria ántes irse á estudiar á la librería que disminuir su pobreza con el color de la necesidad de su estudio.

Era la pieza muy fria y grande y en verano calurosa, pero no habia para él pena ni trabajo que preponderase al faltar á su pobreza evangélica.

Decia con razon el gran Dr. P. Francisco Suarez que era milagro haber escrito el P. Barradas tan doctas y eruditas obras, con tanta falta de libros y tanta incomodidad de su estudio; escribia sus *Comentarios* en las cubiertas y vueltas de cartas.

Sentia mucho vivir de la renta de los colegios por ser profeso de la Compañía, y apénas le podia sosegar el P. Suarez.

No le parecia que sólo por la ocupacion de su lectura, estudio y libros debia ser sustentado de aquellas rentas, y así, pedia le dejasen predicar al pueblo y hacer en él los ministerios de la Compañía.

Vivia siempre con grandes ánsias de andar en misiones, fructificando por por diversos lugares de aquel reino, que aún para su celo era poco, para padecer juntamente las incomodidades que en estas misiones se pasan.

Hablaba muy ordinariamente de la excelencia de aquesta ocupacion apostólica, y persuadía con una elocuencia y eficacia admirable.

Decia muy de ordinario: «Hermanos, ¿qué grillos nos detienen aquí? ¿Por qué no nos vamos á pié con nuestro báculo y alforja de pueblo en pueblo?»

Y diciéndole algunos que, si eso hiciera, no pudiera escribir tan buenos libros; respondia que él quemaria todos sus libros porque le diesen licencia para irse de aquel modo á predicar á Cristo; tan poca estima hacia de sus cosas y tanta de la salvacion de las almas.

Los libros de la *Concordia evangélica* que compuso y han sido tan bien recibidos, los escribió por obediencia, y, siendo ya de cincuenta años, deseó en ellos predicar en todo el mundo y hacer con su pluma el provecho que hacia con su palabra.

Dió á los predicadores copiosa materia y argumento para tratar con gravedad, acierto y fruto la palabra divina.

Tenia gran deseo de pasar á la India y juntamente tal estimacion de los que en ella se ocupan en la conversion de los gentiles, que no leia cosa con más gusto que las cartas de lo que hacian allá los nuestros; y decia que si cuando tenia ménos años y más salud, no tuviera esperanzas de pasar á la India, que muriera de pena.

En algunas misiones que hizo fué grande el fruto que causó. Iba por las montañas pidiendo limosna y por la mayor parte á pié, y con tan notable provecho y raras conversiones, que ganó nombre del *santo Apóstol*; así le llamaban todos y el cielo aprobó este título.

Un hombre muy envejecido en pecados, oyó una voz que le dijo: «Tal dia vendrá aquel santo, y, si te confesares con él, quedarás limpio de todos tus pecados.»

Dijo esto aquel hombre á todos los de su casa y conocidos; esperaron el dia señalado, y este mismo dia llegó el P. Barradas, con gran consuelo de aquel alma y de otras muchas.

No solo el título de *santo Apóstol* granjeó en estas misiones, sino tambien de Profeta. Persuadia con mucha instancia y celo á un hombre perdido, para que volviese sobre sí y se convirtiese de su mala vida.

No oyó el hombre obstinado al fervoroso P. Padre, cerrando los oidos al Espíritu Santo, que por su boca le hablaba.

Díjole entónces el siervo de Dios: «Pues no me quereis oír, sabed que vendrá tiempo en que os ha de pesar mucho de ello.» Dentro de muy pocos dias pereció el hombre miserablemente con ruina de toda su casa.

Ni le faltó al P. Barradas ser obrador de maravillas. Estando una vez persuadiendo á una mujer, en presencia de otros muchos que habian venido á oír la doctrina, que dejase un grande odio y enemistad que tenia, y no pudiéndolo recabar con palabras, lo alcanzó de Dios con su oracion.

Bajó de repente fuego del cielo, con que atemorizada la mujer, se redujo á lo que el siervo de Dios queria, reverenciándole todos por tal; pues por sus

oraciones, como ellos decian, habia hecho bajar fuego del cielo como otro Elías.

Este deseo de misiones le duró hasta la muerte; y poco antes de ella, como le dijese que se le habian hinchado los piés, exclamó muy de lo íntimo del corazon, diciendo: «¡Ay de mí! ¡oh si estuviera yo ahora en una mision con el báculo en la mano y mi alforjilla en las espaldas, andando con los piés buenos por los pueblos de este reino!»

Tenia gran talento de predicar, linda presencia, grave rostro, y con las canas venerable, la voz sonora, y una gracia y donaire sin afectacion alguna, sino muy natural: y sobre tantas dotes naturales, tan grande espíritu, que le llamaban otro Paulo; y cuando predicaba, decian: «El Paulo predica.» El nombre de *Profeta* y Apóstol se le atribuian tambien muy ordinariamente.

El año de mil y quinientos y noventa y dos predicó en Coimbra de la vanidad del mundo con tan gran fervor, que dijo un guardian de S. Francisco: «O los Superiores de la Compañía manden que no predique el P. Barradas, ó recíbanse ellos los que nos vienen á pedir el hábito, porque no hay sustento para tantos.»

Mas de sesenta fueron los que pidieron entrar en sólo S. Francisco, mancebos muy nobles y excelentes estudiantes y pretendientes de cátedra.

Predicando en S. Roque, en Lisboa, fué muy tarde á oír Misa un mancebo desenvuelto que toda la noche habia andado rondando.

Llegó á tiempo que el P. Barradas acababa el sermon, pero con tal fervor, que le rindió á Dios, y mudado de repente por la diestra del Altísimo, en oyendo Misa, se fué á los Capuchinos á pedir le recibiesen.

Dijéronle que trujese el sayal ó saco para el hábito: fué luego á comprarlo, y echándosele al hombro, fué con él por medio de la ciudad, triunfando del mundo y de su honra y fausto.

Era este santo varon una escogida saeta del Señor, que penetraba hasta el alma, no para matarla, sino para darla vida con sus palabras.

Hacia estremecer el auditorio cuando exclamaba: «Eternidad, eternidad;» otras veces decia con igual pavor: «¡Oh momento del cual pende la eternidad!» Repetia muy á menudo y con gran energía: «Vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

A los que no convencia dejaba tan amedrentados, que parecia tenian ya sobre sí el juicio de Dios.

Convidaron á un caballero para ir á oír al P. Barradas; respondió que en ninguna manera, porque él no tenia ánimo para dejar el mundo; y así, supuesto que no lo habia de hacer, lo mismo le seria oír al Padre que estarle dando tormento ó echarle la soga al cuello para estarle ahorcando.

Daba grande eficacia á sus palabras su ejemplar vida; decian muchos, que más se movian con sólo ver una vez al P. Barradas, que con muchos sermones de otros.

Pidieron al P. Rector le mandase predicar en la capilla real. Excusólo el Rector, por ser ya muy viejo el Padre y tener quebrada la salud, y que así, no podia llevar el trabajo del púlpito.

Replicaron los de la Universidad, que no habian menester más sermon que verle en el púlpito, y con sólo esto se podia volver sin hablar palabra, porque les seria más provechoso sermon su vista sola, que la elocuencia y persuasion de otros.

Ayudaba mucho para el fruto de su predicacion la oracion tan larga que tenia. En él parece que se cumplió á la letra que oraba sin intermision; siempre estaba en presencia del Señor, fuera de los largos ratos que de propósito daba á la oracion y trato con Dios.

En los últimos años de su vida eran doce horas cada dia: estaba mientras oraba y rezaba tan suspenso y abstracto en su Criador, que no oia el ruido que se hacia, ni advertia quién entraba y salia de su aposento. Quedábase muchas veces arrobado, sin sentido alguno.

Siendo ya muy viejo, le vió estar en oracion un Hermano, y que de repente se puso en medio de la capilla donde estaba, llevado de un grande fervor de espíritu, y puesto los ojos en un crucifijo, dijo: «¡Ay Señor mio Jesus! ¿dónde mereció este pecador, que te pusieses en una cruz y murieses por él?»

Quedó con esto un rato enagenado, y sin sentido cayó en tierra, destituyendo el alma al cuerpo.

Llegó el Hermano á ver si le habia sucedido algo; tiróle de la ropa y de las manos; volvióle de una parte á otra; no por eso se desasíó el alma de los dulces abrazos y regalos que estaba gozando con su Redentor.

Al cabo de tiempo volvió en sí muy penado de que le hubiese visto alguien: echó al Hermano de la pieza, cerró la puerta y prosiguió en su oracion sin tener ya quien le estorbase.

Ni sólo en los últimos años, sino desde los primeros de su vida religiosa tenia muchos arrobamientos y éxtasis muy frecuentemente.

Cuando comulgaba, se quedaba arrobado, porque, recogíendose la fuerza del alma á hacer fiesta á aquel Huésped divino, desamparaba á los sentidos exteriores.

Pensaban al principio que era enfermedad natural; callaba el siervo de Dios, pero descubrió ser enfermedad de amor divino el insigne Dr. Tomás de Vega, escritor excelente de su *Arte médica*, que tomando el pulso al desmayado, al parecer, mandó que no le hiciesen remedios, añadiendo: «¡Ojalá

me vinieran á mí algunos de estos desmayos, que con ellos yo convaleciera de mis males!»

Una vez vió tan vivamente las penas del infierno, que salió muy apresurado de su aposento diciendo al primero que se encontró, que se muriera, si no se desahogara interrumpiendo su consideracion.

Era rara la devocion y suma reverencia que tenia al sacrosanto Sacrificio de la Misa; las más veces gastaba dos horas de oracion, y algunas llegaban á tres, para prepararse para ella.

Duraba la Misa una hora por lo ménos; pasaba de allí buen rato muchas veces; decíala con muchas lágrimas y suspiros; elevábase tanto, que era menester que el ayudante le tirase de la casulla y avisase de muchas cosas.

Despues daba gracias muy largas, hasta que se iba á comer despues de todos ya muy tarde, pero tan embebido con Dios, que no sabia lo que se comia, ni percibia muchas veces gusto alguno, ni aún sabia dónde se estaba; unas veces poniendo los brazos en cruz, otras cruzándolos delante del pecho, conforme á los afectos y sentimientos de su devocion; y para darse mas libremente á ella, decia al Ministro y á los otros oficiales que le pusiesen de una vez la comida y le dejasen solo.

Rezaba el Oficio divino con igual espacio que devocion: tardaba en rezar algunas veces seis horas, otras siete.

Diciéndole el médico una vez que estaba malo que por la enfermedad podia dejar de rezar, rióse el siervo de Dios, diciendo: «Bueno está eso, hablo con los hombres, y no me mandan callar para que tenga salud; no es razon que nadie te persuada que no hables y trates con Dios.»

Cuando estaba malo y le entraba á ver el médico y el Superior, se alentaba notablemente porque no le vedasen el rezar.

Con esta observancia y rigor de vida, llegó á los setenta y tres años de edad este fervoroso Padre, y juntamente al deseado puerto de la eternidad, lleno de virtudes y merecimientos.

La vejez y los achaques le iban consumiendo. Echó de ver estar cerca su hora, y dos dias antes pidió el Viático, con tanta devocion, entereza de sentido y gravedad de rostro, que sólo con mirarle movia á los circunstantes á lágrimas no ménos de devocion que de sentimiento.

Recibió el Viático con sobrepelliz y estola por observar el Cánón antiguo, y por más respeto de aquel divino Sacramento.

Recibida tambien la Extremauncion, le pidió el P. Rector, estando presentes los demás de casa, les dijese alguna cosa de edificacion y provecho para sus almas, que dicha en aquella hora, les quedaria más fija en la memoria.

Entónces el humilde Padre, violentando su humildad por la obediencia y

fortaleciéndole el Señor maravillosamente, porque estaba ya que no podía echar el habla del pecho; entonó con una voz sonora y argentada como la tenía cuando sano y dijo: «*Humiliamini sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore tribulationis*, no me queda otro consejo que dar; seamos todos grandemente humildes, imitando á Cristo Señor nuestro y nuestro Dios, que por toda su vida quiso que aprendiésemos la humildad, y cuando murió, inclinando la cabeza dió su espíritu.»

Inclinósele asimismo al siervo de Dios la cabeza al lado izquierdo, para imitar también en esto á su Redentor, faltándole la voz, hasta que puso su espíritu dichosísimo en las manos del que le crió.

Murió en la Semana Santa, á 14 de abril del año 1615 y á las tres de la tarde, la misma hora en que su amado Jesus entregó su espíritu en las manos de su Padre.

Postráronse luego todos los que estaban presentes á reverenciar aquel mortificado cuerpo; derramaban lágrimas de los ojos; besábanle la mano; procuraba cada uno alguna prenda de aquel precioso despojo; cortábanle los cabellos y las uñas; buscaban algun papel ú otra cosa suya para guardarla por reliquia. Concurrió luego la Universidad y otra mucha gente á hacer lo mismo, pasando todos la noche en lágrimas.

A otro día fué tanto el concurso, que no podían los nuestros meter el cuerpo en la iglesia, aunque les estaba á la puerta esperando el Obispo de Coimbra, y le iban acompañando todos los doctores y colegiales de la Universidad.

Venían olas de gente, unos sobre otros, á tocarle rosarios y besarle los piés: los Oficios no se oían porque vencieron los suspiros y lamentos á las voces de los cantores.

Para sosegar al pueblo y que se contentase con las lágrimas, se señalaron algunos para que fuesen tomando los rosarios y otras prendas que ofrecían, y las tocasen al santo cuerpo.

No bastó esto, porque creciendo por momentos la gente y los suspiros, fué necesario dejarse la mayor parte del Oficio y decir luego la Misa, porque no sucediese alguna desgracia de ahogar alguno ó maltratarle.

Atribuyóse á las oraciones del siervo de Dios no haber sucedido alguna.

Al enterrarle, fueron mayores los llantos; aclamaban todos á voces: *Santo, santo*. Fué tanto el concurso de la gente que quería besarle los piés y gozar algo de su despojo, que no pudieron en mucho tiempo echarle en la sepultura.

Dejó tan buen olor de Cristo despues de su muerte, como en su vida le habia dado. Fué hombre verdaderamente siervo de Dios y tenido de todos por santo.

El P. Francisco Suarez no le llamaba con otro nombre sino el *santo viejo*; maravillábase los muchos tesoros de su gracia que Dios puso en este su siervo fiel. Gustaba de hablar con él de cosas de espíritu, y sentia mucho la sordera que en su vejez padecia el P. Barradas, por impedirle las pláticas celestiales que con él tenia.

Decian todos que, si este admirable varon hubiera muerto en tiempo que por la voz de los pueblos y conspiracion comun se veneraban los santos y ponian en el catálogo de ellos, que ya estuviera canonizado del mundo este dichoso Padre, pues no desdecia nada su vida de la de los grandes confesores y doctores.

Otras muchas cosas y virtudes contiene la vida de este santo varon; aquí no hemos hecho más que resumir una corta suma de algunas de ellas que se refieren en la vida breve que de él publicó el colegio de Coimbra y está al principio de su *Itincrario israelítico*.

Escribió del mismo Padre el P. Juan Burguesio, libro de *Patrocinio Virginitatis*. El P. Rivadenera en el libro de *Scriptoribus Societatis*; P. Antonio Balinghem en su *Calendario Mariano*, á catorce de abril; Felipe Alegambe en su *Biblioteca*.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO MONTERO

EL P. Diego Montero fué de nacion lusitano, su patria Évora.

Siendo de pocos años estudiaba en aquella ciudad, y cansado de las detenciones que se le ofrecian para entrar en la Compañía, yendo una vez fuera de la ciudad á ver á sus padres, se encontró con un hombre que pudo ser ángel, muy parecido á los de la Compañía en el rostro y el traje: este con suaves y blandas palabras encendió más sus descos en procurar vida religiosa.

Con esto se volvió á la ciudad y contó lo que le habia pasado, con que le recibieron en la Compañía el año de 1588, y á los diez y nueve de su edad.

Allí alcanzó muchas letras con agudeza de ingenio. Enseñando retórica en Coimbra, dió clara muestra de su virtud en un suceso digno de memoria.

Habia compuesto una trágicomedia con estilo y disposicion elegante, y un

dia antes que se representase le mandó el Rector que lo dejase; él obedeciendo al instante no habló palabra ninguna.

Llevaron este precepto muy mal algunos interesados en esta accion, en especial uno de sus discípulos, que era muy noble y poderoso, tomándolo por injuria.

Exhortó al Padre se saliese de la Compañía, porque parecia que le menospreciaban y tenian en poco, y que si no, viviria siempre con mucha mengua; que todo estaba muy llano; que, saliéndose, viviria sin nota; que él le prometia su ayuda.

Entonces el P. Montero con una severa modestia, en primer lugar agradeció la liberalidad del noble mancebo; pero despues le castigó con rigurosas palabras, pues pudo llegar á pensar que amaba tan poco á la Compañía, que se habia de atrever á dejarla por codicia de vana alabanza, y que él no tenia por ignominia, sino por mucha gloria, que todos supiesen que no le habian dejado lograr su gusto.

Con esto, se fué el caballero, y él con licencia del Superior se recogió á tener unos espirituales ejercicios, con los cuales es increible lo que se adelantó en el amor de las cosas divinas.

Desde aquel tiempo floreció en él un cuidadoso deseo de darse á la oracion y contemplacion, cuya ciencia alcanzó felizmente; y además de la hora que todos tienen por la mañana, tenia él dos ó tres cada dia, antes que nadie se levantase.

Muchas veces se le pasaban los dias enteros en oracion delante del Santísimo Sacramento.

En público y en secreto hablaba de la oracion, amonestaba á todos que la tuviesen, diciendo que sin ella era casi imposible llegar á la perfeccion; y finalmente, que con ella se alcanzaba la santidad.

Con el uso de la oracion tuvo una vida muy pura y sencilla, á que añadia un cotidiano cilicio y áspera disciplina, con que satisfacía por todas sus culpas.

Hacia largos caminos por toda la provincia; y aunque tuviese cargo de Superior, caminaba á pié, y no pocas veces pidiendo la comida de limosna.

Fué Rector en Braga, Prepósito en Lisboa y Provincial de toda Lusitania, y muchos años en la misma ciudad de Lisboa fué Maestro de novicios con singular prudencia y acertada destreza; y, siendo Superior, á todos les daba ejemplo de verdadera humildad.

Anticipábase á los demás en la templanza de la comida y pobreza de los vestidos.

Tenia estudio tan admirable en procurar abatirse, que casi lo tenia á exce-

so. Unas veces iba por la ciudad sin manteo detrás del comprador, cargado con el sustento para la provision de la casa; otras iba á las demás Religiones á comer entre los pobres de la limosna.

Un dia le convidó el Rector del colegio, para que sin falta fuese allá á comer; mas él, acompañado de dos novicios, se fué á la portería donde se da la limosna, y entre los demás pobres que allí acudian tomó su porcion, y conociéndole el portero fué á avisar al P. Rector y decirle el modo que habia buscado para cumplir el convite.

Es fama que conoció por revelacion divina muchas cosas secretas. Un dia antes que muriese, habiendo recibido los Sacramentos, pidió le deixasen un poco solo, al parecer para poder con más desahogo hablar tiernamente con Dios; pero á la verdad, como despues se vió, lo hizo para que solo Dios fuese testigo de su muerte dichosa.

Murió en Coimbra á veinte y siete de mayo del año de mil y seiscientos y treinta y cuatro, lleno de dias y méritos.

Hízose el entierro con gran veneracion de los seglares y de los nuestros.

Dejó mucho sentimiento en los corazones de todos y muy aventajados discípulos de su santa doctrina.

Escribió este siervo de Dios en lengua portuguesa un *Arte de orar*, ocupacion en que él tanto se empleó.

P. NIEREMBERG.

ÍNDICE

ALEMANIA

P. Cláudio Jayo.....	7
P. Leonardo Keselio.....	20
P. Pedro Miguel.....	33
P. Martin Laterna.....	34
P. Teodorico Canisio.....	37
P. Jacobo Biruva.....	42
P. Paulo Hoffeo.....	44
P. Jacobo Rhem.....	48
P. Ertmanno Tolgsdorf.....	54
P. Nicolás Cusano.....	57
P. Juan Falco.....	60

AUSTRIA

H. Manuel Nigro.....	65
PP. Melchor Grodecio y Estéfano Pungratz.....	66
P. Pedro Jimenez.....	67

POLONIA

P. Benedicto Herbesto.....	75
P. Blas Plozzinio.....	76

INGLATERRA

P. Juan Cornelio.....	81
P. Roberto Suthuelo.....	86
P. Enrique Valpolo.....	91
P. Francisco Pagio.....	104
H. Domingo Colin.....	110
P. Enrique Garneto.....	115
H. Nicolás Odoeno.....	120
P. Tomás Garneto.....	115
P. Roberto Personio.....	116
P. Juan Ogilbeo.....	121
P. Edmundo Arousmitheo.....	125
P. Tomás Holando.....	126
P. Rodolfo Corbeo.....	131
P. Enrique Morseo.....	132
P. Pedro Uricto.....	133

CERDEÑA

P. Pedro Espiga	243
P. Juan Sebastian del Campo	299
P. Juan Garrucho	337
P. Salvador Pizqueda	349
P. Juan Andrés Manconi	398
P. Cornelio Murgía	425
P. Jerónimo Ansaldo	428
H. Francisco Hortolan	440

PORTUGAL

H. Rodrigo Meneses	489
P. Luis Gonzalez de Cámara	491
P. Simon Rodriguez	541
P. Leon Enriquez	560
P. Fernando Perez	591
P. Pedro Pablo Ferrer	600
P. Manuel de Sá	602
P. Ignacio Martinez	605
P. Jerónimo Carvallo	632
P. Juan Cardin	633
P. Sebastian Barradas	649
P. Diego Montero	658



OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Autobiografía de la B. Margarita María Alacoque, traducida del original francés por el P. Angel Sanchez Teruel, de la Compañía de Jesus. Esmerada edicion en 8.º de 253 páginas, á dos tintas y en excelente papel.

Lleva ademas un exquisito grabado *al agua fuerte*, copia exacta del retrato de la B. Margarita, segun se venera en Paray-le-Monial.

Precios: En rústica, 2 pesetas; en tela, 3

Tres niños admirables: José D.***—Alejandro Bercio.—San Pelayo, mártir.—Un tomo en 8.º de 120 páginas.

Precios: En rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

Los Angeles custodios, por el P. Rafael Perez, de la Compañía de Jesus, con una heliografía del Angel de la Guarda.

Precios: En rústica, 1,25 pesetas; en tela, 2.

Alianza de amor con el Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Precios: en rústica, 1,50 pesetas; en tela, 2.

Mes del Corazon de Jesus, por el P. Francisco Javier Gautrelet, traducido por el P. Francisco de P. Maruri, ambos de la Compañía de Jesus. Va precedido de la Vida de dicho P. Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oracion.

Precios: en rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos, de la Compañía de Jesus, arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola, por el P. José Eugenio de Uriarte, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 4 pesetas. A todos los suscritores de EL MENSAJERO les ofrecemos un ejemplar á 3 pesetas.

Tesoro escondido en el Corazon de Jesus, por el P. Juan de Loyola, de la Compañía de Jesus.

Precios: en rústica, 0,75 pesetas; en tela, 1,25.

El País de la Gracia, cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas, por el P. José María Castillo, de la Compañía de Jesus.

Contiene: La Virgen de la Vega.—Mala-leugua.—El Farolon.—Doble conquista (*diálogo edificante*).—La niña penitente.—Corazon de oro (*leyenda*).—El aprendiz de Santo.—Navarra por Santa Maria ó Apóstoles y Cruceros (*tradiciones españolas*).—Pepe bronce (*simple historia*)—La Pascua en Taravilla (*cuento provenzal*).

Precio: en rústica, 1 peseta.

Reseña histórica de los Mártires ingleses de la Compañía de Jesus, cuyo culto ha sido recientemente aprobado por el Sumo Pontífice Leon XIII, escrita por el P. Cecilio Gomez Rodeles, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 1,50 pesetas.

Meditaciones del Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida al castellano, por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Contiene esta obra tres novenas de meditaciones, que con otras tres forman un *Mes del Corazon de Jesus*.

Precio: en tela, 1,50 pesetas.



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

**This book is under no circumstances to be
taken from the Building**

[illegible]



